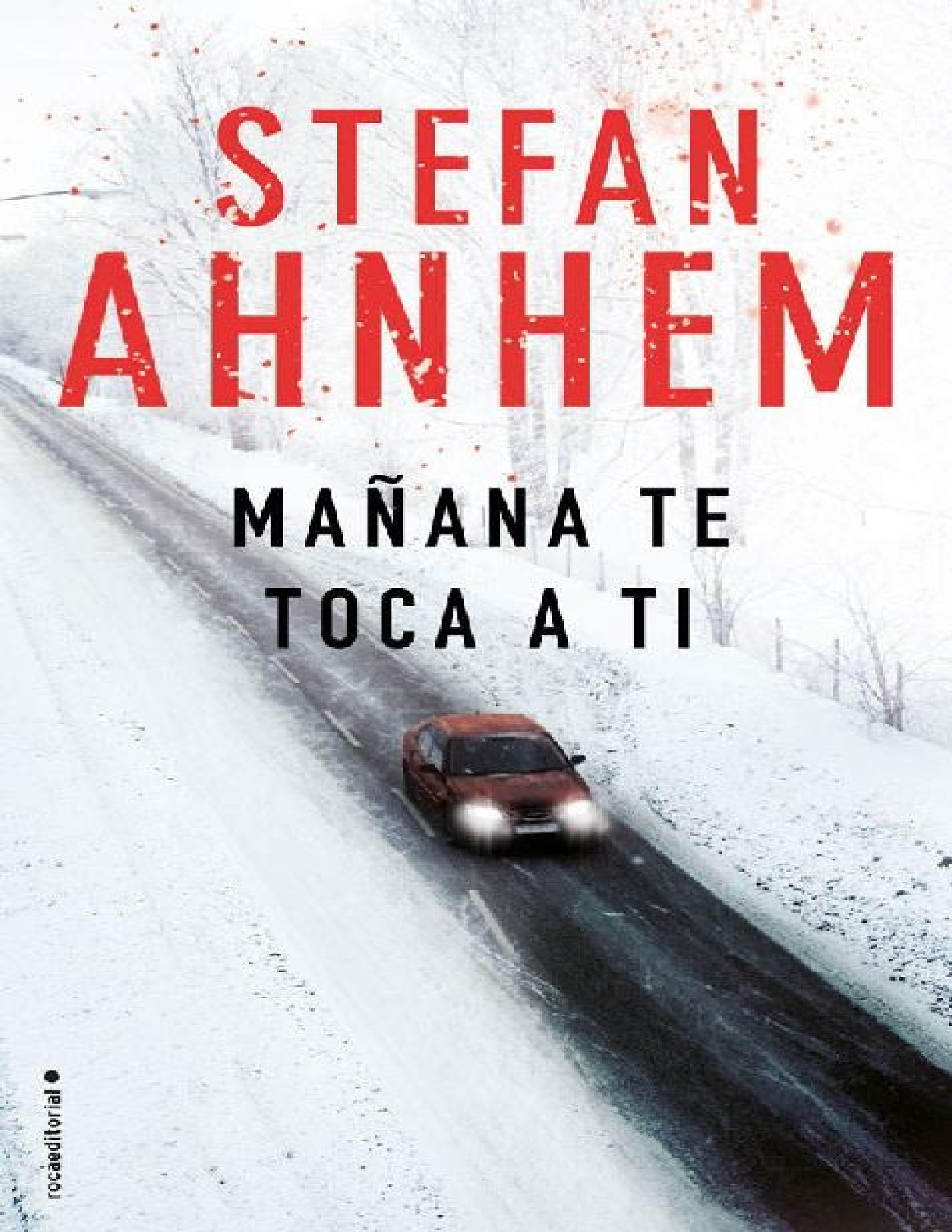
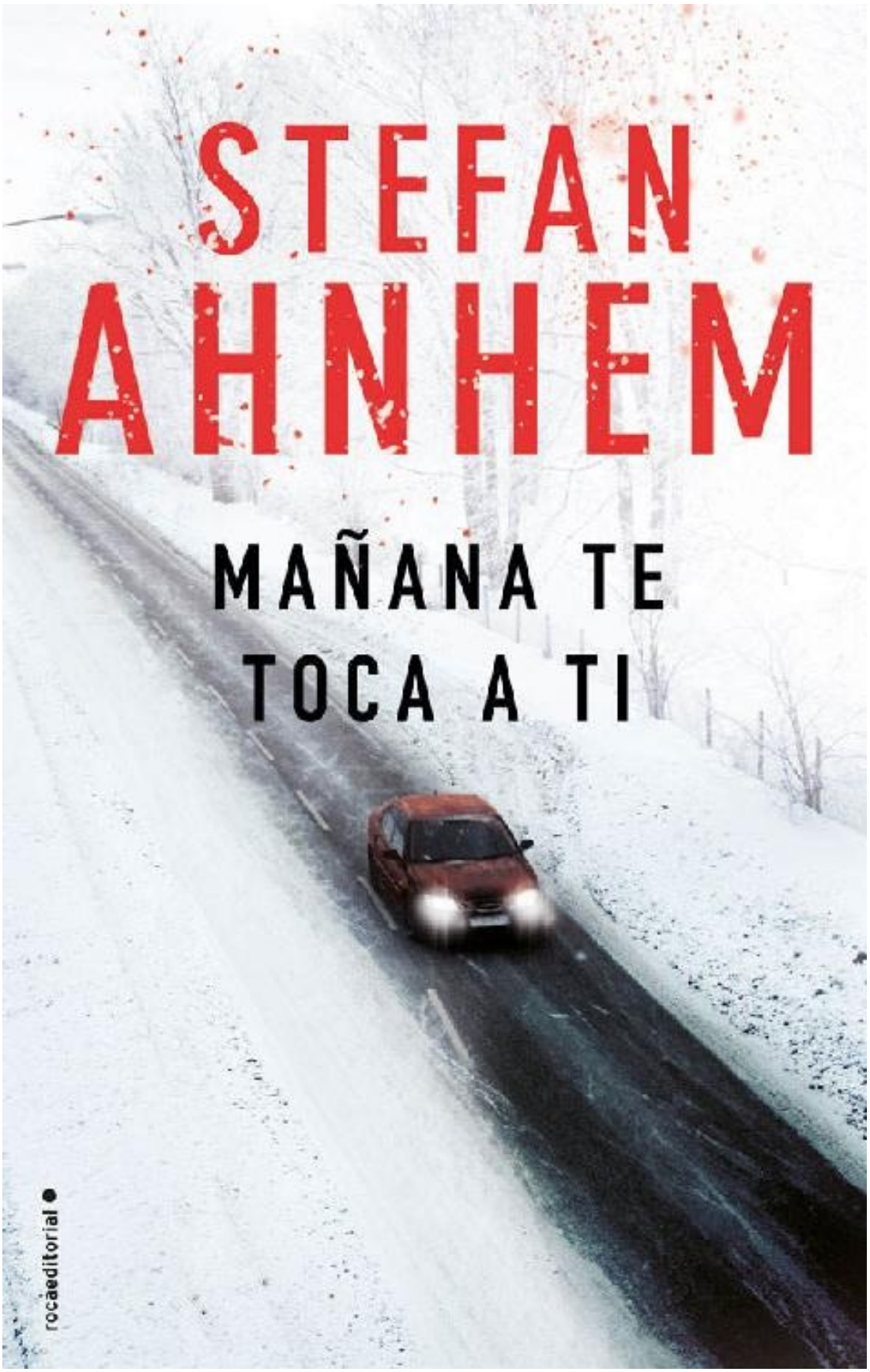
STEFAN AHNHEM

MAÑANA TE TOCA A TI



roca editorial


STEFAN
AHNHEM
MAÑANA TE
TOCA A TI
rocaeditorial

Mañana te toca a ti

Stefan Ahnhem

Traducción de Santiago del Rey

Roca editorial

MAÑANA TE TOCA A TI

Stefan Ahnhem

VEINTE EXCOMPAÑEROS DE CLASE.
DOS VÍCTIMAS.
UN ASESINO CON UN MENSAJE.
¿QUIÉN SERÁ EL SIGUIENTE?

Dos hombres aparecen brutalmente asesinados. Sus cuerpos están marcados con algunos de los pecados que el asesino parecía conocer. Tan solo encuentran una pista en ambas escenas del crimen: una foto de clase del año 1982, con dos caras tachadas.

Dieciocho hombres y mujeres de esa foto aún están vivos, y uno de ellos es el detective al frente del caso. Fabian Risk creía que sus días de estudiante habían quedado atrás. Ahora, sus excompañeros están siendo asesinados por sus pecados del pasado. ¿Quién es el feroz asesino que ha vuelto para proclamar su venganza?

ACERCA DEL AUTOR

Stefan Ahnhem es un respetado guionista de cine y televisión, principalmente conocido por escribir el guion de la adaptación televisiva de la serie *Wallander* de Henning Mankell. Es miembro del Consejo Sueco de Escritores y ha sido galardonado con premios tan prestigiosos como el Crimetime Specsavers en Suecia y el MIMI en Alemania. Traducido a más de ocho idiomas y con más de un millón de ejemplares vendidos, sus novelas alcanzan las listas de libros más vendidos de Alemania, Suecia, Noruega e Inglaterra. Actualmente vive en Estocolmo. *Mañana te toca a ti* es su primera novela, que será también llevada a la televisión.

ACERCA DE LA OBRA

«El cuervo se posó de nuevo sobre el vientre desnudo, plantándole las garras sobre la piel. Las primeras veces, debido al propio peso del pájaro, se había despertado y había conseguido ahuyentarlo. Pero esta vez, el cuervo no se dejó espantar tan fácilmente; permaneció impávido, caminando sobre él y mostrándose cada vez más impaciente y hambriento. Era cuestión de tiempo que empezara a picotearlo, a devorarlo pedazo a pedazo. Él se puso a gritar con todas sus fuerzas y, por fin, el ave alzó el vuelo y se alejó graznando.

Al principio había creído que se trataba de una pesadilla, que lo único que debía hacer era despertar y así volvería a la normalidad. Pero después, al abrir los ojos, no había visto más que oscuridad y había deducido que los tenía vendados. La leve y cálida brisa indicaba que estaba a la intemperie. Notaba que yacía desnudo sobre una superficie dura y fría, con los miembros extendidos como en un dibujo anatómico de Da Vinci. Eso era lo único que sabía con certeza. Todo lo demás eran interrogantes que se le iban amontonando en el cerebro. ¿Quién lo había dejado allí? ¿Por qué?»

PRÓLOGO

Tres días antes

El cuervo se posó de nuevo sobre el vientre desnudo, plantándole las garras sobre la piel. Las primeras veces, debido al propio peso del pájaro, se había despertado y había conseguido ahuyentarlo. Pero esta vez, el cuervo no se dejó espantar tan fácilmente; permaneció impávido, caminando sobre él y mostrándose cada vez más impaciente y hambriento. Era cuestión de tiempo que empezara a picotearlo, a devorarlo pedazo a pedazo. Él se puso a gritar con todas sus fuerzas y, por fin, el ave alzó el vuelo y se alejó graznando.

Al principio había creído que se trataba de una pesadilla, que lo único que debía hacer era despertar y así volvería a la normalidad. Pero después, al abrir los ojos, no había visto más que oscuridad y había deducido que los tenía vendados. La leve y cálida brisa indicaba que estaba a la intemperie. Notaba que yacía desnudo sobre una superficie dura y fría, con los miembros extendidos como en un dibujo anatómico de Da Vinci. Eso era lo único que sabía con certeza. Todo lo demás eran interrogantes que se le iban amontonando en el cerebro. ¿Quién lo había dejado allí? ¿Por qué?

Tironeó una vez más de sus miembros para liberarlos, pero cuanto más tiraba, más se le clavaban las correas en la carne de las muñecas y los tobillos. El dolor lo recorrió como un estridente tono agudo. Le recordó el dolor atroz que había sentido a los nueve años, durante una intervención odontológica, tras intentar explicarle en vano al dentista que la novocaína no estaba haciéndole efecto.

Aunque, por otro lado, no había nada comparable a los dolores que sentía regularmente en esta pesadilla. Le asaltaban una vez al día y se prolongaban durante horas, atormentándolo como la llama de un soplete que fuera recorriendo su cuerpo desnudo. A veces se detenían de golpe, pero regresaban con la misma brusquedad; otras veces, no aparecían siquiera. Se había pasado horas tratando de deducir la causa de aquellos dolores. ¿Había alguien ahí, a su lado, torturándolo? ¿Cómo lo hacía? Ahora ya había dejado de especular; se limitaba a concentrar sus energías para resistir la agonía.

Volvió a gritar a todo pulmón pidiendo ayuda. Le sorprendió lo débil que sonaba su voz y lo intentó otra vez, haciendo un esfuerzo extraordinario. Pero mientras el eco de su grito se extinguía, no percibió otra cosa que las notas chillonas de su propia desesperación. Se dio por vencido. No había nadie que pudiera oírle. Nadie, excepto el cuervo.

Repasó mentalmente la secuencia de los hechos, aunque ya los había analizado infinidad de veces. Quizá se le había escapado algún detalle que podría proporcionarle la clave. Había salido de su casa cuando acababan de dar las seis de la mañana, más de cuarenta y cinco minutos antes de que empezara su turno. No había cogido el coche, como tenía por costumbre en cuanto el tiempo lo permitía. A través del parque, era un trayecto de poco más de doce minutos; tenía tiempo de sobra para llegar al trabajo.

Nada más salir de casa, había notado algo raro.

La sensación era tan intensa que se había detenido para mirar alrededor, pero no percibió nada fuera de lo normal. No había más que dos personas en la calle: un vecino que luchaba para arrancar su viejo y oxidado Fiat Punto, y una mujer que pasaba en bicicleta, con la falda y la preciosa melena rubia ondeando al viento. Recordó que la cesta de la bicicleta estaba adornada con margaritas de plástico. Parecía como si la mujer hubiera salido a dar una vuelta para iluminar con una sonrisa la cara de la gente con la que se cruzaba. Pero él no se había mostrado receptivo a su encanto.

Lo dominaba la ansiedad, y cruzó con paso nervioso al otro lado de la calle a

pesar de que el semáforo estaba rojo, algo que no hacía nunca. Esa mañana era diferente; todo su cuerpo estaba en tensión y, cuando ya se había internado un trecho por el parque, tuvo la certeza de que alguien lo seguía. Los pasos que sonaban a su espalda sobre la grava parecían de unas zapatillas de tenis.

Tomó conciencia de que estaba caminando muy deprisa y se obligó a bajar el ritmo. Los pasos se iban aproximando, pero él no cedió al impulso de mirar atrás. El corazón le palpitaba con fuerza; sintió que le entraba un sudor frío. Tenía la sensación de que iba a desmayarse. Al final, cedió y volvió la cabeza. El tipo que lo seguía calzaba, en efecto, zapatillas de tenis: unas Reebok negras. Toda su ropa era oscura, con un montón de bolsillos. Llevaba mochila y sujetaba un trapo en la mano.

Cuando el tipo levantó por fin la vista y le sostuvo la mirada, puedo verle bien la cara.

Después todo sucedió muy deprisa. Recibió un puñetazo en el estómago y sintió un dolor que le irradió por todo el cuerpo. Jadeando y casi sin aliento, cayó de inmediato de rodillas y notó el contacto del trapo en el rostro.

Su siguiente recuerdo era el de haber despertado por la presión de unas garras que se le clavaban en el vientre.

En lo alto del cielo, una nube solitaria ocultaba el sol y le proporcionaba unos efímeros momentos de alivio. Cuando la nube pasó de largo y desapareció en el horizonte, quedó un cielo azul como solo se veía en Suecia en los días de verano. El sol brillaba con gran intensidad sobre las lentes cuidadosamente colocadas, cuyos rayos de luz convergían a su vez en un punto junto al cuerpo del hombre amarrado a una superficie. La rotación de la Tierra se encargaba del resto.

Lo último que oyó fue el espantoso chisporroteo de su pelo en llamas.

PRIMERA PARTE

30 de junio - 7 de julio de 2010

En el otoño de 2003, el psicólogo Kipling D. Williams llevó a cabo un experimento para estudiar la exclusión social. Hizo participar a tres sujetos en un partido de *cyberball*: un juego virtual en el que los jugadores se van pasando una pelota. Tras cierto tiempo, dos jugadores empezaban a pasarse la pelota entre ellos. El tercero, que ignoraba que estaba jugando en realidad contra dos sujetos computarizados, experimentó de inmediato fuertes sentimientos de exclusión y rechazo. Esos sentimientos eran tan intensos que pudo registrarse por resonancia magnética un aumento de actividad en la misma zona del cerebro que se activa con el dolor físico.

1

Fabian Risk había circulado por esa ruta más veces de las que era capaz de recordar, pero nunca le había resultado tan fácil ni tan estimulante. Había salido con su familia de Estocolmo a primera hora de la mañana y se habían detenido largo rato en Gränna para regalarse con un buen almuerzo.

Su ansiedad ante la perspectiva de trasladarse de nuevo a su ciudad natal ya iba disipándose. Sonja estaba feliz, casi eufórica, e incluso se había ofrecido a conducir en el último tramo a través de Småland, para que él pudiera disfrutar de una cerveza con los arenques de su almuerzo. Era todo casi demasiado perfecto, y él se sorprendió al estarse planteando si no sería pura comedia, en realidad. Para ser sincero consigo mismo, debía reconocer que había albergado muchas dudas, pues le costaba creer que huir de los problemas y empezar de nuevo fuese a funcionar de verdad.

Los niños habían reaccionado tal como era de prever. Matilda se lo tomó como una emocionante aventura, pese a que habría de comenzar el curso en la nueva escuela. Theodor no había mostrado una actitud tan positiva y, de hecho, había amenazado con quedarse en Estocolmo. Tras el almuerzo en Gränna, sin embargo, incluso él parecía dispuesto a hacer la prueba y, sorprendiendo a todos, se había quitado los auriculares y se había puesto a hablar con ellos varias veces.

Pero lo mejor de todo era que los gritos se habían interrumpido por fin. Los chillidos y alaridos de la gente suplicando por su vida habían atormentado a Fabian los últimos seis meses, tanto en sueños como en las horas de vigilia. Había reparado en su desaparición a la altura de Södertälje, al sudoeste de

Estocolmo, pero supuso que no era más que una ilusión. Pero en cuanto hubieron dejado atrás Norrköping, se convenció de que las voces iban perdiendo fuerza a cada kilómetro; y ahora que ya habían llegado a su destino, quinientos cincuenta y seis kilómetros después, habían enmudecido del todo.

Era como si su vida en Estocolmo y los incidentes del invierno anterior hubieran quedado enterrados en el pasado. Estaban empezando de cero, pensó Fabian mientras introducía la llave en la cerradura de su nuevo hogar: una casa adosada de ladrillo rojo, al estilo inglés, situada en la calle Pålsjögatan. Hasta el momento, él era el único miembro de la familia que la había visto por dentro, pero no estaba nada nervioso sobre lo que fueran a pensar los demás. En cuanto había visto que estaba en venta, había tenido la convicción de que este era el único lugar donde podrían iniciar una nueva vida.

El número 17 de la calle Pålsjögatan estaba en el barrio de Tågaborg, a dos pasos del centro, y al lado del bosque Pålsjö. Él tenía pensado salir a correr por el bosque todas las mañanas y volver a jugar al tenis en las pistas de tierra batida de las inmediaciones. El mar también quedaba muy cerca: bastaba un pequeño paseo bajando por Halalid para llegar a Fria Bad, la playa pública en la que solía bañarse de niño. En aquel entonces fingía que vivía justamente en este barrio, en Tågaborg, y no en los amarillentos bloques de Dalhem. Treinta años después, su sueño se había hecho realidad.

—¿Qué te pasa, papá? ¿No piensas responder? —le preguntó Theodor.

Fabian despertó de su ensueño y se dio cuenta de que todos estaban esperando en la acera a que atendiera la llamada de su móvil. Miró la pantalla. Era Astrid Tuvesson, su nueva jefa, o mejor dicho, su futura jefa en el departamento de investigación criminal de la policía de Helsingborg.

Oficialmente, él seguía formando parte de la policía de Estocolmo durante seis semanas más. En apariencia, había dejado el departamento por propia voluntad, pero no le cabía duda de que la mayoría de sus compañeros sabían a qué atenerse. Él no sería capaz de volver a pisar aquella comisaría de policía.

Ahora disponía de seis semanas de vacaciones no premeditadas, que cada vez

le resultaban más atractivas. No recordaba la última vez que había dispuesto de un período tan largo de tiempo libre; debía de haber sido al terminar la escuela. El plan era utilizar esas semanas para instalarse en la nueva casa y aclimatarse a la ciudad. Según el tiempo y las ganas que tuvieran, quizá harían un viaje a un lugar más cálido. Lo último que deseaban era estresarse. Astrid Tuvesson sin duda estaba al tanto de ello. Y sin embargo, había decidido llamarlo.

Algo debía de haber sucedido, pero Fabian y Sonja se habían hecho mutuamente una promesa. Este verano, volverían a ser una familia y compartirían las responsabilidades paternas. Él esperaba que su mujer tuviera la energía necesaria para terminar los últimos cuadros de la exposición prevista para otoño.

¿Acaso no había otros agentes de policía en Helsingborg que no estuvieran de vacaciones?

—No, la llamada puede esperar —dijo guardándose el móvil en el bolsillo. Giró la llave y abrió la puerta a Theodor y a Matilda, que estaban peleándose para ver quién entraba primero—. ¡Yo, en vuestro lugar, echaría un vistazo al patio trasero!

Se volvió hacia su esposa, que estaba subiendo los escalones con un altavoz iPod en las manos.

—¿Quién era? —preguntó Sonja.

—Nada importante. Venga, vamos a ver la casa.

—¿Nada importante?

—No —dijo Fabian. Al ver por su expresión que ella no le creía, sacó el móvil para mostrarle quién había llamado—. Era mi futura jefa. Seguro que quería darnos la bienvenida.

Guio a Sonja hacia el interior tapándole los ojos.

—¡Tachán! —gritó apartando las manos y observándola mientras ella recorría con la vista el salón vacío, que disponía de chimenea, y la cocina adyacente, que daba al pequeño patio trasero donde Matilda estaba dando saltos en una cama elástica.

—¡Guau! Es… absolutamente fantástico.

—¿Le das el aprobado? ¿Te gusta?

Sonja asintió.

—¿Los de la mudanza te han dicho a qué hora llegarán?

—Solo que sería esta tarde, sin concretar la hora. Esperemos que se retrasen y que no lleguen hasta mañana.

—¿Y por qué hemos de esperarlo, si se puede saber? —dijo Sonja rodeándole el cuello con los brazos.

—Tenemos todo lo que necesitamos. Un suelo limpio, velas, vino y música. —Fabian sacó su viejo y baqueteado iPod Classic y lo conectó al altavoz, que Sonja había dejado sobre la isla de la cocina. Escogió *For Emma, Forever Ago*, de Bon Iver, su álbum favorito durante las últimas semanas. Había tardado en subirse al carro de Bon Iver. Al principio, el disco le había parecido más bien aburrido; pero al darle una segunda oportunidad, había descubierto que era una obra maestra.

Abrazó a su mujer y se puso a bailar. Ella, riéndose, trató lo mejor que pudo de seguir los pasos improvisados de su marido. Fabian le contempló los ojos de color avellana mientras ella se quitaba la horquilla del pelo y se soltaba su melena castaña. Sonja había estado haciendo ejercicio, por indicación de su terapeuta, y los resultados estaban a la vista, tanto mental como físicamente. Debía de haber perdido unos cinco kilos. Nunca había estado gorda, todo lo contrario, pero sus rasgos se veían más afilados, lo cual le sentaba muy bien. Fabian dio un giro y la inclinó bruscamente. Sonja volvió a reírse y él advirtió lo mucho que había echado de menos esa risa.

Habían estudiado una larga serie de soluciones antes de decidir trasladarse a Helsingborg: desde dejar su apartamento, en las inmediaciones de la estación Södra, y comprar una casa en una de las urbanizaciones céntricas de Estocolmo, hasta comprar un segundo apartamento y obtener la separación legal, turnándose el cuidado de los niños. Ninguna de tales opciones les había parecido adecuada:

no estaba todavía claro si porque les daba demasiado miedo acabar divorciándose o porque en el fondo seguían queriéndose.

Cuando Fabian encontró la casa de la calle Pålsjögatan todo pareció encajar. Le habían ofrecido un puesto de inspector en la policía de Helsingborg; en la escuela de Tågaborg había plazas libres, y la casa, además de ser perfecta, disponía de un desván con luz natural que constituiría un estudio ideal para Sonja. Fue como si el cielo se hubiera apiadado de ellos y les hubiera concedido una última oportunidad.

—¿Qué hacemos con los niños? —le susurró Sonja al oído.

—Seguro que en el sótano hay algún cuarto donde podamos encerrarlos.

Ella iba a responderle, pero Fabian la interrumpió con un beso. Aún seguían bailando cuando sonó el timbre.

—¿Ya está aquí la mudanza? —dijo Sonja separándose—. A lo mejor incluso podemos dormir en nuestras camas.

—Con las ganas que tenía de probar el suelo.

—El suelo seguirá disponible, estoy segura. Yo he dicho dormir. Nada más. —Volvió a besar a Fabian y, deslizándole la mano por el estómago, se la introdujo por la pretina del pantalón.

«Todo va a salir bien. Seremos felices el resto de nuestra vida», pensó Fabian mientras ella apartaba la mano e iba a abrir.

—Hola, me llamo Astrid Tuvesson. Soy una de las nuevas colegas de su marido —dijo la mujer que estaba en el umbral tendiéndole la mano a Sonja. Con la otra mano, se colocó las gafas de sol sobre su rizado cabello rubio. Ese pelo, junto con el vistoso vestido, las delgadas y bronceadas piernas y las sandalias que llevaba le hacían parecer una década más joven de los cincuenta y dos años que tenía.

—¡Ah! Hola. —Sonja se volvió hacia Fabian.

Él se acercó y le estrechó la mano a la mujer.

—Futura colega, querrá decir. No empiezo hasta el dieciséis de agosto —dijo, observándola y advirtiendo que le faltaba totalmente el lóbulo de la oreja

izquierda.

—Futura jefa —dijo ella—, si vamos a ser tan puntillosos. —Se echó a reír y se arregló la melena para taparse la oreja. Él se preguntó si se trataría de una herida o de algo congénito—. Disculpe. Realmente no quería molestarlo en mitad de sus vacaciones. Y los dos deben de estar cansados del viaje, pero…

—No se preocupe —la interrumpió Sonja—. Pase. Siento no poder ofrecerle nada, porque estamos esperando al camión de la mudanza.

—No importa. Solo he de hablar unos minutos con su marido.

Sonja asintió en silencio; Fabian llevó a Tuvesson a la parte trasera y cerró la puerta.

—Yo también acabé cediendo y les compré una cama elástica a mis hijos. Tuvieron que darme la lata varios años, y para entonces ya eran demasiado mayores —dijo Tuvesson.

—Disculpe… ¿para qué ha venido? —Fabian no tenía el menor deseo de malgastar sus vacaciones charlando de naderías con su nueva jefa.

—Ha habido un asesinato.

—¿Ah, sí? Qué lástima. Sin ánimo de interferir, ¿no sería mejor que hablara con un compañero que no esté de vacaciones?

—Jörgen Pålsson. ¿Le suena?

—¿Es la víctima?

Ella asintió.

A Fabian le sonaba el nombre, pero no le apetecía intentar situarlo. Lo último que deseaba era ponerse a trabajar. Se sentía como un petrolero cargado hasta los topes que acabara de ser secuestrado y desviado de la ruta que lo llevaba a una isla paradisíaca.

—A lo mejor esto le refresca la memoria. —Tuvesson sacó una bolsa de plástico que contenía una fotografía—. Estaba encima del cadáver.

Risk miró la foto y supo sin más que no habría isla paradisíaca para él. Reconocía la imagen perfectamente, aunque ya no recordaba la última vez que la había visto. Era la foto de su clase del último año de escolarización obligatoria; o

sea, la última fotografía en la que salían todos juntos. Él aparecía en la segunda fila, y Jörgen Pålsson estaba justo detrás de él. Tachado con un rotulador negro.

2

Fabian había pasado solamente una hora en la casa —una hora de reloj— antes de que sonara el timbre de la puerta. Comprendía por qué Tuvesson había decidido contactar con él: quizá pudiera recordar algo que sirviera para acelerar la investigación, e incluso para salvar algunas vidas. Pero la verdad era que apenas recordaba nada de la etapa obligatoria en la escuela, y además, no tenía el menor deseo de revivir ese período de su vida.

Astrid Tuvesson tenía aparcado su Corolla blanco al otro lado de la calle, justo frente a la casa. Se había ofrecido a llevarlo a la escena del crimen y a devolverlo; así Sonja podría ir descargando el coche mientras tanto.

—Le agradezco de verdad que se tome la molestia de acompañarme, a pesar de estar en mitad de sus vacaciones.

—¿En mitad? Si apenas he comenzado…

—Le prometo que no será más de una hora —dijo ella metiendo la llave de contacto—. El coche tiene cierre automático, pero la puerta se atranca. Tendrá que tirar fuerte.

Fabian abrió la puerta de un tirón y vio que en el asiento del pasajero había vasos de plástico vacíos, paquetes de Marlboro, llaves, sobras de comida, toallitas de papel estrujadas e incluso una caja de tampones.

—Perdone. Un momentito. Voy a… —Lo tiró todo al suelo, excepto las llaves y los cigarrillos, y en cuanto Fabian se hubo sentado, giró la llave y arrancó—. ¿Le importa que fume?

Antes de que él pudiera responder, encendió un cigarrillo y bajó el cristal de la ventanilla.

—Voy a dejarlo… Ya sé que es lo que se dice y luego no se cumple. Pero yo lo tengo planeado, aunque no de inmediato —continuó Tuvesson y, dando una profunda calada, dobló a la izquierda por Tågagatan.

—No se preocupe —dijo Fabian sin dejar de mirar la fotografía de la clase, en especial la cara de Jörgen tachada. ¿Cómo era posible que no hubiera recordado a Jörgen Pålsson? Si de alguien tenía que acordarse era de él. Desde luego, nunca le había caído bien; tal vez fuera esa la explicación. O quizá era más bien que había reprimido todo recuerdo suyo.

—¿Dónde han encontrado el cuerpo?

—En la escuela Fredriksdal. Tengo entendido que era profesor de tecnología.

—También fue alumno de esa escuela, en su día.

—No todo el mundo tiene la oportunidad de llegar a Estocolmo, señor Risk. ¿Qué sabe de Jörgen?

—Casi nada. No nos relacionábamos. —Evocó la época escolar: todos los chicos solían llevar jerséis Lyle & Scott y, en las grandes ocasiones, les ponían la televisión para que vieran a la estrella de esquí Ingemar Stenmark—. La verdad es que no me caía bien.

—¿No? ¿Por qué?

—Era el matón de la clase y un problema para todos. Hacía lo que le daba la gana.

—Nosotros también teníamos a un chico parecido en nuestra escuela. Alborotaba en todas las clases y les quitaba la bandeja del almuerzo a otros alumnos. Pero nadie le plantaba cara, ni siquiera los profesores. —Tuvesson aspiró los últimos restos de nicotina del cigarrillo y arrojó la colilla por la ventanilla—. Eso era antes de que surgieran esos diagnósticos con siglas, como el TDA y el TDAH.

—Jörgen escuchaba música de KISS y de Sweet.

—¿Qué tienen de malo KISS y Sweet?

—Nada. Son buenos. Pero lo descubrí años más tarde.

Fabian se bajó del coche y contempló la escuela Fredriksdal, un edificio de dos pisos de ladrillo rojo que se alzaba amenazador frente al patio desierto. Dos aros de baloncesto con las redes hechas jirones se elevaban muy tiesos desde el asfalto, como un recordatorio de que ese era un lugar normalmente frecuentado por niños. Recorrió con la vista las hileras de ventanas, angostas como las de una prisión, y se preguntó cómo había podido sobrevivir allí tres años.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Enseguida se lo explico. Su esposa llamó la semana pasada, el miércoles, para denunciar su desaparición, pero nosotros no pudimos hacer nada entonces. El día anterior, él se había ido a Alemania a comprar cerveza para el Midsummer, y se suponía que debía haber regresado por la noche.

—¿A comprar cerveza a Alemania? ¿Aún vale la pena?

—Si compras la suficiente, sí. Cuarenta coronas la caja, y te reembolsan el importe del ferri de vuelta si no pasas más de tres horas allí.

¿Ir hasta Alemania solo para llenar el coche hasta los topes de cerveza? Bien pensado, era algo que encajaba con el Jörgen que estaba empezando a recordar. Con él y, posiblemente, con Glenn, su cómplice de tropelías.

—¿Y no llegó a Alemania?

—Sí, sí estuvo allí. Hicimos una comprobación en el puente de Øresund y averiguamos que volvió el martes por la noche, como tenía planeado. Pero ahí se pierde su rastro. El siguiente indicio no surgió hasta ayer, cuando una empresa de cristalería exigió que retirásemos un vehículo que bloqueaba el paso a su plataforma elevadora.

—¿Era su coche?

Tuvesson asintió mientras doblaban la esquina y se dirigían a la parte trasera del edificio. A unos veinte metros, había una camioneta Chevy aparcada junto a

una plataforma elevadora. Ya habían montado un cordón policial en torno a un amplio perímetro. Dos agentes uniformados custodiaban la zona.

Se les acercó un hombre de mediana edad y pelo ralo, cubierto con un mono azul desechable. Llevaba las gafas muy bajas, casi en la punta de la nariz.

—Voy a presentarles —dijo Tuvesson—. Ingvar Molander, nuestro investigador forense: Molander, le presento a Fabian Risk, que no empieza oficialmente hasta agosto.

—¿Acaso importa cuando tienes una investigación como esta entre manos? —El forense se bajó las gafas aún más y estudió a Fabian mientras le tendía la mano.

—Sí, es un caso llamativo —mintió Fabian, y se la estrechó.

—Ya lo creo. Le aseguro que no quedará decepcionado.

—Él ha venido a echar un vistazo rápido, Ingvar.

Molander le dirigió a Tuvesson una mirada que consiguió intrigar a Fabian, pese a todas sus reticencias. Luego los llevó al interior de la escuela y les proporcionó unos monos forenses.

Hacía casi treinta años que Risk no entraba en el edificio. Estaba tal como lo recordaba, con las paredes de ladrillo rojo y las placas de aislamiento acústico del techo, que tenían el aspecto de desechos compactados. Se dirigieron al taller de carpintería por el pasillo de la parte trasera. A Fabian no le había interesado lo más mínimo la carpintería hasta que un día descubrió que podía confeccionar su propio monopatín. Durante el semestre siguiente, calentó, dobló y cortó tal cantidad de tablas de contrachapado que pudo venderlas y ahorrar para comprarse un par de ejes Tracker auténticos.

—Voy a mostrarle, si me lo permite, una escena criminal que se sitúa sin duda entre las diez peores que he visto en mi vida. —Molander los invitó a cruzar la puerta del taller—. Ha querido la suerte que el autor del crimen pusiera el aire acondicionado al máximo. De no ser así, la escena habría estado entre las cinco peores, porque el cuerpo lleva aquí más de una semana.

El forense tenía razón; hacía mucho frío en el taller. Parecía como si hubieran

entrado en un frigorífico, aunque en realidad el termómetro indicaba entre doce y trece grados. Había tres técnicos, vestidos con mono, sacando fotos, examinando la escena y recogiendo pruebas. El característico olor a madera y serrín se mezclaba con el hedor dulzón de la putrefacción. Fabian se acercó al cuerpo de Jörgen Pålsson, que estaba tendido en un gran charco de sangre seca justo al lado de una puerta. La cerradura y el pomo estaban cubiertos de sangre. El muerto, grueso y musculoso, tenía puestos unos holgados y raídos tejanos y una camiseta blanca ensangrentada.

Fabian no recordaba que Jörgen fuese tan grandullón: duro y engreído sí, pero no tan grueso. Debía de haber sido fuerte como un buey. Y sin embargo, el criminal se las había arreglado para sujetarle esos brazos tatuados y seccionarle las manos a la altura de la muñeca. Los muñones, totalmente ensangrentados, mostraban bordes irregulares. Fabian no quería ni imaginar el dolor de semejante amputación. ¿Por qué las manos en particular?

—Como ve, la sangre del suelo indica que fue desde la mesa de trabajo que hay allí hasta la puerta por la que hemos entrado —dijo Molander—. Esa puerta no tiene cerrojo, pero lo que él no sabía es que estaba bloqueada por el otro lado con bancos, sillas y mesas. Tras intentar escapar por ahí, vino hacia aquí e intentó salir por esta otra puerta. Pero ¿se imagina lo difícil que debe de ser girar un pomo sin manos?

Fabian observó el pomo ensangrentado.

—¿Ya ha podido examinar la cerradura? —preguntó Tuvesson.

—Está llena de pegamento extrafuerte, lo cual explica el estado de la boca de la víctima. —El forense cogió sus pinzas y alzó el labio superior de Jörgen; a la vista quedaron varios dientes rotos.

—¿Intentó girar el pomo con la boca? —dijo Tuvesson.

Molander asintió.

—Fíjese lo que es el instinto de supervivencia. Yo habría preferido morir con los dientes intactos.

—No lo entiendo. Seguro que debió de oponer resistencia, ¿no? —inquirió la

mujer.

—Buena pregunta. Quizá sí. Pero puede que estuviera drogado. Todavía no lo sabemos. Veremos qué encuentra Trenzas en el laboratorio.

—¿Cuánto tiempo estuvo forcejeando?

—Tres o cuatro horas, diría yo. —El forense los condujo hasta la mesa de trabajo del otro lado del taller, que también estaba cubierta de sangre seca—. El asesino le inmovilizó los brazos con esta prensa en «C» y ejecutó la amputación con ese serrucho. —Señaló con las pinzas una sierra ensangrentada tirada en el suelo.

—¿Han indagado sobre esa empresa de cristalería que llamó para pedir que retirasen la camioneta? —preguntó Fabian.

—¿Por qué? ¿Insinúa que podrían estar implicados? —dijo Tuvesson.

—En mi opinión, esto no parece obra de alguien que confía en la suerte.

Tuvesson y Molander se miraron.

—Tengo el teléfono de la empresa. —Ella sacó su móvil, marcó el número y activó el altavoz. Sonó un tono extraño y a continuación una voz automatizada informó que el número marcado no existía—. Parece que tiene razón. Deberemos averiguar quién alquiló esa plataforma elevadora. Ingvar, encárguese de examinarla por si hay algún indicio.

El forense asintió.

—¿Y las manos? —continuó Tuvesson.

—Aún no las hemos encontrado.

La mujer se volvió hacia Fabian y cuestionó:

—Bueno, ¿qué me dice? ¿Se le ocurre alguna idea?

Él recorrió con la vista la mesa de trabajo, el serrucho ensangrentado, los rastros de sangre seca del suelo y el cadáver con las manos amputadas. Miró a sus dos acompañantes y negó con la cabeza.

—No. Por desgracia, no.

—¿Nada? ¿Ni siquiera si podría haber sido alguien de su clase? ¿No conoce ningún motivo por el que alguien hubiera querido hacerle esto a Jörgen Pålsson?

Fabian volvió a negar con la cabeza.

—Valía la pena intentarlo. Prométame que me llamará, o que pasará por comisaría, si se le ocurre algo. ¿De acuerdo?

Risk asintió y salió tras ella del taller de carpintería, acosado por una pregunta que ya no iba a dejarlo en paz hasta que consiguiera hallar la respuesta.

«¿Por qué las manos?»

18 de agosto

Esta es la primera vez que escribo en tus páginas, aunque te recibí hace dos años en Navidad como regalo de mamá. Ella me dijo que siempre es bueno anotar tus pensamientos, porque así no se te olvida nada. Ayer limpié mi habitación a fondo y llené de desperdicios una bolsa negra de basura. Mamá estaba supercontenta y yo encontré la figurita de C-3PO que había perdido hace más de un año.

Hoy hemos vuelto a la escuela, excepto Hampus. Todos estaban contentos con la nueva aula y los libros nuevos, pero yo no. Ahora me toca a mí, y la cosa ha empezado durante la clase de matemáticas. Los demás me miraban, aunque yo no había hecho nada. He intentado actuar normal, como si no me diera cuenta, pero ellos seguían mirando. Ya sé lo que significa eso. Y los demás también lo saben. Sabía que iba a pasar esto. Lo imaginé en cuanto Hampus dijo que iba a mudarse. Tenía la esperanza de estar equivocado, pero me temo que no lo estaba. No he pensado en otra cosa este verano.

En la clase de inglés me he sentado en primera fila para no ver cómo me miraban. Se pasaban notas, pero yo fingía que tampoco me daba cuenta. No me he girado. Ni una sola vez.

Jesper ha leído una de las notas en voz alta. Decía que soy feo y que huelo mal. No lo entiendo. Siempre me restriego bien en la ducha, y uso desodorante desde hace un año porque el sudor me olía mucho. Mamá me dijo que eso es normal que pase. He husmeado mi olor corporal. No creo que huela. Pero ya sé que soy feo. Feo como un pecado.

P.D. Mañana es el cumpleaños de *Laban*. Voy a salir a comprar una de esas ruedas, una botella de agua y serrín.

3

Cuando Fabian volvió a casa, los empleados de la mudanza estaban en plena faena. Miró de refilón al camión y vio que ya habían vaciado más de la mitad de las cosas. Aún había una muralla de cajas, lámparas viejas, palos de *hockey*, los manchados sofás Klippan de IKEA y la mesa Ellipse con sus sillas de imitación Ant, el viejo y enorme televisor que habían dejado que Theodor se llevara a su habitación, pero que nunca usaba, esquís de fondo, bicicletas, la vitrina, uno de cuyos cristales parecía roto, y una montaña de bolsas de basura negras.

¿Esto era lo que había reunido en sus cuarenta y tres años de vida? ¿Unos sofás andrajosos y varias lámparas polvorientas? Le entraron ganas de decir a los empleados que dejaran de transportar enseres y se llevaran el cargamento a un vertedero. Se sentía como si acabara de comprar un ordenador de última generación y estuviera copiando en el disco duro sus antiguos archivos, con virus incluidos. Lo que él quería era empezar de cero. Olvidarse del dinero por una vez y comprarlo todo nuevo. Quería desgarrar los envoltorios y aspirar la fragancia que tienen los objetos recién salidos de fábrica.

Saludó con una seña a los de la mudanza, que estaban descargando el viejo archivador de color verde aguacate que le habían regalado al cumplir doce años. Debía de ser muy pesado, porque tenían que cargarlo entre dos. Trató de recordar qué había en esos cajones, pero no tenía ni idea de cuando fue la última vez que los había abierto. El archivador había estado arrumbado los últimos veinte años en el desván de su apartamento. ¿Cómo era posible que pesara tanto?

Una hora más tarde, mientras ayudaba a Sonja a vaciar algunas de las cajas en la cocina, se acordó de lo que contenía el archivador y corrió a comprobarlo. Su mujer había indicado a los hombres de la mudanza que lo llevaran al sótano. Mientras bajaba, Fabian se dio cuenta de que nunca había estado en ese sótano, lo cual habría figurado sin duda entre las prioridades de cualquier comprador serio. Él había confiado ciegamente en el agente inmobiliario, que le había garantizado que la casa era espléndida. Tampoco le preocupaba demasiado. Al fin y al cabo, esta era una casa antigua de recias paredes de ladrillo y ventilación natural, no como esos nuevos edificios con aislamiento exterior que había en el barrio de Mariastaden, o «Moldstaden», como la gente empezaba a llamarlo.

No había llegado a conocer a Otto Paldynski, el propietario de la casa. Al parecer, era un auténtico perfeccionista y había cuidado su hogar como a su propio hijo durante los treinta años que había pasado allí con su familia. Paldynski deseaba vender rápidamente por motivos personales y había estado dispuesto a reducir el precio de modo considerable; lo cual, según le dijo el agente inmobiliario, era casi como si le hubiera tocado la lotería: una oportunidad que solo se presentaba una vez en la vida.

Fabian reconocía que no había necesitado que lo persuadieran mucho para decidirse. Pero le intrigaba saber cuál sería realmente la naturaleza de esos «motivos personales». Incluso había llegado a preguntárselo al agente, quien le había respondido que no tenía por costumbre inmiscuirse en los asuntos particulares de sus clientes, y había cambiado de tema con elegancia para explayarse sobre las ventajas de las que iba a disfrutar como comprador. Él había aceptado la respuesta con una sonrisa y decidido no hurgar más en el asunto.

Se acercó al archivador de color verde aguacate, abrió el cajón superior y encontró de inmediato lo que estaba buscando: el anuario escolar del último curso de enseñanza obligatoria. Se sentó sobre el mismo archivador y pasó las páginas hasta llegar a la fotografía de su clase: era la misma que el asesino había dejado en la escena del crimen; pero en esta no había ninguna cara tachada.

Los peinados constituían un indicio evidente de que estaban en 1982, porque

todos lucían una cuidada y esponjosa pelambrera. Recordó detalles de cada uno: Seth Kårheden y su aterciopelado bigote; Stefan Munthe y Nicklas Bäckström, que eran vecinos suyos y compartían el mismo patio, así como su afición al monopatín. Encontró a Lina en la foto, la de los rizos rubios. Incluso Jörgen llevaba en los años ochenta un pronunciado tupé. En conjunto, parecían una pandilla de auténticos pardillos. Sobre todo él mismo. Estudió con atención su propia imagen. Iba con una camisa impecablemente remetida, pantalones de cintura alta y ese tipo de corte de pelo casero que queda siempre desigual.

Se sorprendió al caer en la cuenta de que no había tenido contacto con ningún compañero de clase desde que se había trasladado a Estocolmo; ni siquiera con Lina. Era como si hubiera embalado por completo su juventud en una caja de mudanzas y la hubiera dejado en Helsingborg todos esos años, cubierta de telarañas y completamente olvidada hasta ahora.

—Ah, te escondías aquí…

Fabian dio un respingo al ver a Sonja frente a él.

—Perdona, no pretendía darte un susto.

Él cerró el anuario como si lo hubiesen pillado in fraganti.

—No te he oído venir.

—¿Qué te parece si nos damos un descanso y salimos a comer una *pizza*? Los niños están muertos de hambre.

Fabian dejó el anuario y se puso de pie.

—Buena idea. Hay, o por lo menos había, una pizzería buenísima a unas pocas manzanas. —Dio media vuelta para dirigirse a la escalera, pero Sonja lo sujetó del brazo.

—Cariño, ¿estás bien?

Él se giró para mirarla y asintió, pero notó por la expresión de sus ojos que no le creía.

Salieron todos de Tågaborgs Pizzeria, cada uno con su propia *pizza*, bajaron al paseo marítimo y se sentaron en el muro calentado por el sol. Había una vista preciosa del Estrecho y se veía todo el panorama despejado hasta Dinamarca. Era mucho más bonito de lo que Fabian recordaba. A lo largo de los años habían ampliado el paseo y estaba lleno de gente que salía a dar una vuelta bajo la ligera brisa vespertina. Los vestuarios de la playa de Fria Bad se habían convertido en restaurantes, y la zona alrededor de las viejas vías del ferrocarril era, en la actualidad, un prado donde jugar a la petanca y montar barbacoas. A lo lejos se divisaban las palmeras que habían plantado durante la feria de arquitectura de 1999. Fabian sabía que esas palmeras habían acabado constituyendo un elemento perenne del paisaje local, y lo que en tiempos había sido un simple trecho de arena, ahora se conocía como «Tropical Beach» y era uno de los tramos más populares de la costa de Helsingborg. En conjunto, tenía la sensación de haberse mudado a una ciudad completamente nueva.

—¡Esta es la mejor *pizza* que he comido en mi vida! —exclamó Matilda. Su padre estaba de acuerdo. Nunca le había resultado tan sabrosa una *pizza*.

Permanecieron un rato allí sentados, mirando los barcos que iban de Helsingborg a Helsingør, donde podía visitarse el castillo de Kronborg. No cabía duda de que ahora estaban más cerca de Europa. Fabian se prometió que nunca más volvería a desplazarse hacia el norte: ni un kilómetro. Se volvió hacia Theodor, que contemplaba el Estrecho con aire ausente.

—¿Qué tal tu *pizza*? ¿También era la mejor que has comido?

—No, pero estaba bastante buena.

—¿Un cuatro o un cinco?

—Un tres y medio.

—Entonces has de probar la mía. Es un seis, al menos —dijo Matilda pasándole una porción.

Theodor le dio un gran mordisco y exclamó:

—Vale. Le doy un cuatro. Pero no más.

—Jo, serás quisquilloso. Mamá, ¿a que es un quisquilloso?

Sonja asintió; luego miró a Fabian a los ojos. Este había hecho todo lo posible para ocultarlo y, hasta el momento, ella no le había preguntado qué quería Tuvesson; pero era evidente que notaba que pasaba algo. Como de costumbre, lo había calado, aunque hacía patéticos esfuerzos para aparentar que estaba allí, y no en otra parte. Pero por esta noche había decidido seguirle la corriente y simular que estaban todos apoyados en el cálido muro del paseo marítimo, disfrutando del sol rojo del crepúsculo y del ruido del oleaje contra las rocas.

Esa noche hicieron el amor tal como Fabian había fantaseado al llegar a la casa.

El suelo.

El vino y las velas.

For Emma, Forever Ago…

4

Matilda despertó a sus padres subiéndose a gatas sobre ellos y preguntando por qué habían dormido en el suelo del salón. Entre ambos improvisaron una explicación, diciendo que debían ajustar la cama de su dormitorio antes de poder usarla. Theodor se levantó también y ayudó a montar la mesa en la terraza, mientras Sonja y Matilda hacían una escapada al súper para comprar algo de comida. Poco después estaban todos desayunando bajo el sol matinal. Lo único que faltaba era el periódico, que Sonja dijo que había olvidado comprar.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó la niña.

—Supongo que seguir desembalando y…

—¡Y ajustar la cama! ¡Para que no tengáis que dormir más en el suelo!

—Sí, también. —Sonja se echó a reír—. Y estaba pensando que esta tarde podríamos ir a bañarnos.

—¡Sí!

—¿Podemos ir primero a comprar un esnórquel, papá? —dijo Theodor.

—Lo siento, pero hoy tendréis que ir a la playa sin mí.

—¿Por qué? —gritó Matilda—. ¿No estamos de vacaciones?

—Sí, pero papá tiene cosas que hacer —explicó Sonja—. Y a él le disgusta tanto como a nosotros. Esperemos que no le lleve demasiado tiempo —añadió mirándolo a los ojos. Él dedujo que debía de haber visto el periódico en el supermercado.

Fabian entró en el edificio blanco, recientemente construido, de la central de policía, que se hallaba junto a la autopista E4, a dos pasos de la vieja prisión de Berga. Se acercó al mostrador de recepción, donde había cuatro periódicos distintos apilados: *Helsingborgs Dagblad*, *Kvällsposten*, *Dagens Nyheter* y *Svenska Dagbladet*. Observó la portada del que estaba encima: «PROFESOR DE TECNOLOGÍA TORTURADO Y ASESINADO EN SU PROPIA AULA».

¿Sería ese el titular que había leído Sonja? Dos de los periódicos publicaban la misma foto. La imagen había sido tomada a cierta distancia y mostraba la plataforma elevadora y la camioneta de Jörgen aparcada detrás de la escuela. La matrícula de la camioneta aparecía difuminada, pero el edificio de ladrillo rojo y las largas hileras de estrechas ventanas no dejaban lugar a dudas sobre la escuela de que se trataba. ¿Y cuántos profesores de tecnología podían trabajar allí, por lo demás?

Se presentó al hombre apostado tras el mostrador y le explicó la situación: que él no se incorporaba hasta el mes de agosto, pero que Astrid Tuvesson le había informado del caso del profesor de tecnología asesinado y que le había dicho que pasara a verla si se le ocurría algo. El recepcionista, un agente uniformado de treinta y tantos años, pulsó las teclas de su ordenador. Observándolo, Fabian pensó que su pelo le recordaba las imágenes de la Alemania de los años treinta, y le impresionó la postura erguida que mantenía.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Risk. Fabian Risk. Pero no creo que me encuentre en el listado. Como he dicho, no empiezo hasta el mes de agosto.

El agente no le hizo caso; sacudió el ratón y tecleó varios comandos, mirando la pantalla con creciente agitación.

—Lo siento, pero no lo encuentro.

—Ya le he dicho que no estaría en su listado, pero si llama a Tuvesson…

—Astrid Tuvesson está en una reunión del grupo de investigación y, en esas ocasiones, no se la puede molestar.

—¡Es que yo debería estar en esa reunión! Seguramente está esperándome —

mintió Fabian. Enseguida se dio cuenta de que sonaba demasiado irritado—. ¿Cree que servirá de algo que la llame por teléfono?

—No es cosa mía a quién decida llamar, pero ella no responderá. Nunca atiende al teléfono cuando está en una reunión.

Risk sabía que el tipo tenía razón. Ya había intentado llamarla y no había recibido respuesta.

—Entonces, ¿cómo puedo entrar?

—No lo sé. A mí no me pregunte. Yo no puedo dejar pasar al primero que llega. Imagínese la impresión que daría.

—Usted debe de ser Fabian Risk —dijo una voz femenina a su espalda.

Al volverse, vio a una mujer a la que le calculó unos treinta y cinco años. Estaba en buena forma y llevaba una blusa a cuadros de manga corta y unos pantalones cortos tejanos. Tenía el cabello oscuro y corto, y lucía al menos veinte pendientes en una oreja.

—La Tuvi dijo que lo más probable era que se presentara aquí a primera hora. Yo creía que usted se incorporaba en agosto.

—Y yo también —respondió Fabian, mientras se preguntaba cuánto habría averiguado Astrid Tuvesson sobre él.

Se dieron la mano.

—Irene Lilja.

—Quizá pueda usted convencer a este hombre para que me deje pasar —dijo él señalando al recepcionista.

—No está en el registro, y tengo órdenes expresas de no dejar pasar bajo ninguna circunstancia a quien no…

—Está bien. Que entre conmigo; ya me encargaré de que firme en el registro. —Lilja le hizo una seña a Fabian para que la siguiera por las puertas de cristal hacia los ascensores—. Ha tenido suerte de que yo haya llegado con retraso. Florian puede ponerse muy estricto.

Entraron en el ascensor. Lilja le preguntó:

—¿Se le ha ocurrido algo nuevo?

—Lo lamento, pero no.

—¿Entonces qué hace aquí? Por lo que me han dicho, acaba de volver a la ciudad. Debe de estar muy liado.

Él titubeó buscando una respuesta, pero antes de que la encontrara se abrieron las puertas del ascensor.

Lilja lo guio hasta la sala de reuniones: una amplia estancia con una gran vista panorámica de Helsingborg que abarcaba el estrecho de Øresund e incluso más lejos. En el centro, había una mesa oval. Las paredes, bien iluminadas, funcionaban a la vez como pizarras y como pantallas para los proyectores montados en el techo. Él nunca había visto una sala de conferencias tan aireada y tan moderna. Estaba acostumbrado a celebrar las reuniones en habitaciones sin ventanas ni ventilación.

—Tranquilos —anunció Lilja a los presentes—, aún no ha deducido quién es el asesino; ya pueden dejar de contener el aliento.

—Quería reunirme con todos ustedes y saber lo que han descubierto, si les parece bien —dijo Fabian.

—Por supuesto. Venga, tome asiento —respondió Tuvesson, que le presentó al equipo restante.

Solo había una persona a la que Risk no conocía aún: Sverker «Klippan» Holm, un tipo fornido de poco más de cincuenta años.

—Tendremos que arreglárnoslas sin Hugo Elvin. Acaba de irse a Kenia y no vuelve hasta dentro de un mes.

—Kenia —masculló Klippan—. Allí hay que ir para disfrutar de un poco de tiempo libre. —Entonces se volvió hacia Fabian—. Risk. Se llama así, ¿no? —Él asintió—. Se lo advierto. Como se siente en esa silla, despídase de sus vacaciones. Si quiere vacaciones, váyase a Kenia. O más lejos aún. Yo tenía que pasar este verano en la casa de mis suegros, en las islas Koster, y mire dónde estoy sentado —concluyó alzando los brazos.

—Si decidió anular sus vacaciones y venir a trabajar fue por propia voluntad. Cosa que le agradezco mucho, por cierto —dijo Tuvesson, y fijó el retrato de

Jörgen Pålsson en la pared, por encima de las fotografías de la escena del crimen.

—¿Por propia voluntad? ¿Cree que podía quedarme tumbado en un muelle, mirándome el ombligo, mientras anda suelto alguien capaz de cometer un crimen tan atroz?

—Miremos la parte positiva: usted siempre anda quejándose de la casa de sus suegros y diciendo que estar allí es agotador y nada relajante —le espetó Lilja.

—Una cosa es segura: preferiría estar con mi familia que con todos ustedes en esta sala de conferencias. ¡Y por eso debería estar prohibido cometer ningún delito grave durante mi período de vacaciones, maldita sea!

—Me temo que deberá presentar una moción para cambiar la ley —dijo Tuvesson con un tono que indicaba que ya se había terminado la cháchara—. Y no se preocupe, Fabian. Por mucho que lo desee, yo no puedo anular sus vacaciones. Usted se las ganó en Estocolmo.

Risk tomó asiento.

—Después no diga que no se lo advertí, Risk —dijo Klippan.

—¿Puedo preguntar algo antes de entrar en materia? Supongo que no han encontrado todavía las manos de Jörgen, ¿no? —preguntó Fabian.

—Ahora íbamos a eso. —Tuvesson le hizo una seña a Molander, que se puso de pie con un mando a distancia. Se iluminó un proyector del techo y apareció la imagen de dos manos cortadas sobre unas baldosas blancas ensangrentadas.

—Esta fotografía ha sido tomada en las duchas de los chicos contiguas al gimnasio.

—En la misma escuela, ¿no? —preguntó Klippan.

Molander asintió.

—¿Ya han empezado a elaborar un perfil criminal? —preguntó Fabian.

—¿Qué les decía? —exclamó Klippan—. ¡Ya está trabajando! Y ni siquiera se da cuenta.

—No, no hemos preparado un perfil criminal —contestó Tuvesson—. Pero todos los indicios sugieren que nos enfrentamos con el peor tipo de criminal: un

loco solitario que quiere demostrar algo, que tiene un plan de acción y posee, probablemente, la inteligencia necesaria para llevarlo a cabo.

—¿Por qué está tan segura de que él o ella trabaja en solitario? —inquirió Lilja sirviéndose una taza de café.

—Porque es un crimen demasiado extremo. —Tuvesson señaló las fotos de la escena—. Y al mismo tiempo, está demasiado bien planeado y ejecutado para que haya intervenido más de una persona. Cuando se ejecuta en grupo un acto tan demencial, es casi siempre de modo impulsivo y bajo la influencia de las drogas. Los autores cometen errores y dejan un reguero de pistas y de evidencias técnicas. Aquí, en cambio, no hubo errores de ninguna clase. No hemos encontrado huellas dactilares ni hebras de pelo. No tenemos nada. Y Fabian tenía razón sobre la empresa de cristalería: no existe. La plataforma elevadora la tenía alquilada Construcciones PEAB, pero los responsables de la constructora ni siquiera la habían echado en falta. Dicho de otro modo: el asesinato de Jörgen Pålsson no ha sido un crimen pasional, sino un delito meticulosamente planeado. El asesino o la asesina se tomó su tiempo para decidir dónde iba a cometerlo, cómo lo llevaría a cabo y cuándo debía ser encontrado el cadáver.

—Pero ¿por qué? —preguntó Molander.

—Buena pregunta —dijo Lilja—. ¿Por qué cortarle las manos?

—¿Quizá porque había robado algo? —apuntó Klippan—. Ese es el castigo por robar según la ley islámica.

—¿Cree que el asesino es musulmán?

—¿Por qué no? —dijo Klippan, que cogiendo una copia de la foto de la clase, señaló a uno de los alumnos—. Este chico tiene aspecto de musulmán. ¿Qué opina, Fabian? ¿Lo recuerda?

—Jafaar Umar. Lo llamábamos Jaffe. Era un tipo muy divertido, algo así como el payaso de la clase. Nada ni nadie se libraba de sus bromas.

—Eso no acaba de encajar con nuestro asesino —opinó Lilja.

—Lo de cortarle las manos a alguien es una clase de mutilación presente en diversas culturas —dijo Molander—. Piensen en la guerra de Ruanda. A los

prisioneros de guerra se las cortaban para que no pudieran volver a combatir.

—En algunos casos, se las cortaban a todos los habitantes de un pueblo —añadió Klippan—. A todos, hombres, mujeres y niños, para que no pudieran identificarse y votar.

—¿Qué quiere decir? —terció Lilja—. El voto es anónimo.

—Sí, pero para obtener la papeleta primero has de identificarte, y allí se hacía con las huellas dactilares.

Fabian no creía que hubiera que interpretar el asesinato como un castigo islámico. No recordaba que Jörgen Pålsson fuese un ladrón. Pendenciero, sí; ladrón, no. Las manos, una vez cortadas, las habían dejado en las duchas del gimnasio. ¿Qué significado podía tener eso? No cabía duda de que el asesino pretendía enviar un mensaje.

—Risk, ¿qué está pensando?

Fabian alzó la vista. Tuvesson lo miraba con curiosidad.

—¿Qué pretende decir el criminal? ¿Es importante que el asesinato se produjera en el lugar de trabajo de Jörgen? ¿O se trata de una simple coincidencia, porque resulta que trabajaba en la misma escuela donde había estudiado?

—¿Insinúa que podría haber sido un alumno?

—No estoy seguro. Podría tratarse de un profesor. O quizá de alguien de quien había abusado.

—¿Abusado? ¿Está hablando de violación? —cuestionó Klippan.

—Si el motivo fuera vengarse de una violación, no habrían sido las manos lo que le hubieran cortado —dijo Lilja.

—Una cosa más —prosiguió Fabian, preguntándose por qué se le había ocurrido emplear la palabra «abusado»—. Si Jörgen Pålsson realmente cruzó el puente de Øresund, debería haber imágenes que lo demuestren, ¿no?

—Sabemos que lo cruzó —respondió Klippan pasándole una copia de un libro de registro—. Ahí puede ver la hora exacta de su paso por el peaje de Lernacken, tanto a la ida como a la vuelta.

—Pero no vendría mal obtener una confirmación visual. Por mí, encantada, si quiere seguir esa pista, Risk —dijo Tuvesson.

—Claro —repuso Fabian, dándose cuenta de lo acertada que había sido la advertencia de Klippan. La mera idea de sus vacaciones parecía esfumarse por momentos.

—Klippan e Irene, quiero que identifiquen a todos los miembros de la clase y averigüen cuanto puedan sin ponerse en contacto directo con ellos por el momento. Dado que el autor del crimen podría ser uno de ellos, prefiero que actuemos con discreción hasta que sepamos más. ¿Está claro?

Lilja y Klippan asintieron.

—¿Y qué ocurre con Fabian? ¿Qué vamos a hacer en su caso? —preguntó Lilja—. Él también estaba en la clase.

Los demás lo miraron.

—Yo me ocuparé de él —afirmó Tuvesson.

—Y luego está la esposa de la víctima —aportó Klippan—. Bueno… la viuda. ¿Quién va a hablar con ella?

—¿Con Lina Pålsson? —dijo Tuvesson.

—¿Lina? ¿Se llama así? —preguntó Fabian. Ella asintió—. ¿Es esta? —dijo señalando a la niña rubia, de larga cabellera rizada, que aparecía al lado de Jörgen en la foto—. Ya estaban juntos en aquel entonces. Qué increíble. A mí, si quiere, me encantaría hablar con ella.

—No me extraña —dijo Klippan observando la foto—. Era una monada. —Agarró a Fabian del hombro, en plan compinche.

—Por desgracia, el aspecto que tenían en esa foto es muy distinto del que tienen ahora —comentó Molander.

—Sí, no hay más que mirar a Fabian —dijo Lilja. Los demás se echaron a reír a carcajadas. Luego todos recogieron sus papeles y salieron de la sala. Todos, salvo Tuvesson.

—No sé cómo lo ve usted, pero huelga decir que si quiere colaborar en la investigación le estaré muy agradecida. Aunque entenderé de sobra que prefiera

dar prioridad a las vacaciones con su familia. La decisión está en sus manos.

—Colaboraré encantado —dijo Fabian con jovialidad. Aun así, no cesaba de pensar que Tuvesson no entendía en absoluto la situación. ¿Acaso tenía elección, considerando lo ocurrido? No era la primera vez que investigaba un crimen que el asesino había planeado de modo concienzudo. Pero esta investigación era totalmente distinta. Un alumno de su antigua clase había sido asesinado de forma brutal y encontrado varios días más tarde, en el preciso día en que él había vuelto a su ciudad natal en compañía de su familia. Podía tratarse de una coincidencia, desde luego. Pero algo le decía que tenía tantas posibilidades de serlo como el hecho de que le hubieran cortado las manos a la víctima.

—Quiero dejarle una cosa muy, muy clara —le advirtió Tuvesson mirándolo a los ojos—. Ignoro cómo hacía las cosas en Estocolmo. Pero aquí somos un equipo y trabajamos juntos; y eso va por usted también.

Él asintió.

—Bien. Me ocuparé de que cobre contando a partir de hoy.

—Sería conveniente que me incluyera en el registro; así ese tal Florian me dejará pasar sin objeciones.

—Claro. Le darán una tarjeta de acceso. Como es obvio, no tenemos preparada una mesa para usted, pero puede usar entre tanto la de Hugo Elvin. Como hemos comentado, estará fuera todavía varias semanas. Ahora mismo se la voy a enseñar.

La siguió a través del departamento, aunque no escuchaba ni una palabra de lo que ella le decía. Sus pensamientos estaban en otra parte. Desde que se había enterado del asesinato de Jörgen Pålsson, había algo que lo atormentaba por dentro, aunque se resistía a salir del todo a la superficie. Ese sentimiento había cobrado más fuerza durante la reunión. Si había hablado de «abusos» al analizar los motivos del asesinato de Jörgen, no había sido por casualidad.

Los recuerdos de sus años escolares empezaban a volverse más nítidos y más intensos. Ahora tenía la sensación de que Jörgen Pålsson había recibido su merecido.

5

Lina Pålsson no se acordó de él en el primer momento, a pesar de que le dijo su nombre completo y le recordó que habían estado en la misma clase durante sus años escolares. También era cierto, para ser justos, que estaban hablando por teléfono y no en persona. Pero ella parecía totalmente confusa, hasta el punto de que Fabian dudó de si se trataría de la Lina de su clase. Cuando se le ocurrió mencionar el apodo que tenía en esa época —«Fabbe»—, pareció que ella lo situaba por fin y entonces se apresuró a decirle que pasara por su casa a tomarse un café a la una de la tarde. Lo cual le dio a él el tiempo suficiente para instalarse en su escritorio y para contactar con el peaje del puente Øresund.

La silla de Hugo Elvin parecía una sofisticada pieza experimental traída del futuro. Tenía un montón de botones y palancas, pero no resultaba nada agradable sentarse en ella. De hecho, era decididamente incómoda, y Fabian se dedicó a manipular las palancas mientras trataba de explicar al gerente de la oficina central del puente de Øresund para qué estaba llamando. Le pasaron a otra persona. Mientras sonaba el teléfono, consiguió encontrar la posición perfecta de la silla. ¿Qué tipo de cuerpo tendría Hugo Elvin?

—¿Es usted como el famoso Kurt Wallander? —le preguntó de golpe una mujer al otro lado de la línea. Fabian, que no se había dado cuenta de que el teléfono había dejado de sonar, tardó un poco en reaccionar, pero le explicó que Wallander era de un rango superior al suyo. Aunque, bueno, él lo habría superado si ese individuo no hubiera sido un personaje de ficción.

—¿De veras son tan listos en la vida real? —preguntó la mujer.

Cinco minutos después, había conseguido desviar la conversación acerca de Kurt Wallander. Ahora era él quien hacía las preguntas y ella las contestaba. Según le explicó la mujer, cada coche que pasaba por la garita del peaje de Lernacken era fotografiado por dos cámaras: una por delante, para registrar la placa de la matrícula, y otra por arriba, para medir la longitud del vehículo, lo que permitía calcular el importe exacto del peaje. La oficina central del puente también usaba esas fotografías como prueba cuando alguien pasaba sin pagar.

Fabian le explicó que buscaban una camioneta Chevy con la matrícula BJY 509, que debía de haber pasado el peaje hacia Dinamarca el martes, 22 de junio, justo después de las 06:00, y que había regresado ese mismo día a las 23:18. La mujer le prometió que localizaría las imágenes y le pidió su dirección de correo electrónico para enviárselas. Fabian le dio la dirección de correo de Tuvesson, ya que él no tenía una asignada todavía, y le dio las gracias por su ayuda. Entonces salió de la central de policía para reunirse con Lina Pålsson.

El GPS le indicó que se desviara en Ödåkra y lo guio por el barrio, que parecía otra urbanización más, hasta llegar al número 9 de la calle Tögatan. Se detuvo, bajó del coche y caminó hacia la casa de dos pisos, que era del mismo tipo de ladrillo rojo que la escuela Fredriksdal. No acababa de entender cómo Jörgen y Lina podían haber aguantado juntos más de treinta años. En aquella época, él estaba convencido de que no durarían más de un semestre.

Llamó al timbre y no pudo por menos que recordar la primera vez que había llamado a la puerta del apartamento de la familia de Lina. Entonces él hacía cuarto curso, y no tuvo el valor suficiente para quedarse esperando: corrió a esconderse en el siguiente piso antes de que el padre de Lina saliera a abrir.

Pero eso ocurrió la primera vez. Él y Lina se pusieron de acuerdo en ir juntos a la escuela y, a partir de entonces, llamó a su puerta todas las mañanas. Ese trayecto a pie se convirtió en el mejor momento de cada jornada. Ahí la tenía para él solo. Charlaban y reían, y él hacía todo lo posible para alargar el paseo.

Klippan no exageraba. Lina había sido sin duda la chica más guapa de su clase, y Fabian se preguntó si seguiría siendo tan preciosa como entonces.

Una mujer corpulenta, al borde de la obesidad, le abrió la puerta. Llevaba un vestido marrón holgado y tenía el pelo negro, salvo en las raíces, que se veían canosas. Parecía cansada y hecha polvo; y sobre todo, bastante más vieja de lo que correspondía a sus cuarenta y tres años.

«Supongo que Molander tenía razón sobre el efecto de los años», pensó Fabian.

—Usted debe de ser Fabian Risk —dijo la mujer. Él asintió y le estrechó la mano—. Yo soy Agneta, la prima de Lina. Nos estamos turnando para que no se quede sola. Pase.

La siguió al interior. Recorrió de una ojeada la sala de estar, que tenía más encanto de lo que podía esperarse a juzgar por el exterior de la casa. De Lina, por el momento, ni rastro.

—Espere aquí. Voy a preparar café —le indicó Agneta, y desapareció en la cocina.

Fabian se acercó a la librería. Incluso en la era de las descargas digitales, las librerías continuaban siendo uno de los lugares que albergaban más secretos en un hogar.

Esas estanterías en concreto contenían los libros y artículos culturales más usuales. Una colección de botellas de licor de vistosos colores y de copas de distintos tamaños, así como varios recuerdos de Grecia y de las islas Canarias, ocupaban la parte iluminada y cerrada con cristales. La colección de CD se reducía a varias compilaciones, y la de DVD se dividía a partes iguales entre producciones de Disney y películas suecas de detectives. La reducida selección de libros se componía en sus tres cuartas partes de novelas de Jan Guillou, Henning Mankell y John Grisham. Los demás eran los infaltables volúmenes de August Strindberg, William Shakespeare y Charles Dickens. Los únicos títulos que rompían esa imagen tópica, o que la mejoraban, según cómo se mirase, eran de Paul Auster, Cormac McCarthy y Jonathan Franzen. Fabian supuso que esos

libros debían de ser de Lina. También descubrió varios álbumes de fotos en el estante inferior. Cogió el primero: contenía imágenes de la boda de Jörgen y Lina. No pudo reprimir el pensamiento de que ella se había casado por debajo de sus posibilidades. El siguiente álbum, más variado, contenía fotos de todo tipo de celebraciones, desde Navidades y cumpleaños hasta bautismos y fiestas del cangrejo. En algunas, Jörgen posaba con el torso desnudo, mostrando sus recios músculos tatuados.

—¿Has encontrado algo interesante?

Fabian alzó la mirada y vio a Lina frente a él.

—Bueno, aquí estás —dijo dejando el álbum y dudando si debía darle un abrazo. Decidió tenderle la mano, aunque ya tenía la palma sudada—. Hola.

—¿No me das un abrazo?

—Claro, perdona. No quería… —La abrazó con cautela.

—Casi no te reconozco. Me dijeron que te habías mudado a Estocolmo.

—Sí, pero ahora he vuelto. Y yo sí te reconozco. No has cambiado nada.

—Gracias.

Él se dio cuenta de que no sabía cómo continuar, cómo evitar aquel silencio embarazoso. Se sentía igual que el chico que había llamado al timbre, pero esta vez no había tenido tiempo de correr a esconderse. Agneta volvió en ese momento de la cocina y dejó sobre la mesa una bandeja con café.

—¿Quieres que me quede aquí, Lina?

—No, Agge. Está todo bien, no te preocupes.

Agneta desapareció de nuevo. Lina y Fabian se sentaron en el sofá.

—¿Vas a trabajar en la investigación como policía? —preguntó ella, mientras intentaba servir el café. La mano le temblaba de tal modo que apenas lo conseguía.

—Permíteme, por favor —le dijo Fabian y, cogiendo la cafetera, le sirvió una taza.

—Lo siento mucho —dijo Lina echándose a llorar—, pero no lo comprendo. No entiendo cómo alguien ha podido hacerle algo así a Jörgen. Él era muy

querido. No tiene ningún sentido.

Fabian sintió el impulso de sentarse más cerca y ponerle una mano en el hombro, pero finalmente determinó quedarse en su sitio. Estaba allí como agente de policía, nada más.

—Lina, sé que debe de ser tremendamente difícil, pero ¿no se te ocurre nadie que pudiera estar detrás de esto?

Ella negó con la cabeza.

—Absolutamente nadie. Como te digo, todo el mundo lo adoraba. Los alumnos de la escuela lo idolatraban. Él sabía tratarlos, sobre todo a los chicos problemáticos.

—Sí, ya me lo imagino. Al fin y al cabo, él mismo era un poco… cómo te diré… un poco revoltoso en su día.

Lina alzó la vista y lo miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

«O ha reprimido sus recuerdos o no está en condiciones de afrontarlos ahora», pensó Fabian dejando su taza en la mesita de cristal.

—Lina, si queremos tener alguna posibilidad de atrapar al culpable, voy a tener que indagar y hurgar un poco en el pasado.

Ella desvió un momento la mirada. Al fin, como él no hacía nada para romper el silencio, asintió con la cabeza.

—Por lo que tengo entendido —continuó Fabian—, Jörgen acababa de ir a Alemania a comprar cerveza. ¿Sabes si lo acompañaba alguien?

—Siempre iba solo.

—¿Podría haber hecho esta vez una excepción?

Lina negó de nuevo con la cabeza y explicó:

—Si hubiera tenido que hacer sitio en la camioneta para otra persona, el viaje no le habría valido la pena.

—¿Ni siquiera para tener compañía?

—¿Quién habría querido hacer eso? ¿Viajar en una camioneta hasta Alemania, ida y vuelta, sin poder comprar nada?

«Es cierto», pensó Fabian, que aún no veía qué sentido tenía el viaje en sí mismo.

—¿Quizá algún amigo que quisiera ir allí? ¿Jörgen se mantenía en contacto con alguien de nuestra clase, aparte de ti?

—No. Bueno, solo con Glenn. Glenn Granqvist.

Fabian asintió. Glenn y Jörgen habían sido íntimos amigos desde siempre: los dos estaban cortados por el mismo patrón. Una charla con Glenn debía ser sin duda el siguiente punto en su lista de tareas.

—A juzgar por lo que he visto en los álbumes de fotos, Jörgen se mantenía en muy buena forma.

—Sí, siempre procuró cuidarse. A veces, cuando los niños eran pequeños, parecía que pasara más tiempo en el gimnasio que en casa.

—O sea que hacía mucho ejercicio, ¿no? —comentó Fabian, pensando que ya no le quedaba más remedio que lanzarse a la piscina—. ¿Sabes por causalidad si tomaba algo para aumentar el tamaño de los músculos?

Lina lo miró fijamente, como si estuviera esperándose cualquier pregunta salvo esa.

—¿Qué quieres decir? ¿Anabolizantes? Desde luego que no.

Fabian estaba convencido de que Jörgen debía de haber tomado esteroides anabólicos, pero ese no era el objetivo de la pregunta. Lo que quería ver era cómo respondía Lina. Y resultaba evidente que mentía.

—¿En alguna ocasión te pegó?

Esta vez ella estaba mejor preparada. Adoptando una actitud serena, soltó un bufido y meneó la cabeza.

—Francamente, no entiendo qué pretendes. Jörgen era una de las personas más amables que puedas imaginar. Jamás me habría hecho daño. A mí o a cualquier otro, ya puestos.

—Lina, no pretendo destruir la reputación de Jörgen. Pero tú y yo sabemos bien cómo era en la escuela. Lo único que quiero averiguar es si…

—Creo que deberías marcharte —dijo ella levantándose—. Vete, por favor.

—Lo siento. No pretendía…

—¡Agge! ¡Ya puedes venir! ¡Hemos terminado!

6

Fabian subió a su coche y metió la llave de contacto. No le cabía duda de que había encontrado lo que buscaba y confirmado el presentimiento que le rondaba desde el día anterior. Estaba seguro de que Jörgen Pålsson se había cavado su propia tumba. Pero lamentaba haber planteado las cosas con tanta brusquedad, sin tomar en consideración que Lina acababa de perder a su marido.

¿Tanto le costaba asimilar que ella se hubiera casado con Jörgen y que, a diferencia de otros, su relación hubiera durado? ¿Qué derecho tenía a cuestionar su elección? Como si supiera lo que era mejor para ella.

Abrió la guantera, sacó el informe de la inspección técnica y escribió al dorso una nota para Lina, pidiéndole disculpas profusamente por haber herido sus sentimientos y diciéndole que no dudara en ponerse en contacto con él siempre que lo necesitara. Terminó anotando su dirección y su número, firmó y dobló la nota y la dejó en el buzón.

Mientras lo hacía, notó que ella lo observaba desde detrás de una ligera cortina y, antes de volver a subirse al coche y arrancar, se volvió y le dirigió una sonrisa y un gesto de adiós.

No tardó en sonarle el móvil. Pero resultó que era Tuvesson.

—Han llegado las fotos de Lernacken.

—¿Se ve algo?

—Será mejor que venga.

Había en total cuatro fotografías tomadas en el peaje. Tuvesson las había subido al servidor de la central de policía para proyectarlas en la pared de la sala de conferencias.

—No me digan que se ha acabado otra vez la leche —dijo Lilja, con una taza de café recién hecho en la mano.

—Al menos, siempre hay nata —observó Klippan, y se puso un poco en su propia taza—. Hace unos años, nadie tenía problemas con… —Lo interrumpió el timbre de su móvil. Se lo sacó del bolsillo y miró el número.

—¿No va a responder? —preguntó Lilja.

Klippan dio un suspiro y atendió la llamada.

—Hola, cariño. Oye, estoy en una reunión y… ¿Qué? ¡Otra vez no! —Un nuevo suspiro—. Ya te lo he dicho mil veces, Berit. No puedes usar toneladas de papel higiénico porque… —Para entonces, todos los colegas oían la voz de Berit —. Vale, yo me encargo. Ya llamaré a alguien… No, ahora, no. En cuanto tenga un minuto… Cariño, he de dejarte. Adiós.

Klippan volvió a poner el móvil sobre la mesa y alzó las manos sin hacer comentarios.

—¿Empezamos? —dijo Tuvesson encendiendo el proyector.

La primera foto estaba tomada desde delante y mostraba la Chevy de Jörgen Pålsson esperando en el peaje para acceder al puente hacia Dinamarca. En la esquina inferior había una indicación de fecha y hora: 22-06-2010 06:23. El hombre que iba al volante era Jörgen sin la menor duda. En la siguiente fotografía, tomada desde arriba, se veía su brazo tatuado al entregar la tarjeta de crédito.

—Bueno, al menos aún tenía las manos en su sitio —dijo Klippan.

—Aquí es donde la cosa se pone interesante. —Tuvesson sacó la tercera fotografía, que llevaba la indicación 22-06-2010 23:18. Era mucho más oscura que las dos primeras, y la cara de Jörgen quedaba oculta en la penumbra. Pero no cabía duda de que era él quien estaba al volante, pues su camiseta blanca relucía en la oscuridad como una cinta reflectante.

La imagen de Jörgen no fue lo único que atrajo la atención general. A su lado, en el asiento del copiloto, había un hombre con ropa oscura y con una gorra calada tan baja que todo el rostro quedaba en sombras. Ahí estaba: el asesino al que andaban buscando, fundiéndose con la oscuridad como un fantasma informe.

—Puedo intentar manipular la imagen para darle un poco más de contraste —dijo Molander.

—¿Cree que podremos aclararla lo bastante como para difundirla? —inquirió Klippan.

—Ya veremos. Pero lo dudo —opinó Ingvar.

—¿Estamos seguros siquiera de que ese es nuestro hombre? —preguntó Lilja.

—No, pero tiene muchos números para serlo —respondió Tuvesson—. Y desde luego, no difundiremos ninguna imagen hasta estar seguros de conocer todos los hechos.

—Ese tipo podría ser cualquiera —observó Lilja.

—¿Cómo que cualquiera?

—Podría ser un autostopista, por ejemplo.

—¿Quién coge hoy en día a los autostopistas? —comentó Klippan—. Ni siquiera hay sitio donde parar, además.

—Yo sí lo hago. El mundo no es tan horrible como creemos los que vivimos entre estas cuatro paredes —respondió Lilja.

—Aunque no sea el autor del asesinato, seguramente es el último que vio vivo a Jörgen. Sea quien sea, hemos de localizarlo —dijo Tuvesson—. Vamos a suponer por un momento que es nuestro hombre. La cuestión que se plantea entonces es: ¿por qué Jörgen Pålsson lo recogió en su camioneta?

—¿Y dónde? —añadió Lilja.

—¿Cabría la posibilidad de que hubieran quedado en encontrarse? —preguntó Tuvesson.

—No. Según Lina, él siempre viajaba solo —dijo Fabian.

—Eso cree ella. Pero quién sabe si era así —opinó Klippan—. Mi mujer, al menos, no lo sabe todo sobre mí.

—Una suerte para ella —masculló Molander.

—Pero considerando que el asesinato fue planeado tan cuidadosamente, debemos asumir que el criminal debía de estar seguro de que Jörgen iba a recogerlo —continuó Fabian—. Y como Klippan ha dicho, casi toda la ruta es autopista y no se puede parar. Por eso estoy pensando que quizá deberíamos averiguar los números de sus tarjetas de crédito y comprobar qué gastos hizo durante el camino.

—Buena idea —dijo Tuvesson.

Klippan se volvió hacia ella y le dijo:

—No es tonto, el nuevo. Aunque por desgracia va a resultar muy lento averiguar todo esto. A los bancos les encanta demorarse a la hora de facilitarnos este tipo de datos.

Fabian sabía que Klippan tenía razón. Pero él contaba con un recurso para solucionarlo: su nombre era Niva Ekenhielm y trabajaba para la FRA (Instituto Nacional de Radio Defensa). Niva era capaz de atravesar los sistemas de cortafuegos más potentes y lo había ayudado bastante en su última investigación; aunque esa ayuda había tenido un precio, y él se había prometido a sí mismo que no volvería a contactar con ella.

Fabian llamó otra vez a la mujer de la oficina del puente de Øresund. Ella reconoció su voz de inmediato y le preguntó cómo iba el caso y si ya habían encontrado al asesino. Él le respondió de modo evasivo, diciendo que la investigación iba avanzando y que estaban haciendo todo lo posible para resolver el caso cuanto antes.

—Ya veo. Debe actuar de forma confidencial y no puede revelar ningún detalle —dijo la mujer con su acento del sur de Suecia—. Pero es el tipo del asiento del copiloto, ¿no?

—Como sin duda comprenderá, no puedo revelarle nada de lo que sabemos —dijo, confiando en que bastaría con eso. Todavía necesitaba la ayuda de la mujer

y esperaba no tener que ponerse desagradable con ella.

—Lo interpretaré como un «sí». Pero no se preocupe, no se lo voy a contar a los periódicos; al menos, por ahora.

Fabian pensó que tal vez sería mejor hacerle creer que estaba haciéndole partícipe de ciertos secretos.

—No creo que deba hacerlo. Usted es una mujer inteligente y sabe que no nos conviene que el asesino descubra cuánto sabemos, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Y ya que está tan familiarizada con este caso, necesito su ayuda para otra cosa.

—¿Ah, sí?

—¿Cree que podría averiguar el número de la tarjeta de crédito con la que pagó el peaje?

Hubo un largo silencio.

—Usted sabe muy bien que no puedo facilitar ese tipo de información, a no ser que tenga el permiso del fiscal.

«No es idiota», pensó Fabian. Pero no había tiempo para esperar esa orden.

—Pero por ser usted, Fabian Risk, mi pequeño Wallander personal, voy a hacer una excepción. Con una condición.

—¿Cuál?

—Que venga a saludar la próxima vez que pase por aquí.

Risk fue a la sala de descanso, donde había una gran máquina de café con un montón de botones, para hacer la llamada. Pulsó el botón de capuchino y oyó que la máquina se ponía en marcha mientras el teléfono sonaba. Ella sabría de quién era la llamada, no le cabía duda. Seguramente, estaba mirando en ese momento cómo sonaba su móvil.

—¿Cómo demonios tienes pelotas para telefonearme?

Fabian se quedó pasmado y titubeó un momento, sin saber qué decir.

—¿Creías que no iba a saber que eras tú, joder? Hay que ser…

—Niva, yo no pretendía…

—Hemos terminado. ¿Acaso lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado. Pero no te llamo por eso.

—Entonces supongo que me llamas para contarme que ahora que has huido y emigrado a Escania, formáis una familia feliz.

—Te llamo porque necesito tu ayuda en una investigación y es importante que actuemos con rapidez. —Se hizo un silencio, cosa que interpretó como un signo positivo—. Estoy investigando el asesinato de un antiguo compañero de la escuela. Supongo que lo habrás leído en los periódicos: el profesor de tecnología al que le serraron las manos.

—¡Ah, sí! Qué típico de Escania. ¿Y era uno de tus viejos amigos escolares?

—No exactamente un amigo. Pero fuimos a la misma clase. Tengo que averiguar qué compras hizo con su tarjeta de crédito el veintidós de junio.

—Envíame un mensaje de texto con el número de la tarjeta y ya te diré algo.

—Gracias. Es muy amable de tu parte echarme una mano. Yo no pretendía…

—¿Cómo van las cosas, por lo demás?

—Bien. Acabamos de trasladarnos, así que todo está un poco manga por hombro. Pero da la sensación… Bueno, creo que irá bien. ¿Y tú?

—Fatal, la verdad. Y tan sola como siempre. Mi terapeuta dice que necesitaré un tiempo antes de poder seguir adelante.

—Seguro que pronto te sentirás mejor. Ahora que me he ido, tienes todo Estocolmo para ti.

—No me parece un consuelo si sigues llamándome.

Fabian iba a responder, pero ya no pudo. Niva había colgado. Dio un sorbo a su capuchino y tiró el resto en el fregadero.

7

—¡Adivina lo que hemos hecho, papá! —gritó Matilda, corriendo a su encuentro, cuando entraba por la puerta—. ¡Hemos ido a bañarnos! ¡Había unas olas enormes y el agua está helada! Mañana volveremos a ir. ¡Y mamá ha prometido que me comprará un traje de baño nuevo! —añadió la niña saltando a sus brazos—. ¿Vendrás con nosotros, por favor?

—¿Y si resulta que está demasiado fría para mí? —Fabian entró en la cocina, con Matilda en brazos.

—Por favor, papi. Por favor.

Fabian se acercó a Sonja, que estaba poniendo la mesa, y le dio un beso.

—La cena está casi lista —le dijo ella con una sonrisa—. ¿Cómo te ha ido? ¿Has terminado lo que tenías que hacer? —Lo miró a los ojos mientras se quitaba el delantal.

—Cariño, es que…

—Vale, olvida que lo he preguntado. Y que, supuestamente, estás de vacaciones.

—Cariño…

—Mejor no hablemos. Ve a buscar a Theo.

—Claro. ¿Dónde está?

—En su habitación.

—Se ha pasado todo el día encerrado —dijo Matilda.

—¿No ha ido a bañarse con vosotras?

—No. Esperaba que vinieras tú y lo ayudaras a escoger un esnórquel —dijo Sonja.

—Prométeme que vendrás mañana, papi. Por favor… ¿Lo prometes?

—Prometo… hacer todo lo posible.

—Eres un tonto. —Matilda se escurrió de sus brazos.

Fabian se dirigió hacia la escalera justo cuando sonó el teléfono.

—¿Ya lo han conectado?

—Eso parece. —Sonja se acercó al teléfono y levantó el auricular—. Sí, soy Sonja Risk… Sí, está aquí. Para ti.

Por su tono seco y cortante, Fabian dedujo quién era en el acto. «Zorra traicionera», pensó antes de coger el auricular.

—Sí, aquí Fabian Risk —dijo con su tono más formal.

—Hola, cielo —respondió Niva—. He pensado que lo mejor era llamarte al número de tu casa, y no al móvil, para que no pareciera sospechoso. Al fin y al cabo, no tenemos nada que ocultar, ¿no?

—No, en absoluto. —Fabian miró a Sonja, encogiéndose de hombros, y entró en el salón—. ¿Has averiguado algo?

—Tú siempre tan acelerado. Francamente, no entiendo cómo te aguanta Sonja. Todo se termina incluso antes de empezar.

—Niva, estamos a punto de sentarnos a cenar.

—¡Ay, qué bonito! En el número de la tarjeta que me has mandado, había un cargo de setecientas treinta y nueve coronas en la gasolinera OK de Lellinge, a las diez y veintidós de la noche. También la usó en la BorderShop de Puttgarden, donde debió comprar cerveza suficiente para todo el Oktoberfest.

—Gracias por tu ayuda.

—De nada.

Fabian colgó y se sentó a cenar. Sonja debía de estar intrigada sobre el motivo de la llamada. Tenía todo el derecho del mundo a hacer preguntas.

Pero habría de esperar para planteárselas hasta que él volviera de madrugada.

Consiguió salir de casa a las diez. Subió al coche y se puso en marcha hacia la gasolinera OK de Lellinge, que quedaba a unos cuarenta kilómetros al sudoeste de Copenhague. Calculaba que llegaría justo antes de medianoche.

Aunque Theodor se había negado a abrirle la puerta de su habitación cuando se disponía a salir, y aunque Matilda y Sonja estaban ahora furiosas con él, Fabian había tomado la determinación de no posponer el viaje hasta el día siguiente. Ahora que había ganado un poco de tiempo, no podía permitirse el lujo de perderlo dejando pasar una noche entera.

Durante el trayecto, repasó los datos que conocía del caso. Al asesino le habría resultado imposible saber con exactitud dónde, y cuántas veces, habría de detenerse Jörgen, pero debía de haber dado por supuesto que tendría que parar al menos una vez para repostar. Según Molander, el depósito de la camioneta Chevy que apareció en la escuela contenía 88 litros de gasolina de 95 octanos. Como tenía una capacidad total de 120 litros, quería decir que llevaba gastados 32. La gasolinera donde había llenado el depósito en el camino de vuelta estaba a 144 kilómetros de la escuela, incluyendo la travesía del puente. Si había gastado 32 litros en 144 kilómetros, quería decir que la camioneta cargada hasta los topes había consumido 2,2 litros cada 10 kilómetros: un cálculo razonable. Parecía lógico suponer que Jörgen no había dado rodeos innecesarios, sino que había conducido directamente hasta la escuela.

En Dinamarca, había usado una vez su tarjeta de crédito y había sido en esa gasolinera OK a las 22:22. El cargo de 739 coronas equivalía a unos 75 litros de gasolina. Si Jörgen había empezado el viaje en su casa de Ödåkra con el depósito lleno y solo había vuelto a repostar durante el trayecto de regreso, en Lellinge, es decir, al cabo de 380 kilómetros, 75 litros parecían una cantidad razonable. Por el peaje de Lernacken había pasado a las 23:18, o sea, 56 minutos después, aunque ese tramo no debería haberle llevado más de 40 minutos. Lo cual quería decir que se había entretenido en la gasolinera 15 o 20 minutos.

A continuación había cruzado el puente con un pasajero en el asiento del copiloto.

En el puente de Øresund, el hombre de la garita le devolvió su tarjeta de crédito y alzó la barrera para que pasara. Él pisó el acelerador mientras empezaba a sonar en la radio una de sus canciones favoritas. Subió el volumen, y la voz de Kate Bush, cantando sobre un pacto con Dios para cambiar de lugar con su amado, inundó el interior del vehículo. Se puso a tararear mientras la cantante atacaba el verso principal del estribillo: «*Running up that hill*».

Esta era la primera vez en su vida que cruzaba el puente y la verdad era que la vista resultaba casi mágica. El cielo relucía bajo el resplandor de la media luna, de un tono azul oscuro con matices dorados; muy por debajo de donde él se hallaba, las aguas del estrecho de Øresund actuaban como un gigantesco espejo.

8

Glenn Granqvist se hallaba sentado a la mesa de la cocina. Desenroscó el tapón del tarro de cristal y examinó los trozos de arenque que flotaban en el turbio líquido. El tarro era de la época en la que Anki vivía allí. A él los arenques tampoco le entusiasmaban. Había algo en su textura que le disgustaba; tenía que tragarse los trozos enteros y deglutirlos con una cerveza fría para no acabar vomitándolos.

La cerveza se había acabado. La mayoría de las cosas que le gustaban se habían terminado, y se dedicaba últimamente a vaciar tarros cuya fecha recomendada de consumo había pasado hacía mucho: aceitunas, pepinillos, mostaza, salsa *remoulade* y los malditos arenques de Anki. Sacó otro trozo, se lo metió en la boca y lo deglutió con una lata de zumo de piña.

No había habido manera de relajarse desde que se había enterado de lo de Jörgen. Le costaba estar quieto en la silla y no paraba de moverse. Se sentía como sobre ascuas, como si el corazón le latiera desbocado. Su mejor amigo había muerto, y no por un trágico accidente ni por una enfermedad rápida y fulminante, sino porque alguien le había quitado la vida de un modo planeado a conciencia y tan absolutamente espantoso que solo de pensarlo le recorría un escalofrío de pies a cabeza.

Recordó lo mucho que se habían divertido juntos durante más de treinta y siete años de amistad: casi toda una vida. Se habían conocido en primer curso. Y apenas unos minutos después de conocerse, se habían enzarzado en una pelea

con otros chicos. Habían sido amigos íntimos desde entonces y se habían apoyado mutuamente en las duras y en las maduras.

Pero también habían cometido algunas estupideces; muchas, si se detenía a pensarlo. Más tarde habían dejado todo aquello atrás y se habían convencido a sí mismos de que no habían hecho nada de lo que avergonzarse; y la cosa había funcionado. Durante todos estos años, él había dormido la mar de apacible, con la conciencia limpia como una patena. Hasta que Lina lo había llamado, ya hacía más de una semana, para decirle que Jörgen había desaparecido. Él había tenido desde el principio un mal presentimiento, y a partir de entonces las imágenes no habían dejado de acudir a su mente: viejos recuerdos casi olvidados que creía que habían quedado sepultados bajo una dura capa de tierra bien apisonada y cubierta después de pavimento para que no volvieran a salir a la luz.

Y, por el contrario, ahora volvían otra vez a sus pensamientos.

No le sorprendía lo más mínimo que Jörgen estuviera muerto, o que lo hubieran asesinado. Eran esas jodidas manos serruchadas las que lo habían dejado aterrorizado por completo. De no haber sido por ese pequeño detalle, estaba seguro de que habría dormido sin ninguna dificultad por las noches. Ni siquiera era capaz de afligirse por su amigo o de acompañar a Lina en su dolor. Apenas se había atrevido a contactar con ella.

Las manos habían sido siempre la especialidad de Jörgen. No importaba lo ensangrentadas y machacadas que le quedaran: utilizaba los puños para dañar y maltratar. No había empezado a usar puños americanos hasta el último curso. La especialidad de Glenn, en cambio, habían sido las patadas con sus Doc Martens rojas con puntera de acero.

Él mismo no entendía por qué habían seguido con ese asunto tanto tiempo. Una cosa era en la época escolar: entonces se aburrían, necesitaban algo para pasar el rato. A esa edad, haciendo aquello, se sentían poderosos. Su víctima temblaba de pavor en cuanto veía a Glenn y Jörgen. El tipo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, todo lo que le pidieran. Pero ¿por qué siguieron después?

Era como si se hubieran vuelto adictos y no hubieran podido parar hasta dejarlo muerto. Y ellos creyeron que lo habían matado en su último «encuentro».

La juerga se había prolongado más de cinco horas. Eso había tenido lugar once años después de terminar la enseñanza obligatoria. Hasta entonces, ya fuera de la escuela, lo habían dejado en paz y se habían dedicado a meterse con otros. La verdad era que se habían cansado de él y que más o menos lo habían olvidado. Hasta que una noche, en Copenhague, en plena borrachera, Jörgen tuvo de pronto la idea de volver a contactar con él y celebrar un último encuentro.

Hay ecuaciones para calcular cuánta energía quema el cuerpo cuando sales a correr, cuando follas o cuando duermes. Pero no había una fórmula capaz de determinar cuántas calorías quemaban ellos en una pelea. Debía de ser un montón, porque después de tres horas tanto él como Jörgen estaban exhaustos. Su víctima había gritado y aullado y suplicado piedad. Les había dicho que podían quedarse con su dinero, que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de que parasen. Pero ellos querían que se diera por vencido y se muriese.

El cabrón se resistía a morir. Desde luego, podrían haberle clavado un cuchillo, pero eso habría sido trampa. Ellos utilizaban las manos y los pies, nada más.

Salieron del apartamento y fueron a Tre Häster un rato, para comerse unos filetes con patatas y salsa bearnesa y tomarse unas Coca-Cola gigantes. Glenn todavía recordaba lo bien que le habían sabido. Era como si sus cuerpos pidieran a gritos más azúcar en sangre. Después de cenar, jugaron a la máquina del millón. Consiguieron varias bolas múltiples, y él habría alcanzado un récord personal si la máquina no hubiera marcado falta. No dijeron ni una palabra sobre el asalto mientras jugaban, pero había un acuerdo tácito flotando en el aire: continuarían dándole hasta que se rindiera. De una vez por todas.

Cuando volvieron, resultó que su víctima había logrado arrastrarse hasta el pasillo y bajar el teléfono de la mesita. No podía saber que habían cortado la línea.

Dos horas más tarde, fueron ellos los que se dieron por vencidos. Era la primera vez que se cansaban de golpear a alguien. Los últimos treinta minutos habían sido monótonos y carentes de interés. Glenn recordaba que justificaron su abandono con la idea de que el tipo moriría por sí solo en unas horas más.

Se pasaron las siguientes semanas buscando en los periódicos una necrológica o un artículo sobre el asesinato, pero no encontraron nada. Ni siquiera un informe policial. Al cabo de dos meses volvieron al apartamento del tipo y lo encontraron completamente vacío. Se había esfumado.

Ambos se sentían inquietos, y esa inquietud no hizo más que aumentar al principio. ¿A dónde había ido su víctima? ¿Acaso estaba planeando una venganza? Lo habían analizado en numerosas ocasiones, pero al final habían llegado a la conclusión de que, probablemente, no tenían mucho de que preocuparse. Y cuando transcurrieron unos años, ya no volvieron a pensar en el asunto.

Pero ahora el cuerpo de Jörgen había aparecido con las dos manos serradas.

¿Eso significaba que había llegado su turno? ¿A él le serraría los pies?

Glenn se tumbó en el banco de la cocina y cerró los ojos. Tenía la sensación de que el agotamiento lo estaba devorando por dentro, pero no se atrevía a dormirse. Las pocas horas de sueño que había tenido en la última semana habían sido peores que las de vigilia. Sus sueños eran más extraños que nunca: los recuerdos reprimidos cobraban vida, pero reconvertidos en la fantasía erótica de un director de cine de terror.

Una vez había leído un reportaje sobre un investigador que se había mantenido despierto once días. Al cuarto, había sufrido alucinaciones y creía que era el futbolista argentino Diego Maradona. Pero al décimo día recuperó la normalidad, e incluso derrotó a sus ayudantes jugando a la máquina del millón antes de empezar a dormir regularmente.

Él nunca sería capaz de resistir once días.

Tenía que pensar con claridad y prestar mucha atención. Se sentó, se frotó los ojos para despejarse y se metió otro pedazo de arenque en la boca. Intentó tragar,

pero no lo conseguía. Ya se había terminado los restos del zumo de piña, y tenía el arenque atascado. Al final, se armó de valor y se puso a masticar. Debía comer para conservar la energía si quería contar con alguna posibilidad cuando llegara el momento. Una cosa tenía clara: iba a defenderse. Lucharía

Al menos nadie podría acusarlo de ser un vago. Prácticamente, había terminado ya todos los preparativos. Se había aprovisionado de armas; había instalado cerrojos en cada ventana de la casa y había vuelto a cablear todas las luces para poder apagarlas con un único botón del mando a distancia que llevaba siempre encima. También había colocado alambre de espino en el césped de la parte trasera y lo había conectado con sedal de pescar al móvil de viento de la ventana de arriba; así oiría a quien quisiera colarse por aquella parte.

Lo único que le quedaba pendiente era poner una mirilla en la puerta de la entrada; pero eso podía esperar hasta mañana, cuando volviera a haber luz. La puerta antigua contaba con una mirilla, pero cuando llegó el momento de poner una nueva, le pareció un gasto innecesario; unas semanas después se arrepintió de su decisión y compró una con la intención de instalarla por su cuenta. De eso hacía tres años y medio. Pero, bueno, mañana la instalaría sin falta.

Realmente era una estupidez de su parte seguir viviendo en esa casa ahora que Anki lo había dejado. Se había quedado para fastidiarla. La casa en sí, a decir verdad, ni siquiera le gustaba. Estaba mal construida, y las finas paredes de yeso olían a moho a pesar de tener solo diez años; y ya había tenido que reemplazar la puerta principal…

El timbre de la entrada interrumpió sus reflexiones sobre las pegas y los defectos de la casa. Eran las once y media de la noche. ¿Quién demonios podía ser a esas horas?

El timbre volvió a sonar.

Glenn había dado por supuesto que su atacante llegaría por el patio trasero, que no era visible desde el exterior. El alambre de espino no lo había colocado únicamente para que sonara la alarma, sino también para que el tipo se enganchara y tropezara, lo cual le daría tiempo a él para echársele encima y

arrastrarlo adentro. Si el asaltante, con todas esas precauciones, llegaba a la casa, las grandes puertas cristaleras le resultarían fáciles de forzar. Pero Glenn también había previsto eso. Atraería al tipo hasta su taller, lo dejaría encerrado y llamaría a la policía. Ya tenía ganas de ver su nombre en los periódicos, aclamado como el héroe que había atrapado al asesino. Así aprendería Anki.

Pero la posibilidad de que el timbre sonara no estaba contemplada en su plan. No podía ser. El asesino no iba a plantarse en la puerta y llamar al timbre. Imposible. ¿Quién sería entonces?

El móvil de viento le había dado la primera falsa alarma la noche anterior. Glenn había apagado todas las luces y había salido de inmediato al patio, pero se trataba de un perro que se había colado y enredado en el alambre de espino. El animal se había liberado finalmente entre desgarrones y había huido antes de que pudiera ayudarlo.

A lo mejor era el dueño del perro el que estaba en la puerta. Glenn se planteó si podría haber algo ilegal en la instalación de alambre de espino, aunque fuera en tu propio patio. Pero no tenía sentido. El terreno era suyo, al fin y al cabo.

Asió el bate de béisbol y cruzó con cautela el pasillo. El timbre volvió a sonar.

¿Por qué cojones no había instalado aún la maldita mirilla? Quitó el cerrojo y abrió la puerta.

9

Eran las once y media de la noche cuando el GPS le indicó a Fabian que casi había llegado a su destino: la gasolinera de Lellinge. El viaje había sido más rápido de lo que esperaba. Apenas había tráfico, y tras escuchar «Running Up That Hill» en la radio, había puesto entero el álbum *Hounds of Love*. La música lo había ayudado a desentumecer la memoria de sus años escolares.

Jörgen Pålsson nunca le había gustado, por lo que había hecho siempre todo lo posible para mantenerse lejos de él. No porque le diera miedo, sino más bien por pusilanimidad. Si no veía nada, no tenía que presenciar sus abusos ni verse obligado a tomar partido. Eso era lo que explicaba quizá que sus recuerdos fuesen tan borrosos. Qué penoso y qué patético.

Sí recordaba, al menos, que Jörgen Pålsson y Glenn Granqvist habían sembrado el terror en la clase, y que habían escogido a un alumno en particular: Claes Mällvik. Este había sufrido ese acoso desde el principio, desde que pasaron lista en el primer día del curso hasta que concluyó la escuela. Los compañeros de clase lo sabían, y lo mismo podía decirse sin duda de los profesores. Pero nadie había hecho nada, salvo mirar para otro lado.

Había habido un incidente que Fabian no había conseguido ignorar. Un incidente cuyo recuerdo había refrenado, pero que la imagen de las manos cortadas en las duchas le había traído de nuevo a la memoria. Su propia despreocupación lo empujaba a que se sintiera tan culpable como Jörgen y Glenn.

Acababan de terminar la clase de gimnasia y se dirigían todos a los vestuarios. Claes nunca se duchaba. El profesor de gimnasia lo había descubierto hacía poco y lo amenazó con un suspenso si no se lavaba como los demás. Le dijo que era una cuestión de higiene personal, ya no solo por uno mismo, sino por las personas que lo rodeaban, ducharse después de la clase de gimnasia. Seguramente, el profesor no tenía ni idea de cómo afectarían a Claes esas amenazas.

Los vestuarios contaban con ocho duchas a lo largo de dos paredes de azulejos blancos. Todos percibían lo que flotaba en el ambiente y se apresuraron hacia ellas. Todos, salvo Jörgen y Glenn. «¿Qué coño estás mirando? ¿Es que eres marica o qué? ¡No, qué va, es un travesti! ¡Mírale la polla! ¡Es tan diminuta que parece un chocho!»

Fabian aún recordaba cómo lo había mirado Claes con expresión suplicante y cómo había fingido él que se le metía jabón en los ojos para poder cerrarlos. Entonces oyó el primer golpe. Cuando volvió a abrir los ojos, Claes yacía sobre las duras baldosas en posición fetal, tratando de cubrirse de las patadas de Glenn, dirigidas a sus genitales, y de los puñetazos que Jörgen le daba en la cabeza.

Fabian se había escabullido como un cobarde, igual que los demás alumnos. Claes no emitía ningún sonido. No lloraba ni decía una palabra. Ni siquiera les pedía que parasen. Encajaba los puñetazos y las patadas en silencio. Pero cuando pusieron el agua caliente a tope, empezó a gritar.

Ahora, más de treinta años después, el asesino le había serrado las manos a Jörgen y las había depositado en esas mismas duchas.

Si alguien contaba con un sólido motivo era Claes Mällvik.

La gasolinera OK constaba de un único edificio. Después de recorrerla en círculo, Fabian aparcó en una esquina, junto a un contenedor, y se bajó del coche. Inspiró profundamente el aire nocturno, que todavía era denso y cálido. Si

el tiempo seguía así, pronto hablarían en los periódicos del mes de julio más cálido de los últimos cien años.

Se entretuvo dando una vuelta unos momentos. Enseguida cayó en la cuenta de que no tenía la menor idea de lo que debía buscar, aunque intuía que había algún indicio cerca, algo que le convenía descubrir más pronto que tarde. Mientras exploraba en torno a la gasolinera, esa sensación cobró más y más intensidad. No lo sabía con certeza, pero estaba casi seguro de que había sido en aquel lugar donde el autor del crimen había abordado a su víctima.

Y sin embargo, ¿cómo podía tener previsto el asesino que Jörgen Pålsson fuera a repostar en esa gasolinera en particular? Lo único que sabía con certeza era que tendría que detenerse en algún punto del trayecto de vuelta. Debía de haberlo seguido con su propio coche. Un coche que se habría visto obligado a abandonar. Si no había ido a recogerlo ya, cabía la posibilidad de que aún estuviera ahí.

Mientras se dirigía a la parte trasera de la gasolinera, Fabian intentó evocar con más claridad a Claes Mällvik. Recordaba que era tremendamente tímido y cauteloso, un chico que apenas se atrevía a levantar la mano en clase para responder a una pregunta. ¿Era posible que hubiera llegado al extremo de quitarle la vida a su torturador de una forma tan brutal y espectacular? No sabía qué pensar. Los efectos que la violencia y la tortura mental podían llegar a producir en una persona no tenían límite. Debía de ser así justamente cómo se creaba un monstruo.

Había cinco coches aparcados en la parte trasera, ninguno de los cuales parecía pertenecer a los clientes que estaban en el interior de la tienda. Tres ocupaban las plazas reservadas a los empleados; frente a los otros dos, en cambio, no había ninguna señal. Uno de ellos estaba cubierto con una gruesa capa de mugre y hojas secas. Fabian se acercó al último coche de la hilera, un Peugeot 206, y lo estudió con atención. Tenía matrícula sueca, y la fina capa de polvo de la plancha sugería que llevaba allí unos días; como máximo, una semana.

Debía llamar a Tuvesson, pero era probable que se enfadara con él por actuar por su propia cuenta. Prefirió llamar a Lilja.

—Hola, soy Fabian Risk, su nuevo…

—Ya sé quién es.

—Espero no haberla despertado.

—Qué va. Todavía estoy en la oficina, ayudando a Klippan a conseguir una lista de los alumnos de su clase, cosa que parece prácticamente imposible. Era la 9C, ¿no?

—Sí. Pero con un poco de suerte quizá ya no la necesitemos. Estoy en Dinamarca y es posible que haya encontrado el coche del asesino.

—¿Qué? ¿Cómo demonios se las ha arreglado? ¿Tuvesson lo sabe?

—Se lo explicaré después. A ver, es una posibilidad más bien remota, y quizá esté equivocado, pero si pudiera localizarme la matrícula JOS 652, se lo…

—Ya lo llamaré.

Risk inspiró hondo, se guardó el móvil en el bolsillo y se dirigió a la tienda de la gasolinera, abierta las veinticuatro horas. Si resultaba que Claes Mällvik era el dueño del Peugeot, sus sospechas quedarían confirmadas y la investigación entraría en la última fase: localizar al sospechoso y proceder a detenerlo. Esa fase llevaría su tiempo, sin duda, pero él ya habría cumplido su cometido con creces y podría retomar sus vacaciones con la conciencia tranquila. A la mañana siguiente, podría ir con Theodor a Väla a comprar un esnórquel y luego llevarlos a todos a la playa de Mölle, para tomar el sol y practicar el buceo de superficie junto a los acantilados. Después los agasajaría con una cena de lujo en el Grand Hotel de Mölle.

Entró en la tienda, hizo un breve recorrido y llevó al mostrador un *caffè latte* de máquina, una barrita de chocolate y una botella de agua Ramlösa (o «agua danesa», como se empeñaban en llamarla los daneses, aunque la embotellaran en Helsingborg). Había una chica joven atendiendo la caja registradora. No debía de pasar de los veinte y llevaba un *piercing* en el labio inferior. Era demasiado joven para estar haciendo el turno de noche sola, pensó Fabian.

—¿Ese coche es suyo? —le preguntó ella en danés señalando el Peugeot.

—No, pero ¿sabe cuánto tiempo lleva ahí?

—Como una semana.

—¿Estaba aquí el martes?

—Ni idea —dijo la chica encogiéndose de hombros y disponiéndose a escanear las compras—. Yo no trabajo los martes ni los miércoles. Lo vi por primera vez el jueves. Serán setenta y ocho coronas.

Fabian le tendió su tarjeta de crédito, dándose cuenta de que el Peugeot muy bien podría haber estado ahí desde el pasado martes.

Ya salía de la tienda cuando le sonó el móvil.

—Fabian, soy Irene Lilja. El coche está registrado a nombre de Rune Schmeckel.

—¿Qué? ¿Cómo ha dicho? —Se detuvo junto a la bomba de aire, que goteaba y soltaba un silbido. Estaba tan convencido de que le iba a decir «Claes Mällvik» que dio por supuesto que había oído mal.

—Se llama Rune Schmeckel.[1] Un apellido muy poco afortunado, ¿no cree?

Fabian sintió que se le caía el alma a los pies. Si al menos se tratara de un coche de alquiler, o de algo parecido, que les proporcionara una pista sobre la que trabajar… Desde luego, no había habido ningún Rune Schmeckel en la clase 9C.

—¿Han denunciado el robo del vehículo?

—No. Es lo primero que he pensado yo también.

«Maldita sea», se dijo él. Quizá no era el coche del asesino, a fin de cuentas. Quizá estaba siguiendo una línea de investigación totalmente equivocada. ¿Era posible que el motivo fuese otro distinto, en vez de la venganza de una víctima de acoso?

—¿Sigue ahí, Fabian?

—Sí. Es que no me ha dado la respuesta que esperaba.

—El tipo vive en Lund, calle Adelgatan, número cinco. Trabaja en el hospital de allí.

—He de dejarla ahora. Hablaremos más tarde.

Cortó la llamada. No deseaba seguir hablando. Necesitaba tiempo para pensar. Para reconsiderarlo todo.

10

Acababan de dar las dos de la madrugada, pero el cielo ya clareaba. Mientras cruzaba el puente de vuelta a Suecia, Fabian pensó que la vista del estrecho de Øresund resultaba aún más espectacular que a la ida. Pero esta vez no pudo disfrutar realmente del paisaje. Ni siquiera le apetecía escuchar música. No cesaba de pensar en Claes Mällvik y en los abusos a los que había estado sometido ese chico durante los años escolares. Había recordado otros acontecimientos relacionados con él, cada uno peor que el anterior, y todos ellos no hacían más que reforzar los posibles motivos del asesinato. No obstante, no había ninguna prueba concreta que apuntara a Claes. Lo único que tenía eran unos cuantos recuerdos borrosos que se remontaban a mucho tiempo atrás.

Redujo la marcha al llegar a la garita de peaje de Lernacken. Mientras le tendía al empleado la tarjeta de crédito, pensó en Sonja. Esperaba encontrarla dormida cuando llegara a casa. De lo contrario, la conversación sobre los motivos por los que Niva había llamado los mantendría despiertos toda la noche.

—¿Quiere hacer el favor de retroceder y de parar frente a ese edificio? —le dijo el tipo de la garita devolviéndole la tarjeta y señalando una construcción que parecía un barracón del ejército.

—¿Algún problema? Tengo otra, si esta no funciona.

El hombre negó con la cabeza. Fabian no tenía la menor idea de lo que ocurría, ni siquiera cuando vio acercarse a una mujer con exceso de peso, que le dijo:

—Fabian Risk, no pensaría pasar a hurtadillas, ¿no? Me prometió una cita la próxima vez que cruzase el puente.

Él se bajó del coche, deseando estar en cualquier parte menos allí, y le estrechó la mano. La mujer se presentó; le dijo que se llamaba Kickan y lo arrastró al barracón, donde se apresuró a vaciar una jarra de café y a preparar uno nuevo. Fabian vio la cantidad de cucharadas que ponía en el filtro y comprendió sin más que esa noche no iba a pegar ojo. Aunque lo mismo ocurriría si Sonja estaba despierta cuando llegara a casa.

—Bueno, es usted muy guapo, incluso más de lo que me imaginaba —le dijo Kickan, mientras llenaba dos tazas de café—. ¿Está soltero, o quizá ya es mucho pedir? A mí me gustan los largos paseos y las cenas románticas. Aunque, para ser totalmente sincera, casi prefiero las cenas.

—Perdone, pero estoy casado —acertó a decir él, cuestionándose qué habría hecho para merecer esto.

—No tiene por qué disculparse. Pero saber preguntar tiene su recompensa.

—Será «esperar».

—¿Cómo?

—Que es «saber esperar tiene su recompensa».

—¡Justo lo que quería decir! ¿Le apetece una galleta?

—No, gracias —dijo Fabian, después de beberse el café a la fuerza—. Bueno, he de irme. Pero ha sido un placer conocerla. Y gracias por el café.

—No hay de qué. Espero no haberlo asustado con mi cháchara por teléfono. A veces te sientes un poco sola en esas garitas. La gente ni siquiera se para a pensar lo que es estar ahí metida. Todos van a alguna parte. Todos, menos nosotros.

—Ya me imagino que debe de ser un poco solitario. Que tenga una buena noche. —Y se encaminó hacia la puerta.

—Escuche. Se me ha ocurrido una idea sobre el caso que está investigando.

—¿Ah, sí? —dijo él sin poder reprimir un bostezo.

—Vamos a suponer que era el asesino el que estaba en el asiento del copiloto

en la foto tomada en la garita. Y supongamos que es sueco. Entonces debería haber cruzado el puente hacia Dinamarca, pero en otro coche. Lo cual significa que ese coche habría quedado abandonado en Dinamarca, ¿no?

—Es verdad, pero por desgracia quedan demasiadas preguntas sin respuesta para que esa idea conduzca a algo más sólido —dijo Fabian con un tono que dejaba claro que no tenía más que añadir; en el fondo se sentía impresionado por las dotes deductivas de la mujer.

—Una cosa más antes de que se vaya… Si usted cree que fue así como ocurrió, ¿no le parece que el asesino habría pasado por el peaje alrededor de la misma hora que la víctima?

Él se dio cuenta de que se le había escapado esa conclusión totalmente lógica que Kickan estaba exponiendo.

—Ni siquiera se me había ocurrido, ¿sabe? Pero tiene razón. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda conseguir las fotos de los coches que pasaron antes y después de él?

Kickan cogió sonriendo un sobre marrón. Lo abrió y esparció encima de la mesa una serie de fotos en blanco y negro de la cámara de vigilancia.

—Al principio pensé que el asesino habría pasado justo detrás de la víctima, por el mismo carril; pero no creo que sea ninguno de esos vehículos. Entonces examiné los coches de los otros carriles. Y este me llamó la atención… Claro, podría estar equivocada. Pero ¿qué opina usted? —Sacó la última fotografía, que mostraba un Peugeot con la matrícula JOS 652.

—¿Por qué se ha fijado en este en particular?

—¿No ve cómo se agacha el tipo? Es algo muy raro. La mayoría de los conductores no saben que les están fotografiando. Este tipo, en cambio, es totalmente consciente de ello y no quiere de ninguna manera que la cámara capte su imagen. Eso sin mencionar que pagó en efectivo.

Fabian estudió la fotografía. El conductor ocultaba la cara, no cabía duda. Kickan estaba en lo cierto. Esa mujer le había hecho gran parte del trabajo. Le

dio las gracias, cogió las fotografías y le prometió que no olvidaría parar allí para tomarse un café la próxima vez que cruzara el puente.

—¿Un café? Por favor. La próxima vez será nuestra segunda cita. ¡Yo creo que ya podríamos ir un poco más lejos! —replicó ella con un guiño exagerado y una risotada.

Sin saber muy bien si la mujer bromeaba, Fabian se subió a su coche y volvió a cruzar el puente hacia Dinamarca.

Eran las dos y media de la madrugada, pero Tuvesson respondió al segundo timbrazo.

—¿Por qué no me ha dicho que se iba solo a dar una vuelta por Dinamarca?

—Perdone, no quería despertarla sin motivo.

—¿Cómo que sin motivo?

—Quiero decir, antes de saber si tenía una buena pista. —Él mismo se daba cuenta de lo ridículo que sonaba—. ¿No la ha llamado Lilja para contarle lo del dueño del coche? Se llama Rune Schmeckel y vive en Lund.

—Sí, me ha llamado. La policía de Lund ya ha ido allí, pero no había nadie. —Oyó cómo daba una calada a un cigarrillo.

—¿Ha llamado al hospital? Quizá esté de guardia.

—Está de vacaciones. Fabian, quiero que me diga dónde se encuentra ahora mismo.

—De camino a casa —mintió él—. ¿Qué debemos hacer con el coche de Rune? Aún está en la gasolinera y habría que examinarlo. ¿Ya ha avisado a Molander?

—No podemos hacer nada con el coche hasta que nuestros colegas daneses nos den autorización. En casos importantes como este, suelen dejar pasar unos días para ponernos nerviosos. Ya sabe cómo es la cosa cuando el hermano mayor le pide un favor a su hermano pequeño.

—Pero entonces quizá será tarde.

—Ya ha dejado allí el coche más de una semana. Probablemente, no volverá a recogerlo.

—¿Y qué me dice de la casa de Schmeckel? ¿No podríamos entrar a revisarla?

—Estamos en mitad del verano, pero intentaré presionar a los daneses.

—De acuerdo. Nos vemos mañana.

—Escuche, Fabian. Como ya le dije… le agradezco mucho que esté dispuesto a colaborar aun estando de vacaciones. Pero… ¡maldita sea, no olvide que somos un equipo!

No tuvo tiempo de responder, porque oyó un clic. Tuvesson había colgado.

Cuarenta minutos después, tomó otra vez la salida de la gasolinera OK de Lellinge, y dio una vuelta completa al edificio para comprobar que no había nadie más: nadie, salvo la chica del *piercing* de la tienda. Había meditado bien su plan y sopesado los pros y los contras, plenamente consciente de que iba contra todas las normas conocidas. Sabía que podía meterse en un grave aprieto, pero estaba seguro de que era eso lo que había que hacer.

Aparcó junto al Peugeot, sacó el gato de su maletero, lo colocó bajo el otro vehículo y accionó la manivela hasta dejar el neumático trasero separado del suelo. Con la llave de cruz, aflojó las cuatro tuercas y sacó la rueda.

La chica del mostrador alzó los ojos de una revista cuando él entró en la tienda.

—Hola de nuevo. Me llamo Fabian Risk y soy de la policía de Helsingborg. —Le enseñó la identificación.

—De acuerdo… —dijo la chica con una expresión de curiosidad y también de inquietud.

Él ya estaba acostumbrado. No importaba cuáles fueran las circunstancias: siempre que la visita fuera inesperada, bastaba con que se presentara para que surgiera esa mirada que parecía decir: «¿Yo qué he hecho?».

—Se trata de ese Peugeot de ahí fuera, con matrícula sueca. En cuanto todos los documentos entre ambos países estén en regla, vamos a tener que llevárnoslo para examinarlo por un caso de asesinato cometido en Suecia.

—Ningún problema —dijo la chica en danés encogiéndose de hombros y dirigiéndole una tensa sonrisa.

—Pero hasta entonces necesito su ayuda —prosiguió Fabian. La sonrisa de la chica se desvaneció y volvió a aflorar su mirada inquieta—. Lo más probable es que el propietario haya dejado el coche aquí indefinidamente y, en principio, no preveo que venga a recogerlo. Pero si lo hiciera, me gustaría que me avisara de inmediato. ¿Entendido? —Anotó su nombre y su número en un trozo de papel.

La chica miró el papel chupándose el *piercing* del labio.

—¿Cómo sabré que es él? ¿Y qué pasa si se larga sin más?

—No podrá, porque usted tendrá guardada la rueda trasera.

Fabian salió un momento y volvió con la rueda. La chica la cogió a regañadientes, la metió detrás del mostrador y replicó:

—Tendré que hablar con el jefe.

—Muy bien. Que me llame, si quiere.

Fabian metió una nota redactada en danés en una funda de plástico y la prendió bajo el parabrisas del Peugeot. Hecho esto, subió a su coche para volver a casa.

ESTE VEHÍCULO SE HALLA EN PROPIEDAD PRIVADA.
DIRÍJASE, POR FAVOR, AL PERSONAL.

20 de agosto

Odio la escuela. ¡La odio! Todos ven lo que pasa, pero nadie hace nada. O se ríen y miran para otro lado. Hoy quería quedarme en clase durante el recreo, pero la profesora no me ha dejado. Ha dicho que hemos de salir a tomar el aire. Yo le he dicho que los compañeros son idiotas. Ella ha replicado que hacen falta dos para pelearse. No, no es cierto. Me he escondido en el baño y les he oído buscándome y gritando que era un marica si no salía. Me he quedado allí, porque sé que no soy gay. A mí me gustan las chicas. Aunque no he estado con ninguna, estoy completamente seguro. Casi todos los que resultan ser gais dicen que sabían que lo eran desde pequeños, de modo que ya lo sabría a estas alturas. No puedo ser gay, imposible.

De camino a casa, los he visto en el parque infantil. Hampus siempre decía que no hay que correr, porque es lo que ellos quieren que hagas. Yo tenía ganas de echar a correr, pero he seguido andando normalmente. Ellos me han cerrado el paso. He tratado de esquivarlos, pero ellos no dejaban de ponerse delante. Les he dicho que se largaran, pero ellos me han contestado que era demasiado feo, y que apestaba, y que debía llevarles las carteras. Yo me he defendido y he dicho que no apestaba. Ellos me han dado un puñetazo en el estómago y me han dicho que la culpa era mía por actuar con demasiada arrogancia.

Prometo:

1. No volver a actuar con arrogancia.
2. No volver a decirle nada a nadie en la escuela.
3. Nunca más.

P.D. *Laban* no ha usado su rueda ni una sola vez. Estúpido hámster de mierda.

11

Los gritos patéticos e impotentes resonaban por todo el almacén, que tenía más de cien metros de largo. Conseguían colarse incluso entre las altas estanterías, y eso que él se había retirado a un rincón situado en el otro extremo de la nave. Sonaban exactamente igual que los chillidos de un cerdo.

A él no le gustaban los gritos, y mucho menos emitidos por un hombre. Eran un signo de debilidad y de falta de dominio. A estas alturas aquel cerdo ya debería haber comprendido que todo había terminado, que no le serviría de nada gritar. Iba a morir de todos modos. ¿Por qué no hacerlo con dignidad?

Eran las tres y media de la madrugada del viernes. El almacén de Materiales de Construcción Åstorp, que estaba cerrado por vacaciones, no volvería a abrir hasta el lunes. Él se había buscado un rincón relativamente aislado, encajonado entre dos altas estanterías, había extendido en el suelo una manta y se había sentado ahí con su McDonald’s.

No había dormido ni comido en las últimas veinticuatro horas; no por falta de apetito ni tampoco por insomnio, sino porque no había tenido tiempo. Pero aun así llevaba un retraso de un día según lo previsto. Un incidente menor lo había retrasado y había llegado a poner en peligro todo el plan. Aunque, tras un análisis exhaustivo de la situación, se había dado cuenta de que el peligro no era tan serio. La suerte estaba de su lado. Pronto volvería a restablecerse el orden.

Al día siguiente, iría a retirar el coche de Lellinge y lo dejaría en el puerto de Ishøj, donde no lo localizarían hasta dentro de muchos días; seguramente, hasta

mucho después de que él hubiera concluido. Quería ser prudente, aun así, y eso no dejaba de ser una precaución adicional. Todo estaba previsto en el plan.

Al cabo de una semana, o un poco más, habría terminado por completo. Entonces podría relajarse y dejar que los demás se encargaran de limpiar el estropicio. Él observaría cómo recogían los restos e intentaban comprender lo ocurrido. Se quedarían pasmados de sus dotes. El caso los mantendría ocupados durante años. Todo el mundo hablaría de él.

Rasgó el papel humedecido de la bolsa de McDonald's y engulló con avidez la esponjosa hamburguesa, ya completamente fría, y las insulsas patatas fritas. Se guardó el pastel de manzana para más tarde; sería su desayuno. Se lamió la grasa de los dedos y programó la alarma de su reloj para cuatro horas más tarde. Si alguien se presentaba de improviso antes de que sonara, el ruido lo despertaría y contaría al menos con un minuto para recoger la manta y escapar por la ventana. Esta se abría hacia arriba, lo cual era un inconveniente, pero ya se había encargado de aflojar los cierres y dejarla apuntalada con un palo, que luego podría retirar con facilidad desde el exterior.

Estaba muy bien preparado. Había analizado una y otra vez cualquier situación imaginable y reconocía que estaba tan concentrado como Björn Borg en una final. Tenía la certeza de que la clave del éxito radicaba en contar con un plan meticuloso y en mantener dicha concentración; de ahí que hubiera pasado los tres últimos años dedicado exclusivamente a hacer los preparativos.

Había decidido poner en práctica su plan en la primavera de 2007, aunque ya venía acariciando la idea desde hacía mucho más tiempo. En realidad había vivido lleno de rabia desde que tenía memoria, y esa herida no solo no había cicatrizado, sino que se había ido infectando a cada día que pasaba. Se sentía como una olla a presión andante, con esos sentimientos contenidos en su fuero interno, pero a punto de explotar en cualquier momento. Él había hecho lo imposible para resultar simpático y caer bien a la gente. Ahora le asqueaba esa vieja actitud adulona y servil, y no comprendía cómo había logrado mantener una cara risueña tanto tiempo.

Pero pronto habría acabado todo. Por fin abriría la herida y drenaría el pus acumulado, y los culpables rendirían cuentas. Cada uno de aquellos hijos de puta que no creían tener nada de que avergonzarse y que dormían apaciblemente cada noche, pagarían al fin por sus actos.

Ya era hora de que pagasen.

Sus pensamientos se centraron en Fabian Risk, que había interferido inesperadamente en su plan. Risk siempre había sido un pequeño y endeble cabrón, un tipo a la vez decente y solapado, siempre pendiente de sus intereses y ansioso por complacer a los demás. Nunca se había atrevido a definirse con claridad. No era de extrañar que se hubiera hecho policía. Lo sorprendente era que hubiera vuelto a la ciudad. Esa posibilidad no la había previsto en ningún momento y lo había obligado a efectuar varios ajustes en la primera parte del plan, aunque sin modificar nada de lo esencial. De hecho, su regreso constituía para él una inesperada ventaja.

Tras estudiar detenidamente su historial en Estocolmo, la inquietud lo abandonó por completo. Risk había trabajado en varios casos de asesinato y algunos atracos a mano armada; también en el desmantelamiento de una red de pedófilos, los cuales quedaron libres por falta de pruebas. Hacía poco que había sido más o menos despedido del departamento tras cometer un allanamiento tan incomprensible como ilegal en la embajada israelí. En suma, Fabian Risk no constituía una gran amenaza, ni para él ni para lo que estaba a punto de llevar a cabo. Con la ventaja suplementaria de que el traslado del policía a Helsingborg le ahorraría los dos días que había destinado para viajar a Estocolmo.

Jörgen Pålsson, por su parte, había resultado muy previsible. Durante los últimos tres años había ido a Alemania a comprar cerveza para la noche del Midsummer, y este año no había sido una excepción. El plan no podía haber salido mejor. Lo único que había tenido que hacer había sido seguir la llamativa camioneta de Jörgen hasta Malmö, cruzando por el puente a Dinamarca y continuando hasta Alemania, y luego, a la vuelta, fingir que se tropezaba con él cuando había parado a repostar.

La única cosa que le preocupaba *a priori* era si la corpulencia de Jörgen podría representar un inconveniente. Una vez que lo tuvo cara a cara, le dio la impresión de que sus músculos estaban tan hinchados que quizá explotaría al menor contacto; pero entonces ya era demasiado tarde para abortar el plan. Además, los culturistas no eran tan fuertes como parecían.

Jörgen no lo había reconocido y él no hizo nada para refrescarle la memoria. Solo le dijo que su coche lo había dejado tirado y que tenía que volver a Helsingborg. Había picado el anzuelo de inmediato y se había ofrecido a llevarlo.

El gran problema a continuación había sido aguantar su cháchara insufrible. Había tenido que escucharlo educadamente durante todo el trayecto a casa, lo cual había constituido un suplicio inigualable. En varias ocasiones le habían entrado ganas de sacar el trapo empapado y estampárselo en la cara para que el muy cabrón cerrara el pico. Pero se había contenido y había esperado el momento oportuno: la calle Larmvägen, en Fredriksdal, donde le había dicho que vivía.

Jörgen se había empeñado en llevarlo hasta allí. Una vez que llegaron, pudo sacar por fin el trapo; lo demás había funcionado como un reloj. Jörgen había permanecido dormido durante la operación; y si había que creer a los periódicos, había despertado a la hora prevista y no había conseguido escapar. El pegamento extrafuerte en la cerradura había sido un toque maestro. Todavía se entusiasmaba al pensarlo.

Glenn Granqvist no había resultado tan fácil. Él ya imaginaba que se alarmaría y se mantendría alerta en cuanto supiera lo que le había pasado a Jörgen (¿cómo iba a interpretar, si no, lo de las manos cortadas?), porque temería ser el siguiente de la lista. Pero lo que había sido una completa sorpresa era que Glenn hubiera extremado hasta tal punto las medidas de seguridad; unas medidas que a punto habían estado de trastocar el plan. Sí, debía reconocerlo: había subestimado a Glenn y caído en su trampa.

En un principio, él tenía previsto entrar en su casa de Eksjö —Villa Armonía

— por la puerta del patio trasero y subir al dormitorio. La operación en sí parecía pan comido, pero lo cierto era que no logró llegar tan lejos: se quedó atascado en el alambre de espino desplegado en el patio, que debía de estar conectado a una especie de alarma.

En menos de quince segundos, Glenn apareció fuera con un bate de béisbol. Él no tuvo más remedio que tumbarse y esconderse tras unos arbustos de grosellas, haciendo un enorme esfuerzo para no gritar, porque el alambre de espino le había hecho un corte en la garganta. En ese instante, creyó que todo había concluido y que sus tres años de trabajo iban a acabar en nada. Y así habría sido de no ser por aquel perro, que apareció como surgido de la nada y se quedó también atascado en el alambre. Glenn se acercó a liberarlo, pero el animal se zafó de un tirón y huyó soltando gemidos.

Al cabo de unos minutos, Glenn volvió adentro y entonces él pudo desprenderse por fin los pinchos de la garganta. Sangraba en abundancia y tuvo que emprender la retirada. Una vez en casa, descubrió que las heridas eran tan profundas que requerían unos puntos y él mismo se encargó de ponérselos. El resultado no fue muy lucido, pero al menos lo hizo con limpieza y detuvo la hemorragia. Esos puntos abultados en la garganta, que sin duda acabarían cicatrizando, le servirían de recordatorio constante para no volver a subestimar a un adversario.

Se tumbó sobre la manta y advirtió que los gritos habían cesado por fin. Todo en orden. En cuanto retirase el Peugeot al día siguiente, la situación quedaría controlada por completo, lo que le permitiría pasar a la siguiente fase con tranquilidad.

Cerró los ojos y pensó en la gente que estaba esforzándose en resolver el acertijo y averiguar cómo estaba conectado todo. Poco podían suponer que él apenas acababa de empezar.

Antes de dormirse, un último pensamiento lo invadió como una suave y cálida oleada: muy pronto la clase entera pasaría las noches en blanco.

12

Fabian Risk cerró la puerta con sigilo, se quitó sus Converse y entró en el salón. Parecía que hubiera estallado una bomba. Había bolsas negras de basura esparcidas por todas partes, y también cajas abiertas y medio vacías aquí y allá. Acababan de dar las cuatro de la madrugada, y el amanecer estaba tan avanzado que era más de día que de noche.

Se cepilló los dientes y se lavó en la cocina para no despertar a nadie. Tras unos minutos buscando una toalla, se dio por vencido y se secó con su camisa antes de subir la escalera.

Sonja estaba casi en el borde de su lado de la cama, dándole la espalda, lo cual era mala señal. Se había quedado dormida cuando aún estaba enfadada. Fabian se deslizó con cautela bajo el edredón. Ella se puso boca arriba e inspiró hondo, un movimiento que podía interpretarse como una mano tendida. Podía aceptarla o no.

Buscó sus piernas con una mano y le palpó el muslo con cuidado. Ella no reaccionó; todavía estaba profundamente dormida. Subió la mano, acercándose a la cintura. Se dio cuenta de golpe de que no llevaba bragas. Seguro de haber interpretado correctamente, apartó el edredón y le separó las piernas. Sonja no lo ayudó, pero tampoco opuso resistencia. Él se zambulló hacia abajo y le lamió el interior del muslo con toda la delicadeza posible, concentrándose primero en un lado y luego en el otro, y acercándose cada vez más con la lengua.

Cuando la respiración de Sonja cambió, se dedicó a lamerle los labios del sexo y ella apretó el pubis contra su cara. Viendo lo excitada que estaba, le metió un

dedo y continuó dándole placer con la lengua. Ella se agitó y retorció y, al cabo de unos minutos, con la cara enterrada en la almohada, alcanzó el orgasmo entre gemidos.

Al recobrarse, le apartó la cara; su respiración se calmó, como si no hubiera llegado a despertarse. Fabian sintió que la frustración le quemaba por dentro, pero sabía que era inútil intentarlo y cerró los ojos.

Las imágenes que había reprimido tanto tiempo volaban ahora hacia él como una pelota de voleibol. Recordó una clase de gimnasia en la que sus compañeros gritaban su nombre para que saltara y le diera a la pelota. Él la golpeó con todas sus fuerzas. Claes, que jugaba en el equipo contrario, recibió el pelotazo en plena cara y las gafas se le rompieron; empezó a salirle sangre de la nariz y todos, incluido el profesor de gimnasia, estallaron en carcajadas. Fabian también. Jörgen se le acercó para chocar esos cinco. «¡Buen golpe, Fabbe!» Y él se los chocó. Claes lloraba, quería irse a casa, pero el profesor lo retuvo. «¡Todos habéis de ducharos después de la clase de gimnasia!» Corrieron en tropel a las duchas. «¿Qué coño estás mirando?» La expresión suplicante de Claes. Su cobardía al fingir que le había entrado jabón en los ojos.

—¡Hola, papá! Mamá ha dicho que estabas supercansado y que necesitabas dormir.

Fabian bajó la escalera y cogió a Matilda en brazos. Los recuerdos lo habían perseguido durante el sueño. Sacados de contexto, se habían distorsionado hasta convertirse en pesadillas cada vez más abstrusas. Había despertado cubierto de sudor y había visto que ya eran las nueve y media.

—Matilda, vete a cepillarte los dientes antes de que salgamos —dijo Sonja.

—¡Nos vamos a Dinamarca!

Fabian soltó a Matilda, que se apresuró a subir la escalera. Él entró en la cocina, donde su mujer estaba limpiando después del desayuno.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

Fabian asintió.

—Ya has oído. Nos vamos al museo Louisiana de Dinamarca.

—Ah, qué bien. ¿Hay alguna exposición?

—Theo no quiere venir.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros y le dijo:

—Al parecer, no quiere hacer nada si tú no estás.

—Sonja, nadie desea más que yo…

—Ya. Debes hacerlo —dijo ella mirándolo a los ojos—. Pero si a Niva se le ocurre volver a llamar, tendrás que vivir aquí solo.

—Cariño, no es lo que piensas. —Fabian se acercó y le cogió las manos—. Llamaba porque…

—No tienes ni idea de lo que pienso. —Sonja apartó las manos y se puso a cargar el lavaplatos.

Sabía perfectamente lo que su mujer estaba pensando, y también que él nunca lograría cambiarlo. Tras varios intentos fallidos, se había dado por vencido y había renunciado a explicarle lo que realmente había sucedido. O más importante todavía: lo que no había sucedido.

—Sophie Calle.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Has preguntado qué exposición había en el Louisiana. Sophie Calle es esa francesa que hizo obras de arte a partir del correo electrónico de ruptura que recibió de su amante.

Cuando Fabian llegó, Tuvesson, Molander, Lilja y Klippan ya estaban revisando los datos del caso. A juzgar por el cuenco casi vacío de fruta, dedujo que llevaban allí un buen rato. Ocupó una silla libre y captó de inmediato que el ambiente estaba cargado. Algo había ocurrido.

—Ahora que ha decidido reunirse con nosotros, quizá sería el momento de dar una explicación, ¿no? —dijo Tuvesson.

Los otros se volvieron a mirarlo con curiosidad. Fabian se dio cuenta de que el problema era él.

—Disculpe, no sé si lo entiendo.

—Hablo de su solitario viajecito de anoche. Es obvio que tiene una serie de ideas sobre el caso que, por algún motivo, ha preferido mantenernos en secreto, ¿no es así?

—Quería esperar hasta estar seguro de saber algo más.

—Fabian, como ya he dicho muchas veces, no sé cómo trabajan en Estocolmo —le espetó Tuvesson, mientras sacaba dos chicles de nicotina de un paquete arrugado—. Pero aquí trabajamos en equipo. Sin importar si estamos seguros o inseguros. —Se metió los chicles en la boca y masticó con ansia, como si la nicotina no surtiera efecto con la suficiente rapidez.

Risk se sintió como en la escuela, como si le estuvieran echando una bronca delante de los alumnos de la clase.

—Creía que disponía de una idea sólida del motivo, pero por desgracia no se sostiene.

—A lo mejor, sí.

—Y como no tenemos nada más por donde seguir… —intervino Lilja.

Fabian comprendió que era demasiado tarde para escurrir el bulto, de modo que se dirigió a la pizarra blanca de la pared y trazó un círculo en torno a la foto de Jörgen.

—Creo que, en cierto sentido, Jörgen Pålsson se llevó lo que se merecía. —Vio que los demás se miraban de soslayo—. Ignoro cómo era en su vida adulta, pero cuando estábamos en la escuela era el peor tipo de abusón que quepa imaginar. Su especialidad era golpear con las manos… bueno, con los puños.

—¿Y por qué nos lo explica ahora? —dijo Tuvesson.

—Yo no era una de sus víctimas y hacía lo mismo que los demás: miraba para otro lado y fingía que no pasaba nada. Casi se me había olvidado todo aquello;

pero anoche me vino a la memoria que solía darle palizas a alguien en esas mismas duchas. —Dibujó una flecha hacia una de las fotografías de las manos cortadas sobre el suelo de azulejos.

—¿A quien acosaba? —preguntó Tuvesson.

—A Claes Mällvik. —Rodeó a Claes con un círculo en la foto ampliada de la clase. Todos se acercaron a mirar.

—El único chico con gafas —observó Lilja.

—Supongo que no hace falta más —dijo Klippan extendiendo el brazo para coger la última pera del cuenco.

—Entonces, ¿sugiere que el asesinato podría ser un acto de venganza? —inquirió Tuvesson.

Fabian asintió.

—¿Jörgen maltrataba a los demás compañeros? —preguntó Lilja.

—Al principio se cebaron con varios chicos. Pero al final ya se concentraron únicamente en Mällvik.

—¿De quién habla? ¿No actuaba solo Jörgen Pålsson?

—No. También estaba Glenn Granqvist —dijo Fabian, y rodeó a Glenn con otro círculo en la foto—. Ellos dos eran uña y carne, y ese siempre hacía lo que Jörgen decía.

—¿También tenía su especialidad? —preguntó Molander.

—Sí. Las patadas.

—Bueno, si su teoría es cierta, también está en peligro.

Él asintió y añadió:

—Yo esperaba que el Peugeot de Dinamarca perteneciera a Mällvik.

—Pero no es así —dijo Molander.

—No. Está registrado a nombre de un tal Rune Schmeckel. Que yo sepa, no había ningún Schmeckel en nuestra clase.

—Hemos de analizar ese dato como otra clave posible —dijo Tuvesson, y apuró las últimas gotas de su café—. Irene, averigüe lo que pueda sobre Mällvik y Schmeckel. Klippan, ¿cómo vamos con los restantes alumnos?

—Más o menos, para ser sincero. El país entero está fuera de vacaciones, tomando el sol; así pues, no hemos podido conseguir una lista oficial de la clase.

—Fabian debe de tenerla… —sugirió Tuvesson.

—Por desgracia, yo no he encontrado más que el anuario del último curso de la enseñanza obligatoria. Puedo llamar a Lina Pålsson para ver si tiene esa lista.

Klippan se echó a reír y agarró a Fabian del hombro.

—Supongo que puede, pero ya me he encargado yo.

—¿Y qué ha dicho?

—Que no tiene la lista. Pero al menos le saqué varios nombres y números de teléfono. La mayoría de los cuales deben de ser del período Cretácico.

—¿No le dio ninguna otra información?

—No… ¿Como qué?

—Me gustaría saber si se le ha ocurrido algo más desde que hablé ayer con ella —dijo Fabian, dándose cuenta de que estaba a punto de meterse en un callejón sin salida—. La escuela debe de tener una lista de la clase, supongo.

—Sería lógico —afirmó Klippan—. Pero, según la secretaria, los archivos no se remontan más allá de 1988; al menos en lo tocante a listas de clases y demás.

—¿Por qué 1988? —preguntó Lilja.

—Fue el año en que instalaron el sistema informático. Las listas de las clases del período anterior se guardaron en fotocopias en archivos físicos.

—Y esos archivos ya no existen, claro.

—Sí. De hecho, sí. Esos documentos se enviaron hace mucho al archivo de la ciudad.

—¿Ha estado allí? —quiso saber Tuvesson.

—No, pero lo tengo pendiente.

—Bien —dijo ella y, volviéndose hacia Fabian, le ordenó—: Quiero verlo en mi despacho dentro de cinco minutos.

El despacho de Tuvesson no tenía nada que ver con lo que Fabian se había imaginado. Después del trayecto que había hecho en el coche impregnado de humo de su jefa, se esperaba cualquier cosa menos esa habitación escasamente amueblada, a base de un enorme y ordenado escritorio en el centro, un sofá de cuero en el rincón y varios carteles enmarcados de las colecciones de la Lund Konsthall en las blancas paredes.

Repasó los lomos de un estante de la librería. Además de una multitud de obras de referencia, había una buena selección de novelas criminales: desde *La hija del tiempo*, de Josephine Tey, hasta *El tercer hombre*, de Graham Greene.

Se acercó a la ventana para dar una ojeada. Al otro lado de la autopista, vio el edificio del *Helsingborg Dagblad*. Unos kilómetros más allá estaba la escuela Fredriksdal. Intentó identificarla entre las construcciones de ladrillo rojo que se divisaban; pero estaban demasiado lejos y las tapaban los edificios más próximos. Miró el reloj de la pared. Tuvesson llevaba un minuto y medio de retraso; ¿acaso lo hacía adrede? Pasaron otros treinta segundos antes de que ella apareciera con dos *caffè latte* recién comprados; los dejó sobre el escritorio.

Olía a tabaco, y Fabian se preguntó si la culpa de esa dependencia a la nicotina, por lo visto creciente, habría que atribuirla a su excursión no autorizada a Dinamarca.

—¿Ha probado ya el café de aquí?

—Aún no —dijo él, y ocupó una silla frente a la mesa.

—Esa máquina cuesta una fortuna. Tiene como treinta botones distintos, indicadores digitales y a saber qué más. Lo único que no tiene es un buen café. Para eso, hay que ir al Café Bar Skåne, en la Bergavägen.

Risk dio un sorbo al suyo y no pudo por menos que coincidir: era lo más cercano a un *caffè latte* perfecto, ni demasiado caliente, ni demasiado cargado de leche.

—Fabian, ¿qué fue lo que no entendió en la reunión de ayer? —preguntó Tuvesson. Su sonrisa se había desvanecido.

—¿Cómo dice? No sé si la he…

—¿Qué parte del «trabajo en equipo» no le quedó clara?

—Ninguna.

—Algo se le debió escapar, porque todavía no parece haberlo captado. —Se quedó callada, dándole tiempo para responder, pero él no sabía qué decir—. Soy consciente de que usted se ha visto metido en este caso sin recibir una explicación apropiada del sistema de trabajo que yo quiero que sigamos. También tengo en cuenta que apenas nos conocemos, lo cual puede excusar en cierta medida su conducta. Pero yo tenía la esperanza, o digamos la expectativa, de que usted aprovechara la reunión de hoy para explicar lo que sabe sobre el caso. Y no lo ha hecho. Incluso cuando hablamos anoche por teléfono, usted me dijo que iba de vuelta a casa, y no era así, ¿verdad?

«¿Cómo lo sabe?», pensó Fabian.

—Lo que hizo fue volver a la gasolinera. ¿Por qué?

—Encontré más motivos para creer que el coche está relacionado con el asesino, y quería asegurarme de que no pudiera retirarlo de la gasolinera.

—¿Y cómo lo hizo?

—Le quité una rueda trasera y la dejé en la tienda.

Ella titubeó, como si necesitara unos momentos para procesar lo que acababa de oír.

—¿Me está diciendo que sacó la rueda del coche y se la confió a los empleados de la gasolinera?

—Sí. La chica prometió llamarme si alguien va a buscarla.

Daba la impresión de que Tuvesson no sabía cómo reaccionar. Estaban en una encrucijada. La decisión que tomara, fuera cual fuese, acabaría afectando a su relación profesional.

—De acuerdo. Esperemos que el criminal deje ahí el vehículo hasta que los daneses se decidan a mover el culo.

—¿Se ha puesto en contacto con ellos?

Ella asintió y dijo:

—Ah, antes de que se me olvide. Aquí tiene su tarjeta de acceso. —Empujó la

tarjeta de plástico por encima de la mesa—. El código es cinco-seis-uno-ocho. ¿De acuerdo?

Él asintió, cogió la tarjeta y salió del despacho.

—¿Le ha caído una bronca?

Fabian se detuvo y asomó la cabeza por el umbral de la oficina de Irene Lilja.

—Un poco.

—Estoy segura de que se lo merecía. De hecho, a mí no me gustan las mujeres como jefes, pero para que lo sepa: esta es buena. Si yo ocupara su puesto, no habría permitido que usted interviniera siquiera en esta investigación.

—Por suerte, no es así.

—No, en efecto. Entre, tengo un regalo para usted.

Entró en la oficina de Lilja, que era todo lo contrario de la de Tuvesson. Estaba llena de montones de documentos tan altos e inestables en apariencia que a él le hubiera gustado saber si no los habría encolado entre sí para que no se vinieran abajo. La ventana estaba tapada con una tela india de un tono amarillento anaranjado, en la que había dibujados elefantes dorados y diminutos espejos incrustados. En un rincón había un saco de dormir enrollado sobre una esterilla. Una de las paredes parecía un gigantesco tablón de anuncios: estaba repleta de fotos y notas pegadas y conectadas con extraños símbolos y flechas que se extendían en todas direcciones. Lilja se sentaba frente a una mesa demasiado pequeña situada en el centro de la habitación.

—¿Y por qué no querría que yo interviniera en el caso? —preguntó Fabian.

Lilja soltó una risotada.

—¿No salta a la vista? Tuvesson le permite participar en la investigación porque cree que posee información valiosa. Pero no hay ninguna prueba de que usted sea menos sospechoso que los demás miembros de la clase. Dejando aparte a Mällvik, que es la teoría que usted ha expuesto.

—Tiene toda la razón —dijo él buscando por la mesa con la mirada—. ¿Ha dicho algo de un regalo?

Lilja sonrió e hizo un clic con el ratón. Una impresora zumbó de inmediato.

—Ahí está —dijo señalando la impresora, que se hallaba escondida tras varios montones de libros y carpetas.

Risk sacó la hoja con mucho cuidado, para no provocar un derrumbe, y la ojeó.

—¿Glenn Granqvist?

—Esta era la mano derecha de Jörgen Pålsson, si hemos de creerle a usted. No hay más que tres Glenn con ese apellido: uno vive en Älvsbyn y otro en Örebro; por consiguiente, yo he puesto todas mis fichas en el tercero, que vive en Ödåkra. No parece ser el hombre más dotado de la Creación. La última vez que miró un libro fue al acabar la escuela. Hizo el servicio militar obligatorio a trancas y barrancas y pronto celebrará su vigesimoquinto aniversario como camionero de un almacén de materiales de construcción de Åstorp.

—¿Por qué será que no me sorprende lo más mínimo? —comentó Fabian, disponiéndose a salir—. Voy a ver si puedo localizarlo. Quizá podríamos almorzar usted y yo más tarde.

—Sí, quizá.

—Si consigue encontrar información sobre Rune Schmeckel, incluso consideraré la posibilidad de pagar yo.

Ella le sonrió y Risk no tuvo la menor duda de lo que estaba pensando. Le dijo:

—No importa. Puede seguir sospechando que soy yo.

Fabian se sentó en la sofisticada silla futurista de Hugo Elvin, que había acabado pareciéndole extremadamente cómoda, y se dispuso a marcar el número de Glenn.

—Veo que ya se ha puesto a sus anchas.

Hizo girar la silla y vio a Molander en la entrada de su oficina provisional.

—Quería invitarlo a una barbacoa esta noche. A usted y a su familia.

—¿Hoy?

—Sí, ya sé que es con muy poca antelación, pero si no tienen otros planes, creo que será divertido. Vendrán todos los demás. Y hace un viernes precioso, sin ninguna nube…

—Suena de maravilla. Déjeme consultarlo con mi mujer.

—Claro, claro. Espero que nos veamos más tarde. —Molander se alejó por el pasillo. Fabian se preguntó si era una paranoia suya o también este colega lo consideraba un sospechoso potencial. ¿Sería ese el verdadero motivo de la invitación? Fueran cuales fuesen las intenciones del tipo, tenía que asistir a esa barbacoa.

Al cabo de cinco minutos, Molander reapareció con una taza de café en la mano.

—¿Qué? ¿Ya tiene el visto bueno de la patrona?

—No, pero cuente conmigo.

—Fantástico. —Y se marchó.

—Eh, oiga… ¿Cómo es ese Hugo Elvin al que le he requisado la oficina?

—Hugo… —Molander sofocó una risotada—… es imposible de describir. Tiene que conocerlo por sí mismo. Pero yo, en su lugar, no tocaría demasiado sus cosas, sobre todo los mandos de la silla. No conviene provocarlo si no es necesario. Bueno, nos vemos esta noche. —Dicho lo cual, desapareció.

Fabian bajó la mirada a los mandos de la silla, que ya había manipulado. Demasiado tarde para arreglarlo. Debería afrontar las iras de Elvin cuando regresara de vacaciones.

Volvió a levantar el teléfono para llamar a Glenn. Al cabo de seis timbrazos, oyó la voz de Robert de Niro en *Taxi driver*: «¿Está hablando conmigo?».

13

Había disfrutado mucho las cuatro horas de sueño, tumbado sobre la manta, antes de que sonara la alarma de su reloj. Había dormido profundamente, más profundamente de lo que pretendía, lo que significaba que estaba relajado y se sentía seguro. Acaso demasiado, como advirtió unos minutos más tarde al recoger sus cosas: había tenido un visitante.

El envoltorio del pastel de manzana estaba hecho trizas, y el pastel mismo había desaparecido; quedaban unas migajas y algunas cagadas de rata. Debían de estar más hambrientas de lo que había imaginado. Una vez más había tenido la suerte de su lado, pero se recordó a sí mismo que no podía contar con ella.

Abandonó el almacén por la ventana y caminó hasta el coche, que estaba oculto tras unos arbustos al otro lado de la carretera. No había un alma a la vista. Tan solo él y la mañana. En medio del silencio, se quitó las botas y la ropa oscura de trabajo. Se lavó con el agua que tenía en una lata del maletero y se puso unos pantalones cortos de color beis con grandes bolsillos laterales, un polo de color azul claro, una gorra de la Bubba Gump Shrimp Co., y unas sandalias Crocs de color verde.

Se sentía como un payaso con esas ropas, pero el objetivo era justamente parecer un sueco típico de camino a Dinamarca para beber cerveza. Metió en la mochila una camisa rosa de repuesto, una botella de agua, unos guantes, una cámara, una cuerda, las llaves del Peugeot, una linterna, una navaja suiza y una jeringa llena de Propofol. Esto último era una medida de precaución y, seguramente, no tendría que usarla.

Circuló a buen ritmo hasta Knutpunkten, la estación central de Helsingborg. Durante el trayecto en tren a través del Estrecho se permitió tomar una cerveza y un enorme sándwich de camarones con una cantidad excesiva de mayonesa. Era demasiada comida, pero pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a comer. Tomó en Helsingør el tren de las 10:55 y llegó a Copenhague a las 11:41. El lavabo de la estación estaba tan asqueroso que poco le faltó para perder el tren suburbano. Llegó a la estación de Ringsted al cabo de treinta y cuatro minutos y se dirigió a pie a la parada de autobús.

El sol había aumentado de intensidad, y la temperatura se había elevado hasta los treinta y cinco grados. Se alegró de llevar una ropa tan ligera. Le sorprendió descubrir, además, que las Crocs eran muy cómodas. A las 13:00 subió al autobús y se sentó lo más cerca que pudo de la parte delantera. No le gustaba sentarse atrás, sobre todo cuando hacía tanto calor y el vehículo iba lleno de pasajeros sudorosos.

A las 13:28 se bajó del autobús frente a la escuela Lellinge y pudo al fin inspirar hondo sin sentir un pestazo a transpiración. La gasolinera donde había aparcado el coche hacía una semana y media quedaba a menos de trescientos metros de la escuela, y el trayecto a pie hasta allí no le llevaría más de dos minutos. Aun así, prefirió dar un rodeo por una serie de callejas, describiendo un amplio círculo alrededor de la gasolinera, para comprobar que no había ningún policía apostado en las inmediaciones.

Al principio se sintió aliviado, pero al cabo de unos minutos le entró la ansiedad. ¿Por qué no se había cruzado aún con alguna persona? ¿Cómo era que el barrio parecía anormalmente abandonado? ¿Se le había escapado algún detalle?

No acertó a resolver el enigma hasta que pasó frente a una casa con las ventanas abiertas y oyó el sonido de una televisión en el interior. A diferencia de Suecia, Dinamarca se había clasificado para el Mundial de Sudáfrica y ahora mismo estaba jugando un partido. Es decir: era el momento ideal para recoger el coche. Pasó junto a un patio lleno de estatuitas de gnomos y sacó su cámara al

amparo de unos árboles. Enfocó la gasolinera con el zoom, que tenía ahora a cincuenta metros. No veía a nadie, y el Peugeot estaba donde lo había dejado. La única diferencia era que había una nota prendida bajo el parabrisas, cosa que no resultaba nada rara.

Guardó la cámara y caminó con brío hacia el coche. El pulso se le fue acelerando a cada paso, pero sabía que volvería a la normalidad en cuanto girase la llave de contacto y se largara de allí. La adrenalina lo mantenía alerta y concentrado.

Cuanto más se aproximaba, más sentía que algo andaba mal. El Peugeot estaba ladeado de un modo extraño, como si fuera a volcarse. No entendió por qué hasta que llegó a su altura y cogió la nota.

ESTE VEHÍCULO SE HALLA EN PROPIEDAD PRIVADA.
DIRÍJASE, POR FAVOR, AL PERSONAL.

14

Irene Lilja le propuso que quedaran a la una en el Olsons Skafferi. Fabian conocía el restaurante. Había estado allí varias veces antes de mudarse a Estocolmo. En aquella época era un local a la última; ahora era un clásico.

De camino hacia allí, llamó a Sonja, que estaba almorzando con Matilda en el café al aire libre del museo Louisiana, cuyas vistas, al parecer, ya merecían por sí solas el viaje. Le contó lo de la invitación a la barbacoa en casa de Molander, y a ella, cosa que le sorprendió, le pareció buena idea. Era importante que conocieran a gente nueva, dijo. Y si tenía unos compañeros agradables, ¿por qué no empezar por ahí?

Él pensó al principio que lo decía en plan sarcástico. A su mujer nunca le había interesado mucho conocer a sus amigos, y menos todavía a sus colegas. Pero tal vez estaba haciendo simplemente lo que habían acordado: darle una oportunidad a su nueva vida. Quedaron en casa a eso de las cinco. Él dijo que se encargaría de comprar alguna botella de vino.

Encontró una plaza libre en la calle Hästmöllegränden, frente a la tienda de licores Systembolaget, donde recorrió los estantes en busca de un vino original. Siempre terminaba comprando varios Riojas, escogidos al azar en la sección más cara.

Hasta hacía pocos años, su ignorancia sobre el tema le había resultado tan irritante como una etiqueta de tintorería en el cuello de la camisa. En cuanto le pasaban la carta de vinos, le entraba pánico ante la idea de tomar una decisión. Intentó remediar esa ignorancia apuntándose a un club de cata, pero tras unas

pocas reuniones, en las que trató de sentir entusiasmo por paladear las diversas clases y comentar las añadas y las variedades de uva, acabó aceptando que nunca podría alardear de sus conocimientos enológicos.

Entró en Olsons y vio que Lilja ya estaba esperándolo en una mesa del rincón, junto a la ventana.

—¿Qué le parece ciervo de Escania con rebozuelos salteados en mantequilla, puré de nabos, blinis de patata y salsa de carne aromatizada con arándanos?

Fabian asintió mientras se sentaba.

—Perfecto, porque acabo de pedirlo para los dos. Era el plato más caro de la carta —añadió ella poniendo una carpeta sobre la mesa.

—¿Schmeckel?

Lilja asintió.

—¿Y?

—Por ahora solo he buscado en línea, pero sin duda es un sujeto de interés y parece que tiene algunos esqueletos en el armario. Nació en 1966, igual que usted. Es soltero, no tiene hijos y trabaja en el hospital Lund como (y aquí es donde la cosa se pone interesante) cirujano.

—¿Cirujano? ¿De alguna especialidad?

Lilja asintió dando un mordisco al pan.

—Empezó trabajando en el hospital Lund en 1997 y, rápidamente, se convirtió en uno de los mejores cirujanos del país en operaciones de cáncer de próstata. Pero en 2004 se produjo un incidente y le prohibieron ejercer durante doce meses.

—¿Qué clase de incidente?

—Se dejó dos clips quirúrgicos de plástico dentro de un paciente.

—¿Dentro de…?

Lilja asintió de nuevo, mientras daba un sorbo de agua mineral.

—Sí, dentro de la vejiga. El paciente, Torgny Sölmedal, tuvo que mearlas y, al parecer, dijo que había sido una de las peores experiencias de su vida. Irónico, ¿no?, teniendo en cuenta el apellido de Rune.

—¿Ahí acabó la cosa?

—No. Por lo que deduzco, abrieron una gran investigación y armaron mucho alboroto. En todo caso, resultó que Rune tenía problemas para dormir y tomaba tantas pastillas como Michael Jackson para soportar las exigencias de su trabajo. Obviamente, no le sirvió de mucho. La dirección del hospital le dio su apoyo a lo largo de ese calvario, y él volvió a empuñar el bisturí al cabo de un año, aunque hoy en día se dedica sobre todo a operar hernias y apéndices.

—¿Algún otro incidente?

—No, que yo haya averiguado.

—¿Qué ha encontrado sobre su infancia?

—Prácticamente nada, lo cual me resulta sospechoso. A partir de 1994 todo parece más o menos típico: su educación, su historia profesional, sus distintas direcciones, sus números de teléfono, los coches que ha tenido, etcétera. Corre la maratón de primavera en Helsingborg todos los años, por ejemplo.

—¿Desde cuándo?

—Los registros indican que desde 1994. Pero ahí está la cosa: no hay casi nada antes de ese año. La única información que he encontrado sobre su infancia estaba en la Wikipedia, nada menos: «Rune Schmeckel se crio en Malmö, donde se graduó en Ciencias con las máximas calificaciones. Después hizo el servicio militar obligatorio como suboficial en Kristianstad». A esto se reduce la biografía de sus primeros años. Aparte de estas dos frases, es como si no hubiera existido antes de 1994.

—¿Así pues, no da crédito a esta información?

—Bueno, para empezar, he mirado en los archivos, y Rune no cumplió el servicio militar en Kristianstad. Al parecer, se inventó unas cuantas cosas para cubrir las apariencias.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

A ella se le iluminó la cara. Se inclinó sobre la mesa y le susurró:

—Para disimular que no haya datos sobre él.

La teoría de Lilja tenía sentido. Internet estaba en los años noventa en sus

comienzos, pero la mayoría de las veces era posible hallar información suficiente para hacerse una idea de la persona en cuestión. Los huecos tenían tendencia a llenarse por sí mismos. Pero no en el caso de Rune Schmeckel, por lo visto.

—¿Ha encontrado fotografías suyas? —Lilja le pasó la carpeta, y él tuvo la sensación de que se encendía una chispa en su interior en cuanto miró la foto de Schmeckel. Nunca había visto a aquel hombre, pero no le cabía duda de que había algo familiar en él. Trató de descifrar qué era, pero lo dejó correr cuando llegaron los platos.

Tras unos minutos, ella rompió el silencio.

—¿Se ha mudado con su familia a Helsingborg para hacer un cambio o para escapar de Estocolmo?

Fabian tuvo que terminar de masticar el bocado de ciervo de Escania que se había metido en la boca antes de responder.

—No entiendo. ¿A qué se refiere?

—A usted y a su esposa.

—Sonja. Se llama Sonja.

—¿Van bien las cosas entre usted y Sonja? ¿O son como la mayoría de las parejas?

Él no tenía dudas sobre la respuesta a esa pregunta, pero no le resultaba fácil decidir qué contestar.

—Disculpe, no quería tocar una fibra sensible.

—No, no importa. Es que me ha pillado desprevenido. Nos hemos trasladado aquí para hacer un cambio, pero Sonja y yo, como mucha gente, tenemos nuestros altibajos. ¿Y usted? ¿Cuánto tiempo lleva viviendo en su oficina?

—Desde la semana pasada. Ha sido una completa locura. Él se niega a largarse, aunque el apartamento es mío.

—Quizá espera que usted vuelva.

Lilja soltó un bufido.

—Pues que lo vaya olvidando. No se imagina lo rematadamente gilipollas que es. Esta vez se ha terminado, maldita sea, aunque tenga que dormir en mi oficina

todo el verano.

Ella se puso otra vez a comer en silencio; luego alzó la vista y le echó una mirada.

—¿No fueron sus compañeros de Estocolmo los que estuvieron implicados en el incidente de la embajada israelí del pasado invierno?

Fabian estaba esperando la pregunta. Asintió en silencio.

—¿Qué sucedió?

—Dígamelo usted. Yo realmente no tengo ni idea.

—Supongo que el asunto aún está bajo investigación, pero ¿no es bastante raro lo poco que han dicho los periódicos? O sea, murieron dos agentes de policía. ¿No lo encuentra extraño?

—No lo sé. Por cierto, he tratado de localizar a Glenn Granqvist…

—¿No da la impresión de que han querido tapar el asunto?

—Como he dicho, no tengo ni idea.

—Disculpe. No sé por qué me meto. Quizá ni siquiera está autorizado a hablar. Olvídelo… ¿Café?

Fabian asintió y ella se levantó y fue al mostrador. A él no le sorprendía que sintiera curiosidad. Probablemente, si hubiera estado en su lugar, se habría planteado las mismas cuestiones; aunque él no las habría formulado en voz alta. Pero Lilja deseaba saber y no se le caían los anillos por preguntar. Lo acosaba como una avispa furiosa. Pero le caía bien.

—Me decía que ha intentado localizar a Granqvist. —Dejó dos tazas de café sobre la mesa.

—Lo he llamado, pero no ha respondido. Estaba pensando en pasarme a verlo.

—Yo pensaba contactar con las oficinas del registro nacional para ver qué tienen sobre Schmeckel. —Y se tragó el café de golpe.

—Deberíamos revisar su casa lo antes posible.

—Estamos de acuerdo. Tuvesson ha prometido hacer lo que pueda, pero la época de vacaciones está entorpeciendo la investigación. En el peor de los casos, quizá no sea posible hasta finales de la semana que viene.

—Esperemos que sea factible antes.

—¿Qué es eso de «esperemos»? —dijo Lilja levantándose.

Un agente de policía no espera. Un agente de policía actúa y trabaja con método hasta atrapar al criminal, procurando reunir las pruebas suficientes para obtener una condena. Andar albergando esperanzas corresponde a los miembros de la familia, no a la policía. Y por el contrario, acababa de expresarse precisamente así, diciendo «esperemos». Reflexionando sobre la pegunta de Lilja, arrancó el coche y se dirigió a Drottninggatan.

¿Acaso se había rendido y había dado la batalla por perdida? ¿Se sentía del todo impotente para cambiar el desenlace y creía que la única baza que le quedaba era la vaga esperanza de que todo acabara resolviéndose al final, como en un telefilm barato de domingo por la noche? A decir verdad, no tenía ni idea de cómo acabaría este asunto. Lo único seguro era que, por primera vez en mucho tiempo, había algo en el caso que lo asustaba. Temía que estuviera lejos de haber terminado. Y temía las posibles consecuencias si volvía a fracasar.

Pisó a fondo para aprovechar la racha de semáforos verdes que había pillado durante el trayecto desde Hälsobacken. Pasó frente a la central de policía a ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora. Tuvesson lo llamó cuando estaba cruzando Väla.

—Acabo de hablar con Sten Hammar sobre la orden de registro de la casa de Schmeckel.

—¿Y?

—Por desgracia, considera que no hay suficiente base. No me sorprende, la verdad. Lo único que tenemos es un vehículo que cruzó el puente de Øresund al mismo tiempo que la víctima y que ahora está aparcado en una gasolinera de Dinamarca. No es suficiente. Necesitamos algo más concreto.

Tuvesson tenía razón. El problema era que ese indicio más concreto seguramente se hallaría en la casa de Schmeckel.

Puso en el reproductor *Hail to the Thief* de Radiohead y subió el volumen. Salió de la carretera en Ödåkra mientras sonaban los últimos compases de «2 + 2 = 5». Al cabo de unos momentos, redujo la marcha en la calle Jupitergäten y se detuvo frente a la casa de Glenn Granqvist. Bajó del coche y recorrió la zona con la vista. El barrio parecía completamente desierto, como después de un accidente nuclear.

La casa de Granqvist era idéntica a las demás —dos pisos, fachada encalada, tejado inclinado y garaje aparte—, y estaba pegada a la parte delantera de la parcela.

Se acercó a la puerta principal y observó que las luces exteriores estaban encendidas, pese a que el sol lucía aún en lo alto del cielo. También estaba encendida la luz del techo de la sala de estar. ¿Quería decir tal vez que llegaba demasiado tarde? ¿Sería posible que Glenn hubiera recibido ya su castigo? ¿O toda la hipótesis de los abusos acabaría desembocando en un callejón sin salida?

Pulsó el timbre y mantuvo el botón apretado largo rato. Luego consultó el reloj mientras aguardaba, siguiendo el segundero con la vista. Decidió esperar sesenta segundos.

Aunque confiaba en que Glenn saliera por fin a abrir, demostrando que se encontraba en perfecto estado, no dejaba de ser consciente de que una parte de él cruzaba los dedos para que sucediera lo contrario, porque en tal caso se desvanecerían todas las dudas sobre el motivo.

La puerta permaneció cerrada.

Volvió a llamar al timbre, esta vez pulsando el botón todavía más tiempo.

Una mujer empujando un cochecito infantil pasó por la calle y le lanzó una mirada suspicaz. Él le sonrió.

—¡Hola! Oiga, el hombre que vive aquí, Glenn Granqvist… ¿No sabrá si está en casa?

La mujer negó con la cabeza.

—Las luces están encendidas. ¿No lo ha visto en los últimos días?

Ella volvió a negar con la cabeza y se apresuró a alejarse.

—Bueno, está bien. —Sacó el móvil y marcó el número fijo de Glenn, que estaba entre las notas de Lilja. Desde el exterior, se oía perfectamente cómo sonaba dentro.

Otra vez Robert de Niro: «¿Está hablando conmigo?».

Esta vez dejó un mensaje en el buzón de voz, presentándose y pidiéndole a Glenn que lo llamara lo antes posible. Luego marcó el número de móvil y dejó el mismo mensaje mientras rodeaba la casa hacia la parte trasera.

El patio consistía en un amplio trecho de césped rodeado por un seto que no había crecido aún más de un metro. Un poco más lejos del seto, se iniciaba un campo despejado que constituía una vía de acceso perfecta si alguien deseaba hacer una visita sorpresa. Pero no fue eso lo que le llamó la atención, sino el alambre de espino.

No acertaba a comprenderlo. ¿Por qué demonios iba uno a llenar su patio trasero de alambre de espino? Se agachó y tocó con tiento el afilado alambre, que se extendía sinuosamente por el césped en largas espirales. Oyó una especie de cloqueo y se giró, pero no consiguió localizar el origen del ruido. Cogió el alambre entre el índice y el pulgar, y tiró con fuerza. Una vez más, sonó el cloqueo: esta vez con la suficiente intensidad como para que dedujera que procedía de las ventanas entornadas del segundo piso. Se incorporó y dio unos pasos hacia la casa para mirar mejor y vio un pedazo de sedal tendido entre el alambre y un móvil de viento, hecho de bambú, que estaba colgado por la parte de dentro de la ventana.

O sea que Glenn había llegado a la misma conclusión que él: ahora que habían liquidado a Jörgen, había llegado su turno. Pero Glenn, a la vista estaba, no pensaba quedarse esperando de brazos cruzados. ¿Estaba justificada su paranoia? Y en caso de que lo estuviera, ¿era capaz de defenderse por sí solo?

El timbre del móvil lo sobresaltó y lo arrancó de sus pensamientos. Lo sacó y miró la pantalla: 0765-261110. Se repitió el número mentalmente antes de caer en la cuenta de que era el mismo que acababa de marcar.

—Aquí Fabian Risk —dijo, adoptando un tono lo más sereno y neutral

posible, pero no hubo respuesta. Se produjo un silencio expectante. Únicamente oía el sonido de alguien respirando.

—¿Hola? ¿Quién es?

—Creo que estaba tratando de localizarme.

—¿Usted es Glenn Granqvist?

—Sí.

—No sé si se acordará de mí, pero estábamos en la misma clase en la escuela.

—¿Fabbe? ¿Eres tú?

—Sí, exacto. ¿Cómo estás?

—No puedo quejarme. ¿Y tú? Me dijeron que te habías hecho policía y te habías ido a Estocolmo.

—Sí, así es. Pero ahora he vuelto a trasladarme aquí y estoy trabajando para la policía de Helsingborg.

—Vaya, fíjate tú. Supongo que habré de comportarme.

Fabian se echó a reír y decidió orientar la conversación hacia el tema esencial.

—Supongo que ya sabes por qué quería localizarte.

—Jögge.

—Exacto.

—Es horrible. Lo he leído en el periódico y… maldita sea. ¿Tienes idea de quién podría estar detrás?

—Estamos trabajando en… varios indicios en paralelo. —Había estado a punto de responder más abiertamente, pero se frenó. No habría sabido decir por qué, pero se sentía inseguro y como en guardia.

—¿Y yo soy uno de ellos?

—Por decirlo así. Vosotros erais muy amigos, al fin y al cabo. Según lo que recuerdo, al menos. ¿Seguíais en contacto?

—Jögge era mi mejor amigo.

—Lo siento, debes sentirte fatal. Pero, bueno, estaba preguntándome si podríamos vernos. Tengo una serie de interrogantes que quizá puedas ayudarme a resolver.

—Claro que podemos, pero ahora es mal momento. A menos que quieras venir hasta aquí abajo.

—¿Dónde es «aquí abajo»?

—Sunny Beach, en Bulgaria. Es un sitio de puta madre. Nunca había visto tantas chicas cachondas en una playa.

La maldita temporada veraniega estaba volviendo imposible el trabajo. Tal vez debería tomarse él mismo unas vacaciones, como tenía planeado, y aplazar la investigación hasta el dieciséis de agosto, cuando la mayor parte de la gente estaría de vuelta. Por otro lado, tal vez ese viaje a Sunny Beach era lo que le había salvado la vida a Glenn.

—¿Cuándo saliste para allá?

—Ayer mismo, uno de julio. Me quedaré dos semanas, hasta el quince.

La noticia del asesinato no había aparecido en los periódicos hasta ayer. Si Glenn la había leído estando «allá abajo», como decía, no habría tenido tiempo de tender el alambre de espino por el patio trasero.

—¿Cuándo recibiste la primera noticia del asesinato?

—Lina me llamó para contármelo hace un par de días. ¿Por qué?

—¿Te sentiste amenazado al saberlo? ¿Por eso te fuiste?

—¿Por qué habría de sentirme amenazado?

O Glenn mentía, pensó Fabian, o estaba hablando con otra persona.

—He pensado que la naturaleza del crimen y el lugar elegido quizá podrían haberte puesto un poco nervioso.

Había revelado más de lo que debía, pero no había podido evitarlo. Quería provocar una reacción, obligar a quien estaba al teléfono a mostrar sus verdaderas intenciones.

—Disculpa mi lenguaje, pero ¿de qué coño estás hablando?

Fabian decidió apretar las tuercas.

—¿Por qué otro motivo, si no, habrías tendido alambre de espino detrás de tu casa y lo habrías conectado al móvil de viento del segundo piso?

Hubo un silencio vacilante, lo bastante prolongado como para multiplicar las

dudas de Fabian. Después la llamada se cortó.

18 de octubre

Hoy no escuchaba lo que decía la profesora, solo veía cómo movía la boca. Jonas se sienta detrás de mí y me ha dado un golpecito en el hombro. Al principio, no iba a volverme y quería actuar como si no pasara nada, pero luego me he girado de todas formas porque él suele ser uno de los amables. Jonas me ha escupido en la cara y me ha dicho que era de parte de «ya sabes quién». He visto en su mirada que realmente no quería hacerlo. Yo en su lugar habría hecho lo mismo.

Mamá me ha preguntado por qué tenía morados. Le he dicho que me había caído en el gimnasio. Me parece que se lo ha creído.

Pero hoy han vuelto a hacerlo en el recreo. Han dicho que los había delatado, aunque no es cierto. Me han hecho sangrar por la nariz y luego me han quitado la gorra, se han meado encima y me han obligado a ponérmela otra vez. Al llegar a casa, me he duchado, he lavado la gorra y la he secado con el secador de pelo de mamá. No creo que se haya dado cuenta. O al menos eso espero.

Debería defenderme, pero tengo miedo. Ellos son dos y yo uno. Además, ellos pegan con los puños aunque está prohibido. Eso funciona en el cine, pero no cuando pasa en la realidad.

Sobre mí:

1. Gallina
2. Inútil
3. Debilucho
4. Feo

P.D. Si yo estuviera en mi clase, también me metería conmigo. Soy lo peor de lo peor. Un puto monstruo. Me odio a mí mismo con toda mi alma.

15

Se suponía que Fabian debía de haber vuelto a casa hacía más de media hora para recoger a Sonja y a los niños y llevarlos a la barbacoa de Molander. Pero aún no podía; no había tiempo que perder. Llamó a Tuvesson y le dejó un breve mensaje contándole su conversación con el asesino; estaría ocupada peleándose con los daneses para arrancarles la autorización y poder recoger el Peugeot de la gasolinera. Ignoraba que la información de la que él disponía en estos momentos habría de facilitarle mucho las cosas.

Mientras esperaba a que su jefa le devolviera la llamada, entró en casa de Glenn por la puerta trasera y la registró, pero no encontró ningún indicio de interés.

Así y todo, estaba completamente seguro de que el motivo que él había invocado —los maltratos a Claes Mällvik— era correcto. Glenn Granqvist no estaba en una playa soleada de Bulgaria: Glenn Granqvist estaba muerto. Igualmente, tenía la completa seguridad de que el hombre con el que había hablado era el asesino. Ellos dos habían interpretado bien sus papeles durante la conversación telefónica, pero no cabía duda de que ambos sabían lo que sucedía en realidad.

Aparcó frente a la comisaría y se apresuró a entrar. El vestíbulo estaba desierto y tuvo que usar su tarjeta de acceso por primera vez. Le sorprendió comprobar que recordaba el código y empleó el trayecto en ascensor para llamar a casa.

—Hola, papi. Mamá dice que deberías haber llegado hace más de media hora.

—Sí, cielo, y tiene toda la razón. —Salió del ascensor—. Es que han surgido algunos problemas en el trabajo, y papá tiene que encargarse de resolverlos.

—Es justo lo que ella ha dicho. Y cuando ha sonado el teléfono, ha dicho que eras tú el que llamaba y que, seguramente, no íbamos a ir a la barbacoa esta noche.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo sabía todo eso?

—No sé. Pero tú y esa señora que tiene prohibido llamar sois los únicos que sabéis nuestro nuevo número. Si de verdad quisieras hablar con mamá, la habrías llamado a su móvil. Has llamado al fijo porque esperabas que nos pusiéramos Theo o yo.

«Sería una buena agente de policía», pensó Fabian, y le dijo a su hija que explicara que la barbacoa iba a anularse con toda seguridad, porque Molander tendría cosas que hacer durante toda la noche en la comisaría.

Entró en las oficinas del departamento, que también estaban desiertas. ¿Dónde se habían metido todos? Ya comprendía que era viernes, pero estaban en medio de una investigación que podía convertirse muy bien en uno de los peores casos de la historia para la policía de Helsingborg. Abrió la puerta del despacho de Tuvesson, que estaba tan vacío y desolado como todo el departamento. Se acercó a la ventana panorámica y sacó el móvil para llamarla de nuevo. Pero el aparato sonó en ese preciso momento. Era Molander.

—Hola, Fabian. ¿Dónde está?

—¿Eh? En comisaría.

—¿Qué demonios hace ahí?

—Han salido una serie de cosas a la luz en la investigación; creo que vamos a tener que cancelar lo de esta noche…

—¿Cómo que «cancelar»? La barbacoa ya está encendida. No hay cancelación que valga por nuestro parte —dijo Molander sin mostrar el menor interés en lo que había surgido.

—Lo siento, Ingvar, pero me temo que tengo trabajo. Ya iremos en otra ocasión. Por cierto, ¿sabe por casualidad dónde está Tuvesson?

—Aquí. ¿Dónde iba a estar?

Fabian se apartó el móvil de la oreja y lo miró como si fuera un artilugio de otro planeta.

—¡Hola a todos y bienvenidos! Ustedes deben de ser los nuevos —exclamó una mujer que parecía enormemente orgullosa de su intenso bronceado—. Son los únicos que faltaban. Yo soy Gertrud Molander. ¡Adelante! ¿Qué les apetece beber?

Sonja y los niños siguieron a Gertrud hacia el interior. Fabian sintió un alivio inmediato. El trayecto en coche había durado quince minutos, pero había transcurrido en un silencio casi insoportable. Él había preguntado por el museo Louisiana, si era tan precioso como se decía y si pensaban visitarlo de nuevo…

Sonja no se había molestado en responder a una sola de sus preguntas. Pero él notó que ahora que estaban aquí, ya había empezado a cambiar de humor. Al parecer, era una persona como Gertrud lo que ella necesitaba.

Mientras recorrían la casa, Fabian observó que Ingvar Molander estaba casado con una auténtica coleccionista. En una de las paredes del salón tenía una de las mayores colecciones de platos que había visto en su vida. Y además, había una vitrina iluminada con búhos de cristal de todos los tamaños, colores y formas imaginables.

—¿A que son preciosos? —le preguntó Gertrud acercándose.

Él asintió, aunque nunca había entendido la fascinación que sentía la gente por los adornos de cristal.

—¿Es usted la que los colecciona?

—No, pero empecé a comprarlos durante mi primer viaje por Europa.

—Entonces… ¿son de Ingvar?

—¿De Ingvar? ¿Lo cree capaz de coleccionar objetos de cristal? —dijo ella, como si fuera la idea más absurda que hubiera oído—. No hay ninguna persona

en particular detrás de la colección, pero todas mis amigas han contribuido a enriquecerla. Y de vez en cuando, aparece otro pequeño búho.

—¿La gente los compra y los deja ahí sin decírselo?

—No pregunte. Vamos, necesita una copa.

Gertrud lo acompañó al patio trasero. Era exactamente como él se lo había imaginado mientras recorría el interior de la casa. El césped estaba recortado con tanto primor que parecía una imagen generada por computador; había gnomos, molinos de viento y varias fuentes como telón de fondo. Incluso había un pequeño estanque cruzado por un puente. A Matilda aquello le parecía un paraíso y corría de aquí para allá como si quisiera estar en todas partes al mismo tiempo.

—¡Papi! ¡El estanque está lleno de peces! ¡Ven a verlos!

—Ahora mismo no puedo. ¿Por qué no se lo enseñas a Theodor? —respondió Fabian, recibiendo una mirada de hastío de su hijo, por una vez capaz de apartar los ojos del móvil.

Toda la gente de la comisaría estaba allí, incluso el recepcionista, Florian Nilsson, que se había engalanado para la ocasión con una camisa roja abotonada por un lado. A Fabian le recordó a Midge Ure y pensó en cuánto tiempo hacía que no escuchaba «After a Fashion».

Molander estaba frente a la parrilla con una actitud pomposa, como si su misión fuera un asunto de vida o muerte.

—¡Fabian, ahí está! ¡Venga a saludar! —lo llamó Irene Lilja. Estaba junto a un tipo musculoso de pelo rapado, que iba con tejanos y una camisa de color rosa. Tenía el labio abultado por una bolsita grande de *snus*.[2]

Fabian se acercó.

—Ya nos estábamos preguntando qué le había pasado —dijo Lilja—. Hampan, te presento a Fabian, mi nuevo colega.

—¿Usted también es policía? —preguntó Fabian estrechándole la mano al tipo.

—No, yo soy un novio —respondió él con una sonrisa tan amplia que dejaba

ver la mitad de la bolsa de *snus*.

—Ah, ya, ya. —Fabian le lanzó a Lilja una mirada, pero no recibió ninguna ayuda.

—Así que mantenga sus manos alejadas de ella, o probará una ración de esto —continuó Hampan flexionando un bíceps.

—¡Guau! —dijo Fabian con una risita, aunque él mismo notó lo hueca que sonaba—. Voy a buscar algo de beber.

Se acercó a la mesa y abrió una cerveza. ¿Le bastaría con una? Sonja ya parecía andar por la segunda copa de vino tinto y estaba en plena conversación con Gertrud acerca de su propia pintura. Fabian aprovechó para reunirse con Tuvesson y Klippan, cada uno de los cuales tenía un *gin-tonic* en la mano, y explicarles su conversación con el hombre que, según creía, era el asesino.

—¿Y qué le hace pensar tal cosa? —preguntó Klippan.

—Me ha llamado desde el teléfono móvil de Glenn Granqvist, y yo estoy convencido de que Glenn está muerto.

—¿Quiere decir que ha sido asesinado? —dijo Tuvesson, y dio un largo trago a su bebida.

Fabian asintió y añadió:

—El patio trasero de la casa estaba lleno de alambre de espino y alarmas, como si estuviera esperando que nuestro hombre fuese a por él. Que es lo que creo que ha ocurrido.

—Dios mío. ¿Qué ha dicho cuando lo ha llamado? —preguntó Tuvesson.

—He sido yo quien ha telefoneado primero; él me ha devuelto la llamada.

—¿Desde el móvil de Glenn? —inquirió Klippan.

—En efecto. Me ha dicho que estaba en Sunny Beach, en Bulgaria, de vacaciones, y que había salido ayer: justo el día en que los periódicos publicaron la noticia del asesinato de Jörgen Pålsson.

—Parece absurdo dedicar tanta energía a tender ese alambre de espino para luego largarse a Bulgaria —opinó Klippan.

—Llamaremos a las compañías aéreas para confirmar su teoría de que Glenn

no ha salido del país —dijo Tuvesson.

—Yo me ocuparé a primera hora de la mañana —se ofreció Klippan.

—¿No deberíamos registrar la casa a fondo? —preguntó Fabian.

—Indudablemente —dijo Tuvesson, y apuró su vaso—. Pero tendré que contactar primero con Högsell para pedir autorización.

—¿Alguien quiere repetir? —preguntó Klippan alzando su vaso vacío.

—Yo no diría que no a otro trago —repuso Tuvesson, y ambos se alejaron juntos.

Fabian no sabía si reír o llorar. Estaban en mitad de un caso de asesinato con una serie de indicios que debían investigar y, en cambio, la gran prioridad era el alcohol y la carne a la brasa.

—¿Qué hace ahí solo, filosofando? —le dijo Lilja ofreciéndole una cerveza abierta—. Venga, quiero enseñarle una cosa.

—No sé si debo.

—No le haga caso a Hampan. Bromea. Además, él nunca se aleja demasiado de la parrilla.

—En todo caso, veo que han encontrado el modo de reconciliarse en las últimas horas.

—Eso ya es suponer demasiado. No me pregunte por qué, pero Molander ha tenido la ocurrencia de invitarlo. Y ya estaba aquí cuando yo he llegado. Pero olvidemos eso ahora —dijo y, arrastrando a Fabian al interior de la casa, lo invitó a bajar al sótano—. Si no conociera bien a Ingvar, este lugar me daría verdadero pánico.

Encendió las luces del techo, y Fabian comprendió de inmediato a qué se refería.

Estaban en una habitación repleta de estanterías, vitrinas y encimeras de cristal llenas de objetos clasificados en grupos, como en la colección de un museo. Risk se acordó de un lugar en la isla de Gotland donde alguien había convertido todos sus enseres y pertenencias en un museo. La colección de Molander era más espléndida y fascinante, aunque no tan variopinta como la de

Gotland, que contenía toda clase de cosas, desde varitas mágicas hasta máquinas de escribir. En ese sótano había un monotema: el asesinato. Contaba, eso sí, con varias subcategorías, como la caza y la pesca, o las sustancias venenosas, y también con un surtido de armas, tanto rifles y cuchillos, como herramientas más vulgares.

Tras una atenta inspección, Fabian cambió de idea y situó la «pesca» como una categoría independiente del «asesinato». Casi la mitad de la colección se componía de utensilios relacionados con la pesca: cañas y cucharas, redes de distintos tipos y montones de peces disecados. Incluso había una vitrina con toda una colección de moscas disecadas y alineadas sobre un cojín.

—No se puede negar que tiene ojo para los detalles —dijo él mientras estudiaba una colección de escalpelos.

—Lo cual, probablemente, explica por qué es uno de los mejores investigadores forenses. —Lilja abrió un cajón forrado de terciopelo rojo, en apariencia destinado a albergar joyas, que contenía una colección de balas identificadas con un número—. Cada una ha matado a una persona. —Abrió otro cajón de balas—. Estas han provocado heridas.

Fabian observó las hileras de balas deformadas. En el primer cajón, contó treinta y ocho vidas extinguidas, a lo cual había que sumar un número indefinido de personas condenadas a sufrir el dolor de esas pérdidas.

—¿No me va a preguntar si he descubierto algo sobre Claes Mällvik?

—¿Tiene algo nuevo? No sabía si debía esperar hasta el lunes. Parece que la gente está de vacaciones.

Lilja le dirigió una sonrisa sarcástica, pero la interrumpió el timbre de su móvil.

—¿Sí? ¿Qué pasa? Estoy con Fabian, enseñándole la colección de Molander… Baja aquí si no me crees. —Cortó la llamada y puso los ojos en blanco—. Disculpe, ¿dónde estábamos?

—Mällvik.

—Eso es. Después de la educación obligatoria, hizo una licenciatura técnica

en la escuela Tycho Brahe, sacando las máximas calificaciones. A continuación estudió medicina en la universidad de Lund, y en 1990 empezó a ejercer aquí, en Helsingborg, como médico de cabecera.

—¿Rune Schmeckel no es médico también?

—Sí, pero de una categoría muy superior. Rune es cirujano, uno de los mejores del país en su especialidad. En todo caso, algo sucedió en 1993. Claes acudió al servicio de urgencias de Helsingborg… Ya verá, escuche… —Lilja se sacó del bolsillo de los tejanos un papel doblado, lo desplegó y leyó—: «Fractura de mandíbula, graves heridas en la cabeza por contusiones con un objeto romo: probablemente patadas. Cinco costillas rotas, hemorragia interna», y la lista todavía continúa. Mire. —Le mostró una fotografía de una cara tan brutalmente hinchada y magullada a base de golpes que resultaba doloroso mirarla.

—De manera que fue víctima de un ataque.

—Yo lo catalogaría como intento de asesinato. Fue sometido a treinta y seis operaciones. Es un pequeño milagro que consiguiera sobrevivir.

—¿Hay algo sobre el origen de las heridas?

—Los médicos se lo preguntaron, pero él se negó a decirlo.

—¿Y después?

—Nada.

—¿Cómo que «nada»?

—La hospitalización y las operaciones son lo último que he encontrado sobre él. Desde luego, puedo seguir indagando y tratar de averiguar más, pero esto es lo que hay por ahora.

—¿Podría haber muerto?

—Quizá. O haber salido del país.

Fabian se lanzó sobre su ración de carne con avidez, dándose cuenta de lo hambriento que estaba.

—Estas chuletas son las mejores que he comido —dijo Sonja, buscando la aquiescencia de otros invitados.

—Gracias, Sonja —dijo Molander—. Pero para que lo sepa, no son chuletas.

—¿Ah, no?

—No, es nalga asada.

—Ingvar, no empieces otra vez —dijo Gertrud.

—Pero si es nalga… ¿Por qué no llamarlo por su nombre?

—Porque no suena tan apetitoso. —Gertrud le dijo a Sonja—: No le hagas caso. El secreto del sabor está en su forma de adobarlo. A nadie le sale como a él. ¡Yo creo que debería escribir un libro de cocina sobre sus adobos! —Alzó su copa—. ¡Salud, y gracias a todos por venir!

Brindaron y se dispusieron, ansiosos, a cenar. A medida que bebían, el ambiente se volvió más agradable. La charla pasaba de un tema a otro. Discutían hasta qué punto había que culpar al médico de Michael Jackson por la muerte repentina del cantante y, acto seguido, se ponían a comentar la fase final del Mundial de Fútbol, en la que Suecia ni siquiera participaba.

—¡Qué gran alivio! —exclamó Klippan, comentando que era la primera vez desde hacía tiempo que las eliminatorias no le provocaban dolor de estómago.

Incluso Sonja se lo estaba pasando bien y le sonrió a Fabian varias veces desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué tipo de cuadros pinta? —le preguntó Tuvesson.

—Casi siempre imágenes submarinas de bancos de peces y cangrejos. Cosas así.

—Me encantan los peces —dijo Molander alzando su vaso.

—No, a ti lo que te gusta es matarlos —criticó Gertrud.

—¿Y se venden bien esos cuadros? —preguntó Tuvesson. Parecía sinceramente interesada.

—Demasiado bien. No me da tiempo de desarrollar nada nuevo. La gente quiere esos malditos peces.

—Yo tengo un amigo artista al que le pasó lo mismo —dijo Tuvesson—. Hace

muchos años, hizo un banco de hormigón con unas letras recortadas en medio que decían: «El banco de los acusados», y al público le encantó. Ahora se pasa la mayor parte del tiempo produciendo bancos personalizados: los clientes escogen lo que ha de decir el rótulo. Es una idea muy buena, y le sirve para pagar el alquiler. Creo que incluso hizo algunos para la boda de la princesa Victoria y el príncipe Daniel. Pero ¿sigue siendo un artista o es un obrero del hormigón?

—Haría falta una larga comida para responder a esa pregunta —replicó Sonja tendiéndole su copa vacía—. Y unos dedos más de vino, por favor.

—Eso está hecho —dijo Tuvesson, y se la llenó.

—¿Y por qué han venido a vivir aquí? —preguntó Lilja—. Estocolmo es una ciudad fantástica.

—Estocolmo es una ciudad de mierda, en mi opinión —intervino Hampan—. Yo he ido tres veces y no veo ni un motivo para que alguien quiera vivir allí. La gente está tan estresada que ni siquiera puede quedarse quieta en una escalera mecánica. Joder, me arrollaron un montón de tipos que querían subirse al metro, aunque siempre pasa otro al cabo de dos minutos.

—Vale, Hampan. Pero resulta que no te lo preguntaba a ti. Se lo preguntaba a Sonja.

Hampan se ventiló su cerveza a grandes tragos, y todos se volvieron hacia Sonja, como esperando una explicación sólida pero concisa, que ella —Fabian lo sabía bien— no tenía. Había sido él quien se había empeñado en mudarse; ella se había limitado a ceder. Trató de responder él mismo, pero Lilja lo cortó. Obviamente, quería oír la versión de Sonja.

—En realidad siempre me ha gustado Escania. La primavera llega un mes antes y el otoño, un mes más tarde. Y confío en que el cambio de paisaje sea un estímulo para mi pintura. Cuando a Fabian le salió esta oportunidad de trabajo, nos decidimos de inmediato. —Alzó su vaso—. ¡Por Escania!

Brindaron todos, y Fabian le lanzó un beso a Sonja. Era una buena respuesta: tan buena que casi se la creyó él mismo.

—A mí no me engañan tan fácilmente —dijo Lilja con una sonrisa. Sonja la

miró con perplejidad—. Y para ser completamente sincera, creo que lo mismo pueden decir todos los presentes. Somos policías y estamos acostumbrados a escuchar excusas: cada una más descabellada que la anterior.

—A mí, esta me ha parecido bastante buena —comentó Tuvesson.

—Ya lo creo, sobre todo lo del cambio de paisaje. Si no hubiera desviado la mirada justo en ese momento, le habría puesto un diez sobre diez. Pero tendrá que conformarse con un siete.

Los demás se rieron.

—Vale, vale —intervino Sonja. Fabian notó que estaba borracha—. ¿Queréis saber la verdad?

—¡Sí! —gritaron los demás.

—Pues ahí va: mi relación con Fabian se parecía en los últimos años a una relación a larga distancia, a pesar de que compartiéramos cama. —Sonja recorrió con la mirada a los presentes, que aguardaban en silencio a que continuara—. Pero como aún nos queremos por encima de todo, decidimos hacer un cambio radical. Empezar de cero e intentar volver a encontrarnos… ¡Salud! —Alzó su vaso mientras sonaban vítores y aplausos.

—Eso merece un quince sobre diez —dijo Lilja.

Fabian pensó que Sonja tenía razón, toda la razón, en una cosa: en lo mucho que la quería.

Cuando sonó su móvil, ya había olvidado por completo que estaba metido en una compleja investigación, por lo que su primer impulso fue no contestar. Luego advirtió que se trataba de un número danés y atendió de inmediato.

—Hola, soy Mette Louise Risgaard… de la gasolinera —explicó una voz—. El hombre está aquí en este momento —dijo. Y, bruscamente, la comunicación se cortó.

16

Kim Sleizner notó que le vibraba el móvil en el bolsillo, pero no quiso atender. Ahora no quería. Llevaba toda la semana esperando este momento y no iba a permitir que se lo arruinara una estúpida llamada. El momento era demasiado precioso; y la vida, demasiado corta. Siempre podía alegar que estaba en un túnel o en un ascensor con mala cobertura. Esta era su zona protegida: la pequeña burbuja particular en la que nadie tenía derecho a inmiscuirse.

Pensó en Viveca, en si él debía sentirse culpable, pero decidió que no. A ella lo único que le importaba era su yoga; y que hubiera dinero en la cuenta. Realmente, con la cantidad de comida que tenía en el plato desde hacía un rato, era asombroso que pudiera levantarse de la cama por las mañanas. Viveca no era la única que dependía de él para funcionar y estar satisfecha: lo mismo podía decirse de cada ciudadano de Dinamarca.

La alternativa era la anarquía, el caos. Volvió a recostarse y disfrutó del premio que se había concedido a sí mismo.

17

Morten Steenstrup se hallaba sentado en la comisaría de la ciudad danesa de Køge, remetiéndose la camisa del uniforme y ajustándose los pantalones. El cinturón le resultaba más incómodo de lo normal, como si estuviera torcido y le raspara. Ya había comprobado que llevaba la pistola, la linterna y la radio en su lugar correspondiente; por tanto, no podía ser eso.

En realidad sabía muy bien cuál era el problema. Había pasado un mes exacto desde que Else lo había dejado y, por mucho que lo deseara, no podía engañarse a sí mismo y decirse que se sentía mejor. Era más bien lo contrario. La opresión que notaba en el pecho no se había aplacado, y ya casi se había habituado a andar por ahí con la constante sensación de que le faltaba el aliento.

El médico le había aconsejado que se buscara a un amigo para desahogarse, pero él no tenía a nadie capaz de comprenderlo. Niels, cuando había intentado hablar con él, le había sugerido que recurriese a una prostituta; incluso se había ofrecido a pagársela, si le dejaba mirar.

Al principio, Morten había acariciado la idea de intentar ganarse a Else otra vez, pero enseguida comprendió que no daría resultado. Ella estaba en un nivel totalmente distinto, cosa de la que ambos habían sido siempre conscientes. Habían acordado de manera tácita ignorar ese hecho y fingir que eran iguales, lo cual había funcionado en ocasiones. Entonces él se sentía el hombre más feliz de la Tierra, pero eso duraba poco tiempo. La conciencia de la desigualdad entre ambos se mantenía siempre agazapada, como un retumbo distante pero continuo, y acababa imponiéndose de nuevo. Al final, él se había ido acostumbrando a esa

diferencia y casi la había olvidado. Se había calmado pensando que no había ninguna amenaza, que eran iguales. Que se amaban el uno al otro.

Pero ya no había ninguna felicidad en su vida. Todo representaba un esfuerzo, todo se le hacía cuesta arriba. Incluso para respirar necesitaba fuerza de voluntad. Nunca sería capaz de encontrar a otra persona. Else era su alma gemela. A ella no le había importado su labio leporino ni tampoco su piel fibrosa. Ella se la acariciaba como si fuera tan suave como la de un bebé, prescindiendo de que la tuviera agrietada y descamada. Ella lo besaba como si lo deseara a él y a nadie más.

Se reclinó en la silla y se planteó si debía tomar café o té. Optó por el café y se dirigió a la cocinilla para servirse uno en su taza sucia. Niels estaba sentado a la mesa, todavía de luto por el fracaso de Dinamarca en el Mundial. Morten sabía que no valía la pena tratar de hablarle hasta que se le hubiera pasado. A él el fútbol nunca le había interesado, y menos el fútbol danés. Su única preocupación había sido que la eliminación provocara reyertas. Las estadísticas mostraban que las derrotas deportivas dejaban a la gente totalmente aplacada o producían un aumento del consumo de alcohol, que desembocaba en violencia doméstica y, sobre todo, en actos de vandalismo. En contra de lo que uno podía suponer, una victoria solía provocar más bien lo primero.

Volvió a sentarse con la taza de café en la mano, incapaz de dejar de pensar en Else. Ella opinaba que él temía el conflicto y que era demasiado apocado. Lo decía como si fuera un cobarde. Y, seguramente, en parte tenía razón. Había procurado no rehuir tanto los conflictos, pero ese era un rasgo esencial de su carácter. No le gustaban las discusiones, y tampoco creía que su propia opinión fuese tan importante.

¿Cómo lograba levantarse por las mañanas, ducharse, vestirse y acudir al trabajo? ¿A qué estaba esperando? Abrió la funda, sacó la pistola y la sopesó en sus manos. Sería tan sencillo: apenas una ligera presión con el dedo índice y su sufrimiento habría terminado. Su soledad, su dolor, su respiración trabajosa.

Todo se borraría. Pero se mirara como se mirase, no sería más que un final patético para una vida patética: nadie haría otra cosa que encogerse de hombros.

Su teléfono sonó. La llamada era de un número de Suecia. En cuanto respondió, se dio cuenta de que este era el momento que había estado esperando.

Siete minutos después, Morten Steenstrup se abrochó el cinturón de seguridad, metió la llave de contacto y arrancó. El motor cobró vida con un rugido. Dudó de si debía poner en marcha la sirena, pero decidió que podía esperar hasta haberse alejado de la comisaría. No quería que Niels saliera corriendo y le preguntara qué ocurría. Lo único que Morten le había dicho era que iba a salir un rato para «exhibir presencia policial». Puso en el reproductor su CD favorito de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi y subió el volumen. Nadie era capaz de dirigir esa obra como Carlo Chiarappa, sobre todo el primer *allegro* de la «Primavera», que siempre lo inundaba de energía positiva.

La mujer que había llamado era de Helsingborg. A él nunca se le había dado muy bien el sueco, y tenía la impresión de que el dialecto de Escania era incluso más difícil de entender. No obstante, había comprendido que la mujer se llamaba Astrid Tuvesson, que era jefa de la brigada criminal de Helsingborg, que había tratado en vano de localizar a Kim Sleizner, su homólogo en Copenhague, y que por eso llamaba a la comisaría de Køge. A partir de ahí ya le resultó más difícil entender lo que le decía. Parecía referirse a un coche que estaba aparcado en la gasolinera de Lellinge: un coche que podía pertenecer a un criminal sueco al que estaba buscando la policía. Una mujer llamada Mette Louise Risgaard, que era la empleada de la gasolinera, había llamado a la policía para avisarlos de que dicho hombre estaba en Lellinge en ese momento para recoger el coche.

Morten no recordaba el resto de la conversación, pero tampoco importaba. No necesitaba escuchar más para darse cuenta de que esa era su ocasión para destacar. Incluso conocía a Mette Louise, porque solía repostar en Lellinge cuando hacía el turno de noche, y ella casi siempre estaba allí trabajando. Se

había puesto un *piercing* en el labio inferior hacía un año, y él había reunido el valor para preguntarle por qué lo había hecho. ¿Qué sentido tenía estropear un labio tan bonito? Aún recordaba la mirada de indignación que le había dedicado la chica por toda respuesta. Desde entonces, no había vuelto a mirarlo, ni siquiera cuando le había elogiado su nuevo color de pelo.

Y ahora quizá estaba en peligro. Lo que no acertaba a comprender era por qué había llamado a la policía sueca, y no a él, pues le había dejado una vez su tarjeta para asegurarse de que tenía el número directo de la comisaría. ¿Cómo sabía ella, además, que la policía de Suecia buscaba a ese hombre?

Cuando estuvo a cierta distancia de la comisaría, encendió la sirena y aceleró. Ya notaba los primeros efectos de la adrenalina. Por fin iba a poder demostrar que él no tenía nada de apocado. Bajó la música, que acababa de entrar en el movimiento largo de la «Primavera». Ya había llegado a la gasolinera de Lellinge, y todo parecía tan tranquilo como de costumbre; o tan «muerto» como de costumbre, habría dicho alguien tal vez. Él prefería el término «pacífico», aunque sentía cierta decepción al comprobar que allí no pasaba nada. Circuló lentamente en torno al edificio y observó que el lugar estaba bastante desolado. Solo vio a un hombre con unos pantalones cortos de color beis, un polo azul claro y una gorra, arrodillado junto a un Peugeot. El vehículo estaba apuntalado con un gato; el tipo sujetaba una llave de cruz y tenía una rueda al lado.

¿Podía ser ese el que había ido a recoger su coche? No veía a Mette Louise, pero aquel hombre no daba la impresión de ser muy peligroso; más bien parecía un turista del género idiota. Con todo, si algo había aprendido Morten durante sus años de policía era que más valía prevenir que curar.

Como calculó que el hombre tardaría al menos cinco minutos en poder largarse, decidió comprobar primero si Mette Louise estaba bien. Siguió rodeando la gasolinera y aparcó al otro lado, para poder bajarse sin la preocupación de que el hombre lo viera. Se ajustó el cinturón, comprobó que la pistola y la porra estuvieran en su sitio y caminó hacia el edificio.

En cuanto puso los pies en la tienda notó que algo andaba mal. No había

nadie, ni siquiera en la caja. Llamó a Mette Louise, pero no hubo respuesta. Se apresuró a colarse por detrás del mostrador en el cuarto del personal. Nunca había entrado ahí, y era mucho más pequeño de lo que esperaba. Había una cocinita, una mesa con un montón de revistas sobadas, varias sillas, un almanaque Michelin en la pared y un baño con la puerta cerrada. Llamó y preguntó si había alguien dentro.

El silencio le disparó todavía más las alarmas. ¿Dónde se había metido esa chica? Salió precipitadamente a la tienda y miró alrededor, buscando una herramienta adecuada para forzar el cerrojo del baño. Encontró un destornillador, abrió la puerta y vio que estaba vacío. Intentó ordenar sus pensamientos, pero le entró una sed repentina, como si la boca se le hubiera vuelto de papel de lija. Cogió una Coca-Cola del frigorífico y se llenó la boca de líquido dulce y burbujeante antes de tragarlo y sentir que recobraba las energías.

Mette Louise jamás dejaría la gasolinera desatendida, lo cual debía de querer decir que estaba con el hombre del Peugeot. Él no la había visto al pasar, pero había mirado de soslayo. Salió de la tienda y caminó hacia el individuo, que seguía agachado junto al Peugeot, dándole la espalda. Al acercarse, vio que estaba apretando las tuercas con la llave y que no parecía haber advertido su presencia.

—Disculpe. ¿Quiere levantarse, por favor? Separe las piernas y ponga las manos por encima de la cabeza —le dijo en danés.

No hubo reacción por parte del hombre, que terminó de apretar la tuerca siguiente.

«¿Estará sordo? ¿No entiende lo que le digo?»

—¡Hola! ¡Policía! Levántese enseguida —dijo, imitando la pronunciación sueca que había oído en la tele. Ahora estaba prácticamente al lado del tipo. Morten echó un vistazo al coche y no vio a nadie dentro. Mette Louise tampoco estaba allí.

Morten Steenstrup había sacado su arma tres veces en casi veintiocho años de servicio. Había disparado con ella una única vez: a un hombre metido en líos de

drogas que estaba amenazando con un cuchillo a la gente que lo rodeaba. Le disparó en una pierna y luego le esposó las manos en la espalda. Todo de acuerdo con el reglamento.

Esta sería la cuarta vez. Desplazó el cuerpo de forma automática, reproduciendo el gesto que había ensayado infinidad de veces ante el espejo. Deslizó la mano derecha por la cadera para abrir la funda sin apartar los ojos del hombre que tenía delante. La pistola salió sin esfuerzo. Quitó el seguro con la mano izquierda.

—¡Policía! ¡Le ordeno que se levante ahora mismo! —gritó en inglés.

Todo sucedió tan deprisa que después le costaría recordar la secuencia exacta de los hechos.

El hombre se incorporó bruscamente y giró en redondo con el brazo extendido. Morten no comprendió lo que ocurría hasta que oyó un crujido y notó en la oreja derecha el impacto brutal de la llave de cruz. La visión se le nubló. Sintió una descarga de dolor y oyó un ruido agudo, estridente. Antes de que su cabeza chocara con el pavimento, pensó que nunca más podría disfrutar de *Las cuatro estaciones*.

Notaba un silbido persistente y oía sus propias pulsaciones, lo cual significaba que seguía vivo. Se palpó la oreja. La tenía húmeda y pegajosa. Estaba recuperando la visión lentamente, pero tardó unos segundos en identificar lo que veía, porque todo estaba ladeado noventa grados. A unos veinte centímetros de su cabeza, atisbó la cara interna de la rueda del coche y las sandalias Crocs del hombre agachado junto a ella.

Con el rabillo del ojo, vio cómo movía el brazo en círculo una y otra vez. Comprendió enseguida que el tipo estaba bajando el gato. Luego la llave cayó al suelo y las Crocs desaparecieron de su vista. El sistema de escape vibró al cabo de un momento. Oyó el sordo zumbido del motor.

«La cabeza, la cabeza. Protégete la cabeza», se dijo una y otra vez cuando el coche dio marcha atrás.

Primero lo embistió la rueda trasera.

Tensó cuanto pudo el pecho y la musculatura de la espalda, pero incluso así sintió cómo se le quebraban las costillas, una a una. El dolor se le propagó por todo el cuerpo como una lengua de lava candente.

Después le pasó por encima la rueda delantera.

Vio que el Peugeot se alejaba por fin y giraba a la izquierda para tomar la Ringstedvej. Al menos, la cabeza le debía de haber quedado intacta. Alentado por la constatación de que todavía no estaba muerto, de que podía ver y pensar, procesar información y tomar decisiones, desafió al dolor y se incorporó hasta quedar de rodillas. Extendió el brazo para recoger la pistola, que seguía en el suelo junto a la llave de cruz. Entonces se puso de pie e intentó caminar hacia su coche.

Como la pierna izquierda se negaba a obedecerlo, tuvo que ayudarla con ambas manos. El dolor ardiente del pecho se estaba convirtiendo en una sorda palpitación. Cada vez tenía más sangre empapándole la camisa del uniforme. Debía llamar a Niels para que se hiciera cargo de la situación y enviara una ambulancia. Pero eso no solo implicaría que el sueco se escaparía: además, demostraría que Else tenía razón.

Con un último esfuerzo, Morten Steenstrup arrancó el coche, dio marcha atrás y tomo la Ringstedvej hacia el este.

Pisó el acelerador a fondo y dio gracias al cielo por el cambio de velocidades automático; sin él, no habría podido conducir, dado el dolor que sentía en la pierna izquierda. La sensación ardiente del pecho casi había desaparecido; solo notaba una pulsación constante. Tenía la camisa enrojecida y pegajosa de sangre. Determinó no volver a mirar; era mejor concentrarse en la carretera y pensar por dónde habría seguido el sueco. Ni siquiera debía de llevarle dos minutos de ventaja, pero ya no lo veía. Ya que dio por supuesto que el tipo no tenía motivo

para dirigirse a Køge, enfiló la autopista E55 en dirección norte, hacia Copenhague y hacia el puente que llevaba a Suecia.

Notaba que el cuerpo se le estaba entumeciendo. Encendió las luces y puso la sirena para mantenerse despierto. Los coches que iban delante reducían la velocidad y se metían en el carril derecho. Morten pisó a fondo. Vio que el velocímetro rebasaba los doscientos kilómetros por hora y se acercaba a los doscientos veinte. Ya no tenía ningún miedo; era como si hubiera abandonado su temor en Lellinge. Estaba seguro de poder enfrentarse a cuanto sucediera. Quería demostrar al mundo entero que él tenía agallas. Pero necesitaba mantenerse consciente.

La aguja roja marcaba los doscientos treinta. Si se mantenía a esa velocidad, alcanzaría al sueco en unos minutos. Suponiendo, claro, que él respetara el límite permitido. Diez kilómetros más adelante, divisó al Peugeot y apagó las luces del techo.

Pero ya era demasiado tarde. El sueco lo había visto y aceleró para tomar la siguiente salida. Morten viró tras él. Sintió una oleada de sudor frío al comprender que el desenlace era inminente. El Peugeot tomó patinando Cementvej. El policía giró un poco más despacio. Ahora que había llegado tan lejos, no quería arriesgarse a terminar en el fondo de una zanja.

De improviso, el Peugeot viró a la izquierda por un camino de grava. Morten miró el GPS y vio que daba a campo abierto y subía hasta una arboleda para rodearla y volver atrás. ¿Se había dejado acorralar el sueco sin querer, o había visto lo mismo en su GPS y pretendía tenderle una emboscada?

Morten paró y bajó la ventanilla. Oyó claramente el motor del Peugeot al otro lado de la arboleda. Tuvo que resistir el impulso acuciante de cerrar los ojos y quedarse dormido. Se bajó del coche y continuó a pie, arrastrando la pierna izquierda y usando una rama como muleta. La camisa se le pegaba al pecho y el estómago, pero se negó a bajar la vista.

A unos cincuenta metros, vio por fin el Peugeot. Parecía abandonado entre unos arbustos, con el motor en marcha. Se acercó renqueando con la pistola en la

mano. Miró alrededor; no vio nada, tan solo los árboles y el campo. Dio unos pasos hacia el coche y se inclinó, protegiéndose los ojos para mirar dentro. Estaba vacío. Y entonces todo se volvió negro.

18

El ambiente festivo se desvaneció en cuanto Fabian recibió la llamada de Mette Louise Risgaard. La barbacoa en casa de Molander se transformó rápidamente en una reunión policial, aunque esta vez con los familiares de cada uno presentes y con una buena cantidad de alcohol en la sangre.

Tuvesson llamó de inmediato a Kim Sleizner, su colega danés en Copenhague. Como no la atendió, dejó un mensaje en su buzón de voz para informarlo y decirle que iba a contactar con la comisaría local de Køge. A continuación telefoneó al comisario general de la policía sueca, Bertil Crimson, quien prometió ponerse en contacto al instante con su homólogo danés, Henrik Hammersten. Se veía obligada a notificarle la situación a su superior porque la policía sueca tendría que trabajar con la policía de otro país.

La cosa estaba en marcha. Lo único que podían hacer ahora era continuar con la cena, y esperar a ver qué ocurría. Sonja no había dicho nada, pero para Fabian era evidente que estaba de capa caída. Lo entendía, e intentó sacar otros temas de conversación, pero solo Gertrud Molander picó el anzuelo. Los demás estaban esperando que sonara el móvil de Tuvesson.

Una hora más tarde, concluyó la espera.

Era Kim Sleizner quien llamaba. Tuvesson activó el altavoz para que los demás oyeran la conversación.

—Henrik Hammersten me ha comunicado que estaba usted tratando de localizarme, pero lamento decirle que yo no he recibido ninguna llamada suya —dijo el policía danés.

—Yo lo he telefoneado hace cosa de una hora —replicó Tuvesson—. Dado que usted no ha respondido, le he dejado un mensaje.

—Si fuera así, debería tener una llamada perdida y un mensaje, ¿no? Pero ya le digo que no he recibido nada. Quizá se le ha olvidado marcar el prefijo del país, qué se yo.

Tuvesson lanzó una mirada a los demás y movió la cabeza.

—Lo que sí me consta es que Morten Steenstrup, de mi gente en Køge, se ha encargado de perseguir al criminal.

«Mi gente», pensó Fabian. Sleizner parecía de esos que consideraban a sus subordinados como si fuesen de su propiedad.

—Y ha emprendido la persecución, aunque estaba gravemente herido y había perdido mucha sangre. Si yo no hubiera sido tan rápido en enviar varios coches cuando me he enterado de la situación, ahora estaría muerto.

Fabian se preguntó si eso era lo único que Sleizner tenía que decir o había hecho una pausa a propósito para obligar a Tuvesson a pedirle detalles. Pero no parecía que ella necesitara romper el silencio, que llegó a volverse casi angustioso hasta que Sleizner acabó cediendo y prosiguió *motu proprio*.

Morten Steenstrup había sido arrollado por el atacante y ahora estaba en cuidados intensivos, debatiéndose entre la vida y la muerte. Se había portado sin duda como un auténtico héroe y, pese a sus heridas, había logrado que el Peugeot quedara en manos de la policía. El criminal, por su parte, había escapado. Aparte del coche, la única pista que había dejado había sido un par de sandalias Croc.

Que la policía danesa tuviera ahora el coche era un triunfo en sí mismo, y sin duda constituiría un tremendo revés para el asesino, pero Fabian no cesaba de pensar en qué habría sido de Mette Louise. Hasta el momento, no había aparecido ni rastro de ella. ¿Tal vez se la había llevado el criminal como rehén? Y en ese caso, ¿por qué?

Era más de medianoche cuando los Risk llegaron a casa. Theodor, que se había pasado la velada sentado en un rincón con su móvil, se encerró sin más en su habitación; Matilda proclamó, en cambio, que estaba totalmente despierta y que no tenía sueño. Ni siquiera se quedó dormida después de leer tres capítulos de Harry Potter.

—Papi, ¿el hombre que estás buscando es un asesino en serie o un asesino vulgar y corriente? —preguntó la niña mirándolo con ojos brillantes y despiertos.

Él habría preferido eludir la pregunta y fingir que no la entendía, pero pensó que se merecía una respuesta sincera.

—No lo sé, cielo. Hasta ahora no se ha descubierto más que un asesinato, pero estoy casi seguro de que se han cometido al menos otros dos.

—¿Cómo puedes saber una cosa así?

—Porque es mi trabajo.

—Entonces quiere decir que es un asesino en serie, ¿no?

—No, deberían haber al menos tres muertes para que se considerasen obra de un asesino en serie. Y yo ni siquiera entonces lo calificaría así.

—¿Por qué?

—Un asesino en serie comete crímenes por el gusto de cometerlos. Pero los motivos de este asesino son completamente distintos.

Le habló del caso y le explicó que él había pensado que el motivo principal de ese hombre era la venganza contra las personas que lo habían maltratado, pero que ahora ya dudaba de todo. Dicho esto, vio que Matilda se había quedado dormida como un tronco. La dejó, bajó a la cocina y descorchó una de las botellas de vino que había olvidado darle a Molander.

Sonja estaba arriba, en su estudio, desembalando sus obras actuales. Ni siquiera se volvió cuando él entró con el vino, dos copas y su iPod. Realmente necesitaban hablar, pero los dos estaban demasiado cansados. Además, no había nada que no se hubieran dicho ya. Fabian se sentó en el suelo, sirvió el vino y puso la canción que ambos consideraban «su» canción: «I Would Die 4 U», de

Prince. La habían bailado la primera vez que se habían visto. Esta vez hicieron el amor en el estudio.

A la mañana siguiente, Astrid Tuvesson autorizó a Fabian para quedarse en casa todo el fin de semana, siempre que prometiera no apartarse del teléfono. Ella le prometió por su parte que no lo llamaría si no se trataba de una emergencia.

Así pues, pudieron pasar toda la mañana del sábado en paz, abriendo cajas, vaciando las últimas bolsas y colocando estantes. Con la ayuda de Theodor, Fabian incluso consiguió montar el estéreo. Almorzaron juntos en la terraza, bajo la sombra del toldo, y salieron por la tarde. Compraron el esnórquel, tomaron café en Fahlmans Konditori, en la calle Stortorget, y luego fueron a dar una vuelta por el nuevo puerto deportivo y se detuvieron en Tropical Beach.

El domingo colgaron los cuadros, colocaron los libros por orden alfabético, ayudaron a Matilda a arreglar su habitación y, para gran alegría de Theodor, lograron conectar el *router* y ponerlo en funcionamiento. Todos ayudaban, y por fin daba la impresión de que se habían instalado de verdad. Por la noche, disfrutaron de una cena de celebración en Pålsjö Krog.

El móvil de Fabian no había sonado en todo el fin de semana; ni siquiera había recibido un mensaje de texto. Pero él no había dejado de pensar en Mette Louise y en lo que Molander podría encontrar en el Peugeot. También había pensado en Lina, que aún no lo había llamado; no sabía si debería hacerlo él para disculparse. Recordó que en la fiesta de su duodécimo cumpleaños habían bailado juntos «Rivers of Babylon» y que él estaba seguro de que pasarían juntos el resto de sus vidas.

La tranquilidad quedó interrumpida el lunes por la mañana.

—Tiene que venir. De inmediato…

19

A Gusten Persson siempre le habían gustado las mañanas; y esta no era una excepción: el sol brillaba radiante en lo alto, como si nunca fuera a dejar de hacerlo. Pero esa mañana Gusten ya estaba de mal humor mientras salía de la carretera Gruvgatan y accedía al aparcamiento reservado a los empleados de Materiales de Construcción Åstorp.

Se habían terminado sus vacaciones, y se había pasado el fin de semana entero arreglando la galería sin obtener siquiera una sonrisa de su esposa, Inga. El viejo chiste que usaba en estos casos —«¿Ni un beso de la parienta?»— ya no surtía efecto con ella. Algunos amigos le habían dicho que la menopausia podía ser muy difícil para algunas mujeres, pero nadie le había advertido de lo insoportable que podía ser para los hombres.

Abrió la puerta de la nave, entró y cerró con llave. Todavía faltaba más de media hora para que el almacén abriera oficialmente tras las dos semanas de vacaciones. Si no cerraba con llave, corría el riesgo de que la nave se llenara de clientes quince minutos antes de la hora.

Se dedicó a pensar en Tailandia. Glenn le había propuesto que viajaran juntos el próximo invierno. Al parecer, había más chicas dispuestas a todo —y lo más importante: por poco dinero— de lo que uno podía imaginar. Había rechazado la propuesta porque le repelía la idea de pagar a cambio de sexo. No lo había hecho nunca y no pensaba empezar ahora.

Aunque después de este fin de semana, ya no estaba tan seguro. ¿Por qué no podía echar un polvo de vez en cuando? ¿Acaso sus deseos no eran tan naturales

como la menopausia de Inga? Si la cosa hubiera sido al revés, es decir, si los hombres hubieran tenido la menopausia y las mujeres se hubieran puesto cada vez más cachondas, seguro que la prostitución estaría aceptada. Los fines de semana de yoga habrían sido reemplazados por fines de semana de sexo, y las revistas de cotilleo, por revistas porno. Ni siquiera estaba seguro de que los problemas de Inga se debieran a la menopausia. Últimamente, había tenido la sensación de que la utilizaba como excusa. Mientras iba a desconectar la alarma, decidió que le preguntaría a Glenn si todavía podía apuntarse al viaje.

Al abrir la puerta, uno disponía de cuarenta y cinco segundos para desconectar la alarma. Si no lo hacía a tiempo, la alarma se disparaba, y entonces había una serie infernal de llamadas que hacer y de códigos que introducir para que el orden quedara restaurado de nuevo. Gusten no quería ni imaginar el coste asociado a todo ese alboroto. En sus inicios en la empresa, le inquietaba mucho la posibilidad de no llegar a tiempo a la caja de la alarma y, en cuanto abría la puerta, echaba a correr. Con los años, había adquirido una noción inconsciente muy precisa de lo que eran cuarenta y cinco segundos, de manera que ahora se lo tomaba con calma. La idea de aproximarse lo máximo posible a los cuarenta y cinco segundos casi se había convertido en un juego para él.

Pero hoy la alarma estaba desconectada, cosa insólita. ¿Se le habría olvidado ponerla cuando se habían ido de vacaciones, o es que alguien había entrado ya y abierto la puerta antes que él? Desde luego no había visto ningún otro coche en el aparcamiento. Y el turno de la mañana no era muy popular. Lo cierto era que durante todos los años en los que él había sido el responsable de abrir, la única vez que alguien había cubierto su puesto había sido cuando tuvo que pedir la baja un mes para someterse a una cirugía de baipás.

Se adentró en la nave para hacer su ronda habitual: encender las luces del techo, arrancar los vídeos de presentación y volver a colocar la mercancía en su sitio. No le cabía en la cabeza por qué a los clientes les costaba tanto dejar las cosas donde las habían encontrado. Era algo casi tan incomprensible como las malas pulgas de Inga.

Se detuvo de golpe y miró la ventana. Estaba cerrada, sí, pero no tenía echados los cierres. Se acercó y la examinó con atención. La ventana se abría hacia arriba. El cable conectado a la alarma parecía intacto. Había habido muchos robos en el almacén a lo largo de los años, pero ninguno desde que el nuevo sistema de alarma, que había costado cientos de miles de coronas, había sido instalado hacía tres años. Gusten se había mostrado entonces muy escéptico, pensando que resultarían más baratos unos robos de vez en cuando. Pero la verdad era que el gasto se había amortizado la pasada primavera, y que desde entonces no habían perdido ni una corona.

Interrumpió su ronda y se dirigió a la oficina. Mientras esperaba que arrancara el ordenador, puso en marcha la cafetera. Introdujo su clave personal en el ordenador y examinó el registro. Glenn Granqvist había apagado la alarma el pasado jueves a las 02:33. Se quedó perplejo. ¿Glenn, nada menos? Levantó el teléfono y marcó su número.

Oyó la voz de Robert de Niro en el buzón de voz, pero no dejó ningún mensaje. Seguramente estaba durmiendo aún y necesitaba unos timbrazos más para despertarse. Volvió a llamar, pero colgó tras el sexto timbrazo. ¿Se habría equivocado de número?

Tenía el teléfono de Glenn grabado en su móvil, pero ahora había llamado desde la línea fija del almacén. Esto era un asunto de trabajo, al fin y al cabo; no tenía por qué pagar él la llamada. Marcó una vez más el número, comprobando con cuidado cada dígito. Pero no llegó a marcar el último, sino que se quedó mirando con fijeza la pantalla, que había cobrado vida e iba mostrando las imágenes de una cámara de seguridad tras otra.

En medio de la sección de puertas y ventanas, había una carretilla elevadora bloqueando todo el pasillo. ¿Qué hacía esa carretilla ahí? Esa tenía que estar en el pasillo C. Además, no sabía exactamente de qué se trataba, pero había también algo raro en el ángulo. Se inclinó sobre la pantalla para mirar mejor, pero la imagen pasó a la siguiente cámara.

Ya no recordaba la última vez que había ido corriendo a alguna parte, puesto

que el almacén contaba con patinetes motorizados para trasladarse más deprisa, pero él no mantenía la estabilidad cuando intentaba montar en esos cachivaches y prefería desplazarse a pie. Se lo tomaba como un modo de hacer ejercicio. En ese momento lamentó haberse dado por vencido con tanta facilidad. La sección de puertas y ventanas quedaba en el otro extremo de la nave, y ya empezaba a faltarle el aliento.

Una rata se escabulló con rapidez por el suelo de cemento. Tenían muchas ratas, eso ya lo sabía, pero no solían mostrarse a la vista. Enseguida salió otra de debajo de un palé de placas de yeso y echó a correr en la misma dirección que Gusten. ¿Qué había ocurrido? Se le pasó por la cabeza que pudiera tratarse de una broma de la «cámara indiscreta», pero desechó la idea de inmediato. Esto no era ningún chiste.

El corazón le martilleaba en el pecho; jadeaba como un perro bajo un calor de cuarenta grados. Por fin, dobló la esquina y vio la carretilla elevadora, que, en efecto, estaba en medio del pasillo. Supuso que aquello podía ser obra de un ladrón. ¿Por qué no? Las puertas y las ventanas de triple cristal estaban entre los artículos más caros del almacén.

Llegaron cuatro ratas más desde distintos puntos y desaparecieron por el otro lado de la carretilla. Ahora vio con claridad lo que había entrevisto desde la oficina: la carretilla estaba inclinada hacia atrás, de forma que las ruedas delanteras quedaban elevadas unos quince centímetros del suelo. Las horquillas elevadoras se hallaban bajadas, y también vio que los extremos inferiores estaban aplastando las botas de Glenn. Habría reconocido esas Doc Martens con puntera de acero en cualquier parte. Pero ni siquiera unas Doc Martens podían resistir tanta presión. La cabeza le daba vueltas; estaba más desconcertado que una brújula en el Polo Norte.

En estas, oyó un ruido que lo devolvió a la realidad. Provenía del otro lado de carretilla. Al principio no identificó de qué se trataba. ¿Un chirrido, un gorjeo? Entonces se dio cuenta de que el suelo estaba infestado de ratas que corrían de aquí para allá. Armándose de valor, rodeó el vehículo para echar una ojeada. El

panorama que se encontró habría de atormentarlo el resto de su vida. En el fondo, ya había comprendido que Glenn estaba muerto, pero lo que habían hecho las ratas lo dejó consternado.

26 de noviembre

Cuando nos estábamos duchando en el gimnasio, me han dicho que era gay y que les estaba mirando la polla. No he contestado, pero ellos han seguido hablando y diciendo que yo quería chuparles la polla. He oído cómo se reían en el vestuario, pero a mí me daba miedo salir antes de que se hubieran ido. Luego, al ir a mi taquilla, he visto que mi abrigo había desaparecido. El abrigo casi nuevo que mamá me dijo que era tan caro. Me lo he encontrado en el lavabo. Estaba asqueroso.

He entrado en JC y he cogido uno idéntico. Me he acercado a la caja para pagar y he mirado cómo le quitaban la alarma y lo metían en una bolsa. Ellos estaban esperando el dinero, pero yo he salido corriendo de la tienda sin mirar atrás.

Hace unos días que no voy a la escuela. Mi estúpida profesora de mierda ha llamado esta noche y me ha delatado. Papá no estaba en casa, pero mamá se ha puesto superfuriosa. Yo no sabía qué decir, y no he dicho nada. Me ha preguntado por qué estaba tan callado, pero yo he seguido sin decir nada. Me he vuelto bastante bueno en lo de quedarme callado.

Mamá ha asegurado que la semana que viene me acompañará a la escuela y se quedará durante varias clases. Yo le he dicho que no lo haga y entonces ha sido ella la que no ha dicho nada. Si mamá viene a la escuela, esos tipos pensarán que los he denunciado y me darán una paliza brutal. Estoy seguro.

Esta noche tenemos col rellena para cenar. Yo odio a muerte la col rellena y ella lo sabe. Pero mamá me ha dicho que tenía que comérmelo todo. Luego ha bajado papá y ha empezado a decir a gritos lo importante que es ir a la escuela. ¡Por Dios, los odio con toda mi alma! No entienden nada.

P.D. He puesto mi propio pis en la botella de agua de *Laban*. Al principio se negaba a beberlo, pero luego se lo ha bebido. Qué asquerosidad.

20

La cinta policial ya estaba colocada cuando Fabian Risk llegó a Materiales de Construcción Åstorp. Algunos curiosos, seguramente empleados, se apiñaban en un corrillo observando todo lo que sucedía. Klippan estaba interrogando a Gusten Persson, que aún no se había recuperado de lo que había visto en la sección de puertas y ventanas.

—Al parecer, es el tipo que abre por las mañanas —dijo Molander, que recibió a Fabian y le indicó que pasara por debajo de la cinta.

—¿Y Tuvesson? ¿No debería estar aquí?

—Ha tenido que ir a Malmö.

—¿A Malmö?

—Sí, a un comité de crisis para manejar el conflicto con los daneses. Por lo visto, están muy cabreados porque puenteamos a sus superiores y enviamos a unos agentes allí sin avisarlos.

—Nosotros los llamamos. Pero no respondieron.

—Según ellos, no fue así. —Molander se encogió de hombros y entró en el almacén. Fabian lo siguió entre las estanterías atestadas, que se alzaban hasta el techo, y llegaron al largo pasillo central que recorría toda la nave. El forense se detuvo y señaló hacia el fondo del pasillo:

—Ahí.

La carretilla elevadora se hallaba a unos diez metros de ellos; las ruedas delanteras estaban un poco levantadas. Los ayudantes de Molander, vestidos con mono azul, deambulaban alrededor sacando fotos y recogiendo pruebas. El

cuerpo de Glenn yacía boca arriba. Tenía los pies atrapados bajo las horquillas elevadoras. Fabian dedujo que no quedaba mucho de él, aunque el forense y los ayudantes le tapaban el cuerpo.

—¿Han avanzado mucho?

—Sí, creo que sí, pero llevará su tiempo identificar oficialmente el cadáver.

—Yo lo puedo identificar.

Aunque no había visto fotografías recientes de Glenn, estaba seguro de que no le costaría reconocerlo.

—No lo creo. —Molander le puso una mano en el hombro—. En todo caso, prefiero no tener aquí más gente de la necesaria hasta que Trenzas y mis hombres hayan terminado. Las ratas ya han provocado bastante estropicio por sí solas.

—¿Las ratas?

—En efecto. Pero también han hecho algo útil. Venga, se lo enseñaré. —Fabian se alejó con el forense hacia el otro extremo de la nave.

—A las ratas les atrae la comida, ¿no? Pues nos ha bastado seguir su rastro para encontrar por allí unas golosinas de verdad. —Molander abandonó el pasillo central, avanzó entre dos estanterías y se detuvo en un rincón situado bajo una pequeña ventana sin los cierres ajustados—. Creo que el asesino pasó la noche aquí y, lo más importante, que comió algo.

Fabian examinó atentamente el suelo de hormigón, pero no vio ningún resto de comida.

—¿Es que las ratas se comieron todas las migas?

—Se dejaron algo. —Y le mostró una bolsa de pruebas que contenía un envoltorio de McDonald’s—. Si no me equivoco, esto es un Chili McFeast Deluxe: una auténtica delicia del establecimiento. Solo se vende un día a la semana en algunas sucursales seleccionadas. Con un poco de suerte, es posible que lo comprara en un McDonald’s cercano.

—¡Eh, idiotas! ¡A ver si os dais prisa! —oyeron que decía una voz a través de la radio de Molander. Ambos regresaron hacia la carretilla elevadora.

—¿Qué tal es el forense?

—¿Einar Greide? Parece un *hippie* hibernado que se pasa el día fumando y mirándose el ombligo, pero es uno de los mejores patólogos del país. El hecho de que se haya empeñado en venir antes de que moviéramos el cuerpo ya habla por sí…

Se calló al ver que Greide caminaba hacia ellos. Llevaba la larga melena plateada recogida en dos trenzas y la barba en una sola (con razón lo apodaban «Trenzas»), así como varios amuletos colgados del cuello; los coloridos pantalones de ganchillo que asomaban bajo su bata protectora de plástico le recordaron a Fabian un polo multicolor.

—En fin, es uno de los mejores —le repitió Molander, y se alejó con un ayudante.

—¡Hola! Yo soy Einar Greide. Usted debe de ser Fabian Risk. —El forense le tendió la mano, que tenía al menos un anillo en cada dedo, y estrechó la de Fabian—. Nos espera una tarea excitante —anunció tirando de la trenza de su barba—. Este asesino sabe lo que se hace.

—¿Qué ha encontrado?

—Vamos por partes. Lo primero es lo primero —dijo Greide, pasándole unos protectores para los zapatos y un gorro para el pelo. Risk se calzó los protectores sobre sus Converse, se puso el gorro de plástico y siguió al forense hacia el otro lado de la carretilla, donde yacía el cadáver en posición supina.

Glenn tenía ambos brazos atados a los muslos con correas. Los tobillos desaparecían bajo las horquillas de la carretilla, y no se veía gran cosa de los pies ni de las botas, aparte de un montón de sangre que se había encharcado sobre el suelo de hormigón y se había coagulado. Fabian recorrió el cadáver con la vista, y entonces comprendió por qué Molander no paraba de hablar de las ratas y por qué no creía que él pudiera identificar el cuerpo.

No solo los pies habían desaparecido, sino también la cara. La habían devorado. No quedaba nada: ni los ojos, ni los labios ni la boca. Lo único que quedaba era una carnosa masa roja. Dejando el pelo aparte, únicamente el

prominente cartílago nasal, los pómulos y los dientes indicaban que estaban ante unos restos humanos. Pero el conjunto recordaba tan poco a una cara que apenas resultaba repulsivo.

Fabian se quedó mirándolo, convencido de que se trataba de Glenn. Aunque fuera imposible afirmarlo a ciencia cierta, todos los indicios encajaban: estaban en su lugar de trabajo, él había desaparecido y, además, los pies eran lo que Glenn utilizaba cuando se ensañaba con Claes en compañía de Jörgen.

Einar Greide hizo una seña a sus hombres para que colocaran el cadáver de lado. Luego se agachó y señaló una pequeña herida en la cabeza.

—Como puede ver, recibió un fuerte golpe en la parte posterior del cráneo, lo cual casi siempre implica una enorme cantidad de sangre. —Greide señaló la sangre coagulada en el pelo alrededor de la herida—. Pero si mira en el suelo, bajo la herida, verá que no hay nada de sangre.

—¿O sea que lo golpearon antes?

La mirada del forense se iluminó.

—Es bueno, el nuevo —proclamó ante todo aquel que estuviera escuchando, e indicó a sus ayudantes que metieran el cuerpo en una bolsa para cadáveres—. Venga conmigo. Mi médico dice que no hago suficiente ejercicio.

Lo siguió a través de la nave desierta, por entre las estanterías repletas de sueños de preciosos hogares nuevos.

—Entonces, ¿podría ser que estuviera muerto antes de llegar aquí?

—No, eso solo demuestra que recibió el golpe en la cabeza en un momento anterior —dijo Greide cogiendo un puñado de caramelos del plato que había sobre el mostrador de la sección de pintura—. Pero calculo de forma aproximada que murió hace tres o cuatro días.

—¿Quiere decir el pasado jueves o viernes?

—Sí. Y aunque todavía no esté confirmado de forma categórica, todo indica que la causa de la muerte fue la hemorragia de la cara. —Quitó el envoltorio de un caramelo y se lo metió en la boca—. Probablemente, todavía estaría vivo si las ratas no hubieran mantenido las heridas abiertas.

—¿O sea que debería estarles agradecido?

—Depende de cómo se mire.

—Si damos por supuesto que el asesino quería que muriese, ¿hemos de pensar que las ratas no serían un accidente?

—Necesito más tiempo, pero no me extrañaría que le hubieran embadurnado la cara con alguna sustancia para atraer a las ratas.

—¿Por ejemplo?

—No lo sé. ¿Miel? ¿Pasta de huevas de bacalao? ¿Paté de hígado? Las ratas se comen prácticamente cualquier cosa.

Sonó el teléfono de Fabian. Era Tuvesson:

—Han encontrado a la chica.

21

«¿POR QUÉ? PREGUNTAD A FABBE.»

Fabian estaba en el despacho de Tuvesson, sentado frente a ella, mirando fijamente la nota escrita a mano.

La pregunta estaba más que justificada. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Había metido a una chica inocente en medio de una investigación, exponiéndola a un peligro mortal. Ahora estaba muerta, y el asesino no podría haberlo dejado más claro: Mette Louise Risgaard no formaba parte de su plan.

—Los daneses la han encontrado en el maletero del coche —dijo Tuvesson, haciendo un esfuerzo para reprimir su rabia.

—¿Y la nota?

—La tenía metida en la boca

Él cerró los ojos, sintiendo el peso abrumador de la culpa. La posibilidad que lo había tenido angustiado todo el fin de semana se había vuelto real.

—Fabian, no cabe duda que la investigación ha dado un gran paso adelante. Pero el coste es… injustificable. Los daneses tienen ahora a un agente debatiéndose entre la vida y la muerte, y a una joven asesinada. Y nos están echando la culpa a nosotros, a la policía sueca.

—¿A la policía sueca? La culpa es mía.

—Tiene razón, pero yo defiendo a los miembros de mi equipo. —Lo miró a los ojos—. Incluso cuando emprenden un viajecito en solitario sin mi autorización o sin comunicármelo siquiera. Pero sí, el causante del asesinato de

esa chica es usted, y tendrá que llevar ese peso sobre sus espaldas el resto de su vida.

Él asintió. No tenía más remedio que coincidir con ella. Se planteó si su capacidad para calcular las consecuencias mejoraría algún día.

—Acabo de regresar de Malmö, donde han recibido una queja de los daneses. Bengt-Åke Persson y yo hemos tomado la decisión de aguantar el tipo y defender nuestro modo de actuar. Al fin y al cabo, nosotros intentamos hablar con Sleizner. Y si Morten Steenstrup decidió actuar en solitario, fue por su propia iniciativa, en contra de todas las normas, cosa de la que no podemos responsabilizarnos nosotros.

Risk sabía lo que Tuvesson estaba preparándose para decirle: iba a pedirle la placa y la tarjeta de acceso, y a apartarlo de la investigación, lo que no dejaba de ser razonable. Pero ya era tarde para que él se detuviera. Este no era otro caso más. Se había convertido en un asunto personal. Y la nota lo demostraba… «¿POR QUÉ? PREGUNTAD A FABBE.»

—Debería apartarlo de la investigación y dejar que reanudara sus vacaciones. Pero… —Se interrumpió un momento, como si necesitara pensarlo más tiempo —. Por desgracia, creo que este caso requiere su colaboración. —Se levantó—. Los demás nos están esperando.

Klippan, Molander y Lilja ya estaban reunidos cuando Fabian y Tuvesson entraron en la sala de conferencias. Nadie dijo nada, pero saltaba a la vista que estaban al corriente de que había una tercera víctima, una joven danesa que solo tenía conexión con el caso por mediación de Fabian.

—Ahora que estamos reunidos, quiero empezar diciendo que Fabian seguirá participando en la investigación a pesar de los últimos acontecimientos.

Klippan y Molander asintieron y le lanzaron una sonrisa a Risk. La expresión de Lilja, en cambio, no se modificó.

—¿Irene? ¿Alguna objeción? —inquirió Tuvesson. Ella negó con la cabeza—. Perfecto, porque ahora más que nunca es importante que trabajemos en equipo y nos apoyemos unos a otros. —Miró con fijeza a los presentes uno por uno, salvo a Fabian, aunque estaba más que claro que sus palabras iban dirigidas a él y a nadie más—. De acuerdo, sigamos.

Analizaron los últimos acontecimientos, añadiendo una fotografía de Glenn Granqvist, de adulto, junto a las demás imágenes de los asesinatos y de los dos principales sospechosos: Claes Mällvik y Rune Schmeckel.

—Ingvar, ya sé que todavía no ha terminado su trabajo, pero ¿ha encontrado algo más en la escena del crimen, aparte del envoltorio de McDonald's? —preguntó Tuvesson.

—Pues sí —dijo Molander mostrando una bolsa de pruebas que contenía un grueso rotulador negro—. Por desgracia, está totalmente limpio. Deberíamos interpretarlo como una prueba de que el asesino tiene bastante sentido del humor, o de que considera que sería demasiado oneroso para el medio ambiente imprimir una fotografía para cada víctima. —Sacó el rotulador de la bolsa, se acercó a la pizarra y tachó a Glenn en la foto ampliada de la clase.

Tuvesson suspiró y, negando con la cabeza, dijo:

—Está jugando con nosotros.

—¿Cómo va la cosa con el Peugeot? —preguntó Fabian—. ¿Ya está de camino hacia aquí?

—Eso tardará lo suyo, me temo —contestó Tuvesson—. Conociendo a Sleizner, presiento que demorará el envío todo lo posible para que sea su propio departamento el que resuelva el caso.

—¿Cómo? ¡La investigación es nuestra! —exclamó Klippan.

—A su modo de ver, el caso entra plenamente en su jurisdicción. Una joven ha sido asesinada y hay un policía al borde de la muerte. El *Ekstra Bladet* ya lo ha nombrado héroe de la década, según parece.

—¿De qué década? Porque la de 2010 acaba de comenzar —dijo Molander.

—No perdamos el tiempo, no tenemos todo el día… ¿Cómo va lo de

McDonald’s? —quiso saber Tuvesson.

—Hay ocho sucursales en un radio de veinte kilómetros alrededor de Åstorp —explicó Klippan—. Pero solo seis ofrecen especialidades del día: una en Ängelholm, tres en Helsingborg, una Ödåkra y una en Hyllinge.

—¿Qué día de la semana se vende la Chili McFeast Deluxe? —preguntó Molander.

—Los jueves, lo cual encaja.

—Hemos de recorrer esas sucursales y comprobar si algún empleado reconoce a Mällvik o a Schmeckel. ¿Puede ocuparse usted, Klippan? —dijo Tuvesson.

—Claro.

Tuvesson le pasó un documento a Lilja, y añadió:

—Usted y Fabian pueden encargarse de esto.

—¿Qué es?

—Una orden de registro de la casa de Schmeckel.

—¿Cómo la ha obtenido? —preguntó Klippan—. No tenemos un motivo claro ni ninguna prueba sólida. Lo único que apunta hacia él hasta ahora es su coche.

—Y seguramente lo robaron —dijo Molander.

—Pero ¿por qué no ha denunciado el robo? —planteó Tuvesson.

—Una cosa así no se sostendría ante un tribunal —prosiguió Klippan—. Y si yo conozco a la fiscal jefe Stina Högsell, es justamente lo que ella diría.

—Tiene razón. Pero, por lo visto, su exmarido es danés.

Fabian se sentó en la silla de Hugo Elvin con la sensación de haberse quedado sin ideas. Estaba confuso; todo parecía inconexo en esa investigación. Él había predicho correctamente lo de Glenn y sus pies aplastados. Los indicios apuntaban a Claes Mällvik; si alguien tenía un motivo era él. Pero Mällvik había desaparecido. Lilja no había encontrado ni rastro de él a partir de 1993. Era como si se hubiera volatilizado.

¿Y quién era Rune Schmeckel? ¿Le habían robado el coche realmente mientras estaba de vacaciones?, ¿o acaso tenía alguna conexión con Jörgen y Glenn: una conexión ajena a la clase? Tal vez los asesinatos no tenían nada que ver con la época escolar. ¿Y si la fotografía de la clase no era más que un intento de despistarlos? Fabian se arrellanó en la silla y pensó que cuanto más se esforzaba en averiguar cómo encajaba aquel asunto, más lejos parecía hallarse de la solución.

Decidió tomarse un descanso. Abrió distraídamente el cajón superior de la mesa de Hugo Elvin. Estaba vacío, lo cual lo dejó perplejo. Abrió el siguiente: también vacío, y lo mismo el tercero. El cuarto y último cajón, en cambio, estaba cerrado con llave: señal de que Elvin no quería que nadie fisgara entre sus cosas. Sacó el móvil para llamar a casa.

—Ha llamado a la residencia de los Risk. Matilda al habla.

—Hola, Matilda. Soy papá. Quería saber cómo andan las cosas por ahí.

—Hay un fantasma en el sótano —dijo Matilda, como si fuera un asunto de vida o muerte—. Hemos bajado a buscar los pinceles de mamá y una bombilla se ha fundido. La hemos cambiado y también se ha fundido.

—Seguro que hay un cortocircuito.

—No. Hemos revisado los fusibles y no había nada raro. Mamá dice que de verdad existen los fantasmas.

—Si hay fantasmas, apuesto a que son simpáticos. ¿Está por ahí mamá?

—¡Maaaaami! ¡Es papá! ¡No se cree que haya un fantasma!

—Hola.

Trató de descifrar el tono de Sonja, pero no captó nada. En realidad la llamaba para explicarle que la investigación resultaba exasperante y que, además, tenía la muerte de una joven sobre su conciencia. Necesitaba hablar con alguien para desahogarse. Pero no daba la impresión de que, en ese momento, fuera a ser posible con su mujer.

—Así que habéis encontrado fantasmas en el sótano… ¿Eran simpáticos?

—Ya sé que tú no crees en el mundo sobrenatural. Cambiando de tema: el

sótano es demasiado pequeño.

—¿Qué quieres decir?

—Que es más pequeño de lo que debería. Es como si contara con una habitación más escondida, pero sin puerta para entrar.

—Quizá pertenece a los vecinos, ¿no?

—Es posible. También hemos encontrado un horno. ¿Sabías que había uno?

—No. ¿Qué tipo de horno?

—Uno de leña para hacer pan, de esos que consisten en un agujero abierto directamente en la pared. Es bastante grande. Matilda y yo hemos pensado que sería divertido averiguar si funciona.

—No estoy seguro de que sea buena idea. Quizá me equivoco, pero me suena vagamente que el agente inmobiliario dijo algo así como que la chimenea estaba clausurada.

—Ah, qué lástima.

Fabian conocía el tipo de horno al que Sonja se refería, porque había habido uno en casa de sus abuelos, en Värmland, y era una auténtica maravilla cuando estaba encendido. Hacían pan y *pizza* en aquel horno, y el calor que desprendía calentaba el gran banco de piedra de la sala de estar. Había sido su propio abuelo quien lo había diseñado y construido de esa forma, para que el humo pasara a través del banco antes de escapar por la chimenea. Ese horno era su mayor orgullo.

En una ocasión, mientras jugaba al escondite con su hermana, Fabian había trepado por la boca del horno y se había escondido dentro. Ella no conseguía encontrarlo, y él se quedó allí disfrutando del calorcillo que aún se conservaba del día anterior. Incluso se quedó dormido. Lo encontraron por casualidad una hora más tarde, cuando la abuela estaba a punto de encender el fuego. El chico no había comprendido el riesgo que había corrido hasta que fue adulto.

—Por cierto, ¿has hablado hoy con Theo? —preguntó Sonja.

—No me ha dado tiempo. Hay otra víctima.

—¿De la clase?

—Sí. Glenn Granqvist. El mejor amigo de Jörgen Pålsson.

—¡Ay, Dios mío! ¿Es posible que haya más…?

—Todavía no lo sabemos, Sonja. Por ahora, da la sensación de que el caso podría seguir en cualquier dirección.

—Entiendo —dijo ella, resignada—. Espero que lo resolváis.

—No tenemos otro remedio.

—No, supongo que no. Sé que estás muy liado hoy, pero creo que deberías encontrar un momento para llamar a Theo. Ahora que hay conexión de Internet, se niega a salir de su habitación. Es como si estuviera atornillado ante el ordenador.

—Te prometo que lo intentaré.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuando colgaron, Fabian se preguntó a qué podía deberse el comportamiento de Theodor. Sonja tenía razón: no estaba muy comunicativo últimamente, y la mayor parte del tiempo lo pasaba en su habitación. El día anterior, cuando habían ido a la playa, se había sentado aparte, y luego había practicado el buceo de superficie por su cuenta. Aunque, pensándolo bien, ¿esa no era una actitud totalmente normal en un chico de catorce años? ¿Acaso él no había sentido lo mismo hacia sus padres?

Sonja no estaba acuerdo en absoluto. Creía que Theodor echaba en falta a su padre y que necesitaba un modelo masculino: un padre que llegara a casa antes de las diez de la noche. Fabian sabía que ella tenía razón, pero dudaba de que su ausencia explicara por completo la actitud de Theo. Intuía que el traslado había dado lugar a que se encerrara todavía más en sí mismo.

Marcó el número del móvil de su hijo mientras hojeaba el anuario de la escuela, que se había traído de casa. Examinó una clase tras otra de escolares llenos de granos y con unos peinados estrafalarios, que daban pie a que uno se preguntara a qué clase de experimentos se habían sometido.

—¡Eh! —respondió una voz desganada.

—Hola, Teo. ¿Qué haces?

—Nada. Juego al *Call of Duty*.

Eso era lo único que parecía hacer últimamente. Se pasaba horas maniobrando en torno a ciudades bombardeadas y dando caza a otros soldados. Fabian estaba convencido de que la mayoría de los chicos eran capaces de distinguir entre la vida real y los videojuegos, pero su hijo pasaba demasiado tiempo ante la pantalla, cosa que encontraba un poco preocupante.

—Escucha, ya sé que es un poco duro haber tenido que dejar a tus amigos en Estocolmo, pero te garantizo que cuando empieces la escuela en agosto…

—¿Te ha dicho mamá que llamaras?

—No, pero sí me ha dicho que estás todo el día encerrado en tu habitación y que no quieres hacer nada.

—Tampoco es que haya mucho que hacer.

—¡Claro que sí! Helsingborg no es un pueblo de mala muerte, con un único puesto de perritos calientes en una plaza desierta.

—¿Y tú qué me propones que haga?

Se dio cuenta de que no tenía la menor idea de qué podía hacer su hijo adolescente para divertirse en Helsingborg. La ciudad había cambiado mucho desde sus años de juventud, había mudado la piel y dejado de ser una ciudad sueca cualquiera para convertirse en un centro turístico con un puerto precioso, un paseo marítimo y un montón de cafés. Pero Theodor apenas sentía interés por los cafés o los paseos marítimos. Y además, Fabian tenía sus dudas de si no seguiría todavía disgustado porque él y Sonja no le habían dado permiso para ir al Sweden Rock Festival.

—¿Por qué no salimos tú y yo esta noche? Nosotros dos solos. —Nada más decirlo, Fabian tuvo la sensación de haberse lanzado desde un acantilado sin paracaídas.

—¿Para hacer… qué?

—Podemos ir a cenar y luego al cine, ¿no? O mirar si hay algún concierto interesante…

—Ya lo he mirado. Él único sitio por aquí cerca donde organizan conciertos es Sofiero.

—¿Quién toca allí?

—Nadie, en realidad. The Ark, Kent, Robyn… gente así.

—Podríamos ir a ver a Kent. Ellos también tienen canciones un poco más *hard*. —Fabian notó lo increíblemente ridículo que sonaba y se mordió la lengua.

Lilja entró en la oficina en ese momento y le indicó con un gesto que la siguiera.

—Oye, ahora tengo que dejarte. Piénsatelo. Hablamos luego.

—Claro —fue lo único que Theo acertó a decir.

Fabian colgó.

22

El cilindro de la cerradura estaba equipado con un mecanismo de acero templado para dificultar los robos y, además, contaba con pines de resorte revestidos con cromo extraduro. En conjunto, aquella no era una cerradura Chubb vulgar y corriente, sino que proporcionaba un alto nivel de seguridad. Para abrir la puerta, la llave debía alzar los pines a la altura adecuada y girarlos en la dirección correcta. Como ellos no tenían la llave, el cerrajero estaba empleando un taladro de diamante de seis milímetros, refrigerado con agua, para seccionar cada uno de los pines con una precisión de una centésima de milímetro.

Al cabo de unos minutos, retiró la broca del cilindro, introdujo un gancho en el orificio, lo giró y abrió la puerta. Fabian y Lilja accedieron a un diminuto vestíbulo. En el suelo había un montón de cartas, folletos y revistas. El ejemplar de julio de *National Geographic*, en cuya portada aparecía un cráneo desportillado y el titular «La mujer de cuatro millones de años», estaba en lo alto del montón.

La planta baja era diáfana, con el salón a la derecha y la cocina a la izquierda. Una escalera situada frente a ellos llevaba al primer piso. La casa se hallaba en la parte vieja de Lund y databa del siglo XVIII, pero había sido reformada exhaustivamente para darle un aire nuevo y moderno.

Cuando examinaba por primera vez la casa de una víctima —o de un sospechoso, en este caso—, Fabian prefería estar solo. Quería escuchar la vibración de las habitaciones, en lugar de la voz de otra persona. Quería evitar

que se le pasara por alto algún indicio importante para avanzar en la investigación. A veces el detalle más ínfimo podía ser la pieza que faltaba del rompecabezas para poder contemplar el conjunto del caso.

Lilja parecía sentir exactamente lo mismo. Sin decir una palabra, desapareció por la escalera hacia el piso superior.

Fabian sabía muy bien que no tenían ninguna prueba, como Klippan había señalado, de que Rune Schmeckel fuera el asesino. Y ahora que estaba en medio del salón de su casa, sintió la comezón de una duda insistente… Había algo que no encajaba. ¿Quién era de verdad Rune Schmeckel?

El salón estaba escasamente amueblado: un sofá *vintage* Newport de color marrón claro, un sillón Bruno Mathsson muy usado y una otomana junto a la ventana. No había ningún televisor a la vista, aunque sí un equipo estéreo Bang & Olufsen. En las paredes había varias fotografías en blanco y negro enmarcadas de unas colinas ondulantes y una ciudad antigua con muchas casitas apiñadas. Fabian pensó que debían de haberlas hecho en España, Italia o Portugal; no lo sabía con exactitud, pero desde luego no eran de Suecia ni de Dinamarca. En los alféizares no había flores; tampoco se veía ni rastro de una mascota. Dejando aparte una fina capa de polvo, el salón tenía un aspecto limpio y ordenado; todo parecía en su sitio. ¿Acaso tenía planeada Schmeckel su desaparición, o simplemente era una persona pulcra que limpiaba antes de irse de vacaciones?

Se acercó al estéreo de la pared y lo puso en marcha. Empezó a girar un CD y enseguida sonó una música clásica por los pequeños altavoces. Risk apenas tenía conocimientos de esa clase de música: cada vez que lo intentaba, llegaba a la conclusión de que aquello no era para él, igual que el golf, la caza o los vinos añejos. Encontró una funda de CD sobre el estéreo y se enteró de que se trataba de la *Sinfonía fantástica* de Berlioz. Se sentó con cuidado en el sillón Bruno Mathsson, se reclinó y percibió un sonido bajo y profundo que no podía proceder de los altavoces tipo satélite. Miró en derredor y descubrió que había un gran altavoz de graves detrás del sofá.

Fabian se había gastado a lo largo de los años una espantosa cantidad de

dinero en sus estéreos. Había provocado incluso que Sonja se echara a llorar una vez, cuando le enseñó los nuevos altavoces: un par de Bowers & Wilkins 802 Diamond. Poco después, él mismo reconoció que no eran los bafles más bonitos del mundo, aunque sonasen de maravilla.

Puso los pies en la otomana y cerró los ojos. Así era como había que escuchar la música clásica: sentado en un cómodo sillón, con un buen estéreo y, por encima de todo, en completa soledad. Al abrir de nuevo los ojos, se dio cuenta de lo aislado que parecía estar el salón. Schmeckel, probablemente, no tenía amigos ni parientes, y pasaba el tiempo leyendo, escuchando música y cultivándose.

Se levantó y se acercó a la pared de enfrente, cubierta con una librería empotrada cuyos siete u ocho estantes iban desde el suelo hasta el techo. Una parte dedicada a los CD —ópera y clásica, sobre todo, y algo de jazz—, pero los libros ocupaban la mayor parte de las estanterías. Schmeckel era a todas luces un gran lector. Las obras de literatura llenaban dos estantes; los libros restantes eran ensayos divididos en subcategorías como «Medicina», «Autodefensa y Artes marciales» o «Física y Biología», todos meticulosamente rotulados. Se fijó en una serie de títulos de la sección de Psicología: *No quiero morir, simplemente no quiero vivir*; *No fue culpa mía: el arte de asumir la responsabilidad*; *Delito y perdón* y *El control de la ira: manual de tratamiento completo*.

Al principio, cuando había entrado en la casa, había pensado que Schmeckel era una persona solitaria, pero dotada de una cierta armonía personal, un hombre que disfrutaba de las cosas buenas de la vida. Pero ahora, a medida que examinaba las estanterías, se le estaba formando una imagen completamente distinta: la de una persona de baja autoestima, tal vez una víctima de acoso escolar.

Cogió un álbum de fotos y lo abrió. Las primeras páginas estaban llenas de fotografías de un viaje a un país del sur de Europa; también había imágenes de una fiesta de Halloween en el hospital Lund. En una de ellas, Schmeckel aparecía vestido como un carnicero ensangrentado, masticando un dedo

arrancado que parecía de mazapán. Fabian dudaba mucho que a él le hubiera gustado que esa foto llegase a ser de dominio público, teniendo en cuenta el escándalo de los clips quirúrgicos olvidados. Hojeó el álbum, pero estaba vacío.

El problema con las nuevas tecnologías era que ya nadie revelaba sus fotos; todas quedaban almacenadas en un disco duro. Lo único que solía uno encontrar ahora eran álbumes de fotografías muy antiguas con rótulos escritos a mano.

Y entonces cayó en la cuenta… Mientras recorría el salón con la vista, advirtió que allí no había absolutamente nada de la infancia o de la adolescencia de Schmeckel: ningún disco nostálgico de KISS o The Who, o, como en su propio caso, de Duran Duran. Únicamente había discos de música «adulta», propios de una persona madura y de buen gusto. Lo mismo cabía decir de la librería: no había ningún libro como *La guía del autostopista galáctico* o como *El diario secreto de Adrian Mole*. Era como si toda la juventud de Schmeckel hubiera sido borrada; como si nunca hubiera existido.

Salió del salón y se dirigió a la cocina. Había un refrigerador lleno de botellas de vino francés clasificadas por regiones y añadas. Rune era un pedante redomado, no cabía duda. Abrió la puerta de acero inoxidable de la nevera para ver qué había dentro. El hedor lo pilló desprevenido, y le provocó una arcada. Se esperaba una nevera limpia y vacía, pero era exactamente lo contrario. Además de verduras podridas y leche cortada, había medio cangrejo en un plato. Un cangrejo que parecía capaz de matar a alguien, pese a estar él mismo difunto. A juzgar por lo que había visto hasta ahora, dejar un cangrejo en la nevera para que se acabara pudriendo no era el estilo de Schmeckel. O dicho de otro modo: saltaba a la vista que no tenía planeado moverse de casa.

Siguió examinando la cocina en busca de más indicios, dudando todavía de si la comida podrida significaba algo o era una pista falsa, dejada allí con toda intención. No había nada fuera de lo normal en los armarios, la despensa o el congelador. Por último registró los cajones. El primero contenía la cubertería; el segundo, utensilios de cocina, y el tercero estaba lleno de esos cachivaches que se guardan porque no se sabe qué hacer con ellos: bolígrafos, monedas obsoletas,

gomas elásticas, un rollo de cinta adhesiva, un bloc de notas en blanco y unas cuantas llaves, una de las cuales parecía de un coche. La cogió y la examinó. En el mango estaba grabado el rótulo de PEUGEOT.

Se le ocurrió una idea y decidió guardársela en el bolsillo.

23

Las frías paredes de acero le oprimían la parte izquierda del cuerpo, y por el otro lado no tenía mucho margen tampoco, apenas tres o cuatro centímetros. Se hallaba tendida en ese espacio demasiado angosto, donde reinaba la oscuridad y el frío: un frío de veintidós grados bajo cero, para ser exactos. Incluso si alguien encendiera una luz, el ambiente no se iluminaría. Pero aunque yacía boca arriba en un espacio gélido y oscuro, ella no notaba en absoluto el frío.

Dunja Hougaard no soportaba que la gente llegara tarde. Pensaba que era la máxima falta de respeto hacerles perder el tiempo a los demás, como si no fuera tan valioso como el de uno mismo. Puesto que Oscar Pedersen se retrasaba como siempre, tomó la iniciativa y abrió el contenedor, con el rótulo METTE LOUISE RISGAARD, de la pared repleta de cámaras frigoríficas. Miró a la joven desnuda, de pelo oscuro, que se le desparramaba alrededor de la cabeza como un abanico. Era muy guapa, y dejando aparte el *piercing* del labio y el rombo tatuado en el hombro derecho, en cierto modo parecía intacta. La vida no la había desgastado todavía ni le había dejado sus huellas; la muerte se le había anticipado. Mette Louise parecía tan viva… Era como si estuviera profundamente dormida. «Qué desperdicio», pensó Dunja. No acertaba a comprender cómo la policía sueca no se había puesto en contacto con ellos, que eran sus colegas al fin y al cabo. Tenían que haber sido conscientes de que un asesino peligroso podía presentarse en la gasolinera.

Se abrió la puerta que había detrás de ella, y entró Oscar Pedersen con su habitual sonrisita de superioridad: una sonrisita que indicaba que le tenía sin cuidado su retraso.

—Hola, preciosa. Ya suponía que no serías capaz de mantener las manos quietas. ¿Has visto algo?

—Ahora no se trata de mis opiniones. Quiero oír las tuyas.

—Qué desperdicio tan terrible. Era una chica diez, ¿no te parece? Piensa en todo el placer que podría haber sembrado alrededor —añadió y, riéndose de su propio chiste, bajó los laterales del contenedor.

A Dunja nunca le había gustado Oscar. Y estaba segura de que se había convertido en forense por los motivos menos adecuados. En cuanto llegaba a su mesa una víctima femenina, sobre todo si era una chica joven, se ponía de un humor excelente. Por desgracia, era uno de los mejores patólogos de Dinamarca, y nunca en sus casi treinta años de ejercicio se le había escapado un indicio importante o había dejado de identificar la causa de una muerte.

—Este criminal sabe cómo matar, no cabe duda. Mira. —Inclinó la cabeza de la víctima hacia atrás para dejar el cuello a la vista, y luego la giró a uno y otro lado—. ¿Lo ves?

Dunja asintió. Había dos pequeños morados en la garganta, uno a cada lado.

—La estranguló con la llamada presa de pinza, que solo requiere el pulgar y el índice. Fíjate —dijo imitando la técnica con sus propios dedos—. Es uno de los métodos más eficaces para estrangular a una persona. —Dunja tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder frente a aquella mano con aspecto de garra—. Es mucho mejor que apretar el cuello completo, como hacen los aficionados, porque eso requiere la intervención de ambas manos y al menos quince minutos para que muera la víctima. Nos ahorraríamos mucho sufrimiento en este mundo si la gente se informara tan bien como este tipo.

Dunja no sabía si Pedersen bromeaba, pero decidió tomárselo en serio.

—¿Quieres decir que el criminal podría estar entrenado en técnicas letales?

—Quizá, pero basta con un conocimiento básico de anatomía y con un

carácter despiadado.

ϒ

Dunja entró en el ascensor y pulsó el botón verde. Notó cómo subía y, de inmediato, le resultó más fácil respirar. Nunca le había gustado estar bajo tierra, y no acababa de comprender por qué las morgues tenían que instalarse siempre en un sótano. A los muertos les daba lo mismo, pero trasladar la morgue a una planta superior sin duda mejoraría las vidas de sus empleados. No soportaba pasar más de treinta minutos seguidos allá abajo.

Le habría gustado subir unas plantas más y charlar con Morten Steenstrup, pero este seguía inconsciente. Los médicos no se atrevían a hacer un pronóstico por el momento. Cabía mantener la esperanza: ya no solo por el agente, sino por la marcha de la investigación. Morten constituía para Dunja la única posibilidad de comprender lo que había sucedido en la gasolinera de Lellinge.

Pasó junto a la tienda del Rigshospitalet y vio la cara de Steenstrup en todos los anuncios de prensa. Se había convertido en un gran héroe a lo largo del fin de semana: el modesto agente de Køge que se había negado a darse por vencido y había seguido luchando aun estando solo y malherido. Dunja pensaba que su actuación constituía una estupidez apoteósica: iba contra todo lo aprendido en la academia de policía, y también contra el sentido común. Pero la gente quería un héroe, y el hecho de que estuviera debatiéndose entre la vida y la muerte no representaba un inconveniente en ese sentido. «Quizá la noticia habría sido más sonada si hubiera sido un bebé de hipopótamo el que estuviera al borde de la muerte», pensó mientras cruzaba la entrada principal del hospital.

Bajaba en bicicleta por Ravnsborggade, dejando atrás el Nørrebro Teater, y mientras giraba a la izquierda para enfilar Nørrebrograde, sonó su móvil. Respondió sin detenerse.

—Creo que estaba buscándome. —Era Kjeld Richter, su técnico forense.

—Sí. ¿Cómo va con el Peugeot?

—Seguro que va todo bien. El coche ya debería haber llegado a la comisaría, y me he puesto en contacto con Peugeot para encargar una llave. Aunque, en plenas vacaciones, al menos tardará en llegar dos semanas.

—¿Todavía no ha empezado a examinarlo?

—¿Y cuándo iba a hacerlo? Todavía sigo en Lellinge. ¿Ha estado alguna vez aquí? Es un pueblucho de mala muerte. No he podido trabajar durante el fin de semana porque Agnes y Malte están con un virus gastrointestinal, y Sofie necesitaba ayuda.

—Vale, ya lo entiendo. —Dunja dio gracias al cielo por no tener ningún hijo mientras pedaleaba por el puente Dronning Louise, tendido sobre los lagos. La gente se empeñaba en utilizarlo para hacer *footing*, pese a que cruzarlo una sola vez equivalía a fumarse medio paquete de cigarrillos a causa de los humos que expelían los tubos de escape—. ¿No deberíamos enviar el Peugeot a los suecos si nosotros no tenemos tiempo para inspeccionarlo? Me han dicho que se mueren de impaciencia por tenerlo en su poder.

—Le propuse la misma idea a Sleizner, pero mientras no esté resuelto el conflicto con los suecos, no les vamos a pasar nada. Ya sabe cómo se pone cuando está de malas pulgas.

Dunja lo sabía de sobra. Si te las arreglabas para tener a Sleizner en contra, más te valía emigrar. No había nadie tan testarudo. Era como un tejón furioso que se niega a soltar su presa hasta que suena un crujido de huesos. Ya mientras estudiaba en la academia, había oído historias sobre él, pero entonces había creído que eran cuentos. Desde que era su jefe, sabía hasta qué punto eran verídicas.

—No podemos tenerlo ahí dos semanas sin tocarlo. Sería mejor permitir que los suecos vinieran a examinarlo.

—Yo no me voy a meter en ese berenjenal. Si a usted le apetece sacar a Sleizner de sus casillas, adelante. Pero no cuente con mi ayuda cuando empiece a salpicar la mierda.

Al concluir la llamada, Dunja estaba aún de peor humor, si cabía. Se preguntó

si habría alguna razón para no cooperar con los suecos, además de la terca personalidad de Sleizner. Mientras seguía pedaleando por Kultorvet, decidió contactar con la policía sueca de Helsingborg en cuanto llegara a la comisaría. Seguro que en ese departamento policial habría alguien en una situación parecida a la suya.

24

—¿Ha encontrado algo interesante? —preguntó Fabian Risk al entrar en el dormitorio de arriba. Irene Lilja estaba de pie tras una cama doble, examinando los libros apilados sobre la mesilla. Había otro estéreo Bang & Olufsen, y más fotografías ampliadas del mismo paisaje que decoraba el salón.

—No lo sé. —Irene alzó las manos—. Para ser sincera, no acabo de captar a este tipo. Por una parte, parece… ¿cómo decirlo?, tremendamente centrado y equilibrado. Tiene buen gusto, es un hombre leído y tan meticuloso que bordea lo patológico.

Fabian asintió. Lilja había tenido la misma confusa sensación que él.

—Pero después te encuentras cosas como esta y te desmonta toda tu evaluación. —Le pasó un cuaderno azul con un título escrito a mano: MI DIARIO DURMIENTE.

—¿«Diario durmiente»?, ¿qué es eso?

—Ábralo y verá.

Fabian abrió el cuaderno. Estaba repleto de entradas escritas a mano. No quedaba ni una página libre. En cada una, en la esquina superior derecha, figuraba la fecha y la hora. Leyó un pasaje en voz alta:

—«Veinte de mayo de 1994, a las tres y doce minutos de la madrugada. Corría tanto como podía, pero aun así avanzaba a cámara lenta. Ellos estaban cada vez más cerca: lobos con colmillos afilados como cuchillas. He llegado al ascensor y he pulsado el botón, pero no ha pasado nada. Le he dado un golpe con todas mis fuerzas. Las puertas se han abierto, pero demasiado despacio. Ellos me han

alcanzado. Yo no he hecho nada. Quería resistirme, pero no podía. Era como si estuviera paralizado. Me he quedado allí, aguantando. Quería escupirles en la cara, pero no me atrevía. El más pequeño, que tenía quizá ocho años, se ha acercado y me ha empujado. Yo estaba completamente desprevenido, he perdido el equilibrio y me he caído por el precipicio…» —Fabian se detuvo y levantó la vista—. ¿O sea que es un diario de sueños?

Lilja asintió, volvió a coger el cuaderno y pasó las páginas hasta el final.

—Escuche esta entrada del doce de septiembre de 2001, a las cinco y treinta y ocho minutos de la madrugada. «Él estaba tendido en el suelo. Le he atizado golpes y patadas hasta que mis Nike blancas se han quedado rojas, y he continuado hasta que su cara ya no parecía una cara». —Lilja lo miró—. Ya lo ha oído. No está bien de la cabeza, no cabe duda.

Él asintió y le habló de los libros de autoayuda que había encontrado en el salón. Acordaron que Molander se encargara de registrar la casa entera para buscar algún indicio que a ellos se les pudiera haber escapado. Mientras recorría el pasillo del primer piso, Fabian se detuvo de golpe.

—¿Ha visto el desván? —le preguntó a Lilja.

—No. No parece que haya ninguno. He mirado todas las habitaciones.

—Ya. Pero ¿para qué necesita entonces una vara como esta? —Y cogió una delgada vara de acero colgada del marco de una puerta. Estaba pintada de blanco y tenía un gancho en un extremo.

Lilja no supo qué responder y Fabian recorrió el piso inspeccionando el techo. Ella tenía razón: no parecía haber una trampilla de desván en ninguna habitación. Risk no encontró lo que andaba buscando hasta que se subió a una silla y examinó la lámpara del techo, que parecía un paraguas del revés. Usó la vara de acero para bajarla y se desplegó una empinada escalera.

Treparon los dos y accedieron a un oscuro desván con un techo tan bajo que debían andar agachados. En cuanto Lilja pulsó el interruptor, él comprendió que su impresión inicial acerca de Schmeckel estaba muy desencaminada. El desván venía a ser un estudio de pintura como el que Sonja tenía en su casa, aunque

mucho más reducido y sin claraboyas. Los pinceles estaban limpios y colocados en varios tarros con las cerdas hacia arriba. Los tubos de pintura se hallaban ordenados por colores. El lugar, en definitiva, difería totalmente del caos artístico del estudio de Sonja.

—Cielos, mire lo que he encontrado. —Lilja cogió uno de los lienzos y lo colocó en un caballete.

Aunque se trataba de una pintura abstracta, con gruesas pinceladas de colores vistosos, no les costó identificar la cabeza machacada de un ser humano. Sonja sin duda habría afirmado que Schmeckel tenía talento y que el cuadro era interesante. Fabian lo encontró repulsivo. La cabeza, separada de los hombros, flotaba sobre un fondo blanco. Los tendones y los vasos sanguíneos colgaban del cuello cercenado. La nariz estaba totalmente aplastada y la piel de la mitad izquierda de la cara había sido arrancada en gran parte, dejando a la vista los músculos, los huesos y una parte de la cuenca del ojo.

—Usted dirá lo que quiera, pero este tipo tiene un don.

Lilja alzó algunos lienzos más. Todos mostraban partes corporales machacadas y destrozadas. En uno de los cuadros aparecían dos pies seccionados junto a un hacha ensangrentada; en otro, un torso con unas veinte cuchilladas, y con el cuchillo todavía hincado en la carne con una torsión de noventa grados.

—No sé lo que pensará usted, pero yo creo que estos impulsos creativos encajan con el tipo de hombre que estamos buscando —añadió Lilja, tras una pausa.

—¿Cómo sabemos que es la misma persona?

—¿Qué quiere decir?

—No estoy del todo seguro. El hombre que vive abajo parece la viva imagen de la armonía, pero la casa resulta tan aséptica y tan desprovista de elementos personales que es inevitable preguntarse cómo es en el fondo ese individuo. Pero subimos al desván y nos encontramos con una personalidad tan pronunciada que casi parece la de otro hombre.

—¿Podría ser que tuviera un inquilino? ¿Alguien que utilizara también su

coche?

—Pero hay un único dormitorio, ¿no?

Lilja asintió.

Se quedaron los dos callados y examinaron el desván cada uno por su lado. Ambos necesitaban tiempo para pensar y encontrarle un sentido a todo aquello. Husmearon entre los tubos de pintura, los caballetes y los extraños lienzos. Detrás de los tarros de los pinceles, había una caja metálica pintada de azul, con las aristas desconchadas. Fabian la cogió con cuidado y la abrió. Contenía unas cincuenta fotos Polaroid. En cuanto vio la cara hinchada y magullada comprendió cómo encajaban todas las piezas del rompecabezas.

16 de diciembre

Ayer fui al hospital.

Ellos me estaban esperando en el patio de nuestro edificio. Eché a correr, pero me atraparon y me arrastraron al parque infantil. Intenté protegerme, pero me caí al suelo y ellos siguieron dándome patadas. Al principio me dolía un montón. Luego ya no sentí nada. Era como si hubiese dejado de importarme. Oí cómo se reían y cómo se enseñaban el uno al otro distintos tipos de patadas. Apareció un hombre y les gritó. Ellos salieron corriendo.

Intenté levantarme, pero no pude. Todo me daba vueltas. El hombre me ayudó y me preguntó cómo me llamaba. Me dijo que me sangraba la cabeza y que debía ir al hospital. Yo no le dije mi nombre, aunque él no paraba de preguntármelo. Al final se marchó y conseguí volver a casa, aunque estaba herido y tardé mucho rato.

Mamá se puso a llorar cuando llegué. Yo solo la había visto llorar otra vez, cuando estaba peleándose con papá. Pero no lloraba así. Le dije que me había metido en una pelea y que la culpa era mía. Ella me preguntó si me había peleado con alguien de la clase. Yo dije que eran unos chicos que no había visto nunca. Me parece que me creyó.

Lo bueno es que tengo dos costillas rotas, conmoción y un par de cortes profundos, ¡así que puedo quedarme en casa hasta las vacaciones de Navidad!

P.D. Cuando llegué a casa, *Laban* estaba tumbado en su jaula, como si durmiera, pero no estaba dormido. Lo pinché con una aguja para que se levantara. Primero chilló y trató de escapar, pero yo lo sujeté con mucha fuerza. Luego se puso a correr por la jaula como si lo persiguieran. Fue superdivertido.

25

—¿Está seguro? —Tuvesson observó las Polaroid de la cara machacada que estaban esparcidas sobre la mesa.

—Sí —dijo Fabian con convicción. Se había dado cuenta nada más ver las fotografías en el desván de Lund: Claes Mällvik y Rune Schmeckel eran la misma persona—. Tenemos un motivo claro y un vínculo con el coche y con los asesinatos de Jörgen y Glenn. No sé cómo no se me ha ocurrido antes.

Estaban los dos solos. Tuvesson pensaba informar a los demás en cuanto hubieran terminado de repasar los detalles.

—¿Por qué decidió Claes Mällvik cambiar de nombre? —dijo Tuvesson alzando la vista y mirando a Fabian a los ojos.

—Yo deduzco que para escapar de sus torturadores de una vez por todas, para no tener que volver a pasar por ese suplicio. Según los archivos, en 1993 fue ingresado en el hospital Helsingborg más muerto que vivo. Hicieron falta treinta y seis intervenciones para salvarlo. Y eso sin contar las operaciones de cirugía estética.

—Cuando dice sus «torturadores» supongo que se refiere a Jörgen y Glenn, ¿no?

Él asintió y se acercó a las dos fotografías que había en la pizarra de Claes Mällvik y Rune Schmeckel. Ahora veía que eran la misma persona. Desde luego, Schmeckel se había sometido a cirugía estética y parecía diferente a primera vista, pero una vez que lo sabías, el parecido no se te podía escapar.

—¿Ni siquiera presentó una denuncia a la policía? —preguntó Tuvesson.

—No. En vez de acudir a las autoridades, se ocultó y cambió de identidad para poder ejecutar su plan de venganza con tranquilidad.

—Es un motivo sólido, ciertamente —dijo Tuvesson—. Pero ¿ya ha terminado? ¿O puede haber otros compañeros de clase en peligro?

—¿Me está preguntando si hubo otros que lo acosaran?

Ella asintió. Fabian reflexionó mirando la foto ampliada de la clase, donde Jörgen y Glenn estaban tachados. Él nunca había atacado a Claes, aparte de mirar para otro lado y fingir que no pasaba nada. Le dijo a su jefa que no recordaba que nadie más lo hubiera maltratado.

Tuvesson contempló la vista de Helsingborg por el enorme ventanal, y anunció:

—Voy a convocar una rueda de prensa. Emitiremos una orden de busca y captura del sospechoso.

Fabian se sentó a la mesa de Elvin con su anuario del último curso escolar y repasó por enésima vez las viejas fotografías de clase para asegurarse de que no se le había pasado nada por alto. ¿Realmente Jörgen y Glenn eran los únicos que habían acosado a Claes? La clase entera, para no hablar de los profesores, eran en parte culpables por haber permitido que aquello continuara.

Su mirada se detuvo en Lina en una de las fotos. Aún no la había llamado y, seguramente, no pensaba hacerlo. Recordó la época en la que ambos vivían en la calle Dalhemsvägen: él en el 143C y ella en el 141B, el apartamento que quedaba justo al otro lado del patio.

Evocó la primera vez que la había visto. Era el verano antes de empezar el primer curso. Él estaba en el aparcamiento con su simulador de tenis, tratando de hacer botar la pelota sobre la raqueta el máximo número de veces posible. No había advertido la presencia de Lina, que estaba sentada en el bordillo observándolo, y le pareció como una visión: largas trenzas rubias, falda verde y calcetines hasta las rodillas. Incluso llevaba una raqueta de tenis.

Ninguno de los dos dijo nada. Él procuró no mirar; quería actuar como si no se hubiera dado cuenta de que estaba ahí. No se le ocurrió invitarla a jugar. Sus intentos de alcanzar un récord parecían repentinamente triviales; lo único que quería era darle a la pelota con todas sus fuerzas para alardear.

Le asestó un golpe con la raqueta, pero la cinta de goma azul, que ya tenía atada por varios puntos, se rompió del todo y la pelota describió un gran arco y fue a aterrizar muy lejos en la calle. Los dos se quedaron quietos unos momentos, sin decir una palabra. Él todavía recordaba lo tonto que se había sentido, ahí plantado y completamente mudo. Seguía fingiendo que ella no estaba ahí, y no sabía cómo salir de la situación.

—¿Quieres que te ayude a buscar la pelota? —le dijo la niña.

Fabian recordaba la frase palabra por palabra, como si fuera una serie de números de la lotería que lo habían hecho millonario. Ya estaba roto el hielo.

—No. Iba a comprarme otra nueva, de todos modos —repuso, dándole la espalda a ella y al simulador de tenis, y se alejó. Esperó varias horas para volver a salir a hurtadillas y buscar la pelota, pero ya había desaparecido.

El timbre del teléfono lo sobresaltó. Dio un respingo y volcó sin querer el vaso de agua, lo que provocó una pequeña inundación sobre la mesa. Mientras respondía, se apresuró a apartar el anuario y los montones de documentos.

—Risk al habla.

Sonó una voz hablando en danés.

—Me llamo Dunja Hougaard, de la brigada criminal de la policía de Copenhague. Llamo por el asesinato de Mette Louise Risgaard y por el intento de asesinato de Morten Steenstrup. Tengo entendido que los dos estamos buscando al mismo tipo.

—Gracias por llamar, Dunja, pero me parece que sería mejor que hablara con mi jefa, Astrid Tuvesson.

—Es justamente lo que pretendo evitar.

Fabian ya había salvado la mayor parte de sus papeles de la inundación, que ahora se estaba convirtiendo en una pequeña cascada por el borde de la mesa.

—¿Por qué? —dijo mientras se ponía a gatas para rescatar el ejemplar del día del *Helsingborgs Dagblad*.

—No me pregunte por qué, pero mi jefe, Kim Sleizner, ha dado órdenes muy claras a mi unidad para que no contactemos con ninguno de ustedes.

—O sea que esto es una conversación informal. —Risk observó cómo se oscurecía la imagen de la carretilla inclinada de Materiales de Construcción Åstorp a medida que la humedad se extendía por la portada del periódico.

—Exacto. Tenía la esperanza de que pudiéramos ayudarnos mutuamente.

—¿Cómo va la cosa con el coche? ¿Han encontrado algo dentro? —Ya iba a levantarse otra vez cuando reparó en una llave pegada con cinta adhesiva a la cara inferior del escritorio.

—Preferiría no hablarlo por teléfono. Lo mejor sería que pudiéramos vernos.

—Tengo que pensarlo. Volveré a llamarla.

—Claro. Ya sabe dónde encontrarme.

Fabian colgó y reflexionó en lo que Dunja le había dicho. Debía considerar muy bien las consecuencias de puentear otra vez a Tuvesson. Ella le había concedido una segunda oportunidad y le había dejado bien claro que era la última.

Aflojó con cuidado la cinta adhesiva, cogió la llave y la sopesó en la mano. Se puso de pie, comprobó que no había nadie mirando e introdujo la llave en la cerradura del cajón que no había podido abrir la otra vez. La llave entró con toda facilidad. Volvió a mirar alrededor y abrió el cajón con cautela. Estaba lleno hasta los topes.

Encima del montón, había un calendario y una caja de lápices. Levantó la caja para ver qué había debajo y le sorprendió lo mucho que pesaba. Dudó de si debía ceder a la curiosidad y proceder a abrirla, pero desechó la idea. Volvió a cerrar el cajón con la llave y la pegó de nuevo con cinta adhesiva en el mismo punto bajo el escritorio.

26

Sonaban los disparos de las cámaras, se iban ocupando las sillas y todos los micrófonos apuntaban a Astrid Tuvesson, que estaba sentada junto a la fiscal jefe, Stina Högsell, tras una mesa cubierta con un paño e instalada sobre un estrado. Fabian, apoyado contra la pared en el otro extremo de la sala, observaba con asombro cómo mejoraba el aspecto de una mujer simplemente con una blusa blanca recién planchada, un toque de pintalabios, un cepillado rápido del pelo y una aplicación de polvos para disimular las ojeras. Pocos hombres podían lograr un cambio tan rápido y radical.

—¡Calma! Hay sitio para todos —gritó un guardia de seguridad, aunque la sala ya estaba a reventar. Habían acudido a la rueda de prensa periodistas y fotógrafos de toda Suecia; incluso había algunos de los países vecinos. Las cadenas nacionales de televisión, TV4 y SVT, estaban también allí, así como la DR y la TV2 de Dinamarca, y la NRK de Noruega. Fabian entendía el enorme interés que había suscitado el caso. Era espectacular, no podía negarse: un crimen tan ingeniosamente planeado que no tenía parangón.

—Quiero empezar dándoles a todos la bienvenida —gritó Tuvesson imponiéndose al murmullo de voces, que enseguida se apaciguó—. Para quienes no me conocen, me llamó Astrid Tuvesson y estoy al mando de la brigada criminal de Helsingborg. Me acompaña la fiscal jefe Stina Högsell.

—¿Es verdad que uno de sus agentes iba a la misma clase que las dos víctimas? —gritó alguien entre la audiencia.

—Ya habrá tiempo más tarde para hacer preguntas —dijo Tuvesson—. Desde el asesinato inicial de Jörgen Pålsson e, inmediatamente después, del de Glenn Granqvist, nos hemos centrado en buscar un motivo razonable y en identificar al criminal. Al principio estuvimos trabajando en varias líneas de investigación, pero una de ellas se ha destacado en particular. Hoy estamos en condiciones de declarar públicamente a este hombre como persona de interés.

Tuvesson cogió un mando a distancia y lo apuntó hacia el proyector del techo. A su espalda apareció una gran fotografía de Rune Schmeckel.

—Esta foto se encuentra en nuestra página web. En cuanto termine la rueda de prensa, abriremos una línea telefónica de veinticuatro horas para que el público pueda llamar y facilitarnos cualquier dato. El hombre se llama Rune Schmeckel, aunque empezó a utilizar ese nombre en 1993. Antes se llamaba Claes Mällvik. Asistía a la misma clase que las dos víctimas, quienes al parecer lo sometieron a maltratos durante los años escolares. Hay una serie de informes que sugieren que esos maltratos continuaron muchos años cuando ya eran adultos.

—¿Quiere decir que estos asesinatos son una venganza por haber sufrido acoso escolar?

—Es una de las posibilidades que contemplamos.

—¿Cree que podría matar a alguien más?

—No podemos responder a esa pregunta por razones obvias, pero ahora mismo estamos trabajando con la hipótesis de que ha terminado y se ha escondido. Es posible incluso que haya salido de Suecia. Por tanto vamos a difundir internacionalmente su descripción. Me gustaría subrayar también que es alguien peligroso en extremo, capaz de quitar más vidas con el fin de escapar, como ha sucedido en Dinamarca.

—Pero ¿no son ustedes culpables de que la situación en Dinamarca terminara de ese modo? —preguntó un periodista danés—. ¿No era obligación suya informar a la policía de Copenhague de que el asesino había entrado en el país?

—No creo que nuestras decisiones hayan sido desacertadas, pero no voy a hacer más comentarios al respecto, dado que la investigación sigue en marcha.

Ahora estamos concentrando todos nuestros esfuerzos en localizar y capturar al responsable, y ese es el objetivo de esta rueda de prensa.

A Fabian le impresionó la capacidad de Tuvesson para mantener el timón con mano firme y desviar la atención del incidente de Dinamarca. Incluso había salido en su defensa sin citar su nombre.

—Tengo una pregunta para Fabian Risk. ¿Hasta qué punto conocía al sospechoso?

—Fabian Risk no está aquí en este momento, de modo que debo pedirles que dirijan sus preguntas…

—Sí, sí que está. ¡Está allí! —dijo alguien entre la multitud señalándolo.

Tuvesson se volvió hacia Fabian, que asintió y alzó la mano.

—Sí, estoy aquí. Y realmente no conocía al sospechoso.

—¿Sabía que era víctima de acoso?

Fabian pensó un momento antes de asentir.

—Lo sabía. Creo que toda la clase estaba enterada.

—¿Y no hicieron nada al respecto? ¿No tendrían que haber…?

—No podemos entrar en detalles, como seguro que entenderán —lo interrumpió Tuvesson—. Lo importante es que tenemos a un firme sospechoso y que ahora mismo anda suelto…

—Está bien. No me importa responder —dijo Fabian.

Tuvesson se arrellanó en la silla.

—Claro que deberíamos haber reaccionado, pero a todos nos daba miedo convertirnos en la siguiente víctima si nos arriesgábamos a intervenir. Creo que mucha gente puede contar cosas semejantes de sus años escolares. Aunque no me siento orgulloso. En el fondo, es uno de los motivos por los que me convertí en agente de policía. No quería verme a mí mismo como la clase de persona que cierra los ojos y da la espalda a los problemas.

Tuvesson dejó que todos asimilaran las palabras de Fabian y se inclinó sobre el micrófono.

—¿Alguna otra pregunta?

—Yo tengo una sobre el vehículo que encontraron en Dinamarca —gritó alguien con un acento exagerado. Era evidente que se trataba de un danés tratando de hablar en sueco.

—El coche se halla bajo la custodia de la policía danesa, que está llevando a cabo una investigación aparte sobre los hechos ocurridos allí. No podemos hacer comentarios.

—Voy a formular la pregunta igualmente, y veremos si puede responderla. ¿Seguía sus órdenes Fabian Risk al quitar una de las ruedas del coche y confiársela a la joven empleada de la gasolinera, que después resultó asesinada?

Fabian intentó ver al autor de la pregunta, pero se lo tapaban otros periodistas. Miró a Tuvesson, que parecía confusa.

—Disculpen, no sé quién de ustedes ha hecho la pregunta.

—¡He sido yo! —Un hombre se puso de pie y alzó la mano—. Me llamo Svend Møller y trabajo para el *Sjælandske*. —Era rubio, de barba rojiza, y llevaba unas gafas redondas y una chaqueta deportiva de color beis.

—¿Cuál era exactamente la pregunta? —dijo Tuvesson.

—Dispongo de una información según la cual quitaron la rueda trasera del coche del sospechoso y dejaron una nota en el parabrisas indicándole que fuera a recogerla a la gasolinera —dijo el tipo con su sueco chapurreado—. Por lo que deduzco, la idea era obligar al asesino a dirigirse a la empleada de la gasolinera, que tenía órdenes de avisar a la policía. Lo que me pregunto es si usted autorizó ese plan, puesto que le costó la vida a una joven danesa inocente.

El silencio solo se prolongó unos segundos. Así y todo, quedó muy claro que Tuvesson no tenía respuesta. Fabian no entendía cómo podía estar tan bien informado el periodista. ¿Se trataba quizá de una filtración del departamento de policía? Como estaban a punto de perder el control de la situación, intentó hacerse cargo del timón.

—Disculpe, ¿de dónde ha sacado esa información?

El periodista de la barba se volvió hacia él, con aire de estar muy satisfecho de sí mismo.

—Me la facilitaron dos compañeros de Mette Louise Risgaard. Ellos aseguran que hubo una rueda guardada desde el jueves, uno de julio, hasta el viernes, dos de julio, cuando el asesino volvió al lugar. Y me dieron esto como prueba. —El periodista mostró en alto una nota metida en una funda de plástico para que todos la vieran:

ESTE VEHÍCULO SE HALLA EN PROPIEDAD PRIVADA.
DIRÍJASE, POR FAVOR, AL PERSONAL.

Toda la atención se concentró de golpe en el periodista, que mostraba la nota a las cámaras con una sonrisa y respondía a las preguntas de sus colegas recomendándoles que compraran el siguiente número del *Sjællandske*.

Uno de los reporteros del *Helsingborgs Dagblad* se volvió hacia Tuvesson.

—¿Puede confirmar si estas afirmaciones son ciertas?

—No puedo confirmar ningún detalle relacionado con el trabajo policial que estamos llevando a cabo en este momento. Lo cual se debe en parte a las características técnicas de nuestra investigación, pero también a la investigación en curso en Dinamarca. Quiero aprovechar la oportunidad para subrayar que asumo toda la responsabilidad de los actos de mis agentes, que nos han llevado a la identificación de un sospechoso. Es extremadamente lamentable que tales actos le hayan costado la vida a una mujer inocente. No debemos olvidar que fue el criminal, y no la policía, quien acabó con su vida.

—¿No es cierto que el asesino culpó en su nota a Fabian Risk de la muerte de Mette Louise Risgaard? —preguntó el barbudo periodista vestido con ropa deportiva.

La noticia de que el asesino había mencionado concretamente a Fabian Risk cayó como una bomba entre los demás. Todos olieron la sangre y acribillaron a Tuvesson a preguntas.

—¡Sin comentarios! —repitió ella, y dio por concluida la rueda de prensa.

Fabian se abrió paso con dificultad entre la multitud de periodistas, que competían a gritos para formular sus preguntas, hacia el lugar que ocupaba el

reportero danés. Pero al llegar descubrió que no había nadie. No lo veía por ningún lado. Se subió a la silla vacía y recorrió la sala con la vista. ¿Era posible que se hubiera ido tan deprisa? Se volvió hacia el estrado y vio que Tuvesson ya estaba saliendo.

27

Dunja Hougaard estaba esperando que se abrieran las puertas del ascensor. Se le había acelerado el corazón y el sudor le salía en abundancia por los poros; eso provocaba que se le pegara la blusa a la espalda, pero ella seguía cometiendo siempre el error de pedalear con excesiva energía. Era como si le entrara la prisa cada vez que se subía a la bicicleta.

Esta vez las prisas eran para ver a Morten Steenstrup, cuyo estado de salud se había convertido hasta tal punto en un asunto de interés nacional que los medios lo seguían como si el modesto agente tuviera sangre real en las venas. Habían convocado a especialistas de Alemania e Inglaterra que habían logrado detener las hemorragias internas tras una larga serie de intervenciones. Ahora calificaban su estado de «estable dentro de la gravedad», lo cual le proporcionaba a Dunja una breve oportunidad para hablar con el policía antes de que estuviera preparado para la siguiente operación.

Al abrirse las puertas, entró y pulsó el botón de la cuarta planta. El ascensor empezó a subir. Se detuvo en la segunda planta, donde entraron dos hombres con traje quirúrgico verde y mascarillas colgadas del cuello. Uno de ellos pulsó el botón de la tercera planta.

—¿Cuántos años dices que tenía la mujer?

—Cuarenta y dos.

—¿Hijos?

—Tres. Yo no suelo reaccionar ante este tipo de detalles, pero considerando su edad y el hecho de que tenía tres hijos, no podía creer que fuesen tan perfectas.

—¿Reales?

—Creo que sí.

—¿Cómo que lo crees?

—Era imposible asegurarlo.

—Siempre se nota.

—Las miré bien, créeme.

—Solo hay una manera de saberlo. —Apretó las manos en el aire—. ¿En qué habitación has dicho que estaba?

Los dos se echaron a reír y salieron del ascensor en la tercera planta.

Dunja estuvo a punto de salir tras ellos y averiguar sus nombres, pero se contuvo y siguió hasta la cuarta planta. Ya llegaba con retraso.

Mientras salía del ascensor, procuró desembarazarse de los pensamientos negativos que la asaltaban sobre el tratamiento que Steenstrup estaba recibiendo. Seguramente no habría sido el mismo si él no se hubiera convertido en un héroe, pero ella ahora debía concentrarse y aprovechar su tiempo. Tras mucha insistencia, el médico había accedido a concederle tres minutos con Morten: ni un segundo más. Steenstrup había despertado hacía poco y no se hallaba en condiciones de aguantar un largo interrogatorio. Apenas era consciente de dónde estaba, y menos aún de la admiración que habían causado sus esfuerzos. Pero eso no constituía ningún inconveniente para ella. Sabía muy bien lo que andaba buscando y no le harían falta más de treinta segundos para averiguarlo.

Recorrió el largo pasillo que desembocaba en una sala de espera llena de periodistas. Algunos tecleaban en sus portátiles; otros se entretenían jugando a ajedrez. Vio a un reportero del *Jyllands-Posten* jugando contra uno del *Politiken*, y observó decepcionada que estaba ganando el primero.

Un periodista advirtió su presencia y se apresuró a acribillarla a preguntas, sacando inmediatamente a los demás de su letargo. Las cámaras empezaron a disparar como si ella fuera el criminal. Las preguntas se multiplicaban y caían sobre Dunja como copos de nieve. Pareció que nadie la escuchaba cuando declaró que no podía hacer ningún comentario por el momento.

Tras muchas súplicas por parte de los periodistas, les dijo por fin que iba a mantener un encuentro preliminar y brevísimo con Morten Steenstrup, que acababa de recuperar el conocimiento. Acto seguido, le mostró su identificación al agente de guardia y entró en la unidad. No respiró de verdad hasta que la puerta se cerró a su espalda

—¿Dunja Hougaard? —preguntó el médico mirándola sin pestañear.

Ella asintió.

—Cuando yo diga, se acabó. No se empeñe en continuar, ¿de acuerdo?

Dunja, que ya lo encontraba antipático de entrada, siguió adelante por el pasillo sin responder.

—Espero que tenga en cuenta la enorme excepción que estoy haciendo por usted. La responsabilidad sobre la vida de este paciente recae en mí y en nadie más —prosiguió el médico, y dobló hacia la izquierda—. Y pienso ejercer escrupulosamente esa responsabilidad. —Se detuvo frente a una puerta custodiada por dos agentes uniformados y la miró a los ojos—. Espero que comprenda la situación y que le ahorre a mi paciente cualquier digresión innecesaria durante el interrogatorio.

—Le sugiero que abra la puerta antes de que el agente acabe sufriendo alzhéimer.

Morten Steenstrup se hallaba al fondo de la habitación y parecía cualquier cosa menos un héroe. Tenía las dos piernas enyesadas y un collarín en el cuello, y la mayor parte del pelo, rasurado. Estaba conectado a una vía intravenosa y a un montón de máquinas que controlaban entre pitidos sus constantes vitales.

Mantenía la boca entreabierta y los ojos fijos en el techo, y no reaccionó cuando Dunja entró. Ella pensó que parecía muerto y temió que hubiera fallecido momentos antes de su llegada, en cuyo caso habría perdido su oportunidad a causa de aquel médico irritante, que la había seguido al interior de la habitación para supervisar la visita.

Cogió una silla y se sentó junto a la cama.

—Hola, Morten. Me llamo Dunja Hougaard y soy inspectora de la brigada criminal de Copenhague. —Aguardó a que se produjera una reacción sin hacer caso al médico, quien carraspeó y se dio unos golpecitos en la muñeca, como si llevara un reloj, para indicarle que el tiempo corría ya.

—Solo dispongo de unos minutos y no quiero cansarlo. Lo único que deseo saber ahora es si fue este el hombre que lo atacó.

Sacó la foto de Rune Schmeckel distribuida por la policía y se la sostuvo ante la cara, pero tampoco obtuvo una reacción.

—Morten, ¿ve al hombre de la fotografía?

—Sí —dijo el agente con una voz algo ronca.

—¿Es el mismo hombre que lo atacó?

—No.

La respuesta la dejó anonadada. No había contemplado siquiera la posibilidad de que no reconociera al criminal.

—¿Está completamente seguro? Quiero que mire la foto otra vez con mucha, mucha atención.

—Estoy seguro de que no es él.

—No quiero presionarlo más por ahora. Volveré dentro de unos días. Entonces podremos…

—No es él.

—Está bien, Morten. ¿Puede decirme qué tiene de diferente? ¿Es el pelo o alguna otra cosa fácil de modificar? Tómese todo el tiempo que quiera para pensarlo. No tiene sentido que responda a la fuerza.

El médico carraspeó y señaló su reloj imaginario.

—Todo —susurró Morten.

—¿Cómo que «todo»? No sé si entiendo lo que dice.

—Todo es diferente. Buscan al tipo equivocado.

28

En todas las portadas aparecía la foto de Rune Schmeckel.

¡SE BUSCA!

Fabian Risk apuró su expreso, comió una cucharada de tarta princesa y hojeó en su teléfono móvil las páginas web de los periódicos. Había ido a pie al centro y encontrado sitio en un rincón de Fahlmans Konditori. Allí dentro podía uno sentarse con tranquilidad mientras la gente se agolpaba bajo los toldos del café.

Después de la rueda de prensa, había subido directo al despacho de Tuvesson. Como ella no estaba, había esperado, convencido de que querría hablar con él y quizá —probablemente— apartarlo del caso. Había pasado un buen rato esperando y al final había decidido salir de la comisaría y dar un paseo. Repasó los titulares más recientes y tuvo la sensación de que aquel asunto se parecía cada vez más a una caza de brujas. Su propia negligencia era una noticia casi tan importante como la identidad del asesino. Varios periódicos habían publicado fotos suyas, y algunos habían llegado al extremo de acusarlo del asesinato. No podía decir que le sorprendiera. La rueda de prensa había sido un auténtico desastre y toda la atención se había acabado centrando en él.

Pensó en lo que haría si lo apartaban del caso. ¿Reanudaría las vacaciones que tenía previstas en un principio, o seguiría investigando por su cuenta? Se dijo que haría lo primero, aunque en el fondo sabía que acabaría optando por lo segundo.

El *Kvällsposten* era el que más espacio le había dedicado. Habían reconstruido su historial con una impresionante celeridad a base de antiguas fotografías y de entrevistas con personas a las que había tratado en el pasado. El artículo justificaba su vieja idea de que la policía debería reclutar a gente bregada en el periodismo: ese periódico había localizado a un viejo entrenador de fútbol, ya jubilado, que decía haberlo tenido entre sus alumnos. El hombre declaraba que Fabian nunca había sido un jugador de equipo y que siempre trataba de recorrer el campo con el balón hasta la portería contraria.

Él no recordaba haber jugado al fútbol mucho tiempo. Nunca le habían interesado gran cosa los deportes de pelota, pero no podía negar que no era un jugador de equipo. Siempre había creído que el objetivo era más importante que la forma de alcanzarlo.

ENAMORADO DE LA ESPOSA DE LA VÍCTIMA

El titular del *Aftonbladet* lo impactó como un latigazo. El autor del artículo aseguraba que Lina Pålsson había sido su novia cuando cursaban la educación superior y se preguntaba si su amor seguiría vivo y podría ser quizá la causa de que hubiera perdido el buen sentido. ¿Cómo podían saber nada acerca de eso? Fabian nunca le había hablado a nadie de lo que había sentido por Lina. Y él mismo, hasta hacía pocos días, llevaba años sin dedicarle ni un pensamiento al asunto.

Debían de haberse puesto en contacto con Lina; era la única explicación. Fabian no recordaba si alguna vez le había hablado abiertamente a ella de sus sentimientos. La joven había escogido a Jörgen y él había optado por sepultar bajo tierra lo que sentía para que nadie llegara a descubrirlo. Por desgracia, sus sentimientos ahora eran del dominio público; estaban a la vista de todos y fuera de su control.

Era una historia espectacular, y no le sorprendía que el *Aftonbladet* le hubiera dado tanto bombo. ¿Podía ser que su relación con Lina hubiera afectado a su

trabajo? ¿Cabía siquiera la posibilidad de que no le hubiera influido el hecho de que la víctima estuviera casada con su primer amor? Abrió la agenda del móvil y marcó el número de Lina, pero colgó en cuanto sonó. No tenía ni idea de lo que iba a decirle.

Cuando terminó de examinar los periódicos, reanudó su paseo, dejando atrás el Helsingborg Stadsteater, y siguió hacia el norte por el paseo marítimo. Hacía viento. Las olas se alzaban por encima del dique y le rociaban la cara de agua salada. Se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos la ciudad.

Fue subiendo junto al dique hacia su casa, mojándose cada vez más. Cuando por fin entró en el vestíbulo y se quitó las ropas húmedas, tomó conciencia de lo cansado que estaba. El día, que había empezado con la noticia de la muerte de Glenn y continuado con la caótica rueda de prensa y con todas esas acusaciones de los periódicos, daba la impresión de haber durado una semana, y todavía eran las siete de la tarde. La casa estaba silenciosa y había tres cajas vacías de *pizza* en la encimera de la cocina. Habían cenado sin esperarlo, y no podía culparles. Sus horarios eran impredecibles. Ni siquiera sabía si tenía hambre. La tarta princesa que acababa de comerse le había caído en el estómago como una tonelada de ladrillos, y le impedía que salieran a la luz sus sentimientos.

Subió la escalera y miró en la habitación de Matilda. Le sorprendió lo mucho que había avanzado para dejarla a punto. Los carteles de *Grease*, *High School Musical* y *Dirty Dancing* ya estaban fijados en las paredes y la librería rebosaba de libros y de los muñecos de plástico que le gustaba coleccionar. El escritorio estaba ordenado, con las cajas de colores y las gomas preparadas, esperando a que dieran comienzo las clases en agosto. Tenía hecha la cama y, por encima, en el techo, había dibujado el símbolo de Piscis, su signo del zodíaco, con estrellitas fosforescentes.

Lo único que faltaba era Matilda. Miró en su propio dormitorio, pero también estaba vacío. Después de ponerse ropa seca, llamó a la puerta de Theodor. No hubo respuesta. Abrió y lo vio tendido boca abajo sobre la cama, casi inmóvil. Sonaba de fondo un fragor amortiguado.

—¿Theo? ¿Hola? ¿No me oyes? —dijo sin levantar mucho la voz. El chico no dio señales de vida—. ¡¡Hola!! ¿Theodor? —Se acercó a la cama y le puso la mano en el hombro. El chico se giró, sobresaltado, quitándose uno de los auriculares. La música de Metallica atronó en la habitación.

—¿Qué?

—¿No oías cómo te llamaba?

—No.

Theo se encogió de hombros y volvió a ponerse el auricular. Fabian se lo arrancó de nuevo, y también el del otro lado.

Salieron más palabras airadas de los auriculares.

—¿Qué diablos quieres?

—¿Dónde están los demás?

—¿Cómo voy a saberlo?

Fabian sabía que los años de la adolescencia eran duros, pero él se esperaba más bien gritos, portazos y salidas nocturnas. Este silencio era una bestia totalmente distinta, y no sabía cómo encararla.

—Oye… ¿cómo estás?

Theodor suspiró y puso en pausa la música. La letra de «Enter Sandman» todavía resonaba en los oídos de Fabian.

—¿Echas de menos a tus amigos de Estocolmo? Lo entiendo, si es eso lo que te…

—¿Qué amigos?

—No sé. Los amigos con los que jugabas…

Theo puso los ojos en blanco.

—O con los que salías, como quieras llamarlo —prosiguió Fabian, sintiéndose como un ciego en la cuerda floja—. Pero aquí harás nuevos amigos. Bueno, quizá no aquí mismo. Tendrás que salir de esta habitación y…

—¿Ya has terminado?

Fabian asintió, dándose cuenta de que él habría reaccionado igual ante un padre tan torpe. No pudo evitar sentir cierto alivio al salir de la habitación.

Encontró a Sonja en su estudio, trabajando en un cuadro nuevo de gran tamaño; las pinceladas eran amplias y agresivas. La observó desde el umbral. Sabía muy bien que a ella le molestaba que la mirasen mientras pintaba, pero a él le encantaba. Le parecía que estaba más bella que nunca en esos momentos: sin maquillaje, con salpicaduras de pintura en la cara, con una absoluta concentración que la aislaba de todo lo que la rodeaba.

Tenía un pincel en cada mano (y otros dos en el pelo, para sujetárselo), y llevaba un mono tan cubierto de pintura que parecía por sí mismo una obra de arte. Fabian observó que llevaba puesto el sujetador rojo que él le había regalado en Navidades, hacía dos años.

—Hola, cariño.

—Hola —respondió Sonja con una sonrisa, aunque sus ojos lo decían todo. Siguió esparciendo pintura por el lienzo.

—¿Puedo entrar?

Ella no dijo nada; así pues, entró y se situó a su espalda.

—Es fantástico que hayas vuelto a trabajar.

El cuadro era distinto de lo que había hecho hasta ahora. Fabian sabía que su mujer había estado buscando una nueva forma de expresarse, después de tantos años pintando peces. Esos años habían constituido una época de éxito, y los ingresos de Sonja habían sobrepasado con creces su salario de policía, por muchas horas extras que hiciera. El público quería comprar aquellos cuadros de bancos de peces, de pulpos y cangrejos bajo el agua que representaban la evasión. Era sin duda el gran sueño de cualquier artista, pero para ella se había convertido en una pesadilla. Durante el período de mayor apogeo, había tenido una lista de espera de más de un año. Los clientes podían elegir el tamaño y los colores para que el cuadro armonizara con la decoración de su casa. A ella le había parecido que era cualquier cosa menos una artista, y al final había llegado a saturarse por completo.

Eso había ocurrido hacía poco más de seis meses y, desde entonces, había estado experimentando. Durante una temporada había dado la impresión de que los pájaros iban a ocupar el lugar de los peces; pintaba nidos, huevos, bandadas surcando el cielo… Pero lo que tenía ante sus ojos era algo muy distinto: una violenta cacofonía cromática, con matices más y más subidos del rojo.

—Por favor. Estoy trabajando.

—Supongo que has leído los periódicos.

—No hay que creerse todo lo que dicen.

—Soy responsable de la muerte de esa joven. Fue culpa mía.

—¿Y qué me dices de Lina Pålsson?

Fabian ya esperaba la pregunta. No podía culparla. Después de lo ocurrido con Niva, la confianza de su mujer se había roto, y ahora pendía apenas de un hilo.

—Sí, yo estaba enamorado de ella, y sí, deseaba por encima de todo que acabáramos juntos. Pero eso fue hace mucho, en los años escolares. Y nunca llegamos a estar juntos, de lo cual me alegro ahora.

Sonja se giró y lo miró a los ojos. El pincel goteó sobre el suelo.

—¿O sea que ya no significa nada para ti?

—Ahora no es más que una antigua compañera de clase, cuyo marido ha sido brutalmente asesinado.

—De acuerdo. —Sonja volvió a concentrarse en el cuadro.

Fabian seguía allí, dudando de si debía abrazarla, cuando le sonó el móvil.

—¿Diga?

—¿Cómo se encuentra? —Era Irene Lilja.

—Bueno, cada cual se lleva su merecido, como diría mi madre. —Retrocedió unos pasos para evitar que las pinceladas de Sonja lo salpicaran—. Pero me pilla en mal momento. ¿Puedo llamarla más tarde?

—Un segundo. ¿De veras es cierto? —preguntó secamente—. Quiero decir, lo de Lina Pålsson.

—Sí.

Lilja no replicó. Fabian suponía que estaría pensando lo mismo que él: ¿cómo

le afectaban en la investigación sus sentimientos por Lina? Salió del estudio y bajó la escalera.

—Mire, para que lo sepa, yo mismo no era del todo consciente de esos sentimientos al principio. Es como si hubiera arrinconado los recuerdos de esa época. —Necesitaba explicarse, necesitaba que ella le comprendiera—. Por eso no dije nada…

—Escuche, creo que debería comentar todo esto con Tuvesson. Seguro que tiene una gran explicación. —Era imposible no captar su tono sarcástico—. Pero no lo llamaba por eso. Ha habido otra muerte.

Fabian trató de deducir rápidamente de quién podía tratarse. ¿En quién no había pensado?

—No es un alumno de su clase.

—¿Ah, no? Entonces quién…

—Monika Krusenstierna. La tutora de su clase.

Lo único que Risk recordaba de Monika Krusenstierna era que siempre llevaba faldas hasta las rodillas, normalmente plisadas, y que nunca sonreía. Daba sus clases como si fueran un deber que cumplir de acuerdo con un programa estipulado. Había que resolver los problemas de matemáticas, rotular los mapas y leer en voz alta los libros, capítulo tras capítulo. El análisis y la reflexión estaban descartados por completo. Cuanto más lo pensaba, más le parecía que sus años con aquella tutora habían sido como un largo examen de vocabulario.

—Los auxiliares de atención a domicilio se la han encontrado sentada en un sillón de su apartamento. Al parecer, han tardado un rato en darse cuenta de que estaba muerta, porque no tenía ninguna marca visible en el cuerpo.

—¿Ya han determinado la causa de la muerte?

—Paro cardíaco. Acaba de llamarme «Trenzas» para darme un informe preliminar. Tenía las arterias más atascadas que una vieja cafetera.

—Entonces, ¿no ha sido un asesinato?

—No. Pero quería ponerle sobre aviso antes de que salga en los periódicos. Ya

sabemos que le van a sacar toda la punta que puedan. Un detalle jugoso que he pensado que le gustaría: tenía el último número del *Kvällsposten* abierto en el regazo.

—¿En qué página?

—En ese reportaje que describe cómo fallaron todas las alarmas.

Fabian sabía de sobra a qué artículo se refería Lilja. Se titulaba «¿LA PROFESORA HIZO LA VISTA GORDA?». Explicaba que Claes Mällvik había sido maltratado sistemáticamente por Jörgen y Glenn y que nadie había hecho nada. Ni siquiera los adultos se habían molestado en intervenir. El periodista se preguntaba por qué Monika Krusenstierna no había dado la alarma, y sugería que ella debía de haber sospechado que algo no iba bien en su clase. Risk se compadeció de la mujer. Las acusaciones de ese artículo tenían que haberle resultado terribles; podían haber sido la causa indirecta de su muerte.

—Gracias por llamar.

—No hay de qué. Nos vemos mañana, señor Enamorado.

29

Ya era demasiado tarde cuando comprendió lo mucho que había subestimado a Fabian Risk. El incidente en el patio de Glenn lo había retrasado un día, dándole tiempo a Risk de localizar el coche en Dinamarca. Repasó los acontecimientos, analizando cada detalle, pero no entendía cómo se las habría arreglado para encontrarlo. Para él, había sido una gran sorpresa descubrir que había desmontado uno de los neumáticos. No cabía duda: el policía estaba convirtiéndose en una amenaza más grave de lo que había imaginado. En el fondo, debía reconocerlo: estaba impresionado.

Él había fallado en su intento de recuperar el coche. Había tenido que darse por vencido y emprender la huida, dejándolo allí. Ahora el vehículo estaba en manos de la policía danesa, lo cual era mejor por lo menos que si se lo hubieran incautado los suecos. Los daneses no encontrarían nada de interés. La única cuestión era cuánto tiempo lo retendrían.

Había considerado la posibilidad de abortarlo todo y largarse con el barco que lo aguardaba, bien aprovisionado y con el depósito lleno, en el puerto de Råås. Pero, finalmente, había optado por modificar algunas partes del plan. Tendría que retrasarse al menos otro día entero, cosa que debía aceptar de buen grado. Abandonar constituiría una derrota monumental que no estaba seguro de poder sobrellevar.

En el plan original, Risk jugaba un discreto papel; era casi una pieza adicional. Sin embargo, cuando se había enterado de que se mudaba de nuevo a la ciudad con su familia, le había otorgado un papel un poco más activo. Pero las

cosas se habían descontrolado, y Risk ocupaba una posición mucho más importante de la prevista. Había que ponerlo en su sitio antes de que el plan se fuera al garete. Aún no sabía exactamente cómo hacerlo, pero ya había convertido otras veces las debilidades en fortalezas, y no tenía motivo para pensar que no fuera a conseguirlo también esta vez.

La mayor parte de los acontecimientos de las últimas horas habían jugado a su favor. Su aparición especial como periodista danés había salido incluso mejor de lo que esperaba. Había convertido a Risk en el centro de atención, lo cual entorpecería y, seguramente, retrasaría las pesquisas de la policía. Además, los daneses habían puesto trabas a la investigación tanto para los suecos como para sí mismos, un motivo más para alegrarse. Y el hecho de que en ese instante estuviera desaparcando un coche delante del suyo, dejando un hueco justo frente a la casa adosada de Fabian, ya era como la guinda del pastel.

Fijó con una ventosa la pequeña cámara web en la parte interior de la ventanilla lateral, enroscó la antena y conectó el cable de alimentación con el otro cable que había tendido desde la batería del coche. Encendió la cámara y el diodo parpadeó como una alarma. Sacó el móvil y envió un código de seis dígitos a un número específico mediante un mensaje de texto. Al cabo de diez segundos, la imagen cobró vida en su móvil. Apuntó la cámara a la puerta de Risk y ajustó el foco.

Se bajó del coche alquilado y cerró la puerta con llave. Había llevado guantes todo el rato mientras estaba en el coche; no iba a cometer otra vez ese error. Caminó hacia la izquierda por la acera y contó cuatro puertas antes de doblar la esquina a la derecha por Brommagatan. En cuanto dejó atrás el escaparate iluminado de la inmobiliaria Skandia, que ofrecía propiedades que ni siquiera podía permitirse la gente que llegaba de Estocolmo, giró a la derecha por un sendero de grava y pasó junto a unos cubos de basura y un rótulo que anunciaba que aquella era una zona restringida a los residentes.

Los pequeños patios se apretujaban por detrás de las casas adosadas, cada uno más elegante que el anterior. Fue contando hasta llegar al de Risk y observó que

los antiguos propietarios habían preferido no sumarse al concurso de mobiliario de jardín. Trepó la valla medio podrida y se escondió tras un cobertizo de herramientas. Desde allí tenía una perspectiva directa del interior de la casa.

ϒ

A Fabian le costaba mantener los ojos abiertos, pero estaba convencido de que no podría conciliar el sueño. Sus pensamientos no iban a darle tregua, ni se libraría de la sensación de que cuanto pretendía conseguir estaba a punto de resquebrajarse y romperse en pedazos. Sentado a la mesa de la cocina con su portátil, examinaba el blog de Mette Louise Risgaard. Al principio creyó que era un blog sobre nada en particular, pues consistía mayormente en un montón de breves y anodinas entradas sobre su vida cotidiana. Muy de vez en cuando, incluía un pensamiento o una reflexión.

Pero cuantas más entradas leía —el trabajo en la gasolinera, las salidas con amigos, las ideas para nuevos tatuajes, los DVD que veía—, más le embelesaba su vida. Lentamente, se iba dibujando el retrato de una chica inteligente, llena de ideas e inquietudes que poco podría desarrollar en el pueblo dejado de la mano de Dios en el que había crecido. Mette Louise odiaba Lellinge con toda su alma y habría preferido matarse que envejecer allí.

Fabian no pudo deducir por el blog si tenía novio; en cambio, sí tuvo la oportunidad de leer sobre sí mismo: el sueco que le había dejado una rueda de coche. Era lo más emocionante que le había ocurrido esa semana. Solo había dos entradas más: una sobre una cafetera estropeada y otra sobre un vecino que compraba vídeos porno. Si no estabas enterado de lo sucedido, habrías tardado unos cuantos días en comprender que el blog había quedado interrumpido. Su autora estaba muerta.

Entró en otra página web que informaba que el funeral se celebraría al cabo de dos días, a la una de la tarde, en la iglesia de Lellinge. Decidió asistir, tanto si seguía trabajando en el caso como si no. Era lo menos que podía hacer.

Cerró el ordenador. Ya estaba cepillándose los dientes en el baño de invitados cuando sonó el timbre de la entrada. Miró el reloj —pasaba de medianoche— y cerró el grifo. Quizá fueran imaginaciones suyas. Acababa de enjuagarse la boca cuando volvió a sonar. Esta vez era imposible dudarlo. Había alguien en la puerta, llamando al timbre.

Se secó la cara y fue a abrir. Mientras iba hacia la puerta, se preguntó quién sería, pero no se le ocurrió nadie capaz de presentarse a aquellas horas. Tomó nota mentalmente para colocar una mirilla en cuanto tuviera un momento. Luego quitó el cerrojo y abrió.

30

Tuvo que leer el artículo dos veces para comprender lo que había ocurrido. La primera vez no fue capaz de asimilarlo. Parecía una noticia de una realidad paralela. Cuando la leyó entera por segunda vez, le cayó como un jarro de agua fría. ¿Sería cierto? Había consultado otras páginas de noticias y observado cómo iba cobrando relevancia la historia. Sí, era cierto: Monika Krusenstierna había muerto.

«Mierda», masculló para sí. Todo había salido según el plan respecto a Risk, y justo cuando acababa de alquilar un segundo coche para ir a casa de Monika, había repasado las últimas noticias en el móvil. Se había detenido en la cuneta para leer el artículo por segunda vez. ¿Podía tratarse quizá de otra Monika Krusenstierna? Había buscado el nombre en la guía telefónica y solo había encontrado una persona; y además, en Helsingborg, en la dirección que él había averiguado durante su investigación preliminar. Tenía que verlo con sus propios ojos para comprobar que no era otra trampa de Risk.

Monika Krusenstierna vivía en el número 69 de la calle Dalhemsvägen, en el quinto piso de un edificio que acababa de ser reforzado con un revestimiento de acero (el color gris se había acabado imponiendo al amarillo). Aparcó junto a la escuela Dalhem y recorrió el último trecho a pie. Desde lo alto del paso para peatones sobre la calle Dalhemsvägen vio las luces azules parpadeantes que se reflejaban en las fachadas. El aparcamiento estaba lleno de coches patrulla. No cabía duda: era Monika.

Era un gran revés para él: no solo porque había invertido tiempo y recursos para preparar el espacio para la antigua tutora de clase, sino porque ese golpe iba a ser la joya de la corona de su plan, la última pieza del rompecabezas que haría que todo lo demás encajara. Ya no funcionaría nada de lo que había previsto y, una vez más, tendría que volver a empezar.

Su mayor problema era el tiempo. De hecho, ya había superado sus márgenes de maniobra, y no podía pasar más días rehaciendo el plan. La agenda del día siguiente ya estaba llena: tenía que volver a Dinamarca y terminar lo que había empezado. Por qué no lo había hecho de entrada, no lo sabía. Él no pensaba matar a ningún testigo inocente, pero por dos veces lo habían pillado desprevenido: primero, la chica, y luego, el agente de policía. En el caso de este último, había titubeado y, en vez de terminar el trabajo, había optado por huir. No volvería a cometer ese error. De ahora en adelante, no permitiría que se interpusiera ningún obstáculo en su camino.

Su móvil emitió un zumbido y la pantalla se iluminó. Vio que la cámara instalada en el coche alquilado había cobrado vida. Había programado un lapso mínimo en el detector de movimiento con el fin de que no reaccionara cada vez que pasaba un peatón, sino únicamente cuando alguien subía los escalones de la entrada. Introdujo su clave y aguardó.

Vio a Risk abriendo la puerta y haciendo pasar a su visitante. Y de pronto, todo le encajó en la mente. En lugar de Monika Krusenstierna, sería Fabian Risk quien interpretaría el papel principal. Él ocuparía, a partir de ese momento, la posición central, el lugar decisivo del montaje. Era una solución tan sencilla como brillante y, una vez que la hubo analizado, no entendió cómo no había formado parte del plan desde el principio.

31

Lina Pålsson estaba sentada en el sofá junto a Fabian. Tenía la cara hinchada y los ojos enrojecidos. Él le dio un pañuelo para que se secara las lágrimas y le sirvió un té bien caliente. Al descubrir que era ella quien había llamado al timbre, había dudado si hacerla pasar, teniendo en cuenta la reacción de Sonja ante el artículo del periódico, pero Lina se había empeñado en entrar. Él le había preguntado dos veces qué hacía allí. Ella se había disculpado y se había echado a llorar, y Fabian no había podido por menos que abrazarla.

Pasaba de la una y media de la madrugada, y ambos estaban tomando té en el salón. Él consintió en que se prolongara el silencio, pensando que era Lina quien debía romperlo. Media hora antes, había oído que Sonja bajaba del estudio. Cuando estaba en mitad de la escalera, había cambiado de idea y había vuelto a subir. Veinte minutos más tarde, había bajado de nuevo llevando solo una bata japonesa que sabía que a él le encantaba. Primero había saludado a Lina, diciendo que sentía mucho su pérdida; luego le había dado un beso de buenas noches a su marido y había vuelto arriba. Él había dicho que subiría enseguida a acostarse. Sonja le había respondido que se tomara todo el tiempo necesario.

—Para ser sincera, ni siquiera sé por qué estoy llorando. No creo que nunca lo haya amado de verdad.

—Debiste amarlo en algún momento —dijo Fabian, arrepintiéndose de inmediato de sus palabras. No era un tema del que debieran hablar ellos dos.

—De hecho, no entiendo por qué Jörgen y yo acabamos juntos. Para ser del todo sincera, siempre pensé que nos terminaríamos casando tú y yo. —Se rio y

dio un sorbo de té.

—Entonces, ¿por qué te decidiste por Jörgen? —No quería preguntarlo, pero no logró contenerse.

—¿Te acuerdas de la fiesta de la clase? ¿La que montamos al principio de séptimo curso en uno de aquellos locales cercanos a nuestras viviendas?

Fabian la recordaba demasiado bien. Había sido una fiesta de disfraces, y él y Stefan Munthe se habían esforzado mucho para confeccionarse unos trajes de preso. Habían utilizado unas sábanas viejas y añadido rayas con aerosol y cinta de pintor, y se habían pasado horas cosiendo. Emplearon todas las noches y también el sábado entero. Querían lucir los mejores disfraces a toda costa, como si se tratara de una cuestión de vida o muerte. Fabian había decidido pedirle por fin a Lina que saliera con él. Estaba preparado para decirle lo que sentía.

Cuando él y Stefan llegaron a la fiesta, resultó que eran los únicos que iban disfrazados, y notaron que los demás se reían a sus espaldas. Se sintieron tan incómodos que a los quince minutos volvieron a casa en bici para ponerse ropa normal.

—Jörgen me besó esa noche —prosiguió Lina— y me dijo que ya éramos una pareja. Yo esperaba que hubieras sido tú, pero no parecías interesado en mí. Te largaste y tardaste mucho en regresar y… Bueno, acabé con Jörgen. —Se encogió de hombros y se quedó callada.

Fabian asintió en silencio, absorto en el recuerdo de lo mucho que le había dolido aquello.

—Lina, ¿hay algo que quieras contarme para ayudarnos en la investigación?

Ella no reaccionó de inmediato. Dio un sorbo a su té y tardó un rato en dejar la taza en la mesita.

—Jörgen hizo un montón de estupideces con Glenn. A decir verdad, yo a veces le tenía miedo.

—¿Te pegaba?

—No, pero podía ser muy bruto.

—¿En qué sentido?

—Solía llegar muy lejos cuando teníamos relaciones sexuales. Yo intentaba disuadirlo, pero él le quitaba importancia. Decía que era para pasarlo bien y que notaba que a mí me gustaba. Era como un juego para él. —Se quedó callada de nuevo.

—Lina, entiendo que necesites hablar de estas cosas, pero no creo que yo sea la persona indicada.

Ella asintió y puso una llave de latón sobre la mesita de café.

—Es la llave de una caja fuerte que hay en casa de Glenn.

Él la cogió y la examinó. Molander ya había registrado con sus hombres la casa de Glenn. Como no había aparecido nada de gran interés, habían postergado una búsqueda más exhaustiva en la lista de prioridades. Si hubieran encontrado una caja fuerte, se habría enterado.

—Se supone que está en la cocina, pero no pude averiguar dónde exactamente —dijo Lina mirándolo a los ojos—. Pero estoy segura de que está allí.

—¿Cómo conseguiste la llave?

—Glenn no quería guardarla en su propia casa. Pensaba que el mero hecho de tener allí la caja ya era bastante arriesgado.

—¿Y cómo sabes todo esto? Me cuesta imaginar que Jörgen te lo contara espontáneamente.

—Ellos no siempre estaban sobrios ni andaban con cuidado. Esta llave venía a ser mi seguro por si Jörgen llegaba alguna vez demasiado lejos.

—¿Sabes lo que hay dentro?

Lina sonrió con desgana y se levantó.

—Gracias por el té y por escucharme. Ya encontraré yo misma la salida.

—Permíteme que te lleve a casa.

—Por favor, no te molestes. He traído el coche.

—Te acompaño afuera. Es lo mínimo que puedo hacer. —Se levantó y la siguió por el pasillo.

—No hace falta, Fabbe. Lo he dejado un poco lejos.

—Con más razón…

—Para serte franca, no creo que le guste a tu mujer.

—Supongo que en eso tienes razón —dijo él con una sonrisa y, abriendo la puerta, salió de todos modos a la calle.

La cogió del brazo mientras caminaban por la acera desierta. Ninguno de los dos decía nada, pero el silencio resultaba natural entre ambos. Cuando llegaron al coche, Lina se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Te acuerdas de aquella vez que jugamos a las canicas en el recreo, y yo te dejé la única que me quedaba después de que tú perdieras todas las tuyas?

Fabian asintió. Había sido uno de los primeros grandes momentos de su vida. Él había conseguido derribar una pirámide tras otra con la última canica de Lina. Sus manos parecían dotadas de una magia especial en ese momento. Casi todos los compañeros de la clase se habían agolpado alrededor. Incluso los alumnos de otras clases se acercaron a observar su asombrosa destreza. Quizá se había tratado de pura chiripa. En todo caso, tanto si había sido por suerte como por destreza, ganó una gran bolsa de canicas y se la regaló a Lina.

—Aún las conservo —dijo ella, y le dio un abrazo y un beso en la mejilla. Luego abrió la puerta y subió al coche.

Fabian se deslizó en la cama con el máximo sigilo posible para no molestar a Sonja. Estaba despierta y se volvió para abrazarlo. Él sintió su cuerpo cálido y desnudo. Pensó en lo cansado que estaba.

—Fabian, ¿tú me quieres?

—Claro que sí.

—¿Estás seguro?

Él apretó su cuerpo desnudo contra el de su mujer y se inclinó para besarla, pero ella le puso la mano en la boca.

—Escucha, he estado pensando una cosa.

Él suspiró y se colocó de lado.

—Sonja, ya sé que esto no es…

—Déjame terminar, por favor. Creo que lo mejor sería que los niños y yo regresáramos a Estocolmo una temporada. De lo contrario, voy a estar aquí amargándome cada día más, que es lo último que nos conviene ahora. Te propongo que aplacemos la idea de empezar de cero hasta que concluya el caso.

Él quería protestar, prometerle que todo iría mucho mejor a partir de entonces, si decidía quedarse.

—Ya lo he hablado con Lisen, y nos deja la casa de invitados en Värmdö el resto del verano. Así Matilda podrá jugar con sus primos.

A Fabian no le quedó más remedio que asentir.

—En cuanto termine este caso y tengas tiempo para nosotros, vendremos y empezaremos de nuevo todos juntos, tal como lo habíamos planeado en un principio.

—Creo que, cuando todo haya terminado, nosotros deberíamos hacer un viaje muy lejos: solos tú y yo.

Ella asintió.

32

Las gotas que caían de las hojas delataban la llovizna silenciosa, como un recordatorio de que el magnífico tiempo de la semana anterior no había sido normal en modo alguno. Helsingborg era una ciudad ventosa y lluviosa. Por lo demás, nada de lo sucedido la pasada semana podía considerarse normal, pensó Fabian mientras caminaba por el bosque de Pålsjö con Astrid Tuvesson.

Ella lo había telefoneado por la mañana para proponerle que fueran a dar un paseo. Hasta el momento habían hablado de todo, menos del verdadero motivo del encuentro. Le había preguntado si su familia se encontraba a gusto en Helsingborg y si los niños aceptaban de buen grado la idea de empezar en una nueva escuela. Fabian había respondido con toda la sinceridad posible, pero cuidándose de no revelarle más de lo necesario.

El bosque de hayas se fue abriendo a medida que se acercaron al castillo de Pålsjö. Llevaban varios minutos sin hablar, y Fabian tenía la sensación de que el silencio estaba a punto de cobrar vida propia. Rodearon el parque hasta el otro lado, atravesaron el laberinto y caminaron por la húmeda hierba hacia la larga avenida donde las copas de los árboles formaban un túnel oscuro. Él recordó que, de niño, solía jugar aquí al pillapilla y que siempre le parecía asombroso que los árboles crecieran con la precisión necesaria para formar ese túnel. Hasta que un día vio al jardinero con una sierra de cadena.

—Fabian, soy consciente de que si no hubiera sido por los atajos que usted ha tomado, este caso estaría paralizado. Pero yo soy la responsable de la investigación y no puedo seguir justificando lo ocurrido en Lellinge; de lo

contrario, me retirarán del caso también a mí, y la investigación será transferida a Malmö. Y ambos sabemos cómo suelen terminar allí las cosas.

Él entendía lo que su jefa le estaba insinuando: la policía de Malmö era conocida por encabezar año tras año la lista con más casos no resueltos.

—Yo deseo resolver el caso tanto como usted, y lo más rápidamente posible. Pero ya no podemos permitirnos una forma de actuar tan arriesgada.

—Comprendo qué quiere decir. Necesita un chivo expiatorio.

—No resulta difícil encontrar uno esta vez. —Tuvesson se permitió la primera sonrisa desde que había empezado el paseo—. Y eso sin mencionar su supuesto amorío adolescente (Fabian quiso explicarse, pero se detuvo al ver que ella alzaba la mano), sobre el cual ni siquiera deseo hablar.

Salieron del túnel de follaje y observaron que había cesado la lluvia y que el cielo se estaba despejando. Tuvesson hizo una pausa frente a la panorámica y contempló el bullicioso y transitado Estrecho. El castillo de Kronborg ya estaba bañado de luz.

—Le sugiero que reanude sus vacaciones y empiece a trabajar el dieciséis de agosto, según estaba planeado. Yo, en su lugar, agradecería esta oportunidad para estar con mi familia y pasarlo bien. Este clima no durará más que unas semanas.

Fabian asintió y ella hizo ademán de marcharse.

—Si yo voy a estar de vacaciones, será más apropiado que se ocupe usted de esto —le dijo él depositándole la llavecita de latón en la mano—. Al parecer, es de una caja fuerte que hay en la casa de Glenn.

Tuvesson lo miró, perpleja.

—Lo único que sé es que tiene que estar en algún rincón de la cocina.

Ella le dio las gracias y se alejó.

Risk contempló la preciosa vista, mirando hacia Dinamarca, y reflexionó en lo que habían estado hablando. Ya se esperaba que su jefa lo apartara del caso (no tenía otro remedio, en vista de lo ocurrido), pero estaba seguro de que para resolverlo iba a hacer falta mucho más que el trabajo policial corriente y ortodoxo.

24 de diciembre

Hola, diario. Y felices Navidades.

He procurado actuar con normalidad, pero tanto mamá como papá se han dado cuenta de que pasaba algo. Han pensado que no me gustaban los regalos, aunque he dicho que estaba supercontento. Me han regalado un teclado con un soporte. Papá quería ayudarme a montarlo, pero a mí no me apetecía. Le he dicho que estaba cansado y me he ido a mi habitación, aunque no eran ni siquiera las once.

He leído un artículo sobre una chica que se arrojó delante de un tren. Tenía mi edad, y la acosaban igual que a mí. Lo que escribió en su nota de suicidio me hizo pensar en mi propia vida.

Nunca le he contado esto a nadie, pero para que lo sepas, he pensado varias veces en arrojarme a las vías. No tengo aún el valor suficiente. Estoy harto de vivir con miedo, joder. Ya hace seis meses que dura esto. Me da miedo comer en la cafetería, me da miedo el recreo, me da miedo hacer una estupidez en clase, me dan miedo los que antes eran mis amigos, me da miedo volver a casa, me da miedo lo que pasará después de las vacaciones de Navidad.

Mamá ha venido a mi habitación aunque le he dicho que quería estar solo, y me ha preguntado por qué no tenía ganas de utilizar el teclado. Yo no quería contestar, pero ella ha seguido insistiendo. Me he puesto a llorar. He intentado aguantarme, pero no podía y luego le he dicho que no quería volver a la escuela porque todos son unos idiotas. Ella me ha preguntado si alguien me estaba acosando y yo le he dicho que no era eso. Me ha dicho que creía que podía ser algo así y que había ido a ver a mi profesora para hablar del asunto. La profesora no había notado nada, salvo que yo estaba más ausente y callado y que mis notas han bajado. Yo ya no quería decirle nada más a mamá después de que me contara esto, y al final se ha marchado. No puedo creer que hayan estado hablando a mi espalda y diciendo chorradas sobre mí.

La escuela de mierda empieza dentro de dos semanas. Primero había pensado saltarme las clases, pero he cambiado de idea. He decidido hacer otra cosa. Lo he pensado muchas veces y ahora estoy totalmente seguro. No tengo nada que perder. Al fin y al cabo, la cosa ya no puede ser peor.

Buenas noches.

P.D. No le he comprado regalo de Navidad a *Laban*, pero a él no parece importarle. Se le está cayendo el pelaje. Quizá es por el pis que ha bebido. Es rematadamente idiota, y feo y asqueroso. Lo odio a muerte.

33

Lilja, Molander y Klippan estaban ya sentados en la sala de conferencias cuando llegó Astrid Tuvesson con una fragante bandeja de *caffè latte* y *croissants*. Estaban muy cansados, pero se les alegró el semblante, y Klippan bromeó acerca de los kilos que iba a ponerse encima si no resolvían pronto el caso.

—Quiero empezar comunicándoles que Fabian Risk ha sido apartado de la investigación con efecto inmediato —informó Tuvesson al equipo mientras repartía los cafés.

—Qué lástima. A mí me parecía bastante bueno —dijo Klippan.

—Me habría encantado que se quedara, pero su posición era insostenible.

—Eso saltaba a la vista —opinó Lilja—. Era un miembro de la clase de esa escuela, y no podemos darle un trato distinto que a los demás.

—No creerá que es sospechoso, ¿verdad? —preguntó Molander.

—No me atrevería a ir tan lejos, pero…

—Vamos a dejarlo ahí —la interrumpió Tuvesson mirándola con firmeza—, ¿de acuerdo?

Los policías asintieron y se dedicaron a revisar las novedades. Lilja explicó que había llamado a todas las aerolíneas, pero que ninguna tenía en sus registros de los últimos días a un pasajero llamado Rune Schmeckel ni Claes Mällvik, ya puestos.

—No hay motivo para descartar que pueda haber seguido cruzando Dinamarca en otro coche; lo cual lo situaría a estas alturas mucho más lejos de

Alemania —dijo Klippan cogiendo otro *croissant*.

—Hemos puesto una orden internacional de búsqueda y captura, pero por el momento seguiremos trabajando con la hipótesis de que sigue en Suecia. ¿Ha podido identificar ya a todos los alumnos de la clase?

—La lista está más o menos terminada, ¿verdad, Irene? —dijo Klippan.

—Sí, en la medida de lo posible —respondió esta—. Me habría gustado cotejarla con una lista oficial de la clase, pero no la hemos podido encontrar.

—¿Por qué? ¿No se suponía que había una copia en el archivo de la ciudad? —preguntó Tuvesson dirigiéndose a Klippan.

—Seguro que está allí, pero el catálogo electrónico de los archivos se ha colapsado.

—¿Cómo que se ha colapsado?

—¿Recuerdan el ciberataque contra el ayuntamiento del mes de mayo, del que tanto hablaron los periódicos?

—Por supuesto. ¿No los bombardearon con correos electrónicos? —inquirió Lilja.

—Sí, y, probablemente, también con un montón de virus y de troyanos. El servidor que contenía el catálogo de los archivos de la ciudad se jodió del todo.

—Qué oportuno —exclamó Tuvesson.

—Demasiado oportuno, en mi opinión.

—No lo entiendo. Si los listados de las clases existen en el archivo físico, deberíamos poder encontrarlos —dijo Lilja.

—Sin el catálogo, no disponen del número del archivo; y sin el número del archivo es como buscar una aguja en un pajar, aunque más difícil todavía. Me prometieron hacer un intento, pero incluso con suerte tardarán semanas.

Tuvesson se quedó callada; al cabo de un instante, comentó:

—Es completamente absurdo. ¿Cuántos de los alumnos que hemos identificado viven aún en Escania? —le preguntó a Lilja.

—Todos, en realidad; salvo uno que vive en Oslo.

—Aunque muchos están de vacaciones en el extranjero en estos momentos —

informó Klippan.

—Vamos a hacer una lista en el orden en que queremos contactar con ellos. Nuestra máxima prioridad es identificar si alguno más podría estar en peligro.

—Ya la he hecho. Y he hablado con algunos de ellos —dijo Lilja.

—¿Y?

—Hasta ahora todos se describen unos a otros como criaturas vivarachas e inocentes que no hacían más que derramar amor y calidez alrededor.

Klippan soltó una risotada, negando con la cabeza.

—Esperemos que Jörgen y Glenn hayan sido las únicas víctimas —dijo Tuvesson y, volviéndose hacia Molander, le preguntó—. ¿Ya han terminado de registrar la casa de Schmeckel?

—Más o menos. Aparte de algunas huellas dactilares, no he encontrado nada de interés. Esperaba encontrar por lo menos otra llave de su coche, pero allí no ha aparecido.

—¿Quizá tiene una casa en el campo? —sugirió Klippan.

—Si la tiene, no figura a su nombre —dijo Lilja.

—Hablando de casas de campo —terció Molander repartiendo copias de las fotos en blanco y negro enmarcadas en casa de Schmeckel—. Estas son las fotos que tenía colgadas en las paredes. Podrían ser de una casa que posee en el extranjero; en ese caso, no tendría por qué estar registrada en Suecia.

Examinaron las imágenes del ondulante paisaje y de la ciudad repleta de casas apretujadas.

—¿Sabe de dónde son? —preguntó Klippan.

—Al principio pensé que eran de Carcassone —contestó Molander, animándose—. Siempre he querido viajar a esa parte de Francia. Además, el Carcassonees uno de mis juegos favoritos.

Los otros lo miraron perplejos.

—¿Nunca han jugado al Carcassone?

Los demás negaron con la cabeza.

—¡Ay, Dios mío, está visto que no saben nada! —exclamó Molander,

exasperado.

—Pero deduzco que después descubrió que las fotos no eran de Carcassone —dijo Tuvesson.

—Exacto. Investigué un poco y el paisaje corresponde sin duda a Grasse, que está también en el sur de Francia, pero más al este. Yo he estado allí. ¿Han oído hablar de la película *El perfume*?

—Sí —afirmó Klippan—. ¿No era aquella con…?

—Seguro que sí —lo interrumpió Tuvesson—, pero ¿podríamos dejar eso para otro momento? Intentemos averiguar si tiene una casa de vacaciones en Grasse. También debo mencionar otro indicio que ha llegado a mis manos. —Mostró la llavecita de latón—. Esta llave me la ha dado Risk. Según me ha dicho, es de una caja fuerte que hay en la cocina de Glenn.

—Yo he registrado esa cocina y le aseguro que no hay ninguna caja fuerte —dijo Molander.

—Quiero que usted e Irene vayan a echar otro vistazo, por si acaso. Para asegurarnos del todo. —Tuvesson le pasó la llave a Lilja por encima de la mesa y le preguntó a Klippan—. ¿Cómo va el rastreo de los McDonald's?

—He contactado con las sucursales que identificamos, pero hasta ahora nadie lo ha reconocido.

—¿Hasta ahora?

—Trabajan por turnos. Todavía no me he reunido con todos.

—De acuerdo. ¿Qué más tenemos? ¿Ha surgido algo interesante entre la población desde que difundimos la foto?

—No exactamente —dijo Klippan.

—¿Qué quiere decir?

—Para ahorrarle los detalles, no ha surgido nada digno de ser recordado por las generaciones futuras —aclaró Klippan mirando con avidez el último *croissant*.

—No lo dudo, pero en este punto de la investigación me gustaría conocer los detalles.

—Bueno, aparte de los pesados habituales, han llamado dos de sus pacientes que dicen haberlo visto en Farsta, Bollmora y Grums, por citar algunos lugares lejanos. Uno de ellos afirma que Schmeckel le insertó quirúrgicamente un transmisor GPS en el estómago para poder localizarlo si algún día llegaba a aficionarse a la carne humana.

—Fantástico. ¿Qué le dijo el otro paciente?

—Su historia es bastante graciosa. Asegura que Schmeckel lo violó mientras estaba inconsciente en la mesa de operaciones.

—¿Ha dicho «graciosa»? —preguntó Lilja, y le arrebató el último *croissant* delante de sus narices.

—No he terminado. —Klippan siguió atentamente con la mirada la trayectoria del *croissant*—. Dice que la cosa sucedió hace mucho, en 1998. Cuando le pregunté por qué no había puesto una denuncia, contestó que tras la violación descubrió que le habían salido hemorroides y que le resultaba demasiado embarazoso contárselo a la policía. —Se echó a reír de tal modo que la panza le temblaba como un flan.

Lilja miró a Tuvesson y Molander. Los tres se esforzaron para no reírse también.

—¿Y qué lo ha llevado de repente a contarlo? —quiso saber Tuvesson.

—Según lo que entendí, porque precisamente ahora le han empezado a mejorar…

—¿Sus hemorroides de veintidós años? —preguntó Lilja, que ya no pudo contener más la risa cuando Klippan asintió.

—¿No ha telefoneado Linkert Pärsson? —preguntó Molander.

—¿Link? Ahora iba a mencionarlo. Él asegura que sabe dónde está el asesino.

—No me diga —exclamó Lilja.

—¿Le explicó cómo lo había averiguado?

—Por supuesto. Y tiene como siempre su propia teoría. Cree que Claes planeó vengarse en sus años escolares, cosa que ha deducido estudiando los grafitis de

las paredes de la escuela. Y cree también que deberíamos reunir y descifrar los grafitis de los lavabos de la escuela Fredriksdal.

Nadie parecía saber qué decir. En la comisaría de Helsingborg todos conocían al viejo Linkert Pärsson, de sesenta y ocho años, y estaban al corriente de su larga lista de trastornos. Lo apodaban «Link» o «Síndrome de Pärsson». El tipo había soñado toda su vida con ser inspector pero después de cinco solicitudes fallidas para entrar en la academia de policía, se había convertido en conserje de la escuela Fredriksdal, donde estuvo trabajando hasta que lo acusaron de acoso sexual por perforar una mirilla en las duchas de las chicas. Aunque el fiscal había solicitado una pena de cárcel, lo condenaron únicamente a recibir tratamiento mental. Todo el mundo en la comisaría tenía una opinión definida sobre la eficacia de ese tratamiento.

Actualmente, se presentaba a sí mismo como inspector y tenía sus propias tarjetas profesionales: «LINKERT PÄRSSON-RESUELVE LOS CASOS IRRESOLUBLES».

Tuvesson y su equipo no habían investigado ningún caso en los últimos cinco años sin que Linkert dejara de aportar alguna hipótesis, cada una más absurda y estrafalaria que la anterior. A pesar de eso, todos le profesaban cierta simpatía y a veces lo invitaban a un café y escuchaban sus teorías.

Pero en ese momento no se habían reído. En muchos sentidos, aquella era una teoría típica de Link, tan improbable como disparatada, pero nadie se atrevía a desecharla por completo, quizá porque presentían que todo era posible en este caso. La idea de que el asesino hubiera dejado algunas claves entre los grafitis de los lavabos parecía tan verosímil como cualquier otra.

—¿Qué quiere ahora Link? —preguntó Tuvesson.

—Lo de siempre. Café y pastel de mazapán —dijo Klippan.

—¿No suele pedir tarta de almendras? —apuntó Molander.

—Eso era antes de que se le metiera en la cabeza que el Partido Feminista las envenenaba con hormonas femeninas para derrocar el patriarcado.

—¿Y no deberían haber envenenado el pastel de mazapán?

34

Disfrutaba del vagón para él solo cuando subió al tren en Helsingør, pero a medida que se acercaban a Copenhague fueron subiendo más pasajeros, y al llegar a la estación de Hellerup, estaban todos los asientos ocupados. La mayoría de los viajeros llevaban auriculares y hojeaban los periódicos gratuitos, que habían dedicado varias páginas a la búsqueda emprendida por la policía danesa para dar con él.

¡AQUÍ ESTÁ EL ASESINO SUECO!
SU NOMBRE: RUNE SCHMECKEL

Cogió un periódico abandonado y dio una mirada rápida a los artículos que describían con todo detalle cómo había matado a Jörgen y Glenn y, más recientemente, a Mette Louise Risgaard. Después de leer un reportaje de dos páginas sobre el conflicto todavía en curso entre la policía sueca y la danesa estalló en carcajadas tan estentóreas que la mujer sentada a su lado lo miró con curiosidad.

Dedicó los últimos quince minutos del trayecto, mientras el tren recorría la Costa de Oro danesa, a pulir su nuevo plan. Cuanto más reflexionaba, mejor iban encajando todas las piezas. La nueva idea se le había ocurrido en el preciso momento en que Risk le había abierto la puerta a Lina Pålsson. No sabía muy bien cómo le había venido a la cabeza, puesto que el plan no tenía nada que ver con Lina. Él estaba obsesionado con dos grandes obstáculos en apariencia insalvables: el inesperado ataque de corazón de Monika Krusenstierna y la

desquiciante labor policial de Fabian. No sería la primera vez que le hubiera resultado ventajoso tener dos problemas en vez de uno, pues era casi una regla —más que una excepción— que cada uno acabara proporcionándole la solución del otro.

Bajó en la estación Østerport y se quedó impresionado por las amplias y largas avenidas de Copenhague. Había cuatro carriles en cada dirección, además de las aceras y las sendas para bicicletas. Pocas avenidas de Estocolmo eran tan anchas y, por el contrario, la ciudad sueca les había robado a los daneses el título de «Capital de Escandinavia» ante sus propias narices. No era de extrañar que estos daneses hijos de puta estuvieran tan cabreados.

Caminó por Dag Hammarskjölds Allé hacia Østerbro y vio que casi todos los anuncios de prensa se referían a la operación para darle caza, así como al amorío de Fabian Risk. También descubrió que se había convertido en un fugitivo internacional. «No está mal, nada mal», pensó, y ocupó una mesa de la terraza del Dag H Café.

Terminó lo que le quedaba de la ensalada de pollo y apuró el vaso de agua. Cuando el camarero se acercó para llevarse los platos, aprovechó para pedir un expreso doble. No podía quejarse. Por ahora, las cosas avanzaban a su favor. Recorrió la terraza con la vista y aguzó el oído. Sí, estaba en todas las conversaciones, pero nadie lo reconocía. En otra época se habría conformado con ser el centro de atención unos días. Ahora ya no: quería más. Cuando hubiera terminado, no les sería posible volver a ignorarlo ni olvidarse de él.

Se tomó el expreso y consultó el reloj. Eran casi las dos y media. Según el GPS, tardaría unos quince minutos en llegar a pie. Dejó una generosa propina y se dirigió al Rigshospitalet.

Había llegado el momento de acabar con otra vida inocente.

35

—Usted primera.

Invgar Molander levantó la cinta policial, dejando que Irene Lilja pasara. Luego la siguió por el patio delantero de la casa de Glenn Granqvist y abrió la puerta.

—No estoy seguro al cien por cien, pero yo diría que fue aquí donde el asesino lo atrapó.

Lilja observó el estrecho pasillo de la entrada.

—¿Aquí?

—En efecto. Probablemente llamó al timbre y aguardó a que la víctima abriera. Entonces lo dejó fuera de combate con un anestésico…

—Lo mismo que hizo con Jörgen.

—Exacto —dijo Molander, irritado por el hecho de que lo hubiera interrumpido—. En todo caso, creo que la víctima se derrumbó y se golpeó la cabeza aquí —dijo señalando el puntiagudo canto de un zapatero de hierro forjado—. Lo cual explicaría la herida que tenía en la parte posterior del cráneo.

Lilja se agachó, pero no vio nada, aparte del zapatero en sí.

—Creo que el criminal lo arrastró por toda la casa hasta la parte trasera, que queda oculta a la vista.

—Si tenía una herida en la cabeza y lo arrastró a lo largo del pasillo, ¿no habría algún rastro de sangre? —Irene escrutó el linóleo del suelo, pero no percibió ninguna mancha sospechosa.

—Observe aquí. —Molander se puso en cuclillas, recorrió el canto del zapatero con el índice y, alzando el dedo, limpio, se lo mostró a su compañera, que se estaba impacientando con la demostración. Él no hizo caso. Palpó con el dedo otra parte del zapatero y le mostró la yema cubierta de polvo—. ¿Lo ve? Estuvo limpiando después. Hay una capa de polvo en toda la casa, salvo en una parte del pasillo —dijo señalando el suelo. Entonces se incorporó y se adentró en la casa. Ella lo siguió.

—Pero ¿por qué molestarse en limpiar unos restos de sangre y dejar, en cambio, un montón en la escena del crimen?

Molander le sonrió.

—Yo me hice la misma pregunta. La única respuesta que se me ha ocurrido es que el asesinato de Glenn no se desarrolló según lo previsto. El autor del crimen no esperaba que la víctima se desplomara sobre el zapatero ni que se hiciera un corte en la cabeza. Y estoy seguro de que ese tipo haría cualquier cosa con tal de atenerse al plan. Es interesante el descubrimiento, porque el haber encontrado aquí rastros de sangre no nos hubiera dado ninguna ventaja, pero él no tuvo tiempo de analizar las consecuencias; simplemente, se limitó a limpiar la sangre a toda prisa.

—¿Qué usó para limpiar? ¿Lo ha averiguado?

—Creo que lo hizo con una bayeta —dijo Molander, y abrió la puerta de un pequeño cuarto de la limpieza que había bajo la escalera—. Da la impresión de que incluso la escurrió y enjuagó después.

Lilja examinó el cuartito, donde había un aspirador, un cubo, varios productos de limpieza y un fregadero de acero inoxidable. Palpó la bayeta, que estaba colgada de un gancho, e inspeccionó el suelo de debajo. En efecto: no había señal de que hubiera estado lo bastante mojada como para gotear.

—Deberíamos ponernos en marcha antes de que llame la Tuvi.

Molander se dirigió a la cocina. Ella se entretuvo un momento, como si algo la impulsara a quedarse en el cuartito para registrarlo más a fondo. Intentó concentrarse.

—¡Irene!

Lo dejó correr y siguió a Molander.

—Siempre podemos confirmarlo con Risk, pero estoy casi convencido de que Glenn se saltaba la clase de labores domésticas. —Abrió la puerta de la cocina —. Usted primera.

Lilja entró y advirtió en el acto que su colega tenía razón. Había un montón de platos sucios en la encimera, y varias cajas de *pizza*, con algunas porciones mordidas, sobre la mesa (todas de *pizza* hawaiana). En los fogones había dos cazuelas: una llena de pasta verde apelmazada y otra de salsa de carne pasada y con algunos gusanos. Un montón de moscas zumbaron alrededor en bullicioso éxtasis, como si no supieran por dónde empezar el festín. Cada bocanada del aire denso parecía un paso hacia la muerte, y Lilja procuró inspirar lo menos posible mientras se apresuraba a abrir la ventana.

—Utilicemos la lógica para orientarnos entre este estropicio —indicó Molander recorriendo la cocina con la vista.

Lilja abrió la nevera con cautela, pero la volvió a cerrar en el acto.

—Como no hay ninguna caja fuerte a la vista, podemos deducir que está escondida en alguna parte.

—¡No! ¿En serio? —dijo ella, sarcástica.

—No he terminado. Aunque la tuviera escondida, lo más probable es que tampoco quisiera que resultara demasiado difícil acceder a ella, ¿no cree?

—Tiene razón. Empecemos a buscar. —Lilja apartó la nevera a rastras y enfocó con su linterna por detrás; no había nada.

—Al menos sabemos con seguridad que no está detrás de la nevera. Si estuviera ahí, habría marcas en el linóleo.

Lilja bajó la vista y vio las rayas que acababa de hacer en el suelo. Soltó un suspiro, dándose por vencida. Molander no estaba considerado como uno de los mejores investigadores forenses del país porque sí. Desde que ella lo conocía, nunca se le había escapado ni un indicio. Había aprendido a descifrar también su sonrisa, la misma que en ese instante tenía pintada en la cara. Aquello era como

un juego para él: un juego que se le daba de maravilla. Y ella estaba más que dispuesta a dejarlo disfrutar.

—Bueno, ¿dónde está? —dijo riendo—. Ya lo sabe, ¿no?

—No tengo ni idea. —Él alzó las manos e hizo un gesto de astucia—. Pero recuerde lo que acabo de decir: lo más probable es que esté en un lugar tan oculto como de fácil acceso.

Lilja miró en derredor. No había cuadros detrás de los cuales inspeccionar; tan solo un gran póster de Thai Airways que mostraba una fotografía de una playa preciosa. Lo arrancó, pero tampoco estaba ahí la caja fuerte. Entonces se le ocurrió una idea y se giró hacia los armarios.

—¿Por qué no? —dijo Molander.

Ella se acercó al armario del rincón y vació los dos estantes giratorios, donde había ollas y sartenes, un colador y un par de fuentes para el horno. Se agachó y apuntó al hueco con la linterna. No sabía bien qué estaba buscando hasta que vislumbró una puertita pintada del mismo color blanco que la pared, con un ojo de cerradura. Metió el brazo entre los estantes, introdujo la llave y abrió la puerta, que era pequeña pero de considerable grosor.

El reducido cubículo estaba casi vacío; solo había una caja cuadrada y oscura. Lilja se puso unos guantes, sacó la caja con cuidado y la alzó para examinarla a la luz. Molander quitó la tapa, que se hallaba firmemente ajustada.

La caja estaba repleta de DVD caseros. Lilja empezó a sacarlos y a leer los rótulos escritos a mano: «TAILANDIA 97», «CHICA BORRACHA 01».

—Mire esto —dijo Molander mostrándole un disco con el rótulo «VISITA A MJÄLLE 93».

36

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Fabian en cuanto se levantaron de sus asientos. Se arrepintió en el acto de la pregunta. Él mismo detestaba que se la hicieran inmediatamente después de ver una película. Todavía se sonrojaba cada vez que se acordaba de la reportera de TV4 que le había puesto un micrófono delante para pedirle su opinión tras el primer pase sin subtítulos de *Reservoir Dogs*, de Quentin Tarantino, en el festival de cine de Estocolmo. Le había contestado que apenas había entendido aquellos diálogos a velocidad de ametralladora, pero que al menos le había gustado la música, y concluyó tarareando el famoso «ooga-chaka-ooga-chaka».

—Estaba bien —dijo Theodor, displicente.

Era evidente que le había gustado la película, pero Fabian se abstuvo de comentarlo. A él le había gustado mucho *Origen* y, de hecho, llevaba más de un año esperando para verla. Desde muy joven había tenido debilidad por las películas de acción. Pero prefería las que sobrepasaban la emoción trepidante. Algunas de sus películas favoritas encajaban precisamente en esa categoría. Por ejemplo, *La guerra de las galaxias.* Todavía recordaba la primera vez que la había visto. Se había quedado boquiabierto en la primera escena, mientras la nave casi interminable se deslizaba en primer plano por el espacio. Nunca había visto nada igual. Y la película no hacía más que superarse a partir de ahí. Al concluir la batalla final de la Estrella de la Muerte, el Fabian de doce años había salido tambaleante del cine, con las piernas flojas, transformado para siempre.

Miró alrededor, confuso, y se dio cuenta de que habían salido por la calle trasera, que era Smedjegatan, y no por la entrada principal de la calle Södergatan.

—¿Qué te parece si damos un voltio?

Theodor lo miró sin comprender, que era justamente la reacción que su padre esperaba. Le explicó que un «voltio» era una de las actividades que convertían a Helsingborg en una de las mejores ciudades del mundo. Consistía en subirse al ferri de Helsingør con un billete de ida y en quedarse allí, comiendo y bebiendo alcohol libre de impuestos, hasta que ya no sabías en qué país estabas. Theodor asintió sin mucho interés.

Los acompañaron hasta una mesa junto a la ventana, en la zona del restaurante. En cada mesa, preparada con un mantel blanco, había una vela encendida. Fabian dejó que el chico pidiera lo que quisiera y ambos coincidieron: hamburguesa con patatas y Coca-Cola de tamaño extra. Después le preguntó cómo le estaba sentando el traslado a una nueva ciudad, pero recibió como respuesta una sucesión de monosílabos inexpresivos. Parecían los clavos del ataúd de la relación entre ambos: una relación sin vida y sin salvación posibles.

Cuando acabaron de comer, el silencio descendió sobre la mesa como un blanco sudario y convirtió en irrespirable el ambiente. La camarera se acercó, preguntó si ya habían terminado y se dispuso a retirar los platos.

—¿Quieren algún postre?

—¿Theo? ¿Qué dices?

—No. Ya estoy lleno.

—¿Tampoco algo de beber? ¿Otra Coca-Cola?

—No, gracias.

—Yo tomaré una cerveza, por favor.

La camarera asintió y desapareció. «Estoy seguro de que se ha dado cuenta de la situación», pensó Fabian mirando por la ventana. El puerto de Helsingør se aproximaba muy despacio. Todavía les quedaba la mitad del viaje.

Se arrepintió de haber cedido a la presión de Sonja para salir con Theo. Todo este plan había sido idea suya. Ya se sabía: convertir en una tarea lo que debería ser divertido estaba siempre condenado al fracaso.

Él, ciertamente, también se habría negado a hablar si hubiera estado en el lugar de su hijo.

—No estarás enfadado todavía por lo del Sweden Rock, ¿no?

Theodor puso los ojos en blanco. Parecía como si estuviera buscando por dónde escapar.

—Para que lo sepas: no te dimos permiso por tu propio bien. Seguro que podrás ir el año que viene; o el otro.

—Seguro. —Theodor mantenía los ojos fijos en su vaso de Coca-Cola vacío.

—Bueno, ¿qué tal te sienta?

—¿El qué?

—Ya sabes… el cambio de ciudad y demás.

—Eso ya me lo has preguntado.

—Ya, pero no me has respondido gran cosa. ¿Estás contento con tu habitación?

Theodor se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno, lo cierto es que últimamente te pasas un montón de tiempo encerrado allí, así que no debe de estar tan mal. —No sabía qué más podía decir —. Ya sé que ha de ser difícil separarse de los amigos y demás, pero estoy convencido…

—¡Por Dios, deja de darme la lata con esa historia! ¿Acaso yo he dicho que sea difícil? ¿Eh? ¿Te lo he dicho?

—Calma, Theo. No quería decir eso.

—Entonces, ¿qué demonios querías decir? Sois tú y mamá los que estáis pasando un momento difícil, y esa fue la razón de que nos mudáramos. ¿Crees

que no me doy cuenta?

La llegada de la cerveza, al cabo de tres minutos, rompió el silencio y fue como una bofetada en la cara. Parecía la prueba definitiva de su incapacidad como padre, un papel que no podía asumir por lo visto sin ingerir alcohol. Decidió no tocar siquiera la cerveza y se preparó para el largo trayecto de vuelta.

37

Le resultó más fácil de localizar a Morten Steenstrup, el policía que se resistía a morir, de lo que había previsto.

Oyó que un periodista del *Politiken* preguntaba a la recepcionista de la primera planta en qué parte del hospital estaba Morten. Lo siguió, tomó asiento en la sala de espera junto con los demás representantes de la prensa y esperó a que se presentara una oportunidad. Al cabo de tres horas, disponía de la información necesaria para cumplir su objetivo: el número de la habitación, su estado y tratamiento y —lo más importante— la confirmación de que se hallaba bajo custodia.

Más tarde apareció una mujer policía que atrajo la atención de los reporteros. Nadie reparó en él cuando dejó la revista de salud que fingía leer desde hacía una hora y se levantó para dirigirse al baño, de donde salía en ese momento el tipo del *Politiken*. Entró y cerró la puerta, notando de inmediato que el periodista tenía problemas intestinales.

Aprovechó para vaciar la vejiga y también para llenar su botella en el dispensador de agua fría, pues le había asombrado lo mala que llegaba a ser el agua del grifo en cuanto salía uno de Suecia. Se remetió las perneras de los pantalones en los calcetines, se ató bien los cordones de las botas y sacó de la mochila una cuerda con un gancho en un extremo. También sacó un par de guantes finos y procedió a ponérselos y alisárselos hasta que le calzaron como una capa de piel extra.

Ya estaba a punto.

Cogió la escobilla del baño, que estaba apoyada en un rincón, junto a la pared, cerró la tapa del váter de una patada y se encaramó sobre las barras para discapacitados, manteniendo el equilibrio con las piernas separadas. Apartó una de las baldosas del cielorraso con la escobilla, fijó el gancho de la cuerda en un conducto de ventilación, volvió a bajar al suelo de un salto, dejó la escobilla en su sitio y quitó el cerrojo de la puerta, bien consciente de que estaba incurriendo en un gran riesgo. Había llegado a la conclusión de que un cubículo cerrado demasiado tiempo llamaría mucho la atención y podía representar un riesgo aún mayor.

No le costó trepar por la cuerda, gracias al duro régimen de entrenamiento físico que había seguido los últimos dos años. Lo más difícil fue colarse por el estrecho hueco del cielorraso. Además, había menos espacio de lo que esperaba entre las baldosas y el techo auténtico, y tuvo que quitarse la mochila para situarse encima del conducto de ventilación. Recogió la cuerda, se la metió en un bolsillo y volvió a colocar la baldosa en su sitio. Luego se puso una mascarilla y, ayudándose con las manos, se deslizó con cuidado por el conducto, que no daba muestras de ceder bajo su peso.

Fue arrastrándose hasta situarse encima de la sala de espera. La altura del techo era mucho mayor allí, de modo que pudo incorporarse y avanzar a gatas sobre el conducto, pasando junto a una unidad de ventilación que zumbaba sin parar. Abajo, oyó las protestas airadas de los periodistas por la escasa información que les había facilitado la mujer policía, quien no hacía más que repetir la rutinaria respuesta de sus superiores: «El caso está aún bajo investigación y no podemos hacer comentarios, pero convocaremos una rueda de prensa tan pronto como…». Él comprendía de sobra lo que eso significaba.

No sabían absolutamente nada.

Continuó arrastrándose por un tramo cubierto de polvo y llegó a una bifurcación del conducto, que giraba noventa grados a derecha e izquierda. Sacó su Neofab Legion II, la linterna más potente del mundo. A pesar del polvo flotante, que reflejaba gran parte de la luz hacia él, veía a unos sesenta metros

por la derecha y a unos treinta por la izquierda. Dicho de otro modo, había llegado al pasillo que llevaba por la derecha a la salida, y por la izquierda, hacia el pabellón custodiado.

Siguió el conducto hacia el pabellón. Cuando se hallaba justo sobre la entrada, sacó un carrete de sedal de pesca, que había marcado cada medio metro con trocitos de cinta adhesiva. Mientras ataba el extremo del sedal a la pared situada sobre la puerta, oyó a dos agentes de policía que pasaban por debajo.

—¿Hola? ¿Dónde demonios estáis?

—Cierra el pico, ya vamos para allá —dijo una voz a través de un transmisor crepitante.

Dejó a los policías atrás y se adentró en el pabellón. De vez en cuando tenía que deslizarse trabajosamente a través de un pasaje estrecho o encaramarse por encima de una unidad de ventilación. Iba soltando sedal a medida que avanzaba y contando las marcas de cinta adhesiva. Se detuvo en la marca correspondiente a veintitrés metros, encendió la linterna y se encontró con un barullo de cables, tubos y cañerías de diversos tamaños que se bifurcaban hacia abajo a través del cielorraso, como las ramas de una enredadera que proliferaban sin control. No sabía si aquello era señal de que había llegado a su destino. El conducto no se bifurcaba hacia la izquierda, cosa que debería haber hecho si hubiera habido otro pasillo o una sala de reconocimiento en esa dirección. Lo único que había podido ver a través de las puertas de cristal de la sala de espera era que los policías y los médicos doblaban a la izquierda más o menos a esa altura. Había contado los pasos que daban desde la puerta del pabellón, y había calculado que el punto donde giraban en el pasillo tenía que estar a unos veintitrés metros.

Apagó la linterna y se encaramó sobre una unidad de ventilación, desde donde tenía al alcance de la mano un fluorescente. Intentó levantar el soporte, pero estaba fijado firmemente. ¿Por qué no había cogido unas cizallas? Notó que la humedad concentrada en la mascarilla estaba formando gotas que se le deslizaban por la barbilla. Necesitaba pensar y analizar las opciones. Volvió al conducto, se tendió boca arriba y cerró los ojos.

No se dio cuenta de que se había quedado amodorrado hasta que oyó las voces de los policías justo debajo de donde se hallaba. Eso no era nada propio de él. Los siguió desde lo alto y descubrió que había calculado mal la distancia del giro a la izquierda por dos o tres metros. En ese punto, el conducto se bifurcaba también, de modo que pudo seguirlos con facilidad otros diez metros hasta que se detuvieron. Durante el trayecto, oyó que hablaban de la hazaña heroica de Morten Steenstrup, aunque no del todo elogiosamente. Parecían estar de acuerdo en que se había tratado más bien de una estúpida temeridad.

—Venga ya, cierra el pico. Seguro que tendrá un montón de chochos cuando vuelva. Los tendrá a docenas, qué joder.

Lo más probable era que los agentes fueran a custodiar la entrada de la habitación de Morten Steenstrup. Pero había muchas habitaciones en esa zona, y le iba a resultar imposible determinar en cuál estaba exactamente. El conducto se dividía allí en varios ramales. Lo único que podía hacer era esperar.

Al rato, oyó que la mujer policía de antes se hallaba frente a una de las habitaciones. Al parecer, en contra de los deseos del médico, quería ver a Morten por segunda vez. Los agentes de guardia le pidieron su identificación; después abrieron la puerta y la dejaron pasar en compañía del médico, sin saber que acababan de firmar la sentencia de muerte de su compañero.

38

Irene Lilja se enjugó las lágrimas justo antes de entrar en la sala de conferencias con sus otros compañeros. ¿A quién estaban buscando realmente: al asesino o a la víctima? Tenía ganas de dar un puñetazo —a algo o a alguien—, o quizá de meterse los dedos en la garganta para vomitar. Pero tuvo que enjugarse las lágrimas, dejar sus sentimientos de lado y actuar como una profesional. Releyó con rapidez sus notas antes de resumirlas en voz alta para todo el equipo:

DVD 1: MEDIADOS DE LOS OCHENTA

— Imágenes claramente transferidas de una cinta de vídeo, baja calidad. Cámara portátil.
— Glenn y Jörgen practican el sexo de forma convencional con varias mujeres. No está claro si son novias o prostitutas. Todas actúan como estrellas porno.
— Sexo en grupo entre Glenn, Jörgen y la esposa de Jörgen, Lina.
— Todos borrachos y con la risa tonta.
— Sexo entre todos en distintas posiciones.
— Jörgen le introduce a Lina el miembro en la garganta a la fuerza. Ella tiene arcadas. Le eyacula en la cara. Glenn se ríe y se masturba.

DVD 2: MEDIADOS DE LOS NOVENTA

— Más sexo y violencia.
— Mejor cámara, con trípode.
— Parece Tailandia y las chicas, menores.
— Anal.
— Orina.
— Una mujer joven drogada, confusa y encadenada. Una bolsa en la cabeza, un cigarrillo apagado en el pezón.

—Y esto solo es el principio —dijo Lilja alzando la mirada.

—Entonces, ¿Glenn y Jörgen violaban y maltrataban a mujeres de forma sistemática? —comentó Tuvesson.

Lilja asintió.

—¿Qué clase de mujeres? —preguntó Klippan—. ¿Prostitutas?

—No lo sé. En algunos de los vídeos de principios de los noventa, interviene la mujer de Jörgen, Lina, pero ya no vuelve a aparecer después del vídeo en el que la pega y la obliga a practicar sexo oral ante la cámara. La impresión que da es que llevaban a casa casi a cualquiera; drogaban a las chicas y luego las dejaban en alguna parte.

—¿Lo filmaban todo? —preguntó Klippan.

—Sí —afirmó Lilja—. Y después transfirieron los vídeos a DVD.

—Es enfermizo —dijo Klippan meneando la cabeza.

—¿Qué tiene de enfermizo? —cuestionó Molander—. Es una forma de revivir y evocar los hechos. Los vídeos funcionaban para ellos como una colección de trofeos.

Klippan lo miró con repugnancia.

—Ingvar, todo este asunto es enfermizo.

—En todo caso, quiero que vean la grabación de uno de esos vídeos —lo interrumpió Lilja cogiendo un DVD—. Es distinto de todos los demás.

—¿En qué sentido? —preguntó Tuvesson.

—En primer lugar, no aparecen mujeres, sino nuestra víctima, o sea, nuestro asesino. —Metió el DVD en el reproductor y pulsó «Play». Apareció proyectada en la pared blanca una película temblona y granulosa. Había sido filmada con una cámara portátil. La primera imagen mostraba una escalera con bombillas desnudas en el techo y grafitis en las pareces. Estaban consignadas la fecha y la hora en la esquina inferior derecha.

13-4-1993, 18:17

Jörgen entra en el encuadre. Lleva tejanos y una sudadera con capucha, y, obviamente, está borracho. Sostiene en la mano una cerveza y la levanta hacia la cámara mientras llama al timbre de uno de los apartamentos. Se ve que dice algo, pero el sonido de la cámara está silenciado. Apura la cerveza y señala

hacia abajo. La cámara sigue su dedo y toma en primer plano una imagen borrosa de cómo se abre la bragueta y se saca el pene. El foco automático, mientras Jörgen orina en la botella, oscila entre el pene y la etiqueta de la botella…

—Menudo cerdo —dijo Tuvesson.

—Lamento decir que esto apenas ha empezado.

—¿Por qué no hay sonido? —preguntó Molander.

—Creo que olvidaron encenderlo, pero se dan cuenta dentro de un poco.

Siguieron mirando el vídeo.

… Jörgen sujeta la botella frente a la cámara, sonriendo. La mano de Glenn entra en el encuadre y aguanta la botella mientras Jörgen se coloca un puño americano y vuelve a llamar al timbre. Esta vez mantiene el botón pulsado un buen rato. Tras unos segundos, Claes Mällvik abre la puerta. Dice algo mientras su mirada va de Jörgen a la cámara. Parece asustado. Vuelve a decir algo. Jörgen responde eructándole en la cara y metiéndolo de un empujón en el apartamento. La cámara los sigue entre sacudones, moviéndose de aquí para allá, mientras cierran la puerta con llave; finalmente, se centra en el espejo del vestíbulo. Glenn aparece de pies a cabeza, filmándose a sí mismo. Alza la botella llena de pis con una sonrisa y la deja en la mesita de la entrada. Pulsa un botón de la cámara. El sonido cobra vida…

La distancia emocional que Tuvesson y los demás habían sido capaces de mantener hasta ese momento se vio inmediatamente reducida. Ahora estaban del todo metidos en la escena, con Glenn, Jörgen y Claes. Oían la voz cada vez más débil de este último, rogando y suplicando que pararan, en las pausas entre los fuertes puñetazos de Jörgen, que sonaban como un martillo aporreando una sandía.

… Glenn se adentra con la cámara en el apartamento hacia donde está Claes, que ha enmudecido del todo. Ahora yace inmóvil en el suelo, y Jörgen le va asestando un golpe tras otro con el puño americano. Tiene la cara roja de sangre y moco, hasta tal extremo que parece cada vez más una gran herida abierta. Jörgen está sudoroso y jadeante. Deja de golpearlo y se seca la mano ensangrentada en la camisa de Claes. «Joder, no puede darse por vencido tan fácilmente», dice Jörgen con desdén. «Creo que tiene sed. ¡Dale algo de beber!» La cámara desciende hasta situarse a la altura de la cara sanguinolenta de Claes. La mano de Glenn aparece en el encuadre con la botella de cerveza. Le vierte la orina en la boca. Claes cobra vida entre toses. Una buena parte del líquido se derrama por su cara. «Muy bien. Eres un chico listo. Bébetelo.» Glenn le mete la botella en la boca y la vacía. «Un poquito más.»

13-04-1993, 20:03

Claes está colgado del gancho de la lámpara del techo como un saco de boxeo, con los brazos extendidos por encima de la cabeza. Tiene atadas las muñecas con cinta de embalar, y la cinta está enrollada a su vez alrededor del gancho. Se esfuerza para mantener alzada la cabeza, pero una y otra vez se le cae sobre el pecho. Glenn bailotea frente a él, desplazando el peso de un pie a otro, como si estuviera en un combate de kárate. De vez en cuando, da un salto y le propina una patada en la cabeza, que se tuerce brutalmente hacia el otro lado. «¡Mantén la cabeza alta, te digo!», grita Jörgen desde detrás de la cámara. Se acerca a Claes y le da varios bofetones en la oreja. «¡Por Dios, eres asqueroso! ¡Eres un jodido mariquita!» Claes lo intenta, pero no puede sostener la cabeza. Trata de articular alguna palabra, pero no sale ningún sonido al principio. Luego: «Por favor… mátame… por favor», dice con una voz apenas audible. Glenn aparece en el encuadre: «Venga. Vamos a tomar un bocado».

13-04-1993, 22:28

Claes yace inmóvil en el suelo del pasillo, junto al teléfono fijo de la casa. Todavía tiene las muñecas atadas con cinta de embalar. «¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí?» La cámara enfoca en primer plano a Jörgen, que se encoge de hombros: «Bueno, no importa, el cable estaba cortado». Levanta el extremo del cable telefónico. «Pero eso no se te ha ocurrido, ¿verdad? ¡Asqueroso hijo de puta!» Jörgen coge el teléfono y le aporrea la cabeza con él una y otra vez. «¡Eh, eh. Solo manos y pies!», dice Glenn fuera de encuadre. Jörgen tira el teléfono al suelo, agarra a Claes de los pies y lo arrastra de nuevo a la habitación.»

Lilja pulsó el botón de pausa y se volvió hacia los demás.

—Continúa así durante una hora más.

Nadie abrió la boca.

—Me cago en Dios, joder —acertó a decir Klippan al fin—. Empiezo a preguntarme de qué lado estoy.

—No comprendo cómo salió vivo —dijo Tuvesson levantándose—. Tienen que disculparme, pero necesito un descanso.

—¿No deberíamos fijar alguna hora para reanudar la reunión? —preguntó Lilja.

—No —replicó Tuvesson, y salió de la sala de conferencias.

39

Despertó a causa de un dolor que parecía como si le clavaran un cuchillo de sierra en el pecho. Extendió el brazo para aumentar la dosis de morfina y pulsó el botón. No pasó nada. Volvió a pulsarlo. Recordaba vagamente a unos hombres vestidos de blanco; seguramente eran médicos. Hablaban de su caso. Por lo que había captado, decían que sobreviviría, pero que necesitaría años de fisioterapia para andar de nuevo. ¿O era lo contrario: que por mucha fisioterapia que hiciera, no podría volver a ponerse de pie?

Trató de contar los días que llevaba despierto, pero era difícil. Todo parecía fundirse en una confusa bruma de días, enfermeras, exploraciones y comidas. Comprendía lo suficiente para darse cuenta de que estaba gravemente malherido en un hospital, con toda probabilidad en el Rigshospitalet de Copenhague, dado el tipo de heridas que sufría.

Recordaba algunos detalles de lo sucedido aquella noche: cómo se había aproximado al asesino, que estaba volviendo a poner la rueda del Peugeot; cómo se había llevado la mano a la pistola, aunque sin sacarla con la suficiente rapidez, y cómo lo había pillado por sorpresa el golpe con la llave en la oreja. Pero los recuerdos eran imágenes discontinuas.

Por la mañana había pasado a verlo una mujer. Él tenía la esperanza de que fuese Else, pero cuando se acercó a la cama, vio que no era la que él esperaba: no era ni mucho menos tan guapa. No había ninguna tan guapa como Else. Ella era lo primero que acudía a su pensamiento cuando despertaba todas las mañanas

en el hospital. Se cuestionó si sabría lo que le había ocurrido y si lo echaría de menos. ¿Lo echaba alguien de menos?

La mujer era agente de policía, pero iba vestida con ropa de civil. Dijo que ya había ido a verlo hacía dos días. Estaba buscando al hombre que lo había dejado malherido y decía conocer su identidad. Le enseñó una foto, pero no era él. O al menos, no le había parecido que fuera él. Pero cuando la mujer ya se hubo ido, se sintió de repente inseguro: inseguro sobre lo que había dicho y sobre lo que había visto.

Trató de concentrarse en lo que sabía sin la menor duda, con la esperanza de que los detalles menores le sirvieran para recuperar los demás recuerdos. Pero la única conclusión que sacó fue que no podía estar seguro absolutamente de nada.

¿Y si no había sucedido nada de todo aquello? ¿Y si resultaba que había sido un sueño: un sueño que tal vez llegaría a su fin en cualquier momento, en cuanto sonara el despertador? Su despertador hacía un ruido horrible. Si al final todo era un sueño, pensó, se compraría una radio despertador.

Volvió a pulsar el botón de la morfina. El dolor agudo y penetrante casi había desaparecido, pero sentía un dolor sordo y pulsátil por todo el cuerpo. Una masa informe de preguntas le flotaba en el interior de la mente. ¿Dejaría de respirar si contenía el aliento mucho tiempo? ¿Era posible? Y Else, su amada Else, ¿sabía lo que había ocurrido? ¿Se arrepentía de haberlo dejado? ¿Pensaba en él? ¿Le importaba siquiera?

Alzó la vista y vio que una de las baldosas del techo se movía. ¿O quizá nunca había habido ahí una baldosa? Sus pensamientos se desplazaron hacia sus compañeros. ¿Se había puesto en ridículo ante ellos? Inspiró hondo y volvió a experimentar la sensación de tener un cuchillo retorciéndose en el pecho. Una figura vestida de negro descendió por una cuerda a través de un agujero del techo y se acercó a la cama. Por primera vez desde hacía mucho, todas sus dudas se desvanecieron. Ni siquiera le hacía falta verle la cara. Estaba seguro de que ese hombre que estaba inyectando el contenido de una jeringa en su bolsa intravenosa era el mismo que lo había golpeado con la llave de cruz y arrollado

con el Peugeot de matrícula sueca. ¿Cuál era el número de la matrícula? El hombre extrajo la jeringa y masajeó la bolsa intravenosa.

«JOS 652», pensó Morten. Lo recorrió una oleada de paz. Lo último que captó fue el sonido estridente de las alarmas de las máquinas. Aullaban como una pandilla de monos enloquecidos en una jaula diminuta.

40

Cuando llegó Fabian Risk, las campanas de la iglesia de Lellinge ya repicaban, recordando a los fieles que todo tiene su fin. Puesto que no había encontrado su traje negro, llevaba unos tejanos negros y una chaqueta gris oscuro de lana que le daba calor. La iglesia estaba atestada y tuvo que abrirse paso entre la gente para encontrar un hueco en un lateral. No entendía cómo Mette Louise había creído que no tenía amigos.

El pastor que oficiaba la ceremonia había bautizado y confirmado a la joven. La describió como una chica fantástica, llena de vida y alegría. Muchas personas lloraban abiertamente, e incluso al pastor le costaba mantener las lágrimas a raya. Continuó explicando que Mette Louise había llorado, o más bien gritado, con tal fuerza durante su bautizo que ni siquiera el órgano de la iglesia había podido ahogar su voz. Pero luego, dijo, cuando el agua consagrada había tocado su cabecita, se había callado y había dirigido a los presentes una sonrisa que habría podido derretir los casquetes polares.

El pastor estaba convencido de que la muchacha se había reunido con Dios, y esperaba que el conocimiento de tal realidad ayudara a todos a sobrellevar esos momentos de dolor.

—Hay un propósito en los actos de Dios, incluso en este —afirmó—. Nosotros no siempre lo comprendemos, pero puede constituir una gran ayuda saber que es así.

Si el propósito era que se le hiciera un nudo en la garganta, pensó Fabian, Dios lo había conseguido. El asesino tenía razón: él, Fabian, era la única persona

a la que había que culpar de la muerte de Mette Louise.

Tras la ceremonia, el sacristán hizo pasar a los asistentes al salón contiguo para tomar café y galletas. Parecía que la mayoría de la gente se conocía entre sí, de modo que a los diez minutos el salón bullía con el murmullo de las conversaciones. Risk permaneció solo, con una taza de café en las manos. Ardía en deseos de marcharse cuanto antes, pero algo le decía que debía quedarse, y no tratar de rehuir su culpabilidad.

Como le costaba mantenerse quieto, se paseó entre los asistentes. Unos cuantos niños se apiñaban alrededor de un teléfono móvil; unos ancianos trajeados se hallaban sentados en torno a una mesa redonda. Oyó que hablaban del caluroso verano que estaban pasando. Uno de ellos afirmó que lo de este año no era nada comparado con los veranos de los años treinta.

Una mujer baja y rolliza, más o menos de la edad de Fabian, lo miraba una y otra vez desde un corrillo del fondo. Él le dirigió una sonrisa y una leve inclinación, pero ella no reaccionó de modo positivo; al contrario: parecía cada vez más disgustada mientras hablaba con los demás miembros del grupo.

Fabian dedujo que debía de ser la madre de Mette Louise Risgaard. Pensó que era obligado acercarse y saludarla, pero no tuvo tiempo de tomar una decisión, porque fue ella misma la que se le acercó bruscamente. Él le tendió la mano, pero la mujer no se la estrechó y le preguntó su nombre. Se presentó y prometió que haría todo lo posible para atrapar al asesino.

—¿El asesino? ¡Es usted el asesino! ¡Es usted el culpable! —le gritó ella—. ¡Fue usted quien la sentenció a muerte! —La mujer le golpeó con los puños en el pecho, gritando una y otra vez que era un asesino y que merecía arder en el infierno.

No intentó resistirse. La gente enmudeció y observó para ver cómo terminaba la cosa. Se les acercó un hombre de pelo corto, que llevaba los pantalones con tirantes.

—¿Qué demonios pasa aquí? ¿Usted es el policía sueco?

Fabian asintió. Antes de que pudiera reaccionar, el hombre le dio un empujón

que le hizo perder el equilibrio y, al caer, se derramó el café sobre la camisa. El hombre se le montó encima y echó el puño hacia atrás para golpearlo, pero él fue más rápido. Lo agarró del brazo, lo derribó y se incorporó con rapidez, lo cual le permitió inmovilizarle el brazo detrás.

—Vamos a calmarnos todos, ¿de acuerdo? —dijo, aumentando la presión, para demostrarle que hablaba en serio. Otros tres hombres apartaron a Fabian a empujones y le aconsejaron que se largara lo más aprisa posible. Él siguió el consejo y salió corriendo del salón. Oyó voces a su espalda que decían que había que mantener limpia Dinamarca y perseguir a los hijos de puta suecos hasta la mismísima frontera.

Se sentó frente al volante de su coche, bloqueó las puertas e intentó meter la llave de contacto. Pero su temblorosa mano se negaba a obedecer, y tuvo que inspirar profundamente varias veces antes de poder insertar y girar la llave con ambas manos. Estaba en verdad conmocionado.

Mientras salía del aparcamiento de la iglesia, pensó en las palabras del pastor. Si algún sentido había tenido la muerte de Mette Louise, debía ser para ayudar a encontrar al asesino antes de que perdieran la vida más inocentes. Aunque no habría sabido explicar por qué, algo le decía que por mucho que se esforzaran sus colegas, el caso dependía enteramente de él. Cambió de marcha, soltó el embrague y enfiló hacia Copenhague.

41

Dunja Hougaard se despertó a causa del ruido de la cisterna de un lavabo. Le costó unos segundos darse cuenta de que estaba en el baño de la unidad de crímenes violentos de la comisaría de Copenhague. Había estado tan ocupada las últimas veinticuatro horas que no le había quedado más remedio que encerrarse en un baño para descansar un poco.

La muerte de Morten Steenstrup lo había puesto todo patas arriba. Se había enterado hacia las dos y media de la madrugada. Ella siempre salía los martes por la noche —era su única noche libre de la semana—, y aquella no había sido una excepción. Era un ritual que venía siguiendo desde que había dejado a Carsten, su último novio, precisamente un martes por la noche de hacía casi siete meses.

Dunja había ido a Estocolmo para darle una sorpresa, pues él estaba asistiendo a un seminario sobre comercio con un montón más de empleados de Nordea. Pero como en las malas películas, la sorpresa se la había llevado ella, porque se encontró a Carsten —su novio, compañero de piso, prometido y padre de sus futuros hijos— en la cama con una de sus colegas suecas. Dunja se dio medio vuelta sin decir palabra y se adentró en la noche de Estocolmo, rebosante de ganas de vengarse.

Acabó en Kvarnen, una antigua cervecería en el corazón de Södermalm. No tuvo ninguna dificultad para encontrar a alguien con quien follar. Ya no recordaba su nombre; quizá ni siquiera llegó a preguntárselo. Solo recordaba que era pelirrojo y más corpulento que Carsten.

Unos diez días después, se percató de que ya había superado más o menos lo de su novio. No había pensado en él ni una sola vez desde el «encuentro» con el pelirrojo sueco. «Un hombre en mi situación habría hecho lo mismo», pensó, y lo cierto era que la cosa había funcionado. Se había sentido más ligera y más feliz que en mucho tiempo, y decidió convertirlo en una costumbre. Saldría todos los martes para revalidar esa sensación.

Desde entonces, se lo había saltado tres veces. Dos a causa de la gripe, pero la tercera porque la nueva esposa de su padre había muerto tras una larga lucha con un cáncer de pulmón. Él la había telefoneado a última hora, cuando ya llevaba varias copas encima. En cuanto se dio cuenta de quién llamaba, Dunja se arrepintió de haber atendido, pero ya no tuvo valor para colgar. Accedió a hacerle compañía, aunque ella ni siquiera había conocido a su esposa y, además, le había retirado a él la palabra desde hacía años. Llegó al Rigshospitalet, donde su padre la estaba velando, veinte minutos después. Se sentó a su lado y le cogió las manos. Ninguno dijo nada en toda la noche. Cuando salió el sol, él apartó las manos y le dijo que ya podía irse, que no iba a necesitar más su ayuda.

No habían vuelto a hablar desde aquel día. Dunja sabía que seguía vivo, y también sabía dónde residía. A veces se preguntaba cómo reaccionaría si se muriera. Esperaba poder tomárselo con indiferencia, pero en el fondo sabía que no podría escapar al dolor: por todo lo que nunca habían tenido tiempo de aclarar, por todas aquellas cosas que no le había dicho en voz alta.

Ese último martes lo había pasado en el barrio de Kødbyen, donde había conocido a un negro americano que trabajaba de director comercial. Su danés chapurreado la había puesto de buen humor y, después de unos mojitos, sus problemas en el trabajo le habían parecido tan borrosos como las hojas de menta tras el vaso empañado. Había recibido la llamada de la comisaría justo cuando el americano estaba quitándole el sujetador y besándole los pechos.

El hospital, cuando llegó media hora después, era un auténtico caos. Nadia sabía lo que ocurría. ¿Cuál era la causa de la muerte? ¿Se había quitado él la vida o lo habían asesinado? Y en ese caso, ¿quién?, ¿y cómo? El pabellón había

estado bajo estricta vigilancia. La situación era muy confusa. Y ella, para decirlo todo, todavía estaba un poco borracha.

Ahora, sentada en el baño, consultó el móvil y comprobó que había dormido cuarenta y siete minutos. Se levantó del asiento del váter y, antes de salir, se arregló el pelo y se repasó los labios. Mientras se dirigía a su mesa, le dio vueltas de nuevo a cómo se las había ingeniado el asesino. Hasta ahora no habían hallado ninguna pista que señalara en una dirección definida. Richter seguía en el lugar de los hechos con sus técnicos. Ella le había repetido que debían continuar buscando hasta encontrar algo.

Ya se le empezaba a pasar el zumbido que notaba en la cabeza, pero sentía los efectos de la resaca. Se puso la mano en la boca para olerse el aliento. Justo cuando decidía que debería abstenerse de hablar durante el resto del día, Jan Hesk se acercó para ponerla al corriente de la última novedad: Oscar Pedersen, del departamento forense, acababa de llamar para informar de la causa de la muerte de Morten.

—Ha sido por asfixia —dijo

—¿Asfixia? ¿Cómo? No había ninguna señal en el cuerpo.

—Ninguna señal visible, pero tenía altos niveles de toxina botulínica en la sangre.

Dunja estaba muy familiarizada con la toxina botulínica, que era prácticamente la misma neurotoxina utilizada en el bótox. En dosis elevadas, podía llegar a paralizar la musculatura del pecho y provocar asfixia.

—¿Han revisado la bolsa intravenosa?

—Sí. Al parecer, contenía suficiente toxina como para acabar con la mitad de la población. Y hablando de toxinas… —Sonrió y le ofreció un paquete de pastillas Fisherman’s Friend. Ella tendría que haberse ofendido, pero cogió una sin rechistar.

—Coge otra. O un par.

Dunja cogió dos más y se dirigió a su oficina.

—Lo mejor sería que te quedaras la bolsa entera —le gritó Hesk. Ella le hizo

un gesto obsceno con el dedo sin volverse.

Se metió todas las pastillas a la vez en la boca y entró en su oficina. Había un hombre sentado en la silla de las visitas. No lo había visto nunca, pero dedujo quién era en el acto.

42

Tuvesson, Lilja y Molander estaban sentados alrededor de la mesa oval, comiendo ensalada de pollo en envases para llevar; esperaban a que apareciera Klippan, que era quien había convocado la reunión. Tuvesson no podía creer que tres trozos pequeños de pollo, unas hojas de lechuga iceberg, un poco de maíz de lata y unas cuantas aceitunas pudieran constituir una «ensalada de pollo gourmet». Decidió compensar ese magro refrigerio fumándose un cigarrillo al acabar.

—¿Alguien ha tenido noticias de Risk? —preguntó Molander.

—No, ¿por qué? —dijo Tuvesson—. Está de vacaciones.

Molander asintió en silencio.

—¿Qué se supone que debía hacer, Ingvar? No tuve más remedio —añadió ella.

—Lo sé. Aunque es… una lástima.

—Usted no es el único que opina así, desde luego.

—Para que lo sepan todos, yo me he tomado la libertad de revisar su historial —anunció Lilja—. ¿Alguien sabía que lo despidieron de su puesto en Estocolmo?

Molander negó con la cabeza.

Tuvesson le dijo:

—¿No tiene bastante trabajo ya con esta investigación?

—Quería conocer un poco sus antecedentes. Me pareció que resultaría útil ya que íbamos a trabajar juntos.

—¿Qué está insinuando, Irene? Es cierto, él cometió un error de juicio y fue demasiado lejos sin contar con nadie, pero ¿no cree que usted habría hecho lo mismo en su lugar?

—¿Quiere decir si hubiera estado enamorada de la esposa de la víctima? —inquirió Lilja.

—Eso fue un amorío adolescente. No sabemos lo que siente ahora por ella.

—Ahí está el problema: que no lo sabemos. Además, no parece que sea la primera vez que se comporta así. He visto el informe del departamento de policía de Estocolmo del pasado invierno, y si lees entre líneas, te das cuenta de que también allí iba por libre.

—¿Qué hizo? —preguntó Molander.

—De entrada…

—Déjelo ya, Irene —dijo Tuvesson, determinando que se fumaría dos cigarrillos en cuanto pudiera.

—Pero…

—Perfecto, ya están todos aquí —dijo Klippan entrando en la sala en ese momento.

Tuvesson agradeció secretamente que, con su aparición, pudieran cambiar de tema. Lilja tenía razón, por supuesto. Ya la habían prevenido sobre ese tipo de conducta cuando había indagado sobre Risk. Muchos colegas suyos coincidían: él era un buen agente de policía, uno de los mejores, pero solía hacer las cosas a su manera y nunca sabías qué se proponía ni cuáles podían ser las consecuencias. Tuvesson deseaba ver esas características en un policía. Aunque nunca lo diría en voz alta, pensaba que los demás se habían vuelto demasiado comodones. Sus agentes eran fiables y buenos profesionales, sin duda, pero actuaban como si ya no tuvieran nada que demostrar y, a diferencia de Risk, habían dejado de asumir riesgos y de salirse de lo establecido. Tenían un margen de error casi igual a cero, lo cual podía quedar muy bien en todos los informes. Pero la realidad funcionaba de otra forma: en algunos casos era necesario arriesgar y bordear los límites. Y a veces, claro, acababas pisando el lado equivocado.

Klippan contó que una empleada del McDonald’s de Åstorp lo había llamado y le había descrito a un hombre que ella creía que podía ser el asesino. Les pasó un retrato robot basado en su descripción.

—La chica estaba trabajando el jueves pasado por la noche. Y no reconoció a Schmeckel ni a Mällvik en las fotografías.

Ellos seguían investigando como si esos dos individuos fueran dos personas distintas, dos asesinos diferentes, pensó Tuvesson. Y ahora circulaba por la mesa el boceto de un tercer posible asesino. ¿Cuántos sospechosos tendrían antes de terminar la investigación?

—¿De quién estamos hablando exactamente? —preguntó Molander contemplando el retrato robot.

—Al parecer, este tipo entró en el McDonald’s el pasado jueves cuando acababan de dar las doce. Pidió un Chile McFeast de Luxe, que solo se sirve los jueves. Pero el jueves acababa de convertirse en viernes en ese momento.

—¿Y se negaron a servirle el Chili McFeast? —preguntó Lilja.

Klippan asintió.

—Supongo que cumplirían órdenes —dijo Molander.

—Pero el tipo no aceptó un no por respuesta —prosiguió Klippan—. Argumentó que era jueves cuando se había puesto a la cola e insistió en que le dejaran pedir ese menú. La chica del mostrador trató de explicarle que ella no dictaba las normas. Y ya estaba atendiendo al siguiente cliente cuando el hombre le hizo una advertencia con aire amenazador.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Tuvesson.

—Le advirtió que no lo ignorase.

Los demás se miraron entre sí.

—¿Estaba cabreado porque ella se lo había saltado y había pasado al siguiente cliente?

Klippan asintió otra vez.

—¿Qué sucedió?

—Que consiguió su Chili McFeast.

—O sea que es así como hay que hacerlo —dijo Molander con una sonrisa.

—A ella no le pareció una amenaza vana. Era evidente que el tipo hablaba en serio.

Tuvesson cogió el retrato robot y lo estudió. Como de costumbre, Klippan le había pedido a Gudrun Scheele, una profesora de arte medio ciega, confinada en una silla de ruedas y retirada desde hacía más de quince años, que dibujara el retrato. Gudrun vivía en la misma residencia de ancianos que la madre de Klippan. Este había visto una vez, durante una visita, algunos de sus retratos y le había preguntado si podía ayudarlos a elaborar el retrato de un violador que había estado asaltando a las mujeres que salían a correr por el bosque Pålsjö. El hombre fue identificado tres horas después de la publicación del dibujo de Gudrun, y acabaron deteniéndolo al poco tiempo. Desde entonces, la policía de Helsingborg había recurrido regularmente a ella. Todos procuraban eludir el hecho de que la mujer podía morirse en cualquier momento.

Gudrun solía dibujar al carboncillo, y el retrato actual no era una excepción. Tuvesson estaba impresionada por su enorme talento. Con aquellas manos temblorosas, debería de haberle resultado imposible sostener un lápiz siquiera, pero lo cierto era que la mujer seguía dibujando, y la mayor parte de las veces le bastaban unos trazos para sacar a la luz una personalidad definida a partir de las escasas y vagas declaraciones de los testigos. No obstante, había algo que diferenciaba este retrato de los anteriores. Aparte de los ojos, que la miraban con una expresión realmente amenazadora, la cara carecía de personalidad. El hombre tenía un aspecto tan vulgar que Tuvesson pensó que no sería capaz de reconocerlo aunque lo tuviera delante: un problema muy frecuente de los retratos robot. Con un poco de esfuerzo, podías llegar a ver en ellos a cualquiera, porque resultaban demasiado vagos. Esta era la primera vez, por el contrario, que un dibujo de Gudrun le producía esa impresión.

—¿Piensa difundirlo? —preguntó Molander.

—Voy a comentarlo con Högsell —respondió Tuvesson—, pero me inclino por esperar. Este retrato resulta tan inespecífico que podría corresponder casi a

cualquiera. Además, hay demasiadas variables en la ecuación. La cajera no reconoció a Schmeckel ni a Mällvik. Ella habló de una persona completamente distinta de aire amenazador, lo cual no nos lleva muy lejos.

—No tendría por qué ser otra persona —opinó Molander—. Ya ha cambiado de aspecto en otras ocasiones. Quizá se trate de un nuevo *look*, ¿no?

El silencio se instaló en la mesa. Al cabo de unos minutos, Tuvesson se dio cuenta de que el retrato robot encajaba a la perfección con la sensación que le producía el asesino: estaban buscando a un fantasma, a una criatura escurridiza que parecía por momentos al alcance de la mano y, acto seguido, se desvanecía en medio de una nebulosa. Podía ser cualquiera: Claes, Rune o comoquiera que se hiciera llamar.

43

—¿Han inspeccionado el techo?

—¿El techo? —respondió Dunja.

—Sí. ¿Lo han inspeccionado?

—¿Está diciendo que el asesino se subió al conducto de ventilación y entró en la habitación de Morten por el techo?

—¿De qué otro modo podría haber entrado si no lo hizo por la puerta?

Dunja Hougaard negó con la cabeza, asombrándose de cómo se le podía haber escapado algo tan obvio. Se sintió tan idiota que habría deseado que se la tragara la tierra. Buscó algo inteligente que decir, pero su mente no respondía. ¿Acaso se podía ser más torpe? Desde luego, el policía sueco era guapo, pero estaba casado. Además, todavía no sabía qué pensar de él.

Su primera impresión de Fabian Risk había sido negativa, como le ocurría con la mayoría de los suecos. Actuaba como si fuera el amo del mundo y, en especial, de esta investigación. A pesar de que, oficialmente, lo habían apartado del caso, pretendía seguir trabajando para resolverlo. Había dicho que estaba dispuesto a echarle una mano a cambio de su ayuda.

—¿Me lo parece a mí o tiene algo de resaca? Da la impresión de que no le vendría mal un bocado —le dijo Fabian. Ella pensó que quizá no fuera tan malo, después de todo—. Y si yo no como algo pronto, seré la próxima víctima.

Dunja se echó a reír y le soltó:

—Antes que nada, me parece que necesita una camisa nueva. A menos que esa mancha de café sea una nueva moda.

ϒ

El aire fresco reanimó un poco a Dunja. Después de acompañar a Risk a Illum, donde un tendero exageradamente solícito le vendió una de sus camisas más caras, decidió llevarlo al Café Diamanten, en Gammel Strand. Quedaba casi a dos pasos y no solía estar demasiado abarrotado, aunque se hallara a pocas manzanas de Strøget, la principal calle comercial. Por alguna razón, los turistas no acertaban a llegar a Gammel Strand, sin tener en cuenta que gozaba de un sol espléndido y de unos cuantos restaurantes. Diamanten era su preferido, y también el menos pretencioso.

Ocuparon una mesa bajo una sombrilla. Risk pidió una ensalada César y un agua mineral, y ella, una hamburguesa y una Coca-Cola de tamaño extra. Tras unos cuantos sorbos, sintió que volvía a la vida. Por el momento, ella y Risk se habían limitado a charlar de cosas intrascendentes: el tiempo, el fiasco de la selección danesa, la dificultad de los daneses para comprender el sueco de Escania. Estaban rehuyendo el único tema importante, y Dunja decidió dar el primer paso.

—Espero que comprenda que estoy asumiendo un gran riesgo al reunirme con usted. Tengo órdenes estrictas de mantener alejada a la policía sueca de esta investigación.

—Entonces es una verdadera suerte que yo haya sido apartado del caso y que esté de vacaciones. —Alzaron sus vasos para brindar. Ella no pudo reprimir una sonrisa. No sabía por qué, pero Risk la había puesto de buen humor de un modo misterioso.

—¿Su jefe, Sleizner, le ha explicado por qué no debemos colaborar?

—Kim no es de los que malgastan energías en explicaciones. Yo deduzco que quiere darles un tirón de orejas por pisar su terreno. Hay dos cosas que odia más que nada en el mundo: los suecos y los que intentan puentearlo. Deberían haberle llamado antes de ponerse en contacto con la comisaría de Køge.

—Lo telefoneamos. Yo estaba delante cuando Tuvesson hizo la llamada. Su

jefe no respondió.

—¿Me está diciendo que miente?

—No digo nada parecido; pero lo llamamos y no respondió; así pues, dejamos un mensaje en el buzón de voz. Era una emergencia y no podíamos perder el tiempo.

Dunja no sabía qué pensar. Kim había salido en tromba a defenderse a sí mismo, tanto entre su gente como ante los medios. Había subrayado con grandes aspavientos que nadie se había puesto en contacto con él, y había acusado a la policía sueca de la muerte de Mette Louise Risgaard. Era su palabra contra la de ellos.

—Aquí tiene el número de Astrid Tuvesson —dijo Fabian anotándolo en una servilleta.

Dunja miró el número de móvil sueco.

—¿Y qué se supone que debo hacer? Si la llamo, seguro que me dirá lo mismo que usted —comentó, y mojó una patata frita en el kétchup de su plato.

—No pretendo que la llame. Debería contactar con el operador que transmitió la llamada.

«Claro», se dijo Dunja, percatándose de que estaba inusualmente corta de entendederas. Con ese número, podía averiguar si los suecos habían llamado realmente a Sleizner, así como la hora y la duración de la llamada. Aunque a fin de cuentas, la conclusión no significaría gran cosa: la chica de la gasolinera y el agente Morten estaban muertos, y lo mejor para ambos países sería colaborar para atrapar al asesino.

—¿Qué quiere a cambio?

—Tener acceso al coche.

—Ni hablar, eso está fuera de discusión. Aún estamos examinándolo.

—Pretendo echar una ojeada. Cinco minutos como máximo.

—¿Y yo qué sacaré a cambio?

—¿Además del número de mi jefa?

Ella asintió.

—Otra Coca-Cola —dijo él riendo—. Y todo cuanto sé del caso.

Dunja fingió que lo pensaba un momento antes de sonreír.

—¿Qué sabe del asesino?

—Estuvimos en la misma clase en la época escolar. Entonces se llamaba Claes Mällvik y era víctima de maltratos.

—¿Todos se metían con él?

—Yo no, pero otros sí. Dos en especial.

—¿Las dos víctimas?

—Sí. Pero yo no me comporté mucho mejor. Miraba para otro lado, como todos los demás.

—¿Por qué se ensañaban con Claes?

—Para ser sincero, no lo sé. Llevaba gafas y su apellido se prestaba a las burlas, pero yo creo que fue sobre todo por pura mala suerte. Ellos querían una víctima, y le tocó a él.

—¿Está seguro de que es él el asesino?

—¿Quién podría ser, si no?

Dunja se encogió de hombros y aventuró:

—Bueno, Morten Steenstrup no lo reconoció en la foto que ustedes han distribuido.

—Hay muchos motivos por los que podría no haberlo identificado. ¿Tenía morfina en su organismo? ¿Le vio siquiera la cara al asesino? ¿Podría haberle quedado afectada la memoria a causa del accidente?

—Lo dijo con mucha rotundidad.

—¿Pudo describir al hombre?

—No, por desgracia. Estaba demasiado cansado. Yo pensaba pedírselo hoy.

—O sea que el asesino, probablemente, ha vuelto a cambiar de identidad.

—Lo cual nos dice algo…

Risk la miró a los ojos.

—Que no ha terminado todavía. Que hay más gente en su lista —dijo Dunja, y se levantó de la mesa.

Mientras miraba cómo desaparecía en el interior del café, Fabian pensó en lo que acababa de decirle. En los últimos días lo había acosado una sensación de inquietud. Había intentado sacudírsela, pero la sensación reaparecía una y otra vez. Y ahora que Dunja Hougaard lo había formulado tan sencillamente, ya no le cabía ninguna duda: Rune, Claes o comoquiera que se llamara, no había terminado aún. Ni mucho menos.

A Jörgen y Glenn, los dos objetivos más obvios, ya los había quitado de en medio. ¿Quién quedaba, pues? ¿Lo había maltratado más gente? ¿Tal vez en el trabajo? Risk había leído que las personas que habían sufrido acoso siendo niños, también lo sufrían de adultos en su lugar de trabajo. Era como si los demás pudieran oler su debilidad, un rasgo del que no lograban deshacerse en la vida. Decidió telefonear a Tuvesson para pedirle que enviara a alguien a interrogar a los colegas de Schmeckel acerca del ambiente en el hospital Lund, sobre todo tras el escándalo por el caso de los clips quirúrgicos que había olvidado en la vejiga de un paciente. Y por cierto, ese paciente era otra de las personas con las que él debía contactar. Pero antes necesitaba examinar el Peugeot.

Dunja le había dejado claro que lo ideal era que nadie se enterase de que ella estaba con un policía sueco, de manera que entraron en la comisaría por la puerta trasera. El Peugeot se hallaba en el depósito, que ocupaba la cuarta planta del sótano y estaba lleno de bienes confiscados a la espera de ser examinados o utilizados como prueba en un juicio. Había absolutamente de todo: desde coches hasta ropa íntima hecha jirones.

Un viejo sentado en una silla de ruedas, tras una ventanilla perforada de Plexiglás, manipulaba un objeto de plástico oscuro. A su espalda tenía pegadas fotos de chicas de calendario desnudas de principios de los ochenta, lo que revelaba la cantidad de años que llevaba allí sentado, sin ver la luz del sol. Dunja llamó con los nudillos a la ventanilla, pero el viejo no levantó la vista; volvió a

llamar, esta vez con tal fuerza que hizo traquetear el panel, e introdujo su identificación por la ranura.

—¡Hola! No tengo todo el día. Vengo a ver el Peugeot que trajeron hace unos días.

—¡Ah! El coche sueco —dijo el viejo—. A ver, un momento. Es que estoy arreglando mi catéter.

Dunja asintió.

—¿Y ese quién es? —añadió el hombre señalando a Fabian.

—Me llamo Fabian Risk. —Buscó la cartera para mostrarle su documento.

—Es un testigo potencial. Hemos venido a ver si puede identificar el coche —se apresuró a decir Dunja apartando la cartera de Fabian.

El viejo paseó la mirada entre ambos como si estuviera calculando una apuesta de póquer. Finalmente, soltó un profundo y largo suspiro.

Lo siguieron a través del depósito. El hombre manejaba su silla de ruedas eléctrica con tanta destreza que tuvieron que avanzar al trote para mantenerse a su altura, aunque él se detenía de vez en cuando para abrir una reja. Fabian no entendía cómo se orientaba por ese laberinto de pasillos en apariencia interminable, cuyas estanterías eran tan altas como las de un almacén de IKEA, ni tampoco cómo se las arreglaba para saber qué llave correspondía a cada cerradura. Pero, obviamente, conocía aquello como la palma de su mano, y por fin los hizo pasar a un garaje lleno de coches. Algunos parecían más bien un montón de hierros; otros se veían nuevos. El Peugeot estaba en el rincón del fondo.

Risk se puso unos guantes de vinilo, se sentó frente al volante y cerró la puerta. Quería estar tranquilo. Dunja pareció entenderlo y se mantuvo aparte. Ella le había dicho que todavía lo estaban examinando, pero Fabian no veía ninguna marca que indicara qué superficies habían inspeccionado, o dónde habían encontrado cabellos o huellas dactilares. La única explicación era que ni siquiera habían empezado. Aún no conocía bien a Ingvar Molander, pero, por lo

visto hasta ahora, estaba seguro de que este ya habría terminado de examinar el coche si hubiera estado en el lugar de los daneses.

Abrió la guantera y la vació. Contenía un bolígrafo con el logo del hospital Lund, varias pilas alcalinas, una bombilla de repuesto para los faros y el manual y los papeles del seguro, en los que figuraba Rune Schmeckel como propietario del vehículo. No había nada fuera de lo común por el momento. Hojeó las facturas del mecánico y observó que Schmeckel había seguido al dedillo el programa de mantenimiento recomendado. Era un tipo escrupuloso, no cabía duda; no se descuidaba ni improvisaba sobre la marcha. Fabian solo llevaba el coche al mecánico cuando oía algún ruido alarmante: con frecuencia, cuando ya era demasiado tarde; al menos, para su bolsillo.

Vio por el retrovisor que Dunja aguardaba, consultando el reloj y echando miradas inquietas por el garaje. El viejo, en cambio, había desaparecido. Ya había llegado el momento de poner en práctica lo que había venido a hacer.

Kim Sleizner notó que se le empezaba a pasar el dolor de cabeza; tenía la impresión de que su cuerpo se estaba apaciguando por dentro. Se hallaba de pie junto a la ventana de su despacho, contemplando el canal. Al otro lado del puerto, veía la zona de Islands Brygge y la Gemini Residence, el edificio más espectacular de toda la orilla, que estaba compuesto por dos grandes silos unidos como gemelos siameses. Las escaleras interiores siempre le recordaban *La naranja mecánica*. Él vivía allí con su esposa y su hija, en un fantástico apartamento que era el más grande del edificio.

Aunque no había podido disfrutarlo demasiado en las últimas veinticuatro horas. Sus viejas úlceras lo habían atormentado como si estuvieran a punto de perforarse a causa del estrés, y había temido que no pudieran permitirse ese apartamento si se veía obligado a dimitir. Pero eso había sido antes. Ahora su ansiedad se había desvanecido, y apenas notaba las úlceras. Incluso el cuello y los hombros se le estaban relajando.

El asesinato de Morten Steenstrup había jugado a su favor. De golpe, la prensa había dejado de preguntar a quién había que culpar del asesinato de Mette Louise Risgaard, y se había concentrado en el asesino. Kim deseaba por encima de todo resolver el caso antes que los suecos.

Bruscamente, las machaconas notas de «U Can't Touch This» de MC Hammers, reverberaron por todo el despacho. Cogió el móvil, que estaba sobre el escritorio. Su hija se lo había manipulado un día y le había dejado esa canción como tono de llamada, borrando las demás opciones. Era quizá una de las canciones que más detestaba —le bastaba escucharla para ponerse de mal humor —, pero no sabía cómo cambiarla. Ya llevaba un año padeciendo ese tormento.

Se apresuró a responder antes de que sonara aquel irritante «hoo-o-oo».

—¿Diga?

—Hola. Soy Niels Pedersen.

—¿Quién? —Kim nunca había oído ese nombre y no tenía el menor interés en averiguar quién era.

—Trabajo en el depósito del sótano.

—Me habrá de disculpar, pero estoy en una reunión…

—Será un segundo nada más. Quiero cerciorarme de que tengo la información correcta.

—¿Cómo dice? —siseó Sleizner, sintiendo que se le despertaba la úlcera.

—Usted ordenó que no se le entregara a la policía sueca nada relacionado con el caso del Peugeot sin su permiso.

—Un momento. ¿Con quién hablo?

—Niels Pedersen. Del depósito del sótano. Estuvimos sentados frente a frente en la cena de Navidad de 2003.

—¿Se ha puesto alguien en contacto con usted?

—Sí. Está aquí ahora mismo.

—¿Quién? ¿Los suecos? —«Maldita sea. ¿Cómo demonios han llegado tan lejos sin mi conocimiento?», pensó.

—Se llama Fabian Risk y está aquí con Dunja Hougaard.

Dunja. Tenía que ser ella. No era la primera vez que se negaba a cumplir sus órdenes. Kim le había dejado muy claro, en cuanto asumió el cargo de jefe de la unidad, que sería amable con ella si ella era amable con él. Había sido muy franco. Alguien como Dunja Hougaard tenía que haber entendido sin duda su intención de mantener una relación simbiótica.

Él había visto claramente qué clase de chica era cuando se habían conocido hacía cinco años. Lo había percibido desde el principio, pero su mano tendida no le había granjeado ningún resultado. En aquella época Dunja no daba la impresión de ser una chica cachonda, pero la cosa había cambiado desde que había roto con su novio. Todo el mundo en el cuerpo parecía conocer las andanzas de esa nueva Dunja. El rumor se había propagado como un virus hasta las comisarías más remotas: ahora se tiraba a un tipo tras otro; follaba como una coneja.

Y, no obstante, a él lo había rechazado; sí, incluso en la última fiesta de Navidades, cosa que encontró absurda teniendo en cuenta que había estado yendo al gimnasio tres veces a la semana, que tenía el cuerpo de un tipo de treinta y cinco, ganaba dinero y podía catapultar la carrera de la agente, o detenerla en seco. Kim llevaba largo tiempo buscando un pretexto para quitársela de encima. Quería trasladarla a algún pueblo de mala muerte, en el quinto pino. Pero por más que lo intentaba, nunca encontraba los argumentos para justificar su traslado, sencillamente porque era una agente de policía demasiado buena.

—¿Debo impedir que continúen? —inquirió Pedersen.

—No, déjelos —dijo Kim mientras seguía con la mirada la marcha de un remolcador a lo largo del canal—. Pero mantenga la vigilancia, sobre todo si parece que descubren algo interesante.

Fabian apagó los faros para que no parpadeasen automáticamente, metió la llave de contacto —una llave de aspecto nuevo— y la giró con cuidado. No

quería que se pusiera en marcha el motor. Se iluminó el salpicadero y apareció la pantalla de inicio del GPS: eso era lo que andaba buscando. Los segundos transcurrieron lentamente hasta que un mapa inundó la pantalla. Era una ampliación de un punto situado a unos diez kilómetros al norte de Køge, en la intersección entre Cementvej y un angosto y extraño camino que desembocaba en un campo y acababa rodeando una arboleda. «Así que fue ahí donde terminó la persecución», pensó Risk. Un episodio que había costado dos vidas inocentes. Pero no había venido hasta aquí para averiguar dónde había terminado Morten su persecución. Buscó el menú principal del GPS y seleccionó «DESTINOS FAVORITOS». Surgió en la pantalla una lista con tres lugares guardados:

—Casa – Adelgatan, 5, Lund
—Trabajo – Klinikgatan, 20, Lund
—Fuera – Rue du Thouron, 15, Grasse

Tomó nota mental para preguntarle a Tuvesson si habían encontrado algo interesante en Grasse, y pulsó «DESTINOS RECIENTES» en la esquina superior izquierda de la pantalla. Ese registro constituía propiamente el motivo de su viaje a Copenhague. Salió una lista de fechas y direcciones. Las examinó con rapidez y descubrió que, en general, los trayectos anteriores al 19 de junio habían sido de casa al trabajo, con alguna escapada adicional para hacer compras.

Ese esquema no se había interrumpido hasta el lunes, 21 de junio, que era cuando la cosa se ponía interesante. El 22, el día del asesinato de Jörgen Pålsson, el coche había pasado por el peaje del puente de Øresund y bajado hasta Alemania, parando tan solo en la gasolinera de Lellinge. El GPS no hacía más que confirmar la información sobre el 22 de junio que Fabian ya conocía. Lo que le llamó la atención fue el día anterior, el 21 de junio.

A las 10:23 de ese día, el coche se detuvo en una carretera sin nombre, cuya ubicación indicaba el GPS en el mapa. Para llegar allí, se había desviado bastante de su ruta habitual, desplazándose hacia los bosques de Söderåsen, más

o menos a un kilómetro hacia el norte de la población de Stenestad (que quedaba, por su parte, a unos treinta kilómetros al este de Helsingborg). La carretera parecía interrumpirse en mitad de la nada. Varias horas más tarde, el coche había abandonado esa zona desierta y había circulado hasta la calle Tögatan, en la que vivía Jörgen Pålsson. Fabian anotó las coordenadas de la carretera sin nombre: 56.084298, 13.09021. Había encontrado justo lo que andaba buscando.

Dunja miró alrededor para comprobar que ninguno de sus colegas veía cómo entraba a hurtadillas en el dormitorio que les habían asignado hacía dos años, pero que nadie se decidía a usar. Se tendió en el catre y cerró los ojos. Risk parecía muy complacido cuando se habían despedido, aunque aseguraba no haber encontrado nada de interés. Ella estaba convencida de que sí había encontrado algo. Él, ante sus preguntas, le había dicho que regresaba a Suecia para comprobar una pista, y había prometido llamarla si resultaba ser algo interesante.

Se cuestionó si debería sentirse irritada por la actitud reticente del sueco, pero llegó a la conclusión de que ella habría hecho lo mismo en su lugar. Tampoco le gustaba revelar nada prematuramente; prefería mantener la boca cerrada hasta que estaba segura de la solidez de un dato. Era consciente de que muchos de sus compañeros encontraban irritante ese rasgo. Según la visión idílica de las cosas que ellos tenían, había que compartir cada idea para que el equipo al completo pudiera darle vueltas hasta dejarla irreconocible.

Su móvil vibró. «El Degenerado», leyó en la pantalla.

—Aquí Dunja Hougaard.

—No tienes que simular que no sabes quién llama.

—Hola, Kim. Siempre es un placer escuchar tu voz. ¿Qué deseas?

—Ven a mi despacho. Tengo que hablar contigo.

—Estoy muy ocupada trabajando en…

—Ahora.

Dunja cerró la puerta a su espalda y se sentó frente al ordenado escritorio de Kim Sleizner, cuya sonrisa no presagiaba nada bueno. Ella siempre se sentía más cómoda cuando estaba enfadado o de malhumor. Otra cosa era cuando exhibía esa sonrisa engreída, que solía significar que se le había ocurrido algún plan que consideraba increíblemente brillante y que iba a pedir a sus subordinados que ejecutaran. Entre las tareas anteriores de esa clase había casi de todo, desde un caso sin resolver que se habían visto obligados a investigar, hasta una norma que asignaba un día de la semana a cada uno de los compañeros que debía encargarse de llevar dulces para el café (a cada uno, por supuesto, salvo al propio Degenerado).

—Pareces cansada. ¿Te acostaste tarde anoche?

—No tanto como esperaba. Como bien sabes, nos cayó encima otro asesinato. —Dunja se esforzó en adoptar una actitud indiferente.

—Exacto. ¿Cómo va eso? ¿Has hecho algún progreso?

—Todavía no. Pero Richter está en el hospital inspeccionando la zona del techo. Hay ciertos indicios de que fue por ahí por donde entró el asesino.

—¿O sea que no tienes nada?

—Correcto.

—¿No hay nada más que quieras contarme?

¿Sería posible que estuviera enterado de su encuentro con Risk? Pensó que era muy improbable y negó con la cabeza.

—¿No crees que el hecho de haberte pasado la mitad del día con un policía sueco y de haberle dejado examinar el Peugeot incautado tiene suficiente importancia como para contármelo?

«¿Cómo demonios lo sabe?».

—¿No lo encuentras un poco extraño?

Kim se calló y esperó unos instantes una respuesta que ella no tenía.

—Te lo preguntaré de otro modo —prosiguió—, ¿qué parte no te quedó clara cuando di instrucciones de no revelar nada sobre el caso, en especial a los suecos, sin mi autorización?

Debía de haber sido aquel viejo cabrón. Era el único que podía haberla delatado. Le entraron ganas de arrancarle el catéter y metérselo por la boca.

—Entendí tus instrucciones, pero considero que encontrar al asesino es el objetivo prioritario, sin importar…

—No creo que nadie te haya pedido tu opinión. Aunque me has decepcionado, no tengo motivo para divulgar más de lo necesario que te has extralimitado en tus funciones.

—No creo haberme extralimitado. De hecho, considero…

—¡Silencio! No importa lo que tú creas. ¡Has violado la cláusula de confidencialidad de tu contrato!

Dunja no tenía ni idea de a qué contrato se refería hasta que Sleizner le puso delante el documento que había firmado al entrar en el departamento y, señalando la cláusula en cuestión con su uña manchada de nicotina, la leyó en voz alta:

—«El empleado tiene prohibido revelar, difundir o utilizar indebidamente la información confidencial. Esta prohibición atañe al empleado en la misma medida que a la autoridad pública a la que se halla subordinado». —Sleizner levantó la vista del contrato y la miró a los ojos—. Espero que comprendas que esto es motivo más que suficiente para que te despida.

«Debe de estar bromeando», pensó Dunja, aunque en el fondo sabía que no era así.

—No puedes hacerlo —dijo, maldiciéndose a sí misma por lo patética que sonaba. Su fachada de indiferencia se había desmoronado—. No puedes…

—Yo puedo hacer lo que me dé la gana. Si se nos agota el papel de váter, estoy en mi derecho de utilizarte a ti para limpiarme. Seguro que comprenderás que no puedo permitirme filtraciones en mi equipo.

—Lo único que he hecho ha sido dejar pasar a uno de nuestros colegas suecos,

que está trabajando en el mismo caso…

—¡Sé muy bien lo que has hecho! Le has permitido la entrada a una persona no autorizada y le has dejado inspeccionar una prueba técnica, sin tener la menor idea de cuáles son sus verdaderos motivos.

—¡Por el amor de Dios! ¡Él quiere resolver el caso, igual que nosotros! ¡O al menos, igual que yo!

—Por lo que se refiere al caso, Fabian Risk tiene tantas posibilidades de ser el asesino como cualquier otro. A fin de cuentas, estaban en la misma clase.

—No hablarás en serio.

—Lo único que sabemos con certeza es que Morten Steenstrup no reconoció al hombre de la fotografía, que, según tengo entendido, el propio Risk difundió mediante gran publicidad. Steenstrup fue asesinado poco después: mira por donde, el mismo día en que Risk se encontraba aquí. También sabemos que estaba, y quizá aún está, enamorado de la esposa de la primera víctima. Quizá no sean más que coincidencias, pero ¿y si no lo son? A ti, en cualquier caso, todo esto te importa una mierda. Le has puesto una alfombra roja a Risk y le has dado acceso al coche incluso antes de que nosotros pudiéramos examinarlo. ¿Tienes idea de lo que hacía en el coche? ¡Podría ser que hubiera estado eliminando pruebas!

Dunja se dio cuenta de que no tenía sentido discutir más con su jefe. Estaba atrapada en arenas movedizas: cuanto más forcejeaba, más se hundía. Se quedaron mirándose en silencio, ambos perfectamente conscientes de que Sleizner no tenía ninguna razón. Nadie como él, sin embargo, era capaz de lograr que las chorradas parecieran lógicas y llenas de sentido, lo cual explicaba por qué había llegado tan lejos. Desde luego, buen policía nunca lo había sido.

Sleizner guardó el contrato y esbozó una sonrisa forzada.

—Por suerte, yo no soy así. Estoy dispuesto a dejar este embrollo de lado, a ponerlo en remojo una temporada para ver cómo se desenvuelven las cosas. Quizá tú puedas ofrecerme un pequeño favor a cambio. ¿No?

44

Fabian salió de la E6 y siguió hacia el este por la 110, dejando atrás Saxtorp. Había introducido en su GPS las coordenadas de aquel paraje remoto y dejaba que el coche lo guiara a través de la campiña de Escania.

Pasó por Markhögsvägen y por varias granjas. La voz femenina del GPS le indicó que tomara a la derecha por Eslövsvägen y, unos metros más allá, a la izquierda por Hedvägen. No parecía que hubiera ningún problema para llegar a su destino, pero ignoraba qué podía aguardarle allí. Según el mapa, parecía en gran parte una zona boscosa.

Había estudiado el terreno en Google Maps y descubierto que en esa propiedad había una granja de dos pisos. Ya que no había logrado averiguar quién era el dueño, llamó a Lilja con la esperanza de que le echara una mano. Ella quiso saber por qué no estaba de vacaciones y qué era lo que había despertado su interés en esa granja. Fabian le dijo la verdad: había encontrado una llave de repuesto del Peugeot cuando estuvieron en casa de Rune Schmeckel y había ido a Copenhague a examinar el vehículo. Y este, según el GPS, había estado en esa granja el día antes del asesinato de Jörgen.

Se había hecho un silencio tan profundo al otro lado de la línea que Risk le preguntó si todavía seguía allí. «No me diga que a esto lo llama vacaciones», dijo ella, advirtiéndole a continuación que era una estupidez ir solo a la granja. Él intentó tranquilizarla explicándole que, probablemente, estaba abandonada, pero ella lo caló en el acto. «Ya veo, está asustado y quiere asegurarse de que conocemos su paradero. ¿No es esa la verdadera razón de su llamada?»

Fabian no tenía ni idea de lo que iba a encontrar en la granja.

El paisaje cambiaba después de Kågeröd: los bosques daban paso a una zona despejada, y las carreteras se estrechaban a medida que iban serpenteando por las estribaciones de Söderåsen. Muy pronto la carretera se estrechó tanto que era más bien un camino sin ningún desvío aparente. Lo cual no le pareció un gran inconveniente, dado que no se había cruzado con ningún coche en los últimos quince minutos.

El camino avanzaba sinuosamente hasta otra granja. Fabian se detuvo a comprobar si el GPS no lo había extraviado. Según el mapa, tenía que atravesar esta granja para llegar a su destino. Aun teniendo la sensación de ser un intruso, avanzó despacio entre los edificios mirando alrededor.

La puerta del establo estaba abierta de par en par, pero no se veía a nadie. Daba la impresión de que la granja estaba abandonada. Frente al establo, había una colección de segadoras herrumbrosas, varios neumáticos de tractor, una bañera y un montón de maniquíes desnudos cubiertos de mugre. Recordó la famosa frase de Laurie Anderson: «… las personas de las grandes ciudades del mundo tienen mucho más en común entre ellas que con los habitantes de las zonas rurales de su país». Fabian estaba convencido de que él era un ejemplo indiscutible de ese aserto: no sabía casi nada de la vida de la Suecia rural ni de la gente que vivía allí.

Condujo de nuevo con lentitud y vio por el retrovisor de la derecha que algo se movía. Un gran pastor alemán corrió ladrando por su lado unos diez metros y, de repente, desapareció bajo el coche. Fabian pisó el freno y el vehículo se detuvo derrapando. Bloqueó instintivamente las puertas y esperó a que el perro saliera. Tras un rato, retrocedió con cuidado unos metros, pero no había ni rastro del perro. Era casi surrealista.

Se planteó si habría llegado ya a las coordenadas del Peugeot, pero el GPS decía que faltaba un kilómetro más o menos. Mientras seguía adelante con cautela, le sonó el móvil. Respondió sin dejar de mirar por el retrovisor. ¿Dónde se habría metido ese perro?

—Urs Brunner —le informó Lilja.

—¿Quién es ese?

—El dueño de la granja a la que se dirige.

—¿Alemán?

—Eso parece. Compró el terreno en 2001. ¿Cree que podría ser otra de las muchas identidades de Schmeckel?

La señal fallaba, y la voz de Lilja resultaba cada vez más difícil de captar.

—Podría ser —dijo Fabian sin dejar de avanzar a paso de tortuga. Dobló la esquina de un edificio—. ¿Tiene una dirección real en Alemania o es un apartado de correos? Irene, ¿me escucha?

—Y se supone que debo decirle que Tuvesson quiere que deje… hasta que nosotros…

La llamada se cortó. Fabian tiró el móvil al asiento del copiloto y, con perro o sin perro, siguió adelante. A la derecha del camino había un bosque y a la izquierda, un campo.

«Después de trescientos metros, gire a la izquierda», le indicó el GPS. Giró, pues, y enfiló el último tramo.

El camino terminaba al cabo de unos cien metros. Se bajó del coche y miró alrededor. Unas nubes dispersas tapaban el sol, dándole de golpe al verano un aspecto otoñal. Pasaron volando tres cisnes, cuyas grandes alas restallaban ruidosamente en el aire. Luego el silencio volvió a imponerse sobre el paraje. No había ruido de coches, ni bullicio de fondo, ni tampoco soplaba el viento entre los árboles. Reinaba una tranquilidad inquietante.

Tras unos árboles rielaba un pequeño lago. No veía ninguna otra granja. Caminó hasta un solitario buzón que se alzaba, abandonado, bajo la sombra de unas lilas exuberantes. Cogió un palito y rascó el moho de la superficie. Había un rótulo azul desteñido con el apellido «BRUNNER».

Siguió un sendero que partía del buzón y se internaba entre las lilas. Al llegar al final de los arbustos, captó un destello en el aire, por encima de los árboles. Avanzó un poco más y se dio cuenta de que era una lente redonda, grande y

reluciente, montada en un poste instalado sobre el caballete del tejado de uno de los edificios de la granja.

No se entretuvo tratando de averiguar para qué podía servir y continuó bajando por el sendero hacia la granja, mientras se preguntaba cómo sería vivir en un lugar tan remoto, casi en mitad de la nada. Él no aguantaría más que unos días antes de que la añoranza del ambiente de ciudad lo enloqueciera. Desde luego, era el lugar perfecto si lo que querías era que te dejaran tranquilo. Hasta donde alcanzaba la vista, no había vecinos ni carreteras: nadie que pudiera observarte. ¿Era eso lo que buscaba Urs Brunner?

En cualquier caso, saltaba a la vista que había pasado mucho tiempo desde que ese tal Urs había vivido aquí, quizá muchos años. Se abrió paso entre las altas hierbas hacia un edificio con revestimiento de fibrocemento gris, cubierto de moho. Dobló la esquina y se detuvo de golpe para asimilar lo que tenía ante los ojos. O estaba soñando, o el asesino era un misterio mucho mayor de lo que jamás había imaginado.

A unos veinte metros, había otro edificio idéntico al que tenía a su lado. Pero el terreno entre ambos resultaba desconcertante: la hierba estaba recortada impecablemente, como si aquello fuera un *green* de golf preparado para el mismísimo Tiger Woods. En mitad del césped, había un seto de pocos centímetros de altura que enmarcaba un rectángulo de grava rastrillada. Fabian pensó que parecía una tumba y calculó que debía de medir unos tres metros por cuatro.

Cruzó el césped hasta la zona cubierta de grava. Lo que vio entonces modificó de golpe toda la investigación en un sentido esencial. Cuanto creían saber se había convertido de repente en algo inútil. Deberían empezar otra vez de cero. Él, desde luego, no tenía ni idea de cómo seguir a partir de aquí.

El sol asomó por detrás de las nubes y el ambiente se volvió de inmediato más cálido. Risk pasó por encima del seto, entrando en el rectángulo de grava, y observó la plancha de cristal de tres centímetros de grosor que se hallaba suspendida a unos centímetros del suelo sobre cuatro patas metálicas. Rune

Schmeckel yacía boca arriba sobre el cristal. Estaba desnudo, con los brazos y las piernas atados a la plancha y extendidos hacia sus cuatro esquinas.

El hombre al que había buscado los últimos días estaba allí: expuesto, vulnerable, chamuscado. No le quedaba pelo y tenía graves quemaduras en el cuero cabelludo. El cráneo se hallaba a la vista en algunos trechos. Fabian intentó serenar sus pensamientos, deducir lo que había ocurrido, pero la perplejidad lo dominaba en absoluto. Schmeckel tenía extensas quemaduras en la cara y en el cuerpo, como si lo hubieran torturado con un soplete, pero los contornos de las heridas eran demasiado nítidos para haber sido producidas a mano.

Risk se mareó a causa de los pensamientos que le zumbaban en la cabeza como moscas en torno a un cadáver. El sudor le perlaba la frente y le resbalaba sobre los ojos; eso le provocaba escozor. ¿Cómo no se le había ocurrido traer un poco de agua? Intentó tragar para deshacerse de la sensación pegajosa que notaba en la boca, lo cual no hizo más que aumentarle las náuseas. Necesitaba beber. Tal vez habría un pozo por allí. Se dedicó a buscar con la mirada cuando oyó un chisporreteo detrás de él. Notó olor a humo, así como una sensación de calor creciente. Se giró en redondo muy rápido, pero no vio nada que explicara el olor. ¿Estaría soñando? ¿Estaba en casa, dormido en la cama? El chisporroteo sonó justo detrás de su oreja, donde notó de repente un dolor agudo, atroz. Y entonces se dio cuenta de que estaba ardiendo en llamas.

SEGUNDA PARTE

7 de julio-11 de julio de 2010

«No es la muerte en sí lo que nos asusta cuando nos estamos muriendo, sino el peligro de ser olvidados.»

H.I.

8 de enero

Como de costumbre, todos me miraban y se reían cuando he salido al patio de la escuela. Yo notaba el roce metálico bajo mis mitones. Ojalá no hubiera estado tan nervioso y asustado, pero lo estaba. Temía que para el principio del semestre se les hubiera ocurrido una nueva forma de hacerme daño. Alguna travesura horrible que hiciera reír a todos los demás idiotas.

Pero ellos han gritado como de costumbre que era gay y que apestaba como un orinal. Yo no he dicho nada, pero no he huido. Me he dado la vuelta, me he acercado a uno de ellos y le he pegado en la cara con los puños americanos que tenía bajo los mitones. Me ha dolido más de lo que pensaba, pero le he dado de nuevo porque sabía que no bastaba con una vez. Él ha intentado pegarme a mí, pero ha fallado. Yo lo he cogido de la capucha, lo he tirado al suelo y le he aporreado la cabeza contra las baldosas una y otra vez. No sé si era él o yo quien gritaba. Creo que éramos los dos.

Ha sido lo más impresionante que he hecho en mi vida. Bueno, desde que fui por primera vez a Legoland. Yo veía el miedo en sus ojos y eso me ha puesto todavía más y más furioso, pero también me sentía cada vez más y más fuerte. Él se ha quedado allí tirado, encajando los golpes. Nadie ha intentado detenerme, ni siquiera su amigo. Habría podido seguir hasta abrirle el cráneo si hubiera querido. Es cierto. Lo juro.

P.D. *Laban* estaba muerto cuando he llegado a casa. No sé por qué, pero me he echado a llorar.

45

Fareed Cherukuri había reflexionado sobre ello muchas veces y ya no le cabía ninguna duda. Desempeñaba uno de los trabajos más aburridos del mundo. Si hubiera podido escoger, habría preferido ayudar a limpiar Chernóbil que estar ahí sentado, en el servicio de atención al cliente del Grupo TDC, respondiendo una pregunta tras otra, a cuál más estúpida. «¿Por qué no me funciona Internet? ¿Puede ayudarme a usar Google?»

Aunque estaba mucho mejor cualificado que para ese puesto, lo había aceptado porque necesitaba el dinero. Encontrar trabajo en un país como Dinamarca cuando te apellidabas Cherukuri era casi imposible. Le habían prometido la posibilidad de un ascenso en cuanto hubieran valorado su actitud. «Siempre hacen falta buenos programadores», le habían dicho. De eso ya hacía tres años, y todavía seguía sentado ahí, en el búnker, soportando los pesados auriculares en la cabeza. «Se me ha caído el teléfono móvil en el váter y ahora no funciona. ¿Me puede ayudar?»

Ese día le habían hecho por primera vez una pregunta que lo había arrancado de su aburrimiento. Al cabo de unos instantes de iniciar la conversación, se había erguido en la silla, tremendamente excitado.

La mujer se había presentado como Dunja Hougaard. Era agente de policía de la brigada criminal de Copenhague. Le dijo que debería haber llamado a la división especial de TDC para la investigación de teléfonos móviles, pero que el papeleo tardaría mucho y que prefería evitarse, si era posible, un proceso tan serio en esta fase inicial de la investigación.

El trabajo de Fareed era dar atención al cliente, no practicar escuchas telefónicas. A menos que ella tuviera un problema en su cuenta de TDC, no podía ayudarla. Aunque deseara hacerlo, no le estaba permitido conseguir la información que ella quería. Eso, al menos, según la descripción oficial de su puesto.

Aunque, para ejercitar su cerebro y sus habilidades de programación, durante esos años se había dedicado a piratear los sistemas del Grupo TDC, atravesando todos los cortafuegos y llegando incluso al Santo Grial: llamadas, mensajes de texto y tráfico de datos. En el último año había conseguido escuchar subrepticiamente cualquier llamada efectuada a través de la red de TDC. Cualquiera: sin importar si era de la reina Margarita, de Casper Christensen o Sørend Pind.

Escuchar las conversaciones de la gente le había alegrado la vida unos meses, pero pronto había vuelto a hundirse en un letargo mortal. Tenía la esperanza de enterarse de algún secreto jugoso, pero no había descubierto nada escandaloso. Era como si todos supieran que los estaban escuchando. Pero la llamada de ese día era distinta.

La mujer policía quería saber si un determinado número de Suecia había llamado a un determinado número de Dinamarca en la tarde del viernes del 2 de julio. Fareed le preguntó de quién eran los números, pero ella no quiso decírselo. Él prometió que vería lo que podía hacer y que la telefonearía lo antes posible.

Enseguida descubrió que el número sueco pertenecía a una tal Astrid Tuvesson, jefa de la unidad criminal de Helsingborg, y que el número danés correspondía a Kim Sleizner, el jefe de la policía danesa. Ahora entendía por qué esa mujer no había querido que su pesquisa quedara registrada.

La cosa se ponía cada vez más interesante. Sleizner era en cierta medida un personaje famoso. Siempre que la policía tenía que hacer una declaración pública, salía él. Fareed no tuvo ninguna dificultad para efectuar la búsqueda. En unos minutos, devolvía la llamada a Dunja Hougaard.

—El número sueco llamó al número danés a las cinco y treinta y tres minutos

del pasado viernes por la tarde.

—¿El número danés respondió?

—No, pero dejaron un mensaje en el buzón de voz. ¿Quiere escucharlo? — Fareed percibió cómo titubeaba la agente de policía, cosa que comprendía perfectamente. ¿Qué derecho tenía ella a escuchar los mensajes de su jefe?

—De acuerdo.

Fareed Cherukuri activó la grabación:

«Soy Astrid Tuvesson, de la policía de Helsingborg. Tenemos una emergencia en su jurisdicción. Hay un criminal extremadamente peligroso en una gasolinera de Lellinge, y tememos que pueda haber tomado como rehén a alguno de los empleados. Ese hombre tiene a sus espaldas al menos dos asesinatos en Suecia, y es necesario detenerlo antes de que siga matando. Llámeme en cuanto reciba este mensaje. Entretanto voy a ponerme en contacto con la comisaría de Køge».

Había ocurrido tal como Fabian Risk decía, pensó Dunja.

—¿El número danés devolvió la llamada al número sueco?

—No. Él no escuchó el mensaje hasta el día siguiente, después de lo cual lo borró.

—¿Lo borró?

—Sí, pero conservamos los archivos de sonido un año.

«Ha dicho “él”», pensó Dunja. Dedujo de inmediato que el operador había mirado el nombre del abonado danés, pero no pensaba decir nada. Ya tenía la respuesta a su pregunta. Ahora debía pensar cómo iba a proceder.

—He descubierto algo más —le dijo él cuando Dunja ya iba a darle las gracias y a colgar.

—¿Ah, sí?

—Conozco la localización del teléfono cuando el mensaje entró en el buzón de voz.

—Dígame.

—Estaba en la esquina de Lille Istedgade y Halmtorvet.

Dunja conocía bien la dirección: era una esquina frecuentada por prostitutas.

—Estoy segura de que es una coincidencia —respondió y, agradeciéndole la ayuda, colgó.

46

El rayo de sol candente daba en el vientre desnudo del hombre, justo por debajo del ombligo. Una delgada columna de humo se elevó desde ese punto mientras sonaba una leve crepitación, como si estuviera friéndose un huevo diminuto. Acababan de dar las seis de la tarde, pero el sol brillaba aún como si fuera mediodía. Era como si el ambiente vibrara y olía a chamuscado.

«O sea que es así como huele la carne humana quemada», pensó Fabian, alzando la vista hacia la lente montada en el tejado. «Recuerda más al olor de cerdo frito que al de pelo quemado.» Ya lo había olido antes también, cuando se le habían incendiado la chaqueta y el pelo.

Habían transcurrido unos segundos preciosos antes de que se diera cuenta de que estaba ardiendo. Se había arrojado al suelo para intentar sofocar las llamas, pero por más que se revolcaba no acababan de apagarse. Casi se había dejado llevar por el pánico al notar que el pelo de la nuca no cesaba de arder. Ahora que ya había pasado todo, el hedor resultaba tan insoportable como el dolor. El fuego no se había extinguido hasta que se había echado la chaqueta sobre la cabeza.

Ya había pasado una hora desde entonces. Observó que ese mismo rayo de sol había quemado un centímetro del vientre de Rune Schmeckel. No sabía si tal vez debía trasladar el cuerpo, aunque el dolor que sentía en la espalda apenas le permitía moverse. Además, prefería no tocar nada hasta que llegaran Molander y compañía. No quería darle a Lilja otro motivo para sospechar de él. Así pues, procurando no pensar en el dolor, retrocedió más allá del seto, se quitó los zapatos y los calcetines, y se sentó con cautela sobre el césped.

El silencio resultaba casi irreal. Ni siquiera oía el canto de algún pájaro ni el murmullo del viento entre los árboles. Era como si todo el lugar contuviera la respiración, como si él fuera la única criatura viva. Le resultó imposible mantener los ojos abiertos más tiempo y, cediendo al sopor que lo invadía, se sumió cada vez más profundamente en un agujero negro sin sueños.

47

Dunja Hougaard entró en el ascensor y pulsó el botón de la tercera planta. Tenía la espalda resentida por su media hora sobre la alfombra de acupuntura. Había decidido ocultar por ahora la información que le había sacado al operador de TDC. Por una vez, no iba a actuar a la brava. Antes de hacer nada, quería cerciorarse de que la información era correcta.

No cabía la menor duda de que los suecos habían llamado a Kim Sleizner, pero ella no acababa de ver claro que su jefe pudiera haber estado en la esquina de Lille Istedgade y Halmtorvet en el momento de recibir la llamada; y suponiendo que fuera cierto, no comprendía qué hacía allí. No le sorprendería descubrir que el Degenerado frecuentaba a las prostitutas. Pero si resultaba que lo hacía en horas de trabajo, se armaría un jaleo de mil demonios.

Se abrieron las puertas del ascensor y entró en la unidad de policía de tráfico, aunque no se dirigía allí, sino al Departamento de Informática, que quedaba al fondo de todo. Había una última cosa que quería comprobar antes de irse a casa.

—¡Eh, sexy! Pareces realmente hecha polvo —exclamó Mikael Rønning, que hoy iba con unos ceñidos tejanos blancos y una camiseta escotada con incrustaciones plateadas.

—Bueno, así es como me siento.

—¿Qué te pasa esta vez? ¿Tu ordenador ha vuelto a pillar un herpes por todo el porno que has estado mirando?

—Por así decirlo.

Dunja se inclinó sobre la mesa de Mikael. Si él hubiera sido hetero, sin duda le habría molestado su lenguaje. Por algún motivo desconocido, tenía mucha más paciencia con los gais. Mikael podía decirle lo que se le antojara y a ella no le importaba. Cosa que él aprovechaba al máximo. Siempre le encontraba defectos: si no era su ropa, era su pelo o su aliento. «¿Se te ha olvidado cepillarte los dientes otra vez? ¿Cuántas veces tengo que decirte que debes cepillártelos siempre después de una mamada? ¿No ves que se te queda todo entre…?»

—Necesito una copia del registro de entradas y salidas del personal del dos de julio.

—¿Del viernes pasado?

Dunja asintió con una expresión que indicaba que no quería decir nada más.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Pregunta. Pero no esperes que te conteste.

Mikael masculló algo ininteligible, se sentó ante su ordenador e introdujo unos comandos. Al cabo de un momento, la impresora escupió las hojas de las entradas y salidas de cada empleado del edificio. Dunja iba cogiendo las páginas, una a una, antes de que se enfriaran siquiera, y las repasaba a la misma velocidad que la máquina las imprimía.

Encontró el registro de entrada de Sleizner en la cuarta página. A las 11:43 había pasado la tarjeta e introducido su código en la entrada sur, que era la del aparcamiento. Había subido al departamento criminal y accedido a su ordenador. Dunja no vio nada más hasta las 22:46. A esa hora había pasado por la salida y abandonado el edificio.

Según el operador de TDC, Sleizner había estado en Lille Istedgade, no lejos de la comisaría, a las 17:33. Pero según el registro, él no había salido del edificio. O la información era falsa, o Sleizner se las había ingeniado para salir sin fichar.

—Me llevo esto a casa —dijo, y se alejó a toda prisa.

—¡Me debes una! —le gritó Mikael Rønning.

—¡Puedes llevarme a la cama cuando quieras! ¡No tienes más que decirlo! —

dijo Dunja dándose una palmada en el culo antes de salir. Él se echó a reír y pensó que si alguna vez cometía la estupidez de volver a meterse en el armario, sin duda sería con ella.

48

Estaba sentado en «El Corazón», su cuarto de control. Tal vez habría sido más adecuado llamarlo «El Cerebro», pero le gustaba más el primer nombre; sonaba más acogedor. El Corazón era una de las habitaciones que se había pasado años excavando en secreto, a una profundidad de dos metros y medio, en el subsuelo de su casa de un único piso. En los dos últimos meses se había dedicado a convertir ese espacio subterráneo en su morada permanente, y ya solo de vez en cuando subía al piso. Si fuera necesario, podría sobrevivir bajo tierra más de un año.

Tenía una pequeña cocina con agua corriente y una despensa bien aprovisionada de comida desecada y en conserva. En el dormitorio disponía de una cama de agua caliente que era más cómoda que su cama normal. Como no había ventanas, había trabajado mucho tiempo en la iluminación hasta quedar plenamente satisfecho. Ahora podía jactarse de tener en un día nublado más luz natural allí abajo que en el exterior.

Su mayor problema había sido la ventilación. Lo más sencillo habría sido colocar la entrada y la salida en el patio, pero el ruido de los ventiladores habría resultado demasiado obvio. Había intentado, pues, canalizar el aire a través de la casa y sacarlo al exterior por una nueva chimenea, pero a pesar del considerable aislamiento que empleó, el zumbido se transmitía de igual forma y revelaba que allí había algo más que una casa de una planta. Al final, montó una falsa obra en la calle para «reparar un escape de agua», y así pudo desplazar el sistema de

ventilación hasta una esquina de la parcela, junto a la caja de electricidad. Había sido un proceso bastante complicado, sin duda, pero había valido la pena.

Todavía estaba más satisfecho con El Corazón. Tenía la forma de un hemisferio de algo más de dos metros de diámetro. Venía a ser como la cabina de un piloto, con todo lo necesario al alcance de la mano. Había pintado de rojo los muros de hormigón, y utilizado un aerosol dorado en el semicírculo del panel de control y en su silla. En un armario empotrado a su derecha tenía tres ordenadores hechos a medida. Comparados con ellos, los ordenadores más caros del mercado parecían tan antiguos y limitados como un Commodore 64. También disponía de dos servidores NAS de ocho terabytes cada uno. Todo refrigerado e insonorizado. Cada ordenador contaba con una conexión dedicada de cien megabytes por segundo en ambos sentidos. Y siempre que entraba en línea, usaba varios servidores proxy para que nadie pudiera rastrear sus direcciones IP.

En este preciso instante veía a la policía en torno al cuerpo de Rune Schmeckel en una de las seis pantallas que tenía delante. Estaban todos excepto Fabian Risk, a quien se habían llevado al hospital para que le curasen las quemaduras. Se había desternillado de risa al ver cómo el sueco ardía en llamas. Casi demasiado fantástico para creerlo. Ni siquiera lo tenía planeado. Si hubiera creído en Dios, se lo hubiera tomado como un claro signo de que el cielo lo apoyaba en su misión. Pero, desde su punto de vista, bastaba con la buena suerte. La suerte era perfecta.

No sabía si había sido también la suerte la que había ayudado a Risk a encontrar a Rune Schmeckel varias semanas antes de lo previsto. Pero una sensación inquietante le decía que la suerte no tenía nada que ver en el asunto y que el policía, sencillamente, era un peligroso adversario. Lo presentía desde hacía tiempo, pero ahora tenía una confirmación adicional.

Ya había sospechado que podía llegar a suceder esto cuando se había visto obligado a abandonar el Peugeot. Y Rune no era más que el principio. Si su suerte se torcía, el coche podía convertirse en un problema mucho mayor de lo

que había pensado. Pero para cada problema solía haber siempre una solución. Lo único que tenía que hacer era preverlo; y para él, en este momento, la solución se llamaba «Risk».

Lo más sencillo habría sido matarlo ya. Pero ¿quién había dicho que la tarea sería sencilla? Había invertido en ella demasiados años y demasiado dinero como para conformarse con hacer nada a medias. Ya había introducido los cambios más cruciales en el plan, y Risk iba a ser la guinda del plan B; por ello, había que mantenerlo con vida un poco más. Le quedaba pendiente una operación de reconocimiento para que la última pieza del rompecabezas encajara, y pensaba llevarla a cabo esta noche mientras Risk se encontraba en el hospital.

Pulsó uno de los interruptores de la mesa de sonido para escuchar a los policías; seguían hablando en torno a Rune Schmeckel.

—Lo ideal sería que mantuviéramos esto en secreto lo máximo posible. Cuanto más tiempo tarde el asesino en saber que lo hemos encontrado, mejor —dijo la jefa del grupo.

—Entonces, ¿estamos seguros de que Schmeckel no es el asesino? —dijo la guapa mirando fijamente el cadáver.

—¿Está insinuando que podría haberse quitado la vida?

—¿Por qué no? Es un suicidio espectacular. Mire alrededor: la grava está rastrillada. Es como si el objetivo de todo esto fuera que nosotros lo viéramos.

—Sí, pero creo que hemos llegado antes de lo que él tenía planeado. No se esperaba que Risk encontrara tan deprisa este lugar. Y he de reconocer que no entiendo cómo lo ha conseguido.

—A Schmeckel, además, le habría resultado imposible atarse así —dijo el investigador forense arrodillándose y señalando la correa, que se le había clavado en la piel de la muñeca—. Fíjense en estas marcas. Son signos claros de que intentó liberarse.

—¿Cuánto tiempo podría haberse pasado aquí? —preguntó el gordo.

—Difícil de decirlo ahora mismo. Pero las quemaduras nos ayudarán a

encontrar la respuesta.

—¿Cómo?

—La rotación de la Tierra alrededor del Sol da lugar a que cada quemadura sea única. Los rayos habrían incidido cada día en un punto distinto y se habrían ido desplazando por todo el cuerpo.

Él no se perdía una palabra de la conversación y no pudo por menos que sentirse impresionado por el razonamiento deductivo del inspector. No todo el mundo era capaz de dejar de lado sus emociones, pero este tipo en particular no parecía en absoluto alterado por el cadáver del hombre que tenía delante: un hombre que a todas luces había tenido que experimentar un sufrimiento indescriptible antes de que la muerte hubiera llegado para acallar el dolor. Un hombre al que habían estado buscando hasta ahora. Un asesino convertido en víctima.

Nada de eso parecía afectar al investigador forense. Al contrario: estaba absorto en el examen de las quemaduras para tratar de averiguar cuánto tiempo había pasado Schmeckel sobre la plancha de cristal. «Impresionante», pensó. Él también habría sido un buen forense y habría resultado un trabajo divertido. De hecho, lo había considerado seriamente en el pasado, pero ahora tendría que dejarlo para otra vida.

Él había decidido trabajar por cuenta propia, y le encantaba su trabajo. Nada le gustaba tanto como pasarse las horas en su taller, buscando soluciones nuevas y creativas. A veces trabajaba varios días seguidos, sin parar siquiera para comer ni dormir. La concentración en su tarea le hacía perder la noción del tiempo y del espacio. Le permitía olvidar hasta qué punto era un tipo patético. No dudaba que lo mismo le ocurría a ese investigador al que observaba en la pantalla.

—Mire aquí, por ejemplo —dijo Molander señalando una línea de quemaduras que partía de la cadera izquierda y subía por el pecho y luego por la cara, con algunas lagunas intermedias—. Todo esto es de un día.

—Pero si es de un día, ¿por qué no esta quemado aquí o aquí? —Lilja señaló los espacios intactos de la línea.

—Eso corresponde seguramente a un árbol o a una nube que tapaba el sol.

Molander adoptaba una irritante actitud engreída, pensó Lilja.

—Entonces, ¿solo hemos de contar las líneas?

—Exactamente.

—Pero usted ya lo ha hecho, ¿no es cierto?

Molander asintió y, ajustándose las gafas, dijo:

—Diecisiete.

—¿Diecisiete días? ¿Ha estado aquí fuera más de dos semanas? —exclamó Tuvesson.

—No puede ser —dijo Klippan—. La putrefacción estaría más avanzada, sobre todo con este calor.

Molander se quitó las gafas y se las limpió lenta y ceremoniosamente.

—Que haya estado aquí tumbado diecisiete días no quiere decir que lleve muerto diecisiete días. Una persona puede sobrevivir varios meses sin comida; y diez días sin agua.

—Sí, pero no con este calor.

—De acuerdo. Debe de haber tenido la posibilidad de beber agua de un modo u otro —prosiguió el forense y, agachándose, miró bajo la plancha de cristal—. Sí. Lo que me imaginaba.

Sacó un bidón vacío con un tubo transparente que pasaba por un pequeño orificio de la plancha de cristal a la altura del cuello de Schmeckel.

—¿Cuándo murió, pues? —preguntó Tuvesson.

—Trenzas tendrá que confirmarlo, pero yo apuesto a que hace dos o tres días como máximo.

Astrid Tuvesson y los demás se quedaron en silencio alrededor del cuerpo chamuscado. Como si acabaran de comprender la cantidad de dolor que había tenido que soportar Rune Schmeckel en los últimos días de su vida. El caso era completamente desconcertante, además. Estaban más perplejos que nunca.

Los sanitarios de la ambulancia se acercaron con una camilla y preguntaron si ya podían llevarse el cuerpo. Tuvesson asintió en silencio. Cortaron las correas y levantaron el cadáver.

Bajo la plancha de cristal había crecido una especie de musgo siguiendo exactamente los contornos del muerto: un musgo florecido a su sombra, que se veía quemado y marchito allí donde había llegado el sol. Rune Schmeckel ya iba camino de la ambulancia en una bolsa para cadáveres, pero casi parecía que estuviera aún tendido sobre el musgo.

—¿Qué demonios significa esto? —dijo Klippan.

Nadie respondió, ni siquiera Molander.

49

Fabian Risk se reconoció a sí mismo por las llamas que surgían de la espalda y la nuca del hombre, que tenía una pistola en la mano. Frente a él, había un tipo desproporcionadamente grande vestido de negro. Una bala volaba por el aire. No podía ser la primera, pensó Fabian, porque el tipo de negro había recibido un disparo y yacía en el suelo con una herida en el vientre, que formaba un considerable charco rojo.

—Este es el asesino —dijo Matilda señalando al gigantón ensangrentado—. Y este eres tú.

—Pero yo sigo ardiendo. ¿Cómo se supone que voy…?

—Mira, está chupado —lo interrumpió Matilda, y le enseñó un mar de color azul oscuro en una esquina del dibujo—. Lo que tienes que hacer es correr y lanzarte de cabeza.

—Está chupado —repitió Fabian dejando el dibujo. Dirigió la mirada hacia Sonja, que estaba sentada en una silla junto a la cama del hospital.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó ella.

—Muy bien, dadas las circunstancias. El médico dice que solo tengo quemaduras de segundo grado. No han de hacerme injertos ni nada.

—Qué bien.

—¿Te duele? —preguntó Matilda.

—No mucho —mintió Fabian, y le sostuvo la mirada a Sonja.

—Yo me quemé y me dolió un montón. Mira, aquí.

Matilda se levantó la camiseta y les enseñó la cicatriz que tenía en el estómago.

Fabian había albergado la esperanza de que aquella cicatriz desapareciera con el tiempo, pero más bien había crecido a la vez que Matilda. Ella tenía dos años cuando se había producido el accidente. Estaban los dos solos, y él se había puesto a hervir los chupetes. La niña estaba obsesionada con esos chupetes, con los «chupes», como ella decía, y no paraba de lloriquear y de rogar que le diera uno. Obviamente, las bacterias le tenían sin cuidado. «Quedo chupe… papi, chupe, sí, papi… chupe, sí, ¡quedo chupe!».

Él, cansado de oírla, había cerrado la puerta del dormitorio para terminar de hacer la cama en paz. No se le había ocurrido que la niña fuera capaz de mover el taburete, encaramarse encima y alcanzar el pote de agua hirviendo.

—Según el médico, podré volver a casa mañana o pasado.

—Fantástico.

—Y estaba pensando que podríamos empezar esas vacaciones y…

—Basta, por favor.

—Sonja, me han apartado del caso. —La miró a los ojos—. No te lo había dicho, pero Tuvesson me relevó ayer.

—Y así y todo estás aquí, en el hospital.

Ella tenía razón. No importaba que lo hubieran apartado del caso ni que estuviera cubierto de quemaduras. No podría dejar el asunto hasta que hubieran atrapado al asesino, y eso que por ahora estaban más lejos que nunca de la solución.

—¿Dónde está Theo?

—No ha querido venir. ¿Cómo te fue la excursión de ayer con él, por cierto?

Fabian negó con la cabeza y explicó:

—Lo único que quería Theo era volver cuanto antes para encerrarse en su cuarto con el ordenador.

Sonja sonrió por primera vez desde que había llegado.

—Tú eres muy bueno resolviendo casos. También lograrás resolver ese

misterio.

Él se echó a reír.

—No hay nadie tan bueno.

La sonrisa de Sonja se desvaneció.

—Matilda y yo tomamos esta noche el tren a Estocolmo.

—¿Y Theo? ¿Qué dice él?

Sonja se encogió de hombros.

—Dímelo tú. Le he preguntado si quería venir con nosotras, pero ahora su nueva modalidad consiste en no contestar cuando le hago una pregunta.

—¿Has probado enviándole un mensaje de texto? Suele tener puestos los auriculares y no te oye, aunque hables a gritos; en cambio, no pierde de vista su teléfono móvil. Es un adolescente, cariño. Como la mayoría de los chicos de su edad, nos considera las personas más pesadas del mundo. Le damos vergüenza ajena. Con razón no quiere hablar con nosotros.

—Si se niega en redondo a venir con nosotras —dijo Sonja—, supongo que puede quedarse aquí. Así tendrás la oportunidad de resolver dos casos a la vez. —Se levantó, se inclinó sobre la cama y lo besó. En medio de sus peores crisis, un beso servía para recordarles lo mucho que se querían en el fondo.

—Nos vemos —le susurró al oído. Y volviéndose hacia Matilda, añadió—: Despídete ahora de papá.

—Adiós.

—Cómo, ¿no me das un abrazo?

—No —dijo Matilda cogiéndose de la mano de Sonja—. Si se te olvida lo que tienes que hacer, mira el dibujo.

Dieron un golpe en la puerta. Un agente uniformado la abrió y las dejó salir.

50

Dunja Hougaard echó una mirada rápida por la ventana al cielo oscuro, teñido de un tono rosáceo y salpicado de nubes esponjosas. Estaba tumbada en el sofá de su piso de dos habitaciones, que quedaba encima de la farmacia Blågårds, en Blågårds Plads. La vista le confirmó una vez más que ese lugar junto a la ventana, sobre el gastado sofá que había heredado de su abuela, era, lo más probable, el mejor lugar del mundo. En los días soleados la luz entraba a raudales y, cuando llovía, escuchaba el repiqueteo de las gotas en la ventana.

Estaba revisando sistemáticamente el registro del personal por segunda vez. Marcaba con un rotulador el nombre de cada empleado que había entrado en el edificio en cuanto encontraba la hora a la que había salido. Así averiguaría si Sleizner había abandonado la comisaría usando la tarjeta de otro. Por el momento, no había encontrado nada fuera de lo normal. Su jefe había llegado a las 11:43 y había salido a las 22:46. Una jornada muy larga para tratarse de un viernes; pero tampoco era algo tan extraño, por desgracia.

Dejó el fajo de hojas y miró por la ventana. Vio la lucecita parpadeante de un avión en lo alto del cielo y se preguntó cómo sería practicar la caída libre: abrir la puerta del avión y arrojarte a lo desconocido. Se lo había prometido a sí misma como regalo de su trigésimo cumpleaños; debía probarlo algún día. Ya estaba a punto de cumplir treinta y cinco.

Salió bruscamente de su ensueño. ¿Sería posible que Sleizner hubiera utilizado una salida de emergencia? Volvió a coger las hojas; buscó las horas

previas a las 17:33, cuando supuestamente estaba en Lille Istedgade. Repasó el listado por tercera vez y encontró al fin lo que había estado buscando.

- Hora: 16:27 – Salida de emergencia 23 A
- Hora: 16:28 – Salida de emergencia 11 A

El Degenerado había usado la salida de emergencia de la escalera A. Debía de haberse asegurado de que las puertas no quedaban completamente cerradas, para poder volver a colarse por allí y luego salir del edificio con su tarjeta a las 22:46. Ahora tenía la confirmación de que había abandonado la comisaría para hacer algo en Lille Istedgade: algo de lo que debía enterarse la menor cantidad de gente posible y que, seguramente, era la razón de que no hubiera respondido al teléfono.

Justo entonces le sonó el móvil: un número no identificado.

—¿Sí, hola?

—Hola, soy yo. Solo quería saber si puedo pasarme por ahí y llevarte a la cama —dijo Mikael Rønning, adoptando una voz lo más heterosexual posible.

Dunja estalló en carcajadas.

—¡Claro! Bueno, si consigues que se te levante…

—Ningún problema. Llevaré un bigote postizo, una calva falsa y una gorra de béisbol.

—Vas a conseguir dar el pego, por lo que dices.

—Por cierto, ¿has visto el *Ekstra Bladet*?

—No, ¿por qué?

—Míralo tú misma.

Dunja encendió el iPad y entró en la web del periódico.

¡EL JEFE DE POLICÍA DE COPNEHAGUE MINTIÓ!

Kim Sleizner mintió al afirmar que no había recibido una llamada de la policía sueca. El *Ekstra Bladet* ha descubierto que estaba en Lille Istedgade cuando los suecos intentaron ponerse en contacto con él. Según nuestra fuente, estos llamaron al jefe de policía danés a las 17:33, pero no obtuvieron respuesta y saltó el buzón de voz. Esta información contradice abiertamente las afirmaciones de Sleizner según las cuales él no recibió ninguna llamada. La fuente del *Ekstra Bladet* asegura tener pruebas de que el jefe de policía se encontraba a esa hora en la esquina de Lille Istedgade y Halmtorvet. No ha sido posible contactar con Kim Sleizner para recabar su opinión.

Mierda.

—¿Sigues ahí?

—Uf, sí…

—Era eso lo que estabas buscando, ¿no?

—Sí.

—No ha sido muy inteligente contárselo al *Ekstra Bladet*, cariño.

—No he sido yo.

—¿Quién, entonces?

—Ni idea —dijo Dunja, aunque por supuesto sí lo sabía. No podía haber sido otro que el operador de TDC. Pero ella había estado analizando cómo podía utilizar la información para poner a Sleizner en una posición superembarazosa y acusarlo de forma indirecta de las muertes de Mette Louise Risgaard y Morten Steenstrup. Y sabía que el Degenerado daría por supuesto que todo el escándalo era obra suya, tal como había creído Mikael Rønning.

51

A través de la cámara inalámbrica del coche alquilado, había visto cómo salían la esposa y la hija de Fabian Risk a las diez y media de la noche. Llevaban una maleta cada una y habían subido al taxi que las estaba esperando. Ahora acababan de dar las doce, y estaban encendidas las luces en la habitación del hijo. A saber a dónde habían ido ellas; el chico, en todo caso, había decidido quedarse en casa.

En principio, él no pensaba entrar hasta que el chico se hubiera acostado, pero ya no podía esperar mucho más. Tenía por delante una larga noche de preparativos, y era importante que todo saliera perfecto. Había llegado el momento de meter la directa. Quería intensificar el ritmo y la confusión.

Tenía intención de lanzar un poco de cebo: dos deliciosos bocados en los que pudieran hincar el diente las hienas de los medios, y que habrían de contribuir a que sus actos rebasaran el ámbito meramente local y adquirieran dimensión internacional.

Rodeó la manzana y dobló por el estrecho sendero de grava que iba a la parte trasera de la hilera de casas. Trepó la cerca de los Risk y pasó junto a la cama elástica, que ocupaba una buena parte del pequeño patio. No le hacía falta ocultarse ni andar a hurtadillas: no había nadie más que el hijo de Risk en la casa, y era evidente que ese chico vivía pegado al ordenador de su habitación, que daba a la calle.

Se asomó a la ventana de la cocina desde el patio. Reinaba la oscuridad, salvo por el piloto del horno. La puerta trasera estaba cerrada, tal como esperaba, pero

era pan comido para su ganzúa. Al cabo de treinta segundos estaba dentro. No debía preocuparse por hacer ruido, porque del segundo piso bajaba un estrépito de *death metal*, o como demonios se llamara aquel fragor infernal. A duras penas distinguía los alaridos de un tipo diciendo que era un animal y no un hombre.

Sacó la cámara de vídeo y se puso a filmar. Quería captar todos los detalles, porque no sabía exactamente lo que estaba buscando. Lo único que sabía con certeza era que esto iba a ser la última pieza del rompecabezas: la «kryptonita» que dejaría a Risk a su merced.

Cuando terminó en la cocina, pasó a la sala de estar, donde todavía había amontonadas varias cajas por desembalar. Abrió algunas, filmó su contenido y luego subió por la escalera al segundo piso, con la cámara encendida. A medida que subía, aumentaba el volumen de las guitarras distorsionadas y de la percusión machacona.

Ahora distinguía la letra con más claridad. Algo así como que era la víctima la que se había buscado los golpes.

La puerta del dormitorio de matrimonio estaba entornada. La abrió con el pie y pulsó con el codo el interruptor de la bombilla que colgaba del techo. Miró la cama deshecha, las cajas a medio vaciar que había pegadas a la pared, y las ropas tiradas aquí y allá. El caos le daba ganas de vomitar.

La habitación de la hija, en cambio, se veía mucho más ordenada. La cama estaba hecha; encima de ella lucían unos cojines rojos con forma de corazón. En el escritorio había varios dibujos que reflejaban la misma escena de diversas maneras: un hombre en llamas disparando a otro. Escogió el que más le gustaba, encendió la lámpara del escritorio y sacó una foto.

Volvió al pasillo, donde le quedaban dos puertas por explorar a la izquierda: una era la del baño; la otra, la de la habitación del chico, estaba ligeramente entreabierta.

La música salía por la rendija, atronando sobre la violación y el violador y el odio al odiador. Se acercó y la abrió del todo.

El hijo de Risk se inclinaba sobre su escritorio, de cara a la ventana, dándole

la espalda. Los altavoces estaban en el suelo; su enorme tamaño explicaba el volumen de la música. Ese chaval se había gastado todos sus ahorros en un sistema de sonido, obviamente. Dio un paso hacia el interior de la habitación y miró alrededor. Aunque se habían mudado hacía una semana, reinaba tal desbarajuste que parecía como si no hubieran limpiado aquella habitación desde hacía años. Las paredes estaban cubiertas de carteles de Metallica, Slipknot y Marilyn Manson. La cama no estaba hecha y funcionaba como vertedero general para todo tipo de objetos, desde ropa sucia hasta unas mancuernas y unos restos de *pizza*. Sus padres mantenían una disciplina muy laxa, no cabía duda. Daba la impresión de que no estaba bajo la severa mirada de un adulto desde hacía tiempo… Hasta ese momento.

Sintió una oleada de satisfacción, como un subidón repentino. La última pieza del rompecabezas acababa de encajar.

Se acercó al chico, que coreaba la canción con entusiasmo mientras escribía con frenesí en un cuaderno. Escribía como si lo hiciera en una carrera contra el tiempo, antes de que llegase alguien y le arrancara la pluma de la mano.

La canción alcanzó su *crescendo* con una cadena de improperios y palabras soeces.

La pluma se detuvo y la tinta se desparramó y formó una buena mancha. Theodor había dejado de corear la canción. Levantó la vista del cuaderno, miró la ventana completamente oscura y vio el reflejo de una silueta a su espalda. Había alguien en su habitación.

Se giró en redondo.

52

Fabian Risk estaba inquieto y aburrido. Siempre había sido un pésimo paciente. La fiebre no era nunca motivo suficiente para que se quedara en casa, y las pocas veces que había sufrido una gastroenteritis y tenido que guardar cama, había estado tan quejoso que Sonja había amenazado con divorciarse de él. Era consciente de que debía seguir el ejemplo de los demás pacientes del pabellón del hospital y reposar un poco, pero no lograba conciliar el sueño. Lo único que podría ayudarlo a relajarse sería hablar con Molander. Necesitaba averiguar si habían llegado a la misma conclusión que él. Se lo habían llevado en la ambulancia antes de que oyera las teorías de los demás sobre la escena del crimen.

Decidió llamarlo, a pesar de que pasaba de medianoche. Al coger el móvil, descubrió que se había quedado sin batería. Recorrió la habitación con la vista. Había un teléfono en la pared, no lejos de la cama, pero imaginó que era para llamadas internas; eso suponiendo que estuviera conectado. Extendió el brazo todo lo que pudo, sin hacer caso del dolor, pero no lo alcanzó. Con ayuda de una de las muletas que estaban apoyadas en la pared, consiguió quitar el freno de la cama y arrastrarse hacia el teléfono.

Cogió el auricular y oyó un tono de llamada, pero enseguida descubrió que había acertado: no podía hacer llamadas al exterior. Pulsó el cero y contestó una operadora del hospital que accedió a darle línea sin formular ninguna pregunta, cosa que le sorprendió. Llamó a Información Telefónica, pidió el número de móvil de Ingvar Molander, en Helsingborg, y lo conectaron de inmediato: «Hola.

Este es el buzón de voz de Ingvar Molander. No puedo atenderlo en este momento; deje su nombre y su número después de la señal, y prometo devolverle la llamada. O mejor aun, puede enviarme un mensaje de texto. Gracias. Adiós».

Fabian colgó. Era bastante tarde, pero el forense no podía haberse acostado ya. La escena del crimen de Söderåsen lo mantendría ocupado toda la noche y parte del día siguiente, por lo menos. Cerró los ojos y notó que su cuerpo quizá iba a ceder al agotamiento, después de todo.

Al despertarse, Astrid Tuvesson estaba de pie junto a la cama. Fabian se incorporó de golpe y sintió que el dolor pasaba de cero a cien en una fracción de segundo.

—Perdone. No pretendía despertarlo. En realidad, no creía que pudiera dormir.

—Yo tampoco… ¿Qué hora es?

—Temprano, las siete y media. Le he traído algo de desayuno. La comida de hospital no suele ser muy buena, que digamos. —Dejó una bolsa del 7-Eleven sobre la mesilla—. Quería ver cómo se encontraba.

—Estoy bien. No puedo quejarme demasiado; solo de no haberme puesto protección solar.

Ella se echó a reír.

—El sol siempre es más fuerte de lo que parece.

—¿Cómo van las cosas en la unidad?

—Bueno, desde luego no nos faltan pruebas que examinar. Por cierto, Molander me ha dicho que usted lo llamó por teléfono.

—Sí, es verdad, pero no respondió. ¿Dónde está?

—Él y Gertrud celebraban ayer su aniversario de boda. Iban a pasar la noche en el Marienlyst, en Helsingør.

Aniversario. Fabian paladeó la palabra. Hacía mucho tiempo que él y Sonja no lo celebraban. En los primeros años, no se habían perdido el suyo por nada del mundo. Contrataban a una canguro, se ponían de punta en blanco y salían a celebrarlo. Siempre se daban alguna sorpresa: desde unas entradas para el teatro antes de cenar, hasta una excursión en globo o una merienda en el campo. Decidió que en cuanto estuviera resuelto el caso, le daría una sorpresa a su mujer que compensara todos los aniversarios que se habían perdido.

—¿Han descubierto algo?

Abrió la bolsa del 7-Eleven y descubrió encantado que Tuvesson lo había obsequiado con un *brownie*, un panecillo fresco y un café del bueno.

Ella cogió una silla y se sentó junto a la cama.

—Permítame que haga yo las preguntas. Le recuerdo que lo aparté del caso por un motivo muy claro. Se suponía que iba a dejar el caso en nuestras manos y a tomarse unas vacaciones.

—Fui apartado del caso porque usted necesitaba un chivo expiatorio. Lo que yo haga en mis vacaciones es cosa mía. Siempre que no se trate de algo ilegal.

Ella alzó las manos al cielo.

—La verdad es que no hemos encontrado gran cosa. Y ahora que su teoría de que Rune Schmeckel era el asesino ha resultado ser falsa, estamos más desconcertados que nunca, como si hubiéramos vuelto a la casilla de salida.

—¿No se les ha ocurrido ninguna teoría nueva?

—No, la verdad. Da la impresión de que podría ser cualquiera, desde alguien de su clase o de otra clase del mismo curso, hasta un profesor con el que se ensañaron en especial, o incluso el padre de un alumno.

Tuvesson sacó un cigarrillo y se lo deslizó bajo la nariz.

—No lo voy a encender, se lo prometo. Klippan y Lilja han contactado con todos los miembros de la clase que no están de viaje, y a ninguno se le ha ocurrido ninguna otra persona posible, aparte de Claes Mällvik. De manera que se lo pregunto a usted. ¿Recuerda si había alguien que de un modo u otro tuviera relación con la clase y que…?

—Un momento. No lo entiendo —la interrumpió Fabian—. ¿Cómo es posible que no hayan encontrado nada?

—¿Puede responder a mi pregunta, por favor?

—La escena en Söderåsen debe haberles proporcionado alguna pista nueva. ¡Tienen que haber encontrado algo!

Astrid se metió la mano en el bolsillo para asegurarse de que llevaba el encendedor, y replicó:

—Lo único que sabemos con certeza es que Rune Schmeckel estuvo quemándose allí durante más de dos semanas, y que no murió hasta hace pocos días. Había un bidón de agua debajo de la plancha de cristal, y él podía alcanzar un tubito para beber. —Se interrumpió un momento—. No puedo imaginarme siquiera cómo debe de haber sufrido ese pobre hombre.

Fabian pensó en lo que le acababa de decir y se dio cuenta de que no hacía más que reforzar su propia teoría. La miró con fijeza y expuso:

—Creo que el asesino hizo todo ese montaje para presentarse a sí mismo y exponer sus motivos.

—No le entiendo. ¿Qué quiere decir?

—El propio lugar. Él quería que lo encontráramos. Quizá no ahora, pero sí en su momento. Ha invertido mucho tiempo y energía en ese escenario. No puede tratarse simplemente de acabar con la vida de Schmeckel. Quiere decirnos algo más.

—Pero cuando cometió los asesinatos de Jörgen y Glenn fue en castigo por todas sus maldades.

—Sí; y casi seguro que lo mismo ocurre en este caso.

—¿De qué podría ser culpable Schmeckel, o Claes Mällvik, como no sea del hecho mismo de haberse convertido en la víctima de Jörgen y Glenn?

—No lo sé. Por eso quería preguntarle a Molander qué habían encontrado.

—No mucho más de lo que usted ya vio… Bueno, hay un detalle. Lo vimos al levantar el cadáver de la plancha de cristal. El musgo alrededor de la plancha estaba seco, pero el que había crecido a la sombra del cuerpo estaba vivo y

fresco. Y formaba la silueta de una persona. Parecía como si hubiera alguien tumbado bajo el cristal, aunque se trataba del musgo. ¿Me sigue? Es un poco difícil de explicar.

Fabian asintió. Comprendió el sentido.

—Ese debe de ser él.

—¿Quién? ¿El asesino?

—Ha creado una especie de autorretrato. Así es como quiere que lo veamos.

53

La cabeza le palpitaba con un dolor de una intensidad que nunca había sentido ¿Era así como se encontraba una con migraña? Ella nunca había tenido migrañas, pero sí sabía que eran horribles. Aunque esto debía de ser algo peor; mucho peor.

Por una vez, curiosamente, había estado esperando con ganas esta velada con Mona y Cilla. La mayoría de las veces esas salidas le parecían una especie de obligación, aunque al menos le proporcionaban algo que hacer. En el fondo, ella se habría pasado todo el rato mirando la televisión, pero sabía de sobra que no era bueno. No tenía ni idea de por qué le había apetecido tanto salir esa noche. La verdad, tenía ganas de emborracharse y de olvidarse de todo.

Como siempre, habían acabado en el S/S Swea, en Kungstorget. Un grupo de tipos las habían estado mirando en la pista de baile, y Mona había desaparecido con uno de ellos. Mona, que tenía marido y familia: todo lo que ella había soñado para sí misma, pero que ya había comprendido que nunca tendría. Poco rato después, Cilla se enrolló con alguien y se largó hacia los sofás. También había otro tipo que estaba intentando ligársela a ella, pero ya se encontraba mal y lo único que quería era volver a casa.

Tenía recuerdos incompletos de haber estado buscando a sus amigas hasta que se había dado por vencida. Todo le daba vueltas, y le costó encontrar la salida. Lo último que recordaba era que alguien la ayudaba a subir a un coche.

Y ahora estaba tumbada en algún lugar, con la cabeza martilleándole de dolor. No tenía ni idea de dónde se hallaba. Intentó abrir los ojos, pero solamente le

obedeció el párpado izquierdo. El otro no pudo moverlo, porque había algo húmedo que le presionaba el lado derecho de la cara. Después de darle unas cuantas vueltas, dedujo que era tierra húmeda. Debía de estar a la intemperie; quizá en un parque o en el bosque…

Intentó girarse y ponerse boca arriba, pero renunció a moverse al sentir un agudo dolor en el bajo vientre. ¿Qué le había ocurrido? Gimió. Con cautela, se palpó con una mano y descubrió que no llevaba ropa y que había algo raro ahí abajo.

Inspiró cuanto pudo y gritó.

54

Klippan, Lilja y Molander estaban sentados en silencio en torno a la mesa, esperando a Tuvesson. La investigación llevaba más de una semana en marcha y la falta de sueño ya hacía mella en todos ellos. A nadie le quedaba energía que malgastar en palabras vanas. Preferían aprovechar para cerrar un rato los ojos. El móvil de Klippan interrumpió el silencio. Él lo miró de reojo y volvió a dormitar.

—¿No va a responder? —dijo Molander, pero Klippan ni siquiera parpadeó.

Al poco, se cortó la llamada. Unos segundos después sonó el móvil de Molander.

—Sí, soy yo. Ya, ya veo… Claro, no importa. —Le pasó el aparato a Klippan —. Es Berit.

Klippan dejó escapar un largo suspiro y luego cogió el teléfono.

—Hola, querida… Porque estoy en el trabajo, en medio de una reunión…. Sí, también está trabajando y, si hubiera sabido que eras tú, tampoco habría contestado. —Le lanzó una mirada a Molander—. No, querida, ahora no puedo. ¿Te has asegurado de que no se han fundido simplemente los plomos?

Tuvesson entró con una taza-termo en una mano.

—No, no es nada difícil —prosiguió Klippan poniendo los ojos en blanco—. Tú mira si esos pequeños discos rojos de metal están ahí o no. ¿No? Bueno, en fin, tengo que dejarte… Molander necesita su teléfono.

—No, por mí… —dijo el forense, que recibió una mirada fulminante de su colega.

—¿No puedes preguntarle a la vecina o algo así? Hasta luego. —Klippan colgó, resopló aliviado y le devolvió el móvil a Molander—. Muchas gracias.

—No hay de qué.

—¿Empezamos? —dijo Tuvesson—. Como ya saben, tenemos otra víctima.

—¿Han identificado el cuerpo? —preguntó Lilja.

—Se llama Ingela Ploghed y tiene cuarenta y cuatro años.

—¿Tiene? ¿Es que está viva? —preguntó Molander.

Tuvesson asintió, y dio un sorbo de café.

—Ahora mismo esta bajo sedación. Deduzco por los informes que se halla en estado crítico. La han encontrado desnuda esta mañana, hacia las ocho, en Ramlösa Brunsspark. Sufría una grave hipotermia y había perdido mucha sangre.

—¿La han apuñalado? —preguntó Klippan.

—No. Eso es lo más raro. No tenía heridas aparentes; la sangre le salía de los genitales.

—¿Sabemos por qué? —inquirió Molander.

—No, pero voy a reunirme con el médico en cuanto terminemos aquí.

—Ploghed… ¿No estaba en la misma clase? —dijo Lilja.

Tuvesson asintió. Se acercó a la foto escolar ampliada y señaló a una de las chicas.

—Es esta.

—¿Tenemos una foto más reciente? —quiso saber Klippan.

—Espero que usted mismo pueda conseguirla.

—¿Qué sabemos de ella? —preguntó Lilja.

—No mucho; vivía sola: no tenía hijos ni marido —informó Klippan repasando sus notas—. En 2002 le hicieron un lavado de estómago por un intento de suicidio con somníferos.

—Si sobrevive, contaremos con un testigo por primera vez, que es, justamente, lo que nos hace falta —dijo Tuvesson rodeando la cara de Ingela Ploghed con un círculo y trazando un interrogante. Examinó la foto y pasó de un alumno a otro hasta llegar a Fabian Risk—. He ido a ver a Risk esta mañana.

—¿Cómo está nuestro detective privado? —preguntó Klippan.

—Va a tener que guardar cama unos días más.

—¿Le ha preguntado si…?

—Sí. Y no se le ocurre ningún otro sospechoso, aparte de Claes Mällvik. Pero tiene una teoría. —Se giró hacia los demás—. Cree que la escena del crimen era un montaje del asesino para representarse a sí mismo y exponer sus motivos. —Sacó una de las fotos del trecho de musgo con forma de cuerpo humano que había bajo la plancha de cristal y se la mostró a sus subordinados—. Lo que quiere decir, me parece, es que esta marca es el autorretrato del asesino.

Klippan estalló en carcajadas y exclamó:

—¡Guau! ¿Qué clase de drogas le están inyectando? Debe de ser algo más fuerte que el Tylenol.

Nadie más se rio, y él se calló enseguida. Se instaló un silencio cargado de resignación. Parecía que todos se daban cuenta de que el asesino no iba simplemente unos pasos por delante, sino que los había rebasado y les llevaba más de una vuelta de ventaja. Astrid Tuvesson, desorientada, recorrió con la vista las fotografías de la pizarra: desde las manos serruchadas de Jörgen en el suelo de las duchas, hasta las lentes de medio metro y el musgo, representando una forma humana. Estaba muy cansada, rendida, y sabía que se le notaba, pero no tenía fuerzas para disimular. Lo único que le interesaba era que no vieran que había aceptado la derrota. En el fondo, ella había perdido la esperanza de que pudieran llegar a resolver el caso, aunque tirar la toalla era un pecado mortal en su trabajo y jamás lo habría reconocido en público. Siempre había creído en su equipo y tenido la certeza de que acabarían descubriendo la verdad. A fin de cuentas, habían resuelto la mayoría de los casos que les habían asignado. Pero en esos momentos no confiaba en absoluto ni en su propia capacidad ni en la de los demás. Sin embargo, no podía permitir que se trasluciera esa falta de confianza. Resultaría desastroso para su trabajo.

En el trayecto hacia la comisaría, no había dejado de pensar en que, al final, deberían tomar la decisión de cerrar la investigación. Era consciente que se

pasaría su vida restante recordando este caso como el fracaso más deplorable de su carrera. La culpable de que no hubieran tenido éxito sería ella; era ella quien había cometido el error fatal de apartar a Fabian Risk del caso. Había jugado con la idea de incorporarlo de nuevo, pero eso sería tanto como proclamar que los demás miembros del equipo eran unos incompetentes. Lo único que podía hacer era asumir las consecuencias de su decisión y confiar en que las cosas saldrían bien.

—No sé cómo se sentirán ustedes —dijo, más que nada para romper el silencio—, pero este es el caso más difícil y espantoso en el que he trabajado, y puede dar la sensación de que estamos muy lejos de comenzar siquiera a resolverlo. Pero yo no creo que estemos tan lejos, sino que estamos estrechando el cerco. —Los miró uno a uno: Lilja, Molander, Klippan—. No obstante, hemos de estar dispuestos a salirnos del camino trillado si queremos tener alguna posibilidad. Ya no hay ideas estúpidas a partir de ahora. La sugerencia de Fabian de que la figura de musgo podría ser un autorretrato quizá sea la clave para comprender al asesino y descubrir sus verdaderos motivos.

Esperó a que la gente asimilara sus palabras.

—¿Estamos seguros de que es un hombre? —preguntó Lilja.

—No. Tal como están las cosas, podría tratarse perfectamente de una mujer.

—Por cierto, hablando de salirse del camino trillado —dijo Molander—, ¿alguien ha investigado la idea de Link sobre los grafitis de la escuela Fredriksdal?

—¡Venga ya! ¡Han pasado más de treinta años! —exclamó Lilja—. Deben de haber pintado y remodelado la escuela más de una vez desde entonces.

—Al parecer, no es así —terció Klippan—. Según Link, la primera reforma a fondo está prevista para el próximo verano. Su teoría podría ser cierta. ¿Cómo podemos saberlo?

—Sugiero que vayan a verlo —dijo Tuvesson—. No tenemos nada que perder.

Klippan asintió en silencio.

—Irene, usted venga conmigo. Ingvar, encárguese de investigar la nueva

escena criminal en Ramlösa Brunnspark.

Todos apuraron sus tazas de café y se levantaron.

—Hay una cosa que no hemos analizado —apuntó Lilja—. Jörgen y Glenn, los dos matones de la clase, fueron las primeras víctimas. Pero ahora se han añadido a la lista Claes y esa tal Ingela Ploghed. ¿Cómo cuadran ellos en el asunto? ¿Es posible que todos los miembros de la clase sean víctimas en potencia?

Tuvesson ignoraba qué podía responder. A ella se le había ocurrido la misma idea, pero la había desechado: tal vez porque era tan espeluznante como imposible de confirmar. O quizá porque estaba demasiado cansada.

—Supongo que deberíamos ponerlos a todos bajo protección policial —opinó Klippan.

—No contamos con suficientes recursos —replicó Tuvesson—. Ya tenemos a cuatro hombres en el hospital custodiando a Risk y Ploghed, y necesitaremos otros cuatro para el próximo turno, porque requieren una vigilancia de veinticuatro horas. Llamaré a Malmö para ver si nos pueden echar una mano. — En el fondo, ya sabía que no podrían cederles los hombres suficientes. No había otra forma de dar protección a las posibles víctimas: capturar al asesino.

55

Aunque Fabian procuró avanzar lo más despacio posible por los pasillos al parecer interminables del hospital, el menor movimiento le causaba un dolor terrible en la espalda, como si le clavaran un millar de agujas. Los dos agentes uniformados que habían permanecido apostados en su puerta toda la noche habían sido relevados por dos nuevos agentes, y estos, aunque de mala gana, habían accedido a escoltarlo hasta el departamento de urgencias, donde tenía la esperanza de encontrar a Ingela Ploghed. Ninguno de los dos policías había dicho una palabra durante el lento trayecto: ¿Se hacían los mudos o estaban enfadados entre ellos?

Nada más despertarse, hacía ahora cuarenta minutos, había visto el titular en el periódico: OTRA VÍCTIMA EN LA CLASE MALDITA. «Yo formo parte de la clase maldita», había pensado en el acto. Mientras leía la información, tenía la inquietante sensación de que algo no encajaba. Por primera vez, el asesino no había llegado a matar a la víctima. ¿Era esa su intención? Además, Ingela Ploghed era una de las niñas más buenas de la clase. No recordaba haberla oído hablar mal de nadie nunca. De hecho, era la única que se había atrevido a defender a Claes.

En una ocasión, cada alumno había tenido que explicar en clase cuál era el trabajo de sus sueños, e Ingela había dicho que ella quería ser abogada para ayudar a las personas débiles y vulnerables. Fabian no tenía ni idea de si había llegado a cumplir su deseo, aunque había oído rumores de que sufría una grave depresión e incluso había intentado quitarse la vida.

Cuando al fin llegaron a los ascensores, rompió el silencio y le indicó a uno de los agentes que no pulsara ninguno de los botones; quería hacerlo él mismo.

De chico, le encantaba jugar con esos mismos ascensores. Había cuatro en el centro de la cruz que formaba el edificio del hospital: uno por cada punto cardinal. En medio del vestíbulo redondo de acceso había un gran panel de control, y cada vez que entrabas era como si ingresaras en el puente de mando de la nave espacial *Enterprise*. Todos los botones de los ascensores estaban en ese podio central; en aquel entonces incluso seleccionabas allí la planta a la que deseabas subir, en vez de usar los botones del interior del camarín.

Fabian miró alrededor y se dio cuenta de que le causaba la misma sensación que entonces. La estancia había envejecido con la misma dignidad plástica de *Star Trek*. Lo único que faltaba era el láser curativo de Christine Chapel. Apretó el botón verde de la planta baja y las puertas del ascensor se abrieron enseguida.

—¿Ya está en pie otra vez? —preguntó Lilja cuando Fabian entró arrastrando los pies en el departamento de urgencias.

—Bueno, no sé qué decirle.

—Quiero ver qué aspecto tienen sus quemaduras. —Lilja se situó detrás de él y le atisbó la espalda por debajo de la bata hospitalaria—. ¡Guau, mierda!

—Gracias. Justo lo que necesitaba oír.

—Deduzco que ha venido aquí por la misma razón que nosotras, aunque esté de vacaciones —dijo Tuvesson.

Risk la miró sin responder.

Un médico se acercó, quitándose la mascarilla, y le estrechó la mano a Tuvesson.

—Supongo que ha venido por Ingela Ploghed.

—¿Cómo está?

—Bastante bien, dadas las circunstancias. Hemos controlado por fin la hemorragia. Nos ha llevado su tiempo deducir lo que le ha sucedido. —El

médico se interrumpió y miró en derredor para asegurarse de que no había nadie escuchando—. Alguien sin preparación médica intentó practicarle una histerectomía vaginal.

—¿Eso qué significa?

—Que le ha extirpado el útero.

Tuvesson se giró hacia Fabian como esperando que dijese algo, pero él estaba ensimismado pensando por qué motivo querría alguien someter a Ingela Ploghed a una operación tan cruel y tan brutal.

—¿Cómo sabe que no era un médico? —preguntó Lilja.

—Las incisiones no están ni de lejos donde deberían estar, y tampoco se molestó en suturar la herida. La paciente tenía en la orina altos niveles de benzodiazepinas, que es la medicación empleada habitualmente para tratar la ansiedad y el insomnio.

—¿O sea que alguien la drogó y realizó la operación mientras estaba inconsciente?

—Sí, pero antes la violó.

—¿Cómo dice?

—Les mandaré un informe, pero ahora debo proseguir mi ronda —dijo el médico, y se alejó antes de que pudieran plantearle más preguntas.

Tuvesson miró a los demás: la noticia de la violación parecía eclipsar de repente la tortuosa operación quirúrgica. Desde el punto de vista de Fabian, la violación disipaba todas las dudas.

—Al menos, hemos confirmado el sexo del asesino —dijo la comisaria.

—Y, probablemente, tendremos pruebas concluyentes —añadió Lilja.

Tuvesson asintió.

—No ha sido nuestro asesino —dijo Fabian—. Es otra persona.

—¿Por qué habría de ser otro? —preguntó Tuvesson.

—No cuadra con el patrón anterior —repuso él indicando con una seña que fueran a sentarse a la cafetería.

—Pues yo veo algunos parecidos —replicó Lilja, mientras retiraba las tazas y

los platos sucios de la mesa y restregaba las manchas resecas con una servilleta —. Aparte de los evidentes, como el hecho de que estaba en la misma clase que las otras víctimas, tenemos las acciones meticulosamente planeadas. Para no hablar de la secuencia temporal. Yo ya acariciaba la esperanza de que el asesino hubiera terminado.

—Sí, muchos teníamos esa misma esperanza —dijo Tuvesson, y dejó sobre la mesa la bandeja con el pedido.

Fabian probó lo que la cafetería del hospital llamaba un café capuchino y pensó que ellas habían acertado al pedir un té.

—Nuestro asesino no viola a sus víctimas.

—Eso no lo sabemos con certeza. Ingela es la primera mujer de la lista —dijo Tuvesson.

—Aparte de Mette Louis Risgaard, pero sí, estamos de acuerdo —añadió Lilja.

—Ingela Ploghed era una de las personas más buenas que he conocido —comentó Fabian—. Era casi la única niña de nuestra clase que defendía a Claes y que siempre se ponía de su lado. ¿Por qué habrían de querer hacerle daño? ¿Y qué tiene que ver su útero con esta historia?

—Pero Claes Mällvik ya no es sospechoso. Está muerto —dijo Tuvesson.

—Tal vez el asesino piensa matar a todos los alumnos de la clase, uno a uno. Lamento ponerme tan sombría, pero es una posibilidad —opinó Lilja.

Fabian asintió. Estaba de acuerdo con ella; era lo que él llevaba un buen rato pensando: cualquier integrante de la clase, incluido él, podía ser el siguiente.

—Pero ¿por qué no la ha matado? Nuestro hombre no la habría dejado con vida.

—Quizá no ha podido, simplemente.

—Es posible, pero a mí no me parece que sea de los que fallan. Está desarrollando un plan preconcebido.

—Sí, ya he oído que usted tiene la teoría de que el musgo que había debajo del cuerpo de Claes pretendía ser un autorretrato del asesino —dijo Lilja.

—Más bien una imagen de sí mismo. —Fabian le dio otro tiento al líquido marrón, pero renunció y apartó la taza.

—¿Y quién dice que la extirpación del útero de Ingela no formaba parte de su plan? Quizá es que no somos capaces de ver la conexión —sugirió Tuvesson.

Tenía razón en parte. Era posible que se tratara del mismo individuo y que todo se acabara aclarando a su debido tiempo, pero Fabian más bien lo dudaba. A diferencia de Astrid, él no tenía ninguna base para defender su posición; solo la profunda sospecha de que algo no encajaba. Su instinto le decía que la persona que había atacado a Ingela era alguien por completo distinto. Claro que, por otra parte, él había creído en su momento que Claes Mällvik era el asesino; ya no podía asegurar nada en relación con este caso. Lo único que tenía claro era que el autor de los crímenes volvería a actuar pronto.

56

Kim Sleizner no había pegado ojo desde que la noticia se había difundido como un bombazo. Se había enterado mientras estaba con Viveca en el balcón, bebiendo una copa de vino y contemplando el agua del canal y la multitud que se agolpaba en Islands Brygge. Habían estado comentando la posibilidad de viajar ese invierno a otro sitio que no fuera Tailandia. Viveca había propuesto Vietnam; al parecer, no estaba tan degradado como Tailandia. Kim se había mostrado receptivo a sus sugerencias porque estaba de buen humor. Por un lado, porque al fin había encontrado trapos sucios sobre Dunja; por el otro, porque el interés de los medios sobre el conflicto con los suecos estaba amainando. La ola de calor volvería a dominar los titulares muy pronto. Pero entonces, justo cuando acababan de descorchar una botella de De Saint Gall Brut Rosé, había llegado Nanna corriendo.

—¡Papá, has salido en la portada del *Ekstra Bladet*! ¡Dice que eres un mentiroso!

Al principio, no entendió de qué hablaba su hija. ¿Por qué iba a salir él en el *Ekstra Bladet*? ¿Sobre qué había mentido?

Pocos segundos después, lo invadió una sensación de pánico. Le pasó la copa de *champagne* a Viveca y siguió a Nanna hasta su ordenador.

Después de leer la noticia, se había encerrado en el baño para refrescarse la cara y recomponerse. Tenía que pensar cómo iba a salir de esa situación. Cuando volvió al balcón, Viveca estaba sentada en una silla, mirando fijamente hacia la

oscuridad, con el teléfono en una mano y la botella de Saint Gall, medio vacía, en la otra.

—¡Vaya! ¡Aquí hay que darse prisa si quieres un poco de *champagne*! —dijo, y añadió una risotada para dar a entender que bromeaba. Pero la risa le salió demasiado vacilante, delatando que sabía de sobra lo que sucedía.

—Eres un cabrón. Quiero que te vayas —respondió Viveca. No había ni rastro de amargura ni de cólera en su voz. Lo había dicho con la misma tranquilidad con la que el cajero del súper te diría a cuánto sube la cuenta—. Puedes recoger tus cosas mañana mientras yo esté en el trabajo.

Se dio cuenta de que ella estaba mucho más preparada que él para afrontar esta situación. En el fondo, Viveca había estado esperando que saliera a la luz algo así. Ella sabía lo que ocurría desde el principio, pero no había dicho nada. Había esperado a que él mismo se pusiera en evidencia. Quería pillarlo con los pantalones bajados.

Kim había salido de casa sin decir una palabra y se había alojado en el hotel Kong Frederik, en una habitación que daba al Vester Voldgade. Se había tumbado en la cama, calculando con inquietud las dimensiones que iba a cobrar el escándalo y aguardando a que diera comienzo el siguiente noticiero de la televisión. Pero resultó que no dijeron nada sobre él ni sobre lo ocurrido en Lille Istedgade. La noticia no se había propagado más allá del *Ekstra Bladet*, lo cual no lo tranquilizó lo más mínimo. En cuestión de horas se desataría un auténtico pandemonio. Apagó las luces e intentó dormir, pero desistió y abrió el minibar.

A la mañana siguiente, se despertó en el suelo con un violento dolor de cabeza que amainó un poco cuando se hubo bebido el último botellín de Gammel Dansk. Tras una ducha rápida, pagó la habitación y salió del hotel. De camino hacia el coche, descubrió que la noticia ya se había difundido: su nombre estaba en todos los periódicos. El *Politiken* le atribuía toda la responsabilidad de la muerte de Mette Louis Risgaard, mientras que el *Ekstra Bladet* se centraba en sus actividades en Lille Istedgade y ofrecía una recompensa de cincuenta mil

coronas a quien pudiera aclarar con exactitud qué andaba haciendo allí en ese momento.

Hizo el trayecto hasta el apartamento de Islands Brygge sin dificultades, pese a no encontrarse en condiciones de conducir. Pero no quiso tomar un taxi y arriesgarse a que lo reconociera algún taxista dicharachero. Una vez en casa, fue directo a su despacho y encendió el portátil para seguir las últimas novedades. Los artículos más recientes habían aparecido hacía al menos dos horas, una pequeña eternidad en una situación semejante.

De camino a casa, había llegado a cuestionarse si debía abandonarlo todo, irse al aeropuerto y comprar un billete de ida del primer vuelo que saliera hacia algún país cálido. Si conseguía vaciar sus cuentas con la suficiente rapidez, adelantándose a las codiciosas garras de Viveca, podría subsistir mucho tiempo en Tailandia. Ya tenía el certificado de submarinismo; tal vez podría convertirse en instructor de buceo.

Inspirando hondo frente al portátil, entró en la web del *Ekstra Bladet* y descubrió a la primera que la recompensa de cincuenta mil coronas ya había sido concedida. Jenny «Chochito Mojado» Nielsen había salido a la palestra y revelado que Kim se hallaba en su apartamento de Lille Istedgade a la hora en cuestión. No había querido explicar exactamente lo que estaban haciendo, en consideración a su cliente, pero sí había declarado que era uno de sus habituales.

Todo aquello era culpa de la hija de puta de Dunja. No podía haber sido nadie más. En lugar de tomarse en serio su advertencia, le había escupido a la cara y le había declarado la guerra. Que se preparase. Le plantaría batalla. Y no la dejaría en paz ni siquiera cuando le suplicara perdón de rodillas.

Pero primero tenía que analizar la situación con tranquilidad. Quería sopesar todas las posibilidades y evaluar las repercusiones de cada una. Ya había habido suficientes sorpresas. A partir de ahora, se haría otra vez con el control de la situación y se mantendría un paso por delante de quienquiera que fuera. Su teléfono sonó en ese momento, y quebró la calma. Era el comisario general de la policía, Henrik Hammersten.

Dunja Hougaard se sentó ante su escritorio y encendió el ordenador. Tenía los días contados en la policía de Copenhague; por tanto debía trabajar deprisa. El Degenerado permanecería oculto un poco más, lamiéndose las heridas. Pero no había nada más peligroso que un león herido, y en cuanto saliera de la jaula, iba a hacer todo lo posible para arrancarle el pellejo.

Era consciente de las consecuencias y ya había tomado una decisión: este caso era mucho más importante que su carrera. Se había pasado toda la noche despierta, repasando una y otra vez sus opciones, y al fin se había dado cuenta de que la elección era muy sencilla. Esa era la clase de investigación que la había impulsado a convertirse en agente de policía. No podía echarse atrás.

Entró en la red de la policía, introduciendo su nombre y su clave de acceso, y pinchó la etiqueta de «Formularios». Nunca había usado un H3-49U, el formulario para la entrega especial de pruebas técnicas, pero sabía dónde encontrarlo. Marcó el símbolo de PDF y apareció el impreso en la pantalla. Rellenó los datos: «Peugeot, matrícula sueca, JOS 652, número de archivo 100705-B39C, entrega a la policía sueca de Helsingborg para investigación técnica». Firmó como «Kim Sleizner» y pulsó el botón de imprimir. Colocó la hoja impresa encima de su viejo contrato laboral y la situó con cuidado de manera que la firma de Sleizner se transparentara justo en la posición adecuada. Luego escogió su mejor estilográfica, la probó en un trozo de papel, y copió la rúbrica en el documento.

Se lo estaba jugando todo, pero la mano no le tembló en absoluto. No estaba nada nerviosa. Sopló para secar la tinta, dobló el formulario y salió de la oficina. «Quizá por última vez», pensó mientras recorría el pasillo.

Las puertas del ascensor se abrieron en cuanto tocó el botón. Entró, pasó su tarjeta de seguridad y pulsó el botón de la cuarta planta del sótano. Las puertas se cerraron y el ascensor bajó. Tuvo la sensación de que se movía más despacio de lo normal: no con esa caída libre que le producía una sensación de ligereza en

los pies, sino casi arrastrándose trabajosamente, como para burlarse de ella. Inspiró hondo varias veces, pero no consiguió relajarse. El ascensor redujo la marcha y se detuvo en la planta baja. Al abrirse las puertas, entró el Degenerado.

—Hola —dijo Dunja, procurando aparentar tranquilidad.

Él no respondió; le lanzó una mirada y pulsó el botón de la sexta planta. Se cerraron las puertas y el ascensor continuó su descenso.

Dunja sentía como si las paredes se estuvieran estrechando alrededor. Trató de concentrarse en alguna cosa; escogió un pequeño arañazo de la puerta. ¿Debía decir algo? «No —pensó—. Lo mejor es que actúes con naturalidad.» Pero ¿qué tenía de natural la situación? Estaba sudando, se sentía acalorada y pegajosa. Intentó tragar saliva, pero tenía un nudo en la garganta. «No apartes los ojos del arañazo de la puerta. Concéntrate ahí y aguanta estos segundos interminables.»

Tenía a Sleizner a menos de un metro; sentía cómo la taladraba de soslayo con la mirada. «¿Ha deducido lo que he estado haciendo?», pensó. Él mascaba un chicle, pero no le servía para disimular el aliento: un aliento que apestaba a alcohol y que reducía aún más el angosto espacio del ascensor.

Cuando se abrieron las puertas por fin, Dunja tuvo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo.

—Nos vemos —dijo él. Ella se volvió, pero solo captó un atisbo de su sonrisa antes de que se cerraran las puertas.

Kim Sleizner se derrumbó en el asiento plegable del ascensor y, sujetándose la cabeza con las manos, dejó escapar el aire como si fuera un neumático pinchado. Dunja era la última persona con la que deseaba tropezarse en ese momento, pero él había manejado la situación con garbo y le había dado la vuelta a su favor. De algo le habían servido tantos años siendo el jefe. Enseguida había pasado a la ofensiva: no había respondido a su saludo ni había mostrado el menor signo de vacilación. Su mirada no se había movido ni un milímetro.

No podía decirse lo mismo de Dunja, que rebosaba de culpabilidad e inseguridad. Si alguna duda le quedaba sobre quién había dado el soplo al periódico de la tarde, ella se había encargado de disiparla. Se levantó con renovada energía, se alisó el pelo hacia atrás y, saliendo del ascensor, se dirigió a la oficina de Henrik Hammersten.

—Bueno, esto sí que es un buen jaleo —dijo Hammersten al recibir a Sleizner, que siempre había pensado que entrar en la oficina del comisario general era como retroceder en el tiempo un centenar de años. La habían remodelado hacía poco, pero Hammersten se había empeñado en poner grandes paneles de madera oscura en las paredes y adornos pintados a mano en el techo, además de sillones Chesterfield y un globo terráqueo que hacía las veces de mueble bar.

—Toma asiento. —Le indicó la silla frente al enorme escritorio de caoba, que había sido adquirido en la casa de subastas Bruun por la bonita suma de cincuenta y cinco mil coronas.

«¡Vaya! No toca sentarse en los sillones esta vez», pensó Kim, preparándose para una conversación difícil. Debía jugar bien sus cartas si quería tener alguna posibilidad de salir de allí con su puesto intacto. Se sentó y alzó los brazos.

—Bueno, Henrik, ¿qué te puedo decir? Uno se escabulle por la puerta trasera para echar un polvo rápido y, de repente, tiene a todos en contra.

Hammersten asintió y se acercó al globo terráqueo para sacar dos copas y una botella de Gammel Dansk. Kim estaba satisfecho de haber ido directo al grano, en lugar de andarse con rodeos. El comisario general conocía sin duda las ventajas de un polvo rápido de vez en cuando: era él quien le había hablado de Jenny Nielsen y de su extraordinaria capacidad para satisfacer los deseos de un hombre. Pero Sleizner no pensaba abrir esa puerta. Habría resultado demasiado obvio.

—¿Sabes quién lo ha filtrado a la prensa? —preguntó Hammersten mientras le llenaba la copa hasta el borde de líquido ambarino.

—Hougaard. ¿Quién iba a ser? Me la tiene jurada desde que empezó a trabajar aquí.

Hammersten asintió y alzó la copa a modo de brindis. Kim se bebió la suya de un largo trago, sintiendo el ardor en el esófago y luego en el estómago. Era justo lo que necesitaba. Se dio cuenta demasiado tarde de que la copa de Hammersten estaba llena. «Mierda.»

Hammersten volvió a llenársela. Él la cogió con más avidez de la cuenta y derramó unas gotas en el escritorio.

—Perdona. Apenas he dormido.

—No importa —dijo Hammersten sacando un trapo con tanta celeridad que Sleizner pensó que ya se temía que iba a derramar la bebida. «Mierda.» Claro. Por eso le había llenado la copa hasta el borde.

—Es una verdadera lástima lo de Hougaard —dijo Hammersten—. Es una agente muy buena.

—Desde luego —dijo Kim sin tocar su copa—. Pero tiene también sus problemas. Claro que… ¿quién no?

—¿Qué problemas?

—Le cuesta obedecer órdenes, de entrada. Y me parece que bebe demasiado. El otro día tenía lo que yo calificaría como una grave resaca.

Hammersten asintió lentamente, y dio un sorbo a su copa.

—Mientras haga su trabajo…

—Ahí está la cuestión. —Kim cogió su copa y se obligó a dar un sorbito ínfimo, aunque el cuerpo le pedía más a gritos.

—¿Qué ha dicho Viveca?

—Me ha echado de casa. Y no la culpo, para serte sincero.

—Y eso es lo que deberíamos hacer hoy, ¿no? —Hammersten miró a Kim a los ojos—. Ser sinceros.

—Bueno, nosotros siempre…

—Kim —lo interrumpió Hammersten—, me temo que yo debo hacer lo mismo.

—No sé si acabo de entenderte.

—Sabes lo mucho que te admiro y que valoro enormemente cuanto has hecho

por el departamento, pero esta situación se nos está yendo de las manos y amenaza con convertirse en una mancha para todo el cuerpo policial. Para serte franco, no tengo elección.

Había sido todo una farsa. Hammersten le había hecho creer que estaban en el mismo barco, cuando en realidad el viejo hijo de puta ya había tomado una decisión. Kim ya no tenía nada que perder. Apuró la copa y la dejó sobre el escritorio de caoba con un golpe.

—¿Qué demonios me estás diciendo? ¿Qué significa que «no tienes elección»? ¿Quién diablos toma las decisiones si no tú?

—Kim, comprendo tu contrariedad. Pero…

—¿De veras?

—Kim, tú y yo sabemos bien con qué nos enfrentamos aquí. Si la gente pierde su confianza en la policía, estamos todos en peligro.

—Henrik, esto no es más que una caza de brujas mediática sin fundamento. Vale, yo no estaba disponible para atender esa maldita llamada. ¿Y qué? Esa chica habría muerto igualmente. ¿De qué habría servido que respondiera? ¿Qué habría ocurrido? Yo no habría podido enviar refuerzos a tiempo allá abajo, y ese agente uniformado de Køge habría emprendido de todas formas la persecución del asesino por su cuenta. Pero, claro, yo puedo asumir toda la culpabilidad, si así la gente se va a quedar satisfecha. No pasa nada.

Hammersten consideró en silencio su argumentación.

—Henrik, por el amor de Dios. Concédeme un día o dos y enderezaré otra vez la nave, te lo prometo. —En el último segundo se frenó y no pulsó el botón más fácil: el punto débil de Hammersten. Lo tenía delante como una alfombra roja desplegada. Solo debía dar un paso. Pero no le hacía falta. Los dos estaban pensando en ello de todas formas.

—Tienes hasta mañana.

57

Se había pasado casi dos horas en el coche, esperando la ocasión propicia. Veía jugar a los niños en la entrada del parvulario a través de la pequeña cámara montada en el parabrisas trasero. Se disputaban las bicicletas, se arrojaban puñados de grava y gritaban con las narices llenas de mocos.

Él no tenía niños. Nunca le habían gustado, ni siquiera en su propia infancia. En aquella época había hecho todo lo posible para asemejarse a los compañeros: llevaba la ropa adecuada y hablaba como los demás, pero nadie reparaba en sus tímidos y desesperados intentos, y el deseo de ser normal se había convertido en un profundo desprecio hacia la gente de su edad. A estas alturas, los niños le daban asco. La lista de inconvenientes que presentaban era interminable: mocos, granos, costras, verrugas, piojos, eczemas. Los niños eran pequeños e indefensos depósitos de infección, y su única razón de ser era ejercer la maldad. Él había comprendido la crueldad de los niños al hacerse mayor. A diferencia de la bondad, que había que enseñar, fomentar y desarrollar, la maldad existía de modo natural desde el nacimiento y se volvía más taimada con los años.

A las 16:07, se bajó del coche para recogerlos. Ya había suficientes padres a esa hora para que el personal del parvulario no tuviera tiempo de prestarle demasiada atención. Sabía por Facebook qué aspecto tenían Lovisa y Mark, de tres y cinco años. Los encontró con facilidad en el parque infantil, y ambos se tragaron su explicación sin protestar: era un compañero de trabajo de su madre y había ido a buscarlos porque ella estaba en una reunión y no podía llegar a la hora. La promesa de un McDonald’s contribuyó lo suyo a que le creyeran.

No fue tan sencillo con el personal. La gorda parecía desconfiar y le preguntó a bocajarro quién era, dejando bien claro que no podían entregar los niños a un extraño. Él replicó con tono ofendido que no era ningún extraño, sino el padre de los niños, y tuvo la fortuna de que ellos no estaban cerca en ese momento. La gorda se quedó confundida y avergonzada.

Él le dijo que viajaba mucho por su trabajo y que, normalmente, no podía ir a recogerlos. Que lo de hoy era una sorpresa. Al final la gorda aceptó su explicación, aunque indicándole que la próxima vez que quisiera darles una sorpresa debía avisar con antelación.

Ahora los tenía en el asiento trasero del coche, profundamente dormidos a causa del somnífero que les había administrado. Esperó a que llegara la madre. En la pantalla de la cámara del parabrisas trasero, vio cómo Camilla Lindén cerraba de un golpe la puerta de su coche y se apresuraba hacia el parvulario, como siempre con retraso. Volvió a toda prisa tres minutos más tarde y tecleó en su móvil, sin saber que estaba a punto de escuchar un mensaje automatizado diciendo que el número que había marcado estaba fuera de servicio.

Observó cómo volvía a marcar el número y escuchaba el mismo mensaje. Luego arrojó el bolso en el asiento del copiloto, se puso al volante y arrancó a toda velocidad, con un chirrido de neumáticos. Él, más relajado que ella, metió la llave en el contacto, la siguió y activó el detector facial automático de la cámara, que habría de guiar el láser con la ayuda de los algoritmos que él mismo había programado.

Si todo funcionaba según sus planes, nunca lograrían averiguar qué había sucedido.

58

Una enfermera miró a Astrid Tuvesson y le señaló un rótulo en el que había dibujado un teléfono móvil tachado.

—De acuerdo, vaya allí. Ahora tengo que dejarlo. —Cortó la llamada y le dijo a Lilja—: Era Molander. No han encontrado nada en Ramlösa Brunnspark.

—¿Nada?

—Solo unas hebras del pelo de la víctima entre los arbustos donde la han encontrado, pero nada útil para nosotros: ni ropa, ni huellas de zapatos, ni roderas de neumáticos. Lo he enviado a Söderasen para que vuelva a examinar la escena donde apareció el cadáver de Claes.

—No puede ser, siempre hay algo… ¿Recuerda alguna ocasión en la que Molander no haya encontrado nada?

Tuvesson negó con la cabeza y dijo:

—Supongo que el asesino ha hecho un trabajo increíblemente eficaz al limpiar su rastro. Todos los indicios que hemos encontrado hasta ahora los ha colocado él mismo, ¿no?

Cuando iba a preguntarle a Fabian qué opinaba, reapareció el médico.

—Pueden seguirme.

Mientras recorrían el pasillo, el facultativo les puso al corriente de las últimas novedades sobre el estado de Ingela.

—Se ha recobrado un poco, pero está muy débil. La visita debe ser breve; que les quede claro. —Les indicó una puerta custodiada por dos agentes uniformados —. Volveré dentro de diez minutos.

El médico se alejó y Tuvesson abrió la puerta.

—Un momento —advirtió Lilja—. ¿Es buena idea que entre Fabian con nosotras? Creía que estaba fuera del caso.

—Irene tiene razón —le dijo Tuvesson a Risk—. Lo que haga en sus vacaciones es cosa suya. Pero si quiere ver a Ingela, habrá de hacerlo cuando nosotras hayamos terminado.

—No importa —aceptó Fabian, y echó a andar otra vez hacia los ascensores con sus mudos escoltas.

Ya tenía las respuestas que necesitaba.

Tuvesson y Lilja se acercaron a la cama, que estaba levantada de forma que Ingela quedara un poco incorporada. Aparte de los oscuros cercos que había bajo sus ojos angustiados, estaba tan blanca como la sábana. Tenía el pelo grasiento y enmarañado, y las manos, incluso reposando sobre la manta, le temblaban como las de una anciana. «¿Qué cabría esperar de alguien que ha perdido tanta sangre en una intervención no deseada y tan invasiva, ejecutada además por un cirujano aficionado?», pensó Tuvesson mientras cogía una silla y se sentaba junto a la cama.

—Hola, Ingela. Me llamo Astrid Tuvesson y soy comisaria de la policía de Helsingborg. Esta es la inspectora Irene Lilja.

Lilja la saludó con la mano.

—Tenemos varias preguntas que esperamos que pueda responder.

Ingela negó con la cabeza. Su trémula barbilla indicaba que se hallaba al borde de las lágrimas.

—No tengo ninguna respuesta. Lo lamento, pero no recuerdo nada.

—Ingela, quiero decir de entrada que sentimos muchísimo lo que le ha ocurrido. Debe de haber sido espantoso. Pero a diferencia de las demás víctimas, usted está viva.

—¿Viva? ¿A esto le llama estar viva? Si por mí fuera, preferiría estar muerta. Alguien me hurgó por dentro… con un cuchillo… y… —Se le crispó el rostro y enseguida se le escaparon unas lágrimas silenciosas.

Tuvesson la cogió de la mano.

—Comprendo que es una situación muy difícil. Pero lo único que queremos es atrapar a quien le ha hecho esto. Cualquier dato que pueda proporcionarnos nos ayudará.

La mujer asintió. Se calmó, se enjugó las lágrimas y dio un sorbo de agua del vaso que Lilja le ofrecía.

—¿Qué es lo último que recuerda del miércoles por la noche?

—Salí con Mona y Cilla.

—¿Quiénes son?

—Unas amigas. Salimos el primer miércoles de cada mes.

—¿Y dónde estuvieron esta vez?

—Primero cenamos en Haket, y… después fuimos al S/S Swea y tomamos unas copas.

—¿Qué sucedió después?

Ingela hizo un gesto negativo con la cabeza y se encogió de hombros.

—¿Recuerda qué bebidas tomó? —dijo Lilja.

—Una caipiriña y un White Russian.

—En ese local, el S/S Swea, ¿se puede bailar?

—Sí. Recuerdo que me sentí mareada de repente, aunque solo había tomado dos o tres copas. Estaba sonando una canción de Lady Gaga y todo empezó a darme vueltas.

Tuvesson y Lilja se miraron.

—¿Les pasó lo mismo a sus amigas?

—No lo sé. No conseguí localizarlas. Estaba lleno de gente y todo me daba vueltas. Yo quería salir de allí, pero no encontraba la puerta. Aunque es un local bastante pequeño, me parecía como un laberinto.

—Entonces, ¿no recuerda cómo salió?

Ingela parecía hacer un tremendo esfuerzo para mantener la compostura. El médico apareció entonces en la habitación y señaló su reloj.

Tuvesson alzó la mano para mantenerlo a raya.

—Ya terminamos. Todo le daba vueltas y usted buscaba la salida, pero no la encontraba. ¿Cuál es su siguiente recuerdo?

La mujer reflexionó un momento y contestó:

—Supongo que cuando me desperté sin saber dónde estaba. No sabía qué ocurría; ni siquiera quién era. —Le tembló el labio inferior. Tuvesson le apretó la mano.

—¿Sentía algún dolor?

—No lo sé. Creo que no.

—¿Recuerda cómo estaba tendida cuando despertó? ¿Estaba boca abajo, boca arriba o…?

—No lo sé. Por favor, no lo sé. ¿No han terminado ya?

—Ingela, esto es importante. Trate de recordar con exactitud qué ocurrió cuando…

—¡No lo sé, ya se lo he dicho! —Ingela se echó a llorar otra vez—. Por favor, ¿pueden dejarme sola? Quiero que se vayan.

—Ingela…

—¡Váyanse! ¡Fuera de aquí! —gritó la mujer, y se golpeó el vientre.

El médico corrió junto a la cama y trató de impedir que siguiera repartiendo golpes a todo lo que tenía a mano y a sí misma.

—¡Déjenme en paz!

Lilja y Tuvesson le sujetaron los brazos mientras el médico llenaba una jeringa y se la inyectaba en el muslo. Ingela dejó de oponer resistencia. Miró a los tres con ojos vidriosos.

—Por favor… es que no pueden dejarme… desaparecer…

Sus párpados se fueron cerrando.

—Creo que ya basta, ¿no les parece? —dijo el doctor abriéndoles la puerta

—¿Cuándo podremos volver a verla? —le preguntó Tuvesson mientras salían al pasillo.

—Como ha visto usted misma, ha sufrido un grave trauma y está conmocionada. Necesita reposo.

Tuvesson lo miró con fijeza y le dijo:

—Insisto, ¿cuándo podremos hablar con ella?

—La verdad, no veo qué sentido tiene. Me parece que ya le ha dicho cuanto recuerda.

—Prefiero ser yo la que decida eso. ¿Cuándo volverá a estar en condiciones?

—Calculo que mañana debería poder sentarse al menos.

—Bien. Vendremos a buscarla. Quiero llevarla a dar una vuelta en coche; y no hay ningún inconveniente si alguien del hospital quiere acompañarla.

Él trató de protestar, pero la comisaria y la inspectora ya se dirigían a la salida.

59

Camilla Lindén no recordaba la última vez que le había ocurrido lo mismo: tal vez hacía dos o tres años, incluso cuatro. Aunque se había jurado con solemnidad que no volvería a caer, siempre se aseguraba de llevar un paquete en el bolso, por si le entraba un impulso irresistible.

«¿Y quién podría culparme por necesitar un cigarrillo ahora», pensó mientras hurgaba con la mano derecha en el bolso, que había dejado sobre el asiento del copiloto. Tenía que estar ahí, entre las barras de labios, las llaves, el móvil, los palillos y los tampones. Al fin, notó el tacto blando y crujiente del paquete. Se lo llevó a la boca, arrancó el celofán con los dientes y, apresando un cigarrillo entre los labios, lo sacó del todo. El encendedor del coche ya aguardaba reluciente, y al cabo de unos segundos pudo dar una ansiosa calada.

Siempre solía calmarse un poco después de esa primera calada. Pero esta vez no le produjo el mismo efecto. «Maldita sea, no lo volveré a hacer», pensó, mientras se metía en el carril de la izquierda, acelerando, y adelantaba al Volvo de color borgoña que avanzaba a paso de tortuga delante de ella. Aspiró profundamente, para que el humo le llegara hasta el fondo de los pulmones; la autopista E6 discurrió ante sus ojos como en un videojuego. Iba a una velocidad disparatada, pero le importaba una puta mierda. «Que me pare la policía», se dijo. Al menos, si lo hacían, podrían echarle una mano.

Esta no era la primera vez que Björne se presentaba de improviso y se llevaba a los niños sin avisarla. En una ocasión se los había llevado a los jardines del Tívoli, en Copenhague; y en otra ocasión, había decidido irse de excursión con

ellos a la isla Ven. Pero esta era la primera vez que había bloqueado su número de teléfono. «La primera y la última», pensó Camilla.

Ya había aguantado bastante. No iba a conformarse con pegar cuatro gritos y dejarlo correr. Esta vez pensaba llegar hasta el final: juicio, suspensión del régimen de visitas y toda la pesca. Iba a plantarle batalla de verdad; y él acabaría tan jodido que no se atrevería a acercarse a los niños nunca más.

Se mantuvo en el carril izquierdo, dándose cuenta de que el velocímetro marcaba ciento cincuenta kilómetros por hora. La velocidad no le preocupaba, aunque debía estar atenta para no pasarse la salida de Strövelstorp, donde vivía el muy cabrón. Dio una última calada al cigarrillo, lo tiró por la rendija y encendió otro.

¿Cómo podía haber sido tan ingenua? Había habido muchos signos de advertencia a lo largo de los años, muchas oportunidades para dar el portazo. Pero ella había preferido ignorarlas, ponía la otra mejilla y fingía que no había ningún problema. Como si él fuera capaz de dejar de beber una vez que empezaba. Como si ella fuera la causa de sus malos humores. Todo aquello ya provenía de antes de que nacieran los niños. Si hubiera un campeonato de estupidez, ella lo ganaría sin proponérselo siquiera.

Dejó escapar una gran bocanada de humo, que se le atascó en la garganta, y tosió como una vieja. Notó que el Volvo la adelantaba por la derecha. Observó de pasada el cuentakilómetros, que ahora estaba por debajo de los ciento cuarenta, y se colocó en el carril derecho detrás del Volvo.

Habían pasado más de diez años, pero todavía recordaba el primer golpe como si hubiera sido ayer. Habían ido a cenar a casa de Pavlan, su amiga de la infancia. Ahora, desde que se había casado con Jerker, se llamaba Elsa Hallin. Los Hallin los habían invitado porque habían encontrado un juego de *fondue* mientras limpiaban el sótano y habían decidido probarlo. Durante la cena habían comentado que era una lástima que ese invento maravilloso hubiera permanecido arrumbado en el sótano desde quién sabía cuándo. Luego se habían puesto a

hablar de todas las cosas que les gustaban de los años ochenta, y ella había notado que Björne se quedaba callado.

Las luces traseras del Volvo se encendieron, y ella tuvo que frenar a fondo para no embestirlo. Miró atrás para ver si podía adelantarlo, pero había un camión rebasándola en plena cuesta. No valía la pena.

Björne detestaba todo cuanto tuviera que ver con los ochenta. No importaba que acabara de zamparse toda aquella *fondue* como si tuviera una solitaria en el estómago. Él despreciaba aquella época y punto. Los demás hablaban de moda y de peinados, de lo divertida que había sido esa década en comparación con la de los noventa. Pavlan comentó que el conjunto obligado de los noventa —tejanos rotos decolorados, camisetas y prendas de franela— no era nada interesante. Al parecer, no era consciente de que Björne llevaba una camiseta blanca bajo una camisa de leñador desabrochada. ¿O quizá sí lo sabía? Habría sido muy típico de Pavlan querer echar leña al fuego.

Camilla había intentado dar marcha atrás diciendo que a ella las camisas a cuadros le parecían supersexy. Björne abrió la boca por primera vez en veinte minutos.

—Los ochenta fueron propios de jodidos homos y maricones, con todas esas hombreras y esas chorradas.

Jerker se había preguntado cuál era la diferencia entre homos y maricones, pero alzó su copa soltando un bufido.

Las luces traseras del Volvo volvieron a encenderse, y Camilla redujo la velocidad. Ahora estaba por debajo de los ciento veinte kilómetros.

Todos, salvo Björne, habían hecho un brindis beodo. Era evidente que el estado de su humor había entrado en la zona de peligro. Camilla había procurado desviar la conversación hacia el trabajo. Pavlan lo aprovechó y se puso a explicar que su jefe discriminaba sistemáticamente la literatura infantil.

—O sea, ¿me estáis diciendo en serio que os gusta esa música homo de entonces? —había dicho Björne con voz sibilante—. Los Soft Cell y los Human

League ni siquiera usaban instrumentos de verdad. ¡Eran unos putos homos maquillados que ni siquiera sabían cantar!

«Si algo sabían hacer era cantar», pensó Camilla, al tiempo que observaba cómo se encendía una luz verde en el parabrisas trasero del Volvo, que seguía delante de ella. Sus pensamientos retrocedieron enseguida hasta aquella cena. Jerker debía de estar muy borracho, porque le dio más alas a Björne.

—Ese es el típico comentario que haría un homo vergonzante —había exclamado Jerker, poniéndose a cantar—: *«Don't you want me, baby? Don't you want me? Oh!»* —Incluso se levantó, se arrodilló frente a Björne y le restregó los muslos—. *« You were working as a waitress in a cocktail bar, when I met you. I picked you out, I shook you up, and turn you around…»* .

Mientras Camilla intentaba recordar más detalles, la pequeña cámara del coche de delante estaba en pleno proceso de localizarle la cara y de apuntar el rayo verde hacia su parabrisas.

Pavlan se había tronchado, y a ella misma le había costado un montón contener las carcajadas. Jerker siguió cantando y haciendo monerías a los pies de Björne —*«Turned you into some one new»*—, hasta que ellas dos acabaron aullando de risa. Cuando se dio cuenta de que la expresión de Björne se había vuelto glacial, ya era demasiado tarde. Él se levantó de pronto, con tanta brusquedad que la silla se volcó, y dijo que se iban. Ella había sido lo bastante idiota como para obedecer.

Cuando llegaron a casa, Björne había cerrado la puerta con llave y cerrojo. Camilla vio que se metía la llave en el bolsillo, inspiraba hondo y se daba la vuelta hacia ella.

De repente, un dolor brutal en el ojo izquierdo la sacó de sus recuerdos. Era como si le hubieran tirado ácido o clavado una aguja en la córnea. Cerró los dos ojos y se agarró la cara, pero no detectó ninguna sustancia ni ningún objeto. Lo único que notaba era un intenso dolor y ardor en la órbita ocular. El coche se le estaba escorando, pero logró enderezarlo antes de que fuera tarde. Dejó de gritar y trató de calmarse. ¿Qué demonios sucedía? ¿Estaba sufriendo un derrame o un

coágulo? El ojo seguía doliéndole, aunque el dolor había disminuido de intensidad y era más soportable. Estaba empapada de sudor, pero tenía frío. Se sentía tensa y pegajosa. Sujetó el volante con la mano izquierda y se tapó con la otra el ojo derecho para comprobar si veía con el izquierdo: no, no veía. ¿Qué clase de pesadilla era esa? Quería despertar de una vez.

Vio otra vez la lucecita verde saliendo de la parte trasera del Volvo hacia su parabrisas. No, no era ningún sueño. El delgado rayo de luz le ascendió por el pecho. ¿Qué diantre era aquello? No tuvo tiempo de pensar más porque volvió a sentir el mismo dolor ardiente y punzante, pero esta vez en el ojo derecho. Todo se volvió borroso; no veía más que esferas de colores danzándole en la retina. Chilló con todas sus fuerzas mientras trataba de mantener el coche dentro del carril, pero las manos no la obedecían y el volante parecía haber cobrado vida propia.

El BMW de Camilla impactó contra el costado de un camión, rebotó hacia el carril por el que iba ella y se metió dando tumbos en el arcén, donde chocó con el rótulo de Strövelstorp 500 metros. Uno de los soportes del rótulo destrozó el faro derecho y el coche volvió de rebote a la autopista justo delante de un tráiler, que le espachurró con el morro la parte trasera, como si fuera de hojalata. El BMW volcó y se deslizó sobre el techo por la calzada hasta detenerse del todo.

Los vehículos que circulaban detrás frenaron y provocaron enseguida un extenso atasco. El conductor del tráiler y otras personas se bajaron a examinar el coche aplastado, que parecía un escarabajo patas arriba, con las ruedas girando en el aire. Algunos sacaron el móvil para llamar a una ambulancia. Otros para llamar a casa y decirles a sus familiares lo mucho que los querían. Uno de los hombres se acercó al BMW, abrió la puerta y le buscó el pulso a Camilla en el cuello inútilmente. Después se subió a su Volvo de color borgoña y se alejó.

60

Fabian ya llevaba en la cama más de veinticuatro horas y no resistiría otro día de reposo. Unas horas más, y perecería de aburrimiento. Le daba igual que el personal del hospital le insistiera en la importancia de guardar cama. El asesinato de Claes Mällvik —el último giro del caso— no iba a darle ni un momento de paz.

Tuvesson, además, no le ponía las cosas fáciles para relajarse. Aunque la comisaria hubiera tratado de ocultar la impotencia que sentía, su mirada lo decía todo: ella, en el fondo, ya había perdido la esperanza de resolver el caso. No importaba que lo hubieran apartado oficialmente de la investigación y que estuviera atrapado en el hospital. Ahora era cosa suya averiguar cómo estaba conectado todo. O si estaba conectado siquiera.

Quería abandonar el hospital, pero el dolor de la espalda era demasiado intenso. Ni siquiera podría levantarse de la cama. Estaba pagando el precio de su paseo hasta el departamento de urgencias. Claudicó y tomó unas pastillas para el dolor. Una sensación de entumecimiento se le difundió por el cuerpo. De ese modo, con un poco de suerte, podría concentrarse en su trabajo; porque, con dolor o sin dolor, pensaba trabajar.

Un mensajero había pasado por su casa para recoger su ordenador, el cargador del móvil y unas mudas de ropa interior. También había logrado que el recepcionista de la comisaría, Florian Nilsson, le mandara los documentos de su despacho prestado al hospital. Una de las enfermeras lo había ayudado a

conseguir un enchufe múltiple, una estantería con ruedas, una lamparita y una bandeja plegable que le servía de maravilla como escritorio.

Enchufó el cargador y encendió primero el móvil. Había un mensaje de Sonja: «Estamos en el tren. Theo no ha querido venir con nosotras. Le he dejado quinientas coronas para que no se muera de hambre mientras estás en el hospital. Por favor, llámalo para comprobar que va todo bien. Sonja».

Llamó de inmediato a Theodor, pero no respondía. Optó por llamar a su mujer y trató de contarle cómo se encontraba, pero ella solo quería saber si había hablado con Theo. Le dijo que acababa de recibir el cargador del móvil y prometió que volvería a intentarlo en cuanto terminaran de hablar.

—Entonces, mejor que colguemos ya.

Él no tenía ganas de colgar y le preguntó cómo se lo estaban pasando ella y Matilda. Sonja le contó que habían ido al parque de atracciones Gröna Lund con su hermana y sus sobrinos, y que se lo habían pasado bomba.

—Oye, he de dejarte ahora. Llama a Theo.

—Te quiero —dijo Fabian, y aguardó su respuesta.

—Llámame en cuanto hayas hablado con él.

Fabian marcó el número fijo de la casa y escuchó cómo sonaba y sonaba, reverberando lentamente en el éter. Llamó de nuevo al móvil de Theodor, pero el buzón de voz saltó al tercer timbrazo. Seguro que estaba con un videojuego. Se prometió que volvería a hacer un esfuerzo para que saliera un poco más de su habitación, para que hiciera alguna otra cosa que exterminar a enemigos imaginarios.

Se abrió la puerta y apareció un agente vestido de uniforme, que le iba demasiado pequeño; como mínimo, dos tallas menos. Le dijo:

—Tenemos un envío para usted. Unas cosas de la comisaría.

El mensajero entró con una caja llena de carpetas y documentos, y le tendió un impreso para que lo firmara.

—¿No tendrá usted el número de teléfono de su compañero: el que ha ido a mi casa hace como una hora a recoger el ordenador y demás? —preguntó Fabian

mientras firmaba.

—¿En el número diecisiete de Pålsjögatan?

Asintió.

—Déjeme ver —dijo el agente mirando un listado—. Ha sido Jocke el Rockero. —Encontró el número en su móvil y se lo pasó a Fabian, que lo tecleó en el suyo.

—¿Diga?

—¿Hablo con Jocke?

—Sí. ¿Quién es?

—Me llamo Fabian Risk. Usted ha ido a recoger unas cosas a mi casa hará una hora… El diecisiete de Pålsjögatan.

—Mire, yo ya terminado por hoy.

—Quería hacerle una pregunta rápida.

Oyó un suspiro exagerado del empleado.

—¿Estaba mi hijo en casa cuando usted ha ido? Tiene catorce años, y el pelo oscuro hasta los hombros.

—Ni idea. Pero alguien tenía puesta a todo volumen una canción de Marilyn Manson.

—Gracias. Era lo único que quería oír. —Fabian colgó con repentino alivio, una sensación que nunca habría imaginado que pudiera causarle Marilyn Manson al máximo de decibelios.

Veinte minutos después, la pantalla de su móvil se iluminó con un mensaje de texto: «Eh, papá. He visto que has llamado. He salido a comprar un kebab, ahora voy a pagarlo. ¿Cuándo vuelves a casa?».

Él respondió: «En cuanto me dejen los médicos. Ya tengo cargado otra vez el móvil; avísame si hay cualquier novedad. O mejor, ¿por qué no vienes a verme?».

Mandó el mensaje y escribió otro: «Cariño, acabo de recibir noticias de Theo. Al parecer, está comiendo kebab a dos carrillos. Besos. F.»

Dejó el móvil. Al fin podía ponerse a trabajar.

61

«Poco nos ha faltado para desfallecer», pensó Tuvesson mientras pagaba la *pizza* y avisaba a Lilja, Molander y Klippan de que la comida ya había llegado. Entre los miembros del equipo, el nivel de concentración se había ido reduciendo al mismo tiempo que el nivel de azúcar; si no comían pronto alguna cosa, habrían de bajar la persiana y retirarse de una vez. Se habían pasado todo el día y toda la noche trabajando, y la falta de sueño ya hacía mucho que había rebasado los límites razonables. Para librarse de la desesperanza que sentía, la comisaria había decidido que nadie volvería a casa hasta que la investigación diera un paso significativo. Si la comida surtía efecto, podrían continuar con bríos renovados. A ella estas prórrogas le encantaban, porque entonces los colaboradores se concentraban y se entregaban para resolver el caso. Lo demás quedaba relegado a un segundo plano. En condiciones normales, la gente regresaba a casa con su familia, pero actualmente, en cambio, eran ellos la familia. Esa situación le traía recuerdos de cuando era niña y se quedaba a dormir en casa de su mejor amiga. Se pasaban el fin de semana entero jugando a los médicos o construyendo castillos de Lego, y andaban siempre en pijama porque no encontraban el momento de vestirse. Apenas tenían tiempo para comer; jugar era lo único que importaba.

Lilja y Molander se acercaron corriendo, abrieron la botella de Coca-Cola de dos litros y se sirvieron un vaso cada uno.

—Si tuviera que escoger entre beber vino o Coca-Cola durante el resto de mi vida, escogería la Coca-Cola sin la menor duda —dijo Lilja, y dio largos tragos.

—¿Qué *pizzas* han traído? —preguntó Molander buscando entre las cajas.

—¿Cuál quería usted?

—Eh… humm… ¿una *pizza* kebab?

—Sus deseos son órdenes para mí —dijo Tuvesson, y le pasó una de las cajas.

Aunque se negara a reconocerlo, la mayoría de las veces Molander se servía al menos media *pizza* kebab, pero después de unas porciones se cansaba de ese gusto y quería probar las de los demás. Tuvesson, para curarse en salud, había pedido seis gustos distintos.

—¿Dónde está Klippan? ¿Él no quiere *pizza*?

—Está encerrado en la sala de conferencias. Vendrá en cuanto haya terminado de analizar esos grafitis —explicó Lilja.

—Ah, ya… esa teoría —dijo Molander desdeñosamente.

—Ya sé que es una posibilidad remota —dijo Tuvesson—. Pero Klippan le ha dedicado un montón de tiempo y energía, así que quiero que le demos una oportunidad, ¿de acuerdo?

Molander y Lilja asintieron, se sentaron y comieron con una ansiedad desaforada. Un tercio de *pizza* kebab después, Molander rompió el silencio:

—¿Qué más tenemos sobre Ingela Ploghed?

—Poca cosa —contestó Tuvesson—. He recibido el informe de la exploración que le ha practicado el médico: más o menos una repetición de lo que nos ha contado antes en el hospital.

—¿Qué dice?

—Que es indudable que la operación no la realizó un profesional.

—¿Cómo lo sabe?

—El agresor utilizó un bisturí estándar, que no es el indicado para una histerectomía. Y por si esto fuera poco, no estaba esterilizado.

—¡Dios mío! —exclamó Lilja.

—El tipo intervino, además, por vía vaginal, en vez de hacer una incisión en el abdomen, que es la vía que se considera más fácil.

—A ver si lo entiendo… ¿es más difícil hacer una histerectomía a través de la

vagina? —preguntó Molander.

—Sí, pero al parecer la operación fue realizada con una precisión impresionante para un principiante.

Molander cortó un trozo de *pizza* kebab.

—¿Alguien quiere hacer un trueque?

Tuvesson y Lilja dijeron que no.

—¿Y usted qué, Lilja? ¿Ha encontrado algo?

Ella asintió y bebió un buen trago de Coca-Cola para deglutir un bocado.

—A decir verdad, no acabo de entender a Ingela. Acabó la escuela Fredriksdal con una media excelente. También terminó la educación superior, en ciencias naturales, entre los primeros de la clase. Luego hizo dos cursos y medio en la Facultad de Derecho, en Lund, pero lo dejó todo sin más ni más.

—¿Qué hizo después?

—Nada, eso es lo más raro. Se puso a trabajar en la caja de un supermercado y, por lo que he averiguado, sigue allí. Fíjese qué derroche de talento.

—¿Hay algo más?

—Sí. Tuvo un aborto en 1992. Diez años después, sus padres murieron de cáncer en el período de un año.

—¿Quizá el asesino le extirpó el útero por haber interrumpido el embarazo? —especuló Molander, apartando la *pizza* kebab—. Analicemos el patrón de los asesinatos: le cortó las manos a Jörgen porque daba puñetazos y le aplastó los pies a Glenn porque le gustaba dar patadas. Entonces, ¿por qué no extirparle el útero a una mujer que tuvo un aborto?

—Su teoría da por supuesto que se trata del mismo tipo —observó Tuvesson.

Molander dejó de masticar y la miró desconcertado.

—Claro que es el mismo tipo.

—Según Risk, no —dijo Lilja—. Él cree que Ploghed no se ajusta al patrón de los demás crímenes.

—¿Cómo que no se ajusta? ¿Cómo demonios puede creer tal cosa? Primero fueron las manos, luego los pies y ahora el útero. Siempre de personas de la

misma clase de la escuela. Si eso no es un patrón, yo no debería trabajar aquí.

—Pero Ploghed ha sobrevivido. Y además, el tipo la violó.

—¿Y qué? Ella es la primera víctima femenina, dejando aparte a la chica danesa, que obviamente no formaba parte del plan.

—Cierto, pero según dice Risk, Ploghed era la única alumna de la clase que defendía a Claes.

—Todos sabemos que ya no se trata de Claes, sino de otro… —Molander se interrumpió bruscamente y paseó la mirada entre Lilja y Tuvesson—. ¿En serio piensan que podría ser una persona distinta?

—Lo cierto es que ya no sé lo que pienso —dijo Tuvesson.

—Yo tampoco —añadió Lilja.

—Más bien me inclino a considerar que todos los crímenes los ha cometido el mismo asesino. Lo que quiero es que no descartemos ninguna posibilidad en esta fase de la investigación. Podría tratarse de cualquiera —dijo Tuvesson.

—¿Hay alguna *calzone*? —oyeron que decía Klippan desde el pasillo.

—Por supuesto. —Tuvesson le acercó la caja más voluminosa cuando entró.

Klippan carraspeó para anunciar:

—Quiero aprovechar ahora que estamos todos reunidos para invitarlos a la sala de conferencias —dijo extendiendo un brazo para indicarles el lugar. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

Tuvesson y los demás entraron en la sala y miraron en derredor asombrados. Klippan se había tomado el trabajo de empapelar las paredes, desde el suelo hasta dos metros de altura, con copias de los grafitis. Había incluso un pósit en cada copia para indicar la localización de cada uno.

—¡Ahí va! —exclamó Lilja—. ¿Todo proviene de la escuela Fredriksdal?

—En efecto. He pensado que sería la mejor manera de tener una visión panorámica de los grafitis.

—Es como si hubiera entrado en un lavabo público gigantesco —dijo Molander.

—¿Ha encontrado algo interesante? —preguntó Tuvesson.

—Aún no he empezado a investigar. —Klippan abrió la caja de la *calzone* y se dedicó a comer mientras los demás examinaban las paredes—. He pensado que sería mejor hacerlo entre todos. Si cada uno se encarga de una pared, no deberíamos tardar demasiado en revisarlo todo.

En cuanto él terminó de comer, se dispersaron y se dispusieron a trabajar.

—¿Cuántos «mi polla en un coño» han encontrado hasta ahora? —preguntó Molander.

—Yo llevo tres —dijo Lilja.

—¿«Chúpame la polla» también cuenta? —inquirió Klippan.

—No. Son cosas totalmente distintas —objetó Molander—. Una es sexo con penetración; la otra, sexo oral. Venga, hemos de encontrar algún orden en todo esto.

—Yo ya tengo dos orales —dijo Tuvesson.

—¿En qué categoría entraría «A Alex le gusta el sexo con los pies»?

Quince minutos después, un silencio reconcentrado se había adueñado de la sala. Los cuatro policías parecían decididos a exprimir hasta el menor indicio. Klippan había hecho un enorme trabajo y no querían desperdiciarlo. No solo había fotografiado los grafitis de los lugares más obvios —las paredes y las taquillas—, sino que había encontrado también mensajes ocultos bajo los pupitres y en los respaldos de las sillas.

«Espero que tengas un Plan B», se leía en un soporte de papel higiénico. «Los gais cagan como todo el mundo. Pero se lo pasan mejor», decía otro grafiti en el asiento de un baño. La mayor parte era del tipo: «Cecilia es una puta»; «Primero yo, después yo y los demás que se jodan»; «Normas para pincharse»; «Hellström es un cabrón»; «Jörgen ama a Lina»; «¡El rock ha muerto! ¡Viva la música electrónica!».

Tuvesson observó las frases. Tenía la sensación de estar zambulléndose en las mentes adolescentes del pasado y el presente. Algunas de las imágenes presentaban varias capas sucesivas de mensajes, como si fueran los anillos de

crecimiento dejados por sucesivas generaciones de alumnos. Había que concentrarse para descifrar la capa más antigua.

Detuvo la mirada en dos palabras: *Muere, Mjälle*. El pósit indicaba que estaban en el respaldo de un banco de los vestuarios de chicos. Estremeciéndose, estudió la imagen más de cerca. Las letras, angulosas y desgarbadas, parecían haber sido talladas con un cuchillo. Los bordes de la inscripción estaban pulidos, lo que significaba que fácilmente podía llevar allí treinta años. Pero ¿quién habría escrito unas palabras tan henchidas de odio? ¿Jörgen, Glenn o el asesino?

—He encontrado algo interesante —dijo Lilja, y leyó en voz alta—: «Hablo y nadie escucha. Pregunto y nadie responde. El Hombre Invisible». ¿Qué creen que significa?

—¿Dónde han encontrado eso? —preguntó Molander.

—Detrás del extintor de incendios, en el pasillo sur.

—Aquí hay otro parecido —dijo Klippan—: «Odio a todos y cada uno de estos hijos de puta, pero ¿a quién demonios le importa? El Hombre Invisible».

—¿Creen que podría ser él? —preguntó Lilja a los demás.

—¿Por qué no? —dijo Tuvesson.

Los cuatro dieron unos pasos atrás y siguieron examinando los grafitis, como si temieran que el asesino fuera a salir disparado de las paredes.

Media hora más tarde, Molander despegó de su pared correspondiente una de las fotos y se sentó a la mesa para estudiarla con una lupa. Los demás acabaron de inspeccionar sus paredes y se agolparon a su espalda para echar una mirada.

El grafiti que estaba examinando era ilegible. Con los años, las palabras se habían desdibujado de tal modo que se distinguían puntos, líneas de diversos tamaños y algunos ángulos medio borrados, nada más. Molander pretendía reconstruir las letras originales. El pósit decía que ese grafiti procedía del interior de la taquilla 349.

—No me diga que ha tenido que abrir cada taquilla —le preguntó Lilja.

—Ya estaban abiertas; supongo que lo han hecho para vaciarlas y limpiarlas durante el verano.

Tuvesson, asomándose sobre el hombro de Molander, atisbó una parte del texto. «Nadie me ve… Nadie…» No pudo ver el final, porque el forense tapaba con la mano la última parte y no quería molestarlo. Cuando él estaba tan concentrado, quería decir que la investigación iba a dar un salto importante.

Dio gracias en silencio a la *pizza* kebab y miró por el ventanal, que ofrecía una preciosa vista nocturna de Helsingborg. Hacía una noche inusualmente despejada y se veía todo el panorama del Estrecho hasta Helsingør. Incluso identificó la lucecita parpadeante de una de las torres del castillo de Kronborg. La isla Ven se divisaba a lo lejos con claridad, aunque ella, como en general los habitantes de Helsingborg, nunca había estado allí. También era posible que las luces que ella atribuía a la isla fuesen los faros de un barco.

—¡Aquí lo tenemos! —exclamó Molander de pronto.

Tuvesson se giró en redondo.

—¿Ah, sí?

—Bueno, si esto no lo ha escrito nuestro hombre, tiro la toalla y me dedico a otra cosa.

—¿Qué dice? —preguntó Lilja sirviéndose el resto de la Coca-Cola en su vaso.

Molander fue leyendo el grafiti, mirando a los ojos a los demás al terminar cada frase:

—«Nadie me ve. Nadie me oye. Nadie se mete siquiera conmigo. H.I.»

—Se llamaba a sí mismo «El Hombre Invisible» porque nadie se fijaba en él. En eso radica todo su motivo —dijo Tuvesson—. Dicen que ser ignorado y dejado de lado por sistema es una de las peores sensaciones que existen. O sea, cuando ni siquiera te toman el pelo. Debe de ser como si no existieras.

—Es esto lo que está buscando, pues —dijo Lilja—. Quiere llamar la atención. Hacerse famoso.

La comisaria asintió.

—Hasta ahora, parece hacer todo lo posible para seguir siendo invisible —observó Klippan.

—En cualquier caso, esto quiere decir casi con seguridad que estaba en la misma clase —dijo Molander.

Tuvesson se acercó a la fotografía ampliada de clase. Cuatro estaban tachados: Jörgen, Glenn, Claes y la tutora, Monika Krusenstierna. Encima de Ingela Ploghed había un interrogante. Sintió que se le aceleraba el corazón. Al fin habían encontrado algo y reducido la masa de sospechosos a los restantes miembros de la clase. Entonces preguntó:

—¿Hemos contactado con todos los que siguen vivos y comprobado sus coartadas?

—Ya lo hemos hecho Lilja y yo —dijo Klippan—. Al menos con los que no están de vacaciones.

—¿Y?

—Por desgracia, tenían una coartada perfecta.

—¿Todos?

—Sí. Al menos, los míos —dijo Klippan.

—Los míos también.

—¿Y qué hay de los que siguen de vacaciones? —quiso saber Molander—. ¿Han comprobado que, de verdad, están todos fuera?

—No, aún no —respondió Lilja.

—Encárguense de inmediato, y vuelvan a comprobar las demás coartadas —ordenó Tuvesson—. Si su firma es «El Hombre Invisible», ¿creen que podemos dar por supuesto que se trata de un hombre?

—Claro que es un hombre —dijo Molander—. Ha violado a Ingela Ploghed.

—En ese caso, quedan siete sospechosos.

—¿Eso incluye a Risk? —preguntó Lilja.

Tuvesson miró con los ojos entornados la imagen de Fabian en la foto. Se peinaba con raya en medio y llevaba el mismo uniforme que los demás: un polo

y una chaqueta de punto. Estaba dándole vueltas a la pregunta de Lilja cuando se abrió la puerta. Entró un hombre al que no conocían.

—¿Ustedes son los agentes que investigan el caso del asesino de la clase?

—Disculpe, pero ¿quién es usted y cómo ha entrado aquí? —dijo Tuvesson, en el preciso momento en que dos guardias de seguridad del turno de noche entraban corriendo y sujetaban al hombre.

—Perdonen, pero no hemos tenido tiempo de impedírselo y ha dejado bloqueado el ascensor al subir —dijo uno de los guardias, mientras trataban de sacar al hombre a rastras.

—¡Déjenme, por el amor de Dios! Quiero…

—Sí, denunciar la desaparición de su esposa, ya lo sabemos —dijo el guardia —. Pero eso no es aquí. Tiene que llamar al número de emergencias, cosa que puede hacer… abajo.

Los dos guardias de seguridad ya habían perdido la paciencia; derribaron al hombre y le sujetaron los brazos a la espalda. Él gimoteó.

—¡Cálmese o tendremos que esposarlo! —le gritó uno al oído.

—Un momento, suéltenlo —mandó Tuvesson.

Los guardias la miraron desconcertados.

—No importa. Ya hablo con él.

Ambos guardias intercambiaron una mirada, y uno de ellos dijo:

—Muy bien. Todo suyo.

Soltaron al hombre. Él se incorporó y se arregló un poco la ropa y el pelo, que llevaba muy revuelto. Parecía asustado, como si temiera que fueran a detenerlo en cualquier momento.

Tuvesson se acercó y le estrechó la mano.

—Me llamó Astrid Tuvesson y estoy al frente de la investigación. Dígame qué sucede.

—Mi esposa… ha… desaparecido. Y yo no sé qué hacer. Qué se supone que… —El hombre rompió a llorar. Lilja y Klippan lo ayudaron a tomar asiento.

—Vamos por partes. ¿Cómo se llama?

—Jerker… Jerker Hallin.

—¿Y su esposa?

—Elsa Hallin.

—Hallin… ¿Cuál era su apellido de soltera?

—Pavlan.

—Elsa Pavlan. ¿No estaba en la misma clase…?

Jerker Hallin asintió.

—Por eso he venido. Hoy le tocaba a ella preparar la cena, para que yo pudiera salir a hacer deporte. Al terminar, he visto que tenía un montón de llamadas perdidas y mensajes de texto de Bea, nuestra hija, preguntando por qué no había nadie en casa.

—Y usted la ha llamado, claro.

—Salta siempre el buzón de voz.

—¿Dónde trabaja su esposa?

—En la sede central de la biblioteca, en el centro de la ciudad. Ya he hablado con ellos. No está allí.

—¿Le han dicho a qué hora ha salido de la biblioteca?

Jerker se estremeció, sin hacer caso de la pregunta.

—Por favor… ¿pueden difundir su descripción o enviar un equipo de búsqueda? Cualquier cosa.

—Claro que podemos —dijo Tuvesson, aunque sabía que ya era demasiado tarde.

62

Dunja Hougaard alzó la pierna por encima del agua de la bañera y se la fue rasurando con la cuchilla hasta llegar al tobillo. Meneó el pie, satisfecha. Gracias a los meses que llevaba practicando pilates sus piernas parecían mucho más jóvenes. No podía quejarse. Mucha gente no era capaz de adivinar su verdadera edad. Cuando confesaba que tenía treinta y cinco años, creían que bromeaba. Y era lógico que se equivocaran. Nunca había tenido mejor aspecto.

En los últimos seis meses había experimentado una transformación radical. Algunos de sus antiguos amigos casi no la reconocían. Había cambiado de peinado y dejado de comprar en H&M, y había ampliado su rutina de ejercicios hasta eliminar los últimos restos de esa grasa sobrante que ya creía que la iba a acompañar hasta la tumba.

Depositó la cuchilla y echó la cabeza atrás, sumergiéndola bajo el agua, para aclararse la mascarilla capilar. Al fin empezaba a relajarse. El baño caliente y los cuidados cosméticos la habían ayudado a librarse de los pensamientos que la habían obsesionado la primera parte del día. Había tenido que acortar la jornada y volver a casa a descansar, porque su mente giraba y giraba de un modo descontrolado: tan pronto se decía que había actuado correctamente, como creía que se había puesto en evidencia. Pero por fin lo tenía claro: había tomado la decisión adecuada. Si querían despedirla, que la despidieran. Lo único que quería era que la investigación avanzara. Si el coche podía ayudar a los suecos a resolver el caso, un revés en su carrera sería un precio razonable.

Se levantó, quitó el tapón de la bañera con los dedos de los pies y abrió el grifo de la ducha. Después de enjuagarse bien, puso los pies en la esterilla, cogió la primera toalla limpia del montón y se fue secando mientras el agua se escurría por el sumidero. Se frotó la piel con loción, sintiendo una sensación de ardor allí donde se había depilado.

Escuchó el prolongado gorgoteo de la bañera al vaciarse. Era evidente que eso era un grito de socorro del sumidero, recordándole que necesitaba una limpieza. Hacía tiempo que tenía intención de hacerlo, pero siempre se interponía alguna otra cosa. Lo más probable era que no lo arreglara hasta que el agua rebosara de la bañera e inundara el piso, incluida la sala de estar, cuyo suelo había vuelto a pulir hacía poco.

Se estaba preguntando si el seguro cubría ese tipo de daños cuando sonó el timbre. Según su reloj, que estaba sobre la encimera del baño, eran las doce menos veinte de la noche. ¿Alguien que se había equivocado tal vez? El timbre volvió sonar, ahora de un modo prolongado, insistente. Se puso el kimono, ciñéndoselo por la cintura, y salió al pasillo. ¿Sería alguno de sus últimos amantes? Aunque siempre se cuidaba de no llevarlos a su casa y nunca les decía su apellido, tres de ellos la habían localizado. No había tenido ningún problema con los dos primeros y, de hecho, los había dejado pasar encantada. El tercero había ido a proponerle matrimonio y se había derrumbado cuando ella, con amabilidad pero con firmeza, le había dicho que no. Después de tomarse un par de tazas de té, había accedido a marcharse a casa en taxi. Dunja se dio cuenta de que, en el fondo, estaba deseando que fuera uno de los dos primeros el que llamaba esa noche a la puerta.

Se inclinó para mirar por la mirilla, pero no vio nada en la escalera. Estaba a oscuras. Sonó otra vez el timbre, esta vez con rápidos intervalos, como un zumbido de advertencia antes de la inminente explosión. Giró el cerrojo y abrió la puerta.

—Humm… ¿recién duchada? Qué bien. —Kim Sleizner dio un trago a la botella mediada de whisky que sostenía en la mano.

—Perdona, pero son casi las doce. ¿Qué quieres?

Sleizner alzó un dedo amenazador y sonrió.

—Tú y yo… vamos a tener… una pequeña charla. —Se abrió paso de un empujón y entró en el apartamento.

Dunja notó la vaharada a alcohol que iba dejando tras de sí. Al entrar en la sala, vio que su jefe se detenía frente al iPod estéreo y subía el volumen de la canción que estaba sonando: «Your Love is King» de Sade. Luego se derrumbó en el sofá, con las piernas bien separadas, y dio otro trago de la botella.

—Quizá te estás preguntando qué hago aquí, ¿no? Yo me lo preguntaría, si estuviera en tu piel… O en tu kimono. Muy bonito, por cierto. Sexy.

—Kim, no sé lo que pretendes ni tengo ganas de averiguarlo. Lo único que quiero es que te largues. Ahora mismo.

—Menudo tonillo empleas conmigo cuando estás a punto de cargártelas con todo el equipo. Debería ofenderme, pero no me queda más remedio que aceptar que te sienta bien, sobre todo llevando ese kimono. —Echó otro trago de whisky y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Bueno, quiero saber si has sido tú la que se ha chivado al *Ekstra Bladet*.

Así pues, por eso estaba allí. Aún no sabía que ella había falsificado su firma y que el Peugeot ya iba de camino a Suecia. Con un poco de suerte, no averiguaría lo del coche hasta que se viera obligado a dimitir, cosa que todos estaban esperando que hiciera desde que había estallado el «Blowgate», como el *Ekstra Bladet* había motejado el caso.[3]

Dunja se acercó a la mesita de café y lo miró desde lo alto. «No te sientes. No le des conversación. Y no muestres ningún signo de debilidad, por el amor de Dios», se dijo.

—Kim, no es ningún secreto que tú y yo nunca nos hemos llevado bien, y que solemos discrepar sobre cómo debe dirigirse una investigación. Pero jamás caería tan bajo como para andar a los periódicos con chismes de tus infidelidades.

Sleizner reflexionó un momento. Luego se levantó del sofá y, pasando junto a

ella, salió al pasillo.

—¿Esa es tu declaración oficial? ¿Que no has sido tú? Interesante. —Regresó y la miró con fijeza—. ¿Así que tú no has tenido nada que ver?

Debió de captar un indicio de vacilación mientras ella pensaba cómo contestar, cosa que tardó en hacer unos segundos más de la cuenta.

—Escucha, Kim…

Él le dio una bofetada en la oreja con tal violencia que Dunja creyó que se le había dislocado el cuello. Le oía gritar, pero no distinguía las palabras. La mejilla le ardía y le palpitaba; el corazón le iba a cien por hora. Kim la agarró del kimono y la atrajo de un tirón. Ella notó su apestoso aliento. Después, bruscamente, volvió a oír con claridad, como si alguien hubiera subido el volumen.

—¿Crees que no sé que estás mintiendo? ¡Sé que has sido tú!

Con una rápida zancadilla, la derribó en el suelo. La madera recién pulida tenía un intenso olor a barniz. Kim se sentó a horcajadas sobre ella y le sujetó los brazos por encima de la cabeza mientras tanteaba con la otra mano buscándole la entrepierna. Ahora Dunja notó sus jadeos apestosos en la cara.

—Humm… suavecito y depilado. Qué maravilla. ¿Lo has preparado para mí? —le dijo al oído con voz ronca—. Quizá presentías que iba a venir, ¿no? Ya sé que lo estás deseando. Tienes que reconocerlo. En cuanto te puse los ojos encima supe qué clase de mujer eras, pero tú no quisiste acostarte con el jefe y obtener todos los beneficios. El deber es el deber, ¿verdad? —Hurgó con el dedo medio alrededor del clítoris—. Pero tengo una buena noticia. Aunque soy tu jefe, te garantizo que no obtendrás ningún beneficio —dijo, y le metió tres dedos dentro —. Para que lo sepas: no voy a dejarte en paz, me voy a pegar a ti como una sanguijuela. —Metió a fondo los dedos y apretó la tenaza sobre el hueso púbico. Dunja sintió un gran dolor y trató de zafarse, pero él apretó todavía más.

—Y no te soltaré hasta dejarte completamente seca. —Sacó los dedos fuera—. Y aunque no me veas cada día, siempre sentirás el temor de que aparezca de repente… porque eso es lo que haré, cuando menos te lo esperes. —Se lamió los

dedos y se los secó pasándolos por la mejilla de Dunja. Luego se levantó y salió del apartamento.

63

Fabian miró el reloj. Eran las tres y dieciocho minutos de la madrugada. Todo el mundo en el hospital dormía desde hacía mucho; lo único que oía era el leve zumbido del sistema de ventilación. También había oído por tres veces unas sirenas lejanas y había deducido que esa debía de ser una noche insólitamente tranquila.

Fijó la vista en el anuario que estaba sobre la bandeja reconvertida en mesa. Aparte de una cabezada de unos minutos, se había pasado las tres horas anteriores estudiando con detalle ese anuario de su último curso escolar. Lo había repasado de cabo a rabo, con tranquilidad y método. Clase por clase, alumno por alumno. Cada vez que se fijaba en un rostro, intentaba formarse una imagen mental de la persona en cuestión. Se acordaba de la mayor parte de compañeros, aunque le costaba recordar a algunos de ellos. Había muchos con los que no había tenido nada que ver, pero habían perdurado como fantasmas en algún rincón de su mente.

De todos modos, no había encontrado ningún sospechoso. Ninguna de aquellas caras se destacaba de las demás. Unas horas antes había tenido la certeza de que el asesino estaba en alguna parte del anuario. Pero ahora le asaltaban las dudas. ¿Iba descaminado?

Decidió revisarlo una última vez. Si no encontraba nada, apagaría la luz y trataría de dormir un poco. A estas alturas, el anuario ya se abría por sí solo en la página de la 9C. No sabía cuántas veces debía de haber mirado esa fotografía aquella semana, pero tenía la sensación de que se le había escapado algún

detalle. Algo en esa foto parecía indicar que ocultaba un secreto. ¿Por qué, si no, la habría dejado el asesino junto al cuerpo de Jörgen Pålsson (con su cara tachada)? Tenía que significar algo, sobre todo considerando que no había ningún otro detalle dejado al azar.

Fue repasando las caras y los nombres que figuraban al pie, pero por más que lo intentaba no conseguía señalar a nadie como posible sospechoso, dejando aparte, claro está, a Claes Mällvik, que estaba muerto. Soltó el anuario y se masajeó las sienes. ¿Qué se le había escapado?

Sus pensamientos se desplazaron a ese lugar parecido a un ara de sacrificio, donde había encontrado a Claes. ¿Cómo era posible que hubiera estado allí más de una hora, antes de que llegasen los demás, y no hubiera reparado en el musgo que había bajo la víctima? Se le había pasado por alto ese musgo con forma humana, que era el verdadero mensaje y la parte más importante del montaje. Estaba convencido de que ese musgo representaba al asesino bajo la sombra de Claes.

«Bajo la sombra de Claes», se repitió.

Había estado mirando la foto de la clase de un modo equivocado. Él y todos los demás habían contemplado a ciegas lo que había en la fotografía, cuando se trataba, precisamente, de lo que «no» había en ella. Notó que le volvían las energías mientras cogía el otoscopio de la mesilla. Era un instrumento para examinar el oído, pero le serviría como lupa improvisada. Encendió la luz del aparato y apuntó hacia la foto. Esta vez sí sabía dónde mirar; y en efecto, ahí estaba: el asesino se hallaba a la sombra de Claes Mällvik.

Quedaba casi oculto detrás de él, de tal forma que no se le veía ninguna parte de la cara. Unos pocos mechones de pelo revelaban su presencia. Fabian y los demás habían supuesto que era el pelo de Claes; y sin embargo, al mirar la imagen con el otoscopio resultaba muy claro que ese cabello era de una persona situada detrás. Pero ¿quién era?

Risk no recordaba a ningún otro alumno de la clase. ¿Sería posible que se le hubiera olvidado que había uno más? Repasó los nombres que figuraban al pie:

veinte nombres; ninguno con el rótulo «no aparece en la foto». Creía que eran veinte alumnos en la clase. Pero en la foto había veintiuno. Había habido alguien más entre ellos, alguien en quien nadie reparaba y cuyo nombre ni siquiera había sido incluido bajo la fotografía de la clase. ¿Era posible que fuera verdad, o se trataba de una ilusión óptica?

64

Astrid Tuvesson caminaba lo más rápido que podía por el pasillo del hospital, deseando que el médico que la seguía como una mosca irritante recibiera una llamada y se viera obligado a dejarla en paz.

—Esto no es una buena idea —dijo el facultativo por enésima vez—, sobre todo teniendo en cuenta lo de ayer.

—Ya le he prometido que tendré cuidado.

—Sí, pero a mi modo de ver todavía no está lo bastante recuperada. Y es mi deber…

Tuvesson se detuvo y se le encaró.

—No entiendo cómo no tiene en cuenta, además, que estamos en medio de una investigación criminal y que los cadáveres se van amontonando uno tras otro. Ahora, por primera vez, contamos con una víctima que ha sobrevivido, y mi obligación es tratar de refrescarle la memoria, maldita sea.

—Pero ¿por qué no puede esperar hasta…?

—Porque en cualquier momento podría aparecer otra víctima en la morgue. A lo mejor usted está dispuesto a asumir la responsabilidad, ¿no?

—Quiero preguntarle primero a la paciente si está dispuesta a que la interrogue usted otra vez. Si no quiere, será que no, ¿de acuerdo?

Tuvesson decidió no responder y continuó caminando por el pasillo. Se le había agotado la paciencia, y estaba hecha polvo a pesar de que había dormido unas horas. Mientras tanto, Klippan y Lilja se habían encargado de comprobar que los miembros de la clase que alegaban estar fuera de vacaciones, decían la

verdad. Todos, salvo uno, habían aportado pruebas de que habían salido del país. Según la información obtenida por su equipo, se suponía que Seth Kårheden se encontraba en España, pero hasta el momento no había respondido a las llamadas a su móvil. Al parecer, estaba divorciado y era un tipo solitario. Habría sido precipitado deducir que podía ser su hombre, pero, en todo caso, era un sospechoso.

La comisaria se detuvo junto a los dos agentes que se hallaban sentados custodiando la habitación de Ingela Ploghed. Los saludó con un gesto, y uno de ellos se levantó y le abrió la puerta. Ingela estaba sentada en la cama, hojeando el *Hemmets Journal*.

—Hola, Ingela. ¿Se acuerda de mí? Nos vimos ayer.

La mujer asintió sin dejar de mirar la revista. Tuvesson se sentó en una silla junto a la cama.

—Parece que hoy se encuentra mucho mejor.

Ella se encogió de hombros.

—¿Recuerda lo que hablamos cuando estuve aquí?

Ingela asintió.

—Me explicó que había salido con unas amigas, que habían tomado unas copas en el S/S Swea y que sintió, de pronto, que se hallaba bajo la influencia de alguna sustancia distinta del alcohol. ¿Ha tenido algún otro recuerdo?

Ingela negó con la cabeza, pero no apartó los ojos del patrón de la prenda de punto que mostraba la revista.

—¿Qué le parecería acompañarme a dar una vuelta con mi coche? A lo mejor serviría para refrescarle la memoria.

Ingela levantó la vista.

—No sé —murmuró mirando al médico y a Tuvesson alternativamente.

—Ingela, por ahora usted viene a ser nuestra mejor oportunidad, por no decir la única, de identificar y detener al hombre que la sometió a esa terrible experiencia.

—¿Es el mismo que ha matado a los otros alumnos de la clase?

—Aún no lo sabemos. Hay muchas cosas que indican que se trata de una sola persona, pero hay otras que indican lo contrario. Quizá con su ayuda podamos encontrar la respuesta.

Ingela Ploghed bajó la vista y pareció sumergirse de nuevo en el mundo de las labores de punto. Poco después cerró la revista y la miró a los ojos.

ϒ

Tuvesson giró por Kungstorget y encontró un hueco justo delante del S/S Swea, que estaba amarrado de costado junto al muelle. Ingela Ploghed, sentada en el asiento del copiloto, miró el barco inexpresivamente.

—¿Se encuentra bien?

Ella asintió. Tuvesson bajó del coche, sacó del maletero una silla de ruedas, la desplegó y ayudó a la mujer a sentarse.

—Nunca he entrado ahí. ¿Es bonito?

—Sí, supongo… no está mal.

—¿Viene muy a menudo?

—No; cuando salgo con las chicas. Se ha convertido más o menos en nuestro local habitual.

Tuvesson empujó la silla de ruedas por la pasarela y entró en el restaurante. Salió un hombre con uniforme de chef para decirles que estaba cerrado. Ella le mostró la placa y le explicó que querían dar un vistazo. El chef masculló algo así como que se dieran prisa y desapareció en la cocina.

Ingela se desplazó por sí misma con la silla mientras examinaba el local, decorado con paneles de caoba y ojos de buey de latón reluciente. En el techo había focos de colores y varios altavoces: estaban en la pista de baile. Una barra de bar, con hileras de botellas, se extendía a lo largo de una pared. En un rincón, había una mesa de *blackjack*, tapada con un paño. «Tiene un aspecto cutre y triste —pensó Tuvesson—, como todos los clubs nocturnos a la luz del día.»

—¿Puede contarme lo que recuerda de la noche que estuvieron aquí?

—Ya le he explicado lo que recuerdo.

—Sí, pero quizá podría explicármelo otra vez.

—Pedimos unas copas, y al cabo de un rato, me sentí rara y mareada.

—¿No se ha acordado de nada más, ahora que estamos aquí? No importa que sea algo ínfimo. Cualquier detalle puede ayudar. A veces basta con uno insignificante para que salgan a la luz los demás. ¿Qué llevaba puesto, por ejemplo?

—Unos tejanos negros y una blusa blanca, de las que se atan en torno a la cintura.

—¿Y qué clase de zapatos?, ¿de tacón?

—Nunca llevo tacones. Ni siquiera sé caminar con ellos. Llevaba unas viejas sandalias normales, como siempre —dijo Ingela mientras seguía mirando alrededor.

Tuvesson la estudió en silencio. Risk había dicho que Ingela era una de las alumnas más queridas de la clase, y la única que había defendido a Claes, lo cual debía de haber requerido valor y muchas agallas: una imagen que no se parecía en absoluto a la persona que tenía sentada delante. Aparte de los efectos del ataque que acababa de sufrir, había algo gris y plomizo en su personalidad. Ofrecía un aspecto aceptable, pero su pelo reseco y parduzco, sus zapatos anticuados y su cara desprovista de maquillaje indicaban que era una persona que se había abandonado.

—¿Se divirtió? Antes de que la cosa se torciera, quiero decir.

—No sé si yo lo llamaría «divertirse». Más bien les sigo el rollo a mis amigas. Has de aferrarte a las pocas que te quedan.

—¿Ha perdido a muchos amigos?

—No es que los haya perdido exactamente. Pero ya sabe cómo son estas cosas: te vas separando, llevas una vida distinta y, cuando quieres darte cuenta, ha pasado mucho tiempo para telefonear a alguien sin más y decir «¿Hola, qué tal?».

Tuvesson asintió. Le resultaba conocida la cuestión. Entendía a la perfección a

qué se refería. La diferencia era que en la vida de las personas aparecían nuevas amistades.

—Ya podemos irnos. No recuerdo nada más, de todos modos. —Ingela se deslizó hacia la puerta y Tuvesson la ayudó a cruzar la pasarela.

—¿No recuerda nada del momento en que salió?

—No, ya le he dicho que… espere… —Detuvo la silla de ruedas en medio de la pasarela y bajó la vista hacia el agua—. Tuve la sensación de que iba a caer al agua y me sujeté de la barandilla con ambas manos.

—¿Así? —Tuvesson agarró la barandilla; ella asintió—. ¿Y luego? ¿Qué ocurrió a continuación?

Ingela reflexionó antes de responder.

—Era azul. El coche era azul. Un poquito más oscuro que ese —dijo señalando un coche que pasaba de largo.

—¿O sea que se detuvo un coche azul aquí fuera?

—No, ya estaba aparcado, y entonces salió alguien y me ayudó. Al principio me pareció fuerte y fiable, porque tenía mucho miedo de caer al agua, pero luego fue él quien me dio miedo.

—¿Por qué?

—Me sostenía apretándome demasiado. Intenté zafarme, pero él tenía mucha fuerza y me metió a empujones en el coche.

—¿Podría describirlo?

—No llegué a verle la cara.

—¿Y el cuerpo? Alto, gordo…

—No sé. Normal.

—¿Edad?

Ingela pensó un momento.

—Mediana edad, o… bueno, no sé. Pero recuerdo el coche azul.

—¿No sabrá el modelo?

—No, todos los coches son iguales hoy en día.

La comisaria sacó el móvil, buscó una fotografía bastante reciente de Seth

Kårheden que Klippan había encontrado en línea y se la enseñó.

—¿Era este?

—Este es Seth Kårheden.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿fue el que la metió en ese coche?

—¿Cómo iba a saberlo? No llegué a verlo.

Tuvesson desistió y empujó la silla de ruedas hasta el coche. Había que dirigirse a la siguiente parada.

65

Los genitales aún le dolían a Dunja; Kim le había dejado un gran morado justo por encima del hueso púbico. Esa era la huella física; pero el verdadero dolor procedía de la humillación en sí misma, que cada vez sentía más profundamente, pese a que no había pasado de ser más que una vulgar exhibición de potencia de un macho alfa reprimido.

Ella había analizado las opciones que tenía. Denunciarlo por agresión sexual no serviría de nada: era su palabra contra la de él. Y además, le había dejado entrar voluntariamente en el apartamento. El hecho de haber falsificado su firma poco antes, por otra parte, no contribuiría a reforzar su credibilidad. La otra alternativa era vengarse. Podía contactar con su esposa o con el *Ekstra Bladet* y explicarles lo que había ocurrido, o bien podía tenderle una trampa.

Desechó todas las ideas, una a una, y decidió que lo mejor sería esperar la ocasión propicia y mantener entretanto la cabeza bien alta. El objetivo de Sleizner había sido anularla y ponerla en su sitio; por tanto, la estrategia más eficaz sería demostrarle que no lo había conseguido, demostrarle que ella era más fuerte que todo eso: más fuerte que él.

La cuestión era que sí lo había conseguido. Se sentía rota, débil y exhausta ante la mera idea de mantener la cabeza alta.

El hervidor silbó. Sirvió agua en la tetera, fue a la sala y, acurrucándose en el sofá, encendió la tableta. La cara de Kim fue lo primero que vio; parecía que la estuviera mirando, como si todavía siguiera en el apartamento.

KIM SLEIZNER RESPONDE

Había decidido humillarse, el muy cabronazo. Leyó con rapidez la entrevista, en la que Sleizner declaraba contrito que quería disculparse en primer lugar y sobre todo ante su familia, pero también ante el pueblo danés. Culpaba de su desliz a una excesiva carga de trabajo, que lo había llevado a descuidar a su familia y a buscar consuelo en otra parte. Preguntado sobre si pensaba dimitir, respondía:

> «Si me quieren, yo estoy dispuesto a seguir. Entretanto, necesito tomarme un receso. No soy el único que está pasando un momento difícil; resulta peor para mi familia. Espero que respeten la necesidad que tenemos de que nos dejen tranquilos mientras nos cuidamos mutuamente. Cualquiera quiere ser un superhéroe, alguien capaz de manejar lo que le echen y más incluso; pero al final, somos seres humanos con nuestros defectos y flaquezas. Todos los dirigentes deberían recordarlo, pero son muchos los que lo olvidan».

Dunja apagó la tableta. Tenía ganas de vomitar.

66

—Quizá ella se ha hartado del marido y se ha largado —le dijo Klippan a Lilja, mientras se dirigían a la biblioteca central a través del parque, en algunas partes sombreado—. Hay montones de mujeres frustradas que querrían comprar un billete de ida y desaparecer; mujeres dispuestas a marcharse lo más lejos posible. Para no hablar de la cantidad de hombres igualmente frustrados.

—¿Y qué me dice de la hija? ¿Cree que esa mujer también la habría abandonado?

—Depende de lo desesperada que estuviera.

Entraron en la biblioteca, donde reinaba el orden y la concentración. Lilja aspiró el olor inconfundible de los libros, un olor peculiar que solo existe en las bibliotecas y que la retrotrajo en el tiempo y se sintió casi como si hubiera vuelto a casa. De niña, le encantaba pasar las horas en esa misma biblioteca. Todos los sábados, mientras su madre trabajaba en Reflex —una *boutique* de lujo de la calle Järnvägsgatan—, pasaba el rato ahí. Asistía a las sesiones de teatro y de cine infantil, y se leyó, como quien dice, todos los libros para niños. Las horas se le pasaban volando, nunca se aburría.

De vez en cuando se dedicaba a explorar por el inmenso complejo de la biblioteca, que se componía de varios edificios comunicados entre sí. Cuando menos te lo esperabas, encontrabas una puerta que daba a una estancia nueva e inexplorada. Una vez había encontrado una puerta en medio de una estantería: una puerta junto a la que había pasado muchas veces sin verla. No estaba cerrada, y daba a un estudio casi vacío, aparte de dos adultos demasiado

ocupados el uno con el otro para advertir su presencia. Aquella había sido la primera vez que lo había visto en directo. Ya había oído en una ocasión a su madre haciéndolo, tras una noche de borrachera en el *pub* Charles Dickens. Pero verlo con tus propios ojos era diferente.

Los había reconocido a ambos. La mujer que estaba agachada sobre la mesa con las bragas por las rodillas solía atender el mostrador de préstamos, mientras que el hombre que estaba detrás de ella, apretándole la entrepierna con fuertes y rítmicos empujones, era el conserje de la biblioteca. Su enorme llavero tintineaba con cada envión. Lilja no se había sentido asustada ni asqueada, sino más bien fascinada; por ello, se adentró a hurtadillas en el estudio para ver mejor. Y entonces el hombre volvió la cabeza y la vio. Ella no sabía si debía salir corriendo. El hombre esbozó una sonrisita y siguió bombeando cada vez con más ímpetu a la mujer, que gritaba más y más a cada arremetida.

Al cabo de un rato, el hombre también gimió. Sacó el miembro de la mujer y se lo sujetó en la mano, como si fuera un pesado pedazo de carne. En ningún momento apartó la vista de Lilja. Y ella, aunque algo le decía que debía escabullirse de allí, no había podido dejar de mirar. Todavía recordaba lo grande que le había parecido aquel pene. Un miembro duro, venoso, reluciente de jugos. Con la mano libre, el hombre le había dado la vuelta a la mujer, la había hecho arrodillar y le había puesto el pene en la boca, siempre sin apartar la mirada de Lilja.

—¿Puedo ayudarlos?

Despertó de su ensueño y advirtió que la bibliotecaria que estaba detrás del mostrador de préstamos era la misma mujer, la de la habitación secreta, aunque con veinticinco años más, y tal vez con el mismo número de kilos de sobrepeso. Mientras Klippan le explicaba por qué estaban allí, a Lilja le hubiera gustado saber si el conserje aún trabajaría en la biblioteca.

—Elsa Hallin —repitió la bibliotecaria—. Sí, estuvo aquí ayer, pero hoy no la he visto.

—¿Hasta qué hora se quedó?

—Vamos a ver… ayer era jueves. Ella trabaja hasta las cuatro y media los jueves; debió de salir alrededor de esa hora; los martes y los jueves termina su turno más temprano, y se iría a casa como siempre. Ah, bueno… Resulta que tenía cita para una limpieza de cutis antes de volver a casa y preparar la cena. Ella y su marido mantienen un calendario muy estricto para repartirse equitativamente las tareas.

—Al parecer, no llegó a casa —dijo Klippan.

—¿Por casualidad no la vio cuando se marchaba? —preguntó Lilja.

—No, lo siento.

—¿A qué hora la vio por última vez?

—Hacia las tres de la tarde, creo. Las dos estábamos tomándonos un café.

—¿Notó si actuaba de un modo distinto?

—¿Qué quiere decir?

—¿Estaba más nerviosa o más tensa? ¿Comentó si se sentía amenazada o si ocurría algo fuera de lo normal?

La bibliotecaria reflexionó unos momentos. Estaba a punto de decir algo cuando se acercó un hombre al mostrador.

—¿Dónde está la literatura en inglés?

—Suba la escalera de la derecha. —El hombre desapareció y la bibliotecaria se inclinó sobre el mostrador para acercarse a los agentes, y bajó la voz—. Elsa había ido a esa clase de la escuela, la de los asesinatos, ¿saben?, y los demás no sabíamos si estaría preocupada, pero ella no quería hablar del asunto, le quitaba importancia, como si la cosa no fuese con ella. Ahora, si lo que dicen los periódicos es cierto, o sea, que esos Jörgen y Glenn eran unos matones, yo en su lugar me preocuparía.

—¿Por qué?

—Digámoslo así: no tengo nada contra ella personalmente, más bien al contrario. —Miró hacia atrás—. Pero hay gente que no piensa igual: gente que tiene serios problemas con Elsa. Varias personas han dejado el trabajo a causa de ella.

—¿Qué tipo de problemas?

—¿Cómo se lo explicaría? Digamos que tiene la lengua muy afilada, y a veces su actitud ha bordeado el acoso en el trabajo. Pero yo no puedo quejarme. Nunca ha dicho nada malo sobre mí; que yo sepa, al menos.

Lilja le lanzó una mirada a Klippan y notó que estaban pensando lo mismo.

—¿Tienen una sala de descanso para el personal?

—Claro. Vengan, se la mostraré. Es por aquí. —Puso un cartel que decía «VUELVO ENSEGUIDA» sobre el mostrador y los guio por la biblioteca. A Lilja todo le resultaba familiar. Aparte de una sala llena de ordenadores y del tejado de cristal que cubría el jardín del patio interior, detectó que no había cambiado nada en los últimos veinte años.

—Este es nuestro pequeño rincón. —La bibliotecaria abrió la puerta de la sala del personal.

Era más pequeña de lo que Lilja esperaba. Había un sofá de rayas verdes en un rincón, y, en el otro, una cocinita con una cafetera, y un fregadero. También había varios sillones repartidos por la sala y lámparas de pie a juego con ellos, así como dos escritorios contra una pared.

—¿Dónde guarda Elsa sus objetos personales?

La bibliotecaria se dirigió al escritorio del fondo y abrió uno de los cajones. Lilja examinó su contenido: unas barras de labios, hilo dental, una lata de *snus*, una bolsa de caramelos, varios bolígrafos y un cargador de móvil. Desalentada, se dio cuenta de que no habían avanzado nada. No tenía la menor idea de por dónde debían continuar. Estaba demasiado cansada. No había dormido más que dos horas la noche anterior, y lo único que deseaba era tumbarse en aquel espantoso sofá verde y cerrar los ojos.

—¿Alguno de esos abrigos es de Elsa? —preguntó Klippan señalando el perchero.

La bibliotecaria fue a mirar, examinó los abrigos y le mostró una chaqueta de color beis.

—Esta chaqueta es suya.

—¿Sabe si la llevaba ayer?

—Sí, creo que sí. Y este es su calzado de exterior. —Señaló unas sandalias doradas, y, de repente, se llevó la otra mano a la boca—. ¡Ay, Dios! ¿Esto quiere decir que él se la llevó?

—Es demasiado pronto para saberlo —dijo Klippan mientras ayudaban a la mujer a sentarse en un sillón. Una vez que se hubo calmado un poco, Klippan sacó el móvil y le enseñó la fotografía de Seth Kårheden—. ¿Por casualidad vio ayer a este hombre en la biblioteca?

La bibliotecaria miró con atención la fotografía sin decir nada. Al cabo de treinta segundos, levantó la vista.

—¿Es él? ¿El asesino?

—No lo sabemos. Lo único que tiene que decirme es si lo vio ayer por aquí.

—No sé. Tal vez. No estoy segura. Pasa mucha gente a lo largo del día.

Klippan asintió y se acercó a ayudar a Lilja, que estaba junto al perchero registrando los bolsillos de la chaqueta de color beis. Encontró una cartera con varios billetes, un pase de autobús, dos tarjetas Visa, un documento de identidad y un montón de carnets de socio. Klippan sacó del otro bolsillo un viejo Nokia.

—¿Este teléfono es suyo? —preguntó mostrándoselo a la bibliotecaria, que asintió en silencio, cada vez más angustiada.

Lilja cogió el móvil y pulsó los botones, activando la pantalla. Elsa tenía dieciocho llamadas perdidas y seis mensajes de voz. Sin necesidad de introducir un código PIN, accedió al registro: trece eran de «Jerkan», dos de «Hollywood» y el resto de «Casa».

—Creo que deberíamos marcharnos —dijo lanzándole una mirada a la bibliotecaria. En cuanto salieron de la sala de personal, marcó el 123 para activar el buzón de voz.

«Bienvenido a su buzón de voz. Tiene siete nuevos mensajes…»

Mensaje recibido el 8 de julio, a las 16:54: «Soy Freja, del Salón Hollywood. Quería saber si viene de camino».

Mensaje recibido el 8 de julio, a las 17:13: «Hola, soy Freja otra vez. Quería

decirle que acabo de hablar con mi supervisor y dice que tendré que cobrarle la cita. Es para que lo sepa».

Mensaje recibido el 8 de julio a las 18:07: «Hola, mami. Soy yo, Bea. ¿Cómo es que no estás en casa? Me da miedo estar aquí sola. Y además tengo hambre. Vendrás pronto, ¿no? Hasta luego. Besitos».

Mensaje recibido el 8 de julio a las 18:11: «Hola, ¿dónde estás? Ha llamado Bea y dice que está sola en casa. Yo sigo en el gimnasio. Llámame en cuanto recibas el mensaje».

Mensaje recibido el 8 de julio a las 18:36: «Mami, ¿dónde estás? [Sollozos] ¿Hola? Mami…».

Mensaje recibido el 8 de julio a las 21:46: «Ya estoy en casa. Hemos comido una *pizza* y la niña por fin se ha dormido… [Un suspiro, se nota que está a punto de derrumbarse]. Elsa, ¿qué coño está pasando?».

Mensaje recibido el 9 de julio a la 01:03: [No suena ninguna voz, pero alguien jadea de forma entrecortada y, finalmente, rompe a llorar.]

«No tiene más mensajes.»

Klippan miró a Lilja.

—O bien la engatusó para salir al parque que rodea la biblioteca, o bien la arrastró por la fuerza sin que nadie los viera.

—A menos que ella aún esté aquí.

67

Dunja Hougaard estaba en el sofá, tapada con una manta, escuchando *Wish*, de The Cure, una y otra vez. Entró una llamada en su móvil en mitad de «High», una de sus canciones favoritas. Lo había silenciado porque no le apetecía hablar con nadie, pero vio que la pantalla se iluminaba con la cara de Kjeld Richter. Puso la música en pausa y respondió.

—¿Dónde se ha metido? Es muy tarde.

—Tengo cosas que hacer. No creo que pueda ir a la comisaría hasta mañana. ¿Es muy importante?

—Bien, quería decirle que ya he acabado y que usted tenía razón: nos las vemos con un hijo de puta con mucha sangre fría.

Dunja estaba esforzándose para activar su cerebro, pero no se le ocurría de qué le hablaba el técnico forense.

—Se coló a través del hueco del techo, pero por desgracia no dejó ninguna huella; lo único son las marcas en el polvo, claro. Debía de llevar algún tipo de mascarilla.

Risk había acertado. Sin pestañear siquiera, había formulado la hipótesis del cielorraso.

—De acuerdo, pero ¿por dónde accedió al techo?

—Por el baño de la sala de espera. Como le digo, es un hijo de puta con mucha sangre fría. Creo que incluso dejó la puerta abierta. Seguramente, para no despertar sospechas.

—Si no quería levantar sospechas, debió de pasar un rato sentado en la sala de espera con los periodistas —dijo ella, pensando en voz alta.

—Es probable.

A Dunja se le ocurrió una idea.

—Con un poco de suerte, habrá una fotografía suya.

—Yo también lo pensé, pero no hay cámaras de seguridad en la sala de espera; y debería haberlas, dadas las cosas que pasan ahí, quiero decir, hurtos y Dios sabe qué más. ¿Usted estaba enterada de que la gente practica el sexo en esa sala?

—No.

—Yo tampoco. Pero parece que es algo más frecuente de lo que se pueda imaginar.

—Se me ocurre que alguno de los periodistas quizá tenga algo interesante para nosotros. Estaban sacando montones de fotos. Podría ser que apareciera en alguna.

—Claro. Es verdad.

—Hablamos luego. Me pasaré por la tarde.

68

Astrid Tuvesson iba empujando la silla de ruedas de Ingela Ploghed por los senderos de grava del Ramlösa Brunnspark. Ingela no ayudaba nada. A la comisaria le daba la sensación de estar subiéndola por una cuesta empinada. Estaba sudando. Además, tenía hambre y sed, y estaba segura de que pronto le entraría dolor de cabeza.

Había confiado en que llevarla al lugar del ataque podría servir para despertarle algún recuerdo, pero no había tenido esa suerte. Ingela se limitaba a ir sentada en la silla negando con la cabeza. Ni siquiera recordaba que había sido allí donde había recuperado el conocimiento. Aparte de identificar el color del coche del agresor, el paseo no había arrojado ningún dato de valor. De hecho, habían perdido un montón del recurso más valioso del que disponían: el tiempo. Los segundos se habían convertido en minutos, y los minutos en horas. Pronto se les habría escurrido entre los dedos un día más. Y para colmo, la comisaria se había quedado sin cigarrillos.

Cuando llegaron de nuevo al coche, ambas llevaban un buen rato en silencio. Tuvesson abrió las puertas y ayudó a Ingela a acomodarse en el asiento del pasajero. Dobló la silla de ruedas, la guardó en el maletero y se sentó frente al volante.

—No está enfadada, ¿verdad? —preguntó Ingela.

—No, en absoluto. Un poco cansada, eso sí. —Puso en marcha el coche y arrancó.

—Siento no recordar nada ni poder ayudar más.

—No importa, Ingela. No es culpa suya, pero si llega a recordar cualquier detalle, por insignificante que sea, tiene que llamarnos. ¿De acuerdo?

La mujer asintió y contempló por la ventanilla el antiguo edificio de madera que había alojado en su momento el lujoso restaurante Ramlösa Wärdshus, pero que había sido reconvertido en oficinas. Tuvesson encendió la radio, pero no encontró ninguna emisora que valiera la pena y la apagó.

El timbre de su móvil rompió el silencio. Era Molander. Su cara sonriente decoraba la pantalla. Era una fotografía de la cena de las últimas Navidades, en apariencia con un par de copas de más. Tuvesson pulsó el botón del altavoz y se puso el aparato en el regazo.

—Hola, Ingvar, ¿cómo va todo?

—Bien, bien. ¿Tiene un minuto?

—Estoy en el coche con Ingela Ploghed. Pero espere un segundo mientras busco los auriculares. —Se inclinó sobre la mujer—. Perdone —dijo abriendo la guantera—. ¿Dónde está?

—En Söderåsen.

—Creía que ya habíamos terminado allí.

—Yo también lo creía. Pero aquí estoy. ¿Ya ha encontrado los auriculares?

—Un poco de paciencia… —Tuvesson hurgó en la guantera con una mano mientras manejaba el volante con la otra—. Deberían estar por aquí. Espere, voy a tener que parar. —Redujo la velocidad y se detuvo en la cuneta; volvió a inclinarse sobre Ingela, que parecía cada vez más nerviosa y agobiada—. Perdone, Ingela, es que tengo que… Aquí están. —Sacó el cable enredado y comenzó a deshacer los nudos. Mientras, oyó que Molander fingía roncar ruidosamente—. Sí, ya sé, ya sé. Lo que pasa es que casi nunca uso estos cachivaches.

—Sí, me parece que ese es…

Un tren pasó con estrépito por las vías que discurrían junto a la carretera, y ahogó la voz del técnico forense.

—¿Qué ha dicho? No le he oído.

—Ah, no importa. A ver si consigue esos auriculares antes del juicio final.

—¡Un segundo, por Dios! ¡Qué impaciente! —Tuvesson miró a Ingela, que se había puesto de repente a respirar con roncos y breves jadeos y miraba fijamente el puente por donde el tren estaba desapareciendo hacia el sur.

—¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra bien?

Ingela exhaló y pareció que se calmaba un poco.

—¿Houston, tenemos un problema? —dijo Molander.

—¡Sí! —Tuvesson volvió a centrarse en los auriculares y consiguió conectarlos por fin—. Hola, ¿me oye?

—Alto y claro.

—Dígame qué sucede.

—Bueno, yo creía que habíamos registrado toda la zona.

—¿Y no era así?

—Desde luego que lo hicimos, pero ¿de qué sirve registrar un lugar cuando no sabes lo que estás buscando?

—¿Ha encontrado algo nuevo?

—Exacto. He ido allí y he medido las ondas de radio. No había nadie en las inmediaciones, y yo tenía el móvil apagado, pero había mucha actividad en la frecuencia de 2,2 gigahercios.

—¿Y eso qué significa?

—Que había algún tipo de móvil 3G en las inmediaciones.

—¿Lo ha encontrado?

—Sí. Hemos descubierto una cámara fotográfica inalámbrica estenopeica, o sea, sin lente. Estaba oculta en un nido de pájaros a cinco metros del trecho de césped.

—¡Ay, Dios! —exclamó ella, notando que le entraba dolor de cabeza—. Eso significa que sabe que encontramos a Schmeckel.

—Es lo más probable, sí. También explica por qué está siempre un paso por delante. Si tenía una cámara en Söderåsen, podría tener otra en cualquier parte. Seguramente sabe en qué punto exacto se encuentra nuestra investigación. Por

ejemplo, ahora sabe que yo he encontrado… —Sus palabras quedaron ahogadas de nuevo por el estruendo de otro tren, que pasaba esta vez en la dirección contraria.

—Espere, no oigo lo que me está diciendo —gritó Tuvesson, y entonces descubrió que Ingela Ploghed estaba llorando, con la vista fija en la vías—. Ingela, ¿se encuentra bien? ¿Ha ocurrido algo? ¿Es el tren? ¿Es eso lo que la ha…? —Le puso una mano en la pierna.

—¡No me toque! ¡He dicho que no me toque! —dijo apartándole la mano, como si pudiera causarle una enfermedad mortal, e intentó alejarse de ella lo máximo posible.

—Está bien, tranquila. No voy a tocarla. Lo prometo.

Tuvesson alzó ambas manos para tranquilizarla, pero el pánico seguía atenazando a la mujer, cuyos ojos anegados en lágrimas pasaban de la guantera a los auriculares, y de ahí a la cara sonriente de Molander en la pantalla del móvil.

—Ingvar, tengo que dejarlo. Luego lo llamaré.

Se quitó los auriculares y se giró hacia Ingela, que estaba sudorosa y casi sin aliento.

—Quiero volver al hospital.

—Claro, Ingela. Le prometo que la llevaré de inmediato si me explica lo que sucede.

Ella movió la cabeza y estalló en lágrimas.

—Por favor, lléveme al hospital. Por favor.

—¿Han sido los trenes? ¿Es eso lo que la altera? —preguntó, mientras pasaba otro tren traqueteando.

—¡Usted conduzca! ¡Arranque de una vez! —gritó Ingela dando un puñetazo en el salpicadero.

Tuvesson comprendió que no iba a sacar nada más y giró la llave de contacto.

69

La linterna iluminó los ordenadores alineados junto a un montón de monitores, impresoras y teclados cubiertos de polvo. Lilja apartó una tela colgada que ocultaba la abertura de la pared, que medía varios metros de ancho. En sus orígenes, esa zona estaba destinada a alojar un depósito de gasóleo para la caldera, pero con la implantación de la calefacción urbana el depósito había quedado obsoleto, y en la actualidad, el espacio libre se empleaba como cementerio para los ordenadores antiguos que funcionaban con sistema Basic y MS-DOS. En todo caso, Elsa Hallin no estaba en ese lugar.

Por un momento, la inspectora había tenido la firme convicción de que Elsa seguía aún en alguna parte de la biblioteca, pero ya casi habían terminado de registrar el sótano entero, y no habían encontrado el menor indicio que confirmara su teoría. Quizá el asesino había llegado a la conclusión de que resultaba demasiado arriesgado mantener a su víctima en la biblioteca: al fin y al cabo, era un edificio público frecuentado por miles de visitantes al día. Aunque, por otro lado, este asesino parecía capaz de cualquier cosa. Lilja no recordaba la última vez que se había sentido tan insegura y desconcertada ante un caso.

Y entonces se le ocurrió.

Lilja y Klippan pasaron muy deprisa frente al mostrador de préstamos.

—¿Ya han terminado? —dijo la bibliotecaria mientras se alejaban.

—Casi —respondió Lilja, y se apresuró hacia el edificio principal. Klippan iba tras ella, pisándole los talones.

—Irene, ¿quiere explicarme qué pretende? Ya hemos estado antes aquí —protestó. Su lenguaje corporal indicaba que sus niveles de azúcar en sangre estaban por los suelos.

A Irene le tenía sin cuidado. Subió la escalera hasta el segundo piso y entró en la sección de no ficción. Sintió que se le aceleraba el pulso. Esperaba acertar esta vez.

Tenía el mismo aspecto que ella recordaba: la puerta, apenas visible para quienes no conocieran su existencia, estaba en medio de la estantería, rodeada de libros técnicos para los locos de la tecnología. Oyó a Klippan jadeando a su espalda.

Apoyó la mano en el frío picaporte y la mantuvo ahí un momento antes de empujar. La puerta estaba abierta, igual que aquella vez cuando era niña; se abrió en silencio, casi por sí sola.

El estudio no había cambiado un ápice. Las mismas cortinas de rayas verdes en las ventanas, el mismo escritorio colocado en el mismo sitio que veinte años atrás. Aunque faltaban los dos compañeros de trabajo copulando.

En su lugar, había una mujer en una silla, con la cabeza inclinada sobre el pecho. La larga y oscura cabellera le tapaba la cara y parte de la blusa blanca. Tenía las piernas y los brazos atados a la silla con correas. Debajo, se había formado un oscuro charco de sangre de un metro de diámetro.

Lilja se acercó, se agachó y tocó la superficie coagulada con un dedo; se transmitieron una serie de ondas por la masa reluciente del charco. Klippan cogió una escoba que estaba apoyada en la pared y colocó el mango en la frente de la mujer para alzarle con cuidado la cabeza.

Era Elsa Hallin, no cabía ninguna duda. Pero si Lilja apartó la mirada en el primer momento no fue por eso. La mujer tenía una profunda incisión que iba desde la base de la barbilla hasta la mitad superior de la caja torácica. Además, había algo colgando de la herida abierta, apoyado sobre la blusa blanca, teñida de rojo: algo parecido a un filete sangriento.

—Ese hijo de puta le ha cortado la lengua —acertó a decir Klippan por fin.

Lilja trataba de comprender la situación, pero no atinaba a ordenar sus pensamientos.

—Una corbata colombiana —añadió Klippan—. Es la primera vez que la veo en la vida real. ¿No le parece que es una confirmación de lo que ha dicho la bibliotecaria?

—¿Qué ha dicho?

—Que Elsa tenía la lengua muy afilada.

«Exacto», pensó Irene. Elsa Hallin tenía la lengua afilada, y el asesino se la había extraído por la garganta hasta dejársela colgando sobre el pecho como una gruesa y sangrienta corbata. Según Klippan, la corbata colombiana había sido un método corriente de ejecución en la guerra civil en Colombia. El objetivo principal era aterrorizar a quienes encontraban el cadáver para que mantuvieran silencio. Se practicaba un corte vertical en la garganta de la víctima mientras estaba viva y se le sacaba por ahí la lengua para dejársela sobre el pecho. La muerte podía tardar incluso una hora en producirse, dependiendo de si la víctima moría desangrada o asfixiada.

—¿Así que esta mujer podría haber estado aquí tratando de pedir socorro durante una hora entera?

—Es imposible saber ahora con exactitud cuánto tiempo permaneció viva, pero no le habría servido de nada gritar: nadie la habría oído, porque tenía las cuerdas vocales destrozadas.

Lilja se puso de pie. A partir de ese momento, tendrían que trabajar con la hipótesis de que el asesino no descansaría hasta acabar con todos los integrantes de la clase. Sonó su teléfono. Era Tuvesson.

—Tenemos otra víctima.

—¿Elsa Hallin, quiere decir? —dijo Lilja.

—No. Camilla Lindén. Pero espere un momento, ¿han encontrado a Hallin?

Lilja tuvo la sensación de que perdía el equilibrio.

9 de enero

El primer día de mi nueva vida. He tenido que reunirme con mi profesora y con el director. Mamá y papá también estaban. Lo he confesado todo y he dicho que lo sentía mucho, pero no era verdad. Ni siquiera un poco. Era mejor seguirles la corriente y dejar que creyeran que sigo siendo el mismo de siempre. Quería parecer arrepentido, aunque tenía ganas de reírme ante sus narices. ¡De escupirles! Me han dicho que él tenía una conmoción cerebral y que tendría que quedarse en casa toda la próxima semana. ¿Cómo va a tener una conmoción, si ni siquiera tiene cerebro?

Algunos me miraban durante el almuerzo, pero nadie tenía valor para hacer nada. En cuanto yo les sostenía la mirada, se volvían para otro lado. Gallinas de mierda. Su compinche estaba allí y me observaba con furia, claro. Parecía como si estuviera planeando algo. Me he acercado y le he dado un puñetazo en la oreja. Él iba a devolverme el golpe, pero lo he amenazado con un tenedor. Pronto será él quien recoja mi bandeja.

Al acabar la jornada, algunos de mis antiguos amigos se han acercado a hablar conmigo, pero yo les he dicho que se fueran a la mierda. Ya no tengo ningún amigo. Me he puesto a pelear con Jonas. Sus ropas horribles siempre me han irritado. Le he pegado en el estómago hasta que ha caído al suelo. He visto el miedo en su mirada. Impresionante de cojones.

Tareas:

1. Empezar a hacer ejercicio.
2. Conseguir una navaja automática.
3. Visitar al conmocionado.

70

Fabian Risk corría a toda velocidad por el sendero de grava. Los gritos resonaban a su espalda: «¡Theo! ¡Theo! ¡Theo!». Giró la cabeza y vio a Lina, Jörgen y a algunos otros compañeros corriendo tras él; tendrían alrededor de quince años.

Estaba en medio de la nada, con el torso desnudo, y los rayos del sol le ardían en la nuca. Oyó su propio pulso; también el chasquido de sus labios al tratar de dar un sorbo de agua: era inútil, porque ya no le quedaba. No sería capaz de seguir corriendo mucho tiempo. Las voces a su espalda aumentaron de volumen: «¡THEODOR!».

¿Qué pasaría si se rendía? No, no podía. Imposible. Tenía que resistir a toda costa. Estaba acercándose a un muro rocoso y oía otras voces, voces que suplicaban por sus vidas. Empezó a trepar, a escalar la pared tan deprisa como podía. Cuanto más ascendía, más empinada se volvía la roca. Miró hacia abajo y vio a dos antiguos colegas de Estocolmo, Tomas y Jarmo, que subían tras él. Gritaban. Si se desequilibraba, caería al vacío y todo estaría perdido.

Y entonces surgió una mano de la nada, que lo izó hasta lo alto de la pared rocosa y lo condujo a una enorme cueva subterránea. Había gente disfrazada por todas partes; gente —o seres— que llevaban grandes tocados redondos, como pelotas gigantes. Se agachó y aceptó que un chico de piel dorada le colocara un tocado similar en la cabeza, mientras otro chico le echaba sobre los hombros un grueso y arrugado sudario blanco. Resultaba cómodo y fresco.

Se le acercó un viejo, lo miró a los ojos y le dijo algo, pero no entendió qué. Aunque sabía perfectamente lo que debía hacer. Extendió la mano izquierda y permitió que el viejo le recorriera el dorso con un instrumento provisto de un rayo de luz. La luz le penetró en la piel y le burbujeó en las venas, al tiempo que un pavo real de unos centímetros de tamaño le ascendía por el brazo…

Fabian abrió los ojos. Todo parecía más luminoso, pero no más claro. Distinguió dos largos y estrechos fluorescentes en el techo a los cuales les faltaba la cubierta de protección, de modo que quedaban a la vista los cables y el condensador. Mientras trataba de sentarse, pensó que los fluorescentes no solo producían una luz desagradable, sino que eran feísimos. El dolor ardiente de la espalda se le intensificó de inmediato y ascendió con rapidez hacia la nuca.

Extendió el brazo para mirar la hora en el móvil, pero no lo encontró en la mesita. Había desaparecido. También el ordenador y el anuario. Estaba confuso. ¿Era cierto que había encontrado al asesino en el anuario, escondido detrás de Claes? ¿O eso también era un sueño? Cogió la perilla del botón de alarma y lo pulsó varias veces, aunque oyó cómo sonaba el timbre en el pasillo desde la primera vez.

Se abrió la puerta. Era la enfermera morena, no precisamente la más servicial.

—¿Qué?, ¿va a levantarse otra vez?

—¿Dónde están mis cosas? Mi móvil, mi ordenador y…

—Al parecer, estuvo trabajando hasta las cinco de la mañana.

—¿De veras?

—Y no es eso lo que aquí llamamos reposo. Si hubiera obedecido las órdenes del médico, quizá ya estaría en casa a estas alturas.

—Pero he de telefonear…

—No. Tiene que descansar. —Lo volvió a tumbar en la cama—. Su cuerpo está trabajando a marchas forzadas para curarse, y necesita toda la energía posible. Bueno, ¿qué prefiere: té o café con el desayuno?

—Solo quiero saber qué hora es.

—Acaban de dar las dos. Vuelvo a preguntárselo: ¿té o café?

Fabian no quería ninguna de las dos cosas. El café era tan aguado como el té; y además tenía la convicción de que utilizaban la cafetera para calentar el agua del té.

—Zumo… mejor tráigame un par de vasos de zumo. Y le estaré eternamente agradecido si me consigue una tostada y un huevo pasado por agua.

La enfermera hizo una mueca y replicó:

—Con nuestro Gobierno actual, ya puede olvidarse del huevo, pero la tostada sí puedo ofrecérsela.

Ya despierto, a Fabian no le cabía duda de que no había soñado la conexión entre la escena criminal de Söderåsen y la fotografía de la clase del último curso escolar. En cuanto la enfermera salió de la habitación, se sentó en la cama sin hacer caso del dolor. Disponía de cinco minutos, como máximo, antes de que ella terminara su tarea en la cocina y volviera al mostrador de recepción, desde donde se dominaba todo el pasillo. Se levantó con cuidado del borde de la cama, irguiendo la espalda en la medida de lo posible. Los pantalones, los calcetines y los zapatos estaban en el armario, junto a la camisa y la chaqueta chamuscadas. Esas dos prendas habían quedado demasiado dañadas por las llamas para poder rescatarlas. No entendía por qué se habían molestado en colgarlas allí.

Abrió la puerta. Vio a uno de los silenciosos agentes hojeando un número de la revista *Wheels*.

—Voy a recoger unas cosas del mostrador de recepción —le dijo.

El agente asintió y se concentró de nuevo en un artículo sobre coches deportivos.

Como de costumbre, no había nadie en el cuarto de las enfermeras. Hurgó entre las carpetas y los montones de documentos, pero no consiguió encontrar sus cosas. Si no estaban allí, no tenía ni idea de dónde buscar.

La enfermera morena apareció en el pasillo con la bandeja del desayuno. Fabian se agachó tras el mostrador y apretó los dientes. El dolor de la espalda le causó una oleada de sudor y le cayeron gotas de la frente. Miró bajo la mesa. Ahí, en un rincón, estaba el estuche del portátil y una bolsa con su móvil y sus

documentos. Dejó que la enfermera pasara de largo, recogió las cosas y se dirigió hacia los ascensores.

71

OTRA VÍCTIMA DE LA CLASE MALDITA

Tuvesson y sus tres agentes estaban en torno a la mesa mirando la portada del *Kvällsposten*, ocupada en gran parte por una foto del coche destrozado y volcado en la E6.

—¿Cómo es que no estábamos enterados de esto? —preguntó la comisaria mientras pensaba si cedía a la tentación y mandaba a Florian a comprar cigarrillos.

—Según el informe, lo catalogaron como accidente de tráfico —respondió Klippan.

—¿Nadie se percató de que esta mujer estaba en la misma clase que las demás víctimas? —se extrañó Lilja.

—Bueno, rastrear este tipo de datos no es misión de la policía de tráfico, sino nuestra. Y como nosotros ni siquiera sabíamos que había muerto…

—¿Y cómo ha podido enterarse el *Kvällsposten*? —preguntó Molander hojeando el periódico.

—O bien el asesino mismo los avisó, o ellos se han limitado a hacer su trabajo y han sumado dos más dos —opinó Lilja.

—Pero aún no está confirmado si fue un accidente o no —observó Tuvesson —. Ahora están trayendo el coche. A ver si Molander encuentra algo; entretanto, quiero que trabajemos bajo la hipótesis de que ha sido nuestro hombre.

—¿Está insinuando que cometió ayer dos asesinatos? —planteó Klippan—. Y no son dos asesinatos corrientes, además. No conozco los detalles de lo ocurrido

en la E6, pero el crimen en la biblioteca no debió de resultar fácil. El mero hecho de llevarla a ese estudio sin que nadie se diera cuenta, tuvo que ser complicado. Y luego ese ritual… —Klippan estaba aturdido—. Tiene que ser un tipo con mucha sangre fría.

—Qué sé yo. A lo mejor esto refuerza la teoría de Risk de que hay dos asesinos distintos —dijo Tuvesson.

—Un momento. Tratemos de pensar con lógica —recomendó Molander—. Lo único que sabemos con exactitud acerca del accidente de tráfico es que se produjo ayer a las cinco y treinta y ocho minutos de la tarde en la E6. Mi investigación nos permitirá saber si el asesino estaba allí, en la autopista, o se limitó a sabotear el coche. En cuanto a la biblioteca, ¿Trenzas ha fijado una franja horaria respecto al momento de la muerte?

—Entre las tres y las cinco de la tarde —dijo Tuvesson.

—Supongamos que le rajó la garganta a esa mujer en torno a la una, y que ella murió al cabo de una hora, o de una hora y media. Si fuera así, el asesino tuvo un margen sobrado para cometer ambos asesinatos.

—Bueno, en todo caso, ahora sabemos que ha vuelto a empezar, y con energías redobladas —afirmó Tuvesson—. Comparemos estas dos muertes con los asesinatos de Jörgen y Glenn. ¿De qué era culpable Elsa Hallin, por ejemplo?

—Según una de sus compañeras de trabajo, tenía una lengua viperina —dijo Lilja.

—Tal vez también era una acosadora, aunque de tipo verbal. Lo cual explicaría lo de la lengua cortada. —Entonces Tuvesson le preguntó a Klippan —: ¿Algún alumno de la clase ha comentado algo sobre ese aspecto?

—No con esas mismas palabras. —Klippan revisó sus notas—. Pero algunos dijeron que era bastante engreída.

—¿Quién?

—Camilla Lindén.

—Típico —opinó la comisaria—. ¿Elsa Hallin no dijo también algo negativo sobre Camilla?

—Sí. Según ella, Camilla se quedaba a mirar cuando Jörgen y Glenn atormentaban a Claes.

—¿No hay detalles que puedan relacionarse con el accidente de coche?

—Por ahora, no.

—¿Y no hemos tenido noticias de ese tal Seth Kårheden? —preguntó Tuvesson mirando si había más café en los termos.

—No —respondió Lilja—. Pero sí he podido confirmar que tomó un vuelo a Pamplona el quince de junio y que ayer noche reservó un billete de vuelta desde Santiago de Compostela.

—¿Estaba haciendo el camino de Santiago? —preguntó Klippan.

—Quizá es lo que quiere que piense la gente —dijo Molander—. Pero podría haber vuelto en coche.

—¿Qué era lo que estaba escrito en esa taquilla de la escuela? —inquirió Tuvesson.

—«Nadie me ve. Nadie me oye. Nadie se mete siquiera conmigo.»

—«Nadie se mete siquiera conmigo…». Tiene que ver con la teoría de Risk sobre el musgo. —Tuvesson se interrumpió y los miró uno a uno—. Es decir, con la idea de que el musgo era una imagen de sí mismo bajo la sombra de Claes. De quien sabemos, al menos, que se metían con él.

—Claro. Un tipo envidiable —masculló Klippan.

—Es fácil decir eso. Pero ¿qué es peor? ¿Que se metan contigo o que pasen totalmente de ti y te traten como si no existieras?

—¿Cree que es eso lo que quiere modificar? —inquirió Lilja.

—Sí, yo diría que ese es el objetivo de todos sus actos: quiere convertirse en una persona a la que no se puede ignorar, en alguien que nadie olvidará jamás.

—Entonces, ¿por qué no dar a conocer su identidad? —dijo Klippan—. ¿De qué te sirve ser famoso si nadie te reconoce?

—Depende de lo famoso que quiera ser —aportó Molander—. Supongamos que descubriéramos su identidad o que él la revelara: ahora llenaría sin duda todas las portadas, pero al cabo de unos años la historia se enfriaría y su nombre

se olvidaría. Cuando él hubiera cumplido la condena, nadie lo recordaría ya; y ese es el motivo por el que sigue matando.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Tuvesson—. Está creando su propio mito, mostrando ante el mundo lo inteligente y lo invencible que es, hasta el extremo de que ni siquiera la policía es capaz de pararle los pies.

—Está matando a sus antiguos compañeros de clase para hacerse inmortal —musitó Lilja. Los demás asintieron—. ¿A cuánta gente creen que habrá de matar para conseguirlo?

—Recordarán la masacre de Columbine —dijo Molander—. Murieron doce alumnos y un profesor.

—¿Tiene que llegar a trece, entonces?

—Por desgracia —intervino Molander—, no creo que eso bastara para asegurarle un lugar en la historia. La de Columbine fue la mayor matanza de ese tipo perpetrada en una escuela: las que han ocurrido después han caído en el olvido al cabo de seis meses. Aunque este asesino pertenece a una categoría muy distinta por la naturaleza de sus crímenes, no deja de ser un asesino múltiple más: un fenómeno conocido. Ahora bien, si llega a las dieciocho o veinte víctimas, ya será otra historia.

—Tendría que matar a toda la clase para llegar a esa cifra.

Molander asintió. Se hizo un silencio alrededor de la mesa.

—Bueno… veo que están muy animados por aquí.

Todos se giraron y vieron a Fabian Risk en el umbral, un poco encorvado y sujetándose al marco de la puerta.

—¡Fabian! Pero ¿qué hace aquí? ¿Dónde está su escolta?

Tuvesson se le acercó, pero él la rechazó alzando la mano.

—Ya sé quién es. —Dio unos pasos dentro de la sala de conferencias y contempló las copias de los grafitis que cubrían las paredes—. ¡Vaya! Menudo trabajo.

—Pero ¿qué está diciendo?

—Lo he encontrado. Aquí está. —Fabian señaló justo por encima de Claes en

la foto ampliada de la clase que había en la pizarra—. Ha estado siempre ante nuestros ojos.

Se agolparon alrededor para mirar la fotografía.

—Pero ese es Claes. —objetó Klippan—. Y Claes está muerto, Fabian.

—No, no es Claes. Hay un tipo justo detrás. Mírelo bien; esto no es el pelo de Claes.

—Déjeme ver —dijo Molander abriéndose paso con una lupa para examinar la fotografía. Tras unos instantes, se dio media vuelta y asintió—. Tiene razón.

—Olvidaron incluir su nombre en la lista —dijo Fabian.

—Tal vez no sea tan sorprendente —terció Lilja—. Es un tipo que puede pasar desapercibido con facilidad.

—Pero ¿no debería figurar como «ausente» en la lista? —cuestionó Klippan.

—Sería de esperar.

—No tanto si se piensa con lógica —dijo Molander—. Es indudable que estaba allí; no podía ser declarado ausente.

—Lo cual quiere decir que debería aparecer en los anuarios de otros cursos —dedujo Tuvesson.

—Sí —afirmó Fabian—. Y por eso he venido.

Se volvió inquisitivamente hacia Klippan, que alzó las manos.

—Vamos a ver —añadió Risk—, todos los alumnos con los que hemos hablado nos han prometido que revisarían los anuarios, pero hasta ahora no ha habido ningún resultado.

—Quizá su nombre acabó en un lugar equivocado y figura en otra parte del anuario —sugirió Lilja hojeando las páginas.

—Eso me ocurrió a mí una vez; bueno, a toda mi clase —dijo Klippan—. Me parece que fue en quinto curso: intercambiaron por error nuestros nombres con los de los alumnos de tercero. De repente yo me llamaba Ragnar Blom, y a partir de entonces todos me llamaron «Florián».[4] —Se echó a reír—. A uno de los de tercero le cayó el nombre de «Greta» para siempre.

—Fabian, ¿cómo se encuentra? —dijo Tuvesson sujetándolo. Estaba a punto

de perder el equilibrio y parecía que iba a desmayarse de un momento a otro. Molander la ayudó, y entre ambos lo sentaron en una silla.

Risk estaba abrumado de agotamiento, con todo su cortejo de náuseas y sudores fríos.

—Estoy bien… solo necesito un poco de agua.

Tuvesson le puso un gran vaso delante, y le dijo:

—Qué va. Está herido, y debería seguir en el hospital. Según el médico, tiene que guardar cama hasta pasado mañana.

—He de volver a casa… Theo, mi hijo, está solo. —Fabian dio un sorbo. Sintió que el frescor del agua se difundía por su cuerpo como una caricia—. En el hospital no me dejaban trabajar; no he tenido más remedio que venir.

La comisaria esperó a que se terminara el agua; entonces se sentó y lo miró a los ojos.

—Fabian, escuche. Somos nosotros los que estamos trabajando en el caso. Nosotros, no usted, ¿de acuerdo?

—Solo tengo que llamar a la escuela y averiguar el nombre del alumno que estaba detrás de Claes.

—No, usted no, Fabian. Usted ya no trabaja en esta investigación. Ahora está de vacaciones y de baja por enfermedad, además. Lo único que debería interesarle es descansar. Nosotros encontraremos el nombre de ese compañero suyo; tampoco puede ser tan difícil. Lo más importante es que obedezca al médico. Por otra parte, usted y todos los alumnos de la clase están en peligro. Así que quiero que vuelva…

—¿El trescientos cuarenta y nueve? ¿Ese es el número de la taquilla? —Fabian señaló el pósit de la foto del grafiti que estaba sobre la mesa.

Klippan asintió.

—¿Me ha oído, Fabian? —insistió Tuvesson.

—Creemos que podría ser el asesino el que escribió ese mensaje dentro de la taquilla —aclaró Molander.

Risk cogió la fotografía e intentó descifrar el texto.

—«Nadie me ve. Nadie me oye. Nadie se mete siquiera conmigo. H.I.» —recitó Molander.

—¿H.I.?

—El Hombre Invisible. Usó esta misma firma en otros lugares.

—El hombre invisible que ya no quiere seguir siendo invisible: quiere salir a la luz y que lo vean.

—Pero nosotros pensamos que no va a revelar su identidad hasta que haya matado a más gente —le informó Tuvesson.

—¿A cuántos?, ¿a toda la clase?

—Eso creemos.

Tuvesson tenía razón, pensó Fabian. Unos cuantos asesinatos ingeniosos no bastaban si lo que querías era ser recordado para siempre. El público, estragado por los medios, exigía al menos una cifra de dos dígitos para mirar a un criminal como un mito inolvidable. El asesino trataría de acabar con todos los miembros de la clase, ya que había empezado. A fin de cuentas, todos habían contribuido a que se sintiera invisible. Y por eso no iba a parar de matar, ni esperaría a que Klippan y compañía «hicieran su trabajo». Si él no actuaba deprisa, pensó, todo habría acabado muy pronto.

Se levantó con nuevas energías. Tenía una idea.

—Fabian, deje que nos ocupemos nosotros.

—De acuerdo —dijo, y salió de la sala de conferencias.

Su idea no podía esperar.

La comisaria se acercó a la fotografía de la clase y observó el trozo de pelo que asomaba por detrás de Claes Mällvik: el pelo del chico del que nadie se acordaba. Lo único que necesitaban ahora era un nombre: un nombre, nada más.

Si conseguían identificarlo, el resto saldría por sí solo, como cuando averiguas las últimas palabras de un crucigrama. Pronto entrarían en la última fase del caso; por consiguiente, era importantísimo que se hiciera todo como es debido.

Había que atenerse estrictamente a las normas: una cláusula descuidada, un documento sin firma, una prueba recogida sin las precauciones adecuadas, cualquier fallo podía convertirse en un inconveniente en un juicio y permitir incluso que el asesino quedara libre antes de que ellos se tomaran unos días de permiso.

Risk había pasado por una situación muy similar. Tuvesson conocía todos los detalles de la historia. Había sido en el curso de una investigación en Estocolmo al menos tan importante como esta, si no más. Risk ignoraba que ella lo sabía; y ella no tenía la intención de sacar el tema.

—Irene y Klippan, ustedes han de contactar otra vez con todos los alumnos de la clase. Con un poco de suerte, alguien lo recordará y nos facilitará su nombre. Y no olviden pedirles que busquen los demás anuarios.

—¿Cómo vamos a manejar la protección policial? —preguntó Klippan—. ¿Ha hablado con Malmö?

—No, no he tenido tiempo. Lo haré de inmediato.

Lilja y Klippan se dirigieron hacia la puerta. La comisaria sacó el móvil, marcó el número y observó a Molander, que se había quedado rezagado.

—Usted vaya a revisar el coche accidentado, a ver si podemos averiguar qué le ocurrió a Lindén.

El forense asintió, pero antes de salir inquirió:

—¿Cómo ha ido su exploración con Ingela Ploghed?

—Ah, es cierto. —Llamó a Lilja y Klippan para que volvieran a entrar—. Perdón, se me había olvidado contarlo. Me he llevado esta mañana de paseo a Ingela Ploghed.

—¿Y qué tal? —preguntó Lilja.

—A decir verdad, no lo sé. La he llevado a ese club, pero lo único que ha recordado es que la recogió un hombre con un coche azul.

—¿Azul? —dijo Klippan—. ¿No recordaba el modelo? ¿O si era nuevo o viejo?

—No. Solo que era azul.

—¿Y quién no tiene un coche azul? —dijo Molander.

—¿El suyo no es azul? —observó Lilja.

Él asintió.

—¿No ha descubierto nada más?

—Sí. Luego hemos ido a Ramlösa Brunnspark y tampoco allí ha recordado nada, aunque me he pegado un hartón de sudar empujándola en la silla de ruedas por los senderos de grava… En el trayecto de regreso… —Tuvesson se calló y se acercó al ventanal para contemplar la ciudad—. He tenido que parar un momento en la cuneta cuando me ha llamado usted, Ingvar, para explicarme lo de la cámara que había encontrado en Söderåsen. Habíamos aparcado justo al lado de las vías, y en cuanto ha pasado un tren… —Se calló de nuevo.

—¿Qué? —dijo Lilja.

—Se ha puesto histérica, como si sufriera un ataque de pánico. Ha empezado a agitar los brazos y a gritar que nos alejáramos. He intentado calmarla, pero no ha habido manera.

—Quizá el ruido del tren le ha traído recuerdos —dijo Klippan.

—¿Podría ser que el ataque se hubiera producido en un tren? —preguntó Lilja.

—No, lo dudo. Suena demasiado complicado. Pero quizá fue cerca de unas vías.

—Pero ¿no estaba drogada e inconsciente durante la operación? —comentó Molander.

—Quizá registró inconscientemente el ruido —aventuró Klippan.

Molander soltó un bufido.

—¿Qué pasa? ¡Es posible! Esos trenes producen un estruendo tremendo —continuó Klippan—. Yo voy a buscar setas cerca de las vías del sur de Ramlösa, y, bueno, tienes que taparte los oídos cuando pasan.

—¿Puedo decir algo? —dijo Molander—. Yo creo que siguen un camino equivocado.

—¿Por qué? —preguntó Tuvesson.

—¿Y si no estaba reaccionando al ruido, sino que se sentía atrapada dentro del coche?

—Claro, tiene toda la razón. Dada la complejidad de la operación, lo más probable es que se la llevara a algún lugar donde supiera que podría trabajar sin interrupciones.

Lilja y Klippan asintieron.

—Posiblemente, en una vivienda privada sin vecinos en las inmediaciones —prosiguió Tuvesson.

—O en un taller —sugirió Klippan.

—Cerca de las vías del tren —añadió Lilja.

Tuvesson añadió, pensativa:

—Sí, es posible. Me daré una vuelta por los barrios de los alrededores de Ramlösa. No tenemos nada que perder.

—Sí que lo tenemos: el tiempo. No sé qué pensarán ustedes, pero yo diría que el tiempo escasea cuando se trata de evitar más asesinatos —dijo el forense mientras abandonaba la sala.

Lilja lo miró alejarse y les dijo a los demás:

—¿Qué mosca le habrá picado? Está más gruñón y negativo que nunca.

—Está cansado —opinó Tuvesson—. ¿Y quién no?

—Creo que se ha puesto de malhumor porque la idea de darse una vuelta por los alrededores de Ramlösa no se le ha ocurrido a él —dijo Klippan.

Justo en ese momento sonó el móvil de la comisaria.

—Aquí Astrid Tuvesson… Sí, eso es… ¿Cómo? ¿Suicidio? Pero ¿está…? —Retuvo a Lilja y a Klippan con un gesto—. No lo entiendo. ¿Cómo? ¿Y dónde dice que ha sido?

72

Dunja Hougaard nunca se había esforzado tanto para parecer imperturbable como cundo salió del ascensor y se dirigió a la unidad de crímenes violentos. Había ido a hacer su trabajo. No veía a Sleizner por ningún lado, pero la puerta de su despacho estaba cerrada, lo cual significaba que estaba allí. A menos que se hubiera escabullido por la salida de emergencia.

Introdujo la clave de su ordenador y revisó el correo. Había recibido respuesta de casi todos los periódicos con los que había contactado. Les había pedido que le mandaran todas las fotografías que habían tomado en la sala de espera frente al pabellón de Morten Steenstrup, y se sorprendió al constatar que habían atendido su petición sin protestar apenas. Solamente uno de los grandes rotativos, el *Jyllands-Posten*, había exigido garantías de que tendrían la exclusiva si sus fotos contenían algo de interés. Por ello, revisó en primer lugar las que le había remitido ese periódico y comprobó aliviada que reconocía las caras: sabía qué reportero trabajaba para cada diario. A continuación examinó las del *Politiken*, entre las que había infinidad de imágenes donde aparecía ella con una pinta desastrosa: sudada, sin maquillaje, con unas ojeras que parecían pintadas. En conjunto, daba la impresión de ser una paciente necesitada de tratamiento intensivo.

Lo único positivo era que ninguna de esas fotos espantosas había salido publicada. Quizá los periodistas tenían accesos de compasión; o quizá eran conscientes de que nunca más le sacarían una entrevista o una información confidencial si se les ocurría publicar una de aquellas fotos.

Lo encontró al cabo de una hora y media. La imagen había sido tomada a vista de pájaro, como si el fotógrafo hubiera sostenido la cámara por encima de la cabeza para sacar una serie de instantáneas al azar. Periodísticamente, la foto carecía de interés: solo se veían las cabezas medio calvas de los reporteros; además, estaba desenfocada en la parte inferior. Pero para lo que ella quería, era una foto casi perfecta. Estaba segura de que había encontrado una imagen del asesino.

Las sillas del fondo sí se veían con nitidez. Y allí había un hombre solitario, con una revista en las manos, observando el tumulto de lejos. Amplió la imagen. La definición era casi perfecta, aunque había algo en el rostro del individuo que no estaba del todo claro. El instinto le decía que no podía ser más que él.

Sleizner jamás le permitiría compartir este descubrimiento con los suecos, por mucho que fuera lo correcto. Ellos habrían de apañárselas sin ayuda. El jodido Kim Sleizner quería investigar el caso por su cuenta, y prefería que quedara sin resolver antes que dejar que otros se llevaran el mérito.

El odio a Sleizner le rebosaba por los poros. Y la idea con la que había jugado tantas veces a lo largo de los años estaba cuajando en su mente en una decisión concreta. No tenía elección. Debía librarse de él. No ya por su propio bien, sino por el bien de esta investigación y de la policía danesa en general. Tenía que hacer todo lo posible para que lo despidieran.

Cogió el teléfono y llamó al comisario general Henrik Hammersten antes de que se le ocurriera cambiar de opinión. Él accedió de inmediato a mantener más tarde con ella una reunión confidencial. Dunja colgó e inspiró hondo varias veces.

—Ah, aquí estás —oyó que decía alguien a su espalda. Una voz que reconoció en el acto. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí ese hijo de puta? Se dio la vuelta y se lo quedó mirando, pero la expresión de Sleizner era indescifrable

—¿Qué tal si vienes a mi despacho y… charlamos un poco?

—¿Hay motivos para que no podamos hablar aquí?

—No, en absoluto, pero yo en tu lugar preferiría mantener esta conversación a

puerta cerrada.

Dunja lo siguió. Sleizner la hizo pasar a su despacho y cerró la puerta. Sin hacer caso de esas señales inquietantes, ella tomó asiento. El Degenerado rodeó el escritorio y se acomodó en su propia silla. Sorprendentemente, no adoptaba la actitud desdeñosa y superior de siempre.

—Quiero empezar diciendo que lamento mucho lo de anoche.

Dunja no sabía si soñaba o si él estaba bromeando.

—A decir verdad, no recuerdo bien lo que sucedió, y tal vez sea mejor así. Pero me basta con lo poco que recuerdo para ser consciente de que no tengo excusa para mi comportamiento. Lo único que puedo alegar es que había bebido mucho y que perdí el control. —Hizo una pausa—. Quiero que sepas que me siento muy, pero que muy avergonzado.

Dunja pensó que parecía hablar con sinceridad, y no sabía si debía decir algo, pero no quería ponerle las cosas fáciles.

—Dunja, yo hubiera jurado que fuiste tú quien le dio el soplo al *Ekstra Bladet*, pero ahora comprendo que no fue así, y estoy dispuesto a enterrar el hacha de guerra. Si tú no me denuncias por las cosas horribles que hice ayer, yo no te denunciaré por negarte a obedecer y por falsificar documentos.

O sea que estaba enterado de su triquiñuela con el coche.

—Sé lo que estás pensando —continuó Sleizner—, y la respuesta es sí. He sabido desde el principio lo que andabas haciendo, pero estoy dispuesto a hacer tabla rasa, e incluso a dejarte total libertad para trabajar en este caso como creas conveniente.

¿Hablaba en serio? ¿Estaba tan quemado que su única opción era una retirada completa? ¿No le quedaba otro remedio que olvidarse de su ego y dejar que ella se ocupara del caso? Dunja lo conocía demasiado bien para relajarse del todo, pero si hablaba en serio y quería que ella siguiera investigando, por su parte no pensaba poner palos en las ruedas. No iba a anteponer sus sentimientos a la buena marcha del caso. Eso jamás lo haría. Le dirigió un leve gesto de asentimiento.

—Bien. Entonces, asunto resuelto —prosiguió él—. ¿Cómo va la investigación? ¿Has encontrado algo que yo deba conocer?

Constituiría una infracción a su deber no mencionar la foto del asesino, pero Dunja creía que debía enviársela a los suecos de inmediato, lo cual contravenía la prohibición de cederles ningún dato que Sleizner había mantenido hasta ahora. Decidió ponerlo a prueba.

—Creo que tengo una fotografía del asesino.

La expresión de Sleizner cambio en el acto.

—¿De veras? ¿Cómo la has conseguido?

Le habló de las pesquisas de Kjeld Richter, que demostraban que el asesino había llegado a la habitación de Morten a través del cielorraso, y le explicó que ella había deducido, en consecuencia, que el tipo debía de haber estado en la misma sala de espera que los periodistas.

—Fantástico, Dunja. Buen trabajo.

—Sugiero que enviemos la fotografía a los suecos, antes de hacer nada más, para ver qué opinan ellos.

—Si lo crees conveniente, acepto tu decisión. —Rodeó el escritorio y se sentó en el borde, frente a ella—. Dunja, lo que he dicho antes iba en serio. Tú y yo no nos hemos llevado bien desde el principio, y en gran parte la culpa es mía. Siempre has sido una agente fantástica y, de ahora en adelante, voy a procurar que ocupes el lugar que mereces. Si consideras que debemos enviar la foto a los suecos, así lo haremos.

Dunja se levantó.

—Una cosa más.

Ella se giró.

—Si no he entendido mal, creo que has concertado una cita con Hammersten. He pensado que podemos reunirnos los dos con él, si no te importa.

Ella no sabía bien cómo reaccionar, pero se sorprendió al darse cuenta de que asentía.

73

«Treinta y siete… treinta y ocho», contó en voz baja antes de detenerse y hacer un breve descanso. Ya se había quedado sin aliento, y notaba que su fina blusa estaba empapada de sudor. Esto era más difícil de lo que esperaba, aun teniendo unas muletas para ayudarse. Apenas sentía ningún dolor después de tomarse cuatro pastillas de Tylenol 3. En el hospital le habían recomendado que se quedara en la cama una semana al menos para reducir el riesgo de hemorragia, pero ella había resuelto ese problema con unos pañales del hospital y tres compresas. Al principio los dos policías habían insistido en acompañarla, pero tras discutir un poco habían accedido a esperarla al pie de la escalera, vigilando la entrada.

Continuó subiendo por la escalera de caracol mientras apuraba los restos del zumo Brämhults que había comprado en el supermercado Pressbyrån de la calle Stortorget. Ojalá hubiera comprado una botella más grande. Ella en el fondo quería llevarse la gigante, pero había escogido la pequeña por pura terquedad, porque el precio por litro era el mismo. No importaba, de todos modos. Muy pronto ya no importaría nada.

«Cincuenta y nueve… sesenta.» Le quedaban ochenta y seis escalones para llegar arriba de todo.

«Sesenta y uno.»

Era la segunda vez en su vida que subía a la torre Kärnan. La primera había sido en una excursión escolar de octavo curso. Habían visitado las distintas salas para admirar los cuadros y escuchar la explicación: que la torre de treinta y cinco

metros de altura fue construida por los daneses a principios del siglo XIV para montar guardia y defender la ensenada de Øresund, junto con el castillo de Kronborg. A ella y a sus compañeros lo único que les interesó fue subir hasta arriba lo más aprisa posible contando los escalones.

Glenn Granqvist llegó antes que nadie y declaró que había ciento treinta y nueve, pero estaba equivocado. Ella lo recordaba como si fuera ayer; quizá porque había sido la primera en decir el número correcto. Había ciento cuarenta y seis escalones exactamente; ni más ni menos.

«Setenta y cuatro.»

Recordaba los años de los estudios superiores como los mejores de su vida. Estaba en la flor de su juventud y en plenitud de facultades: sacaba buenas notas, pero se las arreglaba para ser de las más populares de la clase. En aquel entonces Ingela Ploghed era ese tipo de persona a la que todo el mundo escucha. Ella quería llegar a ser una de las mejores abogadas del país y dedicar sus energías a ayudar a los más débiles y necesitados de la sociedad. No tuvo ninguna dificultad para ingresar en la facultad de Derecho de Lund y la vida universitaria le había encantado.

En la actualidad, de forma retrospectiva, no entendía cómo le había ido tan bien en la facultad. No había noche en la que no estuviera invitada a una fiesta u otra, y cada una era más loca que la anterior. Bailaba hasta la extenuación en Västgöta Nation y, al día siguiente, se iba a una fiesta Twin Peaks disfrazada de Señora del Leño. Dos años y medio después, aquella vida idílica había llegado a su fin.

«Ciento trece.»

Una noche, de madrugada, se encontró a Gerhard Kempe, su profesor de Derecho Civil, cuando volvía de Malmö Nation. Él se empeñó en acompañarla hasta la puerta, y por el camino discutieron sobre las considerables diferencias salariales que existían entre los hombres y las mujeres que ejercían como abogados. Gerhard creía que los hombres cobraban más porque eran mejores a la hora de negociar y evaluar su propia valía. Ingela había replicado que por muy

bien que negociaran, las mujeres seguirían cobrando salarios más bajos que los hombres. Ahora, seguramente, habría estado de acuerdo con él.

Una vez que llegaron a Sparta, la residencia de estudiantes donde ella vivía, Gerhard le preguntó si podían tomarse la última copa. Ingela declinó su propuesta, diciendo que lo último que necesitaba era tomar más alcohol. Después todo sucedió tan deprisa que le habían quedado recuerdos dispersos.

«Ciento veintiséis.» Un fuerte puñetazo en la cara.

«Ciento veintisiete.» La cabeza chocando con el asfalto. Unas manos por todas partes.

«Ciento veintiocho.» Tratando de zafarse a arañazos, gritando.

«Ciento veintinueve.» Más puñetazos. El incisivo roto. El sabor de la sangre.

«Ciento treinta.» El ruido de sus bragas al desgarrarse.

«Ciento treinta y uno.» Los ávidos y gruesos dedos, muy dentro de ella.

«Ciento treinta y dos.» Dándose por vencida, dejándole que siguiera.

«Ciento treinta y tres.» Vuelta boca abajo.

«Ciento treinta y cuatro.» Tirones en el pelo. Dolor en el ano.

«Ciento treinta y cinco.» La advertencia de que no lo contara a nadie.

«Ciento treinta y seis.» Unos pasos apresurados alejándose.

Subió los últimos escalones lo más aprisa que pudo y salió a la luz del día. La suave brisa le refrescó el cuerpo sudoroso.

Aparte de ella, no había más que una familia danesa compuesta por dos adultos y dos niños. No entendía lo que decían, pero dedujo que la niña plantada junto a los prismáticos estaba pidiendo unas monedas; el niño, por su parte, trataba una y otra vez de trepar por las almenas.

Ella se alejó hasta la esquina del otro extremo y contempló pasmada la maravillosa vista. No recordaba que le hubiera impresionado tanto cuando había subido con la clase, cosa insólita, porque entonces todo le parecía más grande, más llamativo, más profundo. Pero aquel día tenía otras preocupaciones.

Como de costumbre, Jörgen y Glenn no habían sido capaces de dejar a Claes en paz. Lo habían izado al borde de las almenas y amenazaban con tirarlo abajo.

Aún oía sus gritos, rogando y suplicando que lo bajaran. Los demás alumnos fueron emergiendo de la escalera, uno a uno: todos sin aliento, todos con una estimación del número de escalones. En cuanto veían lo que estaba ocurriendo con Claes, se apresuraban hacia el otro extremo y fingían disfrutar de la vista.

Ella se había acercado a Jörgen y a Glenn y también les había dicho que lo bajaran. «Ya lo creo que va a bajar», le contestó Jörgen con una risita. Camilla y Elsa estaban también allí. Camilla, como siempre, se limitaba a mirar mientras ellos atormentaban a Claes. Era como si disfrutara viéndolo sufrir. Elsa —muy típico en ella— hablaba más de la cuenta: «¡Vamos! ¿A qué esperáis? ¡El viento está esparciendo su caspa como si fuera nieve! ¡Ay, por Dios! ¡Qué asco!».

Había parecido que transcurría una eternidad hasta que Monika Krusenstierna llegó arriba y anunció el número correcto de escalones. Cosa que hizo sin darse por enterada de que Claes seguía sollozando, con los ojos enrojecidos.

La familia danesa desapareció por la escalera. Ahora, al fin, estaba sola.

Apoyó las muletas en la pared, se quitó las sandalias y las colocó pulcramente en el suelo junto con el reloj, la cinta para el pelo y el collar. Notó que el dolor la acuciaba de nuevo en cuanto se subió y se sentó en el borde de piedra, pero eso ya la tenía sin cuidado. Contempló los tejados y los árboles, allá abajo, mientras sus pies oscilaban en el aire. Había pensado que se marearía y tendría náuseas, pero, por el contrario, notaba una sensación de libertad. Pronto se habría acabado todo.

Había pensado en quitarse la vida después de la primera violación, e incluso había hecho unos torpes intentos. En algún lugar había leído que la gente que no lograba quitarse la vida en el fondo deseaba vivir, y que el intento de suicidio era como un grito de socorro. Pero en su caso no era así. Después de lo ocurrido en Lund, se había odiado a sí misma y, al final, lo único que deseaba ya era morir. En su caso, no resultaba una exageración decir que los últimos años de su vida no habían sido más que un rosario de fracasos.

Si decidiera señalar con el dedo al criminal que la había atacado esta vez, cosecharía otro fracaso. Ella podía identificarlo: había recuperado la memoria en

el coche de la mujer policía. Pensaba que no le había visto la cara, pero al parecer sí se la había visto. ¿Qué importaba ya? Nadie iba a creerla. Si se hubiera tratado de alguien distinto, quizá lo habría dicho: pero tratándose de él, imposible: no tenía la menor posibilidad. Sería su palabra contra la de él. La de una mujer drogada y semiinconsciente contra la de…

Ingela Ploghed dejó de lado sus pensamientos, cerró los ojos y se inclinó hacia delante.

74

Fabian Risk aparcó en un hueco libre frente a su casa. Había encontrado la llave de su coche sobre el escritorio de Hugo Elvin, junto con una nota informándole de que el vehículo estaba en el aparcamiento. Alguna alma caritativa debía de haberse encargado de traerlo desde Söderåsen.

Cerró el coche y caminó hacia la entrada. No tenía la impresión de regresar a su hogar: era más bien como si fuera a visitar a alguien. Quizá no era una sensación tan extraña, teniendo en cuenta que llevaba diez días viviendo allí, y que la mayor parte del tiempo no había parado en casa. Ya llevaba tres días seguidos fuera, y no dudaba que Theodor debía de haberse dado una auténtica orgía de *pizza*, juegos de ordenador y música atronadora.

Subió los escalones y metió la llave en la cerradura. Ya oía el retumbo rítmico de *death metal* que tanto le entusiasmaba a su hijo. Nunca había comprendido cómo podía gustarle ese estruendo; no resultaba vigorizante, sino que más bien causaba ansiedad. Pero él se había prometido que jamás se quejaría de los gustos musicales de sus hijos, y pensaba cumplirlo, aunque más de una vez había estado a punto de romper la promesa. Sus propios padres no habían hecho más que quejarse cuando él era un adolescente. Para ellos, no había diferencia entre Kraftwerk, Depeche Mode y Heaven 17. Todo era «¡bum, bum, bum!», decían, y además, «ni siquiera sonaban instrumentos de verdad».

—Usted debe de ser el nuevo vecino —dijo una voz a su espalda. Al volverse, vio a una mujer de forma acampanada, que llevaba unos pantalones cortos de

grandes bolsillos, camiseta y pamela. Sujetaba un tarro de cristal lleno de grosellas rojas—. Ulla Stenhammar… vivimos en el número quince.

Fabian bajó los escalones y le estrechó la mano.

—Hola. Fabian Risk.

—¿Y cuál es su negocio, si me permite la pregunta?

—¿Mi negocio?

—Sí. ¿En qué trabaja?

—Ahora estoy de vacaciones, haciendo todo lo posible para no pensar en mi trabajo. —Fabian se esforzó por sonreír, en aras de la buena vecindad, y confió en que su primera impresión de Ulla Stenhammar fuese equivocada.

—Solo quería darle una calurosa bienvenida. —La mujer le entregó el tarro de grosellas—. El vecindario sentía un poco de curiosidad por saber quién vendría a vivir aquí. Me quedé encantada al ver que era una familia normal.

—Ah… ¿Había algún problema con los antiguos inquilinos?

—Un problema, no… Pero eran un poquito raros, si quiere saber mi opinión. Nunca asistían a las fiestas de primavera y otoño, y bueno… ya sabe el aspecto que tiene el patio trasero. Es una verdadera jungla aquello. Los arbustos nos tapan el sol en nuestro patio, y lo único que crece es musgo. Lo cual no es muy bonito, que digamos.

Por desgracia, Fabian estaba descubriendo muy deprisa que su primera impresión de Ulla era correcta.

—Prometo podar los arbustos en cuando pueda.

—No quiero entrometerme.

Se quedaron callados, y Fabian se giró hacia la puerta.

—Las paredes son bastante gruesas en estas viejas casas, y no parecería que tuvieras que oír apenas a los vecinos; pero si quiere que le diga la verdad, sí se oye. No me pregunte cómo puede traspasar el sonido, pero el caso es que te llega.

—¿Mi hijo pone la música demasiado alta?

—Bueno, no sé si llamarlo música, pero si pudiera bajar un poquito el

volumen por la noche, no vendría mal. De todos modos, no se puede comparar ese ruido con el de los Paldynski… quiero decir, los antiguos vecinos.

—¿También ponían la música alta?

—No. Bueno… sí, algo de música clásica. Pero el problema no era ese. El problema eran las peleas.

—¿Peleas?

Ulla se le acercó y miró hacia atrás, como si temiera que alguien la oyera.

—No puede imaginare cómo se gritaban el uno al otro. A veces parecía como esa película de terror, *Viernes trece*. Armaban tanto alboroto que, cuando nos acostábamos, teníamos la sensación de que estaban en nuestra habitación. No puedo decirlo con certeza, pero yo creo que él la maltrataba.

Fabian comprendió que debía revisar su primera impresión. Aquella mujer era mucho peor de lo que había intuido.

—Al final, ella se marchó. ¿Y quién va a culparla? Quizá no fue la manera más agradable de irse, pero eso no es cosa mía, desde luego. No hay nada peor que un vecino que mete la nariz en los asuntos de los demás.

—Estoy de acuerdo. Gracias por las grosellas. —Fabian hizo otro intento de subir los escalones.

—La cuestión es que él había salido un fin de semana… Se fue a Berlín, creo… Una ciudad extraña, ¿no le parece? Nosotros fuimos una vez de vacaciones y volvimos tan cansados que tuvimos que irnos otra vez de vacaciones. Bueno, pues cuando él volvió a casa, descubrió que habían desaparecido toda la ropa y todos los juguetes. Ella se había largado con los niños y las maletas llenas. Desapareció, así como así. No fue muy divertido, en mi opinión.

Fabian comprendió a qué se refería el agente inmobiliario cuando había hablado de «motivos personales».

—No, no suena divertido. Pero ¿no se sabe a dónde fue?

—Esa es la cuestión. —La mujer levantó el dedo índice y arqueó una ceja, para subrayar lo raro que había sido aquel asunto—. A él no pareció importarle

siquiera. Daba la impresión de que se lo había echado a la espalda y había seguido con su vida.

—¿No intentó localizarlos?

—Que yo sepa, no. Parecía casi aliviado, si quiere mi opinión. Yo estaba pasmada; no lo comprendía. Imagínese lo que es volver a casa y descubrir que tu familia se ha largado.

—¿Y nadie sabe a dónde fueron?

La cara de la mujer se iluminó con una gran sonrisa, y dijo:

—Bueno, yo sentía tanta curiosidad que no pude mantener la boca cerrada y se lo pregunté a él directamente. Y resultó que sí sabía dónde había ido su esposa, lo cual explica un poco su extraño comportamiento.

—Ya, ya —comentó Fabian, esperando oír los detalles restantes, pero Ulla no parecía dispuesta a dárselos—. ¿No le dijo a dónde se había marchado con los niños?

—No, solo me dijo que sabía dónde estaban, y ya no quise seguir fisgoneando. Incluso yo tengo mis límites. —La vecina estalló en carcajadas—. Pero hace un par de semanas oí decir a los Wingård, del número trece, que la mujer se había ido a Dinamarca. Deduzco que está viviendo allí con otro hombre. Yo creo que ya lo conocía de antes, pero esa es mi opinión.

—¿Y eso cuándo sucedió?

—Hace unos meses, en primavera; unas semanas antes de que él le vendiera la casa a usted. Es lógico. Estoy segura de que no quería quedarse aquí, con todos esos recuerdos.

Fabian subió los escalones por enésima vez. Se preguntó cómo habría reaccionado él si Sonja le hubiera hecho algo así. Giró la llave, abrió la puerta y pensó que una pequeña parte de sí mismo, seguramente, lo habría recibido con alivio.

Arriba, una voz gritaba sobre los muertos danzantes entre un fragor de guitarras distorsionadas y de percusión machacona.

Ya el hecho de librarse de ese estruendo rabioso, que lo recibió al entrar como

una muralla de basura, valdría bastante la pena. «Bueno, al menos está en casa», pensó. Cerró la puerta. Todo estaba tal como lo había dejado el miércoles por la mañana, cuando había salido para asistir al funeral en Dinamarca. Tres días que parecían tres semanas.

Entró en la cocina, que mostraba varios indicios del paso de Theodor, pero no tantos como se esperaba ni mucho menos. De hecho, estaba casi impoluta, aparte de unos restos de kebab, un pedazo de *pizza* dentro de la caja, una ensalada de col intacta y una botella de Coca-Cola vacía. ¿Habría aprendido su hijo por fin a no dejarlo todo hecho un estropicio?

Marilyn Manson gritaba ahora algo así como que el mundo extendía sus patas hacia una estrella. Manson había sido el cantante favorito de Theodor durante los últimos años, y siempre lo tenía en repetición continua. Fabian comprendió por qué se había quejado la vecina, aunque solo eran las cinco menos cuarto; por eso, no iba a subir para pedirle a su hijo que bajase el volumen. Prefirió enviarle un mensaje para decirle que estaba en casa y proponerle que se tomaran un café en el patio.

Dos minutos después, recibió la respuesta: «Estoy jugando al *Call of Duty*, en medio de una misión. Me salto el café. Nos vemos luego. T.».

Justamente la respuesta que Fabian se esperaba, y también la que estaba deseando, en el fondo. Aunque habría sido agradable una pausa para tomarse un café, no tenía tiempo. Debía encontrar ese nombre antes de que terminara el día. Un nombre que había visto miles de veces, pero del que no conservaba el menor recuerdo: el nombre de un asesino que iba a seguir cometiendo crímenes si no se lo impedían.

Tenía una idea para tratar de identificar a ese tipo. Era una posibilidad remota, e ignoraba si funcionaría, pero valía la pena intentarlo, a falta de algo mejor. Primero, sin embargo, quería darse una ducha y cambiarse de ropa. Mientras subía al baño, intentó recordar la última vez que había pasado más de tres días sin ducharse, y llegó a la conclusión de que debió de ser en el Roskilde Festival de 1995.

Lo recordaba como si hubiera sido ayer, pese a la cantidad de cerveza ingerida aquellos días y a las constantes dificultades que había tenido para mantener el equilibrio. Visto desde el presente, era evidente que aquel fue uno de los mejores años del festival, con Oasis, Blur, The Cure y Suede. De todos modos, la programación de este año, que incluía a Prince, LCD Soundsystem y Vampire Weekend, tampoco estaba nada mal. Resultaba tan tentadora que le había propuesto a Sonja que iniciaran la mudanza asistiendo toda la familia al festival. Ella le había preguntado si estaba sufriendo la crisis de la mediana edad.

Cerró la puerta del baño y se quitó con cuidado el vendaje, que tenía firmemente ceñido alrededor del torso. No se había acordado del dolor penetrante durante varias horas, pero al quitarse las últimas capas de gasa volvió a tomar conciencia de lo serias que eran sus heridas. El pus ensangrentado había adherido el vendaje a la piel, y tuvo que ponerse bajo la ducha para desprenderlo poco a poco. La intensidad del dolor rebasó ampliamente sus límites, y entonces dio gracias a Marilyn Manson por ahogar sus gritos.

Cuando se hubo despegado el último trozo de gasa, abrió el agua fría al máximo y dejó que corriera por sus llagas inflamadas. Disfrutó de la sensación varios minutos antes de enjabonarse y lavarse el pelo. Salió de la bañera, puso los pies en la esterilla y dejó que el cabello se le secara al aire.

Se miró en el espejo, lo que solía servirle para sentirse más joven. Tenía cuarenta y tres años, pero por su aspecto físico aparenteba, como mínimo, diez menos. A diferencia de la mayoría de la gente de su edad, no se había puesto encima unos kilos de más. Ni siquiera presentaba signos de calvicie incipiente ni había encanecido. Pero el hombre que lo miraba desde el espejo parecía diez años más viejo de lo normal. Estaba blanco como la leche, y la piel de la cara le colgaba, como si la fuerza de la gravedad se hubiera duplicado de repente. Pensó en darse la vuelta para ver mejor sus heridas, pero se dijo que sería mejor abstenerse.

Sonó el siguiente tema de la lista de Theo, y él trató de desconectar del ruido mientras se vestía.

Tenía aún la ropa en las cajas de la mudanza, junto a la cama, y estuvo revolviendo hasta encontrar unos calzoncillos y unos calcetines limpios, unos pantalones arrugados y una camisa holgada de lino para reemplazar las gasas.

Puso a recargar el teléfono en la cocina, y se llevó los restos de *pizza* al sótano. Quería revisar otra vez el archivador verde, pero ya no estaba donde lo había visto la última vez. Lo habían dejado en medio del sótano, pegado a la pared, pero ahora no estaba allí. Quizá Sonja había bajado a ordenar; o quizá a él le fallaba la memoria. En cierto modo, todo parecía distinto ahí abajo, como si hubieran cambiado las cosas de sitio.

Había montones de trastos que deberían haber tirado si Sonja no se hubiera resistido. Ella era incapaz de tirar nada. Creía que cada cosa podía llegar a ser útil cuando menos te lo esperabas. Los padres de su mujer nunca guardaban nada, y por ese motivo habían perdido una pequeña fortuna en enseres de cocina anticuados que más tarde se habían puesto otra vez de moda. Fabian no tenía la menor idea de lo que iban a hacer con las bicis rotas, con los pegajosos asientos de coche ni con las cajas repletas de cintas de VHS.

Después de mucho buscar, encontró el archivador verde detrás de un viejo sofá marrón sobre el que había tres damajuanas. Abrió el segundo cajón, sacó sus viejos álbumes de fotos, se sentó en el sofá entre las damajuanas y los hojeó. Muchas de las fotografías pegadas en las páginas se habían soltado, y los rótulos mal redactados habían quedado ahí en medio, como los adornos de un árbol navideño arrumbado.

Esas fotos las había tomado con la Instamatic que le habían regalado al cumplir diez años. Aunque los colores habían cambiado y perdido nitidez, las imágenes le trajeron el recuerdo de esa época: cuando se deslizaba más lejos que nadie con su monopatín Ramprider, equipado con ejes Tracker y ruedas rojas Kryptonics; cuando habían hecho una excursión escolar a Copenhague y se había zampado tres hamburguesas de queso en el McDonald’s frente al Tivoli; cuando apilaba la primera nieve para formar una montaña y usar sus miniesquís…

Casi todas las fotografías eran de los períodos de vacaciones desde cuarto hasta sexto curso. Al empezar séptimo, había dejado de lado esa cámara y ya no había vuelto a usarla, salvo en una ocasión, en octavo, cuando la había llevado a la escuela y había gastado un rollo entero. Había sacado treinta y seis fotografías con un único tema.

No había vuelto a pensar en esa serie desde entonces. La había recordado al ver la foto de la puerta de la taquilla que Klippan había sacado en la escuela. Las treinta y seis fotografías estaban bien ocultas en uno de los muchos álbumes de sus años escolares. Al pie de cada foto había escrito cada vez lo mismo, una sola palabra:

«Lina».

Aunque no siempre en el centro de la imagen, ni bien enfocada, Lina aparecía en cada fotografía y era el verdadero motivo de todas las instantáneas. Saltaba a la vista que el fotógrafo estaba enamorado de ella. Fabian recordaba que había intentado sacarle una foto cada vez que Jörgen no andaba cerca. Había hecho lo posible para que Lina no lo notara, porque lo último que deseaba era que Jörgen la tomara con él. Pero ahora se percataba con claridad de lo pendiente que ella había estado de la cámara: lo veía en sus ojos, aunque fingiera mirar para otro lado, y también en su sonrisa, aunque pretendiera no darse cuenta. A Lina le había gustado que la fotografiara y nunca le había dicho nada a Jörgen. Era un secreto entre ellos dos.

De repente levantó la vista del álbum. Le había parecido oír gritar a alguien, pero no había nada alrededor que pudiera explicar esa impresión. Y, en cambio, estaba seguro de que no eran imaginaciones suyas; sí, en alguna parte, sonaba una voz. No era posible distinguir lo que decía, pero estaba gritando.

Se levantó del sofá y, aguzando el oído, se acercó a la pared que tenía detrás. Enseguida se tranquilizó. Esa pared daba a la casa de los vecinos; la voz tenía que ser de la mujer con la que acababa de hablar. Se sentó de nuevo con el álbum y enseguida encontró la foto que estaba buscando. Tal como recordaba, aparecía

Lina guardando unos libros en su taquilla. La puerta de la siguiente estaba cerrada, pero el número se veía con toda claridad: el 349.

La taquilla de Lina estaba al lado de la del asesino.

75

El BMW gris plateado Serie-1 M Coupé había pasado de ser una reluciente maravilla de alta gama a convertirse en cuestión de segundos en un montón de chatarra.

Ingvar Molander siempre había sentido pasión por los coches alemanes y, desde mediados de los noventa, no había querido conducir ninguno que no fuera de la marca BMW. Examinar ese vehículo hecho polvo le resultaba muy doloroso. Por si fuera poco, todavía no había averiguado la causa del accidente, por lo que no tuvo más remedio que revisar una vez más sus notas para comprobar que no se le había escapado nada.

«Lado izquierdo: abolladuras y numerosos arañazos de forma circular.» El coche se había ido contra el lateral de un camión y había chocado con el grupo de ruedas centrales. Ingvar ya había encontrado restos de pintura plateada en las tuercas de las llantas del camión. «Hierba y tierra en los cuatro neumáticos, en especial en los del lado derecho.» El coche había rebotado hacia la cuneta, que estaba cubierta de hierba. «Faro derecho destrozado.» El parachoques delantero había impactado por la derecha con el poste de un rótulo indicador, y entonces el vehículo había vuelto a la calzada dando trompos. «La mayor parte de la mitad trasera del coche está aplastada.» El camión se lo había llevado por delante. «Hay muchos arañazos y abolladuras en la parte del techo.» El coche había volcado y así, invertido, se había deslizado hasta detenerse.

Molander se sentía frustrado. Había revisado la información tantas veces que ya había perdido la cuenta y no había encontrado nada que indicara que se

trataba de un asesinato. No había cables de frenos cortados ni tuercas de llantas aflojadas. No había ningún fallo en el bloqueo de la columna de dirección ni en la dirección asistida, ni tampoco indicios de que en el vehículo hubiera habido otro pasajero o algún dispositivo ajeno de control remoto. El coche tenía, sencillamente, el aspecto que debía de tener después de ser arrollado por un camión y volcar a ciento cuarenta kilómetros por hora.

Se había pasado tres horas examinándolo todo: tres horas sin obtener el menor resultado.

Molander había dejado de fumar hacía casi quince años. Desde entonces solo encendía un cigarrillo en ocasiones especiales. No sabía muy bien si esta podía considerarse especial, pero el olor a tabaco del interior del coche lo había convencido de que un fracaso absoluto merecía un cigarrillo.

Abrió el cajón superior de su mesa de trabajo, donde guardaba una lata de pastillas Fisherman's Friend y un paquete de John Silver, sacó un cigarrillo, salió y se sentó fuera del garaje, bajo el sol del atardecer, para fumárselo a sus anchas. Lo encendió y aspiró el humo con todas sus fuerzas, tratando de encontrar cierto placer en la derrota.

Le sonó el móvil en ese momento. No quería contestar en mitad de un descanso tan especial, sobre todo porque no sabía cuándo podría fumarse otro cigarrillo. Pero la insistente melodía persistió. Parecía como si nada fuera a acallarla: ni la limitada duración de la batería ni la Tercera Guerra Mundial.

—Sí… ¿diga?

—Hola, soy Irene. Sentía curiosidad por saber cómo va con el coche.

—Mal.

—¿No ha terminado?

—Sí, ya he terminado.

—Pero…

—No encuentro nada sospechoso.

Hubo un breve silencio. Molander aprovechó para darle otra calada al cigarrillo, alejando el móvil. Observó que un camión de remolque entraba en el

aparcamiento de la policía.

—Entonces, seguramente, es más importante aún que me quede aquí.

—¿Dónde es «aquí»?

—En medicina forense. Trenzas va a mostrarme el cuerpo de Elsa Hallin. Y ya de paso, voy a tratar de convencerlo para que revise el de Camilla Lindén.

—¿No la han examinado ya?

—Trenzas, no. Llegó catalogada como un accidente de tráfico normal y corriente.

—¿Usted no cree que la autopsia vaya a dar ningún resultado? —preguntó Lilja.

—Ya no sé lo que creo.

—¿Insinúa que Camilla Lindén no fue asesinada?

—Los accidentes ocurren. Tal vez el asesino se enteró de lo sucedido y filtró a la prensa que era él quien estaba detrás. Y mientras nosotros dedicamos nuestros recursos a tratar de encontrar unas pruebas que no existen, él puede continuar con tranquilidad sus preparativos para la próxima víctima.

—¿Se refiere a Hallin?

—Podría ser ella, o tal vez otra persona. Al fin y al cabo, nuestra hipótesis de trabajo por ahora es que el asesino no parará hasta que todos los miembros de la clase de esa escuela estén empaquetados como sardinas en la morgue.

—Quizá tenga razón, pero eso no cambia nada para nosotros. Lo único que podemos hacer es seguir investigando. Tengo que dejarlo. Trenzas ya está aquí.

Lilja colgó. Molander se guardó el teléfono en el bolsillo, dio la última calada y aplastó la colilla sobre el asfalto. El camión de remolque dio marcha atrás y se detuvo frente al garaje. Se dio cuenta de que tenía matrícula danesa y de que remolcaba un Peugeot.

—¿Es usted Ingvar Molander? —preguntó el conductor danés.

Él asintió y firmó el recibo.

—Esto también es para usted —le dijo el conductor, entregándole una nota.

Apreciado Ingvar Molander:

Fabian Risk me ha hablado muy bien de usted. Espero que pueda encontrar algún dato decisivo en este coche, ya que no se está haciendo nada aquí, en Dinamarca.

Con mis mejores deseos,

Dunja Hougaard
Unidad de Homicidios de la Policía de Copenhague

Molander ya conocía a Dunja Hougaard: era una inspectora muy eficiente. Pero desde luego no tenía autoridad para enviar una prueba a Suecia, lo cual significaba que había asumido un gran riesgo. Observó el Peugeot, que resbaló silenciosamente sobre el pavimento cuando el camión aflojó el cable. ¿Qué secretos ocultaría ese coche? Los datos del GPS ya habían llevado a Risk a la escena de Söderåsen. ¿Sería posible que hubiera algo más?

El asesino había hecho todo lo posible para deshacerse del vehículo, lo cual indicaba que debía de contener otros datos. La escena de Söderåsen había sido diseñada para que la descubrieran, con o sin GPS. Risk la había encontrado sin duda antes de lo previsto, pero el montaje había estado allí hacía tiempo. El asesino pretendía que hallaran esa pista cuando llegara el momento adecuado. Había concebido la escena como una demostración de fuerza: para que vieran con claridad la enorme ventaja que les llevaba y la impotencia de sus esfuerzos para atraparlo.

Pero esa soberbia no justificaba los enormes riesgos que había asumido cuando Morten había salido en su persecución por la autopista. Tenía que haber algo más en el coche: algo que el asesino quería impedir a toda costa que descubrieran.

Irene Lilja dejó que el forense hiciera las cosas a su modo. Sin perder un segundo, Einar Greide —que hoy llevaba cuatro trenzas— le mostró con todo detalle la incisión que Elsa Hallin tenía desde la barbilla hasta el esternón para que viera que había sido ejecutada con precisión quirúrgica. Lilja aguantó con estoicismo mientras él le explicaba exhaustivamente cómo había evitado el

asesino la aorta con el fin de mantener a la víctima con vida la mayor cantidad de tiempo posible. Incluso permitió que le mostrara cómo debía de haberle extraído la lengua para colocársela sobre el pecho.

Ella no soltó la bomba hasta que el forense hubo concluido.

—Einar, no he venido a hablar de Elsa Hallin.

—¿Qué?, ¿cómo dice? —Greide parecía de golpe como un perrillo adiestrado que acaba de hacer su mejor número y no recibe ninguna golosina.

—Ya sé que la corbata colombiana es un procedimiento impresionante si deseas que tu víctima sufra lo máximo posible y cuanto más tiempo mejor. Y me consta que usted no había visto nada parecido; yo tampoco, dicho sea de paso. Pero quiero que hablemos de otra persona.

—¿De quién quiere hablar, entonces?

—De Camilla Lindén.

—¿Y quién demonios es Camilla Lindén?

En ese instante Einar todavía se parecía más a un perrito enfadado.

—La mujer que murió ayer en un accidente en la E6. Sospechamos que nuestro hombre está detrás de esa muerte.

—¿Era otra alumna de la misma clase?

Lilja asintió. Einar se puso a juguetear con una de sus trenzas, algo que hacía cuando las cosas no discurrían a su manera. Ella sabía que lo último que debía hacer era presionarlo. El menor intento de acelerar el proceso sería contraproducente: se cerraría en banda y se negaría a mover un dedo.

A los dos minutos obtuvo la respuesta que estaba deseando. Greide soltó un melodramático suspiro de cansancio, meneó un poco la cabeza y, saliendo de la sala de disección, la obligó a apresurarse para mantenerse a su altura mientras atravesaban un largo corredor subterráneo.

—Debe de haberla examinado Arne. Ya sabe cuál es su lema, ¿no? —masculló Greide—. «¿Por qué hacer las cosas más complicadas de lo que tienen que ser?» —dijo dibujando unas comillas con los dedos—. Aunque en este caso significa: ¿por qué demonios has de hacer tu trabajo?

—Einar, ni siquiera podemos afirmar que sea cierto. Podría ser que se tratara de un accidente.

—¿Cómo no iba a ser cierto? Arne ya ha cometido otros errores: no es la primera vez que se le escapa algo. Sus vacaciones no empiezan hasta la semana que viene, pero salta a la vista que lleva dos semanas pensando en ellas. Normalmente, yo reviso sus cadáveres, pero esta vez estaba…

—Demasiado ocupado con la corbata colombiana.

Greide le lanzó una mirada, se detuvo frente a la morgue y pasó su tarjeta por el lector. En cuanto entraron, la inspectora se fue directa a la pared de cajones frigoríficos mientras él buscaba una copia del informe de la autopsia.

—Aquí está. Bla, bla, bla… «Golpe considerable en la cabeza, parte posterior derecha…» Bla, bla, bla… «Fractura de cráneo, hemorragia meníngea, inflamación cerebral, hemorragia cerebral, signos claros de aumento de la presión craneal…». Humm.

—Nada fuera de lo normal, ¿no? —dijo Lilja extrayendo el cajón etiquetado con el rótulo CAMILLA LINDÉN.

—No, pero todo eso corresponde a una lesión encefálica básica. Si sufres un accidente tan violento y no acabas convertido en una hamburguesa, lo más probable es que recibas un tremendo golpe en la cabeza y que mueras de hemorragia cerebral. Este informe podría haberse redactado sin mirar siquiera el cadáver y aun así resultaría correcto en el ochenta por ciento de los casos. La cuestión es que aquí no hay nada más —dijo Greide, y sacudió el documento con desdén.

Lilja retiró la sábana que cubría el cuerpo desnudo.

—No hay ni la más mínima descripción de alguna marca distintiva en el cuerpo —prosiguió Greide—. No ha aportado ninguna reflexión ni ningún argumento propio. No hay ni una observación más allá de lo evidente.

—Entonces, ¿no cree que la haya examinado?

—No es que lo crea; lo sé. —Soltó el informe, que cayó al suelo como si fuera un pedazo de basura. Se acercó, se situó frente a Lilja, al otro lado del cajón, y

observó el cadáver.

Tenía los ojos cerrados, y los golpes e impactos de la colisión habían dejado marcas evidentes en el rostro. Greide se calzó unos guantes de látex, colocó el cuerpo de lado y examinó la parte posterior de la cabeza, donde había una gran herida y un cerco de sangre coagulada entre el rubio cabello. Puso de nuevo el cuerpo boca arriba y jugueteó otra vez con una de sus trenzas.

—¿Ya sabe qué se le ha escapado a Arne? —Lilja se arrepintió de la pregunta nada más formularla, pero no había podido aguantarse: se le había colado como un ratón por una rendija.

Greide soltó su trenza y le lanzó una mirada asesina a la inspectora, como si mereciera ser fusilada. Luego puso la mano sobre los ojos cerrados de Camilla y le abrió los párpados.

Los dos globos oculares tenían el mismo aspecto que si hubieran apagado sobre ellos un cigarrillo.

76

—Me voy a practicar un poco mi *swing* a las seis y media, así que procuremos ser lo más breves y eficientes posible —dijo Henrik Hammersten tomando asiento ante su escritorio.

Dunja asintió y ocupó una de las sillas para las visitas, junto a Sleizner. Ella también deseaba terminar cuanto antes para proseguir la investigación y contactar con los suecos.

—Dunja, como usted solicitó la reunión, sugiero que empiece sin más.

—Sí, así es. —Carraspeó, pues tenía muy seca la garganta—. Me puse en contacto con usted porque creía que los últimos incidentes de la vida privada de Kim habían influido en el departamento y no le permitían seguir dirigiéndolo de manera que avanzara la investigación.

Hammersten asintió, mirando a Sleizner.

—¿Qué tienes que decir, Kim? ¿Hay algo justificado en la crítica de Dunja?

Sleizner asintió y dijo:

—Sin duda. Los últimos días han sido abrumadores, por decirlo de una forma suave. Mi vida personal ha quedado patas arriba y a mí me han puesto públicamente en la picota. Mi esposa me ha dejado y se ha llevado a nuestra hija. El hecho es que mi trabajo es lo único que me queda, y tengo la intención de esforzarme para rendir al máximo. Por cierto, hace mucho que no jugamos. ¿Cuál es tu hándicap en la actualidad?

—Dieciocho punto siete.

—¡Guau! Debes de haber practicado mucho.

«Ningún lameculos como Sleizner», pensó Dunja. No importaba la mierda que hubiera que tragar: si podía sacar algún beneficio, lamía sin reparos. Hammersten se dirigió a ella.

—¿Cómo están las cosas ahora? ¿Igual?

Dunja reflexionó. Quería asentir, pero negó con la cabeza. Lo único que deseaba era acabar cuanto antes y volver al trabajo.

—¿Debo entender entonces que retira su afirmación?

—Con tal de que pueda concentrarme en mi trabajo.

—¿Y ahora puede hacerlo?

—Eso espero.

Hammersten miró a Sleizner y le preguntó:

—¿Qué dices tú, Kim? ¿Tienes algo que añadir, o ya hemos terminado?

Sleizner debería haber comprendido que el silencio de Dunja era un regalo y que lo correcto por su parte era correr un tupido velo sobre las discrepancias que habían mantenido y ahorrarle a Hammersten un espectáculo adicional. Pero lejos de hacer eso, cambió de posición en el asiento y levantó una mano para indicar que iba a intervenir:

—Por desgracia, debo decir que hoy por hoy mi confianza en Dunja es nula.

—¿Por qué motivo?

—Quizá pueda responder ella misma, porque a decir verdad yo tampoco lo entiendo. Siempre la he considerado una excelente inspectora, y no hay duda de que ha sido un activo importante en el departamento. Pero, por desgracia, ya no puedo seguir confiando en ella; y nada puede funcionar si pierdes la confianza en tus colegas, estoy plenamente convencido.

—¿Por qué no puedes confiar en ella?

«Lo sabía», pensó Dunja. Lo había presentido, había oído todas las alarmas y, aun así, se había metido directa en la trampa.

—No sé ni por dónde empezar. De entrada, Dunja es en gran parte la causante de esta situación. Fue ella quien decidió investigar mi número de móvil; y

cuando averiguó que el aparato se hallaba cerca de Lille Istedgade, dio el soplo al *Ekstra Bladet*. Lo cual yo no diría que es «concentrarse en su trabajo».

Dunja quería protestar, gritarle en la cara. Pero no tenía sentido. Solo serviría para dejarla en mal lugar y para que pareciese más patética ante ambos.

—Y lo que es más —prosiguió Sleizner—, en lo referente al trabajo en sí, ha actuado en numerosas ocasiones a mis espaldas, sin hacer ningún caso de mis órdenes. No solo ha falsificado mi firma, sino que ha enviado pruebas importantes a Suecia antes de que nuestros propios técnicos tuvieran tiempo de examinarlas. Además, acaba de intentar retener el dato de que disponemos de una fotografía del asesino. Considerándolo a fondo, creo que es imposible que ella continúe en el departamento.

—Dunja, ¿es cierto que falsificó la firma de Kim?

Ella asintió.

—¿Cómo se le ocurrió hacer una cosa así?

—Fue para contribuir a resolver el caso. Kim estaba haciendo todo lo posible para entorpecer la investigación de los suecos. —Notaba que Hammersten no la escuchaba. Ya había tomado una decisión.

—Y la afirmación de que mandó investigar los registros del teléfono móvil de su jefe, ¿también es cierta?

Ella volvió a asentir.

—Pero no fue por lo que él cree. Fue para comprobar si…

—Ya basta. —Hammersten alzó una mano y consultó la hora—. Lo lamento, Dunja. Siempre he creído que era una agente fantástica, pero, sinceramente, no entiendo cómo actuó así. No me queda más remedio que ponerme del lado de Kim. —Miró a Sleizner, y este depositó sobre el escritorio un impreso ya rellenado con expresión satisfecha.

—Aquí está tu carta de dimisión. Te da derecho a una indemnización de tres meses. Solo tienes que firmarla. A poder ser con tu propia firma.

—¿Y si no lo hago?

—Bueno… creo que necesitan gente en las islas Faroe.

Dunja garabateó su nombre en la línea de puntos y salió del despacho.

77

Astrid Tuvesson no cesaba de pensar en Ingela Ploghed a partir del momento en que había sabido que se había tirado desde lo alto de la torre Kärnan. Había demasiados interrogantes, y todos pugnaban por abrirse paso en su cerebro. ¿Era suya la culpa? ¿La había presionado demasiado? Y por otra parte, ¿Ingela había sido víctima del mismo asesino? ¿O la teoría de Risk era cierta y podía tratarse de una persona distinta? Todas estas preguntas la impulsaban a creer que era importantísimo averiguar qué había ocurrido en realidad.

Con la ayuda de Google Maps, se había dedicado a buscar aquellos edificios que estuvieran lo bastante aislados como para que el agresor hubiera podido llevar a cabo la operación con tranquilidad, pero que quedaran al mismo tiempo cerca de las vías para que el subconsciente de Ingela hubiera registrado el ruido de los trenes. En las horas que llevaba trabajando esa pista, había visitado diez de los diecisiete lugares que tenía previsto explorar.

Aparte de tres casas que había tachado de la lista de inmediato, los restantes edificios eran oficinas y talleres que se encontraban en su mayoría cerrados por vacaciones. De ahí que se hubiera pasado un montón de tiempo saltando vallas, atisbando por ventanas oscuras y hurgando en los cubos de basura. ¿Y qué había conseguido al final? Ni más ni menos: tenía las manos sucias, la ropa le apestaba y le picaba el pelo. Ese era el balance.

Molander tenía toda la razón. Era muy probable que el asesino ya estuviera planeando o cometiendo otro ingenioso crimen; y mientras tanto, ella estaba ahí asomándose a las ventanas mugrientas de almacenes cerrados.

Tomó Gamla Rausvägen y dobló a la izquierda. La carretera era muy estrecha y avanzaba sinuosa entre una espesa vegetación. Resultaba difícil que hubieran podido pasar dos coches por allí. Dejó el vehículo pegado a la cuneta y se dirigió a pie a la verja cerrada para examinar el terreno. Según Google Maps, en aquel lugar había varios estanques y diversos edificios de distintos tamaños, aunque no había descifrado si eran viviendas privadas o pertenecían a alguna empresa. En todo caso, le daba la sensación de que los intrusos no eran bien recibidos allí. En general, el lugar tenía un aroma de «Prohibido el paso». La valla estaba rematada con alambre de espino y en la verja había un rótulo que decía: SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Regresó al coche, y aparcó lo más cerca que pudo de la verja; después se subió al techo del vehículo y saltó la valla, tratando de aterrizar con la máxima suavidad posible para no torcerse un tobillo.

A la izquierda del sendero de grava, había tres estanques, grandes como piscinas, situados en línea recta, y a la derecha, uno solo de las mismas dimensiones que los otros tres juntos. Parecía un lago pequeño. Junto al camino había un bote de pesca abandonado. Tuvesson vio también aquí y allá redes y cañas y cucharillas de pesca. Contó cinco edificios distintos, y decidió comenzar por el más alejado, una vez superados los tres estanques, porque era el que le había llamado la atención inicialmente en el ordenador. Estaba en el límite de la parcela, a unos treinta metros de las vías del tren. Al acercarse, observó que parecía un barracón de unos veinte metros cuadrados.

En la puerta, pintada de verde, había un rótulo esmaltado: KRIGSHAMMAR. Alrededor, se veía un rectángulo con la pintura menos deslucida que la restante, y también varios orificios de tornillos antiguos, lo que indicaba que habían cambiado el rótulo hacía poco, quizá al mismo tiempo que habían colocado una cerradura nueva. Se puso un guante y probó el pomo de la puerta para comprobar que estaba cerrada.

Rodeó el edificio, apuntó con la linterna hacia el semisótano y vio que había tuberías de agua corriente y de aguas residuales para un baño y una cocina. En la

parte trasera, había una vieja Vespa herrumbrosa apoyada bajo una ventana. Trepó sobre el asiento para mirar dentro.

Las cortinas estaban corridas, pero la rendija que quedaba en la parte inferior era lo bastante amplia como para ver el interior. Sobre una especie de mesa de trabajo, justo bajo la ventana, había un par de guantes de plástico transparente, varios frascos de cristal y un surtido de utensilios que podían encontrarse en cualquier caja de herramientas.

Todos, salvo el bisturí.

A todo esto, le sonó el móvil.

—Sí, soy yo

—Aquí Klippan. Será mejor que venga.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Podría decirse así. Yo desde luego no lo diría de otro modo. He localizado a ocho miembros de la clase.

—¿Alguno ha podido identificarlo?

—No, pero al menos tres de ellos están tratando de encontrar sus anuarios.

—¿Cuántos quedan por contactar?

—Cinco, si no contamos a Risk. Lilja está en ello. También ha conseguido que Trenzas examinara a Camilla Lindén. Al parecer, primero pasó por la mesa de ese tal Arne.

—¿Y? —Ella misma percibía la irritación en su voz, pero no se reprimió. Estaba irritada, qué demonios. Si a ella le ocurría algo, Klippan sería el encargado de reemplazarla, cosa que por un lado no estaba tan mal. Él era competente y tenía experiencia. Era un agente cuidadoso, metódico, y ninguna tarea, por enorme —o por insignificante— que fuera, lo asustaba. Y ahí radicaba el problema precisamente: tendía como ningún otro miembro del equipo a quedar atrapado en detalles menores que le absorbían el tiempo. Y también el de los demás.

—Klippan, ahora no puedo entretenerme. ¿Qué se le ha pasado a Arne por alto?

—Los ojos de la mujer. Por lo que he entendido, los tenía completamente quemados.

—¿Cómo que «quemados»?

—No sé. Lo único que Lilja me ha dicho es que estaban quemados.

—¿Con fuego?

—No lo sé y tampoco creo que lo sepa Trenzas por el momento. La cuestión es que podría haber sido la ceguera lo que provocó el accidente.

—¿No era ella la que disfrutaba mirando cómo maltrataban a Claes?

—Sí.

—¿Y están seguros de que las heridas de los ojos no fueron causadas por la colisión?

—Sí, señora.

Tuvesson no sabía muy bien qué pensar: una sensación que era cada vez más frecuente en esa investigación. Si Camilla Lindén no tenía ya esas heridas cuando había subido al coche, el asesino debía de haberla cegado quemándole los ojos mientras conducía y, al mismo tiempo, se las había arreglado para no estrellarse también él. Cuanto más lo pensaba, más confusa estaba. El asesino parecía poseer unos poderes inexplicables, casi sobrenaturales.

—¿Hay algo más?

—Si tiene tiempo…

—No, pero siga.

—Camilla Lindén tenía la custodia exclusiva de sus dos hijos, de tres y cinco años.

—Pero no había ningún niño en el coche…

—Exacto.

—¿Dónde están, entonces?

—Yo me preguntaba lo mismo, y por ello, he llamado al parvulario. Según el director, el exmarido, Björne Hiertz, los recogió media hora antes del accidente.

—¿Ha hablado con él?

—Su número no funciona. Vive en Strövelstorp, a pocos kilómetros del lugar

del accidente. He enviado a dos agentes; ya veremos qué averiguan.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—¿Todavía le queda tiempo?

Tuvesson cerró los ojos y se concentró para no explotar.

—¿Astrid? ¿Sigue ahí?

—Sí.

—Los daneses han enviado por fin el Peugeot. Ingvar lo está examinando ahora. Y no va a parar hasta encontrar algo.

—Bien. Esperemos que lo consiga.

—¿Cómo van las cosas por ahí?

—No lo sé, la verdad, pero me parece que he encontrado el lugar donde Ingela Ploghed perdió el útero.

—¿De veras?

—No podremos garantizarlo hasta que entremos en el edificio; y para eso necesitaremos una orden de Högsell. Si hay algo ahí dentro, tiene que poder sostenerse ante un tribunal.

—Desde luego. Bueno, espero verla por aquí pronto. Hemos de hablar.

—¿No es eso lo que estamos haciendo?

—Tenemos que hablar de lo que vamos a hacer con los demás miembros de la clase. Y prefiero no comentarlo por teléfono. Además, sería mejor que Irene estuviera presente.

—Ya se lo dije, Klippan. Hablaré con Malmö para ver si…

—Astrid, no creo que podamos esperar a que Malmö nos dé alguna solución. Todos nos hacen preguntas cuando hablamos con ellos, y no sabemos qué responder aunque nos consta que están en peligro. La pregunta ya no es si el asesino volverá a actuar, sino cuándo lo hará, y quién será la víctima. No sé usted, pero yo tengo la sensación…

Un rugido ensordecedor sonó de improviso y cayó sobre Tuvesson como una tonelada de ladrillos. El susto le hizo perder el equilibrio y caer de la Vespa. El

tren pasó de largo en unos instantes, y el silencio regresó incluso antes de que ella se derrumbara en el suelo. Volvió a ponerse el teléfono en la oreja.

—¿Hola? ¿Klippan?

La llamada se había cortado.

78

Como había varios coches frente a la casa de Lina Pålsson, Fabian tuvo que pasar de largo y aparcar un par de casas más lejos. Intentó telefonearla una vez más, pero de nuevo se oyó una voz diciendo que el número estaba desconectado. En el servicio de información le habían explicado que la titular se habría cambiado a un número no registrado.

Habría preferido no presentarse sin anunciar su visita, pero no tenía otro remedio. Se abrió paso entre los coches aparcados ante la puerta y llamó al timbre. Le abrió un hombre impecablemente trajeado y perfumado con un exceso de colonia.

—Está abierto, pase. Y póngase esto, por favor. —Le tendió dos protectores azules para los zapatos—. Deme un grito si necesita algo.

Antes de que Fabian pudiera responder, desapareció por el interior de la casa. De modo que Lina estaba vendiendo la casa. No era de extrañar. Ahora podía cambiar de vida y seguir adelante. No sería él quien se lo reprochase.

Él mismo jamás habría vivido en una casa de los años ochenta en Ödåkra. El mero hecho de venir de visita lo ponía de malhumor. Nunca había entendido qué sentido tenía irse al campo para apretujarse en una de esas urbanizaciones clónicas.

Lo más probable es que Lina hubiera cobrado alguna póliza de seguros al morir Jörgen y, si no tenían demasiadas deudas, podía empezar de nuevo sin la compañía de un marido maltratador. ¿Por eso se había cambiado a un número no registrado?, ¿o estaba tratando de escapar de las garras del asesino?

Se puso los protectores en los zapatos y buscó al agente de la inmobiliaria.

—Disculpe. Yo he venido a ver a Lina Pålsson. ¿No está por aquí?

El agente lo miró con curiosidad.

—¿Es la primera vez que viene?

—Humm, no…

—Ya veo. No debí de fijarme en usted el miércoles. Culpa mía. Me llamo Ed Pärsson.

Se estrecharon la mano.

—Fabian Risk. Pero no es…

—Risk. Suena como si fuese a hacer una oferta interesante. Pero debo advertirle una cosa. Hoy en día no se sabe cuánto van a subir las tasas de interés. —El agente le dio una palmada en el hombro y le puso un prospecto en las manos.

—No vengo a ver la casa. He venido para ver a Lina Pålsson —insistió Fabian devolviéndole el prospecto.

—Mire, Lina y yo hemos firmado un contrato. Lo cual significa que no puede cerrar un acuerdo por su cuenta, aunque quiera. Las ofertas pasan a través de mí y de nadie más. ¿De acuerdo?

—Como le digo, no estoy interesado en la casa. Lo que quiero es su nuevo número de teléfono.

—¿Puedo ayudarlos? ¿Tienen alguna duda? —El tipo lo había dejado plantado para atender a una pareja de mediana edad.

—Bueno, esta casa fue construida a principios de los ochenta sobre una placa de solera. ¿De qué tipo son las vigas, entonces? Porque nosotros en nuestra casa…

—Encontrarán todos los datos en el informe técnico. Pero ya puedo asegurarles que las vigas están en perfectas condiciones. ¿A que no notan ningún olor a moho?

La pareja intercambió una mirada.

—Porque yo desde luego no noto ninguno —continuó el agente—. Y les

garantizo que con esta nariz podría conseguir un empleo en la aduana del aeropuerto.

Fabian se interpuso entre el agente y la pareja.

—Disculpe la interrupción, pero ¿ese informe técnico dice que esta era la casa donde vivía la primera víctima del Asesino de la Clase? Jörgen Pålsson creo que se llamaba.

—¿Él vivía aquí? —dijo la mujer.

El agente se llevó a Fabian aparte y le puso un trozo de papel en la mano.

79

Si Molander hubiera tenido que elaborar una clasificación, ese día se habría aproximado a los primeros puestos en la categoría de «peor día de mi vida». La única duda era si habría alcanzado el primer lugar, superando el infausto día en que la factoría Ljusne Kätting había entrado en bancarrota y él había perdido todos sus ahorros.

Porque ese día había recibido y examinado dos coches: dos vehículos que deberían haber contenido una infinidad de claves, pero que por el momento arrojaban un resultado nulo.

Lilja le había dicho que la conductora del BMW tenía los ojos quemados, lo cual quizá podía explicar el accidente. Lo que no se explicaba era cómo se le habían quemado los ojos. Y otro tanto ocurría con el Peugeot. Lo había revisado con minuciosidad sin hallar siquiera un mero indicio. Pero considerando lo mucho que se había arriesgado el asesino para intentar recuperarlo, debía de contener algo más que los datos que Fabian había extraído del GPS. Tenía que haber una especie de kryptonita: algo tan demoledor que podía poner todo su plan en peligro si caía en manos de la policía.

Quedaba un detalle: una menudencia que se había ido postergando, porque era algo tan tonto y tan evidente que no creía que funcionara. El tipo al que buscaban era inteligente, casi más de lo que le convenía, y dejar una prueba semejante quedaba muy por debajo de su categoría. En realidad, si Molander iba a mirarlo era solo para decir que lo había hecho y poner una cruz en una casilla.

Quería evitar que alguien pudiera cuestionar después su trabajo o criticarlo por no haberlo realizado con la debida diligencia.

Se sentó en el asiento del conductor y esparció polvo blanco por el volante y el salpicadero.

—¿Cómo va la cosa?

Era Astrid Tuvesson.

—Fatal. Prefiero no hablar siquiera.

—No lo voy a obligar. Si quiere, podemos hablar de mi día.

—¿Ha encontrado algo?

—Sí. Eso creo, al menos. Pero no hace falta que ponga esa cara. No lo voy a utilizar contra usted.

—¿Contra mí?

Ella sonrió y replicó:

—¿No fue usted quien dijo que no iba a encontrar nada y que mi búsqueda era una pérdida de tiempo?

Molander se bajó del coche y estiró la espalda.

—Astrid, ¿qué ha encontrado exactamente?

—Si no me equivoco, creo que he descubierto dónde se realizó la operación de Ingela Ploghed. Es un lugar vallado, aislado por completo, y que queda a escasos veinte o veinticinco metros de las vías. Tanto es así que he perdido el equilibrio del susto cuando ha pasado rugiendo un tren. He tenido la sensación de estar en medio de la vía. Estoy segura de que fue eso lo que desencadenó la reacción de Ploghed.

Ingvar reflexionó un momento, rascándose la barba incipiente, una prueba más de que se había pasado los dos últimos días trabajando sin parar.

—¿Dónde queda?

—En Gamla Rausvägen. Un sitio inquietante por demás, donde hay varios estanques.

—Creo que ya sé dónde es. Estuve ahí hace unos años.

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

—Para pescar. Era una piscifactoría; podías pescar ahí.

Se quedó callado y Tuvesson miró el BMW destrozado.

—Me han dicho que tenía los ojos quemados.

—Sí.

—¿Se le ocurre alguna idea para explicarlo?

—No… No hay nada en el coche que hubiera podido provocar ese efecto, y me resulta muy difícil creer que el asesino estuviera dentro con ella.

—Entonces, debe de haber sido desde fuera del coche, ¿no?

—No se me ocurre nada por ahora. Pero volvamos a ese lugar de Gamla Rausvägen… ¿Ha entrado? ¿Ha visto algo?

—He mirado por la ventana. No quería entrar sin una orden de Högsell.

—Entonces tendremos que esperar hasta después del fin de semana.

—De eso nada —dijo Tuvesson mostrándole la orden firmada.

Molander la cogió y la leyó.

—Increíble.

—Es un asunto de máxima prioridad. Malmö se ha ofrecido a enviarme sus técnicos forenses, pero yo lo quiero a usted. Si es que puede dar abasto, vamos.

Él sonrió.

—Apenas he dormido en los últimos días, ¿qué importa un par de horas más? Me queda revisar una cosa aquí; después me pasaré por Rausvägen de camino a casa.

Tuvesson le dio un gran abrazo. Él, desprevenido, no supo como reaccionar y se quedó tieso como un palo.

—Gracias, Ingvar. ¿Qué haría yo sin usted?

—No lo sé. Pero si no me suelta pronto, tendré que denunciarla por acoso sexual.

Tuvesson siseó como una gata y caminó hacia la puerta, con un exagerado contoneo de caderas. Molander volvió a sentarse en el Peugeot y continuó esparciendo polvo blanco por todos los lugares donde uno podría poner los dedos.

La mayor parte de los técnicos forenses empleaban polvo dorado o plateado y película transparente de gelatina, pero Molander prefería el polvo blanco de toda la vida y película de plástico negro. Aunque ese tipo de película daba una imagen en negativo que luego debía fotografiarse, tenía la ventaja de que las huellas resultaban visibles de inmediato.

No encontró ninguna huella en el volante ni en el salpicadero; solo trazas de un paño de microfibra. Pero sí las encontró en el botón de la tapa del depósito, alrededor de la guantera, en el parasol y en los botones de las ventanillas. El asesino había hecho limpieza muy deprisa, y se le habían olvidado los sitios menos evidentes. Pero no fue eso lo que le aceleró el corazón: ese honor correspondía a algo completamente distinto. Para confirmar su corazonada, habría de estudiar las huellas con un microscopio.

El proceso para recogerlas era largo: retiraba la cubierta de protección de los recuadros de película, doblando una esquina para saber cuál era el lado bueno, y los aplicaba sobre las huellas, presionando para sacar las burbujas de aire. Luego los despegaba y volvía a colocar la cubierta para conservar la impresión. Noventa minutos y veintidós huellas después, se bajó del coche con la espalda hecha polvo, casi al borde de una hernia discal.

Durante sus casi veinte años como técnico forense, había visto muchas huellas dactilares y aprendido a identificar a simple vista a qué dedo correspondía cada una, si era de la mano derecha o la izquierda, y si todas las huellas procedían de la misma persona. O, como ocurría en este caso, si eran de personas diferentes.

Había identificado dos series distintas.

Y el microscopio confirmó sus sospechas: veinte huellas eran de Rune Schmeckel; las dos restantes, un pulgar y un índice, ambas de la mano derecha, no eran de Schmeckel y, probablemente, procedían de la misma persona.

¿Dos huellas dactilares constituían una razón suficiente para que el asesino se hubiera esforzado tanto en recuperar el coche? ¿Podían constituir el motivo de que hubiera matado a una mujer inocente y a un agente de policía? Ser

relacionado en Suecia con el coche no era lo mismo que ser relacionado con el asesinato. No: debía de haber otro motivo.

El asesino tenía que estar en la base de datos.

El forense guardó las huellas recogidas en una carpeta y la colocó en el lugar habitual. Terminó escribiéndole un correo electrónico a Lilja para pedirle que buscara en el registro.

Ahora mismo tenía muchas otras cosas que hacer.

80

Fabian Risk dejó Tögatan y tomó Frostgatan. Tras varios giros más, cruzó Väla a toda velocidad y aceleró hacia el sur por la E4. El agente inmobiliario le había dado el número correcto, porque, aunque le sorprendió, Lina Pålsson había contestado a la primera. ¿Qué esperaba, si no? ¿Que ella estuviera detrás de los asesinatos y que se hubiera escondido?

Fabian le preguntó por qué había cambiado de número. Lina le dijo que no había tenido otro remedio. Desde la muerte de Jörgen, los periódicos la habían acosado día y noche, aunque ella había dejado claro que no quería conceder entrevistas ni hacer ninguna declaración. Le había explicado que se había mudado a Norra Hammen y lo había invitado a que fuera a verla cuando tuviera tiempo y ganas. Él había respondido que era un buen momento, pero tuvo la impresión de que la pillaba desprevenida. Tras unos segundos de vacilación, Lina accedió y dijo que llamara al timbre al llegar.

Risk tenía la sensación de que había algo extraño en aquella situación. Por un lado, ella se había hecho inaccesible, y por el otro, se mostraba dispuesta a recibir su visita. Era como si hubiera estado esperando a que él la llamara para pedirle ayuda: como si supiera lo que andaba buscando. Había cambiado de dirección y de número de teléfono… ¿Y si resultaba que él era el único que conocía su paradero y estaba a punto de caer en su trampa? ¿Debía avisar a Tuvesson y compañía para informarlos?

Pero él sabía que no podía ser Lina. Era indudable que el asesino era el chico escondido detrás de Claes. O al menos eso creía. Pero tal vez no era él. ¿Por qué

no tenía ningún recuerdo de ese misterioso compañero de clase? Quizá el chico de la foto era otra pista falsa; quizá la fotografía había sido manipulada. ¿Sería posible que alguien le hubiera cambiado su antiguo anuario por otro distinto? Quizá lo había hecho uno de los empleados de la mudanza.

Los pensamientos de Fabian iban de aquí para allá como electrones libres. Cuando empezaba a bajar por Hälsovagen, consiguió dominarse (en parte gracias a «Disconnect the Dots» de Of Montreal), y tomó conciencia de que esas ideas paranoicas obedecían a la falta de sueño. Encontró un hueco para aparcar detrás del Stadsteater, se bajó del coche y pasó caminando frente al antiguo cine Sandrew, donde se había colado a los doce años para ver *Halloween*… aunque luego había tenido que pedirle al encargado que llamara a su madre para que fuese a recogerlo.

Cruzó Roskildegatan y descubrió maravillado que la pastelería Kafferepet seguía allí. No había cambiado gran cosa el barrio. Cerca del Estrecho ya era otra historia. Lo que en su día había sido el trasero de la ciudad —una zona industrial llena de vías férreas, almacenes mugrientos y silos oxidados—, se había transformado durante su exilio en un precioso puerto deportivo con pasarelas entarimadas, restaurantes y cafés.

El interfono del apartamento de Lina contaba con una cámara. Fabian procuró adoptar un aire informal. La puerta se abrió con un clic. Subió la escalera. Al llegar al rellano, vio que la puerta estaba abierta. Notó que salía un aroma a café recién hecho. La llamó desde el umbral, pero nadie respondió, así que pisó el plástico que protegía el suelo del vestíbulo, cerró la puerta a su espalda y se adentró por el pasillo, también cubierto de plástico, hasta un salón bastante grande, sin amueblar, y la cocina a la vista.

En el fogón había una cafetera escupiendo a borbotones su veneno negro. La puerta del balcón estaba abierta de par en par. Fabian salió y contempló el Estrecho, ahora surcado por numerosas embarcaciones, pensando que era una delicia vivir frente al mar. Los barcos nunca molestaban; otra cosa eran los

coches. Se preguntó cuánto debía de haber costado el apartamento. Con semejante vista, rebasaría el millón de coronas.

—Ah, estás ahí.

Fabian se volvió con más rapidez de la cuenta.

—¡Ay, perdona! ¿Te he asustado? —Lina dejó en la mesa una bandeja con las tazas y la jarra de café. Fabian sacó el bizcocho que había llevado y dejó la bolsa sobre la bandeja.

—Mmm… ¿de Kafferepet?

Él asintió y exclamó:

—¡Qué fantástica vista!

—Gracias. Quería mudarme aquí desde que remodelaron la zona. Pero Jörgen se negaba a salir de Ödåkra. «Por encima de mi cadáver», decía. —Sirvió el café —. ¿Leche?

—Sí, por favor. —Fabian dio un sorbo y le pareció que era buenísimo para ser de filtro—. Dime, Lina, ¿cómo estás de verdad?

Ella se sentó y paseó la mirada por el Estrecho.

—Para serte franca, hacía mucho que no me sentía tan bien.

—Ya sabes que el asesino anda suelto, y que hay muchas razones para creer…

—Sí, pero yo nunca estuve entre los matones. Ni los azuzaba, como Pavlan, ni me quedaba mirando, como Camilla.

—Pero nosotros ya no creemos que su motivo sea…

—Mira, Fabbe —lo interrumpió—. La muerte de Jörgen ha sido lo mejor que podría haberme ocurrido. No es que yo deseara que sufriera como debió de sufrir, pero el resultado es que ya no forma parte de mi vida. No puedes imaginarte el infierno que he pasado. Es como si pudiera respirar por primera vez desde no sé cuando. Llevo tanto tiempo viviendo con miedo que ya no aguanto más. ¿Entiendes lo que te digo? Ya no puedo seguir viviendo aterrorizada.

—¿Por qué no lo dejaste?

Lina se echó a reír.

—Jörgen Pålsson no era la clase de hombre al que puedes dejar plantado. —Meneó la cabeza, desechando el asunto, como si estuviera hablando de la vida de otra persona y no de la suya—. Necesitabas mi ayuda, creo.

Fabian sacó el anuario y su álbum de fotos.

—Creo que sé quién es el asesino.

Por la expresión que puso, era lo último que Lina esperaba escuchar. Risk abrió el anuario por la página del último curso y señaló el pelo de Claes.

—Mira. ¿Ves que hay alguien detrás de Claes?

Lina cogió el anuario y lo miró más de cerca.

—¡Ay, sí…! Dios mío, ¿quién es?

Él se encogió de hombros.

—Confiaba en que tú pudieras ayudarme. ¿No tendrás un anuario? Mejor si es anterior al último curso.

—Lo siento, ya no tengo nada. Jörgen lo quemó todo.

—¿Lo quemó?

—Sí. Hace mucho tiempo, a principios de los noventa. Él y Glenn habían salido toda la noche, hasta la madrugada. Lo recuerdo claramente porque Anki me llamó para preguntarme si sabía dónde estaban. Yo no tenía ni idea, como de costumbre, pero tal vez se habían metido en algún lío, porque más tarde lo oí bebiendo y rompiendo papeles en el salón. Yo estaba acostada y no me atreví a levantarme. Nunca era buena idea acercársele cuando estaba con ese humor de perros. A la mañana siguiente, vi que había quemado todas las cosas de la escuela: las fotos, los boletines de notas, los cuadernos de ejercicios y los anuarios. Todo estaba convertido en cenizas en la parrilla.

—¿Sabes por qué?

Lina negó con la cabeza.

—Nunca me atreví a preguntarlo. —Volvió a mirar el anuario—. O sea que ha estado aquí todo el tiempo…

—Si sirve para que te tranquilices, te confieso que yo no lo vi hasta ayer noche, y dudo que nadie más de la clase se haya dado cuenta. Al parecer, los que

prepararon el anuario ni siquiera se percataron de su presencia. Figuran todos los nombres menos el suyo. Compruébalo tú misma.

—Te creo. ¿Estás seguro de que es él?

—Sí, pero me falta el nombre, y ahí es donde entras tú.

—No entiendo cómo voy a poder ayudarte. No tengo ni idea de quién es ese alumno extra de nuestra clase. ¿Estás seguro? —Cogió su taza de café y trató de dar un sorbo; le temblaban las manos.

—Lina, su taquilla estaba a la derecha de la tuya.

—¿Qué? ¿Cómo has…?

—Sabemos cuál era su taquilla. Mira esta foto. —Abrió el álbum y señaló la fotografía en la que ella aparecía de espaldas a la cámara guardando en su taquilla unos libros. Ella la observó con atención y luego miró las demás: todas eran fotos suyas tomadas desde distintos ángulos, a veces (no siempre) sin que fuera consciente de que la estaban fotografiando.

—¿Tú sacaste estas fotos?

Fabian asintió.

—Para que lo sepas, eres la primera persona, y espero que la última, que las ha visto.

Lina lo miró con fijeza.

—No sé qué decir. Lo siento, Fabian.

—No tienes por qué. Hubo una época en la que habría hecho cualquier cosa por ti. Pero eso fue entonces. Ahora estoy felizmente casado y no tengo ninguna…

—No es eso lo que quería decir —lo interrumpió Lina—. Es que yo no sé de quién era esa taquilla que estaba al lado de la mía. Supongo que debía de ser de alguien con quien nunca hablé. ¿De verdad estaba en nuestra clase?

—Sí.

—Lo siento, no tengo ningún recuerdo de él.

—¿Estás segura? ¿Completamente segura?

Lina asintió. Risk tuvo la sensación de que le abandonaban todas sus energías.

Quizá no esperaba que Lina le dijera el nombre en cuanto entrara en su apartamento, pero sí creía que las fotos le traerían recuerdos; e incluso, en el mejor de los casos, que acabaría teniendo el nombre en la punta de la lengua. Nada de lo cual había sucedido. La memoria de Lina estaba tan vacía como la suya.

—¿Te importa que las mire?

Fabian dejó que pasara la página y examinara aquellas fotos suyas, ya amarillentas.

—Nunca olvidaré este momento —dijo ella señalando una imagen en la que estaba a punto de golpear una pelota de tenis con un bate plano de *brännboll*. Jörgen aparecía a su lado, sujetando un bate redondo.

—¿Cómo dices?

—¿Ya no lo recuerdas? Jörgen estaba muy cabreado. Se empeñaba siempre en que usara el bate redondo, pero yo solo conseguía darle a la pelota con el plano. Di un golpe fantástico justo después de hacer esta foto. La pelota acabó lejísimos. No me preguntes cómo, pero todo el mundo llegó a la base e incluso me tocó una doble ronda.

—Claro, es verdad —dijo Fabian, aunque no recordaba en absoluto la anécdota.

Lina miró otra fotografía. En esa aparecía sentada en un pupitre con aire aburrido.

—Ah, sí, aquellas clases de alemán. Por Dios, las odiaba más que ninguna otra asignatura. *Aus außer bei mit*… ¿cómo era?

—*Nach seit von zu*.

—Exacto. El alemán era tu fuerte.

—¡Uy, no sé! Era más bien…

—No lo niegues. Recuerdo que te sentabas en primera fila y que siempre estabas levantando la mano y alardeando.

—No alardeaba. Pero estaba interesado. En el fondo me parecía divertido.

—¿El alemán, divertido? Bromeas.

—*Nein, ich schämten nicht! Für mich war Deutsch immer viel spaß! Immer! Immer!*

Lina estalló en carcajadas.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—¡Nuestro profesor de alemán!

—Helmut no sé qué, ¿no?

—Sí, Helmut… ¿Krull…?

—No, espera… Kroppen… Kroppenheim. Eso es. Helmut Kroppenheim. —Fabian se sentía como si acabara de ganar una interminable partida de Trivial Pursuit.

Lina no aplaudió ni vitoreó; se quedó inmóvil, mirando el Estrecho.

—Sí, exacto…

—¿Qué?

—El lugar de las taquillas siempre estaba de bote en bote, ¿te acuerdas?

Fabian asintió. Lo recordaba a la perfección: allí no cabía un alfiler, muchas veces tenías que aguardar tu turno para abrir la taquilla. Pero no quiso decirlo con palabras, porque sabía lo que estaba a punto de ocurrir y por nada del mundo quería correr el riesgo de romper su concentración. Para eso precisamente había ido a casa de Lina.

—Yo le daba a veces un empujón al retroceder, porque ni siquiera había visto que estaba allí. Y entonces, después de la clase siguiente, volvía a hacer lo mismo. Por Dios, es espantoso si te paras a pensarlo…

No cesaba de mirar hacia el horizonte.

El silencio se prolongó unos minutos, pero a Fabian le pareció una eternidad. Se devanó los sesos, buscando algo que decir para animarla a continuar.

—Ah, exacto… ¿no se sentaba siempre con Claes? —dijo Lina de repente—. A fin de cuentas, nadie más quería sentarse con él.

Fabian asintió, aunque lo único que recordaba era que Claes se situaba lo más cerca posible de la mesa del profesor. No tenía ni idea de quién se sentaba a su

lado. Pero era cierto lo que ella decía. No podía ser nadie más que él.

—Espera, ya lo tengo. Torgny… ¿no se llamaba así? Torgny Sölmedal.

Fabian lo repitió entre dientes y cayó en la cuenta de que no era la primera vez que ese nombre salía en la investigación.

81

Klippan, sin dejar de hablar por el móvil, repartió las hamburguesas, las patatas y las Coca-Cola. Lilja y Tuvesson guardaban silencio, tratando de interpretar sus murmullos de asentimiento. Estaban en la terraza del asador de Rundgången, a un tiro de piedra de la comisaría; no había nadie más. Klippan se había empeñado en que se sentaran fuera. Después de la aparición de la cámara en Söderåsen, no quería correr el riesgo de que el asesino pudiera estar escuchando.

—Fantástico. Ya llamaré en ese caso. —Klippan se guardó el móvil en el bolsillo de la camisa y dio un gran mordisco a su hamburguesa. Las dos policías aguardaron pacientemente a que acabara de masticar y tragar. Pero vieron que él daba otro mordisco, impertérrito.

—Supongo que no piensa contarnos la conversación —dijo Tuvesson.

Él se señaló la boca llena, y después dijo:

—Perdón, es que tengo un hambre atroz. Los hijos de Camilla están con su padre.

—Ah, gracias a Dios.

—Hasta ahí todo bien. El problema es que no fue él quien los recogió en el parvulario —informó Klippan, y devoró otro pedazo de hamburguesa.

Ellas no tuvieron más remedio que esperar a que terminase de masticar.

—A ver si lo entiendo: ¿los niños están con Björne Hiertz, pero no fue él quien pasó a recogerlos, aunque eso es lo que dicen que ocurrió en el parvulario?

Klippan, que seguía masticando, asintió y dio explicaciones:

—Como el padre no tiene la custodia de los niños, deduzco que no ha estado en ese parvulario nunca, o como máximo una vez. Con lo cual al asesino le resultó muy sencillo hacerse pasar por el padre. Recuérdenme que envíe mañana una foto de Björne a la directora del parvulario.

Ellas se miraron.

—¿Y cómo llegaron los niños a manos de su padre?

—Eso es lo más curioso. —Klippan se llenó la boca de patatas fritas—. Nuestro hombre los dejó en casa de Björne.

—¿Cómo? ¿El asesino estuvo allí?

—En efecto. Al parecer, hubo bastante confusión al principio. Como es obvio, Björne no sabía que los niños iban para allá.

—¿Cómo le explicó la situación el asesino?

—Le habló del accidente de la E6 y se identificó como un padre del mismo parvulario: esa era, supuestamente, la razón de que se estuviera encargando de llevarle los niños.

—No se entiende por qué dedicó tanto tiempo a recoger a los hijos de la víctima y a dejarlos con el padre —dijo Tuvesson.

—Ni tampoco por qué la madre circulaba por la E6 hacia el norte, en lugar de dirigirse hacia el parvulario —añadió Lilja.

—Ella pasó por el parvulario, de hecho, pero los niños ya no estaban allí. Los empleados le dijeron lo mismo que a nosotros: que el padre había ido a recogerlos —dijo Klippan—. Lo cual quiere decir que el asesino sabía que ella iría a Strövelstorp a buscarlos.

—Y él la siguió desde el parvulario —obervó Lilja.

—Pero eso sigue sin explicar cómo se las ingenió para quemarle los ojos —reflexionó Tuvesson.

Cesaron unos momentos de hablar y se concentraron en la comida, que ya se había enfriado y resultaba aún más insípida. La comisaria se hartó a media hamburguesa y, apartando el plato de cartón, expuso:

—Aun así, creo que debemos postergar ese enigma por ahora y centrarnos en

atrapar al asesino. ¿Con cuántos alumnos de la clase hemos contactado hasta ahora?

—Yo he hablado con ocho —contestó Klippan.

—Yo con cuatro —dijo Lilja.

—Bien, hemos hablado con todos, excepto uno.

—Sí, suponiendo que no incluyamos a Risk.

—No, no lo incluimos. ¿Con quién no hemos contactado?

—Con Seth Kårheden —dijo Lilja.

—¡Ah, sí! El peregrino del Camino de Santiago —dijo Klippan—. ¿No se suponía que aterrizaba esta noche en Kastrup?

Lilja asintió y apuró el resto de su Coca-Cola.

—¿Y hasta ahora nadie recuerda a ningún miembro extra de la clase? —preguntó Tuvesson.

Klippan negó con la cabeza.

—Stefan Munthe y Annika Nilsson dijeron que tenían el vago recuerdo de alguien más —dijo Lilja.

—¿Cómo no lo ha dicho antes? ¿Tenemos un nombre?

—No, por desgracia.

Tuvesson ya había perdido las ganas de examinar cada indicio desde todos los puntos de vista, de razonar cada posibilidad e intentar vislumbrar conexiones que a los demás se les habían escapado y que acaso ni siquiera existían. Todo para atrapar a un asesino al que ninguno de los miembros de la clase recordaba, pero que pronto no podrían olvidar jamás.

—Astrid, no podemos tirar la toalla —dijo Klippan.

—Por supuesto que no. ¿Quién ha dicho que vayamos a tirarla? —Notó que Lilja y Klippan se miraban de reojo—. Pero ¿cómo seguimos ahora?

—Si me lo permite, creo que estamos obligados a proporcionar algún tipo de protección a los restantes alumnos de la clase —sugirió Klippan—. Es indudable que corren peligro, y sería una irresponsabilidad no velar por su integridad.

—¿Cuántos están todavía en el extranjero? —preguntó Tuvesson.

—Cuatro de los míos, pero dos vuelven mañana —dijo Klippan.

—De los míos, solo sigue fuera el peregrino, pero volverá en breve —contestó Lilja.

—¿Alguno está de vacaciones en Suecia?

—No, pero Christine Vingåker va a alquilar con su familia una casa en Lysekil.

—Así pues, el grupo queda reducido a once alumnos. ¿Alguno se ha mudado a más de cuatrocientos kilómetros de Escania?

—Lotta Ting vive en Oslo —dijo Lilja.

—De los míos, ninguno —informó Klippan.

—Son diez, entonces. Necesitamos a veinte hombres vigilando las veinticuatro horas. Contando los turnos, harán falta al menos cincuenta agentes —calculó Tuvesson—. ¿Cuántos creen que podemos sacar de nuestra comisaría? ¿Cinco? Ya ven el problema por sí mismos, ¿verdad?

—¿Y Malmö? —preguntó Klippan—. ¿No ha hablado con ellos?

—Sí, pero solo pueden cedernos diez agentes, lo cual es más de lo que esperaba. Llegarán el lunes.

Klippan, resoplando, afirmó:

—No podemos permitir que siga cargándoselos uno a uno. Porque el tipo va a seguir, y ahora mismo… maldita sea, ahora mismo son presas muy fáciles.

La comisaria estaba totalmente de acuerdo.

—¿Y si los reunimos a todos? —propuso Lilja—. Podemos reunirlos y llevarlos a un único lugar. En ese caso, bastaría con cinco agentes para protegerlos, ¿no les parece?

Klippan asintió. Tuvesson se mostró dudosa.

—¿En qué clase de lugar está pensando?

—No lo sé. ¿Qué tal las habitaciones de un hotel? Podría ser también en la casa de alguien. Cualquier sitio, en el fondo.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Klippan. Parecía como si acabara de encontrar una palabra de triple valor, que contuviera las letras «Z» y «Q», en el Scrabble—. No

sé cómo no se me ha ocurrido antes. La única cuestión es si podremos convencerlos para que se presten a hacerlo.

—¿Dónde, Klippan? —preguntó Tuvesson. Pero era demasiado tarde. Klippan ya había dado un gran mordisco a la hamburguesa que ella se había dejado en el plato.

82

Fabian Risk cerró su coche y se apresuró a cruzar la calle. El corazón le latía mucho más aprisa de lo normal. Tenía la impresión de que por fin empezaba a ver la luz al final del túnel. Lina Pålsson había logrado recordar el nombre del asesino, tal como él esperaba. Ahora que sabía el nombre, debía decidir cómo transmitirles la información a sus colegas para que ellos se encargaran de lo demás. Con un nombre como Torgny Sölmedal, la dirección no debería resultar difícil de averiguar.

Eran las nueve tocadas cuando abrió la puerta del número 17 de Pålsjögatan. Estaba todo en silencio, sin Marilyn Manson para darle la bienvenida. ¿Sería posible que Theodor se hubiera cansado por fin de estar solo en su habitación, destrozándose los tímpanos? ¿O quizá había ido la vecina a quejarse?

La cocina parecía estar tal como la había dejado esa tarde, lo que significaba que Theo no había comido desde hacía horas. Lo más probable era que estuviera absorto en una partida de *Call of Duty* y no se hubiera dado cuenta del hambre que tenía. Fabian no comprendía cómo era posible que los videojuegos contribuyeran al exceso de peso entre los adolescentes; según su experiencia al menos, era al revés. Gritó que ya estaba en casa, pero como no recibía respuesta, sacó el móvil y envió un mensaje: «Hola, Theo. Ya estoy en casa. ¿Qué haces? Estaba pensando que podríamos darnos una buena cena en Pålsjö Krog en cosa de media hora. Papá».

Dentro de media hora, iniciaría por fin sus vacaciones llamando a Sonja y pidiéndole que tomara con Matilda el primer tren de vuelta. Después arrastraría a

su hijo fuera de su habitación y lo obligaría a acompañarlo para aprender a descubrir su nueva ciudad. En una cálida noche de verano como esa, no había nada como descender a pie por la cuesta y atravesar el bosque hasta Pålsjö Krog.

Mientras accedía al portátil, llegó a su móvil la respuesta de Theodor: «Estoy en casa. Jugando al *Call of Duty*. Con los auriculares. Pero Pålsjö Krog suena bien. ¿Tienen hamburguesas?».

Fabian se echó a reír.

«Claro que sí, pero me temo que serán cien veces mejores que las de McDonald's.»

«Genial», respondió Theo.

Risk volvió a concentrarse en el portátil. Entró en Eniro, la guía en línea, y tecleó «Torgny Sölmedal» en la casilla de búsqueda. Tal como esperaba, no había más que una persona con ese nombre, y vivía en Helsingborg: en el número 24 de Motalagatan, en la zona de Husensjö. Una búsqueda en Google, por otra parte, arrojaba ochocientos setenta y nueve resultados, cosa que le sorprendió; creía que iba a encontrar un enlace reenviándolo a Eniro.

Había un anuncio de pago encabezando la lista de Google: SERVICIOS DE INGENIERÍA SÖLMEDAL. INVENTOS, DISEÑOS, CONSTRUCCIONES. ¡NO EXISTE PROBLEMA TÉCNICO IMPOSIBLE PARA NOSOTROS!

«Claro, tiene una empresa de ingeniería», pensó Fabian, examinando los restantes resultados. La mayoría estaban relacionados con patentes: desde componentes de máquinas hasta sistemas electrónicos. Varias páginas después, encontró un enlace interesante: MÁS INFORMACIÓN SOBRE T. SÖLMEDAL, que lo reenvió a Servicios de Ingeniería Sölmedal.

> Torgny Sölmedal nació en Ekeby el 12 de agosto de 1966. Se eleva un metro ochenta desde el suelo y ejerce un peso de menos de setenta y dos kilos sobre la tierra. Es ambidiestro y tiene un coeficiente intelectual de ciento treinta y uno e incluso más, dependiendo del test. Le ha gustado construir cosas desde que le regalaron un Mecano por Navidades cuando era niño. En 1986 fundó Servicios de Ingeniería Sölmedal, bajo el lema de que no existen problemas técnicos irresolubles. Su trabajo le ha reportado un buen número de patentes, así como una completa independencia económica. Continúa dirigiendo su empresa porque, según sus propias palabras, «es divertido».

«Porque es divertido», murmuró Fabian. No sabía si llorar o reír. Unos cuantos resultados más adelante, encontró un enlace con un artículo que despertó su curiosidad. Trataba sobre la operación quirúrgica en la que Rune Schmeckel se había dejado dos clips de plástico en la vejiga de un hombre. «El paciente, Torgny Sölmedal, no piensa poner un pleito por el momento», leyó. ¿Era por eso por lo que había escogido a Claes Mällvik como víctima principal? Mällvik primero le había arrebatado la atención de los demás en la escuela, y luego había sido el responsable de su catastrófica intervención quirúrgica.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un ruido extraño procedente de arriba. Iba subiendo progresivamente de volumen y parecía como si alguien hablara con un megáfono. Al cabo de un minuto, oyó los silbidos y aplausos de una multitud. Dedujo que Marilyn Manson volvía a la carga y, en efecto, la percusión y las guitarras distorsionadas cobraron vida a toda pastilla, anunciando la aparición del cantante.

Eran las nueve y trece minutos. Tampoco tan tarde, al fin y al cabo. Pero dado que la vecina había manifestado su desagrado, aunque fuera en términos moderados, y que Marilyn debía de llevar gritando a pleno pulmón todo el día, Fabian pensó que ya era más que suficiente y se decidió a subir la escalera.

La letra de la canción repetía un solo taco una y otra vez.

Arriba, sonaba muchísimo más fuerte, de un modo casi insoportable. No entendía cómo aguantaba Theodor en esa habitación con los altavoces al lado. ¿Por eso utilizaba los auriculares? Era un poco extraño. La puerta estaba entornada. Iba a abrirla cuando el móvil le vibró en el bolsillo: una llamada de Sonja. Claro, querría saber cómo iba todo. Él mismo tenía intención de llamarla, pero no había encontrado el momento. Por eso, se apresuró a bajar la escalera, salió al patio trasero para amortiguar la música lo máximo posible, y respondió.

—Hola, cariño.

—Has tardado en contestar. ¿Te pillo en mal momento?

—No, no, qué va.

—Quería saber cómo te encontrabas.

—Ah, qué sé yo. Como era de esperar, supongo. —Se dio cuenta de que en las últimas horas ni siquiera había pensado en sus quemaduras.

—¿Aún estás en el hospital?

—No, acabo de llegar a casa. Sonja, yo…

—Entonces has visto a Theo. ¿Se las ha arreglado solo?

—Eh… sí, creo que sí. Nos hemos comunicado con mensajes de texto hasta ahora, pero al menos contesta. Tiene el estéreo a tal volumen que se me van a reventar los tímpanos….

—Fabian… la he visto.

—¿Cómo? ¿A quién?

—A Niva Ekenhielm. Hoy hemos ido a tomar un café. Como Lisen se había llevado a Matilda, hemos tenido tiempo de sobra para charlar.

Él no sabía cómo reaccionar.

—Me lo ha contado todo, hasta el último detalle. Quería que lo supieras.

«No se da por vencida», pensó Fabian. Niva no podía dejarles en paz ni a él ni a su familia. ¿Se debía a que le había pedido un favor? Le hubiera encantado saber qué le habría contado con exactitud a Sonja y cuántas libertades se habría tomado su imaginación esta vez para pintar las cosas tal como ella habría deseado que fueran. Sintió el impulso de protestar, de decirle a Sonja que Niva habría exagerado la historia para meter cizaña, pero se contuvo a tiempo. No importaba, a fin de cuentas. Esa discusión la había perdido hacía mucho.

—¿Te encuentras mejor?

—No lo sé. Quizá un poco.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar?

—No, ahora no.

Fabian aguardó a que ella dijera algo más, pero Sonja se quedó callada. Obviamente, esperaba a que él dijera algo, y eso fue lo que hizo:

—Te quiero, para que lo sepas. Te quiero.

—Llámame cuando termines. ¿Y puedes decirle a Theo que debe responder cuando alguien lo llama?

—Cariño, ya puedes ir sacando un billete…

Oyó un clic. Había colgado. Se guardó el móvil en el bolsillo y, preocupado, volvió adentro.

Marilyn Manson seguía gritando a pleno pulmón algo de violar a los violadores.

Mientras subía de nuevo la escalera, lo asaltó una sensación cada vez más fuerte: una sensación que había notado desde que había entrado en la casa. Se detuvo frente a la habitación de su hijo. Algo iba mal, espantosamente mal. Abrió la puerta y entró.

La música estaba a un volumen desorbitado.

Pulsó un botón tras otro en el estéreo, pero los altavoces seguían escupiendo con terquedad una sarta de improperios que le taladraban los oídos.

Al fin, arrancó el aparato, con cables y todo, y lo arrojó al suelo. Se hizo un silencio que resultaba cualquier cosa menos agradable. Sabía que era inútil, pero miró bajo la cama, detrás de las cortinas, en el armario. Theo no estaba en la habitación.

Lo llamó una y otra vez a gritos con todas sus fuerzas, aunque no esperaba respuesta. Gritó hasta que no pudo más y entonces se derrumbó en la cama. Trató de ordenar sus pensamientos, pero no podía. Algo en su interior lo impulsaba a entregarse al pánico y al llanto, como si supiera en el fondo que estaba todo perdido, que la culpa de todo era suya.

Cerró los ojos. Se obligó a respirar profunda y lentamente. Al cabo de unos minutos, abrió los ojos otra vez y miró alrededor. ¿Acaso Theodor estaba en casa unas horas antes, cuando había vuelto del hospital? Al entrar lo había recibido ese mismo disco de ruido infernal. Lo pensó con detenimiento y se percató de que la última vez que había visto a Theo había sido cuando habían ido juntos al cine y tomado el ferri a Dinamarca: el martes. Ahora era viernes. No habían hablado durante tres días enteros.

Sonja lo había pinchado para que llamara a su hijo, cosa que había hecho. Pero no había contestado sino mediante mensajes de texto. Él se había dado por

satisfecho. No había oído la voz de Theo, pero se había contentado con sus respuestas por escrito.

Pensaba en exclusiva en la investigación.

Se sujetó la cabeza con las manos, deseando que al final resultara que Theodor se había fugado de casa. Sería comprensible: él, en su lugar, habría hecho lo mismo. Por desgracia, sabía que no era eso lo que había sucedido. No lo dudaba: había otra cosa detrás, algo mucho peor.

Se levantó y buscó indicios por la habitación. La mayoría de las pertenencias del chico estaban en las cajas de cartón. Aparte de algunas prendas, solo había desembalado por completo el ordenador y el estéreo. En medio del escritorio, había un cuaderno negro que nunca había visto. El bolígrafo estaba sujeto en la cinta elástica que lo mantenía cerrado. Sacó el bolígrafo y la cinta, y abrió el cuaderno.

Este diario pertenece a:

Theodor Nils Risk

Si no eres la persona que lleva ese nombre, ni tienes permiso de esa persona, cierra este cuaderno de inmediato.

¿Realmente su hijo seguía un diario? Lo hojeó.

Esta es la primera vez que escribo en tus páginas, aunque te recibí hace dos años en Navidad como regalo de mamá. Ella me dijo que siempre es bueno anotar tus pensamientos, porque así no se te olvida nada… He husmeado mi olor corporal. No creo que huela. Pero ya sé que soy feo. Feo como un pecado… Odio la escuela. ¡La odio! … les he oído buscándome y gritando que era un marica… me han dado un puñetazo en el estómago y me han dicho que la culpa era mía… escupido en la cara… ¡los odio con toda mi alma! No entienden nada… me han quitado la gorra, se han meado encima y me han obligado a ponérmela otra vez… ¡Me odio a mí mismo! … *Laban* estaba tumbado en su jaula, como si durmiera, pero no estaba dormido. Lo pinché con una aguja para que se levantara. Primero chilló y trató de escapar, pero yo lo sujeté con mucha fuerza… superdivertido… me he acercado a uno de ellos y le he pegado en la cara con los puños americanos que tenía bajo los mitones… lo he tirado al suelo y le he aporreado la cabeza contra las baldosas… lo más impresionante que he hecho en mi vida. Bueno, desde que fui por primera vez a Legoland…

7 de julio

Ha pasado una semana desde que nos trasladamos a esta ciudad de mierda. Una brillante idea de papá. Se supone que aquí todo es superbonito y superguay. Qué coño va a ser. Sus jodidas promesas… esto es como un infierno largo e interminable… Me paso el rato aquí solo, lleno de odio… jugando al *Call of Duty*… Papá me llevó a ver una mierda de película y trató de hablar conmigo. Rematadamente patético… Me gustaría pegarle a alguien con todas mis fuerzas. Sacarlo todo y

La última frase terminaba bruscamente, como si se hubiera interrumpido a medias. Fabian no sabía cómo interpretar el diario. No era ningún secreto que Theodor lo había pasado mal en la escuela y que había estado metido en varias peleas, pero esto era algo muy distinto. ¿Lo sabía Sonja? Giró la página para comprobar que no hubiera nada más.

Si quieres volver a ver al inútil de tu hijito querido, te sugiero que te pongas la gorra de béisbol que hay en la caja de cartón de la izquierda y que sigas mis instrucciones.
H.I.

Fabian se quedó sin aliento. En el fondo, ya lo sabía desde que había entrado en la habitación, pero ahora tenía la prueba. Todo le daba vueltas. Tuvo que sentarse otra vez en la cama para no perder el equilibrio. El asesino había estado allí, en su casa, y se había llevado a Theo. Su patrón de conducta se había modificado definitivamente. Hasta ahora había perseguido a los miembros de la clase, pero no a sus hijos. Esto era algo distinto. Sacó el móvil y envió un mensaje a Theodor: «Baja, vamos. Tu hamburguesa te está esperando».

Las manos le temblaban tanto que apoyó el teléfono mientras aguardaba una respuesta. Llegó mucho más deprisa de lo que esperaba: «Buen intento, pero será mejor que sigas mi consejo».

Comprendió que no tenía elección y miró alrededor buscando la gorra. La encontró enseguida. Era negra, con una visera especial. Ya había visto otras parecidas: tenía cinco luces LED en la parte de delante de la visera, que se encendían pulsando un botón. Había pensado en comprarse una igual la última vez que había entrado en Clas Ohlson, pero se había echado atrás al imaginarse el tono burlón de Sonja.

Cogió la gorra. La luz central había sido reemplazada por el objetivo de una cámara. Titubeó, tratando de pensar alguna alternativa, pero se hizo a la idea de que no tenía ninguna y se la puso en la cabeza. Le iba a la perfección, como si la hubieran ajustado para él. Recibió otro mensaje de texto. «Entra en http://89.162.38.99:8099/cam12password: c@siAgotAdo».

Obedeció. En la pantalla del móvil apareció una imagen granulosa: Theodor estaba tumbado boca arriba en un espacio angosto, con las manos atadas. Era obvio que había tratado de liberarse, porque tenía heridas ensangrentadas en los brazos y las manos. Alzó la cabeza y miró a la cámara, aterrorizado. Pareció que gritaba pidiendo socorro.

—Theo, ¿dónde estás? ¡Dime dónde estás e iré a buscarte! —gritó Fabian hacia el móvil.

«No puede oírte.»

—Y tú, ¿puedes oírme?

«No se sabe con certeza cuánto durará el oxígeno. Lo único que sé es que está agotándose. Podría ser mañana, o la semana que viene, o dentro de dos horas…»

—¿Por qué meter a mi hijo en esto? ¿Qué tiene que ver él? ¡Ponme a mí en su lugar!

«Tienes una tarea que cumplir si quieres volver a verlo vivo.»

Fabian miró la pantalla del móvil. Quería ver a Theo de nuevo y tecleó el código de acceso por segunda vez. En lugar de la imagen de la cámara web, apareció un rótulo: «Contraseña incorrecta. Acceso denegado». Lo intentó de nuevo, pero en vano.

«Sube al coche, dirígete a la comisaría, aparca allí y evita que te vea nadie.»

Antes de que pudiera reflexionar un momento siquiera, recibió otro mensaje:

«Tictac, tictac…».

83

—Lo único que sabemos con seguridad por ahora es que se celebrará mañana a las diez de la mañana, pero las especulaciones ya se han desatado. ¿Algún comentario al respecto? —le preguntó uno de los presentadores al otro.

—Sí, esta es la gota que colma el vaso. Teniendo en cuenta lo que supimos ayer, Kim Sleizner debería haber dado una rueda de prensa de inmediato, pero prefirió ofrecer una entrevista en exclusiva al *Ekstra Bladet*, lo cual difícilmente contribuye a restaurar la confianza en la policía. La conferencia de prensa de mañana sin duda será decisiva.

Dunja Hougaard no estaba nada sorprendida. Cuando se trataba de Sleizner, ya nada le sorprendía. Desde que él había ejecutado su venenosa maniobra, notaba como si la hubieran abandonado por completo las fuerzas. Pulsó el botón del mando, y los presentadores del informativo fueron reemplazados por una joven Julia Roberts, plantada en Hollywood Boulevard junto a un Ferrari rojo, en compañía de otra prostituta. «Y recuérdalo, no hables más de la cuenta. A ellos no les gusta.» Dunja había visto esa escena un centenar de veces. Pensó que debía de ser la película más exhibida en televisión de la historia.

Aunque no quería, no pudo reprimirse y volvió al informativo.

—¿Y cuál crees que será el tema de la rueda de prensa?

—Es probable que anuncie su dimisión e intente presentarlo como una decisión personal.

—¿Eso quiere decir que lo han despedido?

—Sí, es lo más probable. Pero un hombre con la experiencia y la capacidad de Sleizner siempre estará solicitado. Incluso corren rumores de que podría ser el próximo ministro de Justicia. Por tanto, quién sabe lo que tiene guardado en la manga.

—¿Y si la rueda de prensa no gira acerca de su dimisión?

—En ese caso, presentará alguna pista sólida, algo para demostrar que la investigación avanza y que él todavía juega un papel importante en el cuerpo de policía.

—¿Te parece probable que sea así?

—No.

Dunja apagó la televisión. Sacó las pilas del mando y las lanzó al otro extremo de la sala de estar para no tener la tentación de encenderla de nuevo. Ella sabía de sobra cuál iba a ser el asunto central de la conferencia de prensa de Sleizner: la foto del asesino.

La foto que ella había encontrado.

El Degenerado se golpearía el pecho con aire contrito y conseguiría transmitir el mensaje de que el departamento funcionaba a la perfección cuando él estaba al mando: tan bien funcionaba que serían los daneses, y no los suecos, quienes resolverían pronto el caso y atraparían al asesino.

Como si al cabrón de Kim Sleizner le importara una mierda el caso.

Era todo una farsa, un espectáculo para desviar la atención del escándalo de su conducta. Él no tenía ningún interés en coordinarse con los suecos para averiguar qué pistas o qué hipótesis manejaban; estaba aprovechando la situación para alardear y hacer su propio número. La rueda de prensa era a mayor gloria suya, nada más, sin importar cuál fuera el coste.

Kim había mentido delante de sus narices sin pestañear siquiera, sacrificándola a ella y también su trabajo. Y antes de que se secara la tinta de su carta de dimisión, le había exigido las llaves, la placa, la tarjeta de acceso y el arma reglamentaria. Acto seguido, le había dado dos minutos para recoger sus cosas en una caja, sin dejar de observarla como un halcón.

La habían puesto de patitas en la calle, como a Fabian Risk; pero ella tampoco iba a dejarlo correr. De ningún modo iba a apartarse del caso mientras siguiera sin resolverse.

No sabía qué repercusiones tendría la rueda de prensa que iba a celebrarse a la mañana siguiente, pero se temía lo peor. El asesino, seguramente, se ocultaría y entonces resultaría imposible localizarlo. Cuanto más tiempo ignorase los datos que conocía la policía, mayores eran las posibilidades de que se confiara y acabara cometiendo un error fatal.

Tenía que hacer algo. No podía impedir que Sleizner divulgara la foto, pero al menos se encargaría de que los suecos la tuvieran en su poder primero. Decidió llamar a Fabian Risk. El teléfono sonó una y otra vez, pero nadie respondió. Las nueve y veinte de la noche: no era muy temprano, de acuerdo, pero tampoco demasiado tarde para telefonear. Volvió a intentarlo, y esta vez dejó un breve mensaje, diciéndole que tenía algo que debía ver y que iba de camino a Suecia para enseñárselo.

Como existía la posibilidad de que tuviera intervenido el teléfono, no especificó lo que pretendía enseñarle. En un principio, no había previsto decir que se dirigía a Suecia, pero pensándolo bien, no era tan mala idea. Habría podido enviarle la foto por correo electrónico, pero tampoco estaba segura de que Risk fuera el único que tuviera acceso a su cuenta de correo.

Dunja cogió el ordenador y abrió el correo. En lugar de aparecer la bandeja de entrada, el programa le pidió una contraseña. Ella tecleó «Shawarmapie55», una contraseña que utilizaba en demasiados sitios y que debería cambiar en cuanto tuviera un momento.

CONTRASEÑA INCORRECTA

Volvió a intentarlo.

CONTRASEÑA INCORRECTA

¿Ese hijo de puta había mandado que le cambiaran ya la contraseña? En ese caso, solo se le ocurría una persona capaz de ayudarla.

—Sí, soy Rønning…

—¿Me has cambiado la contraseña del correo electrónico?

—¡Ah, hola, sexi! Oye, estoy ocupado —dijo él susurrando—. Tengo compañía y casi nos hemos terminado el *sushi*…

—Mikael, por el amor de Dios —lo interrumpió Dunja—. Esto es muy importante. ¿Has sido tú quien la ha cambiado?

Sonaba de fondo el tema de *Titanic*.

—Me han dicho que has dimitido.

—El Degenerado no me ha dejado alternativa; y necesito acceder a mi correo.

—Ha venido en cuanto tú te has ido y me ha ordenado que cambiara la contraseña. Si nos ponemos estrictos, desde el punto de vista legal, ese correo no es tuyo.

—Mikael, es extremadamente importante que pueda acceder a mi cuenta. Pero no dentro de un rato. Ahora. ¿Entendido?

—¿Por qué?

—Cuanto menos sepas, mejor. Habrás de confiar en mí. Lo único que tienes que hacer es darme la nueva contraseña.

—Lo siento, pero no puedo. Me juego lo que quieras a que Sleizner está revisando tus correos en este momento. Lo notará en el acto si otra dirección IP intenta acceder a la cuenta. Y en cuanto descubra que es la tuya, sabrá que te he ayudado.

Tenía razón. Mierda.

—Pero… como tenía el presentimiento de que ibas a llamarme, he hecho una copia de tu disco duro antes de que él pudiera ponerle las manos encima. Te lo colgaré en una carpeta de Dropbox.

—Perfecto. Y mejor de inmediato.

—Claro, no faltaba más. Mi visitante y mi balón de ejercicios parecen haber hecho buenas migas durante esta charla.

Veinte minutos después, Dunja pudo copiar la foto del asesino en un lápiz USB. Y quince minutos más tarde, había limpiado la tinta seca de los cartuchos y la había impreso. En diez segundos, salió de su apartamento, situado en Blågårsgade, y se apresuró hacia la estación Nørreport.

84

—¿La cárcel? —repitió Tuvesson.

—¿Por qué no? Solo sería el fin de semana —dijo Klippan—. Ya cuenta con vigilancia, y así no tendríamos que esperar a que Malmö nos envíe sus agentes. El lunes podemos decidir si hay una solución mejor.

Acababan de salir del asador y caminaban por Rundgången hacia la derecha. Justo enfrente, tenían la prisión y la comisaría de policía. Tuvesson no sabía qué pensar de la idea de mandar a la cárcel a todos los miembros de la clase. Sería una solución drástica sin duda, y no dejaría de resultar polémica, pero quizá no era tan terrible a fin de cuentas.

—Seamos sinceros: es la salida más obvia. ¿Qué otra tenemos, si no? —insistió Klippan, como leyéndole el pensamiento.

—¿Se imagina la cantidad de mierda que nos caerá encima?

—Será muy poca comparada con la cantidad que nos caerá si no hacemos algo y dejamos que el asesino siga liquidándolos uno a uno.

Klippan tenía razón. Todo indicaba que el asesino volvería a actuar en cualquier momento y que no pensaba parar hasta que hubiera acabado con los integrantes que quedaban de la clase. El argumento principal en favor del plan era que el tiempo apremiaba. Si se ponían en marcha ya, y la situación iba sobre ruedas, podrían tener reunidos a los alumnos por la noche. Y el argumento principal en contra era la idea en sí misma.

—¿Risk no se había llevado su coche a casa? —preguntó Lilja señalando el vehículo, aparcado delante de la comisaría.

—Supongo que no —respondió Klippan—. Seguramente, aún no está en condiciones de conducir.

—De acuerdo, hagámoslo —dijo Tuvesson—. Encerraremos a los alumnos restantes durante el fin de semana. Para que la cosa funcione, hay que llamar la atención lo menos posible y no decirle a la gente más de lo que necesita saber. Debemos impedir a toda costa que la prensa se entere. El plan depende de ello.

Le obsesionaba pensarlo: su hijo yacía con las manos y los pies atados en un espacio tan estrecho como un ataúd; y el oxígeno podía agotarse pronto. Quizá ya se había agotado. Tenía esa imagen de Theodor grabada en el cerebro; pero no solo pensaba en lo que estaba sufriendo ahora, sino en lo que había sufrido durante sus años en la escuela. ¿Cómo era posible que él no se hubiera dado cuenta? ¿Tan absorto en sí mismo había estado? ¿Y Sonja? Si ella lo hubiera sabido, se lo habría contado… ¿no?

En una ocasión, Theo había vuelto a casa con dos costillas rotas y una contusión en la cabeza, y Sonja le había dicho que estaba muy preocupada. Él había pensado que exageraba, que era algo normal cuando eras joven: los chicos de esa edad se metían en peleas. Incluso se había puesto a alardear, diciendo que él mismo, durante un fuerte resfriado, se había roto una vez una costilla de tanto toser.

Pero Sonja no había dado su brazo a torcer; había mantenido una seria conversación con la profesora y asistido a las clases para hacerse una idea de la situación de su hijo en la escuela. Todo había resultado normal en apariencia, tal como Fabian y Theodor le habían dicho desde el principio. Al final, ella lo había dejado correr, reconociendo que quizá había exagerado.

Fabian comprendía ahora que había estado equivocado; terriblemente equivocado.

Había llegado el momento de pagar las consecuencias; y él era el único que podía hacerlo. Pagaría sin dudarlo, fuera cual fuese el precio. Llevaría a cabo la

tarea que el asesino le había asignado. Si existía la posibilidad de salvar a Theo, estaba dispuesto a arrojarlo todo por la borda. Ya no importaba la investigación, ni tampoco su propia vida. Actuar demasiado tarde no era una opción.

Estaba siguiendo las instrucciones al pie de la letra. Había tomado el camino más directo a la comisaría y aparcado lejos de los demás coches, y no se había quitado para nada la gorra de béisbol. El asesino, o Torgny Sölmedal, como creía que se llamaba, podía ver u oír lo mismo que él, aunque la comunicación entre ellos funcionaba a través de mensajes de texto. La agente danesa lo había llamado, pero él había recibido la orden de no responder al teléfono.

No había ninguno de sus compañeros a la vista cuando cruzó la entrada, iluminada en la oscuridad. Tampoco estaba Florian Nilsson tras el mostrador de recepción, de manera que pudo pasar la tarjeta de acceso por el lector, introducir el código y entrar sin ser visto. Tenía que acceder al laboratorio de Ingvar Molander. Nunca había estado allí, pero sabía que se hallaba en la planta baja. Le preguntó al asesino qué debía hacer si resultaba que el forense se encontraba allí, y recibió una rápida respuesta:

«Ocúpate de él».

INVESTIGACIÓN TÉCNICA 1: MOLANDER, decía el rótulo junto a la puerta. Fabian se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para comprobar que tenía preparada su arma reglamentaria y entró. El laboratorio era como un gran garaje, con el suelo y las paredes de hormigón y una serie de islas bien iluminadas que funcionaban como terminales de trabajo. Molander no estaba por ninguna parte.

«Colócate en el centro y date la vuelta. Lentamente.»

Fabian obedeció, dándose cuenta de que el asesino no sabía tampoco lo que estaba buscando. Debía de sospechar que Molander había encontrado algo. Y por eso había forzado que él fuera para que lo averiguase.

«Coge un trapo y acércate al Peugeot.»

Fabian estaba tan absorto contemplando el BMW gris destrozado que no advirtió la presencia del Peugeot hasta que recibió el mensaje. Los daneses

habían entrado en razón al fin y lo habían enviado. Se acercó y leyó la nota escrita a mano que había en el parabrisas.

Apreciado Ingvar Molander:

Fabian Risk me ha hablado muy bien de usted. Espero que pueda encontrar algún dato decisivo en este coche, ya que no se está haciendo nada aquí en Dinamarca.

Con mis mejores deseos,

Dunja Hougaard
Unidad de Homicidios de la Policía de Copenhague

Así pues, era esa agente danesa quien lo había enviado. En cuanto todo esto terminara —es decir, si salía vivo—, la llamaría para darle las gracias. El valor de un buen contacto al otro lado del Estrecho no debía subestimarse.

«Sube al asiento del conductor y echa un vistazo.»

Fabian abrió la puerta, se sentó frente al volante y examinó el interior del vehículo. Había trozos de cinta adhesiva con flechas y números a lo largo del salpicadero, alrededor de la guantera y en el cambio de marchas, indicando los puntos donde Molander había encontrado y extraído huellas dactilares. ¿Por eso era tan importante el coche para el asesino?

«Quita los marcadores. Límpialo todo.»

Fabian retiró los trozos de cinta adhesiva y se dedicó a limpiar el cuadro de mandos. De vez en cuando recibía una reprimenda para que limpiara más a fondo o para que enfocara la cámara en otra dirección. Al cabo de veinte minutos, recibió permiso para bajarse del coche.

«Ve a buscar las huellas.»

—No tengo ni idea de dónde están.

«Encuéntralas.»

«Deben de ser las nueve y pico; quizá las nueve y media, pero no son las diez menos cuarto», pensó Astrid Tuvesson, aunque en realidad no le importaba. Era incapaz de librarse de la sensación de que, hicieran lo que hiciesen, siempre iban

un paso por detrás, de que todo estaba planeado y predeterminado de un modo incomprensible. Pero Klippan estaba en lo cierto: habría sido una gravísima irresponsabilidad no ofrecer a los restantes alumnos de la clase un refugio provisional de garantia.

Tras correr las cortinas y apagar las luces, se tumbó en el sofá. Por desgracia, el cuarto no se quedó tan oscuro como esperaba: unos quince diodos seguían parpadeando. No comprendía por qué los fabricantes de electrónica se empeñaban en poner diodos por todas partes, y llegó a la conclusión de que debían de haber visto demasiada ciencia ficción en su infancia.

Había hablado con Ragnar Palm, el responsable de la cárcel, para explicarle la situación. Él le había podido ofrecer dos celdas vacías, que proporcionarían cobijo a cuatro de los diez alumnos como máximo. Una celda colectiva habría sido lo ideal, pero no existían las de ese tipo en Suecia, que ella supiera. Palm le había propuesto aislar una parte de las zonas comunes de los prisioneros, donde podrían instalarse diez camas sin ninguna dificultad. Los alumnos tendrían acceso a la sala de la televisión, a una cocina y a una pequeña biblioteca, lo que contribuiría a que no se sintieran como presos.

Puesto que Lilja y Klippan se habían ofrecido a hacer las llamadas para informar a la gente del plan, Tuvesson podía aprovechar ese tiempo para darse un pequeño descanso; algo le decía que esta era su última oportunidad. Por desgracia, su cerebro se negaba a descansar y parecía decidido a acelerar mientras el resto del cuerpo trataba de echar el freno.

Ingela Ploghed regresaba una y otra vez a sus pensamientos. La pobre mujer, tan menuda y frágil, no se encontraba bien y se había resistido a salir a dar una vuelta. Había intentado negarse, pero ella no quiso escuchar sus protestas ni las del médico. La presionó al máximo hasta convencerla. Después, cuando se detuvieron junto a la vía, había tenido la sensación de que Ingela recuperaba la memoria. Creía que el estruendo del tren había encendido una chispa en su subconsciente, iluminando la oscuridad con una intensa luz anaranjada…

El sol la estaba haciendo sudar. El calor irradiaba por todo su cuerpo, le

aceleraba el pulso y difundía esa luz anaranjada. A ella le encantaba el calor y nunca lo encontraba excesivo: treinta, treinta y cinco grados, una tumbona y el rumor de las olas rompiendo contra la playa de Koh Chang. ¿Qué podía haber mejor en la vida? En cuanto le fuera posible, abandonaría la oscuridad nórdica para siempre. No sabía dónde envejecería. No le importaba con tal de que fuera en un sitio donde hubiera buena comida y un clima agradable.

Pero nunca convencería a Sten para que se mudaran. Él era como un viejo gruñón dispuesto a vetarlo todo. Dio otro sorbo directamente de la botella y notó que le costaba enfocar la vista, aunque veía que él se le estaba acercando. Ese maldito cabrón… Aún tenía las agallas de decirle que debería dejar la botella. Mira quién hablaba. Ella le gritó que lo odiaba con toda su alma y le arrojó un cuenco, que se hizo añicos contra la pared. Sten intentó pararla, pero ella le lanzó un mandoble con la botella; oyó que se rompía, pero siguió dando golpes…

El timbre del teléfono atravesó una tras otra las capas de su profundo sueño. Tuvesson se dio cuenta de que no estaba en una playa de Tailandia, ni tampoco en la cocina de casa con Sten, sino en el sofá de su despacho.

—Por fin. Estaba dormida, ¿no? —dijo Molander.

—No, no. Hola, Ingvar. ¿Ha encontrado algo?

—Bastante. Pero nada que nos interese.

Tuvesson se incorporó.

—¿Cómo que no?

—Astrid…

—Sí, ya sé, pero… está en el edificio correcto, ¿verdad?

—¿Usted ha indicado el que queda al fondo a la izquierda mirando desde la verja? En la puerta dice KRIGSHAMMAR.

—Es ese. He visto ahí un bisturí.

—Es verdad. Pero no se ha utilizado para extirpar un útero, sino para confeccionar y modificar figuras de *Warhammer*.

—¿Qué es eso?

—El juego más friki que existe, pero a usted le sobran pechos y le falta un pene para captarlo. Una explicación más detallada del jueguecito serviría para que el operador de su móvil le cortara la tarifa plana. Vamos a dejarla para otra ocasión.

—¿Ha registrado todo el edificio?

—Tampoco es que sea enorme.

—¿Y los demás edificios?

—La orden solo es válida para este. Tendrá que hablar otra vez con Högsell.

—Vale… Qué mierda.

—Por cierto, ¿Lilja ha examinado ya la base de datos?

—¿Cómo?

—He encontrado huellas en el coche y le he enviado un correo electrónico pidiéndole que las busque en la base de datos.

—No creo que haya podido mirar su correo. Hemos salido un rato y ahora está con Klippan, llamando…

—Vale. Bueno, ¿puede encargarse de que lo mire de inmediato? Yo voy a dormir unas horas.

—Un momento… ¿qué huellas?

—Está en el mensaje. Buenas noches.

Oyó un clic. Le sorprendió que Ingvar le hubiera colgado a media conversación. A ella le habían colgado el teléfono muchas veces, pero él nunca lo había hecho.

Salió del despacho y, guiñando los ojos por el resplandor de los fluorescentes del pasillo, fue a buscar a Lilja, que estaba sobre el colchón de su despacho, hablando por teléfono.

—Bien, de acuerdo… No puedo responder a esa pregunta ahora, pero volveré a llamarla en cuanto sepa algo más. Usted procure estar localizable en este número.

Colgó y miró a Tuvesson.

—¿Con cuántos ha hablado?

Ella alzó dos dedos.

—¿Nada más?

Lilja asintió y dijo:

—Jafaar Umar y Cecilia Holm no han respondido, y ahora iba a llamar a Stefan Munthe. Nicklas Bäckström y Helene Nachmansson están dispuestos. ¿Cómo le va a Klippan?

—Ni idea. Pero acabo de hablar con Molander y, al parecer, le ha enviado un correo importante.

Lilja la miró escéptica. Se levantó, se acercó a su caótico escritorio y encendió el ordenador.

De: invgvar.molander@poisen.se
Asunto: ¡Importante!

Creo que he encontrado las huellas del asesino en el coche. También sospecho que él podría estar en la base de datos. Hay que comprobarlo de inmediato. La Tuvi me ha enviado a hacer una averiguación a Ramlösa. Cuento con usted. Las huellas están en el sitio de siempre. I.

—Será mejor que vaya a mirarlo ahora mismo, Irene. Yo me ocupo de llamar a Stefan Munthe —dijo Tuvesson.

Lilja asintió y se puso sus gastadas Converse. Entonces añadió:

—Una última cosa. Seth Kårheden aterrizará en veinte minutos; veremos si continúa negándose a encender el móvil. De ser así, tardará al menos dos horas en llegar a casa, donde podemos contactar con él por la línea fija.

—Bien. ¿Y qué hacemos con Cecilia y Jafaar?

—Confiemos en que estén en el cine, o algo así.

—Bien. Esperemos un poco y volvamos a intentarlo.

—Nachmansson quería saber si ha de trasladarse a la prisión con su propio coche o pasará alguien a recogerla.

—Me parece que Klippan y yo cogeremos un coche cada uno e iremos a buscarlos. No quiero implicar a más gente de la estrictamente necesaria.

Lilja asintió y se dirigió a la puerta.

—Eh, oiga. ¿Qué es eso de «La Tuvi»? ¿Así me llaman?

Irene sonrió y se apresuró a esfumarse.

Fabian Risk había mirado en todas partes. Había registrado a fondo el archivador, que estaba lleno de carpetas de casos antiguos. Incluso había buscado en el armario donde Molander tenía su ropa de trabajo, y en la vitrina metálica donde guardaba el instrumental técnico. Pero no había encontrado nada ni remotamente parecido a unas huellas dactilares.

—Es posible que no estén aquí. Quizá se las ha llevado a casa, o se las ha dado a otra persona.

Su móvil vibró.

«Llámalo. Dile que tenéis que veros.»

Fabian se devanó los sesos para hallar una escapatoria, pero se sentía como rodeado por unas paredes macizas e impenetrables. No podía hacer otra cosa que enfrentarse a Molander cara a cara. Iba a telefonearlo cuando se abrió la puerta.

Echó una rápida mirada en derredor para buscar un escondite, pero ya era demasiado tarde. Lilja lo había visto.

—¿Fabian? ¿Qué demonios hace aquí?

Como no sabía qué decir, permaneció callado.

—Ya me ha parecido ver su coche en el aparcamiento. ¿No se supone que debería estar en casa descansando?

—No podré descansar hasta que el caso esté resuelto. Ya me conoce… —musitó—. Bueno, en realidad no me conoce, pero en fin, así soy yo —añadió con una risotada para parecer más relajado. Lilja, a juzgar por su expresión, no se tragó esa comedia.

—Fabian, dígame la verdad. ¿Qué está haciendo aquí?

Él volvió a notar la vibración del móvil.

«Molander te ha pedido que examines las huellas en la base de datos.»

Dio unos pasos hacia Lilja.

—No me pregunte por qué, pero me ha llamado el propio Molander para pedirme un favor. Quizá pensaba que los demás estaban demasiado ocupados y que yo no sería capaz de quedarme tumbado descansando, no sé. —Se calló al darse cuenta de que estaba farfullando. Las palabras le salían a borbotones, en un intento desesperado de ocultar lo evidente. Aguardó unos instantes esperando la reacción de Lilja, pero ella se limitó a mirarlo con fijeza. Para que el silencio no se volviera muy incómodo, no tuvo más remedio que continuar—. Ha sacado unas huellas dactilares del Peugeot que podrían ser del asesino, y quiere que las coteje en la base de datos.

Ella lo miró con suspicacia.

—Qué raro. Porque es lo que me ha pedido a mí.

—Querría asegurarse de que alguien lo hacía. El problema es que no las encuentro.

—Estarán en el sitio de siempre, pero usted no sabe dónde es, claro.

—No, ¿cómo iba a saberlo? No llevo aquí tanto tiempo.

—Sí, exacto.

El teléfono de Fabian vibró otra vez.

«c@siAgotAdo»

Abrió el navegador del móvil e introdujo la nueva contraseña. Vio a Theodor encerrado en aquel angosto espacio. Y esta vez no levantaba la cabeza. Parecía que no tuviera fuerzas, aunque al menos seguía vivo: se percibía cómo le subía y bajaba el pecho a cada respiración, pero ahora respiraba mucho más deprisa que antes.

—¿Por qué no para de mirar el móvil? —le preguntó Lilja—. Ya puede regresar a su casa. Yo me encargo de esto.

—No, no, mejor que lo haga yo. Así usted podrá continuar con su trabajo. Tendrá un montón de cosas que hacer.

—Fabian, ¿qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—No… Que Molander nos ha pedido a los dos lo mismo. Y lo mejor es que me lo deje a mí.

—Ambos sabemos que no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

Fabian trató de adoptar una expresión perpleja. Ella respondió con una sonrisa indulgente y algo triste:

—Porque Molander no lo ha llamado. Si lo hubiera hecho, usted sabría dónde están las huellas, ¿no le parece?

Lo único que pudo hacer Fabian fue asentir, reconociendo su error, mientras se metía la mano en el bolsillo de la chaqueta para coger la pistola. Lilja trató de retroceder, pero no tenía espacio: hubiera chocado contra la pared, y alzó los brazos para protegerse. Él intentó apartárselos, sorprendido por lo fuerte que era, y de repente notó un impacto en una pierna. Perdió el equilibrio y se fue al suelo. Lilja se sentó sobre él, gritando que debía calmarse.

Entonces Risk la golpeó con la pistola en la cabeza, y ella se derrumbó encima de él. Le manó sangre de la herida y le manchó la camisa. La depositó con cuidado en el suelo y se levantó. Ahora sí sabía dónde buscar. Lilja había echado sin querer una mirada de reojo al plafón de la lámpara y se había delatado. Se subió a una silla, metió el brazo por la parte superior de la lámpara y descubrió que la pequeña carpeta con las huellas estaba encima.

Se la metió en la pretina, bajó de la silla y miró alrededor para comprobar que no olvidaba nada. Finalmente, pensando que ese movimiento parecería normal, giró la cabeza hacia Lilja, extendió el brazo más allá del alcance de la cámara y garabateó unas palabras en un sobre. Su móvil vibró.

«¡Enséñame lo que estás haciendo con el brazo derecho!»

Fabian obedeció la orden y se volvió para mirar el sobre. «LO SIENTO. TIENE A MI HIJO. SE LLAMA TORGNY SÖLMEDAL», decía con letras embarulladas.

La respuesta llegó de inmediato.

«Si te importa tu hijo, ya sabes lo que has de hacer.»

85

Le resultaba difícil creer que seguía despierto. Tenía la sensación de estar metido en un sueño. Habían pasado muchos minutos antes de que sospechara que no estaba dormido, que cuanto veía y sentía era la realidad en su expresión más brutal: una realidad dura, oscura y, sobre todo, estrecha. Había tratado de sentarse, pero se había dado un golpe tan fuerte en la cabeza que notó cómo le resbalaba la sangre sobre el ojo derecho. Intentó limpiársela, pero tenía las manos atadas juntas con una cuerda que le llegaba hasta los pies y también se los amarraba.

Entonces le entró pánico. En unos segundos su temperatura corporal descendió varios grados y le provocó una sudoración que lo dejó empapado. Gritó con todas sus fuerzas en medio de la oscuridad. Cuando hubo vaciado de aire sus pulmones y se quedó callado, pudo pensar un poco.

Recordó que estaba sentado en el escritorio de su habitación, escribiendo en su diario. Escribía sobre la inmensa rabia que tenía dentro y que amenazaba con hacerlo estallar en pedazos. Llevaba mucho rato escuchando a Marilyn Manson, sin preocuparse de que sonara a tope. Su padre no estaba en casa, de todos modos. Y entonces había visto algo con el rabillo del ojo, aunque no reaccionó de inmediato. Un movimiento apenas perceptible en el reflejo de la ventana, como la sombra de una sombra. Había levantado la vista y mirado la ventana, y había visto a alguien entrando en la habitación.

Primero creyó que era su padre, que iba a bajar la música y mantener con él otra patética «charla». Pero había algo raro en la ropa. En verano, su padre solía

llevar colores claros. La vestimenta era oscura, en cambio, casi de aspecto militar. Cuando al fin se había vuelto, el hombre ya estaba sobre él, a punto de ponerle un trapo en la cara.

En algunos momentos, la estrecha habitación quedaba bañada por una luz tan intensa que tenía que cerrar los ojos. Las primeras veces creyó que habían abierto una ventanilla y lo tomó como un signo de que iban a liberarlo de esa prisión. Pero nadie venía a soltarle las manos ni los pies, y después de que sucediera lo mismo varias veces, comprendió que no abrían ninguna ventanilla: era una luz intensa que encendían y apagaban.

En una ocasión había oído a alguien cerca; o se lo había parecido, al menos. El ruido, distante y amortiguado, le había llegado a través de las paredes. Él se había puesto a chillar con todas sus fuerzas y había golpeado la pared con los codos. Pero, fuera quien fuese, no oyó sus gritos y nadie había acudido a liberarlo. ¿Habría sido el hombre de la ropa militar?

Desde entonces no había captado ningún otro ruido, aparte de sus pulsaciones y su respiración. ¿Era así como te sentías cuando te enterraban vivo? No habría resultado difícil cerrar los ojos y echarse a dormir. Pero no podía volver a hacer eso. La próxima vez que oyera algo —si es que había una próxima vez— podía ser su última oportunidad para liberarse.

Y esa vez estaría más preparado; no se limitaría a gritar y a golpear la pared con los codos hasta sangrar. Unas horas atrás, contoneándose una y otra vez, se había desplazado un poco hasta notar algo frío y metálico en los pies: una trampilla.

Una chispa de esperanza había brotado en su interior. Quizá saldría vivo, después de todo. Golpeó la trampilla con los pies. Aunque estaba cerrada, sonaba como un tambor. Era imposible no escucharlo si había alguien cerca. Pero nadie iba allí, y el silencio cada vez parecía más y más definitivo. Sus esperanzas disminuían a medida que escaseaba el oxígeno.

Al principio no cayó en la cuenta. No comprendía por qué le costaba más y más concentrarse en sus pensamientos, ni por qué se quedaba adormilado a

intervalos cada vez más breves. Cuando se dio cuenta de que respiraba como si acabara de correr diez kilómetros seguidos, comprendió que estaba asfixiándose poco a poco.

Él siempre había pensado que jamás de los jamases haría aquello, pero lo hizo…

Entrelazó los dedos y se puso a rezar.

86

Tuvo que apartar la vista de la luz intensa y cegadora procedente de las lámparas del techo. Un sordo dolor le taladró la sien izquierda cuando giró la cabeza. Se pasó los dedos por el bulto que tenía sobre la oreja y notó la sangre coagulada entre el pelo. El dolor no era excesivo, pero era la primera vez que la golpeaba un compañero: Risk la había noqueado.

Ella siempre había sospechado de él, sobre todo desde que se había informado sobre los incidentes de Estocolmo, pero le había sorprendido enormemente que hubiera llegado al extremo de golpearla.

Y ahora había desaparecido con las huellas.

No podía ser él, ¿no? No, él no podía ser… ¿O sí?

Se agarró a una de las mesas, se levantó y salió del laboratorio. Mientras volvía a su unidad, trató de contactar con él por teléfono, pero saltaba el buzón de voz.

—No, Stefan, claro que no lo estoy deteniendo. Pero esta es la única forma que tenemos ahora mismo de protegerlo —dijo Tuvesson, manteniendo el auricular a cierta distancia.

Puso los ojos en blanco mirando a Klippan, que también estaba al teléfono frente a ella.

—Perfecto. Pasaremos a recogerlo más tarde. No puedo decirle con exactitud a qué hora, pero lo avisaremos antes. Adiós. —Klippan colgó el teléfono y se estiró.

—No, por supuesto que no nos damos por vencidos. Estamos avanzando a toda máquina en la investigación, pero consideramos que todos ustedes corren peligro, y de ahí… Sí… Exacto. Volveré a llamarlo en cuanto sepa la hora a la que pasaremos. Adiós. —Tuvesson colgó resoplando—. Menudo idiota. Debería estarnos agradecido por el esfuerzo que hacemos para protegerlo.

—Siempre tiene que haber un cascarrabias —murmuró Klippan bostezando. Justo en ese momento entró Lilja.

—¡Dios mío, Irene! ¿Qué ha ocurrido? —La comisaria se levantó y se acercó para mirarle la herida de la sien.

—Me he tropezado con Risk en el laboratorio de Molander.

—¿Con Risk? Pero ¿qué hacía él ahí?

—Estaba buscando las mismas huellas que iba a buscar yo. Me ha dicho que Molander le había pedido que las cotejara en la base de datos.

—¿Cómo? ¿Por qué iba a pedírselo a él?

—Eso quería saber yo. Y entonces ha ocurrido esto —dijo Lilja señalándose la herida.

—¿La ha pegado?

—Sí, señora.

—Pero… ¿se encuentra bien?

—He perdido el conocimiento un rato, pero ya estoy bien.

—No lo entiendo… ¿Y usted? —Tuvesson miró a Klippan, que negó con la cabeza.

—¿Ha intentado llamarlo?

—No responde.

—Esto puede parecer muy raro —dijo Klippan—. Pero a mi modo de ver… No puede ser él… No, no puede ser…

Ellas se miraron en silencio.

—Debe haber una explicación. Tiene que haberla —dijo Tuvesson sentándose otra vez.

—A mí sí se me ha pasado por la cabeza —dijo Lilja.

—Vamos, déjenlo ya. Los dos.

—Bueno, ¿y si fue el propio Risk quien colocó la fotografía de la clase en la primera escena? Ese hallazgo nos impulsó a incorporarlo de inmediato en el equipo y le proporcionó una información directa del caso, lo cual le permitió orientarnos en la dirección que él quería. Incluso cuando estaba en la investigación, no se destacaba precisamente por su disposición a explicarnos lo que se traía entre manos. Luego, aunque usted lo había apartado del caso, siguió buscando al asesino. Y de repente, sin más ni más, va y «encuentra» a Rune Schmeckel. Como si poseyera una capacidad mágica para olerse el asunto y quedar por encima de toda sospecha.

—¿Y qué hay de ese chico oculto de la fotografía? —preguntó Klippan—. ¿Quién es?

—¿Se refiere al pelo? —Lilja se encogió de hombros—. Vaya a saber. Pero ¿quién nos lo señaló, en todo caso? ¿Y de quién era el anuario de donde sacamos la foto? Yo solo lo digo…

Los tres se quedaron en silencio. Era como si cada uno necesitara repasar el caso desde el principio para comprobar si las sospechas de Lilja podían ser fundadas. Tras unos minutos, Tuvesson levantó la vista.

—No, no puede ser cierto.

—¿Por qué no? —dijo Klippan—. Hace poco decidimos que no había ninguna idea demasiado descabellada.

—Klippan, no sé quién es el asesino, pero me niego a creer que sea Risk. ¿Cuándo habría podido hacerlo? Acuérdese de cuando llamó la chica de la gasolinera: él estaba con nosotros en casa de Molander.

—Cierto. Pero fue Risk quien atendió la llamada. No sabemos si la chica realmente llamó, o si ya estaba muerta.

—Alguien arrolló a ese policía danés mientras Risk estaba con nosotros. ¿Coincidimos en eso, al menos?

—Quizá son dos, trabajando juntos —insinuó Klippan.

—Tiene que haber otra explicación. Irene, aparte del hecho de que la haya

pegado, ¿ha notado algo raro?

—No lo conozco tan bien, pero no parecía el de siempre. Tenía algo extraño en la mirada, una expresión casi de pánico. No sé cómo describirlo. Y no cesaba de mirar el móvil, como si estuviera…

—Como si estuviera… ¿qué?

—No sé. No estoy segura.

—Quizá está en contacto con el asesino —aportó Klippan—. Aun suponiendo que Risk no sea cómplice, es posible que el criminal lo tenga dominado de algún modo y que por eso haya podido utilizarlo para apropiarse de las huellas.

—Bueno, al menos hay algo de lo que podemos estar seguros —dijo Tuvesson —. La sospecha de Molander de que el asesino está en la base de datos debe de ser correcta; de lo contrario, no se habría tomado tantas molestias. Y puesto que dejó accidentalmente sus huellas en el coche, quizá también ha hecho lo mismo en otros lugares.

—¿Quiere decir que ha cometido otros errores? —inquirió Klippan.

—Nadie es perfecto.

Lilja comprendió que Tuvesson tenía razón. Había otro sitio al menos donde el asesino quizá había dejado sus huellas.

Y ella sabía dónde.

87

Aunque estaban a mediados de julio, ya oscurecía cada día más temprano. No se notaba demasiado, pero sí lo suficiente para darse cuenta de que pronto el verano no sería más que un lejano recuerdo.

Fabian Risk apagó el motor y miró la hora; eran las diez y trece minutos de la noche. Tenía instrucciones de aparcar en Östhammarsgatan, una travesía de Motalagatan, que era donde vivía Torgny Sölmedal, a la altura del número 24. La calle se encontraba en Husensjö, un barrio residencial de viviendas particulares, la mayor parte de las cuales eran de la primera mitad del siglo XX, y cuyo nombre había oído mencionar muchas veces, pero donde nunca había puesto los pies porque no conocía a nadie que viviera en esa zona. Esta era la primera vez que se adentraba por allí.

Giró la cabeza hacia la derecha, de forma que la cámara registrara cómo recogía la carpeta del asiento del copiloto. Su móvil vibró de inmediato con otro mensaje. Pero esta vez no era una orden: era una oportunidad, una ocasión para actuar.

«¿Dónde estás? ¿Qué has hecho con la cámara?»

—Aquí. Estoy cerrando el coche —dijo, para comprobar si su sospecha era cierta.

«Supongo que eres consciente del peligro de no seguir las órdenes.»

Se apresuró a responder con otro mensaje de texto: «Ya llego. Las baterías deben de haberse agotado». Se quitó la gorra y la depositó en el suelo, delante

del asiento trasero. Luego abrió la guantera para sacar los dos cartuchos de Sig Sauer P228 que tenía escondidos debajo del manual del coche.

No le gustaba llevar armas encima, y hacía lo posible por evitarlo. No había disparado nunca a nadie. Al contrario de lo que pensaba en general la gente, ese tipo de situación era muy raro en su trabajo. La última vez que se había hallado en esas circunstancias había sido el invierno anterior. Él tendría que haber disparado con su pistola, pero no lo había hecho, y no era capaz de explicar por qué. Dos de sus compañeros habían muerto, y él era el culpable. Recordaba vívidamente sus gritos. Parecía como si esos gritos le hubieran perdido la pista cuando se había trasladado a Helsingborg, pero habían vuelto a localizarlo y a perseguirlo como hienas. Unos gritos amortiguados, desesperados, suplicando auxilio.

Y con los gritos, acudían a su memoria todos los demás recuerdos. Los captores habían puesto a sus compañeros de rodillas en el sótano y les habían preguntado dónde estaba él. Ellos no habían respondido. No sabían lo cerca que estaba, ni que podría haber dado un vuelco a la situación con el arma en la mano. Pero no fue capaz de apretar el gatillo.

Oyó a los captores diciendo que habían ido demasiado lejos, que habían visto demasiado. A continuación alzaron las pistolas hacia sus compañeros. Fabian apuntó, intentó disparar para salvarlos, pero no lo hizo. Los disparos reverberaron en el sótano, y sus colegas se derrumbaron sobre las baldosas relucientes, que se tiñeron de rojo. Los gritos se habían interrumpido un rato, pero ahora los oía de nuevo y con más fuerza que nunca.

¿También fallaría esta vez?

Se dio una palmada en la cabeza para tratar de espantar los recuerdos e insertó uno de los cartuchos en la pistola. Dejó las llaves puestas en el contacto, caminó por Östhammarsgatan, en dirección a Motalagatan, y cruzó la calle hacia el lado de los números pares. Subió a la acera. Unos metros más adelante, dio un traspié en un saliente del pavimento y a punto estuvo de caer de bruces.

—Vaya con ojo. Esto está lleno de baches —le dijo un hombre que, vistiendo

pantalones de chándal, estaba paseando a su perro.

Fabian le dirigió una sonrisa forzada y observó que, en efecto, algunos trechos habían sido pavimentados de nuevo con evidente chapucería.

—Sí, ya lo creo —dijo cuando ya reemprendía la marcha.

—No me pregunte por qué se empeñan en hacer estos arreglos. Parecen obra de un aprendiz.

Fabian notó la vibración de su móvil.

«No es a mí a quien se le agota el tiempo.»

—El pasado invierno, Kerstin, la vecina del número cinco, se cayó y se rompió la cadera. Si añade eso a los costes generales, habría resultado más barato pavimentarlo todo de nuevo.

Fabian asintió y se apresuró a continuar. Pasó junto al número 26, cuyo patio estaba tan invadido de arbustos que apenas se vislumbraba la casa. El aspecto del número 24, donde vivía Sölmedal, era totalmente opuesto y más acorde con lo que Risk suponía. La casa se veía tan despejada y parecía tan acogedora que cualquiera habría dicho que a Sölmedal le gustaban las visitas inesperadas. Un murete blanco rodeaba un patio con el césped impecablemente recortado. Todo bien a la vista. A la derecha había un garaje y, a la izquierda, un seto alto y tupido.

Fabian no acababa de entenderlo. ¿Era posible que el tipo viviera ahí? Estaba todo demasiado abierto y, además, rodeado de vecinos por ambos lados. En el buzón ponía «T. SÖLMEDAL», y en la ventana que daba a la calle se veían luces. Se detuvo un momento, fingiendo que se ataba el cordón del zapato, para estudiar mejor el terreno. Enseguida se dio cuenta de que había de modificar su primera impresión: el aire abierto y acogedor de la casa correspondía a la fachada; el resto de la parcela ya era otra historia. Una valla y el alto seto impedían atisbar lo que había tras ellos.

Se incorporó, siguió caminando y dobló a la izquierda por Växjögatan. En la primera casa de la izquierda estaban las luces encendidas y se veían siluetas dentro; podría tratarse de una cena del viernes por la noche con invitados. La

casa siguiente estaba a oscuras y el sendero de acceso, desierto. La bordeó por el flanco hasta el patio trasero, donde había unos muebles de jardín inclinados para que resbalara la lluvia, así como una barbacoa que habría costado el sueldo de un mes. Cruzó el césped en diagonal y llegó a una mata de rosales. Escondiendo las manos en las mangas de la chaqueta, se abrió paso entre las ramas llenas de pinchos.

Llegó a la esquina de la parcela de Sölmedal. La casa era más grande de lo que había pensado, porque había varias construcciones añadidas por detrás, con lo que el conjunto debía de tener el doble del tamaño inicial. Se deslizó a hurtadillas a lo largo del patio, oculto por la sombra de los rosales, y llegó a un cobertizo. A través de un ventanuco polvoriento, distinguió un cortacésped, un par de esquís de fondo, varias alfombras enrolladas y un montón de material de dentista.

El móvil le vibró en el bolsillo. Pero esta vez no era un mensaje: era una llamada de Irene Lilja, lo que significaba que había recuperado el conocimiento. Tuvesson y compañía pronto descubrirían qué había ocurrido. Dejó que saltara el buzón de voz y rodeó el cobertizo por detrás. Al llegar a la esquina, calculó que la casa quedaba a unos cinco metros.

Cinco metros de césped sin ninguna cobertura.

Notó una descarga de adrenalina, como si estuviera a punto de correr los cien metros lisos. No tenía ni idea de lo que le esperaba y su mente vacilaba. Pero su cuerpo ya se había decidido, y no tuvo otro remedio que entregarse a ese impulso y cruzar el césped hasta la casa. Tras la siguiente esquina, había unos escalones que daban a una terraza en la que había varias sillas de madera. Sacó la pistola y la amartilló antes de subir los escalones.

Cuando llegó a la terraza, el corazón le palpitaba con tal violencia que notaba cómo le bombeaba la sangre en las venas. Ese sonido le recordó que estaba vivo y que podía darle un vuelco a la situación. Dio unos pasos hacia una puerta de cristal deslizante, a través de la cual se veía la sala de estar porque las luces estaban encendidas. En medio, había un gran piano de cola. La librería, que le

recordó a la que había en la casa de sus padres, abarcaba una pared entera. En el otro extremo de la habitación, había un sofá rinconero frente a una enorme pantalla plana y…

Oyó un leve sonido, un ruido tan discreto como crucial: apenas un crujido. Cualquier cosa habría podido producir ese sonido, salvo en esta situación. Se giró en redondo hacia las sillas de la terraza.

—Con retraso, tal como está de moda. Pero ¿también lo está colarse a hurtadillas por la parte trasera? Eso es nuevo.

—¿Dónde está mi hijo? Solo quiero rescatarlo. —Fabian apuntó a la sombra que, levantándose de la silla, sacaba una especie de arma con silenciador.

—Sugiero que entremos antes de que se enfríe el café.

—¿Qué demonios le has hecho?

—Ya hablaremos de eso. Como he dicho, hay otras cosas que debemos solventar primero. Y no soy yo quien se ha retrasado. —Se acercó a Risk y extendió la mano libre—. Propongo que tratemos de manejar la situación civilizadamente. Dame tu pistola. Te la devolveré cuando hayamos terminado.

Fabian vaciló. No podía quitarle los ojos de encima al hombre cuya figura se recortaba frente a él en la oscuridad. ¿Lo había visto antes o era la primera vez? ¿Habían estado en la misma clase? ¿O eso no era más que un juego?

—En todo caso, no te conviene dispararme hasta que encuentres dónde está el pequeño Theo.

No lo reconocía. ¿O sí? Quizá estaba demasiado oscuro. Tenía la sensación de que era la primera vez que se veían, pero al mismo tiempo había algo que le resultaba familiar, como una especie de *déjà vu*.

Abandonó los intentos de recordar, le entregó la pistola y dejó que lo guiara hacia el interior de la casa. En la sala de estar sonaba de fondo *La valquiria* de Wagner. Cruzaron varios pasillos hasta una cocina. En la mesa había dos tazas, una cafetera francesa y un plato de galletas.

—Toma asiento.

Fabian se sentó de mala gana en una silla, aunque todo su cuerpo le reclamaba

a gritos que se lanzara sobre el tipo, que le machacara la cabeza contra la mesa y lo obligara a confesar dónde había metido a Theodor.

Torgny Sölmedal se sentó frente a él, puso el arma sobre su regazo y bajó lentamente el émbolo de la cafetera.

—Te estarás preguntando por qué, ¿verdad?

—No me pregunto nada. Solo quiero que sueltes a Theodor. Él no tiene nada que ver con esto.

—Aunque no sea mi motivo principal, al quitarles la vida a varios de nuestros compañeros de clase he contribuido a que el mundo sea un poquito mejor. Lo cual es un efecto colateral positivo que debería alegrarnos a todos. —Sonrió mientras seguía empujando el émbolo hasta el fondo del recipiente.

—¡Mi hijo! ¿Dónde está?

—Cuando los fui localizando a todos, me resultó indignante lo poco inteligentes que eran. Creerás que exagero, pero ese viaje en coche con Jörgen, por ejemplo, fue una de las peores experiencias de mi vida. Te lo juro, una ameba sacaría un coeficiente intelectual más alto.

El émbolo llegó al fondo, y el tipo sirvió el café en las tazas.

Fabian se esforzó para no sufrir un ataque de nervios mientras estudiaba a la luz la cara de Torgny Sölmedal. Ahora entendía por qué nadie lo había reconocido. Su rostro era tan vulgar y tan anónimo que no poseía ningún rasgo especial por el que recordarlo. La nariz, los pómulos, la boca, los ojos: todo resultaba normal y corriente, hasta el último detalle.

—Sí, venga, mírame bien: no te quedará nada en la memoria. Si nos cruzáramos en Kullagatan dentro de una semana, no me reconocerías.

Risk se dio cuenta de que estaba en lo cierto, pero daba igual. Eso no importaba ahora. Sacó la carpeta de las huellas y la dejó sobre la mesa. Sus manos sudorosas dejaron varias marcas oscuras en la superficie de cartón.

—Aquí están tus huellas. Ahora quiero a mi hijo.

Torgny Sölmedal ni siquiera miró la carpeta.

—¿Leche?

—¿Quieres decirme qué tiene él que ver con todo esto?

—¿Leche: sí o no?

—¡Contesta! —Fabian dio un puñetazo en la mesa, derramando el café de las dos tazas.

Torgny Sölmedal le lanzó una mirada y limpió el estropicio con una servilleta floreada.

—Lo tomaré como un no. —Le pasó la taza de café y cogió una galleta—. Por desgracia, y lo digo muy en serio, has llegado demasiado tarde. Como te he dicho desde el principio, yo no sabía cuánto duraría el oxígeno, aunque visto de modo retrospectivo, he de reconocer que ha durado más de lo que esperaba: cuarenta y seis horas y treinta y tres minutos no está mal para un espacio tan reducido. Se ha rendido a las diez y diecisiete minutos.

Le pasó por encima de la mesa una tableta que mostraba la misma imagen que Fabian ya había visto antes. La única diferencia era que Theodor yacía ahora inmóvil.

No se notaba que respirara.

88

Ingvar Molander estaba convencido de que no se había dormido. Creía que se había tendido en el catre del sótano —para no despertar a Gertrude—, repasando una y otra vez los acontecimientos de los últimos días. Y, sin embargo, acababa de despertarlo el timbre de su móvil.

Era Lilja. No le apetecía contestar. Habría preferido fingir que no lo había oído y seguir durmiendo. Pero la mentira hubiera resultado demasiado obvia: en la comisaría sabían que tenía el sueño ligero y que el menor ruido lo despertaba, por muy cansado que estuviera.

—Aquí Molander.

—Hola, soy Irene. ¿Lo he despertado?

—Esperemos que sea importante.

—Las huellas que ha encontrado en el Peugeot han desaparecido. Risk se las ha llevado. Y, probablemente, se las ha entregado al asesino.

Molander se incorporó.

—Pero ¿qué demonios está diciendo? —acertó a decir, aunque la había oído a la perfección.

—Se lo explicaré luego. Lo importante es que las huellas han desaparecido y tenemos que…

—Espere. ¿El asesino estaba en la base de datos?

—Ni idea. No he podido comprobarlo antes de que desaparecieran las huellas.

—Pero ¿cómo diantre pueden haberse esfumado?

—Como le digo, Risk se las ha llevado. Pero eso ya da igual. Ahora la prioridad es encontrar más huellas cuanto antes.

—¿Y cómo cojones piensa conseguirlo? —Molander sintió una oleada de malhumor tan fulminante como una invasión alemana, y sabía que no tenía modo de combatirla. No solo lo habían despertado de un sueño que necesitaba con urgencia, sino que, además, habían perdido las huellas que debían servir para identificar al asesino: la prueba por la cual su colega danesa había arriesgado su puesto.

—Yo estaba pensando que si el tipo se volvió descuidado en el coche, también se habrá descuidado otras veces, ¿no?

—Sí, claro. O quizá no. Aunque fuera así, quedaría un pequeño problema: ¿dónde buscar?

—En la casa de Glenn.

—¿Cómo?

—De Glenn Granqvist, la segunda víctima.

—Sí, ya sé quién es. Pero ¿por qué…?

—Bueno, Glenn se golpeó la cabeza con el zapatero y sangró, ¿no?

Tenía razón. Su memoria fue saliendo de la modorra.

—Fue usted quien me mostró que el asesino había usado un trapo para limpiar la sangre del pasillo, y que incluso había escurrido y enjuagado el trapo para que no gotease.

—Sí. ¿Y qué?

—¿No le parece que se quitaría los guantes para escurrirlo y enjuagarlo?

Lilja acertaba. Era bastante probable que se hubiera quitado los guantes y que hubiera dejado alguna huella en el cuartito de la limpieza.

—Vamos ahora mismo.

89

Notaba las ropas pegajosas de sudor a pesar de que temblaba de frío. Sus vasos sanguíneos se habían contraído y redistribuían la sangre únicamente a los órganos más vitales. Estaba conmocionado, y su cuerpo reaccionaba en consecuencia. Todo lo que creía antes tan importante se había vuelto borroso y difuso. Lo único que deseaba era acurrucarse, hacerse un ovillo y llorar. Pero no podía: ahora no.

Puso las manos sobre la mesa para levantarse, pero cambió de opinión al darse cuenta de que no tenía energía.

—¿Dónde está?

—Resulta irónico que, de repente, hagas tantas preguntas sobre tu hijo.

—¿Irónico?

—Sí, que de la noche a la mañana te preocupes tanto por él. Yo no tengo hijos, pero diría que tu inquietud llega un poco tarde. Me imagino que habrás leído partes de su diario. Cualquiera que lo lea se preguntaría sin duda: «¿Dónde están los padres?». Tú te preguntarías lo mismo si no fueras el padre en cuestión. ¿No es cierto? —Torgny Sölmedal lo escrutó buscando un gesto de asentimiento, pero Fabian no movió ni un músculo—. Bueno, al menos estaremos de acuerdo en que tu amado hijo se estuvo preguntando hasta hace media hora dónde estaban sus padres.

Fabian deseaba abalanzarse sobre el hombre que tenía delante y aporrearle la cara hasta hacérsela papilla. Pero se contuvo; quería conservar el dominio de sí mismo a toda costa.

—Mejor hablemos de por qué estás aquí. Tú no formabas parte del plan original. Vivías en Estocolmo, y solo ibas a contribuir al número de víctimas al final de todo. Aparte de ti y de Lotta Ting, los demás seguían viviendo en Helsingborg. Pero entonces regresaste aquí. Yo, la verdad, nunca he entendido qué sentido tiene volver a la escena del crimen. Pero de repente estabas aquí otra vez, y pensé que quizá podía otorgarte un papel más importante en mi plan. Para serte muy sincero, no me preocupabas lo más mínimo: no puede decirse que tu carrera esté jalonada de una lista impresionante de éxitos. No te consideraba una amenaza inminente, lo cual resultó un grave error de cálculo: ha sido mi mayor error hasta ahora, y estuvo a punto de dar al traste con toda la operación. Así que te felicito: a ti y a tu instinto policial, por así decirlo. —Guardó silencio un momento y dio un sorbo de café—. Lo del coche fue algo impresionante. He tratado de imaginar cómo te las arreglaste para descubrirlo, pero no lo sé. Y no me lo digas, porque al final se me ocurrirá. Por cierto, se te está enfriando el café.

—Me da igual.

—Como quieras. Tus pequeñas victorias me obligaron a introducir algunos cambios en el plan; y, la verdad, ahora que la joya de la corona eres tú, en lugar de Monika Krusenstierna, ha quedado mucho mejor. ¿Te acuerdas de ella? Esa maestra, siempre con faldas a cuadros, que miraba para otro lado en cuanto sucedía algo incómodo. Un poco como tú, de hecho. Apuesto a que más de una vez has notado que tu hijo no estaba bien, pero que, como Monika, has decidido darle la espalda.

Fabian no pudo reprimirse más tiempo. Saltó de la silla, volcó la mesa y se abalanzó sobre Torgny Sölmedal, derribándolo. Vio que su propia pistola rodaba por el suelo y consiguió pararla con una mano. Pero entonces sintió que su cuerpo se acalambraba y notó un dolor ardiente en el abdomen.

Torgny Sölmedal apagó la pistola eléctrica y se zafó de él.

—¿A esto lo llamas una charla civilizada?

Fabian no podía responder: seguía tendido en el suelo, retorciéndose entre

espasmos. Su mente funcionaba, pero su sistema motor, no. Con el rabillo del ojo vio que Sölmedal dejaba las armas sobre la encimera, sacaba unas tijeras de cocina de un cajón y luego una jeringa de la nevera. Intentó decir algo, pero emitió un débil gemido.

Mientras, Sölmedal le metió las tijeras en la parte superior de la camisa y recortó en la tela un gran orificio para dejarle el cuello a la vista. Risk trató de resistirse, pero el cuerpo no lo obedecía. Sölmedal tanteó con los dedos y le encontró sin dificultad la arteria carótida.

90

Pese a que Irene Lilja condujo despacio para no despertar al vecindario, por una vez fue la primera en llegar. Pegó el coche a la cuneta y se detuvo. Sí, seguramente era la primera vez que tenía que esperar a Molander. Él siempre era puntual; siempre iba un paso por delante y ofrecía alguna solución.

Pero hoy era ella la que se había adelantado. Se le había ocurrido una idea tan buena que no podía postergarse para el día siguiente. ¿Sería ese el motivo de que tardara tanto y la estuviera haciendo esperar? Sopesó la idea de entrar y recoger las huellas por su cuenta, pero consideró que era demasiado arriesgado: Molander se ofendería y quizá se enfadaría de verdad. Además, era él quien tenía las llaves de la casa de Glenn.

Apagó el motor y los limpiaparabrisas se detuvieron a medio recorrido: una de las características de su coche que encontraba irritantes. Acostumbraba a parar el parabrisas antes de apagar el motor, pero esta vez no lo había tenido en cuenta. Estaría demasiado cansada. Ni siquiera tenía energías para irritarse.

Reclinó un poco el asiento y contempló la lluvia a través de la ventanilla. Había empezado hacía unos minutos, y era una lluvia ligera y muy esperada, así como imprevista. El verano había sido tan caluroso y soleado que casi se le había olvidado que existía la lluvia.

Las gotas que caían sobre el parabrisas formaron pequeños regueros y, al cabo de poco rato, ya no se veía casi nada, a excepción del resplandor distorsionado de la solitaria farola de la calle, que formaba una mezcla hipnótica de colores y

reflejos. Se estaba quedando cada vez más adormilada. Trató de calcular cuántas horas de sueño había arrancado a la pasada semana.

Doce minutos más tarde, abrió los ojos. Miró alrededor desconcertada, pero no vio otra cosa que la lluvia, que ahora repiqueteaba sobre la plancha del coche con tal violencia que temió que quedaran marcas en la pintura. Pero no había sido la lluvia lo que la había despertado: unos segundos antes había creído oír un fuerte golpe. Y entonces volvió a oírlo, justo a su lado. Había alguien fuera, pero la lluvia no le permitía ver con claridad quién era.

Bajó la ventanilla y vio la cara empapada de Molander.

—¿Le parece que me divierte estar aquí fuera esperándola?

—Ah, ¿ahora es usted el que ha de esperar? —dijo Lilja, pero el forense ya se dirigía hacia la casa. Se bajó del coche bajo el aguacero, abrió el paraguas y se apresuró para darle alcance—. ¿Por qué no ha traído paraguas?

Molander gruñó mientras probaba una llave tras otra.

—¿Quién demonios marcó estas malditas llaves?

—Espere, déjeme a mí.

Irene se hizo cargo del asunto y Molander no vaciló en coger el paraguas, sujetándolo de tal forma que ella tuvo la ocasión de probar el frescor de la lluvia mientras examinaba las llaves.

—Aquí está. Es «GG», por Glenn Granqvist —dijo abriendo la puerta.

Él le devolvió el paraguas sin decir palabra y desapareció por el interior de la casa. Mientras dejaba que el agua se escurriera sobre la esterilla, Lilja se cuestionó si Molander estaba en plan eficiente o de malhumor, aunque le daba lo mismo.

Cuando llegó al cuartito de la limpieza, él ya estaba ocupado esparciendo polvo por el interruptor. Aunque hacía un esfuerzo para mantenerse serio, Irene atisbó en su rostro una sonrisa casi imperceptible.

—Desde luego ha tenido suerte. Hay varias huellas aquí, tanto en el grifo como en el interruptor.

—¿Suerte? Querrá decir que estaba en lo cierto, ¿no? —dijo ella, obteniendo

por respuesta un silencio sepulcral—. ¿Y puede asegurar que son del asesino y no de Glenn?

Él le lanzó una mirada de cansancio y retiró las películas de plástico con la impresión de las huellas.

91

Limpió el café que se había derramado en el suelo. La taza había sobrevivido. Lo único que tenía que hacer era lavarla y secarla junto con la otra, y guardarlas en el armario. Cogió una galleta y se la metió en la boca. Tiró las demás a la basura y ató la bolsa. Aunque no pensaba regresar nunca más, le parecía importante dejarlo todo limpio y ordenado. Apagó la nevera y el congelador, desenchufó la tostadora y la cafetera y, cerrando las luces, salió de la cocina. Las demás habitaciones ya estaban arregladas. Le quedaba despedirse de la casa.

Había vivido allí casi dieciocho años. Era una buena casa, y la mayor parte del tiempo la había disfrutado. Pero ya la había vendido; era el final de una época. Los nuevos dueños se instalarían a principios de octubre, lo cual le daría a la policía un buen margen para acabar de registrarla. Ya se los imaginaba presentando las pruebas que él había ido sembrando con tanto cuidado.

Subió el volumen de *La valkiria*, que constituiría una fantástica banda sonora cuando llegasen, abrió la puerta principal y salió. Había empezado a lloviznar, pero sabía que iba a arreciar con fuerza; abrió el paraguas, cerró con llave y se alejó.

El coche estaba aparcado a unos quince minutos a pie, en el cruce de Köpingevägan y Malmögatan. Como no tenía prisa, caminó muy relajado. Todo había salido como esperaba durante las últimas horas y, por primera vez en muchos días, el plan estaba funcionando según el calendario previsto. Lo único que lo impulsaba a avivar el paso era la lluvia, que ya repiqueteaba sobre el paraguas. No quería mojarse. Tenía una muda en el coche, pero había escogido

una ropa especial para esa noche, que era la que llevaba puesta, y no podría cambiarse hasta que hubiese terminado y estuviera en el barco.

Tiró la llave de la casa a la alcantarilla y dobló a la derecha por Jönköpingsgatan, junto a la escuela Tycho Brahe. Siempre que pasaba cerca de su antiguo centro de estudios técnicos, recordaba que se había graduado con un 5,0 de media, la nota más alta de la clase, y que aun así había tenido que ver cómo le daban la beca a Claes Mällvik, que había sacado un 4,63. Aún se ponía enfermo al pensarlo. Todos se desvivían considerando lo dura que había sido la vida para Claes, y le habían concedido la beca como premio de consolación.

No podía negar que Jörgen y Glenn, por no hablar de Elsa y Camilla, se habían comportado de una forma horrible con Claes durante la primaria, y desde luego tenían bien merecida su suerte. Pero eso no cambiaba nada: él había detestado a Claes desde el primer curso, porque acaparaba toda la atención.

Tal vez había sido algo hasta cierto punto involuntario en primaria; en cambio, durante los años de la educación superior, Claes había aprendido a aprovecharse de la situación. Entonces ya nadie le ponía un dedo encima. Y se encargaba de que todos supieran lo mal que lo había pasado y de recordarles que debían compadecerlo infinitamente. La ceremonia de entrega de la beca había sido la gota que había colmado el vaso. Fue entonces cuando se prometió a sí mismo que Claes nunca más volvería a hacerle sombra.

Esa promesa tuvo consecuencias unas semanas más tarde. Él acababa de ser admitido en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Lund, y al cabo de un par de días, se enteró de que Claes también había entrado en Lund. En ese mismo momento decidió desechar sus planes universitarios y abrir su propia empresa. Habría de bastarle el diploma de ingeniería que había obtenido en la escuela Tycho Brahe.

Su idea había sido montar una especie de taller en el que construiría máquinas de diseño especial. Al principio no le sobraban los encargos, pero al menos podía ir pagando el alquiler. Al difundirse a gran escala el uso de los microprocesadores, estudió todos los manuales que pudo sobre el tema y trabajó

quince horas diarias. Le encantaba su trabajo. Después de crear unas cuantas patentes —incluida la de un afilador de cuchillos que IKEA vendió por todo el mundo, así como el dispositivo de alimentación de la mayoría de las máquinas con reciclaje de botellas automático—, había alcanzado una cómoda situación financiera.

Más adelante se daría cuenta de que nunca había sido tan feliz como en esa época. Incluso se había olvidado de Claes. Poco podía saber entonces que habría de encontrárselo unos años después, aunque para causarle un sufrimiento tan atroz que solo de recordarlo volvía a revivirlo todo de nuevo. En aquel entonces, su único problema era el mismo con el que se había debatido a lo largo de su adolescencia.

La soledad.

Empezaba a llover con más fuerza y tuvo que sujetar el paraguas con ambas manos para no mojarse. Dobló a la izquierda por Malmögatan y divisó su coche. Consultó el reloj y calculó que le quedaba tiempo. Todo le estaba saliendo a pedir de boca. Incluso le quedaban energías para reírse de aquella época en la que estaba tan desesperado por encontrar pareja que había creado un perfil en una web de citas en línea, lo cual resultaba patético a más no poder.

Había conocido a algunas mujeres, pero nunca habían pasado de tomarse un café. En cada cita tenía que tragarse su humillación cuando ellas inventaban excusas para marcharse antes de hora. Esas mentiras piadosas pretendían dorarle la píldora, pero no hacían más que empeorar las cosas.

Le había costado mucho superarlo en el caso de una mujer en concreto. Esa ni tan siquiera se había molestado en inventar un pretexto. Se había levantado para ir al baño a media conversación y ya no había vuelto. Él había estado esperando tres cuartos de hora antes de comprender lo que ocurría y, además, tuvo que pagar la cuenta de ambos. Ahora no entendía por qué se lo había tomado tan a pecho ni por qué no se había tragado su orgullo y había seguido adelante.

Había sentido la necesidad de poner un final, de modo que decidió contactar otra vez con la mujer y exigirle una disculpa. Ella le paró los pies. Entonces

había creado un perfil diferente en el que se presentaba como director artístico de una agencia de publicidad y decía trabajar también como modelo. Utilizó una fotografía de un anuncio de camisas Stenströms. No tardó en conectar con la mujer, y quedó con ella en Le Cardinal.

Se aseguró de llegar quince minutos antes. Tomó asiento en un rincón apartado de la barra que le permitía vigilar la puerta. Observó cómo ella entraba y recorría el local con la vista buscando a su cita. La estudió a sus anchas mientras la acompañaban a una mesa y pedía una copa de vino tinto, sin dejar de mirar el reloj. La mujer se sentía cada vez más incómoda, sentada allí sola, y le dijo al camarero por tercera vez que aún no iba a pedir la cena, sino otra copa de vino y unas almendras. Él disfrutó de cada segundo, como si cada uno fuese una gota de un *champagne* de lujo rescatado de un naufragio.

Pasaron cincuenta y ocho minutos antes de que ella pagara y saliera del restaurante, sin notar que alguien la seguía. Caminaba con un taconeo vivo e irritado por Knutpunkten y subió a un autobús; él se las arregló para sentarse detrás de ella. Como todos los demás, ni siquiera había advertido su presencia. Se bajó en Adolfsberg, y él la siguió, manteniendo las distancias, hasta su casa. Cinco minutos después, había entrado y llamado a su puerta…

Por fin llegaba a la altura del coche. Llovía con tanta fuerza que no cerró el paraguas hasta que estuvo dentro del vehículo. Lo dejó en el suelo, frente al asiento del copiloto, y cerró la puerta; luego giró la llave en el contacto y dejó el motor al ralentí para que se fuera despejando el vaho del parabrisas.

La mujer había tardado apenas un minuto en abrir la puerta, pero él lo recordaba como uno de los más largos de su vida. Ella le lanzó una mirada burlona, acaso por su barba incipiente o por su cara anónima, y le preguntó quién era y qué quería. Él le recordó su cita.

La mujer intentó cerrar la puerta, pero él fue más rápido, metió el pie y se abrió paso por la rendija. Después la violó. Lo hizo allí mismo, en la alfombra del vestíbulo: no porque la deseara, sino para humillarla.

Tal como ella lo había humillado a él.

La mujer lo denunció, por supuesto, y a él lo detuvieron y lo interrogaron. Le tomaron las huellas e intentaron obligarlo a confesar. Él negó rotundamente que se hubiera tratado de una violación. Reconoció que habían mantenido relaciones sexuales y que la cosa se había puesto tal vez algo violenta, pero nunca sin el consentimiento de ella. Al fin, tras varios días en el calabozo, no tuvieron más remedio que dejarlo libre.

Encendió el GPS, introdujo la dirección y se puso en marcha por Malmögatan, en dirección a Södra Stenbocksgatan. En dieciocho minutos llegaría a la primera casa.

92

—Esto es lo mejor que podemos ofrecer. —Ragnar Palm extendió el brazo hacia la zona común de la prisión que habían puesto a disposición de la policía.

Tuvesson recorrió la sala con la vista.

—Sigue teniendo aspecto de cárcel.

—Quizá porque es una cárcel…

—¿Cuántos baños tendrán?

—Dos. ¿Qué proporción hay de mujeres y hombres?

—Son cinco y cinco.

Los diez catres se alineaban a lo largo de dos paredes, con una separación de unos pocos metros y unas sillas entre medias que hacían las veces de mesita de noche. Tuvesson se sentó sobre uno de los catres y se preguntó si ella habría accedido a dormir aquí, incluso tratándose de un único fin de semana; aunque, a decir verdad, ignoraba cuánto tiempo habrían de quedarse.

Palm se sentó en el catre de enfrente y le dijo:

—¿Cree que funcionará?

—Tiene que funcionar. No podemos hacer nada más.

—Espero que sea consciente de que si esto trasciende…

—Ragnar, esto no puede filtrarse bajo ninguna circunstancia, al menos antes de que detengamos al asesino. ¿Cuántas personas están al corriente?

—Las estrictamente necesarias: mi jefe y algunos miembros del personal que no constituyen ningún problema. Tienen una cláusula de confidencialidad. Pero los presos, no.

Entonces sonó el teléfono de Tuvesson. Era Klippan.

—Ya los he avisado y voy a empezar a recogerlos ahora.

—¿Han accedido?

—Sí, pero hacen un montón de preguntas que no puedo contestar. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Estoy en la prisión y… bueno, esperemos que no tengan que quedarse aquí mucho tiempo.

—¿Los hemos localizado a todos?

—Sí, salvo a Seth Kårheden. Se suponía que iba a aterrizar en Kastrup hace dos horas y media; debería estar a punto de llegar a su casa.

—¿No ha encendido el móvil?

—No, parece que no.

—¿Dónde vive?

—En Domsten. Iré a buscar a los demás y seguiré llamando. Si no contesta, iré allí directamente.

Tuvesson colgó, se levantó del catre y se dirigió a la salida.

Fabian Risk había creído que iba a morir como los restantes alumnos de la clase, pero acababa de recobrar el conocimiento (con un tremendo dolor de cabeza, eso sí); al parecer no había llegado su turno. Todavía. Despertar era un castigo peor que la muerte: como una pesadilla en la que él seguía vivo y Theodor estaba muerto.

Oyó un zumbido apenas perceptible y notó una ligera vibración en la cabeza. Enseguida volvió a instaurarse un silencio absoluto. Intentó moverse, pero descubrió que estaba amarrado a una vieja silla de dentista. Tenía los pies, las piernas y los brazos atados con correas; en cuanto a la cabeza, no sabía cómo la tenía sujeta, pero al tratar de moverla sintió un dolor más intenso en las sienes. El artilugio, fuera cual fuese, le sobresalía a ambos lados del rostro, como si

contara con unas anteojeras que solo le permitían mirar al frente. Lo único que veía era una pantalla oscura instalada en una pared curvada.

Volvió a captar el débil zumbido y también la vibración en la cabeza. Al mismo tiempo, la pantalla se iluminó y mostró un retrato en blanco y negro de un joven Torgny Sölmedal. La fotografía databa de los últimos años de primaria y debía de haber sido tomada por un fotógrafo en un estudio bien iluminado. Sölmedal se hallaba sobre un taburete alto, peinado con raya en medio y vestido con su mejor camisa; miraba directamente a la cámara con una cálida sonrisa.

¿Cómo era que nunca había reparado en él? No lo entendía. ¿Y cómo era que nadie en la clase tampoco se había fijado en él, ni tan siquiera su tutora, Monika Krusenstierna? Paradójicamente, era él mismo quien se veía obligado a ocupar el lugar de aquella mujer en esa pequeña habitación sin ventanas, de paredes curvas cubiertas de cortinajes negros, donde no había otra iluminación que la procedente de la pantalla. Oyó de nuevo el zumbido. Y esta vez notó que su campo de visión se había desplazado un poco a la derecha.

Ahora entendía lo que pasaba. Torgny Sölmedal tenía razón: él era culpable exactamente de lo mismo que Monika.

Pero la víctima era su propio hijo.

Irene Lilja estaba sentada detrás de Molander, que escaneaba las huellas y las cotejaba con la base de datos. El agotamiento de la inspectora parecía haberse desvanecido; y lo mismo ocurría con el malhumor de Molander. Ambos intuían que estaban cerca de dar un paso decisivo, aunque el proceso podía prolongarse tal vez unos minutos o varias horas.

—¿Hay algún modo de acelerar la búsqueda? —preguntó Lilja.

—Sí. Restringirla a los hombres nacidos entre 1965 y 1967.

—¿Y cuánto tardará?

—Ni idea —respondió Molander. Colocó un almohadón en el suelo, se tumbó encima y cerró los ojos.

Lilja pensó que su compañero hacía bien, pero ella sería incapaz de dormirse estando tan cerca de algún descubrimiento. No podía apartar los ojos de la pantalla, donde la base de datos de las huellas almacenadas parpadeaba como si nunca fuese a terminar. Ella, no obstante, lo presentía. Lo notaba en sus entrañas.

En cualquier momento, el parpadeo se detendría.

93

Había llegado a casa a la una y cuarto de la madrugada y no llevaba allí más de quince minutos, pero el teléfono ya había sonado al menos cinco o seis veces. Desde luego, no pensaba contestar. Detestaba los números sin identificar. Opinaba que, si no estabas dispuesto a dar a conocer tu identidad, no merecías que te respondieran.

En vez de atender, pues, se duchó y se afeitó. Como se había dejado crecer la barba durante las vacaciones, tuvo que darse una pasada con la maquinilla antes de utilizar la cuchilla. El bigote no, por supuesto. Lo llevaba desde que tenía memoria y estaba muy orgulloso de él. Pese a los cambios de la moda a lo largo de los años —desde los bigotitos finos hasta las barbas pobladas—, él nunca se había tocado ni un pelo del bigote, aparte de recortárselo un par de veces a la semana.

Sería Kerstin la que llamaba. Era la única persona que él conocía que ocultaba su número. Había empezado a hacerlo hacía unos años, porque decía que él nunca descolgaba el aparato cuando llamaba. Como si fuera a responder por eso. Ojalá parase de llamarlo de una vez y le dejara instalarse con tranquilidad.

Trató de sacudirse a Kerstin de sus pensamientos. Se puso el pijama y se acercó a la chimenea. Estrujó unas hojas de periódico y unas virutas de madera, y colocó tres troncos encima. Bastó con una cerilla, como siempre.

No se sentía cansado en absoluto, y estaba deseando leer el *Helsingborgs Dagblad*, que pronto se lo dejarían en la entrada. Eso era, seguramente, lo que más había echado en falta durante el viaje: sentarse delante de la chimenea

mientras los demás dormían y leer el periódico de la mañana. A Kerstin nunca le había gustado esa costumbre suya. De hecho, siempre se quejaba por tener que leer un periódico «viejo» cuando por fin se levantaba de la cama.

Lo más probable es que también lo hubiera llamado al móvil. Ella no podía saber de ningún modo que lo había tirado. En principio, su idea había sido mantenerlo apagado durante la peregrinación, y se sorprendió al constatar que no le había costado nada prescindir de él. Al contrario, había resultado un auténtico placer estar ilocalizable. Y un día, mientras contemplaba uno de los valles más profundos de los Pirineos, lo había hecho sin más: lo había tirado. Durante el camino restante, había disfrutado de la única compañía del silencio.

Otros peregrinos trataban a veces de acercarse y darle conversación, pero él no les respondía. Le tenía sin cuidado lo que pensara la gente. No iba a romper su silencio, lo cual le parecía cada día más importante. Y al cabo de poco tiempo sus propios pensamientos cambiaron: surgieron renovados por completo, tan frágiles como si acabaran de salir del cascarón. Ya ni recordaba la última vez que había sido capaz de tener sus propias ideas sin que lo interrumpiera su jefe, o Kerstin, o….

Más timbrazos. Pero esta vez no se trataba del teléfono; era la puerta. ¿Quién podía llamar a estas horas de la noche? Del teléfono era fácil no hacer caso; hasta podías desenchufarlo. Pero un timbre era otra cosa. Fue a la puerta y abrió. En el umbral, había un hombre al que nunca había visto, sujetando un paraguas.

94

Respiraba, pero no tenía la sensación de estar aspirando nada de aire. ¿O quizá no respiraba? Tal vez su cuerpo había dejado de funcionar, y la idea de que respiraba no era más que un pensamiento residual, un último destello antes de que su cerebro quedase anulado del todo, como la pata de una araña que sigue agitándose tras ser arrancada del cuerpo.

¿Así te sentías cuando te ahogabas? Había oído que esa era una de las formas más dolorosas de morir, pero esto no dolía en absoluto. Apenas notaba nada, ni siquiera el contacto metálico de la trampilla en sus pies. Tenía la vaga impresión de que estaba desvaneciéndose poco a poco, desapareciendo.

Pero entonces se presentó la ocasión que llevaba días esperando. O quizá eran horas, no tenía ni idea. Había perdido la noción del tiempo hacía mucho. Le llegaba un ruido sordo a través de la paredes; una puerta lejana abriéndose y cerrándose, y luego alguien gritando. No distinguía lo que decía, pero era sin duda alguien que gritaba. A no ser que se tratara de otro esfuerzo desesperado de su parte para negarse a aceptar la realidad: la alucinación de que venían a socorrerlo.

No importaba, pensó. Si estaba muerto, que así fuera; si no, esta era su última oportunidad. Reunió todas sus fuerzas y alzó los pies. O al menos, creyó que los alzaba. Lo importante era aporrear la trampilla y armar todo el ruido que pudiera. Intentó gritar, pero le salió una especie de susurro. La trampilla resonó como un tambor desafinado cuando la golpeó.

Consiguió patearla tres veces, pero no pasó de ahí, por más que lo intentó. Volvió el silencio sofocante. Le parecía como si llevara mucho tiempo conteniendo la respiración.

Había oído que el récord mundial conteniendo la respiración era de más de siete minutos. ¿Cuánto tiempo podría aguantar él? ¿Cuántos minutos resistiría? La verdad era que no quería morir; ahora, no. Durante unos años se había pasado el tiempo pensando que sería perfecto abandonar, dejar de luchar y flotar en la nada.

La oscuridad que lo rodeaba venía a ser como un abrazo cálido y acogedor. Si hubiera sabido que sería tan sencillo… No habría tenido que luchar y sentir miedo ni golpearse hasta sangrar. Se hundió cada vez a mayor profundidad y al final…

Al final, vio la luz.

95

Su cara inundaba toda la pantalla. Aunque lucía una barba poblada y pulcramente recortada, parecía tan anónima que Irene Lilja comprendía al fin por qué nadie había reparado en él. Se quedó mirando la imagen con fijeza, e incluso se le olvidó parpadear hasta que le lagrimearon los ojos. Quería encontrar algún rasgo destacado que pudiera recordar, pero no veía ninguno. Ninguna ligera asimetría; tampoco una nariz demasiado grande ni demasiado pequeña, los ojos no eran de ningún color en particular. Trató de imaginarse la cara que se ocultaba tras esa barba, pero no se le ocurría nada específico: solo dos ojos, una nariz y una boca. Era un tipo tan vulgar y corriente que la imagen de su rostro se desvanecía en cuanto cesabas de mirarlo.

No parecía la clase de individuo capaz de cortarle las manos o de abrirle la garganta y hacerle una corbata colombiana a una víctima que estaba viva. Parecía más bien… ¿qué era lo que parecía? Desistió. Nunca sería capaz de describirlo; solo podría decir que llevaba barba y que parecía increíblemente vulgar.

Pero sí había algo que le resultaba conocido en el nombre de Torgny Sölmedal. Estaba segura de haberlo oído antes.

—Pero… ¿qué demonios? ¿Ha aparecido una coincidencia en los datos?

Lilja asintió en silencio. Se le había olvidado que Molander se había quedado dormido a sus pies. Estaba demasiado abstraída rebuscando en su memoria. Y por fin encontró la conexión.

Molander, entretanto, se había levantado y leyó en voz alta el texto que aparecía en la pantalla: «Torgny Sölmedal. Detenido en 2005 por violación…».

—Pero fue puesto en libertad por falta de pruebas. Y además, su nombre había aparecido al principio de la investigación. Claes Mällvik, o Rune Schmeckel, como se llamaba entonces, le operó de la próstata en 2004 y se olvidó dentro unos clips de plástico… Se armó un gran escándalo en la prensa, y Schmeckel incluso tuvo que abandonar su puesto una temporada…

—¡Ah, sí! Ya lo recuerdo. El mero hecho de pensarlo resulta doloroso.

Astrid Tuvesson se apresuró bajo la lluvia, con el móvil pegado a la oreja, y ayudó a subir a Lena Olsson al asiento trasero.

—¿Y está segura de que es él?

—Sí, prácticamente sí —respondió Lilja—. Hay una única persona con ese nombre en la guía, y vive en el número veinticuatro de Motalagatan, en Husensjö.

—¿En Helsingborg?

—Sí. Molander y yo podemos llegar allí en diez minutos.

—No pueden ir sin un equipo de las fuerzas especiales —dijo Tuvesson, tratando de meter la maleta de Lena Olsson en el maletero—. Llame a Malmö y espere a que lleguen.

—Vamos, Astrid. No podemos esperar a la gente de Malmö. Tardarán más de una hora y media. Hemos de ir ahora.

«Irene tiene razón», pensó la comisaria, mientras volvía a sacar la engorrosa maleta y cerraba el maletero. Pero no quería perder a dos de sus mejores compañeros en una emboscada.

—¿Hola? ¿Sigue ahí?

—Está bien, vayan solos, pero quiero que tengan mucho cuidado. —Metió la maleta mojada en el reposapiés del asiento del copiloto y cerró la puerta—. Si se huelen algo sospechoso, den marcha atrás, ¿entendido?

—Sí, vale.

—¡Hablo en serio, Irene!

—De acuerdo. Por cierto, ¿cómo van las cosas por ahí?

—Acabo de recoger a Lena Olsson y a Steffan Munthe y ahora voy a por Lina Pålsson.

—¿Y qué sabe del peregrino solitario? ¿Ha respondido ya?

—No. Voy a intentarlo por última vez. Si no contesta, iré directamente a su casa.

Cortaron la llamada. Mientras rodeaba el coche, Tuvesson marcó el número fijo de Kårheden. Sonó. Cuando ya estaba abriendo la puerta para subirse, contestaron.

—Aquí Kårheden —contestó una voz.

—Hola. Ya creía que no iba a responder. Me llamo Astrid Tuvesson. —Vaciló un momento, sin saber si debía subir al coche o mantener la conversación bajo la lluvia. Pensó que ya no podía mojarse más, de todos modos.

—¿Nos conocemos?

—Perdone. Soy comisaria de la policía de Helsingborg.

—¡Ah!

—Llevo toda la noche intentando localizarlo.

—Sí, acabo de volver de un viaje a España.

—Eso nos habían dicho. ¿Ha seguido las noticias sobre lo que ha ocurrido aquí mientras estaba fuera?

—No, no, en absoluto. ¿No son para eso las vacaciones? Pero he visto los carteles de prensa en el aeropuerto. ¿Es cierto lo que dicen? ¿Pretende asesinar ese tipo a todos los miembros de la clase?

—No lo sabemos a ciencia cierta, pero tenemos muchos motivos para creerlo.

—Qué espanto. ¿Y no han encontrado ninguna pista sobre la identidad del asesino?

—Sí, pero no puedo entrar en detalles. Lo llamo porque la única forma que tenemos de ofrecerle protección es llevarlo a la prisión junto a sus antiguos

compañeros de clase. ¿Qué le parece si paso a recogerlo?

—¿Ahora?

—Sí, dentro de una media hora.

—¿No podemos dejarlo para más tarde o para mañana? Acabo de llegar a casa y he estado fuera más de un mes.

—Digámoslo así: creemos que corre usted un riesgo extremadamente elevado, pero la decisión en último término es suya. No podemos obligar a nadie a venir.

Se produjo un silencio.

—De acuerdo. Lo entiendo.

Tuvesson colgó, se sentó al volante y giró la llave de contacto. En el asiento trasero reinaba un silencio tenso y expectante. A través del espejo retrovisor, vio que los tres pasajeros contemplaban la lluvia con aire evasivo.

Comprendía cómo se sentían.

96

Fabian oyó un leve zumbido y notó que su cabeza giraba un poco más. Debía de tenerla girada noventa grados, incluso algo más. Ahora era otra pantalla la que inundaba su campo visual, y también mostraba una fotografía en blanco y negro de Torgny Sölmedal. Aparecía tan repeinado y tan sonriente como en la otra, pero esta vez de adulto.

Quería que lo vieran así. Cuando todo hubiera terminado, esas fotos circularían por el mundo entero; y tal como le ocurría a Fabian, que tenía la cabeza inmovilizada en una silla de dentista, nadie sería capaz de mirar para otro lado.

Pero en ese momento sucedió algo con la fotografía. ¿Serían imaginaciones suyas? No, no: algo estaba pasando. El espacio entre los ojos se había estrechado, la nariz parecía diferente. Lo mismo sucedía con el pelo: se había oscurecido y lo llevaba más largo, y ahora ya no sabía si seguía mirando a Torgny o si miraba a otra persona. Lo único que sabía con certeza era que la cara se estaba transformando.

Oyó el zumbido una vez más y su cabeza giró de nuevo. Ya tenía el cuello sometido a una considerable tensión, aunque todavía no le dolía. Ignoraba cuántos grados más podría girarla y si el cuello se le partiría de golpe, o si su recorrido hacia un inevitable final estaría acribillado por múltiples y minúsculos momentos catastróficos. No lo sabía. Ni siquiera sabía cuál de las dos posibilidades prefería. La idea de morir no era tan problemática como la de sobrevivir.

La cara de la pantalla que tenía delante continuaba cambiando, y apreció que se iba pareciendo cada vez más a la de su hijo. Esa foto la había sacado él mismo la pasada primavera, en el cumpleaños de Theodor. Habían comido para celebrarlo en el Hard Rock Café, donde él estuvo todo el rato pensando en lo irritante que resultaba la música tan alta.

Sonó otro zumbido y, de nuevo, su cabeza giró un poquito más. Pero esta vez fue distinto, porque ahora sintió —y también oyó— cómo le crujía el cuello.

97

La lluvia había cesado al fin, como si alguien hubiera cerrado un grifo de golpe; caían gotas esporádicas, pero el agua seguía fluyendo hacia las alcantarillas, en busca de algún colector que no estuviera inundado. Irene Lilja se calzó las botas y luego se acercó a Molander y lo ayudó a ponerse el chaleco antibalas. Él no dijo una palabra, pero era evidente que no tenía ningunas ganas de acompañarla.

«Soy técnico forense, no un puto agente de las fuerzas especiales», decían sus ojos. Él nunca había utilizado un arma; lo más parecido que hacía a veces, en todo caso, era salir a pescar. Irene terminó de ayudarlo y se puso su propio chaleco.

—De acuerdo, vamos.

Cerraron el coche, cada uno cogió una de las bolsas de instrumental de Molander y echaron a andar por Motalagatan, que estaba desierta. «No tiene nada de extraño», pensó Lilja. Estaban en plena noche, y el chaparrón que había caído la última hora mantenía encerrados en casa a la mayoría de los noctámbulos. Llegaron al número 24 y vieron que era una casa con el mismo aspecto que las demás. ¿Qué esperaba? ¿Una mansión destartalada donde un lunático interpretaba al órgano sus diabólicas fantasías?

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Molander.

Lilja reflexionó. Había algunas luces encendidas, pero casi todos los indicios señalaban que él no estaba en casa. Aunque por otro lado, ya no podían tener la certeza de nada; salvo que no les quedaba mucho tiempo.

—De la manera más rápida. —Lilja subió los escalones de acceso, probó con cautela el pomo de la puerta y se apartó para que fuera Molander quien se encargase de abrirla.

Ambos quitaron el seguro de sus armas y entraron en el vestíbulo. La luz procedente de la sala de estar se derramaba por el pasillo. Oyeron las notas de una música clásica.

—Wagner —susurró Molander detrás de Lilja—. Es *La valquiria* de Wagner.

Atravesaron el pasillo hasta la sala de estar. Estaban encendidas todas las luces y la música sonaba muy alta. Antes de que Lilja entrase, Molander la sujetó del brazo.

—Él quiere que entremos. Mire las luces y la música. Quiere ver cuántos somos.

—¿No podríamos bajar la música? Me está desquiciando los nervios.

El forense señaló con la barbilla la caja de fusibles. Se acercó y la abrió. Cada fusible correspondía a una habitación de la casa y estaba marcado con una pulcra etiqueta. Bajó el correspondiente a la sala de estar, pero la música siguió sonando. Probó algunos fusibles más, pero no pasaba nada.

—Parece que ha modificado el circuito saltándose la caja de fusibles. Me temo que va a tener que aguantar esa música. Es uno de sus montajes más ingeniosos, no cabe duda.

—¿Y si lo que pretende es alejarnos de la sala de estar y mantener encendida esa música estresante? Quizá hay algo que quiere tapar con la música. Y suponiendo que haya cámaras ahí dentro, ¿quién dice que no las hay por toda la casa?

Molander acabó entrando en la sala, se fue directo al estéreo y pulsó el botón de STOP.

—¿Contenta?

Lilja lo siguió y miró alrededor. Apenas había mobiliario: un sofá de cuero —un La-Z-Boy—, una mesita de cristal y una librería, que, aparte del estéreo, estaba vacía. Una vez que el forense hubo terminado de examinar la sala y

llegado a la conclusión de que no había cámaras ocultas ni micrófonos, se dispusieron a registrar el resto de la casa, que había sido sometida a una buena limpieza y estaba en gran parte vacía. Todo, hasta los más mínimos detalles, parecía impoluto; Molander ni siquiera encontró huellas en la cocina ni en el baño. Lo único que vio fue una pequeña esquirla de porcelana en el suelo de la cocina, nada más. El sótano y el desván también estaban vacíos e impecables.

Ingvar empezaba a impacientarse. Pensó que habrían de desplazarse a la otra dirección registrada a nombre de Sölmedal, donde se hallaba su taller, pero Lilja aún no estaba dispuesta a marcharse. Tenía la sensación de que algo se les había escapado, pero no sabía por dónde buscar. Era evidente que la casa había sido despojada del menor indicio que pudiera ayudarlos a avanzar.

El asesino había previsto que se presentarían allí y se había preparado a conciencia. Irene se sentó en la cama mientras Molander escuchaba con el estetoscopio aplicándolo en las paredes del dormitorio. Él ya le había dejado bien claro que eso era lo último que pensaba hacer en la casa. Y ella estaba de acuerdo: si no oía nada sospechoso, se marcharían.

Molander se giró hacia ella, negando con la cabeza.

—¿Nada? —preguntó Lilja.

—No. Ni siquiera el zumbido del sistema de ventilación.

—Entonces, ¿dónde coño está?

—¿Risk o Sölmedal?

—Los dos.

—Podrían estar en cualquier parte, pero vamos a registrar el taller de Sölmedal.

Ella asintió. Molander tenía razón: habían de ir allí de inmediato. Se levantó, se acercó al armario que había frente a la cama y abrió la puerta.

—Bueno, decídase —dijo Molander, mientras ella echaba una ojeada a las aburridas prendas de color beis colgadas de las perchas.

—De acuerdo. Vamos al taller. ¿Dónde dice que estaba?

—En el número dos de Frejagatan. Queda en esa zona industrial al norte de

Råå.

Salieron del dormitorio y cruzaron la sala, donde *La valquiria* acababa de empezar a sonar otra vez. Intercambiaron una mirada, salieron de la casa y se dirigieron hacia el coche. Lilja sentía una gran frustración por dentro. Esto era como jugar a piedra, papel, tijera; con la particularidad de que Sölmedal siempre sabía con antelación lo que escogerían. Si ellos optaban por papel, él sacaba tijeras. Cada vez los había sorprendido con una jugada imprevista.

Ella no había creído que fueran a encontrarlo en casa. Tampoco esperaba encontrarlo en el taller. Pero lo único que podían hacer era ir allí y confiar en que descubrirían algo. Cosa que el tipo sabía, claro. Ellos tirarían piedra y a él le bastaría con tirar papel. Pero ¿qué habría escrito en el papel esta vez? ¿Otra dirección, registrada bajo otro nombre? No, eso resultaría demasiado obvio. Si quería sorprenderlos, tenía que ser otra cosa. Algo…

Sus pensamientos se vieron interrumpidos porque Molander se detuvo de repente en el cruce de Östhammarsgatan y miró fijamente hacia uno de los patios.

—¿Qué pasa?

Él, sin decir palabra, se acercó a una caja de electricidad que sobresalía de la acera.

—¿Qué pasa, Ingvar? ¿Qué hace?

—Aquí está. —Se agachó y pegó el oído a la ronroneante toma de aire que había junto a la caja eléctrica.

—¿Puede hacer el favor de decirme…?

—Que me aspen si no la ha traído hasta aquí para que no se oyera nada desde la casa. —Señaló hacia atrás a lo largo de la acera. Había un tramo de medio metro de ancho de pavimento nuevo que se extendía hasta la casa de Sölmedal.

«Lo sabía, lo sabía», pensó Lilja, mirando a Molander, que ya volvía sobre sus pasos.

98

Lina Pålsson ya estaba esperando en la puerta, en Norra Hamnen, cuando Tuvesson llegó para recogerla.

—Hola, yo soy Astrid. Apretújese ahí detrás; ya me encargo yo de la maleta —dijo abriendo el maletero.

Lina le entregó la maleta.

—Deduzco que todavía no lo han atrapado, ya que nos van a encerrar a todos. Pero ¿cómo va la investigación si ya saben quién es el asesino?

—Perdone, pero ¿usted cómo lo sabe? —preguntó Tuvesson. Lina le explicó la visita de Fabian de esa tarde, durante la que habían recordado al fin el nombre del alumno olvidado.

Tuvesson no sabía qué decir. ¿Era esa la razón de que Risk hubiera actuado de un modo tan extraño? Estaba como mareada ante la cantidad de pensamientos que le daban vueltas en la cabeza. Pensó que soportaba una tensión excesiva para evaluar las implicaciones de que Lina tuviera esa información, y le pidió que, de momento, no contase nada a los demás.

Doce minutos después, entraron en el sendero de grava que había frente a la casa de Seth Kårheden. Ninguno de los tres antiguos compañeros de clase había dicho una palabra durante el trayecto. Ella había intentado varias veces romper el silencio: un silencio que parecía absorber todo el aire del coche como un globo en expansión. Les había preguntado si ellos habían celebrado algún encuentro de antiguos alumnos y les había hablado de su propia clase, en Malmö: según le habían contado, muchos de sus compañeros se reunían

regularmente. Pese a sus esfuerzos, solo había obtenido algunas respuestas educadas. También había intentado poner la radio, pero enseguida había renunciado: «Stayin' Alive» de los Bee Gees no parecía una canción muy apropiada.

Seth Kårheden los estaba esperando con una bolsa de viaje entre los pies y una gorra baja tan gastada y descolorida que debía de haberlo acompañado durante toda su peregrinación.

Ella lo saludó con la mano y le indicó el asiento del copiloto. Había cesado de llover, pero prefirió quedarse dentro para que el calor del coche le secara los tejanos. Kårheden rodeó el vehículo, abrió la puerta del copiloto y subió, procurando no ensuciar la maleta de Lena Olsson, que ocupaba la mayor parte del reposapiés.

—Hola. Usted debe de ser Astrid Tuvesson.

Ella le estrechó la mano, dándole la bienvenida, y pensó que casi tenía mejor aspecto en persona que en la fotografía que habían encontrado en Internet. Era bastante guapo, dejando aparte ese horrible bigote. Él se volvió hacia el asiento trasero.

—Espera, no me lo digas. Tú debes de ser Lena Olsson.

Lena asintió.

—Han pasado muchos años, pero no se me olvida lo buena que eras jugando a la rayuela. Nadie podía contigo.

Ella se echó a reír.

Sonó el móvil de Tuvesson, que respondió mientras daba marcha atrás en el sendero. Era Lilja. Le explicó que habían vuelto a entrar en la casa porque Molander había encontrado una salida de aire varias casas más abajo. La comisaria no entendía las implicaciones de ese hallazgo, y, aunque tenía una fe absoluta en el instinto del forense, quería comprender bien lo que se proponían. Pero no le dio tiempo de preguntar.

—Tengo que dejarla —dijo Lilja—. Creo que Molander ha encontrado algo.

—Vayan con cuidado. —Eso fue lo único que pudo decir antes de oír un clic.

—¡Y aquí está el payaso de la clase! ¡Stefan! ¿Cómo estás? Me han dicho que abriste tu propio negocio.

Stefan Munthe asintió y les habló de su firma de consultoría, que asesoraba a varias compañías para mejorar sus comunicaciones internas.

—Yo no he contactado con nadie durante tres semanas enteras, así que ya me perdonaréis por cotorrear más de la cuenta. Tengo una necesidad irreprimible de hablar.

—¿Y a mí —terció Lina Pålsson— no me reconoces?

Seth Kårheden se volvió hacia ella, sonriendo.

—Te estaba dejando para el final. Nadie se olvida de la chica más guapa de la clase.

Lina soltó una risita y Tuvesson sonrió, aliviada. Al menos, el trayecto a la prisión no sería tan deprimente. Se detuvo en un semáforo rojo de Drottninggatan, frente al Stadsteater. Eran más de las dos de la madrugada, y la oscuridad cubría la calle como una manta mojada; algunos noctámbulos dispersos buscaban un garito donde tomarse una copa después de la hora permitida. Astrid conocía todos los informes oficiales, pero seguía pensando que las limitaciones legales acerca del consumo de alcohol eran un crimen contra la humanidad y tenían más efectos negativos que positivos.

El semáforo se puso verde y siguió adelante por Hälsovägen y luego por Ängelholmsvägen, que, aparte de algún taxi, estaba vacía. Pisó a fondo el acelerador, satisfecha al ver que tenía todos los semáforos a su favor.

Klippan y ella llegaron a la prisión al mismo tiempo con los coches cargados. Ragnar Palm salió a recibirlos. Tuvesson miró alrededor y comprobó que no había periodistas ni curiosos. Todo cronometrado a la perfección. Ahora ya solo tenían que apresurarse a entrar.

Se detuvo detrás del coche de Klippan y les dijo a todos que se bajaran, cogieran su equipaje y siguieran a los demás. Ellos obedecieron sin protestar, aunque Tuvesson advirtió que miraban con escepticismo los altos muros con

alambre de cuchilla, la verja eléctrica que ya se cerraba a su espalda e incluso el aire sombrío de Ragnar Palm, que llevaba uniforme y pistola.

La cosa no mejoró al llegar al control de seguridad, donde registraron las maletas, una a una. «No, no puede entrar aquí un cortaúñas. Ya le prestarán uno dentro. Pero tengo que quitarle el champú… No.» Todo rematado con un «lo siento».

Los guardias ya habían sido informados de que iban a recibir a unos invitados especiales, pero su actitud estaba tan profundamente arraigada que eran casi incapaces de modificar sus procedimientos habituales. Así pues, los registraron a todos de pies a cabeza, como si fueran presos normales, «por su propia seguridad». Algunos protestaron, recordándoles que ellos no eran criminales.

Seth Kårheden fue el más rebelde y no se dejó intimidar. Proclamó a grandes voces que había ido allí para que lo protegieran, no para que lo castigaran, y amenazó con regresar a su casa. Sus protestas surtieron efecto, y al final le permitieron que metiera sus jeringas de insulina, a pesar de que no estaba el médico de la cárcel para autorizarlo.

Tuvesson notaba que Klippan se sentía tan incómodo como ella, pero que también se esforzaba por disimularlo y fingía que todo aquello estaba muy pensado y justificado.

Debían convencer a los miembros de la clase de que no los estaban encerrando como si fueran presos.

99

Oyó otro de los chasquidos casi inaudibles que precedían al zumbido y al giro de la cabeza. Las primeras veces, al comprender lo que ocurría, había procurado tensar los músculos del cuello y resistirse todo lo posible, pero después se había dado cuenta de que lo mejor era relajarse.

El cuello le había crujido ya varias veces, y la verdad era que había sobrevivido más tiempo de lo que esperaba. Pero el final llegaría pronto. Cuatro zumbidos como máximo. Calculó que los intervalos duraban poco más de tres minutos; además, a cada cinco movimientos el giro era más pronunciado y añadía un par de grados extra. No resistiría otro de esos giros.

La pantalla que tenía delante mostraba otra foto de Theodor. Tenía los ojos cerrados y estaba tendido en el suelo de su habitación. Fabian reconoció la alfombra a rayas que le habían comprado hacía unos años en el IKEA de Kungens Kurva. Theo quería una de color negro, pero Sonja se empeñó en otra con rayas de todos los colores. En la foto, estaba tumbado con los brazos extendidos, como un Cristo en la cruz. Seguramente, porque había sido noqueado.

Y comprendió de repente algo que debería haber deducido hacía mucho. Theodor no había salido de la casa: había estado allí todo el tiempo. Sacar el cuerpo de un adolescente no habría resultado nada fácil. Habría existido el riesgo de que los vecinos o un viandante lo notaran e hicieran preguntas. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Los ruidos que había oído en el sótano no eran de su vecina: eran de su hijo.

Sölmedal lo había dejado encerrado en el horno de pan que Sonja había descubierto cuando se habían mudado. El chico había tratado de hacer ruido, pero él no lo había oído. No, eso no era cierto: lo había oído, pero no había hecho caso. Sus pensamientos estaban en otra parte, como siempre.

El leve chasquido sonó de nuevo.

Pronto quedarían tres giros.

—Ahí. ¿Lo ve? —dijo Molander señalando el zócalo.

Lilja recorrió el zócalo con la vista, pero no vio nada que le llamara la atención.

—Veo un zócalo marrón manchado.

—¿Y encima?

—Un cable.

—Exacto. Está todo manchado de marrón, y va hacia el armario ropero, ¿cierto?

Lilja asintió.

—Pero ¿dónde termina? —prosiguió Molander abriendo el ropero lleno de prendas de color beis—. Aquí no hay luz ni nada.

—Quizá continúa hasta la cama.

—No, desaparece por ahí detrás. A ver, ayúdeme.

Tiraron cada uno por un lado para apartar el armario de la pared, pero no se movió ni un milímetro.

—Debe de estar fijado al suelo y a la pared —dijo Ingvar, tratando de atisbar por detrás.

Mientras, Lilja volvió a revisar la ropa. Había algo raro que le mosqueaba; no sabía bien qué era, pero ahora que estaba ahí plantada por segunda vez, se dio cuenta de que había tenido la misma sensación cuando había mirado el armario antes. Las prendas eran de color beis y aburridas —dos pantalones de pana, otros

tres de algodón con pinzas, varias camisas y polos—, pero el problema no estaba ahí.

No lo acabó de entender hasta que vio una bolsita de plástico con dos botones adosada a la manga de una camisa. Se volvió hacia Molander, que estaba tumbado en el suelo mirando con la linterna por debajo del armario.

—Estas ropas son nuevas.

—¿Ah, sí?

—Quiero decir, todas. No están usadas. Deben de estar aquí para disimular. —Las apartó y palpó el panel trasero del armario, pero no veía ninguna juntura.

Molander se metió también dentro del armario y recorrió los bordes con la linterna. Pronto descubrieron una diminuta juntura. Sacaron todas las prendas y empujaron el panel trasero; no se movió. Ingvar fue dando golpecitos en distintas partes: siempre obtenía el mismo ruido sordo.

—Quizá se necesite una especie de mando a distancia —dijo y, saliendo del armario, miró en derredor.

—Corte el cable, a ver —propuso Lilja.

Él lo cortó con unos alicates.

Lilja, que seguía en el interior del armario con el oído pegado al panel trasero, notó un cambio en el acto: una ligera corriente de aire. Molander acudió en su ayuda, y entre ambos lograron hundir el panel unos centímetros; entonces se abrió hacia los lados como una puerta deslizante. Se encendió automáticamente una hilera de bombillas y vieron una escalera de madera que descendía bajo tierra.

Fabian había intentado distraerse pensando en otras cosas. Había pensado en Sonja y en Matilda. ¿Qué estarían haciendo en ese momento? ¿Estarían despiertas o ya se habrían metido en la cama? Trató de pensar en Estocolmo, en lo terribles que eran los inviernos allí, sobre todo el último. Recordó las vacaciones que habían pasado hacía tres años en Tailandia, y fantaseó sobre las

reformas que podían hacer en la nueva casa. Pero nada servía para distraerlo. Ya no podía pensar más que en el dolor que se le había instalado de forma permanente y exigía toda su atención.

Oyó el débil chasquido que llevaba tres minutos esperando: el zumbido sonó tras un segundo. Sería el cuarto y último antes de que llegara el quinto: el que habría de poner fin a su sufrimiento, al cabo de tres minutos que se le harían eternos.

Lilja y Molander bajaron los peldaños de la empinada escalera con las pistolas desenfundadas. La sensación de descender a un sótano mugriento se desvaneció en cuanto llegaron abajo: era como si hubieran entrado en una nave espacial de los años sesenta, cuyo techo estaba muy poco iluminado. Les pareció que se hallaban en un estrecho pasadizo con forma de tubo, que descendía en una leve pendiente y estaba todo él revestido de moqueta afelpada roja. En un lado, había un zapatero con un par de zapatillas y una bata blanca colgada de un gancho.

Avanzaron agachados para no golpearse la cabeza. Un poco más adelante, el pasadizo se bifurcaba en dos tramos de unos cinco metros en cada dirección. Ya podían mantenerse erguidos. Las paredes de ambos tramos eran rectas y contaban con dos puertas a cada lado: ocho puertas en total.

—Usted vaya por la izquierda; yo seguiré por aquí —dijo Molander, y abrió la primera puerta de la derecha. Daba a una habitación pintada de rojo, con diodos parpadeantes en el techo y equipos de gimnasia esparcidos por el suelo. Salía música *lounge* de unos altavoces empotrados.

Lilja abrió la primera puerta de su lado y entró en una habitación llena de ropa pulcramente colgada. En una esquina, vio un tocador con un espejo iluminado y un estante con diversas pelucas colocadas en la cabeza de varios maniquíes. Había montones de material que examinar allí dentro, pero esos detalles habrían de esperar. Volvió al corredor.

Molander recorrió con la vista una nueva habitación que parecía un pequeño apartamento: en un extremo había una mesilla de noche y una cama hecha de forma impecable y, en el otro, unos pocos muebles y un televisor. La habitación estaba empapelada con un estampado clásico Art Déco, y había una librería con libros y discos de vinilo que ocupaba una pared entera. Había dos puertas: una bien visible, que daba a un baño, y otra oculta por el estampado de la pared. Si no hubiera sido por la moqueta, que tenía una marca muy evidente, no la hubiera descubierto. Metió el dedo en el pequeño orificio y deslizó la puerta hacia un lado. Sintió una repentina oleada de calor. Cuando vio los miles y miles de diodos que parpadeaban en la oscuridad, comprendió lo que había encontrado.

Lilja giró el pomo de la siguiente habitación, pero la puerta estaba cerrada. Retrocedió cuanto pudo y le dio dos patadas brutales, pero no cedió. A la tercera consiguió echar la puerta abajo. Se encontró en una oscuridad total y tanteó la pared buscando un interruptor, pero entonces advirtió que había tres tupidas cortinas frente a la puerta. Las fue apartando, una a una, escaneó con premura la habitación circular y alzó la pistola hacia el hombre que se hallaba sentado, dándole la espalda, en algo parecido a una silla de dentista.

Le dijo que se levantara lentamente y pusiera las manos sobre la cabeza, pero no hubo respuesta. O estaba muerto, o no podía responder por algún motivo. Al rodear la silla, descubrió que era Fabian Risk. Ella se había temido por un lado que Fabian se hallara en peligro; y por otro lado, había albergado la sospecha de que fuera él quien estaba detrás de todo aquello. Lo que vio la pilló desprevenida por completo: la cabeza de Risk, sujeta entre dos planchas metálicas, estaba tan torcida hacia un lado que le entraron arcadas nada más mirarlo.

Le puso la mano en el cuello brutalmente extendido: aún tenía pulso. Debía de haberse desmayado del dolor. Llamó a gritos a Molander, pero se interrumpió al notar una ligera vibración en las planchas que le sujetaban la cabeza a Risk. Aquel extraño aparato estaba a punto de arrancársela.

Se metió la pistola en la pretina, agarró las planchas y, apoyando todo el peso del cuerpo sobre el reposabrazos, trató de impedir que girasen. No acababa de

encontrar asidero en el metal y el aparato siguió girando. Le daban ganas de golpearlo de pura rabia, pero temía causar más daño que otra cosa.

De repente el zumbido se detuvo y todas las luces se apagaron. Entonces no tuvo ninguna dificultad para girar el aparato en la otra dirección. Con dedos temblorosos, en medio de la oscuridad total, volvió a buscarle el pulso a Fabian. Se acumulaban en su interior un montón de preguntas.

Vio un haz de luz bailando sobre la pared curvada y oyó la voz de Molander a su espalda.

—Creo que he encontrado la caja de fusibles.

100

Fabian volvió en sí con una terrible tortícolis y un dolor de cabeza palpitante. Estaba sediento y sudoroso. Intentaba tragar, pero no podía porque tenía la boca como papel de lija. Había mucha luz, demasiada para abrir los ojos. Trató de ordenar sus pensamientos, pero la verdad era que no sabía qué había sucedido ni dónde estaba.

Repasó los hechos más recientes que era capaz de recordar. El verano había sido deprimente, de los que hacían época, de manera que a última hora habían tomado la decisión de viajar a un lugar más cálido: él, Sonja y los hijos. Se habían ido a Mallorca: a Illetas, en concreto. Lo último que recordaba era que estaba en una tumbona junto a la piscina.

Intentó mover la cabeza, pero el cuello, rígido a más no poder, se negaba a responder. Se habría quedado dormido con la cabeza en una posición forzada; o bien se había quemado con el sol. Quizá por eso se sentía tan confuso. A él, en el fondo, no le gustaban las vacaciones en la playa. Ese calor horrible no hacía más que agravar su dolor de cabeza; y los gritos de los niños que infestaban el lugar tampoco ayudaban. ¿No podrían poner un límite de edad en la zona de la piscina? Si ese hotel fuera suyo, prohibiría la entrada a los niños.

Pensó en darse una zambullida. Quizá era lo que necesitaba. Después se tomaría una cerveza para sentirse a sus anchas. La intensa luz lo obligaba a guiñar los ojos. ¿Dónde estaban los demás? Veía las tumbonas y las toallas mojadas. El ejemplar de *Ocurrió a orillas del río*, de Kerstin Ekman, había

quedado abierto sobre la tumbona de Sonja. Ya se había leído la mitad. Lo cual quería decir que él llevaba horas dormido.

Se levantó y esperó unos segundos a que se le pasara un ligero mareo antes de acercarse a la piscina. Los niños seguían correteando y zambulléndose de golpe, con la intención de salpicar lo máximo posible a los clientes del hotel que tomaban el sol. Pero ahora le tocaba zambullirse a él.

Era importante lanzarse con estilo, pero sin demostrar que uno se esforzaba demasiado: seguramente, la gente lo estaba mirando. Metió el estómago para dentro, extendió los brazos por encima de la cabeza y se lanzó. Con las piernas rectas y juntas. El agua fresca lo envolvió. Sus manos chocaron con algo duro, luego, también su frente. Oyó que le crujía el cuello. El agua se tiñó de rojo.

Un hombre que hablaba alemán intentó ayudarlo a salir de la piscina; quería que se tumbara. Pero él no quería la ayuda de nadie. Tampoco quería sangrar en el agua. Solo quería alejarse de la piscina y de ese calor pegajoso; alejarse de Sonja y de los hijos; alejarse de todo.

Alguien le puso un vaso de agua en los labios. Él abrió y cerró los ojos. La cabeza le daba vueltas. Vio una cara femenina conocida. Era atractiva. Le daba la impresión de que se habían visto otra vez. ¿Era todo un sueño? No, recordaba con claridad que se había lanzado a la piscina, que se había golpeado la cabeza y había visto cómo caían gruesas gotas de sangre en las tablas del suelo cuando el alemán había intentado que se tumbara. Se llevó la mano a la frente, pero no notó ninguna herida.

¿Estaba vivo siquiera? Notó algo alrededor del cuello. Después oyó una voz. La había oído otras veces, pero no la situaba. «Fabian… Fabian…» Abrió los ojos de nuevo y vio a la misma mujer. ¿Cómo se llamaba? Lilja… Irene Lilja. Lo cual debía de significar que estaba vivo, a menos que estuviera vivo y muerto a la vez… Theodor… tenía que volver a casa para cuidar de Theo. Intentó levantarse, pero Lilja lo sujetó sobre la camilla.

—Tiene que permanecer tumbado hasta que lleguemos.

—¿Llegar… a dónde?

—A urgencias. Falta un minuto. Será mejor que se relaje.

Pero él no quería relajarse, y menos entrar en un servicio de urgencias donde habría de esperar horas para que lo atendieran. No necesitaba ninguna ayuda.

—Estoy bien. Tengo que ir a casa a buscar a Theo.

—Es el anestésico —le dijo Lilja dándole unas palmaditas en la frente—. Cálmese y procure relajarse.

Él le gritó que se equivocaba, que debía volver a casa para buscar a Theo, su hijo, pero ella no lo escuchaba. Sonreía con serenidad y le repetía una y otra vez que debía calmarse y que todo saldría bien. Aunque Lilja lo hizo con disimulo, él la vio: estaba llamando con los nudillos a la ventanita de la cabina de la ambulancia. Fabian le arreó un guantazo. Por segunda vez en veinticuatro horas le dio en plena cara.

Lilja se quedó muda, sujetándose la mejilla.

Por fin lo escuchaba.

No recordaba cómo había salido de la ambulancia y subido los escalones de la entrada, ni tampoco si Lilja había intentado detenerlo, o si la puerta estaba cerrada. Lo único que recordaba era que, de pronto, estaba en el sótano de su casa, mirando a Theodor, que yacía inmóvil.

Sin vida.

Había una mujer sentada a horcajadas sobre él, con la boca pegada a la suya. ¿Quién era?, ¿qué hacía? Theodor estaba muerto. La mujer se incorporó y empezó a presionarle la caja torácica con ambas manos.

—Quince… dieciséis… diecisiete… —contaba en danés.

Entonces se dio cuenta de que era la agente de Copenhague. ¿Qué estaba haciendo en su casa? Intentó preguntarlo, pero ella no respondió.

—No puede hablar ahora —dijo Lilja a su espalda.

Se dio la vuelta para mirarla, pero ella se iba otra vez hacia la escalera. Fabian no sabía cuánto tiempo estuvo mirando cómo intentaba la agente danesa

devolver la vida a su hijo.

Era como si el tiempo se hubiera detenido, y, de repente, los sanitarios se presentaron allí. Miró cómo abrían sus maletines y sacaban los instrumentos y ensamblaban tubos y cables de distintos colores. Vio que le metían a Theo en la boca un tubo con una perilla adosada, que le cortaban las ropas y le extendían una sustancia viscosa por el pecho. La agente danesa estaba sentada en el suelo a su lado, agotada. Lilja se acuclilló junto a ella y le dio algo de beber.

Fabian oyó un fuerte pitido cuando colocaron dos almohadillas en ese pecho adolescente. El cuerpo de Theo se arqueó sobre el suelo y volvió a caer, exánime, sin pulso. Un sanitario comprobó que los cables estuvieran conectados correctamente mientras el otro apretaba la perilla.

¿Cuánto tiempo se prolongó aquello? No tenía ni idea.

Una cosa sí sabía: que la culpa era suya.

101

Astrid Tuvesson tenía que reconocer que Ragnar Palm había hecho todo lo posible para atenuar la atmósfera carcelaria desde la última vez que ella había estado allí. Habían puesto unas cortinas en la pared que daba al exterior para ocultar que no había ventanas y habían colgado en las demás paredes carteles enmarcados de las exposiciones del museo Louisiana. Tal vez los carteles eran del propio Palm, pues a la comisaria le constaba que no se perdía ni una exposición.

Aunque se había esforzado mucho, era tan evidente como la luz del día que se hallaban en una cárcel. «Esperemos que al menos les dé sensación de seguridad», pensó mientras los invitados iban escogiendo las camas.

La cosa fue exactamente como ella había predicho: los hombres se situaron en un lado y las mujeres en el otro. Lo que no había previsto eran sus preguntas. Había sido tan ingenua como para suponer que estarían tan extenuados como ella y que querrían dormir. Por el contrario, le formularon un montón de preguntas para las que no tenía respuesta: «¿Cuánto tiempo cree que habremos de quedarnos?» «¿Hay wifi?» «Mis hijos vuelven el domingo a casa. ¿Tendrán que venir aquí también?» «¿Han pensado bien todo esto?»

Ella tenía ganas de gritarles un único y largo «Noooooo». La determinación tomada era la opuesta a una operación bien pensada. Lo habían decidido con precipitación, a causa de lo que podría describirse como un acceso de pánico, porque a cada minuto que pasaba era más probable que la lista de víctimas se

engrosara y que los medios aprovecharan para reforzar el mito del asesino sin par que sabía despistar a la policía como nadie.

Pero ¿podía afirmar que no había otras formas, acaso mejores, de afrontar la situación? Quizá estaba demasiado cansada y no pensaba con claridad cuando había tomado la decisión.

Les habló con cautela, tratando de explicar de un modo razonable por qué no podía responder a sus preguntas y recordándoles lo importante que era mantener en secreto su paradero. En cuanto las palabras salieron de sus labios, se dio cuenta de lo huecas que sonaban. «¿Qué pretende decir?» «Yo he de recoger a mis hijos» «Yo tengo que ir a trabajar. Creía que solo se trataba de dormir aquí.»

Al final, Klippan tuvo que subirse a una silla y lanzar la bomba:

—Ya deben de haberse dado cuenta. Para que el plan funcione, nadie puede salir de aquí hasta nueva orden.

—¿Y si salimos igualmente? —preguntó Stefan Munthe.

—Como les digo, nadie puede salir de la prisión hasta nueva orden. El objetivo principal del plan es mantener su paradero en secreto. Lo cual significa que he de requisarles sus teléfonos móviles. Se los devolveré en cuanto esto termine. El personal de día les permitirá hacer las llamadas más imprescindibles mañana por la mañana. ¿Entendido?

Se bajó de la silla y recogió los móviles. Nadie dijo una palabra. Tuvesson no sabía si era porque estaban aturdidos o demasiado cansados para resistirse. En parte, habría deseado detenerlo y obligarlo a devolver los teléfonos. Pero Klippan tenía razón: existía el peligro de que alguno llamara a un pariente o a un amigo, e incluso a un periodista, y revelara el plan.

—Ya sé que no pueden responder con exactitud, pero ¿cuánto tiempo calcula que durará esto? —preguntó Seth Kårheden, rompiendo el silencio.

—Sí, yo también quiero saberlo —dijo Cecilia Holm—. No pueden mantenernos encerrados aquí toda la vida, porque no tienen medios para protegernos en nuestra propia casa.

—No, no los tenemos —dijo Tuvesson, sin saber cómo continuar—.

Esperamos que esta situación no se prolongue demasiado.

—¿Solo lo esperan?

Tuvesson miró a Lena Olsson y reparó en su expresión abatida; decía mucho más que todas las protestas juntas. Se percató de que debía darles alguna esperanza; de lo contrario, no la dejarían salir de allí. Debía pensar algo que los ayudara a relajarse y a dormir.

—No queremos hacerlo público todavía, pero como están aislados del exterior, puedo adelantarles que no nos falta tanto como podría parecer para resolver el caso. Sin hacer demasiadas promesas, no creo que vayan a ser más que unos días. Si la investigación se prolonga, me comprometo personalmente a asegurarme de que los que quieran regresar a su casa puedan hacerlo bajo protección policial.

Se sorprendió mucho al percibir que muchos de los presentes parecían considerar razonables sus palabras.

—¿Y cuáles son esos datos que aún no han hecho públicos? —preguntó Kårheden, a quien por lo visto le costaba más que a los demás tragarse el anzuelo.

—Eso, por razones obvias, no puedo comentarlo ahora. Tengo que dejarlo ahí. Buenas noches. Confío en que puedan dormir unas horas. —Dicho lo cual, se dirigió con paso enérgico hacia la salida antes de que le formulasen más preguntas.

102

Theodor siempre había sido muy guapo; hasta la comadrona lo había comentado cuando nació. Había dicho que era el bebé más precioso que había ayudado a traer al mundo. Fabian recordaba lo feliz que se había sentido al escucharla, aunque en el fondo pensaba que eso se lo decían a todos los padres primerizos: que era algo aprendido en un curso de formación. Pero cuando la comadrona llamó a sus compañeras, comprendió que su hijo era algo especial. Y había seguido siendo guapo al crecer: el rubio y rizado cabello le caía sobre los ojos, de iris azules, que encerraban una expresión misteriosa e introspectiva; los pómulos eran prominentes y la piel, suave y desprovista de espinillas, al menos eso creía Fabian.

Pero ahora llevaba el pelo teñido de negro y oculto bajo una gorra. Lucía un *piercing* en cada ceja y, en fin, había hecho todo lo posible para parecer feo, aunque a decir verdad sin mucho éxito. Porque seguía siendo uno de los chicos más guapos que su padre había visto.

Unos años atrás, Sonja le había sugerido que llamara a una agencia de modelos para sacarse un dinerillo extra, pero había obtenido un gruñido por respuesta. Guapo era lo último que él quería ser, por lo visto, como si fuese la cosa más vergonzosa del mundo.

Y ahora Theodor estaba tendido en la cama, con los ojos cerrados, totalmente relajado, y Risk no podía sustraerse al pensamiento de que estaba contemplando la muerte: la muerte en su forma más bella. Lo único que deseaba era llorar, pero no le salían las lágrimas.

Por fortuna, su hijo no estaba muerto, pero le había faltado muy poco: tan poco que lo habían declarado muerto durante unos momentos, antes de que su corazón accediera a latir de nuevo. Estaba sumido en un sueño inducido con fármacos y conectado a un montón de máquinas que lo mantenían bajo control.

De no ser por Dunja Hougaard, estaría muerto. Gracias a sus maniobras de reanimación, la sangre de Theo había recibido el oxígeno necesario para mantenerse con vida. Hougaard había sido despedida por ayudar a la policía sueca, pero ella había cruzado el Estrecho para darle a Risk la foto de Torgny Sölmedal. No lo encontró en su casa ni tampoco lo localizaba por teléfono, pero había visto que la puerta estaba abierta. A Fabian se le habría olvidado cerrarla. Así pues, había entrado y lo había llamado. Era plena noche, y titubeó antes de volver a gritar con más fuerza, e incluso más la tercera vez. No obtuvo respuesta, pero oyó ruido en el sótano.

A diferencia de él, Dunja se dio cuenta de que los ruidos no procedían de los vecinos, sino del otro lado de la pared. Cuando logró sacar a Theo del horno, el chico ya no respiraba ni tenía pulso. Pero ella no se rindió; se puso a reanimarlo y no paró hasta que llegaron los sanitarios, casi una hora más tarde. ¿Cómo podría compensarla jamás?

Fabian estaba sentado lo más cerca posible de la cama que ocupaba su hijo, sujetándole la mano. Si hubiera dependido de él, no la habría soltado hasta que hubiera vuelto en sí. Pero la gravedad de su estado no permitía que siguiera allí. Él protestó y trató de aducir los daños que había sufrido en el cuello como excusa para permanecer en el hospital, pero las placas de rayos X mostraron que no tenía nada roto, y los médicos le dijeron que podría arreglárselas con un collarín y un frasco de analgésicos.

Una enfermera entró en la habitación y le pasó un teléfono. Fabian sabía muy bien quién era. Se había devanado los sesos pensando qué iba a decir, pero no se le ocurría nada.

—Hola.

—Hola.

—¿Te lo ha dicho Irene?

—Sí.

Él se quedó callado; ella también. Por una vez, el silencio entre ellos no resultaba incómodo. La oyó respirar, y el sonido de su respiración lo calmó. Cerró los ojos y se imaginó que estaba allí, tendida a su lado, respirando junto a su oído. La echaba muchísimo de menos.

—Sonja, yo… no tenía ni idea.

—Llegaremos mañana. Ya hablaremos entonces.

—De acuerdo.

Oyó un clic y le devolvió el teléfono a la enfermera, que se cruzó con Lilja al salir.

—¿Ya está listo?

Fabian asintió y se levantó. Besó la mano de su hijo y, siguiendo a la inspectora, salió de la habitación.

103

Blacksburg, Kauhajoki, Bailey, Montreal, Jacksboro, Red Lake, Cold Spring, Red Lion, Erfurt… La lista de masacres en escuelas era interminable. Cada una había acaparado la atención de los medios en su momento, pero todas compartían el mismo triste destino: el olvido en un abismo insondable. Nadie se acordaba ya de las escuelas de esa lista: nadie salvo los que lloraban a sus muertos.

Esto era diferente en todos los sentidos y nunca se olvidaría. Quedaría grabado en millones y millones de mentes, y nadie ignoraría jamás su nombre. El proceso estaba totalmente en marcha. La noticia de los espectaculares asesinatos había ultrapasado las fronteras de Suecia y constituido uno de los reportajes principales de la CNN en las últimas veinticuatro horas.

Y eso sucedía cuando solo sabían que habían muerto seis miembros de la clase. ¿Qué harían cuando se enterasen de las otras cinco muertes, que pronto serían un hecho? ¿Cómo reaccionarían cuando se dieran cuenta de que nadie estaba a salvo, ni siquiera los que había abandonado Escania y se habían establecido en Oslo, o los que se encontraban todavía de vacaciones en el extranjero?

Estaba más cerca de cumplir su objetivo de lo que jamás había soñado. Durante los últimos años se había dicho a sí mismo que no había otra alternativa que el éxito: un éxito que era resultado de sus meticulosos preparativos. No se había atrevido a reconocer su ingenuidad ni lo escasas que eran en el fondo sus

probabilidades. Aunque, llegado a este punto, el éxito completo parecía casi asegurado. Estaba en la recta final y ya divisaba la línea de meta.

Le quedaban nueve personas para terminar: nueve personas que habrían de recibir, una tras otra, una visita nocturna, de acuerdo con un horario planificado hasta el último detalle. Había calculado que tardaría cinco horas, incluyendo los desplazamientos. Pero las cosas habían cambiado radicalmente.

Ahora las nueve estaban encerradas en la misma habitación.

Con él.

Procuró aparentar que estaba dormido, pero le costaba ocultar su sonrisa. Era demasiado bueno para ser cierto. Era como si Dios hubiera puesto a prueba mucho tiempo su paciencia y decidido premiarle extendiéndole una alfombra roja.

Nadie parecía sospechar que no era quien decía ser. El bigote había surtido efecto, y la sangre coagulada junto con la cola de contacto que había encontrado lo mantenía fijado mejor de lo que esperaba. También había sabido interpretar su papel y hasta le había sorprendido lo fácil que le había resultado, teniendo en cuenta que apenas había podido prepararse.

Lo más sencillo habría sido intentar pasar desapercibido y no armar alboroto, permanecer en la sombra y aceptar que llevaran la voz cantante los demás, tal como siempre había hecho. Pero en cuanto se había subido al coche, le habían entrado ganas de hacer lo contrario. De repente le apetecía hablar. Y por primera vez, eran ellos los que lo escuchaban. Durante las últimas horas había hablado más con sus antiguos compañeros de clase que a lo largo de todos sus años escolares.

En aquella época, apenas contestaban cuando él preguntaba algo. Ahora era diferente. Ahora les encantaba hablar de sí mismos: de sus hijos y sus matrimonios; de sus divorcios e infidelidades; de la carrera que los había llevado a los puestos más altos de una multinacional para acabar siendo despedidos y tener que aprender otra vez a redactar un currículum; en fin, de sus esperanzas

defraudadas y de sus depresiones; de sus bañeras de hidromasaje, de los intereses de sus hipotecas.

Todos creían saber con quién estaban hablando, pero la verdad era que no tenían ni la más vaga idea. Y él disfrutaba muchísimo en aquella situación. Los patéticos fracasos que relataban eran música celestial para sus oídos; y oírles hacer referencia a ello constituía un bálsamo para sus años de envidia y celos: celos por los éxitos que habían obtenido, por todo cuanto habían alcanzado y de lo que él no podía participar.

Siempre le había intrigado saber cómo podían todos representar su papel con tanta seguridad: todos, excepto él. Pero las tornas habían cambiado. Ellos ya no eran más que extras de su propia película —una pandilla de fracasados, una tropa grisácea e insípida—, y sus vidas estaban tan desprovistas de interés que le sorprendía que tuvieran ánimos para comentarlas, no digamos para vivirlas.

No cabía la menor duda: a la mayoría de ellos estaba haciéndoles un favor al poner fin a sus días en este mundo. Muchos se lo habrían agradecido después, si hubieran podido. Al menos, sus insulsas e insignificantes vidas encontrarían un final significativo. Se transformarían en otro ítem de la lista, en un número más de una gran suma que nadie llegaría a superar jamás: nadie había matado nunca a todos los compañeros de su clase.

Nadie.

Nueve más, y ya estaría.

Veinte de veinte.

La mayor parte de los nueve no sentiría nada: un pequeño pinchazo y, al cabo de unos segundos, todo habría terminado. Algunos tratarían de oponer resistencia, pero eso no cambiaría nada. El resultado final sería el mismo.

Veinte de veinte.

Durante unas horas parecería que habían sido asesinados diecinueve sobre veinte, como si uno de ellos se hubiera defendido y, clavándole la jeringa al asesino, hubiera sobrevivido. Ese héroe sería Seth Kårheden. Y antes de que la policía lograra aclarar ese caos y descubriera que Kårheden también estaba

muerto, él estaría lejos. Aún no había decidido a quien escoger para el papel de asesino…

Todos habían apagado las lamparillas, pero se oían murmullos: uno abría el estuche del aparato dental, otro se quitaba los calcetines; un tercero sacó una pastilla de un blíster de aluminio. Estarían dormidos en quince minutos. Su reloj marcaba las tres y veinte de la madrugada. Notaba que recobraba las energías a cada movimiento del segundero.

Oyó entonces un tintineo de llaves y no entendió qué ocurría hasta que se abrió la pesada puerta metálica. Vio que dos guardias traían otra cama. La colocaron en la hilera de enfrente. ¿Acaso había una persona más? Estaba confuso. Ya estaban todos allí.

Observó cómo hacían la cama y colocaban una silla al lado. Se preguntó si uno de los guardias iba a dormir allí, lo que no representaría un gran problema: lo único que tendría que hacer sería esperar una media hora más.

Pero sus sospechas resultaron ser falsas porque lo que hicieron fue traer a otro hombre, aunque no pudo identificarlo. Cuando el tipo se quitó la chaqueta y quedó a la vista el collarín que llevaba, se le ocurrió de quién podía tratarse. ¿Sería posible que fuese Fabian Risk el que estaba sentado en el borde de la cama, mirando en derredor?

Era imposible que hubiera escapado por sí mismo. La única explicación razonable era que la policía hubiera encontrado su escondite, lo cual a su vez significaba que lo habían identificado. No se imaginaba cómo podían haberlo conseguido, porque él había destruido las huellas dactilares del coche. Pero tal vez había dejado otras.

Cerró los ojos y se esforzó para ocultar que estaba despierto, con el corazón desbocado. Lo único que deseaba era correr hacia allí, clavarle una jeringa a aquel hijo de puta y acabar con él de una vez por todas. Pero sabía muy bien que no podía hacerlo; todavía no. No podía arriesgarse a tropezar en la recta final. Había llegado demasiado lejos para cometer un error ahora.

El hecho de que lo hubieran identificado no le dolía tanto, en realidad,

teniendo en cuenta que él mismo iba a hacer pública su identidad dentro de unas pocas horas. El proceso ya se había puesto en marcha, y al menos un centenar de personas estaban trabajando en ello en ese momento. Así pues, bien mirado, no había motivo para preocuparse.

Pero lo inquietaba la duda misma. Era lo último que necesitaba en ese momento. ¿Qué más habían averiguado? ¿Sabían que estaba en la prisión? Y en ese caso, ¿sabían que había asumido la identidad de Kårheden? ¿Por eso estaba Risk ahí? ¿O creían que lo menos arriesgado para él era reunirse con los demás?

Se dio cuenta de que la policía, seguramente, no tenía ni idea. Si hubieran sospechado siquiera que estaba encerrado con los restantes miembros de la clase, habrían enviado a un equipo de las fuerzas especiales y los habrían sometido a todos a un interrogatorio. Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba.

No tenían ni idea.

Al menos, Tuvesson y compañía no lo sabían. Lo que tuviera Fabian Risk en la cabeza, en cambio, ya era otra cosa. Él se regía por unas leyes de la naturaleza distintas por completo de las de sus colegas.

Risk debería haber muerto hacía algo más de dos horas y, por el contrario, ahí estaba, sentado al otro lado de la habitación, observando a las diez personas dormidas. Ya nada le sorprendía de ese hombre. No tenía ninguna garantía de que no sospechara que él estaba ahí. De un modo inexplicable, tal vez había adivinado lo que sucedía y había decidido pasar la noche en la prisión. En ese caso, debería haber informado a sus colegas; aunque la palabra clave ahí era «debería». No sería la primera vez que Risk no hacía lo que debía. Era igualmente probable que hubiera decidido guardarse sus sospechas por el momento. O quizá no sospechaba nada, y pretendía sacar unas horas de sueño en el entorno protector de la cárcel.

Se volvió de lado, procurando dar la impresión de moverse dormido. Nadie vio su sonrisa mientras programaba el temporizador de su reloj.

Treinta minutos; ni un segundo más.

Ya había encontrado a su asesino.

104

La fotografía era casi perfecta. En ella no lucía esa barba desgreñada de la imagen de archivo que habían estado usando, y sus rasgos faciales, aun siendo anodinos, resultaban claros. Ese era el aspecto de Torgny Sölmedal hoy en día.

—¿Y la han despedido porque quería enviarnos esta fotografía? —preguntó Tuvesson.

—Sí, por eso y porque les mandé el coche —dijo Dunja Hougaard, tratando de hablar con acento sueco.

La comisaria meneó la cabeza y miró a sus tres colegas. No sabía qué decir. Había visto varias veces a Kim Sleizner, y siempre le había parecido un tipo engreído con visos de maltratador. A decir verdad, los maltratadores no escaseaban en el sistema policial, a ambos lados del Estrecho. Había oído historias sobre él, pero había supuesto que eran rumores. Pero que hubiera puesto obstáculos para entorpecer una investigación en Suecia en su propio beneficio, era algo que excedía todos los límites.

—¿Y él no tiene ni idea de que está aquí?

—No, ni siquiera sabe que tengo la fotografía. Ese jodido psicópata me bloqueó el correo electrónico nada más despedirme.

Tuvesson y los demás se miraron.

—Perdón —dijo Dunja—, lo que quiero decir es que…

—Me parece que ya lo hemos entendido —dijo Astrid—. Pero ¿cómo ha obtenido la foto?

—Tengo un buen amigo en el Departamento de Informática.

—Nunca está de más tenerlos —terció Klippan.

—Para que lo sepa, también puede contarnos a nosotros como amigos —dijo Tuvesson—. De no haber sido por usted, no habríamos… No quiero ni pensarlo.

—Lo que no entiendo es por qué Sleizner no quería que tuviéramos la fotografía —intervino Lilja.

—Supongo que quiere presentarla él mismo en la rueda de prensa que va a celebrar dentro de unas horas —dijo Dunja.

—Pretende hacer méritos.

—Y desviar la atención de sus errores —añadió Klippan.

Tuvesson guardó silencio, pero en su fuero interno ya había tomado una decisión. Sleizner se pondría furioso y armaría un gran escándalo para conseguir que la relación entre la policía sueca y danesa se volviera más tirante, si cabía.

—Vamos a emitir ahora mismo una orden de búsqueda.

Dunja notó que el nudo que tenía en el estómago empezaba a deshacerse. Al fin estaba con una unidad en la que la policía ponía la investigación por delante de todo lo demás.

—La subiré al servidor —dijo Molander, y desapareció.

Klippan y Lilja ya estaban llamando a los diarios matutinos.

—Dunja, si le apetece comer o beber algo, la cocina está por ahí. Siéntase como en su casa —le dijo Tuvesson—. Y si quiere descansar, tenemos un…

—¿Y si quiero echar una mano?

105

Desde el 16 de junio pasaba de largo frente a la casa, cosa que cada vez le producía una sensación extraña. No había entregado allí el periódico durante tres semanas y media, lo cual era una eternidad tratándose de Kårheden. Al menos, en los casi diez años que ella llevaba repartiendo periódicos, no recordaba ninguna otra ocasión en la que hubiera cancelado su suscripción tanto tiempo. Pensándolo bien, no recordaba que la hubiera cancelado nunca.

Lo echaba de menos, a decir verdad, aunque ni siquiera lo conocía. Apenas sabía qué aspecto tenía. Pero sí sabía una cosa: que esperaba con avidez los periódicos que ella repartía. Seguramente ese era el mejor momento del día para él.

De todos modos, se había terminado la sequía. Volvería a dejarle el periódico y las cosas retornarían a su orden natural. Se bajó de la moto, sacó un ejemplar del *Helsingborgs Dagblad*, lo dobló y caminó hacia la casa. Salía humo de la chimenea, como siempre, aunque estaban en pleno verano. Desde luego había llovido bastante por la noche, y la casa debía de estar húmeda; en todo caso, Kårheden se aferraba a sus costumbres. Eso, al menos, sí lo había deducido.

Antes de llegar a la puerta, cambió de opinión y volvió atrás para coger también el *Dagens Nyheter* y el *Svenska Dagbladet*, a modo de regalo de bienvenida. Era lo menos que podía hacer para demostrarle su aprecio. Una vez en la puerta, dobló el *Svenska* y lo introdujo con cuidado por el buzón. Se preguntó cómo reaccionaría. ¿Pensaría que ella se había equivocado de periódico

y abriría de inmediato la puerta? ¿O lo aceptaría con curiosidad, considerándolo como una pequeña aventura del día?

Pero no sucedió nada.

El periódico cayó al suelo del vestíbulo y se quedó ahí, como si a nadie le interesara. Ninguna mano lo recogió. Se apresuró a doblar el *Dagens* y lo introdujo por la ranura.

Nada.

¿Qué pasaba? Ella sabía que estaba en casa; quizá se había quedado dormido. Obedeciendo a un impulso, llamó al timbre mientras introducía el *Helsingborgs Dagblad* en el buzón. Miró cómo aterrizaba encima de los otros periódicos. Algo raro pasaba, pero no sabía qué hacer. ¿Debía marcharse, como si todo fuese normal?

Sí, debería haberse ido, pero lo que hizo fue girar el pomo de la puerta. No estaba cerrada. Entró en el vestíbulo, pero dejó los periódicos en el suelo. Tal como había imaginado, había un cómodo sillón delante de la chimenea, donde se estaban consumiendo unos troncos.

¿Dónde se había metido Kårheden? No se oía el ruido de la ducha. Dijo «hola», pero no obtuvo respuesta. No estaba en casa. ¿Cómo era que no estaba aquí?, ¿y quién había encendido el fuego? Se dijo que, en el fondo, no importaba y que, fuera lo que fuese, no era asunto suyo. Se dijo que había de salir de la casa, volver a subir a la moto y continuar su ruta. Kårheden no era el único que necesitaba su periódico, a fin de cuentas.

Entró en la sala de estar y miró en derredor. Había una puerta entornada que parecía dar a un dormitorio. ¿Estaría ahí durmiendo? Ignoraba a dónde había ido durante la pausa de su suscripción, pero quizá sufría *jet lag*.

No dejaba de repetirse que debía largarse, pero siguió avanzando igualmente.

Empujó la puerta con un pie y lo vio en la cama, en pijama. Pero no estaba dormido. Estaba muerto; tenía las manos y los pies atados al armazón de la cama.

Se desconcertó, pero enseguida pensó en todos los libros que había leído y en

la cantidad de pistas que podían hallarse en la escena de un crimen. Tenía que mirar más de cerca, aunque la prudencia aconsejara otra cosa. Era la primera vez que veía a una persona muerta en la vida real, dejando aparte la ocasión en la que había pasado junto a un coche volcado en la autopista 111. La ambulancia ya había llegado al lugar, y ella había reducido la marcha para atisbar la camilla cubierta con una sábana. Pero esto era distinto.

Presionó con el dedo índice el pie del cadáver. Estaba frío, y la marca pálida persistió. No sabía si eso era un indicio revelador para saber cuánto tiempo llevaba muerto. Pensó en todo lo que había leído en sus novelas criminales preferidas. ¿Hasta qué punto se basaban sus autores en la realidad? ¿El cuerpo se quedaba rígido en cuanto te morías?

Observó el brazo del cadáver. Tenía la chaqueta del pijama arremangada, y vio un reguero de sangre seca en el antebrazo. Miró más de cerca y descubrió un puntito rojo en la cara interna del codo. Le habían clavado una aguja en el brazo y lo habían envenenado. El corazón le latió más aprisa. La verdad era que se le daba bien investigar.

Lo que no entendía era algo de la cara. Al principio, cuando había asomado la cabeza en el dormitorio, había supuesto que lucía un bigote; pero ahora que lo veía de cerca se dio cuenta de que eso no era pelo. No: le habían arrancado el bigote —cortándoselo, con piel y todo—, y lo que quedaba era una costra de sangre coagulada.

106

Kim Sleizner despertó cubierto de un sudor frío; las sábanas estaban húmedas. Eran las cuatro y diez de la madrugada. Podía dormir un par de horas más y le quedaría tiempo para darse una ducha y desayunar con tranquilidad antes de la rueda de prensa.

Lo devoraba la impaciencia. Por fin toda la atención se concentraría en lo que importaba de verdad, o sea, en el verdadero criminal, en el asesino que había acabado con la vida de seis suecos y dos daneses.

Muy pronto los periódicos tendrían algo serio sobre lo que escribir, en lugar de entrometerse en su vida privada. Miró por la ventana hacia el este. Estaba oscuro, inusualmente oscuro para el mes de julio, aunque el cielo no se veía tan negro por el lado de Suecia. En todo caso, empezaba un nuevo día preñado de posibilidades.

Contempló cómo pasaba un barco por el canal, en dirección a Langebro. Se dejó llevar por la fantasía e imaginó que echaba a correr hacia el garaje, llegaba con el coche hasta el puente y saltaba desde allí a la cubierta del barco. Dejaría atrás toda esa mierda para empezar una nueva aventura y no regresar jamás.

El corazón seguía palpitándole con fuerza, aunque no entendía por qué. No se había tomado ni una taza de café el día anterior, y todo se desarrollaba según lo planeado. Dunja estaba fuera de juego y él iba a presentarse en público con una noticia que acallaría las críticas de un solo golpe. Debería sentirse confiado, pero lo consumía la ansiedad.

Inspiró varias veces, se inclinó, doblándose por la cintura, todo lo que pudo, volvió a incorporarse e inspiró hondo otra vez. Extendió los brazos por encima de la cabeza y los bajó describiendo un círculo, tal como le había visto hacer a Viveca cuando practicaba el yoga delante de la tele. Lo intentó una vez más, pero los movimientos no parecían surtir el efecto deseado.

Desistiendo, se acercó al escritorio, encendió el portátil y revisó el correo.

Tres mensajes habían atravesado el filtro del correo basura.

10 de julio de 2010, 02:12:40
viveca.sleizner@gmail.com

He hablado con el agente inmobiliario y pasará a ver el apartamento hoy a la una de la tarde. Espero que esté limpio y ordenado; y que tú te mantengas al margen. V.

10 de julio de 2010, 03:32:51
jens.duus@politi.dk

La fotografía ya está impresa y enmarcada, y se encuentra en nuestro servidor con la contraseña Kb48Grtda7.
Hasta luego.
Jens

Sleizner no entendía por qué Jens Duus se empeñaba siempre en utilizar contraseñas tan complicadas. Dentro de unas horas habría de pasar esa contraseña a todos los periodistas del país para que pudieran descargarse la fotografía, y sin duda, al menos un tercio de ellos se equivocaría al anotar la combinación de letras y números.

10 de julio de 2010, 03:51:10
niels.pedersen@politi.dk
http://politiken.dk/

El mensaje solo contenía un enlace con el *Politiken*. Sleizner miró el reloj y se dio cuenta de que ese mensaje acababa de llegar, por así decirlo. ¿Quién era

Niels Pedersen? No creía conocer a nadie que se llamara así. Pinchó el enlace.

No daba crédito a sus ojos. Se había quedado atónito, patidifuso.

Ya la tenían: ya tenían la fotografía que con tanto cuidado había mandado enmarcar y preparar para ser él quien la hiciera pública.

¡AQUÍ ESTÁ!

La policía sueca ha difundido una fotografía del Asesino de la Clase, Torgny Sölmedal, y asegura que sigue su rastro de cerca. Según una fuente: «Pronto será detenido».

Sleizner entró en la web del *Berlingske* y vio también allí la imagen.

¡LA POLICÍA SUECA HA DADO UN GRAN PASO EN LA CAZA DEL ASESINO DE LA CLASE, TORGNY SÖLMEDAL!

¡Incluso lo habían identificado! Dunja debía de haber filtrado la foto: no podía haber sido nadie más. Pero ¿cómo demonios lo había logrado? Era peor que una jodida cucaracha. Por mucho que la pisotearas, seguía corriendo. Él se había asegurado de bloquear la cuenta de su correo, desde luego, pero ella se las había arreglado para hacerse con esa fotografía que constituía la pieza central de su conferencia de prensa: el antídoto contra todos los rumores de que iba a anunciar su dimisión.

Tendría que cancelarla, lo que sería un grave revés para su reputación. Hammersten se preguntaría qué ocurría, pero no le quedaba otra alternativa. Sin la fotografía, no tenía nada que aportar, y todas las preguntas acabarían centrándose en su posible renuncia. Por más vueltas que le daba, llegaba cada vez a la misma conclusión: esa putilla asquerosa había ganado y él estaba tendido en la lona en plena cuenta atrás.

Pero ya se había levantado otras veces. Aún no lo tenía todo perdido: ni mucho menos.

107

—Y no olvide…

—¿Qué?

—Que es increíblemente peligroso.

Oyó un clic y la llamada se cortó. Cogió la taza de café, pero la mano le temblaba tanto que tuvo que sujetarla con ambas. El café se había enfriado, pero con suerte el azúcar le proporcionaría la energía necesaria. Sentía una desconfianza instintiva, pero sabía que no tenía alternativa: si vacilaba lo más mínimo acabaría habiendo más víctimas. Oyó la cisterna del lavabo y su compañero salió del baño con un periódico en la mano.

—¿Qué pasa? Pareces… ¿qué demonios sucede?

—Ha llamado esa mujer del departamento cri…criminal, ya sabes, esa Tu… Tuvesson.

—¿Ah, sí? ¿Qué diantre quería?

—Está aquí. El As… Asesino de la Clase.

—Pero ¿qué coño estás diciendo? ¿Qué significa «aquí»?

—Seth Kårheden ha aparecido muerto en su casa —respondió él, aliviado al ver que la voz dejaba de temblarle.

—¿Me estás diciendo que el asesino está ahí dentro con los demás, haciéndose pasar por Kårheden?

Él asintió. Tenía la sensación de que empezaba a calmarse. Ahora que eran dos, se encontraba mucho mejor.

—Afirmativo. Van a traer refuerzos, pero tú y yo debemos entrar y atraparlo antes de que haga más daño. No podemos esperar.

—De acuerdo, vamos. Si tú estás dispuesto, claro.

—Desde luego que sí. ¿Por qué no habría de estarlo?

Su compañero le dio una palmada en el hombro.

—¡Guau! Esto es genial. Vamos a ser tú y yo los que cacemos a ese hijo de puta.

Revisaron a toda prisa sus armas y salieron de la sala de guardia. Al llegar a la puerta que daba al improvisado dormitorio, se detuvieron e intercambiaron una mirada.

—¿Listo?

Él asintió en silencio. Su compañero giró la llave con sigilo y abrió la puerta.

—Quizá deberíamos quitarnos los zapatos para no despertar a nadie.

—Buena idea.

Se quitaron los zapatos, entraron en la habitación y cerraron la puerta. Aguardaron a que la vista se les adaptara a la oscuridad. Sabían dónde buscar: el asesino era el tipo que había llevado la voz cantante y protestado más que nadie ante la idea de quedarse en la cárcel. Lo habían tenido delante todo el rato. Un hijo de puta con sangre fría, no podía negarse. Pero pronto estaría entre rejas. Ahora ya no estaba nervioso. Todo iba a salir bien, claro que sí.

Al cabo de unos momentos, avanzaron hacia la penúltima cama de la izquierda. Su compañero ya tenía preparadas las esposas. Lo de quitarse los zapatos había sido una idea brillante, porque no se oían sus pasos por la habitación.

Cuando llegaron a la cama, vieron que estaba dormido. Se hallaba boca abajo, con la cabeza vuelta hacia el otro lado; tenía la mano derecha bajo la almohada y la izquierda pegada al cuerpo. No parecía una posición demasiado cómoda, pero en sus diecisiete años de guardia nocturna había visto a tipos durmiendo en las posiciones más extrañas.

Ya estaban preparados.

El guardia alzó la rodilla izquierda y la impulsó hacia delante al tiempo que se inclinaba sobre el hombre dormido. Su intención era clavarle la rodilla en la espalda y sujetarle los brazos por detrás: una maniobra que cualquier guardia de la cárcel realizaba sin pensar y que él había ejecutado infinidad de veces.

Pero cuando su rodilla estaba a punto de aterrizar, el hombre se escurrió y cambió de posición, y él sintió una súbita punzada de dolor en el muslo izquierdo. Trató de dominar el dolor, pero no tuvo tiempo porque el hombre se levantó disparado de la cama y agarró del cuello a su compañero, que se derrumbó en el suelo sin hacer ningún ruido.

Y a continuación se dio cuenta de que él también yacía en el suelo. Debían de haberle fallado las piernas. ¿Cómo era que no las sentía? Volvió a intentar levantarse, pero no podía mover las piernas. Intentó usar los brazos, pero tampoco le respondían.

Ni siquiera podía respirar.

108

Las puertas se cerraron y volvieron a abrirse de inmediato, lo cual era típico a esas horas. Siempre había algún rezagado que se quedaba en medio para evitar que se cerraran, mientras apremiaba a gritos a un amiguete que se había desplomado junto a una columna del andén.

Sievert Sjödal se acordaba de cuando tenía esa edad, a mediados de los ochenta, y se apoyaba para sostenerse en esa misma columna, con la misma cantidad de alcohol en la sangre. Pensó que entonces era más divertido. Recordaba la noche en que los Lustans Lakejer dieron su concierto de despedida en el Ritz. Él se había situado en la primera fila, e incluso Johan Kinde le había firmado un autógrafo al terminar el concierto.

Después había estado ahí esperando el metro. La atmósfera en la estación era parecida a la de esta noche; con la única diferencia de que esta vez él aguardaba a que el convoy saliera para poder saltar a la vía con el cubo y el cepillo, y una escalera de mano al hombro.

Debía mirar con cuidado dónde ponía los pies, aunque llevaba tanto tiempo haciendo ese trabajo que habría sido capaz de ejecutar la operación con los ojos vendados. Y pensándolo bien, no se perdería nada si no pudiera ver. Esos anuncios que se había dedicado a pegar durante años eran tan rematadamente estúpidos y aburridos que estaba convencido de que ni uno solo de los millones de pasajeros que tomaban el metro les prestaba atención. Hasta las campañas publicitarias de los años ochenta eran mejores, como la del «Visitante

Inesperado» de Gevalia, o aquella otra de Nokia que nadie entendía y que la gente trataba de descifrar.

Pero la campaña, cuyo cartel se disponía a pegar ahora era, de verdad, única. Pero ¿qué pretendía anunciar? Era el retrato de un hombre de aspecto increíblemente vulgar, acompañado de cuatro palabras impresas en la parte inferior en grandes letras rojas:

FUI YO.
TORGNY SÖLMEDAL

109

Los latidos de su propio pulso despertaron a Fabian. Le faltaba el aire; debía de haber estado soñando otra vez. Normalmente no tenía sueños, pero a lo largo de aquel día le habían surgido en cuanto cerraba los ojos: historias retorcidas y morbosas que no parecían tener nada que ver con sus experiencias reales. No recordaba el sueño de esa noche, pero era indudable que había tenido alguno.

¿O había sido otra cosa lo que lo había despertado?

Se sentó en la cama y vio la hilera de camas pegadas a la pared de enfrente. Recordó que estaba durmiendo en la prisión con sus antiguos compañeros de la escuela. Cogió el reloj, que había dejado sobre la silla. Las cuatro y veintitrés de la madrugada.

Estaba cansado, demasiado cansado para levantarse tras haber dormido unas pocas horas. Miró las camas de alrededor; parecía que todos dormían. ¿Por qué se había despertado? No solía hacerlo a medianoche. Necesitaba ir al baño. Quizá era la presión de la vejiga lo que lo había despertado.

Se puso de pie y caminó hacia la puerta del baño, que quedaba en el otro extremo de la habitación. La abrió con sigilo y tanteó la pared buscando el interruptor, pero al final decidió no pulsarlo. De lo contrario, no vería nada al volver.

El baño estaba a oscuras y tuvo que avanzar a ciegas, con los dos brazos extendidos. A la derecha estaba la cortina de plástico de la ducha; la fue recorriendo con la mano hasta que notó algo frío y duro: el borde de la bañera. Quizá podría darse un baño por la mañana.

Siguió adelante, pasó junto al lavamanos y llegó al váter. Palpó el borde frío y algo pegajoso de la taza. Levantó el asiento, orinó y pulsó el botón de la cisterna. Armaba más ruido de lo normal; confiaba en no haber despertado a nadie. Encontró el grifo y el dispensador de jabón y se lavó las manos.

Como no encontraba una toalla para secarse, volvió atrás para usar la cortina de la bañera. Empujó con el pie algo que había en el suelo y que salió rodando. Algo duro y metálico. Se agachó y buscó a tientas por el suelo para averiguar qué era.

Al fin lo encontró pegado a una pared; y en efecto, era un objeto metálico, con la forma de un hemisferio de un centímetro o dos de diámetro. Notó que tenía una especie de relieve en el borde redondo; y que del otro borde sobresalía un pequeño lazo. Dedujo lo que era.

Un botón.

El botón de un uniforme.

De repente todo le encajó. Ahora sabía por qué se había despertado y por qué la cortina del baño estaba corrida.

Se acercó a la bañera e introdujo la mano: sus sospechas se vieron confirmadas en el acto. Palpó una pierna y una mano; un pie sin zapato; dos cuellos, dos caras.

Dos guardias. Ambos muertos.

Estaba aquí.

Torgny Sölmedal estaba aquí. Por supuesto. ¿Dónde iba a estar, si no? La idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza a Fabian, ni por lo visto a nadie más.

Pero ¿cuál de ellos era? Probablemente no era Jafaar, ni ninguna de las mujeres. ¿Stefan Andersson o Stefan Munthe? ¿Seth? ¿Niklas? Tenía que ser uno de ellos.

Salió del baño y cruzó la habitación lo más aprisa posible sin levantar sospechas y, dejando atrás su cama, se dirigió hacia la salida. La puerta estaba cerrada, y no encontraba un botón de alarma. No tenía teléfono, y, seguramente, los demás tampoco. Se frotó las sienes; estaba demasiado agotado para afrontar

todo esto. ¿Sería posible que el asesino hubiera usado las llaves de los guardias? ¿Se habría ido ya?

Regresó hacia su cama, mirando todas las demás. Había una persona en cada una, excepto en la suya. Sölmedal seguía allí. Abrió el neceser, sacó el espejito adosado a la tapa y se acercó a la hilera de camas de enfrente.

En la primera, junto a la pared que daba al exterior, había un hombre boca arriba con los labios entreabiertos. Había ganado mucho peso, pero Fabian lo reconoció de inmediato. Era Jafaar Umar. Se inclinó junto a la cama, recordando lo divertido que llegaba a ser Jafaar en la escuela, durante la hora de estudio; siempre estaba diciendo que quería convertirse en humorista. Sostuvo el espejito junto a su boca, mientras intentaba recordar en vano si había oído hablar de él alguna vez.

En el espejo no se formaba vaho.

Para asegurarse, le presionó con suavidad la carótida.

Nada.

Jaffe ya estaba muerto, cosa que no le sorprendió. La única pregunta era a cuántos más habría liquidado.

Se acercó a la cama siguiente, donde Stefan Andersson estaba tendido de lado. Sostuvo el espejo sobre su boca y tampoco se empañó. Mierda. Llegaba tarde. Se apresuró hacia la cama siguiente, donde estaba Seth Kårheden: su bigote era inconfundible. Lo llevaba desde siempre. Sostuvo el espejito sobre su boca y el resultado fue el mismo. Limpió el cristal contra la pernera del pantalón y volvió a intentarlo, pero el espejo permaneció inalterable.

¿Había tenido tiempo de matarlos a todos? ¿Y él por qué seguía vivo, en ese caso? ¿Se había despertado porque el asesino había ido recorriendo todas las camas del otro lado? Estaba demasiado cansado para pensar con claridad, y sentía que la impotencia se adueñaba de él. Tenía ganas de darse por vencido, de volver a la cama, tumbarse, cerrar los ojos y esperar su turno.

Le puso a Kårheden la mano en la carótida para acabar de confirmar lo que ya sabía. Pero había algo que no cuadraba.

El bigote.

Estaba torcido. Casi como si fuese… Lo palpó con cautela; y en efecto, ni tan siquiera estaba enganchado. Lo cogió para examinarlo de cerca y le pareció increíblemente bien hecho para ser postizo… hasta que se dio cuenta de que no era postizo. Lo tiró como si fuera algo contagioso y volvió a mirar a Kårheden. Y entonces cayó en la cuenta de que el muerto que tenía delante no era Seth Kårheden.

Era Niklas Bäckström.

Hizo un esfuerzo para entender qué ocurría, pero le resultaba imposible pensar con claridad. Percibió que algo se movía por el suelo, al otro lado de la cama, pero no logró ver qué era. Y al cabo de un instante notó un pinchazo en la espinilla izquierda. Trató de apartarse, pero no podía moverse. Unas manos lo habían agarrado por los tobillos desde debajo de la cama y tiraban de él.

Cayó al suelo y se golpeó el collarín con el borde de la cama donde yacía Stefan Andersson. Vio cómo salían dos brazos de debajo de la cama, como un par de tentáculos. Mientras intentaba liberarse a patadas, notó que tenía la jeringa clavada en la espinilla. Su atacante quería recuperarla, pero no lograba alcanzarla; le quedaba demasiado lejos. Él lo único que podía hacer era seguir soltando patadas y peleando.

Pateó algo duro y notó que las manos del adversario se aflojaban. Intentó encoger las piernas; no se movían. Si no conseguía zafarse enseguida, el otro volvería a sujetarlo. Se puso boca abajo y trató de incorporarse a gatas, pero las piernas no le obedecían. Tenía que darse prisa, o esas manos alcanzarían la jeringa y le inyectarían el veneno.

Extendió el brazo hacia la pata de la cama, pero no llegaba. Le faltaban unos centímetros… Se retorció violentamente y oyó que la cama de detrás se volcaba. Consiguió asir al fin la pata de la cama y trató con todas sus fuerzas de incorporarse.

Se arrastró por el suelo a fuerza de brazos, procurando alejarse de su atacante. Tenía que llegar a la puerta a toda costa. Notaba que iba perdiendo la

sensibilidad. No creía que llegara antes de que todo terminara, pero continuó deslizándose metódicamente por el reluciente linóleo del suelo. ¿Era él el único que quedaba, o algunos seguían vivos todavía?

Inspiró profundamente para gritar, pero en ese mismo instante notó que lo sujetaban y le daban la vuelta. Torgny Sölmedal se alzaba sobre él, con una pierna a cada lado de su cuerpo. Sonriendo, dio un salto. Fabian comprendió lo que iba a ocurrir y trató de rodar hacia un lado, pero ya no podía moverse y Sölmedal cayó de rodillas sobre su pecho.

Oyó cómo se le quebraban varias costillas y sintió un intenso dolor que se le difundía por los pulmones. Tosió, notó el sabor de la sangre. Jadeó para respirar, pero no le entraba nada de aire. La sonrisa de Sölmedal se amplió mientras se inclinaba sobre él y le susurraba al oído:

—Ya no tiene sentido seguir luchando. Se acabó.

Tenía razón. No le quedaba más que mirar cómo el tipo alcanzaba la jeringa que tenía clavada en la pierna y presionaba el émbolo. ¿A qué estaba esperando? ¿Por qué no le había inyectado el veneno durante la lucha? Escupió más sangre; oía un silbido en el pecho cada vez que intentaba inspirar.

La mano de Sölmedal temblaba como si estuviera haciendo un esfuerzo para alcanzar la jeringa. La otra mano la tenía en el cuello, observó Fabian, en su propio cuello, para tratar de liberarse de un cinturón que se lo ceñía cada vez más estrechamente. Pero ¿quién lo estaba estrangulando? Su rostro se había puesto lívido, casi azul, pero Sölmedal continuaba forcejando, como si se negara a aceptar que era cuestión de tiempo, que todo había terminado.

Fabian no sabía si la lucha se prolongó unos segundos o unos minutos; en realidad, pareció durar una eternidad. Lena, Cecilia y Annika estaban detrás de Sölmedal, tensando el cinturón, y por momentos parecía que no iban a conseguirlo. Risk oía que gritaban pidiendo ayuda, pero no veía que llegara nadie. Peor: el rostro de Sölmedal recuperó el color, y dio la impresión de que ganaba fuerzas para alcanzar la jeringa. Fabian hizo un último esfuerzo para apartar la pierna, pero no podía moverse.

Entonces surgió como de la nada otra mano y le arrancó la jeringa de la pierna. Era Lina, observó Fabian, perplejo. Y tras un instante, vio que se la inyectaba a Sölmedal en el cuello.

Al fin había terminado todo. El asesino cayó muerto sobre él, con la lengua fuera.

Entre todos apartaron su cadáver del pecho de Fabian. Luego se encendieron las luces y oyó que alguien entraba corriendo. Tuvo que cerrar los ojos; sentía como si la luz se los acribillara con un millar de agujas. Vio sangre, oyó voces y gritos.

Tuvesson, Lilja y Klippan estaban allí. Alguien le puso la mano en la garganta y gritó algo en danés. No entendía lo que decía, pero sonaba alarmante. Volvió a oír que aquella voz gritaba, pero no sabía si alguien le hacía caso.

Tosió. Notaba el gusto de la sangre en la boca y cómo le resbalaba por el cuello. Ya no le dolía nada. El dolor se desvanecía, igual que las voces.

Y al final, silencio; oscuridad y silencio.

110

Era muy temprano, pero el sol ya lucía en el cielo y elevaba la temperatura un poco por encima de los veinte grados. Daba la impresión de que iba a ser otro día de récord de calor. El tráfico era escaso, pero iba aumentando a cada minuto, y en la terminal del ferri había una larga y sinuosa fila de coches cargados de maletas para salir de vacaciones.

Los primeros bañistas ya estaban llegando a Fria Bad donde extendían sus toallas sobre la arena para asegurarse los mejores lugares y disfrutar de un rato de tranquilidad. En pocas horas, la playa se transformaría en un gran alboroto de familias gritonas: los niños derramarían sus helados y los padres los regañarían, exhaustos.

Las tiendas que se alineaban a lo largo de Kullagatan tardarían un poco en abrir, pero las chicas de Fahlmans Konditori, en la esquina de Stortorget, ya estaban atareadas sacando las mesas y las sillas.

Los cartelones de prensa del día anterior seguían colgados en la entrada de los supermercados. Además de hablar de los asesinatos de la E6 y de la biblioteca, incluían tests de filtros solares y consejos para evitar discusiones durante las vacaciones.

En conjunto, era una mañana de sábado de lo más normal de mediados de julio. Excepto por un detalle: todo el mundo hablaba de lo mismo a lo largo y ancho del país.

La cara no había aparecido aún en las portadas de los periódicos, pero la gente la había visto en cuanto había salido de casa: en los autobuses y en las paradas,

en los anuncios del metro y en las estaciones de cercanías.

Los que habían entrado en la web para informarse podían explicar la situación a quienes sentían curiosidad. No era una curiosa campaña publicitaria: era la cara de Torgny Sölmedal.

Era él.

111

Fabian Risk se estremeció y se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Estaba vivo. Intentó mover los dedos de los pies, pero no notaba si lo había conseguido. Debería sentirse feliz y aliviado, pero lo único que sentía era un gran agujero negro de tristeza. Volvió a recordar los números: unos números que se negaban a dejarlo en paz.

Tiritaba de frío, aunque estaba tapado con una gruesa manta. Procuró pensar en otra cosa, pero los números eran tercos, como una obsesión, y se repetían *ad nauseam* en su mente.

Lina, Cecilia, Annika y Lena lo habían salvado: eran las cuatro personas que habían sobrevivido. Cinco, incluyéndolo a él. Cinco de veintiuno. Dieciséis de sus antiguos compañeros de clase habían perdido la vida, contando a Ingela Ploghed; diecisiete, contando a su tutora. Una catástrofe sin parangón. Todavía había interrogantes en cuanto a las tres personas que estaban lejos de Escania, pero Fabian no albergaba demasiadas esperanzas respecto a ellas. En gran parte, Torgny Sölmedal había llevado a cabo lo que se había propuesto.

Risk, por su parte, había fracasado en todos los sentidos.

Habían muerto veinte personas en total si se incluía al policía danés y a los dos guardias de la prisión.

Y eso sin contar a Mette Louis Risgaard.

Abrió los ojos y vio un techo con fluorescentes y baldosas perforadas del mismo color que los dientes de un fumador. Le resultaba familiar ese techo. Había estado ahí hacía poco. Giró la cabeza hasta donde el dolor se lo permitía y

vio a Theodor en la cama contigua. Estaba despierto; se giró y ambos se miraron; ninguno dijo nada. Era como si el silencio fuera lo más precioso que poseían y no debieran romperlo bajo ninguna circunstancia. Había tantas cosas que decir… Pero ya llegaría el momento adecuado. Tantas disculpas carentes de sentido; tantas explicaciones llenas de tensión; tantas promesas que jamás se cumplirían.

Theodor alargó la mano. Fabian se la estrechó y sintió que el calor se le extendía a lo largo del brazo y por todo el cuerpo.

Epílogo

Anders Andersson continuaba de vacaciones con su familia en un hotel de Alcudia, en Mallorca, ocho días después de lo ocurrido en la prisión de Helsingborg. Aunque no había leído ningún periódico, se había enterado inevitablemente de la noticia. Todos hablaban de lo mismo, y no pasaron ni un par de días antes de que los huéspedes del hotel descubrieran que él había estado en esa clase y se refirieran a ángeles de la guarda y a bendiciones inesperadas.

El propio Anders no creía en ese tipo de cosas, pero tampoco se atrevía a asegurarlo. «Quién sabe, quizá tengan razón», pensó mientras pedía otra cerveza en el bar. Abrió el último paquete de *snus* que había llevado consigo, sin saber que había sido perforado unas semanas antes con una jeringa.

Pese a los denodados esfuerzos de los médicos, murió a las pocas horas.

Lotta Ting, tres días después de que concluyeran oficialmente sus vacaciones, apareció encerrada en un baúl en el desván de su casa, en el número 12 de Colbjørnsens, en Oslo, con los brazos y las piernas atados detrás. Según la investigación forense, había tardado menos de cinco días en morir debido a las elevadas temperaturas veraniegas.

El domingo 11 de julio, Christine Vingåker y su marido abandonaron el chalet que habían alquilado en Lysekil para regresar a casa y al trabajo durante una semana; después, tenían planeadas unas vacaciones con sus hijos por las islas griegas. Christine se subió a su Nissan Micra el lunes a primera hora y se dirigió a su oficina, que estaba en la calle Drottninggatan, en Helsingborg. Se había llevado la botella de suplementos vitamínicos que se tomaba todas las mañanas y todas las noches. Eran demasiado caros para su presupuesto, pero no había

enfermado ni una sola vez desde que había empezado a tomarlos, tal como su amiga le había asegurado, y ya llevaba cinco años disfrutando de una salud perfecta.

Nadie más resultó herido cuando su coche se estrelló contra una de las columnas de hormigón del aparcamiento subterráneo situado bajo Knutpunkten.

La gente desgarraba los carteles de Torgny Sölmedal o los pintarrajeaba y cubría de insultos. Un número creciente de voces se sumó a la petición de que fueran retirados y reemplazados por otra cosa, pero era más fácil decirlo que hacerlo en plena temporada de vacaciones, de modo que la cara de Torgny siguió adornando las calles de Suecia las dos semanas restantes de verano.

Agradecimientos

Gracias a

Mi

Por toda tu ayuda y tus ideas. Sin ti y sin tu firme convicción de que era posible, no habría llegado a suceder. Te quiero por eso y por todo lo demás.

Kasper, Filippa y Sander

Por aguantar con paciencia todos estos años.

Peter y Mikael

Por vuestro tiempo y opiniones. Han significado mucho más de lo que creéis.

Jonas, Julie, Adam, Andreas y Sara

Por vuestra fantástica energía y vuestra profesionalidad incluso en los menores detalles.

Café String y Lilla Caféet en Söder

Por todas las veces que me habéis dejado sentar en mi rincón hasta mucho después de que se me hubiese enfriado la taza de té.

Notas

1. *Schmeckel* significa en *yiddish* «pene pequeño», pero se emplea como sinónimo de «bobo». *(Todas las notas son del traductor.)*
2. Mezcla de tabaco picado con aromatizantes.
3. *Blowgate*, por *blowjob* (felación) y Watergate.
4. *Blom* es «flor» en sueco. De ahí «Florián».

Título original: *Offer utan ansikte*

© 2014, 2017, Stefan Ahnhem

Primera edición: marzo de 2018

© de la traducción: 2018, Santiago del Rey

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417167400

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Prólogo

PRIMERA PARTE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44

SEGUNDA PARTE

45
46
47
48

49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78

79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
101
102
103
104
105
106
107
108

109
110
111

Epílogo

Agradecimientos

Notas